3 1761 09545835 2

CERVANTES.
POR
ORTEGA Y FRIAS
MADRID
1858
MAR.º C. GOMEZ
EDITOR

C. Mugica dib.º y lit.º

lit. de S. Gonzalez S.ta Clara 8 Madrid

LS
0773ce

MARIANO C. Y GOMEZ, EDITOR.

CERVANTES

NOVELA ORIGINAL

DE

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EDICION DE LUJO ADORNADA CON PRECIOSAS LÁMINAS LITOGRAFIADAS Á VARIAS TINTAS, REPRESENTANDO LAS ESCENAS MAS INTERESANTES DE LA OBRA.

TOMO II.

MADRID:

Imprenta de D. Tomas Fortanet, Libertad, 29.

1859.

303193 34
8
27

Es propiedad del editor.

CAPITULO XXII.

—

Donde volveremos á Portugal para dar cuenta de lo que allí sucedia.

—

No conviene á nuestro propósito entrar ahora en detalles sobre el estado de amargura y desesperacion en que quedó la berberisca, ni con respecto al vizconde diremos mas sino que al saber la noticia de la profesion y ver sus esperanzas completamente desvanecidas, no pensó ya mas que en desahogar su rabia esterminando á su rival. No hubiesen respetado, ni el bachiller ni el sacristan, el sagrado carácter de la convertida; pero nada pudieron hacer, ya porque aquella noche la pasaron las monjas rogando á Dios para que fortaleciese el espíritu de la nueva profesa, ya porque tambien tuvieron que

acudir á prestarle sus cuidados, pues el médico habia dicho que se hallaba enferma de gravedad. Los asesinos tuvieron, pues, que aprovechar la primera ocasion en que al siguiente dia estuvo la iglesia sola, y saliendo de su escondite como habian entrado, corrieron á llevar la nueva al enamorado mancebo.

Ahora, para seguir con órden los sucesos de la presente historia, volveremos á Portugal, iremos á Lisboa y entraremos en el gabinete de doña Isabel, conocido ya de nuestros lectores desde aquella tarde en que al declinar y ocultarse el sol, los sonrosados crepúsculos fueron testigos de la inconstancia del poeta y del firme y constante amor de la berberisca.

No era, como entonces, la hora en que las tinieblas, aprovechándose de la ausencia del sol, comienzan á derramar sobre la tierra sus negras sombras, sino la en que, huyendo avergonzados, recojen su negro manto, y dejan á la aurora sonreir y al astro del dia derramar sus torrentes de luz sobre la tierra.

Doña Isabel estaba sentada en el mismo sitio donde robó á Zoraida el corazon del poeta, y este á su lado, como en aquella ocasion, la miraba con ternura y sentia que su pecho estaba oprimido.

Una holgada túnica de lana y seda, de color azul, ocultaba las formas de la dama, y como ni la engomada gorguera ni las ceñidas mangas escondian su cuello ni sus brazos, parecia mas hermosa que nunca y eran mas arrebatadores los encantos de su rara belleza. No brillaban sus espresivos ojos, alegres y enamorados, como en otros dias, sino que revelaban en sus miradas lánguidas una tristeza profunda, lo mismo que su frente, pálida y contraida demostraba la existencia de un pensamiento doloroso.

Miguel de Cervantes parecia tambien preocupado y triste, aunque se esforzaba por dar á su rostro una espresion de

tranquilidad y contento que estaba muy lejos de sentir.

La causa de semejante tristeza, era la partida de Cervantes que debia salir aquella misma mañana de Lisboa para hacerse á la vela con la escuadra que á las órdenes del marqués de Santa Cruz iba á someter las islas Terceras á la obediencia de Felipe II.

Guardaban los dos amantes un silencio, doloroso para la dama, embarazoso para el poeta que no acertaba á pronunciar el adios de despedida, y así transcurrió largo rato, hasta que la sonora campana de un reloj de péndola anunció las seis.

Al metálico y vibrador sonido, estremecióse doña Isabel como si hubiese sentido el contacto de una chispa eléctrica, y sin que pudiese evitarlo, salieron de sus ojos dos lágrimas que rodaron por sus tersas mejillas y se perdieron en su blanco y mórvido pecho.

El poeta contempló con afanosa ternura á la dama, y despues de algunos instantes, con dulce y cariñoso acento le dijo:

—No llores, Isabel, que aunque tu dolor es natural y justo y lo comprendo por el mio, no debes abandonarte á él, sino dominarlo con la razon y la esperanza de que no tardaré en volver á tu lado, quizás para no separarme mas.

—Vas á partir — contestó la dama con ahogada voz, y dando á sus sollozos mas libre curso—para buscar la muerte en lejana tierra: vas á partir y la inmensidad de los mares estará entre nosotros sin que yo pueda escuchar tu voz si me llamas, sin que tu puedas venir si en solemnes momentos, al despertar para el mundo el hijo de nuestro amor se cierran mis ojos con el sueño de la muerte. ¡Ah!.... entonces mis miradas se volverán á todos lados, buscando una mirada cariñosa y no encontrarán mas que rostros frios, indiferentes, acusadores tal vez de mi debilidad y que harán mas penosa mi agonía; mis brazos se estenderán para buscar otros brazos donde depositar el tesoro de mis entrañas, y tampoco los encontrarán porque los tuyos solamente pudieran recibirlo con

el amor de padre, y estarán muy lejos, luchando quizás con mortales enemigos....

—Isabel—interrumpió Cervantes profundamente conmovido—me desgarras el corazon. ¿Por qué ha de ser tan horrible tu desgracia, tan negro mi porvenir? No voy á buscar la muerte, sino la gloria y el término á mis afanes. La espedicion que vamos á emprender no puede durar mucho porque los rebeldes no cuentan con medios para sostenerse, y á mi vuelta veré cumplidos mis deseos.

—Abandona el peligroso camino de la guerra—repuso doña Isabel:—si ambicionas gloria, ya la tienes, y si buscas la fortuna de las riquezas, de los honores, no espongas por ella la vida para recibir en pago desengaños, como hasta aquí, por toda recompensa.

—Ya sabes que está empeñado mi honor, y es preciso cumplir con él. ¿Has olvidado las palabras del rey?

—Nó, pero las habrá olvidado él.

—Imposible, fueron demasiado terminantes; aun me parece que le estoy oyendo decir: «ya que habeis sabido conquistar la gloria en Lepanto y en Portugal, no dejeis escapar la fortuna que os espera en San Miguel y la Tercera.» Esto significa mucho en boca de un monarca, esto quiere decir que solo me falta un título para ser recompensado de todo, y el negarme á dar la última prueba seria manifestar cobardía.

—¿Pero no tienes á mi lado mas de lo que puede valerte tu espada?

—Isabel—contestó el poeta con dignidad—lo que el hombre no ha sabido ganar no puede aceptarlo sin envilecerse; yo no quiero mas que lo que compre con mis sacrificios y con mi sangre. Ademas, ya te lo he dicho, mi honor está empeñado en esta empresa, ya no es tiempo de retroceder.

—Si es tu honor el que te llama, acude, Miguel, y no escuches los gritos de mi amor. Ha llegado la hora, tu presencia aquí es una falta á tus deberes.... No mires mi llanto y

perdona si no puedo contenerlo; no pienses en mi dolor aunque dé claras muestras de él mi debilidad.... pero no me olvides, acuérdate de la mujer que todo lo ha sacrificado por tí.... ¡No me olvides!

Copioso llanto vertió la dama, que no pudo proseguir porque el dolor embargó su lengua.

Cervantes tuvo que hacer un sobrenatural esfuerzo para que tambien á sus ojos no asomase una lágrima.

—¡Isabel mia!—exclamó.—Voy á separarme de tí, pero tu recuerdo, no en mi memoria, sino en mi corazon llevo grabado. ¡Olvidarte!.... ¡Ah!.... ¿Eso temes?.... ¡Olvidar á la primera mujer que ha encendido en mi pecho la llama de un amor inextinguible!.... ¡Olvidar á la madre de mi hijo!.... ¡Isabel, Isabel!....

Y estrechó fuertemente entre las suyas las manos temblorosas de la dama y exhaló un suspiro doloroso.

—Perdona si te dejo—prosiguió.—¡Oh!.... no sabes cuanto me cuesta este sacrificio.... Pronto volveré y ya no nos separaremos.... Pero ten valor, que torne á tu pecho el sosiego, la tranquilidad á tu espíritu: si dejas que el pesar te domine, puede quebrantarse tu salud, y has de pensar que no te perteneces, porque tu vida es de nuestro hijo y debes vivir por él y para él, conservar tu existencia, tus fuerzas porque él las reclama con un derecho incontestable: yo voy á cumplir mis deberes de hombre y de hidalgo, cumple tú los de madre....

—¡Dios mio!—exclamó la dama.—¡Dejadme vivir para mi hijo!....

Y luego exhaló un suspiro, se oprimió el pecho, enjugó el llanto que aun bañaba su rostro, y repuso:

—Ya estoy serena; vete sin temor de que me falte el ánimo para soportar este golpe.... Yo sabré cumplir mis deberes de madre.... Ha llegado la hora, Miguel—prosiguió con falsa energía;—sírvate mi recuerdo de estímulo en el com-

bate para que yo te admire mas, para que no haya otra gloria sobre tu gloria. Si los golpes enemigos no respetan tu vida, pronuncia mi nombre con tus últimas palabras, envíame tu postrimer suspiro, que llegará hasta aquí y lo sentiré en mi frente como el último y mas tierno beso de tu amor.... No te detengas.... Ten ánimo para darme ese adios que no quieren pronunciar tus lábios.... ¡Ah!.... Sigue mi ejemplo.

La dama se puso de pie impulsada por un enérgico movimiento nervioso, como si un resorte de acero la hubiese levantado de la silla.

Cervantes le tendió los brazos sin poder decir mas que

—¡Isabel!....

Palpitaron sus corazones, y por mas que quisieron evitarlo, el llanto asomó á sus ojos.

Reinó un silencio profundo sin que fuese interrumpido mas que por la agitada respiracion de los dos amantes que no se atrevian á deshacer aquel dulcísimo lazo.

—¡Oh!—exclamó al fin al poeta.—¡Si en pago de este sacrificio me diesen los hombres un nuevo desengaño!....

—¡Ah!—murmuró la dama.—¡Si es este el último abrazo, si no vuelvo á sentir tu corazon palpitar sobre el mio, maldeciré á los hombres que nos han separado!....

Volvió á sonar la campana del reloj: eran las seis y media.

Doña Isabel no pudo contener un grito, sintió que se acababan sus fuerzas, pero aun pudo sostenerse por algunos instantes.

—¡Adios!—dijo el poeta.

Y desprendiéndose bruscamente de los brazos de la dama, salió con precipitados pasos del aposento.

Ella se pasó las manos por la frente, quiso volver á gritar, no pudo, y cayó sobre el sillon, quedando sin conocimiento.

Un rayo de sol iluminó su pálida frente y reflejó sobre las doradas trenzas de sus cabellos.

Entretanto Cervantes atravesó algunas calles de la ciudad y llegó á su alojamiento donde lo esperaba con impaciencia su hermano.

—Vamos, vamos—dijo al entrar;—ya es muy tarde....

—Estás pálido, tiemblas.... ¿Qué te sucede? — le replicó Rodrigo.

—No es nada, hermano; tranquilízate....

Rodrigo meditó algunos momentos, como si dudase antes de hablar, pero al fin dijo resueltamente:

—He recibido una carta de nuestra madre....

—¡Una carta!—exclamó el poeta.—¡Oh!.... dámela.... ¡Dios mio!.... tiemblo....

—Quizás debiera habértela ocultado hasta que te sosegases, pero....

—Nó, nó.... dame esa carta....

—Toma—dijo Rodrigo, dando á su hermano un papel;—pero no te dejes dominar por la primera impresion, porque si bien se reflexiona, la desgracia que anuncia es un acontecimiento providencial que te saca del mayor apuro.

Cervantes tomó el papel, y antes de abrirlo levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Otra prueba, Dios mio!

Y luego, no con la natural avidez que debia manifestar por saber el contenido, sino como si temiese la rudeza del golpe que esperaba recibir, comenzó la lectura.

Era, como habia dicho Rodrigo, una carta dirigida á este por doña Leonor, y en la cual le daba noticia de todo lo que llevamos referido sobre la falsa nueva de la muerte del poeta, la llegada á Madrid de Zoraida y su profesion, sin omitir que todo era efecto de las criminales intrigas del vizconde, pues de esto estaba ya convencida la viuda por las esplicaciones que habia tenido con la berberisca.

Segun iba leyendo Cervantes palidecia su rostro, se contraia su frente, se agitaban sus manos con temblor convulsi-

vo, hasta que, apretando los puños, rechinando los dientes y despidiendo centellas de sus negros ojos, exclamó:

—¡Cobarde, villano!.... ¡Oh! ¡Yo castigaré tan infame y ruin traicion!.... Rodrigo, hoy mismo, en este instante partiré para España....

—¿Qué intentas? ¿Has perdido la razon?

—¡Qué intento!.... ¡Eso me preguntas, vive Dios!—replicó el poeta con iracundo acento.—¡Vengar á Zoraida!

—¡Miguel!....

—No te opongas á mi resolucion porque será en vano.

—Es una locura.

—¿Qué me importa?.... ¡Oh!.... ¿Ha de quedar impune tan criminal proceder?.... No, hermano: la razon, la justicia piden venganza; me la pide esa infeliz desde la tumba de su celda en nombre de los sacrificios que le debo, en nombre de la humanidad. ¿Qué va á ser de la desdichada? No has pensado que le espera una vida de horrible desesperacion, de tormentos cuya sola idea espanta, de tormentos incomparables, incomprensibles para el que no los padece; que para ella no puede haber ningun consuelo, absolutamente ninguno, porque cuando lo busque en la religion, único que la criatura tiene en todas las circunstancias de su vida, renovará la llaga de su mala ventura, recordando que de ella son causa sus sagrados votos que la separan para siempre de mí, que le quitan la esperanza, que es el último consuelo del que ya no puede soportar las desgracias, que es lo único que en los momentos de desesperacion puede conservar un resto de amor á la vida.... ¡Oh!.... El que ha perdido la esperanza no puede perder mas, y aborrece la existencia como la primera y la mas horrible de todas las desgracias, como la causa de todos los males.... Tú no sabes lo que es perder la esperanza, no tener mas que recuerdos tristes de lo pasado, tormentos en lo presente, y mirar á lo porvenir y ver el vacío, la nada.... Entonces no queda mas que Dios, si no se ha extin-

guido tambien la fé; pero cuando se vive desesperado y no hay bastante fuerza de voluntad, de resignacion para dominar la desesperacion, no debe esperarse tampoco la salvacion eterna, porque Dios nos manda no desesperarnos, resignarnos, sufrir y adorarle mas cuanto mas desgraciados somos, porque acrisolando nuestras virtudes con nuestros padecimientos nos abre el camino de la eterna gloria. ¿Pero podrá soportar Zoraida tantos dolores? ¿No se apagará la llama de su naciente fé?.... Esto es horrible, hermano, muy horrible, porque tras los tormentos de esta vida puede venir la condenacion eterna. Bien aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; pero los que lloran y bendicen la mano de Dios, no los que lloran y acusan la misericordia divina ó dudan de ella.

—Pues bien,—dijo entonces Rodrigo, que quiso combatir á Miguel con sus mismas razones— resígnate y llora bendiciendo la mano de Dios.

—Sí, yo sufriré con resignacion mis desgracias, pero es preciso castigar á ese hombre que tantos males ha causado á una infeliz mujer....

—Perdona á tus enemigos.

—Pero castigaré á los enemigos de mi prógimo.

—¿Te ha confiado acaso el Omnipotente la justicia de la tierra?.... Miguel, te estravia tu dolor....

—¡Ese hombre es un miserable, un infame, un reptil venenoso que es preciso aplastar!.... Rodrigo, no intentes disuadirme, estoy resuelto á marchar á Madrid, y nada me hará retroceder.

—Te llama tu deber á otra parte, —replicó severamente Rodrigo.

—¡Oh!.... mi deber....

—Y tu honor....

—¡Siempre mis deberes, siempre mi honor! — murmuró con amargura el poeta.

—Miguel, ha llegado la hora de marchar al peligro y no debemos ser los últimos.

Cervantes se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho con aire abatido y quedó silencioso.

—¿Has olvidado los consejos de nuestro padre?—añadió Rodrigo.

—¡Padre mio!.... Tambien murió esclavo de sus deberes y de su honor.

—Sé grande como él, desde el cielo te mira....

—Vamos, hermano—replicó el poeta, haciendo un esfuerzo para dominar su coraje.

Dos horas despues se embarcaba el tercio de don Lope de Figueroa.

El marqués de Santa Cruz que mandaba la espedicion, iba en estremo pensativo porque al despedirse del monarca tuvo con él la siguiente conversacion.

—Con vos, don Alvaro—dijo Felipe II al valiente marino—va siempre la victoria. Si efectivamente una escuadra francesa acude en socorro del prior, la vencereis.

—Tal espero, señor—contestó el marqués—con la ayuda de Dios y los valientes que me siguen.

—Hareis muchos prisioneros, y si os mostrasen despachos de su rey en que se autorice la espedicion, los tratareis como á tales prisioneros de guerra y me mandareis aviso para que yo trate como á enemigo de mi corona al rey de Francia; pero si no llevasen tal autorizacion, entonces los considerareis piratas y... ya sabeis como debe tratarse á los piratas, que son enemigos de todas las naciones.

—Ya sabe V. M. que puede haber entre ellos algunos caballeros de la primera nobleza de Francia.

—Los nobles dejan de serlo cuando se hacen bandidos.

—¿Y si son muchos?

—La justicia no cuenta á los criminales para castigarlos.

—Señor....

—Esto no son órdenes que os doy, sino que os recuerdo que cualquiera está facultado para castigar á los piratas; pero tened entendido que antes que salgais de aquí se me habrá olvidado que hemos hablado de semejante cosa.

Esto era lo que tenia pensativo al valiente marqués de Santa Cruz, porque tan terrible como era en los momentos del combate, tan generoso y humanitario se mostraba para con los vencidos una vez que alcanzaba la victoria.

CAPITULO XXIII.

El combate.

La escuadra española, compuesta de treinta y cinco galeras, sufrió tan récios temporales, que mas de una vez estuvo á punto de naufragar. Este contratiempo le hizo perder muchos dias en su travesía y le obligó á dividirse en dos grupos de los cuales uno quedó atrás y á bastante distancia. De manera que cuando llegó á su destino solo llevaba veinte y ocho buques, y encontró que la escuadra francesa, compuesta de unos setenta, se le habia anticipado en muchos dias y hecho dueña de la isla de San Miguel y de la Tercera con todas sus fortificaciones, que son las dos mas importantes de las siete de qne se compone aquel archipiélago.

A pesar de la desigualdad de fuerzas, el marqués de Santa Cruz se decidió á aceptar el combate que parecia proponerle Felipe Strozzi, gefe de la flota enemiga que presentó una línea de mas de cincuenta galeras, pues las restantes estaban con el prior de Ocrato que habia ido al puerto de Angra, capital de la Tercera, á esperar el resultado del ataque.

Era el dia 25 de julio, segun los mas autorizados historiadores, y el 26 segun otros, de 1582, y ya llevaban cuatro de estar á la vista ambas escuadras, sin que los vientos les hubiesen permitido maniobrar para acercarse la una á la otra.

Al fin la calma de las olas dió la ocasion al combate, y dos horas despues que el sol se habia levantado sobre la azulada superficie del mar, hincháronse las gruesas lonas, crujieron los pesados aparejos de las españolas galeras, y agitándose los remos se las vió balancearse y vogar en direccion de las francesas, mientras que los soldados se colocaban en sus puestos y preparaban sus armas.

Un viento nordeste, igual y sostenido, levantaba en espumosas montañuelas las tranquilas aguas, que haciendo y deshaciendo sus desiguales rizos, gemian como si anunciasen los horrores que se preparaban.

No transcurrió mucho tiempo sin que los enemigos estuviesen á distancia de poder herirse.

La escuadra española se habia dividido en tres cuerpos, yendo en el del centro la galera Capitana y en ella el marqués de Santa Cruz con lo mas florido de los veteranos del tercio de don Lope de Figueroa.

Se dió la señal de ataque; vióse una fugaz llamarada; se oyó una detonacion espantosa, y una espesa nube de humo envolvió en sus espirales las arboladuras y anubló el sol por algunos instantes.

Tras aquella detonacion se repitieron otras muchas, y los destructores proyectiles, cruzándose sin cesar, rompieron

mástiles, desgarraron velas, agujerearon cascos y sembraron la muerte en todas partes.

En vano la guerrera gente, en el colmo de su ira, juraba y maldecia; el crujido atronador de los disparos de los cañones y mosquetes ahogaba todo otro ruido, y no podian percibirse, ni las amenazas y blasfemias vomitadas por el coraje, ni los ayes y lamentos que arrancaba el dolor á los moribundos.

Viéronse flotar en las agitadas aguas cuerpos horriblemente mutilados, luchando con las olas y la agonía, troncos sin cabeza, cabezas sin tronco, piernas y brazos y trozos de mástiles y girones de lona, todo en horrible confusion, mezclado y revuelto y entre roja sangre caliente aun.

El abordaje de algunas galeras aumentó la carnicería, y entonces la sangre, formando arroyos, corrió por las cubiertas y pareció embriagar á los combatientes, convirtiendo su coraje en frenética rabia. Las detonaciones disminuyeron, pero fueron sustituidas por los golpes de las pesadas hachas, que resonaron al abrir pechos y cráneos.

Cinco horas llevaban de combate sin que, á pesar de la desigualdad del número y fuerza de ambas escuadras, la victoria se hubiese declarado por ninguna de ellas. No era estraño, porque estaba allí el marqués de Santa Cruz, el invencible marino, tan astuto como valiente, y el tercio de Don Lope de Figueroa, cuyos veteranos no habian vuelto la espalda una sola vez al enemigo y contaban sus victorias por sus encuentros.

La Capitana española abordó al fin á la galera que montaba Strozzi; iba á decidirse el combate, porque la derrota de uno de ambos jefes seria la de su escuadra.

Don Lope de Figueroa fué el primero que se adelantó, seguido de Diego de Urbina y de un peloton de soldados, entre los que iba Cervantes, y apenas se lo permitió la proximidad de la galera francesa, saltaron á ella con todo el ardi-

miento de su heróico valor y sin que los detuviesen los multiplicados golpes de los enemigos.

La defensa de estos debia ser allí mas tenaz, porque era la que habia de decidir de la suerte de toda la escuadra, y porque animados por la presencia del jefe principal, peleaban con mas denuedo.

Muchos españoles intentaron seguir á don Lope y á los que habian tenido la fortuna de pasar con él al buque enemigo, pero pagaron con sus vidas su arrojo, y solo despues de una obstinada lucha consiguieron ir saltando á él.

Allí pudo verse entonces la sed de sangre de los combatientes. Los golpes se descargaron con indecible rapidez; los cadáveres se amontonaron entre los vivos ó cayeron con muchos de estos al mar, y la sangre formó espumosos charcos, donde resbalaban los pies.

Cervantes, revolviendo con velocidad un hacha de abordaje, se abria paso donde quiera, cuidándose mas de herir que de evitar la muerte que le amenazaba á cada instante, y animando á sus compañeros con breves discursos, que eran contestados por amenazas terribles, mortales golpes y ayes de agonía.

—¡Adelante! —gritaba el poeta.— ¡Adelante, vive Dios! Estos fueron los que no se atrevieron á seguirnos en Lepanto.... ¡Camaradas, nuestra es la victoria, acordaos de que hemos jurado vencer ó morir! ¡Adelante, somos españoles, no empañemos nuestras pasadas glorias!.... ¡Viva España!.... ¡Atrás, menguados!.... ¡Plaza, plaza á los tercios de Castilla; donde ondea su estandarte caigan todos!.... ¡A ellos, camaradas!

Y esto diciendo, brotaban fuego sus ojos, se aumentaban las fuerzas de su brazo y se multiplicaban sus golpes, sin que nada resistiese á ellos.

—¡Victoria, victoria! —se oyó gritar en el castillo de popa.

Y estas voces se repitieron por la parte de estribor, y co-

menzaron á replegarse los franceses hácia la proa y la banda de babor.

Strozzi comprendió que estaba perdido, que todo esfuerzo seria en vano porque su gente empezaba á desmayar, y que no le quedaba mas que buscar la salvacion con la huida. Entonces mandó botar una lancha para ganar una de las galeras que no habian sido abordadas y tomar con las que pudiesen seguirle el rumbo de Angra, pues el viento le favorecia.

Empero no contó con que una mirada del poeta fué bastante á que se adivinase su intento, y así, antes de poder ejecutarlo, oyó gritar:

—¡Quiere escapársenos el jefe de esta canalla!.... ¡Por aquí!.... ¡Seguidme, camaradas!....

Esto dijo el poeta y se lanzó como un rayo adonde estaba Strozzi á tiempo de ir á saltar á la lancha.

Preparábase una escena interesante.

Los que rodeaban al general francés hicieron frente á Cervantes y á los pocos veteranos que lo seguian, para proteger la fuga de su jefe, y se trabó un combate tan tenaz que no tiene ejemplo, pues ya era cuestion de honra, cuestion personal.

El poeta iba delante de todos, y la mirada no hubiese podido seguir los rápidos movimientos de su brazo.

La idea de los soldades franceses fué buena, porque consiguieron por algunos instantes contener á los españoles, mientras que Strozzi, sin mas compañía que la de un marinero, saltó en la lancha.

Cervantes dejó escapar un rugido de cólera; sus ojos brotaron dos centellas, y abriendo de un solo golpe el pecho de un enemigo y dividiendo en dos pedazos la cabeza de otro, se abrió camino, y antes de que pudiesen estorbárselo, dió un brinco, y con inconcebible lijereza saltó á la frágil lancha en el momento en que esta, impulsada por un golpe de remo, se apartó de la galera.

Zarza dib.º y lit.º Lit.ª Heráldica

.....Y luego arrojó al mar el hacha y desenvainó su larga lizona.

Caer, descargar un golpe de hacha sobre el marinero y quedar frente á frente con Strozzi, fué obra de un segundo.

Un grito de espanto y de admiracion resonó en la galera, y todas las miradas se fijaron en aquellos dos hombres, esperando con afan el resultado de la lucha que debia trabarse.

Strozzi no tenia mas que su espada, pero se dispuso á defenderse con todo el valor de la desesperacion, y quedó inmóvil, esperando á que le acometiese el poeta, mientras lo miraba con altanero desden.

El héroe de Lepanto comprendió aquella mirada, levantó con orgullo la cabeza, y luego arrojó al mar el hacha y desenvainó su larga tizona.

—Estamos iguales —dijo: — Un hidalgo español no es asesino.

Strozzi no contestó una palabra: su frente se contrajo, la ira hizo palidecer su rostro, y se puso en guardia.

Los aceros se cruzaron.

Ninguno de aquellos dos hombres volvió á abrir la boca para articular una sílaba, y como si se hubiesen propuesto, mas que matarse, rivalizar en nobleza, pelearon sin aprovechar cualquiera ventaja que solia dar al uno ú al otro las oscilaciones del esquife, sin valerse de ninguna de las innumerables y alevosas acometidas que tiene la esgrima: parecia que estaban en una sala de armas entreteniendo el tiempo y dando muestras de su elegancia y gallardía.

Corto fué, sin embargo, el combate, y antes de que transcurriesen tres minutos, el poeta tuvo la fortuna de atravesar el corazon de su enemigo.

No era menester esto para la victoria de los españoles, pero la muerte de Strozzi acabó de esparcir la consternacion, y media hora despues nuestros soldados eran dueños de mas de veinte galeras francesas, habian dejado sin vida á dos mil enemigos y hecho prisioneros á mas de doscientos.

El mar estaba cubierto de embarcaciones destrozadas y de cadáveres.

Cuando Cervantes volvió á la galera Capitana, lo recibió en sus brazos el marqués de Santa Cruz, y don Lope de Figueroa, Diego de Urbina y todos sus camaradas disputábanse el placer de apretar su mano.

CAPITULO XXIV.

Donde proseguiremos como Dios nos dé á entender.

olo para dar una ligera idea del carácter de Felipe II, diremos en pocas palabras lo que sucedió despues del combate que acabamos de escribir, pues nos parece inoportuno entrar en detalles de lo que no tenga relacion directa con la vida de nuestro héroe.

El primer dia del mes de agosto desembarcó el marqués de Santa Cruz en la isla de San Miguel y se decidió á cumplir las órdenes del monarca, aunque con harto disgusto y no sin haber buscado inútilmente algun pretesto para escusarlas, pues sus principios y su carácter se oponian á hacerse ciego instrumento de un proceder que por lo inhumano cuenta con

pocos ejemplos en la historia. Los prisioneros se componian de ocho marqueses y condes, cincuenta y dos nobles de ilustres casas francesas, y mas de cien marineros y soldados. segun habia previsto Felipe II, ninguna órden ni despacho pudieron presentar que los acreditase como soldados de ninguna potencia, y el marqués de Santa Cruz, considerándolos sin distincion como corsarios, pronunció la sentencia de muerte para todos. En vano protestaron los infelices contra semejante atropello y alegaron razones que debieron haber sido atendidas, pues solo consiguieron que se modificase la forma de la sentencia y que los títulos y nobles fuesen decapitados, y ahorcados los demas.

Esta es una de las innumerables manchas de nuestra historia del siglo XVI, y aunque alguno de los panegiristas del coloso de aquella época, cuya mano de hierro se dejó sentir en dos mundos, ha intentado empañar la gloriosa memoria del marqués de Santa Cruz haciéndole aparecer responsable de tan inhumano y bárbaro proceder, ha sido su intento vano y la conciencia de la sociedad acusa al que en todas ocasiones probó con sus actos la crueldad de sus instintos á la vez que las rarísimas dotes de un talento nada comun.

La arbitraria y terrible sentencia se ejecutó aquel mismo dia, y en el breve espacio de una hora rodaron sesenta cabezas y fueron colgados mas de cien soldados valientes y de gloriosa vida como si se hubiese tratado de miserables asesinos y ladrones. Horrible fué el espectáculo: hasta los mismos españoles reprobaron aquel proceder de repugnante barbarie, aquel abuso criminal de la fuerza del vencedor.

Tal vez Cervantes se arrepintió de haber contribuido á una victoria cuyos resultados manchaban tan feamente la española hidalguía.

El prior de Ocrato huyó con el resto de la destrozada flota á Francia para pedir nuevos auxilios, pero dejando en Angra una guarnicion que, aunque no muy numerosa, favore-

cida por la situacion de su castillo y por la ayuda de los naturales de aquella tierra, era respetable y debia temerse.

No creyó conveniente el marqués de Santa Cruz seguir la campaña, ya porque se acercaba la estacion de las lluvias y tormentas, ya porque la prudencia aconsejaba abrir al año siguiente nueva campaña con mayores fuerzas que pudiesen resistir á las que de refresco acudiesen de Francia. El esperto general dejó guarnecida la isla de San Miguel con los veteranos del tercio de don Lope, y tomó el rumbo de las costas ibéricas tan pensativo y triste como salió de Lisboa.

Ocho meses transcurrieron sin que sucediese cosa digna de mencionarse, y al cabo de este tiempo el gobernador de la isla tuvo necesidad de enviar al monarca un despacho importante, y para llevarlo á nadie encontró que le mereciese tanta confianza como el poeta.

A cualquiera hubiese envanecido semejante distincion, pero Cervantes no pensó en la honra que se le dispensaba, acordóse solamente de que iba á ver á doña Isabel, y quizás á su hijo que por entonces debia abrir sus ojos á la luz del sol.

Cuando fueron á noticiarle su partida estaba escribiendo unos tercetos á la ausencia y comenzaba haciendo comparaciones con las siguientes palabras:

Como el ciego que en noche eterna escura,
Se acuerda de la luz del claro dia
Y al exhalar en llanto su amargura....

Aquí llegaba cuando tan agradablemente lo sorprendieron comunicándole la órden de marcha, y sin acertar á responder, su ardiente imaginacion, pasando del estremo de la mas profunda tristeza al de la mas arrebatadora alegria, dió por terminado el sentido romance, y acudiendo á la antítesis, prosiguió sin detenerse con esta antifrasis:

No concibe la humana fantasía
El júbilo del ciego que desgarra
El velo de la noche eterna y fria....

Empero el portador de la órden interrumpió nuevamente al poeta para decirle:

—Señor Miguel, nada me contestais y el señor gobernador os espera.

—Volved y decidle lo que os plazca, fantasmon endiablado que espantais las musas con vuestra presencia y vuestros gritos—replicó Cervantes con tono entre enojado y chancero.

—Donosa contestacion cuando se manda obedecer....

—Bien, bien, dejadme....

—Pero....

—No sé lo que me habeis dicho porque no me encontraba aquí, estaba en otra parte á donde vos no ireis jamás, en una tierra que desconoceis, vedada para vos porque sois indigno de poner en ella vuestra planta; como si dijésemos, en un paraiso donde solo pueden entrar los escojidos del Dios que allí moran, en el Parnaso....

—Buena tierra será, y de seguro es lo único que me queda que correr; pero decidme....

—Que al instante voy, señor espanta musas.

—Eso ya es otra cosa.

—Mucho me alegra la noticia que me habeis traido, pero casi me hubiese alegrado mas recibirla una hora despues.... ¡Voto al rabo de Satanás!....

—¿Qué os sucede?

—Una friolera.... Rogad que Apolo no os tome en cuenta el pecado que acabais de cometer, porque si no, de seguro os manda hospedar en el palacio del señor Pluton....

—¿Qué diablos estais diciendo?

—¿No advertís que vuestra venida me ha estorbado dar fin

á estas coplas, como vos les llamariais, y que por vos ha perdido una joya el Parnaso y yo una gloria?

—No os comprendo, amigo mio; pero sea de ello lo que quiera, os pido perdon y á esos señores á quienes habeis nombrado, aunque no los conozco, y me voy para cumplir las órdenes que he recibido.

El portador de la órden se fué.

Cervantes leyó los dos tercetos, dudó algunos instantes si seguirlos, pero pensando que tenia que obedecer á su gefe y que cada minuto que perdiera lo robaba á doña Isabel, no se detuvo, vistióse y salió, dejando encargo de que noticiasen á Rodrigo lo que ocurria y que lo esperase para despedirse.

Dos galeras habia en el puerto preparadas para marchar, de manera que Cervantes no estuvo en la isla mas tiempo que el preciso para recibir los despachos y liar su escaso equipaje, y media hora despues atravesaba la playa en compañia de su hermano.

—Por esta vez—decia el poeta—no se convertirán en humo mis esperanzas. El marqués de Santa Cruz me habrá recomendado al rey, segun me prometió, y el maestre Boadilla, á mas de los despachos, me ha dado una carta para S. M. en que se recuerdan mis servicios con tal encarecimiento, que es imposible que se me desatienda. A tí te hicieron justicia dándote el empleo de alférez, y confio en que yo la obtendré tambien. No quiero abrigar la esperanza de que me nombren capitan, porque es mucho para mi escaso valimiento; pero siquiera alcanzar lo que tú....

—Bien poco seria, Miguel—interrumpió Rodrigo—pues tus servicios no son iguales á los mios.

—Sin embargo, me contentaré, y aunque no esté en relacion con mis merecimientos, al menos veré que con poco ó con mucho se premian mis servicios. Cien veces me han lisongeado fundadas esperanzas, y siempre las he visto convertidas en humo; no me han escaseado ni las alabanzas ni las

promesas, pero tampoco me han faltado los desengaños. En mil ocasiones he tocado con los dedos la fortuna, pero nunca he podido ponerle encima la mano: siempre la tengo cerca de mí, pero como la sombra, si me acerco, huye, si quiero abandonarla, me persigue, y en afan constante, corriendo tras ella sin cesar, se pasan los años y mi juventud, vendrá la vejez y contaré los dias de mi vida por los desengaños que he tenido.

En pocas palabras habia hecho el poeta la mas exacta pintura de lo que debia ser su vida, de lo que hasta entonces habia sido, pues nadie como él apuró hasta las heces la copa amarga de los desengaños, asi como nadie luchó con la adversidad con tan incansable constancia y sin exhalar una queja.

Acariciando ilusiones y recordando pasadas amarguras, llegaron los dos hermanos al lugar del embarque, y despidiéndose con un tierno abrazo, se separaron no sin que á sus ojos asomase una lágrima.

Desplegáronse las lonas de la galera en que iba Cervantes, agitáronse los remos y un viento de popa la alejó en breve de la playa.

Entonces, cuando ya la mirada se perdia por todos lados en un horizonte azul y trasparente, cuando solo cielo y agua se distinguia, y el sol, casi tocando á su ocaso, parecia querer apagar la sed de sus ardientes entrañas en las cristalinas olas, el poeta, descuidadamente recostado al pié de un mástil, con la mirada fija en la roja, transparente y vaporosa faja de luz que comenzaba á estenderse por Occidente, dejó que su fantasía desplegase sus anchas alas, y quedó como aletargado bajo el influjo de un sueño dulce, tranquilo y acariciador como el que producen los narcóticos que acortan la vida real de dolores y amarguras y prolongan la existencia ficticia de un mundo soñado de ilusiones y delicias sin igual. Acordóse entonces de la infeliz Zoraida y de doña Isabel; pensó en su madre y en su hermana, y por último admiró la gran-

deza, la omnipotencia del autor del universo al contemplar las olas y el inmenso espacio del horizonte, el sol y sus luces reflejando en las aguas, y una sonrisa de desden movió levemente sus entreabiertos lábios al comparar la obra de Dios con las obras de los hombres, al recordar el orgullo de estos cuando empleando toda su ciencia y todo su poder logran resistir el empuje de la mas débil de aquellas olas que el dedo del Hacedor mueve con la facilidad de su poder infinito. En aquellos momentos le hubiera sido imposible á nuestro poeta dar desahogo en un sentido canto á sus emociones sin espresar á la vez las mas opuestas ideas y sentimientos de dolor y de ternura, de tristeza y de alegria, de entusiasmo arrebatador y de cansancio frio: la fé religiosa, el amor, la pena amarga por la suerte de la berberisca, el ódio á su rival, el cariño de su madre, las ilusiones de risueñas esperanzas, los recuerdos de tristes desengaños y duros sacrificios, la idea de la grandeza de Dios y el conocimiento de la pequeñez del hombre, todo á la vez conmovia el espíritu impresionable y arrebataba la ardiente imaginacion del desdichado poeta.

Sumergióse al fin en las olas el astro del dia, y los rojos crepúsculos tornaron en dorados borbotones las blancas espumas.

Oscurecióse el horizonte y el azulado mar, allá donde el sol habia bañado su cabellera de fuego, cambióse en negro caos.

Y luego la luna, con su cándida faz de transparente nácar, apareció como si saliese del fondo del mar y sus resplandores argentados se esparcieron dulcemente.

Las galeras vogaron, siempre impelidas por el viento que de popa soplaba, y al sordo y continuado mugido de las olas se mezclaba el eco del canto de la marinera gente que al compás de los remos azotadores entonaba alegres barcarolas.

Y entretanto el poeta, bajo el influjo de su soñador letargo, contemplaba el cielo y las estrellas, los reflejos del res-

plandor de la luna al besar las aguas, y el caprichoso movimiento de las olas; y el eco lánguido de las cantigas de los remeros y el murmurio sordo y prolongado del mar, llegaban á sus oidos como un arrullo dulce y embriagador, y arrancaban á sus lábios entrecortados cantares que improvisaba sin intencion ni voluntad su acalorado fantasía, y que unas veces espresaban un recuerdo de amor y otras una queja.

Así pasó la noche, tranquila y feliz para Cervantes, porque sus ilusiones de poeta lo alejaron por algunas horas de las miserias de la humanidad.

Amaneció el dia, sereno como el anterior, y lo mismo fueron los demas que gastaron en hacer la travesía.

CAPITULO XXV.

Lo que sucedió á Cervantes á su llegada á Portugal.

PENAS Miguel de Cervantes llegó á Lisboa, corrió á casa de doña Isabel, gozando anticipadamente con la alegre sorpresa que iba á darle, y dándose por recompensado de todas sus penas al escuchar la primera palabra de apasionado cariño de su amada y verla sonreir con toda la espansion de la mas completa felicidad; pero no contaba el poeta con que era poco su deseo, por aquello de que el hombre propone y Dios dispone, y que estaba en lo posible que en vez de risas encontrase llanto y lamentos en lugar de palabras de amor.

Y mas le valiera figurárselo así para no tener que contar un nuevo desengaño, si es que le esperaba una desgracia, pues que mejor es encontrar el bien donde se teme el mal, que este donde aquel se aguarda.

El criado que le abrió la puerta lo recibió con aire embarazoso y como si dudase permitirle entrar, lo que ne dejó de llamar la atencion del poeta y de ponerle en cuidado.

—¿Qué sucede?—preguntó con afan.

Iba á contestarle el sirviente despues de dudar algunos instantes, pero lo sacó del apuro una doncella que, pálida y agitada, acertó á pasar, y al ver á Cervantes exclamó:

—¡El cielo os envia!

—¿Pero qué sucede?....

—Venid—repuso la doncella.

Y sin dar mas esplicaciones, cojió de un brazo al sorprendido poeta y lo llevó tras sí precipitadamente.

—¿Pero quereis esplicaros?....

—Callad.... pueden oirnos.... Mi señora....

—¡Acabad!

—Está en peligro de muerte....

—¡Ah!.... ¡Dios mio!—exclamó Cervantes á la vez que su rostro palidecia.

Y quedó inmóvil y sin aliento por algunos instantes.

—Silencio os digo—replicó la doncella.

—¿Dónde está, dónde está?—preguntó el poeta recobrando toda su energia.

—Tal vez no sea prudente que os presenteis á ella sin prepararla.... Dominaos entretanto....

—¿Pero por qué ese misterio?.... ¡Oh!.... esplicaos ¡vive Dios!....

—Acaba de....

—¡Mi hijo!—interrumpió Cervantes sin poder contenerse.

—Silencio....

—Llevadme donde esté, quiero verla, quiero besar á mi hijo....

—Sí, la vereis, pero sed prudente por Dios.... Antes consultaremos al médico....

—Decís que peligra su vida....

—Sí.

—¿Y mi hijo?....

—Vive, es una hermosa niña.... Silencio.

Cervantes, agitado por emociones opuestas, sin acertar á darse cuenta de lo que le sucedia, siguió á la doncella con pasos vacilantes hasta llegar á un aposento donde habia un hombre como de cuarenta años, de rostro enjuto y mirada fria. Era el médico que asistia á doña Isabel y que esperaba ver el efecto que producia su última receta para decidir el método de curacion que debia seguir. Estaba solo porque con diversos pretestos se habia alejado á la servidumbre para que no se apercibiese del suceso, si bien esta precaucion era inútil porque no habia criado que no supiese ó maliciase el estado en que se encontraba su señora: solo habian quedado la doncella que guiaba á Cervantes y otra de mucha confianza que en aquel momento se encontraba al lado de doña Isabel.

Pocas palabras bastaron para que el doctor se enterase de quien era el poeta, pues de ello tenia ya algunos antecedentes que le dió la misma dama en los momentos de mayor apuro y que completaron las doncellas despues.

—¿Podré verla?—preguntó Cervantes con acento de viva inquietud.

—Sí, la vereis—le contestó el médico;—pero no ahora, porque la sorpresa la mataria instantáneamente: es preciso prevenirla de modo que al principio solo abrigue una lejana esperanza de que podeis venir y acabe de convencerse de que podrá abrazaros muy pronto.

—¿Y si entretanto muere?

—No es el peligro tan cercano; y aunque opino que sucumbirá, creo que hasta mañana por lo menos le queda vida.

Cervantes no pudo contestar: sintióse ahogado, y repentinamente, tan falto de fuerzas, que se dejó caer en un sillon, ocultó el rostro entre las manos y dos lágrimas del dolor mas profundo brotaron de sus ojos.

—Entrad—dijo el doctor á la doncella—y si la encontrais algo sosegada, comenzad á darle una esperanza leve, muy leve, de que podrá suceder....

—Comprendo—replicó la sirviente.

Y se entró en el inmediato aposento y luego en otro que era donde se encontraba doña Isabel acostada en un riquísimo lecho de blancas cortinas de seda recamadas de oro.

El rostro de la dama estaba cubierto de una palidez mate que indicaba la mas estrema debilidad; sus lábios secos y blancos estaban frios, apagado el brillo de sus ojos que iban perdiendo gradual, aunque muy lentamente, la vista, y por su frente corrian de vez en cnando algunas gotas de helado sudor que iban á perderse entre los dorados cabellos que cubrian sus sienes palpitantes. No dejaba escapar su boca ni el mas leve quejido, y aunque bien claramente se advertia que la vida se escapaba por instantes de aquel cuerpo, sin embargo, parecia que la muerte no la atormentaba con una penosa agonía.

A su lado, bajo las finas ropas de la cama, descansando sobre uno de sus brazos y oprimida contra su amoroso y maternal pecho, estaba la inocente y angelical criatura que una hora antes habia abierto los ojos á la luz del mundo, y que sin conciencia aun de la vida ni de la muerte, no se revelaba en su infantil y cándido semblante mas que esa completa ignorancia de todo, hasta del ser ó no ser. ¡Desdichada!.... ¡Cuan temprana horfandad le preparaba su destino!... ¡Cuánto mayor fuera su suerte si Dios llevara su espíritu, despues de limpio del hereditario pecado, á la mansion celestial, concediéndole una felicidad eterna en cambio de los dolores de este mundo donde se nace para vivir luchando y sufriendo y se lucha y sufre para morir!

Cuando la doncella se acercó al lecho, junto al cual estaba su compañera, miróla dulcemente doña Isabel, y con voz debilitada le dijo:

—¿Y el doctor?

—Espera á ver el efecto que os produce el medicamento que habeis tomado.

—Todo es inútil, no hay nada que pueda salvarme la vida mas que la voluntad de Dios.

—No penseis de esa manera, porque se agravará vuestro mal: ya sabeis que os ha recomendado el doctor....

—El doctor está convencido de que me muero, y yo tambien porque siento extinguirse lentamente mis fuerzas. No pienses, Ana, que me espanta la muerte; lo que me da cuidado es mi hija, esta niña inocente que sin madre y sin nombre no puede esperar sino una vida de desdichas.... ¡Hija mia!....

—Que os haceis mucho mal....

—Voy á morir y serán muy pocos los besos que podré estampar en su frente de ángel, muy pocas las veces que podrán articular mis lábios el dulce nombre de hija.... Esto me consuela, es lo único que junto á la muerte puede sonreirme.... ¿Pero qué va á ser de ella?.... ¡Ah!.... Si al menos, cuando para siempre se cierren mis ojos la separasen de mi helado seno los brazos de su padre....

—No os amenaza tan de cerca la muerte—replicó la doncella—pero si tan triste caso llegase, ¿por qué no habia de suceder que volviese á tiempo el señor Miguel de Cervantes, quedando á su cuidado vuestra hija?

—¡Volver!.... ¡Ah!.... No puede volver á tiempo porque yo no viviré muchas horas y nos separa una larga distancia.... ¡Despedirme de él, verlo abrazar á nuestra hija!.... ¡Cuánta felicidad, Dios mio!.... Pero es imposible, está muy lejos....

—¿Qué sabemos donde se encuentra? Todo cabe en lo posible. Supongamos que fuese verdad lo que se dice de que están para llegar unas galeras de las Azores, y que en ellas viniese el señor Miguel....

—¡Ana!—exclamó doña Isabel, fijando en la doncella una mirada afanosa.

—Así corre la voz ¿pero quién sabe la verdad? Ni tampoco de ello podria sacarse la consecuencia de que viniese.

—Quizás Dios se haya apiadado de mí—repuso la dama.—No te detengas, corre, averigua y vuelve al momento.

—Me parece inútil....

—No importa, corre te digo, pregunta á todo el mundo; quizás se tengan noticias de si vienen soldados y de qué tercio son.

—Si con tan poco habeis de tranquilizaros....

—Sí, sí....

—Pero debeis pensar cuan imprudente seria concebir esperanzas que habian de desvanecerse.

—¿Qué has hecho?—dijo la otra doncella que hasta entonces habia permanecido callada.—Grande ha sido tu imprudencia. ¿No comprendes que en el estado de nuestra señora puede ser muy fatal un desengaño?

Ana bajó la cabeza como pesarosa de su falta de precaucion.

—¿A qué aguardas?—le dijo doña Isabel.—No pierdas un instante....

La doncella salió sin replicar y volvió al aposento donde estaban Cervantes y el doctor.

—¿Cómo se encuentra?—preguntó el poeta.

—Lo mismo.

—¿Y mi hija?

—Con la tranquilidad de un ángel.

—¿Le habeis dicho ya?....

—Sí, una sola indicacion....

—Mucho cuidado—dijo el doctor—mucho cuidado porque no podria soportar una sensacion fuerte aunque fuese de alegria.

—No hay que temer que así suceda.

—¿Y el sudor?

—Continúa.

—¿Y la palidez?

—Aumenta.

—¿Y los lábios?

—Mas secos y descoloridos.

—¿La respiracion?....

—Algo mas precipitada.

El doctor hizo un gesto, se cruzó de brazos, y con la frente contraida y la cabeza inclinada sobre el pecho, comenzó á pasear por la habitacion.

—¿Qué os parece?—le preguntó Cervantes con ansiedad.

—Que no hay remedio.

—¡Dios mio!

—¿Habeis observado si cuando quiere fijar la mirada abre los ojos mas de lo que siempre ha tenido de costumbre?

—Sí.

El médico hizo un segundo gesto y arrugó mas la frente mientras murmuraba:

—No llegará á mañana.

Un cuarto de hora pasó sin que ninguna de aquellas tres personas rompiese el silencio.

Lo que sufrió Cervantes es imposible esplicarlo ni hacerlo comprender. En aquellos momentos se olvidó de todo, hasta de los deberes que tenia que cumplir como portador de los despachos del gobernador de las Azores. ¿Qué sucederia cuando el rey supiese que habian llegado las galeras y viese que el encargado de entregarle los pliegos no parecia? ¿Con qué razones podria escusarse el poeta ante la inflexible severidad de Felipe II? Triste y comprometida en estremo era la situacion del soldado de Lepanto, y terrible habria de ser la lucha cuando recordando su deber se viese en la dura alternativa de cumplirlo, abandonando á la dama en la agonía, ó prodigar á esta sus cuidados y sus consuelos y abrir los brazos á su

desamparada hija, faltando á su deber como hidalgo que juró cumplirlo y como soldado que aceptó la obligacion de sacrificarlo todo por el servicio de Dios, de la patria y del rey.

La doncella volvió al dormitorio de doña Isabel.

—¿Qué has sabido?—le preguntó esta.

—Que efectivamente, hoy llegarán dos galeras procedentes de las islas.

—¿Cómo se sabe?

—Por otra que con ellas venia y se adelantó.

—¿Traen soldados?

—Sí.

—¿De qué tercio?

—No lo sé.

—¿Qué has averiguado entonces?

—No he pensado....

—Vuelve otra vez y pregunta; pero no tardes tanto tiempo como antes....

—He ido corriendo.... aun no hace media hora que salí....

—Para mí ha sido medio siglo porque se me acaba por instantes la vida.... No te detengas....

La doncella volvió á salir y dejó pasar otro cuarto de hora.

Cervantes y el doctor continuaban silenciosos.

Cuando Ana entró por tercera vez en el aposento de su señora, esta le preguntó con voz mas débil que antes:

—¿Lo has averiguado?

—Sí, señora, pero....

—Esplícate.

—Viene parte del tercio del maestre don Lope de Figueroa....

—¡Dios mio!—esclamó doña Isabel.—¡Aun llegará á tiempo!....

—Pero no puede asegurarse que él sea uno de los que vienen....

—¿No te han dicho si es la compañía de Diego de Urbina?

—Diego de Urbina —repitió la doncella como queriendo recordar.—Urbina... Creo que sí, pero no tengo seguridad....

—¡Es él!... ¡Gracias, Dios mio!—exclamó la dama.

Y besó repetidas veces á su hija, pero sin poder desahogar con el llanto su emocion.

—Mirad que un desengaño....

—¿Cuándo llegan?

—Dicen que hoy mismo, tal vez antes de dos horas....

—Corre á esperarlo y cuando lo veas díle que no se detenga en nada porque tengo contados los minutos de vida que me quedan.

—Sosegaos.

—Corre, es la última gracia que te pido....

—Consultaré al doctor....

—Yo no necesito mas que consuelos para el alma y el doctor solo puede darme inútiles remedios para el cuerpo.... No te detengas ni olvides decirle que lo espera su hija, la hija de nuestro amor sin igual.

Doña Isabel no pudo proseguir. Su respiracion se hizo mas trabajosa, se descompusieron sus facciones y aumentó la palidez de su rostro.

—Ya no la sorprendereis—dijo la doncella á Cervantes;—pero habreis de esperar una hora.

El poeta sintió latir su corazon con estremada violencia, y al oprimirse el pecho exhaló un grito de desesperacion y brillaron sus ojos como dos luciérnagas. Habia puesto las manos sobre los pliegos del gobernador, que los llevaba bajo su coleto, y se habia acordado del monarca y de sus deberes.

Iba á comenzar la lucha, pero una de esas luchas que desgarran el alma.

Habian pasado dos horas desde que Cervantes desembarcó, y ya su falta en entregar los despachos era inexcusable. No podia perder un momento porque ya estaria echándolo de me-

nos el rey. ¿Pero cómo separarse de allí, esponiéndose á que mientras desempeñaba su comision espirase doña Isabel?

Es verdad que aun tenia que dejar transcurrir una hora antes de ver á la dama, pero el que esta no muriese entre tanto, ó que el monarca no entretuviese al poeta, era imposible asegurarlo.

¿Qué hacer en tan apurada situacion? Faltar á su deber le era imposible á Cervantes; abandonar á doña Isabel, era esponerse á perderla sin haberla visto, sin endulzar su agonía.

Con desiguales pasos, y mientras sentia la frente abrasada y palpitar el corazon como si en mil pedazos fuese á saltar del pecho, recorrió el poeta tres ó cuatro veces la habitacion sin decidirse á salir ni á quedarse. Su espíritu estaba atormentado horriblemente, y como era tan esclavo de sus deberes como de sus afecciones, luchó en vano para acallar estas ú olvidar aquellos.

—¿No está ya prevenida? ¿No me espera?—dijo, parándose repentinamente y mirando al doctor y á la doncella.

—Sí.

—Pues la veré un instante y me iré.

—Imposible: es preciso que dejeis pasar lo menos una hora para que se haya repuesto de la emocion que acaba de sufrir.

—No puedo esperarme, me llaman mi honor y mi deber....

—Entrad si quereis, pero no respondo de su vida.

—Esto es horrible.

—Lo comprendo, pero es irremediable.

—Me espera el rey.

—Os aconsejo que vayais á verle.

—¿Y si muere entre tanto?

—¿Tardareis mucho tiempo en volver?

—Lo ignoro, aunque presumo que podré venir antes de una hora.

—Entonces os respondo de que la encontrareis viva.

—¿Y si el rey no me recibe al instante ó me entretiene largo rato?

—En cuanto á eso nada puedo deciros—contestó el doctor, encogiéndose de hombros.

—¿Pero no veis que me desespero, que mi situacion es horrible?—replicó Cervantes con acento de rabiosa ira.

—¿Qué he de hacerle? ¿Puedo acaso con una receta sacaros de vuestro apuro?

—¡Oh!....—murmuró el poeta, mirando con significativo desden al doctor.

El semblante de este animóse repentinamente, y con amargo acento dijo:

—¡Pensais que me arranqué el corazon antes de tomar el escalpelo!... ¡Ah!... ¡Triste pago nos da el mundo! ¿No adivinais que en este momento sufro tanto como vos porque es mi ciencia limitada y me esfuerzo en vano para vencer á la muerte? ¡Y quereis que olvide mi situacion para ocuparme de la vuestra!... Id, si os place, á ver al rey, ó quedaros si así es vuestra voluntad; pero como tengo que dar cuenta á Dios, á mi conciencia y al mundo de la vida de esa mujer, no os permitiré que entreis á verla antes de una hora.

—¿Cómo me lo estorbaríais?—replicó Cervantes arrebatadamente.

—Prohibiéndooslo en nombre de Dios y de la humanidad—contestó severamente el doctor.

—Perdonad—repuso el poeta, volviendo á quedar abatido. —Olvidad mis imprudentes palabras....

—Cumplid con vuestro deber, y si el monarca os detuviese, fingid que os sentís indispuesto, que no podeis permanecer de pié, ni escucharlo, ni hablar....

—¡Teníais una receta para sacarme de mi apuro!—interrumpió vivamente el poeta.

Y sin detenerse, se lanzó hácia la puerta como un loco y mientras decia:

—Perdonad señor doctor.... No la perdais de vista ni un instante, ni un solo instante.... ¡Dios mio!

Empero habian pasado ya dos horas desde que Cervantes desembarcó, y el monarca debia haber estrañado que no se le presentase, lo cual era una falta gravísima, tratándose del cumplimiento de una órden urgente.

Corrió el poeta como si lo persiguiese la muerte, y pálido y cubierto de sudor llegó en pocos minutos á la morada real.

CAPITULO XXVI.

Dos horas y dos años.

No se hizo esperar Felipe II, porque apenas le dijeron que estaba allí el portador de los despachos de Boadilla, ordenó que pasase.

El poeta entró en la cámara real, hizo una profunda reverencia y se detuvo; pero el monarca, en vez de pedirle los pliegos, miró un reloj de péndola y luego agitó una campanilla de oro que habia sobre la mesa en que á la sazon trabajaba.

Cualquiera hubiese dicho que no se habia apercibido de la llegada de Cervantes.

Apenas hubo sonado la campanilla se presentó un gentil hombre.

—Cuidad—le dijo el rey—de que ese reloj señale con mas

exactitud la hora. Son las once y muy pocos minutos mas, y nos roba dos horas de vida apuntando la una y siete.

Cervantes palideció mas de lo que estaba.

—Señor—dijo el gentil-hombre—sin duda V. M., ocupado en sus delicados trabajos, no ha sentido pasar el tiempo y cree....

—Estais equivocado—interrumpió el monarca.—Las galeras enviadas por el maestre Boadilla llegaron antes de las once.

—Perdone V. M., pero desde entonces....

—Solo pueden haber transcurrido algunos minutos que es todo lo que necesitaba el portador de los pliegos para llegar aquí, y ya veis que acaba de entrar. Os repito que atraseis dos horas ese reloj.

Calló el gentil-hombre y obedeció, saliendo en seguida de la cámara.

La reconvencion no podia ser mas dura para un hombre tan pundonoroso como Cervantes, y le fué mucho mas sensible en aquellos momentos en que le atormentaba un dolor tan profundo, en que acababa de sostener su espíritu una lucha tan desgarradora. Al pronto no le permitió al poeta su turbacion pronunciar una palabra, y con los pliegos en la mano, permaneció inmóvil y mudo algunos instantes; pero al fin algo mas recobrado, comprendió que debia escusar su falta con cualquier pretesto, y dijo:

—Señor, suplico á V. M....

Pero Felipe II no le dejó proseguir, y replicó:

—Dadme esos pliegos.

El poeta se los entregó con mano agitada y volvió á quedar inmóvil y silencioso. En vano intentariamos hacer comprender lo que sufria el desdichado en aquellos momentos. Su frente estaba inundada de frio sudor, cadavéricamente pálidas sus megillas y agitado su pecho á impulsos de una respiracion desigual y fatigosa.

El severo rey leyó los despachos una y otra vez con todo detenimiento, tomó notas, consultó otros manuscritos, y despues de media hora ó mas, dijo:

—Mucho se os recomienda, señor hidalgo; muy alto se pone vuestro valor y vuestra lealtad, y quiero recompensaros segun mereceis y porque tambien lo he prometido á don Alvaro de Bazan que me habló de vos.

—Señor—contestó el poeta—yo no he hecho mas que cumplir con mi deber; pero si alguna recompensa he merecido, la tengo sobrada con la gracia de V. M.

—Sin duda—replicó Felipe II—lo mismo que mi relojero, el buen Boadilla se equivocó y adelantó dos años la fecha de estos despachos, lo que me obliga á retrasar el tiempo si ha de estar en armonía con el reloj. Aun queda mucho que hacer en las Azores, y si quereis seguir siendo soldado, tendreis ocasiones muchas en que distinguiros.

—Señor....

—Dentro de dos años volved, y entonces, si otra equivocacion de hora no me hace comprender la de la fecha, proveeré á vuestra solicitud.

—Gracias, señor—balbuceó Cervantes, haciendo una reverencia.

—Idos á descansar y esperad mis órdenes que no tardaré en comunicaros para que volvais á San Miguel.

El poeta salió de la cámara.

Adios esperanzas, adios ilusiones: el desengaño no podia haber sido mas amargo. ¡Cuánta diferencia entre aquellos momentos de doloroso pesar con los que, arrullado por el murmurio de las olas, pasó el poeta la noche en que se alejó de la isla! Entonces le sonreia el cielo, la luna y las estrellas, y el alegre canto de los marineros le enternecia dulcemente, y la fresca brisa se llevaba en sus alas puras y sutiles los suspiros de amor; entonces todo era esperanzas halagüeñas porque muy pronto debia ver recompensados sus sacrificios

y porque pensaba estrechar entre sus brazos á doña Isabel que estaria mas enamorada que nunca, que se consideraria feliz; pero luego, tantas ilusiones gratas desaparecieron en un instante: la sonrisa del cielo se trocó por el rostro frio, severo y taciturno del doctor que anunciaba la muerte de la dama; el arrullo de las olas por ayes de dolor, y la fresca brisa por suspiros abrasadores arrancados al pecho por la mas amarga pena: las esperanzas de obtener recompensa, se habian convertido tambien en desengaños, porque á las fundadas razones que Cervantes se daba á sí mismo para tener seguro el logro de sus deseos, puso Felipe II un plazo de dos años, y como si las agujas del reloj fuesen un instrumento de tortura, al hacerles girar retrocediendo, sintió el poeta despedazado el corazon. Otro cualquiera no hubiese podido resistir tantos dolores á la vez, pero Cervantes no era un hombre de alma vulgar, y pudo sostener la lucha. Sin embargo, cuando entró nuevamente en casa de doña Isabel, su cabeza se ardia y estaba tan oprimido su pecho que apenas podia respirar.

—¿Vive?—fueron las primeras palabras que dijo.

Y miró alternativamente al doctor y á la doncella con una mezcla de afan y miedo que significaba el deseo que tenia de saber cómo se encontraba la dama, y el temor de que le dijesen que ya no existia.

Empero su estrella no quiso llevar hasta este estremo la desdicha, porque el doctor y la doncella contestaron á la vez:

—Sí, vive.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó el poeta, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Y luego añadió:

—¿Puedo ya verla?

—Voy á decirle que os he visto asomar por el estremo de la calle; luego volveré y entrareis.

La doncella corrió al dormitorio de su señora, y con semblante alegre y acento conmovido, dijo:

—Ya viene.

Doña Isabel dejó escapar un grito, sus ojos brillaron por un instante, y como si hubiese recuperado las fuerzas, se incorporó sobre un brazo.

—No os movais—le dijo la doncella.

—Corre.... que entre....

Ana salió, y pocos minutos despues el poeta se precipitaba sobre el lecho.

Oyóse un grito, crujió.... ¡ah!.... aquel amoroso beso que debia haber hecho palpitar de gozo sin igual el corazon, lo desgarró fibra á fibra.

CAPITULO XXVII.

¡Hija mia!

ARGO rato permanecieron inmóviles, y derramando lágrimas de dolor y alegria, que cayeron sobre el rostro y la cabeza de la inocente criatura que seguia durmiendo tranquilamente y que recibió como primer bautismo el llanto de sus padres.

Cuando pasada la primera emocion pudieron hablar, fueron sus primeras palabras dulces, tiernas y cariñosas como nunca; pero luego, la falta de fuerzas recordó á la dama que iba á morir, y pensando en la suerte de su hija, dijo al poeta:

—Siéntate á mi lado y escúchame con toda tu atencion porque será la última vez que te hable.

—Desecha esas ideas, Isabel—le contestó Cervantes—agravas tu mal....

—No me hagas concebir una esperanza loca—interrumpió doña Isabel—porque me seria mas dura la muerte con el desengaño. Sé que dentro de pocas horas no existiré, y como va á quedar sin madre y sin amparo nuestra hija, necesito hablarte de ella y ocuparme de su suerte.

Cervantes cruzó los brazos y se dispuso á escuchar. ¿Qué habia de decir?

—Ya sabes que mis riquezas son suficientes para poner á mi hija á cubierto de todas las necesidades, y que la falta de un nombre legítimo, se la compense la sobra de una fortuna bien adquirida. Mis bienes deben pasar á un solo pariente que tengo, caso de que yo muera sin sucesion, y por esto es urgente que aprovechemos las horas que me quedan de vida para que yo otorgue testamento y declare que tengo una hija que lo es tuya y mi heredera. Sin duda alguna mi pariente, que es avaro y está en el último tercio de su vida, se negará á reconocer mi testamento, pero tú defenderás los derechos de mi hija ¿lo entiendes? sus derechos y no los tuyos, sin despreciar con tu orgullo las riquezas porque se trata de su felicidad.

Doña Isabel se detuvo algunos instantes porque le faltaron las fuerzas para continuar: estaba cada momento mas débil, y la luz iba huyendo gradualmente de sus ojos.

—Ya sabes—prosiguió—cuan profundo ha sido mi amor, y que solo la muerte puede arrancarlo de mi pecho.

—Pero tú no morirás, Isabel—repuso entonces el poeta con voz conmovida.—No morirás tan jóven, tan hermosa y sin que se hayan cumplido nuestros deseos, sin que yo pueda llamarte mia á la faz del mundo. Nó, Isabel, mi negra fortuna no querrá hacerme desgraciado hasta ese punto, Dios tendrá compasion de mí siquiera por ese ángel que has abrigado en tus entrañas, por ese ángel.... ¡Oh!...

Cervantes calló repentinamente porque conoció que sus palabras conmovian demasiado á doña Isabel, y esto podia ser muy fatal.

—La muerte no respeta nada —replicó la dama.—Este ángel no tendrá mas brazos que los tuyos donde dormirse, no conocerá mas caricias que las tuyas....

—Isabel—interrumpió el poeta—ya sabes que el doctor te ha prohibido hablar mucho, y no es prudente....

—Son mis últimas palabras. ¡Ah!... Cuando se está al borde del sepulcro no se desea mas que hablar con las personas queridas, hablar mucho....

—No prosigas.

—Déjame concluir.

—Nada mas tienes que decirme: te repito que no peligra tu vida tanto como crees, y aun cuando fuese así, mi cariño paternal adivinará todos tus deseos. Nuestra hija será para mí el recuerdo vivo de nuestro amor, llevará tu nombre....

—Empiezas á adivinar mis deseos.

—Y jamás se separará de mí. Si la codicia de tu pariente no respeta los bienes de nuestra hija y logra arrebatárselos, yo trabajaré para ella y la haré felíz con mis cuidados.

—¡Dios te bendiga!—exclamó la dama que al fin pudo verter algunas lágrimas que debian ser las últimas.

—Tranquilízate, piensa solamente en tu salud y Dios mirará por nosotros.

—Me quedan muy pocas horas de vida, lo conozco porque cada momento que pasa se disminuyen mis fuerzas, porque voy perdiendo la vista.... ¡Morir cuando nuestro amor me prometia un porvenir de completa felicidad, cuando empezaba á conocer los infinitos goces del cariño de madre!.... ¡Ah! El cielo perdone mi debilidad, pero he vivido tan poco!....

Cervantes tuvo que hacer un sobrenatural esfuerzo para no dar con lágrimas testimonio de la emocion dolorosa que le habian hecho sentir las sencillas palabras de doña Isabel.

—Voy á concluir—repuso ésta despues de algunos momentos.

—Sé breve.

—Como no esperaba la dicha de verte antes de morir, he dado á mi doncella Ana todas las instrucciones convenientes respecto á la nodriza que ha de criar á nuestra hija en su casa, y ella te enterará de todo.... Voy perdiendo las fuerzas hasta para hablar....

—Te haces mucho daño....

—¡Dios mio!—exclamó la dama con el mas triste y doloroso acento.—Se me acaba la vida.... prepáralo todo para el testamento....no pierdas un instante.... ¿Qué hora es?

—Las dos....

—¡Las dos!... Apenas veo....no distingo tus facciones.... ¡Voy á separarme para siempre de mi hija!

Y la infelíz madre estrechó con tanta fuerza á la criatura que la hizo exhalar un grito.

—¡Hija mia!....

—¡Isabel,que te das la muerte!....

—Corre, Miguel.... no te detengas....la suerte de nuestra hija.... Corre....

—Sosiégate.

—En nombre de nuestra hija.... no te detengas....adios.... vuelve pronto á despedirte de mí....

Doña Isabel apretó las manos de Cervantes y las cubrió de besos mientras que este hacía los mayores esfuerzos para dominar su desgarradora emocion y aparecer tranquilo.

—Corre—volvió á decir la dama.—No pierdas tiempo.... Vuelve á despedirme.... á darme el último adios.... el último.... No te detengas....

El poeta aprovechó las instancias que la moribunda le hacía, y medio ahogado, sin poder apenas sostenerse, salió del aposento y luego de la casa para cumplir las disposiciones que habian de asegurar la suerte de su hija.

Empero estaba determinado que aquel dia llegase tarde para todo, y todo se le frustrase, porque cuando volvió á casa de doña Isabel, esta habia dejado de existir pronunciando el nombre de su amante y el de su hija.

Esperaba á Cervantes un momento que debia poner á prueba toda su resignacion y fortaleza de espíritu. Iba á encontrarse solo con su hija, sin recursos de ninguna especie y aun sin poder permanecer algunas horas en aquella casa de donde le echaria con sus derechos de pariente y heredero un hombre codicioso y brutal. ¿Qué iba á ser de aquella niña sin mas amparo que los brazos de su padre? El momento, repetimos, debia ser terrible, y bien se necesitaba toda la grandeza de corazon de Cervantes para no sucumbir bajo tan terrible golpe.

Cuando el infelíz entró en la silenciosa antecámara, se ofreció á su vista un cuadro tristísimo. La doncella Ana, sentada en un sillon, tenia en sus brazos y abrigaba en su seno á la reciennacida mientras que la contemplaba con la mas dolorosa compasion y derramaba abundante llanto. Detras de ella, de pié, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, contraida la frente y la mirada fija en la inocente criatura, estaba el doctor tan inmóvil y silencioso como una estátua y sin que por la espresion de su rostro de imponente y fria severidad, hubiese podido adivinarse si su amor á la ciencia le hacía meditar sobre los síntomas que habia presentado la agonía de doña Isabel, ó si habiéndose olvidado ya de que era el médico pensaba y se condolia de la triste suerte que esperaba á la pobre niña sin bienes de fortuna, sin nombre y sin madre que le hiciese olvidar con sus cuidados y caricias las privaciones y amarguras de la miseria.

Al primer golpe de vista comprendió Cervantes lo que habia sucedido, y sintiendo helársele la sangre, suspender el corazon sus latidos y temblar y perder la fuerza sus miembros, estendió los brazos, arrebató á su hija de los de la doncella,

y al estrecharla contra su ahogado pecho, gritó con voz destemplada y acento de desgarradora pena:

—¡Hija mia!

No pudo decir mas; su cuerpo vaciló, y á no acudir el médico en su ayuda cayera al suelo.

Hay momentos en que todos los idiomas son pobres para espresar el dolor, y solamente un grito, un gesto, un ademan pueden dar aproximada idea de lo que se siente.

El poeta, sostenido por el doctor, dió un paso y se dejó caer en un divan, y abrazando á su hija y escondiendo entre esta y su pecho el rostro, permaneció largo rato sin que se le oyese exhalar una queja; empero su agitada y desigual respiracion producia un ronquido sordo y continuado que daba claras señales de lo que su cuerpo, al par que su espíritu, sufrian.

¡Desdichado!

Al fin levantó la cabeza; sus facciones estaban tan descompuestas que casi infundian espanto, y tan contraida y pálida su frente que parecia que un largo periodo de tiempo habia impreso en ella el sello mortal de la vejez. Su mirada era incierta, vaga, y por sí sola delataba la existencia de una abrasadora fiebre.

—¡Hija mia!—volvió á decir con voz reconcentrada que resonó en el interior de su pecho y pareció no haber salido de su boca.

Pero sus ojos no vertieron una lágrima, ni estaban húmedos, ni siquiera empañados.

Y miró á su hija con el afan del sediento que contempla el arroyo cristalino y fresco y no puede apagar en él su sed abrasadora.

Y el alma asomó á sus ojos, iluminando sus pupilas con estraño fuego.

Pero no pudo llorar.

El doctor lo comtemplaba como habia contemplado á la

niña; pero no podia decirse si estudiaba como hombre de ciencia ó sentia como hombre de corazon.

Aquella situacion era demasiado violenta para que pudiese prolongarse mucho tiempo.

Cervantes levantó al cielo los ojos con indecible ternura: llamaba en su auxilio la fé y la resignacion, pedia consuelo al Omnipotente, no por el miedo de sufrir, sino por el temor de desesperarse.

Entonces se acordó de los últimos consejos de su padre, y acudieron á su memoria los dos siguientes:

«Las desgracias son el crisol de la virtud: alégrate si tienes ocasion de que la tuya se purifique.»

«Ten presente en los trabajos que con la resignacion podrás resistirlos, pero con la desesperacion no lograrás vencerlos.»

—¡Dios mio!—murmuró con acento débil.

Y volvió á mirar á su hija y á repetir:

—¡Hija mia!

Luego, dirigiéndose al doctor, añadió:

—Quiero ver á Isabel.

Por toda contestacion contempló el médico á Cervantes como para convencerse de la fortaleza de alma del que así le pedia una cosa cuyo valor quizás no conocia.

—Quiero verla, doctor—repitió el poeta con una tranquilidad que puso en cuidado al Hipócrates.—Quiero estampar en su frente un ósculo de religioso respeto, sellar la materia que ha de convertirse en polvo, dejar en las cenizas frias de lo que fué el recuerdo de mi gratitud.

El médico no respondió tampoco, sino que miró con mas atencion á Cervantes.

—¿Alcanza vuestra ciencia—dijo este— á conocer la grandeza del corazon y la fuerza de la voluntad? Si es así, tomad —añadió, estendiendo un brazo:—preguntad al pulso y os dirá lo que puede la voluntad del hombre.

Zarza dl.º y lit.º *M. Heraldica.*

—¡Que la misericordia del Señor te abra el cielo!—

Y levantó con energía la cabeza, y su frente se contrajo mas de lo que estaba.

El doctor pulsó al poeta, hizo un gesto de admiracion y luego dijo:

—¡Hombre extraordinario!.... No es todo materia la criatura.... ¡Cuán grande es el poder de la voluntad!....

—¿Puedo verla?

—Sí, pero un solo momento; no mas que el tiempo necesario para dejar en su frente el respetuoso recuerdo de vuestra gratitud.

Cervantes se levantó con febril energía; entregó su hija á la doncella, y le dijo:

—Hacedme la merced de disponeros para llevar esta criatura á la que ha de servirle de madre.

Y luego, seguido del doctor, entró en el dormitorio de doña Isabel.

El cuerpo de ésta permanecia en el lecho aun, y su rostro, aunque en estremo pálido, no causaba horror porque estaba como animado por una dulce sonrisa, producida por la contraccion de los músculos de aquella parte.

El poeta la contempló por un segundo, y luego, en vez de arrojarse sobre la cama con todo el frenesí de su dolor, segun esperaba el médico que sucediese, descubrióse la cabeza, se acercó lentamente al cadáver, inclinóse, como antes habia dicho, con respeto religioso, y besó aquella frente helada donde tantos pensamientos de ardiente amor se habian abrigado.

Empero en aquel momento se sintió desfallecer, y haciendo un supremo esfuerzo, logró sostenerse y se enderezó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Que la misericordia del Señor te abra el cielo!—dijo:

Y luego salió, derramando copioso llanto.

Ya lo esperaba la doncella, cubierta con un ancho manto bajo el cual ocultaba á la reciennacida.

El médico no pronunció una palabra.

Cervantes volvió á contemplar á su hija, la besó con paternal cariño, y dijo con dulce voz y acento de sin igual ternura:

—¡Hija mia!

CAPITULO XXVIII.

Lo que hizo Cervantes por su hija.

Por fortuna, ó tal vez por desgracia, permaneció Cervantes algunos dias en Lisboa, y cuando mas sosegado pudo ocuparse en el arreglo de sus asuntos, determinó visitar al pariente de doña Isabel, para ver si en nombre de la humanidad podia conseguir, sino el todo, parte de lo que tan justamente correspondia á su hija. El dar este paso era para el poeta hacer un gran sacrificio, y así se comprende si se tiene en cuenta su carácter; pero en aquella ocasion, nada le importaba pedir ni verse humillado si conseguia labrar la suerte de su hija. Hay que tener en cuenta tambien que Cervantes se encontraba en tan mala situacion, que el dinero que poseia le cos-

taba trabajo encontrarlo cuando metia la mano en el bolsillo: tal era su escasez, y en medio de ella, encontrábase en el grave compromiso de pagar la nodriza y de hacer otros gastos indispensables para la vida de su tierna hija.

Estas minuciosidades que tan poco se prestan á las galas de la poesia con que el escritor presenta sus cuadros, son, sin embargo, las que en la triste vida del hombre pobre deben estudiarse si ha de llegar á conocerse el corazon humano y sus padecimientos y goces.

No teman nuestros lectores que entremos en detalles de esta naturaleza hasta el punto de llevar la cuenta exacta del debe y haber del príncipe de los ingenios españoles, por mas que el debe y haber fuese para Cervantes, como para todos los escritores que le antecedieron y han sucedido, el roedor de su penosa existencia. Basta á nuestro propósito hacer saber que el poeta tenia que alimentar á su hija, y que un padre por la existencia de su hijo hace lo que no haria por la suya propia.

Si nuestros datos son fidedignos, eran las once de la mañana y Cervantes, cavizbajo y triste, atravesó algunas calles, se detuvo delante de una casa de suntuosa apariencia, dudó algunos instantes, y al fin entró en el zaguan con paso firme y aire resuelto.

Lo primero que encontró fué á un portero de gesto avinagrado, que se daba la importancia de un gran señor, y que le dijo:

—¿A donde vais?

—A ver al señor don Juan de Silva—contestó el poeta.

—Dudo que os reciba.

—Es negocio urgente y de grande importancia para vuestro señor.

—¿Os conoce?

—Nó, pero tiene noticias mias y no le sorprenderá que venga á visitarlo.

—Entonces subid y hablad con el ayuda de cámara, aunque os repito que dudo....

—Bien, con vuestro permiso—replicó Cervantes.

Y subió una ancha escalera, entró en una antecámara y se encontró con otro criado que dormitaba en un ancho sillon.

—¿Qué se os ofrece?

—Tengo que hablar al señor don Juan de Silva.

—No puede ser.

—¡Qué no puede ser!...

—El señor don Juan de Silva está de luto y solo recibe á las personas de su mas íntima confianza.

—No importa—replicó Cervantes—porque el asunto que me ha traido es de tal urgencia y de tanto interés para vuestro señor, que con gusto olvidará por algunos momentos el dolor que le ha causado la muerte de su sobrina, y me escuchará.

—Todos dicen lo mismo y luego....

—Reparad con quien hablais....

—Señor hidalgo....

—Decid á vuestro señor que está aquí Miguel de Cervantes de quien ya debe tener noticia.

—Creo que á pesar de la urgencia que mostrais no podreis verlo.

—En tal caso añadidle que no se cierra la puerta á un hidalgo español.

El sirviente miró á Cervantes como para comparar su aspecto con su altanería.

—Soy un soldado—replicó el poeta.

—Lo diré á mi señor y....

—Os espero.

—Bien, señor hidalgo.

El criado desapareció y Cervantes volvió á quedar meditabundo y triste.

Largo rato pasó sin que saliese el doméstico, lo cual probó

al poeta que su nombre no era desconocido al pariente de doña Isabel.

¿Atenderia el codicioso heredero la súplica de un padre que pedia en nombre de su hija, en nombre de la humanidad? Cervantes creyó que sí porque él en igualdad de circunstancias no se hubiera aprovechado de la ocasion que daba una fatal casualidad para despojar á una criatura inocente, huérfana y desvalida de los bienes que habian de ponerla á cubierto de la miseria y quizás evitar el vicio y la perdicion. Pero esto debia ser un nuevo desengaño tan triste y doloroso como los anteriores.

Al fin salió el doméstico y dijo:

—Os recibirá mi señor por particular merced. Seguidme.

Y luego introdujo á Cervantes en varios aposentos ricamente amueblados, hasta que levantando un grueso tapiz de Flandes, señaló una puerta y repuso:

—Entrad.

Cervantes penetró en un gabinete cuadrilongo cuyas paredes estaban cubiertas de tela de color gris oscuro y cuyos muebles eran de ébano con primorosos tallados.

Don Juan de Silva estaba recostado en un sillon, y su severo y frio semblante, de altanera espresion, parecia mas sombrío en aquel aposento oscurecido por el color de las paredes y por el negro mueblaje. El noble portugués tendria cincuenta años, y aunque una vida tranquila y de buenas costumbres habia conservado su salud, advertíase en sus miradas y en sus ademanes cierto cansacio moral, un hastío que debia ser la única nube que empañase el risueño cielo de su felicidad. La indiferencia se revelaba en sus menores gestos, y en sus miradas, á veces recelosas, el egoismo y la codicia.

Cervantes clavó su mirada de águila en el noble, y al momento empezó á desconfiar del éxito de su pretension.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó friamente don Juan antes de dar tiempo al poeta para que hablase.

—Señor, el asunto que me trae es gravísimo, como supongo que presumireis, y os ruego que me escucheis con atencion.

—Bien, hablad.

—Ante todo quisiera saber si teneis noticias de mí.

—Sí, las tengo, porque la murmuracion consiguiente á la falta de prudencia y de recato, me dió á conocer lo que yo hubiera querido ignorar.

—Desearia—replicó severamente el poeta—que se respetase la memoria de los que ya habrán dado cuenta á Dios de su proceder: los hombres no podemos ir mas allá de la tumba.

—Respetada está sin que yo admita la leccion, pero sírvaos de gobierno para escusar palabras inútiles y no gastar tiempo en valde, que estoy al corriente de todo.

—Me alegro, caballero.

—Esplicaos, pues, si os place, pues no acierto cual pueda ser el objeto de vuestra visita.

—Vuestra sobrina— dijo Cervantes con pausado tono—ha dejado una hija....

—De la que sois padre.

—Esactamente.

—Ya lo sabia yo.

—Tambien deberíais saber que los bienes que poseia vuestra sobrina, á quien Dios tenga en su gloria, pertenecian de derecho á su hija.

—Ese es el derecho y yo sabré respetarlo—dijo don Juan.

—No podia esperarse otra cosa de vos.

—Por de pronto yo soy el heredero.

—Pero veo que reconoceis....

—La teoría del derecho y nada mas, pero el caso á que puede aplicarse, ó al que sospecho que quereis aplicarlo, no lo reconozco ni lo reconoceré sin las pruebas que requiere.

Cervantes palideció.

—Eso significa—dijo—que estais dispuesto....

—A conservar los bienes que he heredado como cosa adquirida buena y legítimamente.

—¡Caballero!...

—¿Cuál es el objeto de vuestra venida?—replicó el noble portugués con tono impertinente.

—¿Eso me preguntais?—dijo el poeta cuya frente se contrajo.

—Os lo pregunto porque no lo sé.

—Vengo á pedir en nombre de mi hija lo que le pertenece.

—Nada tengo que ver con vuestros hijos, señor hidalgo.

—Pero sí con los de doña Isabel.

—Eso es otra cosa.

—Pues bien....

—Perdonad que os interrumpa, pero voy á deciros una cosa que nos hará economizar tiempo y palabras.

—Os escucho.

—En primer lugar, es preciso que se pruebe que mi sobrina doña Isabel ha tenido un hijo.

—Nada mas fácil.

—No soy de vuestra opinion.

—Vos mismo me habeis dicho que lo sabeis.

—Que sé lo que dice la murmuracion, pero nada mas, y tampoco lo creo porque estoy convencido de que mi sobrina era incapaz de manchar su honra.

—Yo os probaré lo contrario.

—Bien, podeis hacerlo, pero despues, es tambien indispensable la prueba de que la hija de mi sobrina es esa misma niña en nombre de quien reclamais.

—Tambien, caballero.

—Bueno, muy bien—repuso don Juan con calma:—veo que no os falta mas que una cosa para conseguir vuestro deseo.

—¿No es bastante la prueba de que doña Isabel ha tenido una hija y de que esa hija es la misma por quien reclamo?

—Sí.

—¿Entonces?...

—Se le adjudicarán los bienes de doña Isabel, se me nombrará tutor, y mi sobrina vendrá á mi casa.

—¿Qué decís?—replicó Cervantes con enojo.—¿Acaso no valen nada mis derechos de padre?.... ¡Quitarme á mi hija!... ¡Oh!... nadie tiene autoridad para tanto.

—Es verdad; no se puede arrancar á un hijo de los brazos de su padre sin motivos muy poderosos; pero ¿cómo probareis que la hija de doña Isabel es hija vuestra? Me parece, no solo difícil, sino imposible.

Cervantes no pudo contener una exclamacion de ira, apretó los puños y sus ojos relumbraron, pero luego inclinó la cabeza con aire abatido y quedó silencioso.

—Os aconsejo que abandoneis este asunto—prosiguió diciendo con indiferencia don Juan:—nada conseguireis en un litigio sino perder el tiempo, el dinero y la paciencia que son tres cosas que valen mucho.

—¿Con qué absolutamente os negais á devolver á esa niña huérfana lo que es suyo?.... ¡Oh!.... Eso es....

—Sosegaos que no ganareis nada calificando mi proceder de un modo que me desagrade.

—¿Qué me importa si nada puedo esperar de vos?

—Soy muy celoso de mi nombre, del nombre de mi familia, y el reconocer yo derecho alguno á vuestra hija, seria reconocer la mancha que doña Isabel echó en nuestro nombre.

—Pero podeis asegurar el porvenir de esa desdichada criatura sin reconocerle ningun derecho.

—¿Y por qué, señor hidalgo, he de pagar las faltas agenas? ¿Es justo que yo desmembre mi patrimonio porque mi sobrina tuvo lo debilidad de dejarse arrastrar por una pasion? Es decir que su liviandad ha de costarme el dinero, y para castigaros á vos por haberla precipitado os regalaré un patrimonio.

Cervantes sintió afluir á su cabeza toda su sangre y tuvo que hacer un esfuerzo para contener su ira.

—¡Oh!—dijo con voz reconcentrada—respetad la memoria de doña Isabel ó no respondo de mí.

—No olvideis donde estais—replicó don Juan con marcada intencion.

—Lo que no quiero olvidar es que tengo una hija, porque esto es lo único que puede contenerme.

—Concluyamos de una vez: venís á pedirme los bienes de doña Isabel, y yo os los niego. ¿Quereis algo mas?

—¿No os dice nada vuestra conciencia?

—Está tranquila.

—¿No os remorderá el dia en que veais á mi hija sumida en la miseria, y quizás arrastrada al vicio, á la deshonra, á que suelen conducir, no los malos instintos, sino el hambre, el frio y la desnudez?

—Doña Isabel, con sobra de bienes de fortuna, se dejó arrastrar á la deshonra: quizás si hubiese sido pobre fuera mas firme su virtud.

—¡Pero tendrá hambre y frio!...

—No ha llegado ese caso ni llegará porque tiene padre.

—Sí llegará ese caso, ha llegado ya y....

—Por ahí debiérais haber empezado—replicó el portugués, interrumpiendo á Cervantes.—Sin duda no teneis con que pagar á la nodriza de vuestra hija, y en el arrebato de vuestro justo dolor de padre....

—Vengo á reclamar lo que le pertenece, y si me lo negais pediré justicia.

—Creí haberos convencido de que nada adelantariais.

—Si nada consigo, mi conciencia quedará tranquila porque habré hecho cuanto es posible hacer.

—Ya lo pensareis mas despacio.

—Os juro que estoy resuelto á todo.

Don Juan miró á Cervantes y comprendió que cumpliria su juramento, lo cual produciria un escándalo muy perjudicial al caballero y que era preciso evitar á toda costa.

—Señor hidalgo—dijo despues de haber meditado algunos momentos—os repito que acabais por donde debisteis comenzar.

—No os comprendo.

—Si me hubiéseis dicho que no teniais con que pagar el alimento de vuestra hija, ya estaria terminada la conversacion. Ahora comprendo vuestras amenazas, como vos comprendereis cuando se sosiegue vuestro ánimo, que el cumplirlo no era mas que escandalizar, esponer á la ponzoña de la pública murmuracion la memoria de doña Isabel, y causaros un mal.

—Os repito que no os comprendo—replicó el poeta que gradualmente palidecia porque adivinaba el resultado de aquella conversacion.

—Quiero decir, señor hidalgo, que si me hubierais pedido un socorro para alimentar á vuestra hija....

—¡Una limosna!—interrumpió Cervantes cuyas megillas de pálidas se tornaron rojas como la púrpura.— ¡Una limosna á Miguel de Cervantes!

—Es una ayuda, un favor simplemente que se hace á un padre que no tiene para alimentar á su hija, es una cosa mas conveniente que un pleito durante el cual se moriria de hambre esa niña....

—¡Dios mio!—exclamó el poeta con acento doloroso,

Y se oprimió el pecho porque se sentia ahogado. ¡Qué amargos momentos de dura prueba fueron aquellos! Se le ofrecia una limosna para alejarlo como á un mendigo impertinente, y no podia rechazarla porque su hija se hubiera muerto de hambre; se le heria en su dignidad, en su orgullo, en su amor propio, y no podia pedir satisfaccion porque hubiera sido matar á su hija; era defensor de un derecho el mas respetable, de una causa justa, noble y santa y no podia sostenerla sin esponer la vida de su hija. Todo, todo tenia que sacrificarlo por su hija.

—No deis—dijo el portugués—tanta importancia á lo que tiene bien poca.

—Acabemos—repuso el poeta que apenas podia sostenerse.

—No hay mas que hablar. Os daré cien escudos de oro para que podais holgadamente pagar la crianza de vuestra hija.

Cervantes no contestó.

—Supongo que quedareis contento, y aun me atrevo á decir que no esperábais tanto.

—¡Hija mia!—murmuró el poeta.—Han tasado tu porvenir en cien escudos.... ¡Y yo tengo que venderlo para que no mueras de hambre!... ¡Oh!...

Don Juan se levantó, abrió una papelera y sacó un taleguillo de cuero lleno de monedas de oro que derramó sobre una mesa.

Miguel de Cervantes tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillon.

—Tomad.... ahí teneis los cien escudos en cien monedas de vuestra pátria—dijo el portugués despues de haber contado y mientras volvia á guardar el talego.—No olvideis mis advertencias, porque á todos nos conviene evitar el escándalo.

Y luego, sin dignarse hacer la mas ligera cortesía, desapareció tras un tapiz.

Largo rato permaneció Cervantes inmóvil y silencioso. Ni advirtió la desaparicion de don Juan, ni pudo al pronto darse cuenta de lo que pasaba en su interior porque estaba completamente trastornado: tal era la agitacion de su espíritu. La luz huyó por algunos instantes de sus ojos, palpitó su corazon como si fuese á romper el pecho, y faltándole las fuerzas, su diestra temblorosa asióse convulsivamente al respaldo del sillon en que se apoyaba. Horribles sufrimientos atormentaban al desdichado poeta. ¡Cuán dolorosos debieron ser los esfuerzos que hizo para dominar los ardientes arrebatos de su enojo al verse tratado tan humillante y despreciativamente! El hombre que no se habia estremecido entre el fuego de las batallas, el

que habia contestado con altanero desden á las amenazas de sus sanguinarios amos y en su impotente condicion de cautivo habia desafiado con orgullo á los que con una palabra podian hacer rodar su cabeza, el que al sentir en su cuello la cuerda que iba á darle una muerte de penosísima agonía se negó á inclinar la frente y tuvo alientos para sonreir, no habia tenido valor para echar en cara á don Juan de Silva la fealdad de su abominable conducta, no se atrevió á pedirle cuentas de la ofensa que le hacia y ni aun pudo conservar la serenidad de espíritu que tanto le distinguia de los demas hombres en los trances mas apurados. ¡Su hija, el recuerdo de su hija le habia hecho temblar, mas que el estampido del cañon; humillarse, mas que la autoridad y amenazas de sus crueles amos; turbarse, mas que en los momentos en que sus planes atrevidos le colocaron en las difíciles situaciones porque le hemos visto pasar! Su hija se hubiese muerto de hambre si él hubiera rechazado una limosna que se le daba, no por caridad, sino para tener derecho á exigirle que renunciase á un derecho sagrado, para evitarse la molestia de escucharle, para alejarlo, repetimos, como á un mendigo impertinente y porfiado para el que no sirve el *perdonad por Dios* ó el *Dios os ampare* que significa en boca de los pobres el respeto á la pobreza, y que quiere decir en boca de los ricos *conformaos por Dios con vuestra suerte, pero no espereis que por Dios ni por mi caridad os socorra.*

No quiere decir esto que los ricos no socorren á los pobres; afortunadamente hay muchos, muchísimos que encuentran su mayor goce en aliviar la desgracia sin hacer ostentacion de sus caritativos sentimientos; hablamos solamente de los que dicen *perdonad por Dios* y no dan *en nombre de Dios, Dios os ampare*, y no amparan; el rico no debe volver *jamás* la espalda al pobre que implora en nombre de Dios, no debe volverla y encubrir la dureza de su corazon con una frase cuyo valor seguramente no conoce. Los actos de caridad de-

ben considerarse como voluntarios, por el que pide, como obligatorios para el que ha de dar.

Decíamos que Cervantes pasó largo rato inmóvil y silencioso.

Al fin, como si despertase de un pesado sueño, se pasó las manos por la frente abrasada por la calentura, exhaló un penoso suspiro, volvió á todos lados la cabeza, pareció sorprenderse al encontrarse solo, y al fijar la mirada en las rutilantes monedas, retrocedió un paso, se contrajo su frente, apretó los puños y brillaron por un momento sus negras pupilas; empero el recuerdo de su hija dilató nuevamente su rostro, le hizo inclinar la cabeza y dejar caer los brazos con ademan de lánguida enervacion, y se acercó lentamente á la mesa.

Segunda vez dudó: su diestra, agitada convulsivamente, tocó el oro y se apartó con rápido y nervioso movimiento como si se hubiese quemado.

¡Vanos esfuerzos de un noble orgullo! Ni la voluntad mas firme, ni el pundonor mas exagerado, ni la enloquecedora vanidad pueden luchar sin ser vencidos con los sentimientos paternales.

—Se morirá de hambre mi hija—murmuró el poeta con acento ahogado.

Y luego, lentamente y tras un segundo suspiro que debió dejar honda y dolorosa huella en el alma, recogió los escudos.

—Dios mio—dijo mientras levantaba al cielo los ojos—vos solamente sabeis lo que me cuesta este sacrificio.

Salió á la calle, y en estremo meditabundo y triste se dirigia con desiguales pasos á la casa de la nodriza, cuando oyó que á su lado decian:

—¿Así pasais, señor Miguel, sin dar los buenos dias á vuestros antiguos camaradas?

Volvióse el poeta y vió á un hombre como de cuarenta

años de rostro espresivo y alegre y de mirada franca, que le tendió los brazos con muestras de gran cariño.

Un estrecho abrazo los unió, y luego dijo Cervantes:

—¿Cómo por esta tierra, señor Hernando? ¿Aun estais al servicio del rey?

—Nó, amigo mio; ya hace cinco años que dejé el mosquete, y ahora no pienso mas que en dormir y darme buena vida porque bastante he rodado por esos mundos de Dios. Murió mi buen tio el canónigo de Toledo, de quien os hablé algunas veces, y tuvo la feliz idea de dejarme por heredero, de modo que aquí me teneis hecho propietario. He sabido todas vuestras desgracias por un amigo que estuvo en Argel, cautivo como vos, pero ignoraba que hubiéseis vuelto al servicio del rey cuando tan mal recompensados, ó mejor dicho, cuando ninguna recompensa habeis logrado por vuestros esclarecidos hechos.

—Creo haber cumplido con mi deber y esto me basta.

—Siempre el mismo; condicion y figura hasta la sepultura. Pero os encuentro flaco, pálido, triste... ¿Estais enfermo?

—Nó, amigo mio; disfruto la mejor salud.

—Algun pesar teneis.

—Ninguno—contestó Cervantes, procurando sonreir.

—Me salvásteis la vida cuando la broma de la goleta, y no lo he olvidado: no he tenido ocasion de pagaros tan sagrada deuda ni aun haciéndoos el mas insignificante favor, y ahora que tal vez pueda serviros de algo....

—Nada necesito, pero os agradezco la voluntad.

—Ya me conoceis....

—Sé que sois uno de mis mejores amigos.

—Y no tomareis á ofensa el ofrecimiento de mi bolsa, porque yo he aceptado la vuestra en otras ocasiones. A nadie os bajeis, no acepteis de otro lo que yo puedo daros, pues hoy mismo, si de ello teneis necesidad, pondré á vuestra disposicion ciento, doscientos y aun trescientos escudos de oro.

El señor Hernando era un amigo sincero del poeta, y cuanto acababa de decir era la verdadera espresion de sus sentimientos.

—Mirad—replicó Cervantes, sacando un puñado de los escudos que le habian costado el mas doloroso sacrificio:—esto os probará que no necesito aceptar vuestro generoso ofrecimiento.

—Mucho dinero me parece para un soldado—dijo el otro con la franqueza de un antiguo camarada.—Si le habeis tomado prestado y á costa de alguna humillacion, arrojádselo al rostro al que os lo haya dado.

Ninguna ocasion mejor para que el poeta vengase las ofensas que acababa de recibir y para quedar en libertad de repetir contra don Juan de Silva, devolviéndole sus cien escudos; pero ¿cuándo podria pagar al señor Hernando?

—Gracias—replicó Cervantes.—Este dinero es mio, no tengo que devolverlo....

—¿Teneis algun otro pesar?.... confiádmelo, el desahogo es un alivio muy grande.

El poeta se puso una mano sobre el corazon como para preguntarle si los ojos del mundo podian leer en él, y luego contestó:

—Nó, amigo mio; ningun pesar me aqueja.

Y sonrió, pero con una espresion de sarcástica amargura, que hizo comprender la verdad al señor Hernando, aunque por prudencia se dió por convencido.

Pocas palabras mas mediaron, y despues de citarse para aquella noche, con el fin de cenar reunidos, despidiéronse y se separaron.

—Siempre el mismo—murmuró el señor Hernando mientras se alejaba.—Seguro estoy de que se encuentra en algun lance apurado, de que algun pesar le atormenta; pero no se quejará, sufrirá en silencio, y esta noche, mientras se le parte el corazon, reirá y beberá alegremente. ¡Oh! lo conozco bien.

No se equivocaba el antiguo soldado; Cervantes era de esos hombres que sufren y callan porque son de opinion que los desahogos del pesar que de buena fé se depositan en pechos que se tienen por amigos, no son mas que pasto á la indiferente curiosidad y á la venenosa murmuracion. Los dolores del alma solo los comprende el que los sufre. Los hombres se rien de todo, hasta de sí mismos.

CAPITULO XXIX.

Donde hablaremos de muchas cosas.

A hemos dicho que se haria pesada la lectura de este libro si siguiésemos paso á paso la vida de Cervantes, pues aun cuando toda ella es una série no interrumpida de sucesos de importancia, no todos tienen el suficiente interés para mantener viva la curiosidad del lector sin que llegue á cansarle la narracion larguísima de centenares de episodios y acontecimientos, de los cuales hay muchos parecidos. Además, la accion de la novela se desarrollaria lánguida y pesadamente, haciendo desaparecer una de sus condiciones esenciales.

Hecha esta advertencia, aunque no por primera vez, seguiremos diciendo que á los pocos dias del suceso que acaba-

mos de referir, Felipe II ordenó á Cervantes, con gran sorpresa de éste, que se embarcase para Oran y que despues que allí evacuase la comision que le confiaba, volviese á las Azores para unirse á las tropas que hubiesen ido ó fuesen con el fin de acabar de someter aquellas islas.

Despidióse el poeta de su hija con toda la pesadumbre que era natural á dejarla en estrañas manos y á la duda de si volveria á verla, duda que debió ser muy dolorosa, pues si él moria en la guerra, la suerte de aquella niña, sin padres, abandonada de todo el mundo, no podia ser sino la mas triste.

Una herida mas se abrió en el corazon de aquel hombre, tan herido ya en todas sus fibras, y devorando en silencio su dolor, alejóse triste y abatido de aquella tierra á donde pocos dias antes habia llegado sonriendo con sus esperanzas y su amor que habian desaparecido en un instante al soplo de la negra fatalidad como desaparece el humo al soplo del viento sin dejar huella, ni señal, ni aun recuerdo.

Feliz fué la travesía, pero entonces, el recuerdo de doña Isabel no dilató con la sonrisa los lábios del poeta, sino que bañó con el llanto sus megillas; el mugido de las olas no fué tampoco arrullo que cerró sus ojos con dulce y tranquilo sueño, sino que llegó á sus oidos como el eco lúgubre de tristes predicciones, como las espantables amenazas de un gigante.

Solo faltaba á su desgracia que en las berberiscas costas lo hubiesen cautivado por segunda vez los piratas argelinos; empero la mala fortuna no llevó á tal estremo su caprichosa y tenaz persecucion, y Cervantes llegó á Oran sano y salvo.

Pocos dias le detuvo allí su comision, y haciéndose nuevamente á la vela, llegó á la isla de San Miguel y abrazó á su hermano que lo esperaba con impaciente afan y creyendo que volveria recompensado con mas ó menos largueza; pero al verlo como antes simple soldado y advertir en su rostro la espresion de un dolor profundo, sorprendióse en estremo, y le preguntó:

—¿No has visto al rey?

—Nó—contestó el poeta friamente.

—¡Que no lo has visto!—repitió Rodrigo con mayor sorpresa.

—Hasta dentro de dos años no me recomendarán á él.... una equivocacion de fecha, hija de un error de hora....

—¡Miguel!

—No me he vuelto loco, hermano.

—Pero....

—Ya me comprenderás cuando hablemos mas despacio. Otro desengaño.... ¿qué importa uno mas ó menos?

—¿Y doña Isabel?

El poeta por toda contestacion, levantó la diestra, señalando al cielo.

—¿Qué dices?....

—Pero me ha dejado su recuerdo en un ángel...

—¡Un hijo!....

—Sí, hermano.

Rodrigo pasaba de sorpresa á sorpresa, pero la última le hizo enmudecer y quedar en estremo pensativo y triste.

—Traigo tambien—prosiguió Cervantes—una humillacion....

—¡Miguel!....

—Ya hablaremos, Rodrigo: ahora voy á presentarme al gobernador....

—Pero antes dime....

—Despues; una hora equivale á un año para Felipe II, y á un desengaño mas para mí.

Desde aquel dia, Cervantes pasó muchos siempre triste, pensando en su hija, de la que ninguna nueva recibia, y entreteniendo sus ócios, á la par que desahogando su pena, en escribir sentidos versos de los cuales ninguno se conserva.

La escuadra española llegó cerca de un año despues, casi al mismo tiempo que otra francesa con el prior de Ocrata, y

entonces, los preparativos consiguientes á la nueva y sangrienta lucha que iba á tener lngar, sacaron de su contínua distracion á Cervantes, influyendo mucho en su ánimo para que comenzase el natural olvido de sus últimos dolores.

El dia 15 de setiembre de 1583, dia de sangre y destruccion y que tiene en la historia una de esas páginas que deben avergonzar al hombre porque revelan hasta qué punto le dominan la ambicion, la vanidad y los fieros instintos de venganza, frente á la isla Tercera, que da tambien nombre al archipiélago de las Azores, tuvo lugar un segundo combate entre las escuadras española y francesa, en el cual esta última fué derrotada con pérdida de casi todos sus buques y de lo mas florido de su gente.

Allí peleó Cervantes, no solo con su heróico valor y temerario arrojo, sino con todo el ardimiento, con toda la desesperacion de sus amargos dolores, despreciando mas que nunca su triste existencia de desengaños y sufrimientos. Y aunque en el discurso del combate le detuvo alguna vez el recuerdo de su hija huérfana de madre y sin mas amparo que el de su padre, luego, el eco de los clarines, el estampido del cañon y el ruido de las armas, la sangre, los ayes de agonía y las amenazas de muerte, volvian á embriagarlo, á borrar de su memoria todos los recuerdos, y mientras blandiendo un hacha de abordaje, hendia cráneos y pechos, con ronca voz y despidiendo centellas de los ojos, decia:

—¡Canalla miserable!... ¡Vive Dios!... ¡Cobardes, menguados!... ¿Por qué no me matais á mí?.... Os espantan mis golpes.... ¿por qué no descargais sobre mí los vuestros?.... ¡Paso, paso á Castilla; en nombre del rey de dos mundos!... ¡Sangre, mas sangre!

Inmediatamente despues del combate se verificó el desembarco, y lo mismo las fuerzas de tierra que las de mar fueron arrolladas.

No pudo entonces el marqués de Santa Cruz dar un se-

gundo ejemplo de crueldad, tratando como piratas á los prisioneros, porque estos presentaron las órdenes del rey su señor en que les mandaba pasar á las Azores para sostener los derechos del prior de Ocrato.

Sometidas aquellas islas, y proclamado ya Felipe II en todo el reino de Portugal, ninguna esperanza quedaba á nuestro poeta de hacer fortuna en la carrera de las armas, faltándole ocasiones en que distinguirse, y cansado ya de la agitada vida de soldado, y pareciéndole que eran bastante sus anteriores servicios para que se le premiase si el rey tenia voluntad de hacerlo, determinó pedir su licencia y volver á su pátria para dedicarse al cuidado de su hija y buscar por otro camino la fortuna.

Tal propósito no pareció bien á don Lope de Figueroa, y con razones de mucho peso hizo comprender al poeta que retirarse del servicio seria casi perder sus derechos, y que no queriendo defender ya mas con su espada al rey, este no se mostraria tan propicio á recompensarlo como merecia.

—No os retireis—le dijo don Lope:—yo escribiré á S. M., haciéndole presente vuestro comportamiento y la justicia de vuestra pretension, y si nada se consigue, entonces podeis tomar la licencia.

—Deberes muy sagrados me llaman á España—le contestó Cervantes,—y es urgente allí mi presencia. Además, ¿qué puedo esperar del rey? Despues de tantos años de dar pruebas de valor y de lealtad, de sacrificios y padecimientos, nada he logrado y una por una he visto desvanecerse mis esperanzas. No quiero mas desengaños, hartos he tenido que me llenen de hiel el pecho.

—Teneis razon, señor Miguel; á nadie ha sucedido lo que á vos; pero el que tanto tiempo ha esperado no debe perder la paciencia por algunos dias mas; considerad que no es prudente derribar en un momento el edificio levantado á fuerza de perseverancia y sacrificios.

—Esperaré, don Lope; no quiero ser desatento con vos desoyendo vuestros consejos.

Esta determinacion de Cervantes no sirvió sino para hacerle devorar un nuevo desengaño.

Don Lope escribió á Felipe II, hablándole con el mayor interés y demostrándole hasta qué punto era acreedor el poeta á que se premiasen sus servicios; pero el monarca contestó, de su puño y letra, lo siguiente, puesto al márgen de la solicitud del poeta:

«Aténgase á lo proveido en Portugal.»

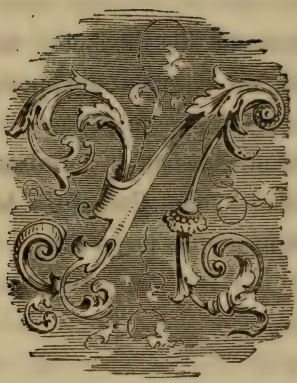
Cervantes leyó varias veces el decreto; pensó que con el tiempo que habia tardado en llegar á su poder estaban casi cumplidos los dos años, y considerando que el monarca se habia propuesto llevar hasta la exageracion el castigo impuesto por las dos horas de retraso, y que nada conseguiria si aguardaba nuevamente, ni con otra súplica, decidióse á tomar la licencia y á volver á Madrid.

Empero todavia conservaba un resto de sus ilusiones; no podia convencerse de que si solicitaba un empleo cualquiera en las diferentes dependencias de la corona, se le negase.

Provisto de algunas cartas de recomendacion y honrosos certificados, pero con el bolsillo vacío, tomó Cervantes la vuelta de Portugal, á donde llegó felizmente en pocos dias.

CAPITULO XXX.

Lo que hizo Cervantes en Portugal.



INGUNA noticia habia tenido Cervantes de su hija en el largo período de su ausencia; ignoraba si vivia, y por esto, al llegar á Lisboa, corrió á la humilde casa de la nodriza, no con la natural alegría de que iba á estrechar en sus brazos el fruto de su amor, sino atormentado por una dolorosa duda.

Al divisar el poeta la casita á donde se dirigia, sintió palpitar su corazon con desigual violencia, y el temor y el afan, avivándose á la vez en su espíritu, le hicieron vacilar por un instante, sin permitirle acertar á detenerse ó á seguir adelante con mayor prisa. Pero semejante vacilacion duró, como decimos, solo un instante, y acelerando el paso llegó á la puerta y llamó con trémula mano.

No tuvo que esperar: abrióse una ventana y asomó una mujer de rostro franco y alegre, que preguntó:

—¿Quién es?

Cervantes levantó vivamente la cabeza, y con acento que indicaba bien claramente su afan, dijo:

—¿Y mi hija?

La mujer, por toda contestacion, dejó escapar un grito de alegre sorpresa y asomó á la ventana un niño que tenia en sus brazos.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó el poeta.

Y pocos momentos despues cubria de besos y de lágrimas el rostro cándido de su hija que lo miraba con estrañeza, pero que no rehusaba aquellas caricias.

—¡Hija mia, qué hermosa eres!.... ¡Si viviese tu infelíz madre!....

Estas eran las únicas palabras que acertaba á pronunciar Cervantes, mientras que su oprimido corazon parecia querer romper el pecho con sus latidos.

La buena mujer contemplaba aquel cuadro desde un rincon del aposento, y lloraba tambien con lágrimas de ternura.

¡Cuántos recuerdos se despertaron en la mente del poeta! ¡Con cuánta rapidez recorrió su imaginacion lo pasado con toda la ventura de su ardiente amor, de sus ilusiones, de sus ensueños, y llegó á lo presente con toda la realidad de su desdicha, de sus desengaños, de sus miserias!

—¡Dios te bendiga, hija mia!—exclamó con acento lánguido y triste.—¡Feliz tú con la tranquilidad de tu ignorancia, sin la conciencia del bien ni del mal, de la vida ni de la muerte!....

La niña, por uno de esos incomprensibles caprichos de la infancia, sonrió dulce y alegremente, y su padre se olvidó de todo, fué por un momento tan feliz como su hija.

Desaparecieron las lágrimas de los ojos del poeta, sus pupilas brillaron, se dilató su pecho y sus lábios tambien de-

jaron escapar una sonrisa, que aunque muy leve, espresaba la completa felicidad: las llagas de aquel corazon dolorido se habian cerrado en un instante.

¡Bendita sea la mano de Dios que en la sonrisa de los hijos ha puesto el bálsamo que cierra las heridas del alma! Espinoso y amargo es el camino de la vida, pero si á su término se encuentran las caricias de un hijo, benditas sean las espinas que han desgarrado nuestro corazon, bendita la hiel de los desengaños. El beso impuro que cruje entre el estrépito de la orgía, lleva tras sí el hastío; los placeres todos, cansan; las riquezas, satisfacen todos los deseos, y cuando ya ninguno queda, se siente el de un imposible ó el tormento de no saber lo que se desea; la ambicion, una vez satisfecha, hace nacer otra ambicion mas roedora todavía; pero las caricias de un hijo no cansan jamás, son la verdadera, la única felicidad que existe en este mundo, y que por cara que cueste recompensa con largueza infinita el precio de todos los sacrificios. Cuando en el silencio de la noche mas callada y mas pura, bajo el mas risueño cielo, sobre la alfombra de olorosas flores, estámos al lado de una mujer hermosa, tan bella como no puede encontrarse, y sentimos palpitar henchido de amor su seno, y rozar nuestra frente abrasada el sedoso rizo que mueve el céfiro, y aspiramos el aroma embriagador de sus lánguidos suspiros, y escuchamos estasiados el arrullo adormecedor de sus amorosas palabras, y nos consideramos felices, tan felices que nada mas ambicionamos, es porque no hemos conocido otro goce mas puro, mas santo, que no cansa, que no lleva tras sí la indiferencia y el hastío, que jamás satisface, pero que se desea con dulce tranquilidad; es porque no hemos recibido el beso de un hijo, porque no hemos despertado al sentir sus manecitas acariciar nuestro rostro, mientras que nos dá el mas dulce de los nombres y sonrie con toda la espansion de su felicidad.

Habia encontrado la inocente niña el objeto de todas sus delicias en la reluciente empuñadura de la daga de Cervantes,

y él pasó sin sentir muy cerca de una hora, gozando con la alegría que habia producido en su hija el encuentro de aquel objeto.

Largo rato hubiera transcurrido aun sin que el poeta se ocupase de otra cosa, pero sacólo de su distraccion la nodriza, diciéndole:

—Nada me preguntáis.

—¿Qué he de preguntaros? Vive mi hija, le habeis enseñado á pronunciar mi nombre.... nada mas deseo saber.

—¿Pero no quereis que os dé cuenta del dinero que me dejásteis?

—¡Cuenta!.... ¿Para qué? ¿Os ha faltado?

—Nó.

—Entonces....

—Pero me ha sobrado porque, á Dios gracias, no he tenido que hacer gastos de enfermedades.

Cervantes se acordó entonces de que su capital no llegaba á siete reales, cantidad que no le bastaba para su viaje á Madrid, teniendo que llevar á su hija.

—¿Cuánto teneis?—preguntó á la nodriza.

—Veinte y cuatro escudos.

—¿Despues de cobrado vuestro salario?

—Sí, señor.

—Pues bien, quedáos con los cuatro y dadme los veinte.

—Dios os premie tanta generosidad, señor; pero decidme.... quisiera....

—Esplicáos.

—¿Vais á llevaros á vuestra hija?

—Sí.

—¿Fuera de Lisboa?

—A Madrid.

—¡Hija mia!—exclamó la buena mujer, arrebatando á la niña de los brazos del poeta.—No os la lleveis tan pronto, se espondrá á morir en el camino.

—¿Por qué?

—Me echará de menos... dejádmela otro año.

—¡Un año mas sin mi hija!... Imposible; es mi único consuelo; hace dos horas era yo el hombre mas desdichado, y ella me ha hecho el mas feliz. Yo no sabia lo que era un hijo.... Imposible, imposible, no me separaré de ella un instante.

—No ha tenido otra madre mas que yo....

—Forzoso es que os separéis....

—¡Hija mia!

—Mañana mismo partirémos.

Efectivamente, Cervantes no se detuvo en Lisboa mas que aquel dia, tiempo preciso para buscar quien lo llevase á Madrid, pues en aquella época, un viaje no se hacia con la facilidad que ahora ni en el momento que se queria.

El poeta hubiese emprendido á pié la marcha, pero llevando á su hija no le era posible hacerlo así, y tuvo que ajustarse con el dueño de una caballería que tenia necesidad de ir á la córte, y que por esta razon le alquiló su cuadrúpedo en un corto precio, con mas sus servicios que le ofreció de buena voluntad, aunque con la mira de lograr algun percance sobre lo estipulado.

Al dia siguiente salió Cervantes de Lisboa, con su hija en los brazos, caballero en un viejo rocin, flaco, perezoso y que, como dijo nuestro ingenio á imitacion de Plauto, *tantum pellis et ossa fuit*.

Cubriendo con su ferreruelo de campaña á la niña, con la cabeza inclinada sobre el pecho, contraida la frente y la mirada triste, se dejó llevar del enteco rocin.

Seguíalo á corta distancia el dueño de éste, con el trage de los campesinos de aquella tierra, y nadie hubiera podido acertar que el hidalgo, balanceándose al compás de los pasos de su cabalgadura mientras que sus piernas oscilaban por falta de estribos, con aquel aire de abatimiento, y vestido tan pobremente, era un héroe de Lepanto, el soldado mas va-

liente de los tercios de Castilla, ni que el génio del poeta ardia bajo aquella frente pálida y doblada por el peso de los mas profundos dolores del alma.

Al salir de la última calle de la poblacion, exhaló el desdichado poeta un suspiro porque se acordó de que por allí mismo habia entrado por primera vez en Lisboa, en medio del estruendo del combate, infundiendo valor á sus camaradas y espanto á los enemigos; con la mente llena de ilusiones y de esperanzas, con el corazon palpitante de entusiasmo: y entonces salia triste y silencioso, con el corazon oprimido, atormentado por amargas realidades, sin esperanzas, y hasta sirviendo de objeto de risa y burla por el ridículo aspecto que presentaba en tal guisa, con la espalda encorbada y las piernas colgando, sobre el escuálido rocin que muchos años despues fué merecedor de un recuerdo y de la inmortalidad.

CAPITULO XXXI.

Cómo se encontraba Zoraida.

os primeros rayos del sol comenzaban á devolver á la tierra la alegría robada por la oscuridad de la noche.

Ni la mas ligera nube empañaba el horizonte azul y transparente; ni la mas leve ráfaga de viento obligaba á las flores á sacudir las cristalinas gotas del rocío que aun brillaban en sus pétalos; ni el frio, á pesar de ser uno de los primeros dias de noviembre, era tan intenso que atemorizase al gorgeador jilguero para no sacudir sus pintadas alas y volar desde el nido al arroyo y del arroyo á la flor mientras daba al aire sus trinos.

La naturaleza habia despertado con sus armoniosos ruidos, con su agitacion eterna, con su movimiento incansable.

En el solitario valle, resonaba el canto de los pájaros, el zumbido de la abeja laboriosa y el murmurio de los arroyos que serpenteaban caprichosamente, y trenzando sus líquidos cristales, ya arrebataban un beso á la enamorada azucena, ya un suspiro de tierna languidéz al lirio, ora acariciaban la arena mientras devolvian al sol sus rayos, ó se escondian entre un espeso bosquecillo de rosales para salir despues llevando en su juguetona corriente un tesoro de aromas y alguna hoja amarillenta abrasada por el hielo de otoño.

En el collado se dejaba oir el balido de la obeja entre los sones desiguales de la esquila y el ladrido del perro, y el canto monótono del pastor que recostado sobre la yerba contemplaba distraidamente al águila que se cernía sobre el rebaño.

Resonaba en el monte el reclamo de la perdíz, tan duro y seco como la nudosa carrasca, testigo de sus ardientes amores, y allá á lo lejos, junto á la falda de la colina, chirriaba la pesada carreta del labrador, al rodar pausadamente, arrastrada por la mansa yunta.

El que en aquella mañana hubiese contemplado el grandioso cuadro de la naturaleza, tan esplendente, tan risueño, con todas sus galas, con todas sus maravillas, se hubiese olvidado de que entre aquellas enramadas misteriosas se arrastraban venenosos reptiles, y que bajo aquel mismo cielo tan puro y transparente, no lejos del valle donde el arroyo jugaba con la flor y ésta embalsamaba el ambiente, podia contemplar todas las desdichas, todas las miserias de los hombres, escuchar el estertor de la muerte al par que las risas del festín, ver el llanto junto á la alegria, el hambre y los harapos con sus virtudes de mártir, sus crímenes y su desesperacion, junto al oro y el lujo con sus crímenes y su hipocresía, con sus tranquilas virtudes.

Para el ignorante pastor que no habia respirado mas aire que el libre y puro de las montañas, que no conocia mas necesidades que dormir y comer un pedazo de pan duro que des-

preciaron los mimados perros de nuestras aristocráticas damas, aquella mañana era deliciosa; mas para el que respiraba la atmósfera de las ciudades, y encerrado en una de las doradas jaulas que el hombre, al decir que es libre, se ha labrado para aprisionarse así mismo y morir como el gusano de seda en el capullo que teje con tan incansable afán, lloraba sin esperanza de consuelo y veía la muerte sobre su cabeza, para éste, decimos, aquella, cuanto mas sonriente era mas triste.

Penetraban tímidamente por la ventana de la celda de Zoraida los rayos nacientes del sol, y aunque muy débiles, en estremo débiles, llegaban los ecos del canto de los pájaros y el murmullo sordo de la poblacion que despertaba y se agitaba.

¡Cómo habia cambiado el aspecto de la infelíz convertida! Su rostro y su cuerpo habian enflaquecido mucho; sus facciones estaban desfiguradas; sus megillas, antes envidia de las rosas, estaban cadavéricamente pálidas, y sus lábios, tan frescos y rojos en otro tiempo, habianse tornado blanquecinos y estaban secos. Ya no brillaban con el fuego de las pasiones sus negros y rasgados ojos de ardientes pupilas; el llanto los habia empañado y sus miradas eran indiferentes y tristes. Su pecho no se levantaba ya impulsado por las palpitaciones fuertes y acompasadas de su corazon ardiente, sino por una respiracion trabajosa y desigual, precursora infalible de una muerte cercana.

Habian sido demasiado intensos los dolores que habia sufrido aquella desdichada criatura; demasiado terribles y continuados los golpes que habia recibido para que pudiese vivir mucho tiempo; una tras otra habia visto desvanecerse todas sus ilusiones, acabarse todas sus esperanzas, y cuando la esperanza concluye sin quedar otra que la de Dios, el espíritu lucha hasta separarse de la materia y volar al cielo porque allí solo puede ver cumplida su única esperanza.

La fé creciente de Zoraida, la oracion y los consuelos dulcísimos de la religion, habian conseguido apagar el fuego de

su pasion mundana, ó por lo menos hacerle creer que se habia apagado; pero esto no era bastante par salvar su existencia; el dia que profesó habia recibido una herida en el alma, que tras otras muchas heridas, debia producir la muerte; pero una de esas muertes lentas, graduales, cuyo término se espera á todas horas sin poder decir en cual vendrá, que son una agonía prolongada á veces por espacio de uno, dos ó tres años.

Zoraida llevaba dos años de luchar con una de esas agonías; sus fuerzas disminuian lentamente, y parecia que el espíritu se separaba poco á poco de la materia. Rezando, quizás sonriendo al pensar en Dios, ó suspirando al recordar involuntariamente su perdida felicidad, debia concluir aquella vida. El levísimo soplo de la brisa que refresca y hace abrir el capullo de la rosa, arranca tambien la hoja seca por los ardores del estío ó por los hielos del invierno: la emocion mas dulce y breve, que en otro tiempo hubiese dilatado, dado mas energía al espíritu de Zoraida y mas aliento á su corazon, habria puesto fin á su existencia.

En vano la ciencia humana intentó atajar el mar.

—Mas débil que ayer—decia el médico cada día que visitaba á Zoraida.

Y le observaba cuidadosamente el pulso y la respiracion, y examinaba las pupilas, y miraba atentamente el rostro.

—¿Qué tiene?—le preguntaba luego la abadesa.

—Aun tengo que observarla—contestaba el doctor. La debilidad va apoderándose de todos los órganos: dice que está buena, pero que no tiene apetito, que duerme poco....

—Ha sido muy desgraciada—dijo al fin un dia la abadesa.

—Un amor mundano....

—Basta, madre—replicó entonces el doctor.—Ya sé cual es su dolencia; está en el alma.

—¿Pero no habrá remedio?....

—Sí, eficaz, instantáneo.

—Entonces....

—Levantadle los votos religiosos y casadla con el hombre á quien ama.

—¡Dios mio!

—Mis visitas son inútiles.

—¿La abandonais?

—Nó, pero vendré de tarde en tarde. ¿A qué mortificarla haciéndole tomar medicamentos que quizás acorten su vida? Mas pueden hacer vuestros consuelos que mis recetas.

Efectivamente, el doctor iba una vez al cabo de cuando por mera ceremonia, encargaba á la paciente que distrajese el ánimo, que se guardase del mucho frio y del mucho calor, que comiese á menudo y alimentos sanos y nutritivos, y por último la dispensó de asistir de noche al coro, de los ayunos y de las vigilias.

Pero la debilidad de Zoraida crecia, y despues de los dos años que habian transcurrido, no le quedaba mas que un leve soplo de vida que en un suspiro podia fácilmente escaparse.

Los rayos de sol que hemos dicho entraban en la celda, coronaban la frente de la convertida, formando á su alrededor una aureola de vivísima luz.

En aquellos momentos se movian sus lábios como si murmurasen la oracion de la mañana, y sus ojos inmóviles, con la mirada fija en el puro cielo, tenia la espresion de la mas lánguida y profunda tristeza.

Sonó con pausados toques una campana, y la infeliz convertida se estremeció convulsivamente.

—Pronto—murmuró con voz debilitada—anunciará su triste clamoreo que he dejado de sufrir. ¡Madre bendita!—prosiguió, levantando sus descarnadas manos al cielo y con acento de triste y conmovedora súplica.—¡Vírgen santa, consuelo del afligido, esperanza del que todas las perdió, tú que conoces mis dolores, que me has visto llorar ante tu imágen bendita un dia y otro dia, recoje en tu inmaculado seno mi espíritu cuando deje este mundo, y sé mi intercesora para que

la misericordia divina perdone mis pecados! ¡Sé mi intercesora y ruega á tu bendito Hijo, con el ruego iresistible de una madre, para que en ese mundo que habitas me conceda la paz de los buenos en cambio de la agitacion de los desgraciados que en esta vida ha hecho de mi existencia un tormento horrible! ¡Madre bendita, tú que has sostenido mi fé, que has endulzado mis amarguras, que has fortalecido mi espíritu, no me abandones en el solemne trance de la muerte! Siento que mi vida se acaba por instantes, y el débil soplo que de ella me queda, se desvanecerá con la luz de ese sol ardiente y puro.... ¡Y morir tan jóven!.... ¡Ah!.... No importa, otra vida mas larga, la eterna vida me espera.... ¡No me abandones, Madre santa, fuente de amor y de consuelo!.... ¡Ah!.... ¡No me abandones!....

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus negros ojos, y despues de dejar una cristalina huella en sus pálidas megillas, se perdieron entre los pliegues del humilde y blanco sayal. Empero no mas que dos lágrimas, las últimas que encerraba su corazon, pues que del corazon salieron como el último tesoro.

Con la mirada fija en el cielo, y las manos cruzadas, quedó inmóvil la infeliz convertida. Las palpitaciones de su corazon se debilitaron mas y mas, su respiracion se hizo mas trabajosa y precipitada, y por su frente, abrasada por la calentura, corrieron algunas gotas de frio sudor. Tal vez no se equivocaba su presentimiento de cercana muerte; tal vez, como habia dicho, al desaparecer los rayos de aquel sol refulgente y puro, su espíritu abandonaria la materia: era aquella, para Zoraida, una hora fatal.

Silenciosamente, revelando en su mirada un doloroso afan, entró Zamareta, que tambien habia profesado, y se acercó á su antigua señora, entonces su hermana.

La negra frente de la india se contrajo al observar el aspecto de Zoraida, y su corazon se oprimió hasta el punto de no dejarle casi respirar.

—Señora mia—dijo con tímido acento.

—¡Ah!—exclamó Zoraida sorprendida.

—Perdonadme, pero....

—Acércate.

—¿Por qué os habeis levantado tan temprano?—repuso la negra con tono cariñoso.—¿No sabeis que os hace mal el frio de la mañana?

—¡Vanas precauciones! ¿Piensas que con ellas puede alargarse mi vida? Tú conoces mi enfermedad y sabes que no hay remedio para curarla. Este es quizás el último dia de mi existencia; ¿por qué no he de respirar ese ambiente fresco y puro, no he de ver esos brillantes de sol? ¡Tienen tantos recuerdos gratos!....

—Que son la causa de vuestra muerte: procurad que lo pasado se borre de vuestra memoria, y recobrareis la tranquilidad y la salud.

—Te equivocas, porque si algo ha sostenido mi vida, han sido esos recuerdos: hoy me han hecho feliz, han arrancado lágrimas á mis ojos.... ¡Cuánto tiempo hacía que no lloraba!... He descansado, ahora estoy tranquila, tengo toda esa tranquilidad que tú dices me devolveria la salud. ¿Acaso piensas que el recuerdo del hombre á quien tanto he amado es para mí un tormento? Nó, Zamareta, ahora podria verlo con la tranquilidad que se vé á un amigo, á un hermano, porque en mí ya murieron todas las pasiones.

La negra movió la cabeza con aire de duda.

—Te lo juro—prosiguió Zoraida.—Ya sabes que doña Leonor me ha dicho que tal vez muy pronto vendria su hijo; pues bien, esta noticia la he escuchado con calma, y si efectivamente llega á tiempo de poderme ver, hoy mismo, antes de que yo muera, ningun pensamiento de mundanal pasion agitará mi espíritu, y le daré el último adios, con pena, sí, pero tranquilamente como quien no ama ni puede amar y está resignado. Quiero verlo, sí, quiero verlo para decirle que es in-

mensa mi gratitud porque sin él no hubiese jamás iluminado mi razon la luz de la eterna verdad divina, porque sin él hubiese yo muerto en la condenacion de mis errores.

—Os engaña vuestro deseo.

—Cuando la muerte está cercana no se equivoca la razon.

—Pero vos, señora....

—Dejaré de existir muy pronto: hoy me consuelas y mañana llorarás sobre mi cadáver.

—¡Por Dios, que os estais matando!

—¡Y quieres que tenga pasiones!.... ¿Dónde está el corazon para alimentarlas, dónde está el corazon para sentir, cuando apenas late para dejarme respirar? He tenido dias de desesperacion, dias en que mis sagrados votos han sido mi tormento mas horrible; pero luego, la oracion, la fé, me han hecho triunfar en la lucha que mi razon y mis deberes sostenian con mis pasiones, y ya no tengo mas que un pensamiento, mas que un deseo, el de morir en paz y alcanzar la gloria eterna. La idea de la muerte no me espanta: si en mis sueños, exaltada mi mente, se presenta su descarnado esqueleto á los ojos de mi espíritu, mis lábios sonrien porque tras ella veo tambien un ángel que me tiende sus brazos y señala al cielo.

—¡Por Dios, señora!—dijo Zamareta con acento suplicante.—Os estais haciendo mucho mal....

—Nó, hermana mia: ya no siento nada. Hace un momento he derramado las últimas lágrimas que de mis ojos podian brotar; ya no me quedan sino una sonrisa y un suspiro que será el último que salga de mi pecho.

Zamareta no pudo contener por mas tiempo sus lágrimas.

—No llores porque van á concluir mis padecimientos.

—¡Me desgarrais el corazon!

—¡Pobre Zamareta! ¿No piensas que soy felíz? Yo anhelaba un esposo; ¿puedo haberlo encontrado mejor que Jesucristo? ¿Qué he de pedir á la fortuna?

La negra no pudo contestar porque su dolorosa emocion no le dejaba articular una sílaba.

Zoraida quedó tambien silenciosa, y volvió á fijar su mirada en el cielo.

—Oye—volvió á decir despues de algunos instantes—Que vayan á casa de doña Leonor y le digan que apenas llegue su hijo que venga á verme.

—¡Señora!....

—Y que añadan que éste es el ruego de un moribundo....

—¿Habeis pensado bien?....

—Que le adviertan que lo recibiré como si no hubiese dejado de verlo un solo dia, y como si fuese un hermano, porque en estos momentos es de Dios solamente mi corazon, para Dios no mas mi pensamiento.

—Seréis obedecida....¿Me permitís que bese vuestra frente?

—Eres mi hermana....

La negra besó la frente abrasada de su señora, y salió de la celda, transida de dolor.

—¡Pobre criatura!—murmuró Zoraida.

Y volvió á quedar inmóvil y silenciosa.

Su rostro habia palidecido mas de lo que estaba, y sus facciones se habian alterado tambien en pocos momentos. No se equivocaba, su fin estaba muy cercano.

CAPITULO XXXII.

Donde volveremos á ver al enamorado vizconde.

QUELLA misma tarde, y en el aposento que ya conocemos de la hostería de maese Mancioni, estaban sentados junto á la mesa el vizconde y el ex-sacristan, éste, apurando á sorbos un vaso de vino, y aquel, triste, cabizbajo y como si una sola idea le preocupase.

—Os repito—decia el sacristan despues de haber bebido y de relamerse el bigote—que el que da primero da dos veces, y sobre todo, no olvideis que *audacia fortuna jubat*. Si no andais listo os soplan la dama y os encierran el último peon, porque ¿cómo pensar que amándose con amor tan firme, él no intente una diablura, y ella, tentada del diablo, deje de hacerla? Casos iguales se han visto muchos, y si pensais que

el hidalgo es valiente y atrevido, soldado viejo, y como tal, de largo colmillo y ancha conciencia, y que la dama es al fin y al cabo una hija de Mahoma y algo le quedará de sus resabios antiguos, convendreis en que tengo razon para decir que vuestros escrúpulos son exagerados.

—No me atrevo—contestó el vizconde.—Ya os he dicho que hace algunos meses que conozco la pérdida de gran parte de mi antiguo arrojo, y que á mi pesar, me siento preocupado. Seguro estoy que si tal intento retrocederé á la mitad del camino, y para que así suceda, mas vale no hacer nada. En cuanto á mi rival, ya es otra cosa; lo retaré como buen caballero porque es hidalgo, y uno de los dos morirá.

—Eso está bien, porque sino lo buscais él buscará; pero antes apoderaos de la dama, que vale mas que él os la dispute á vos que vos á él.

—Pero una profanacion....

—Os estoy viendo hecho fraile antes de un mes.

—Señor sacristan, dejaos de bromas, que estoy dado á todos los demonios del infierno, y pueden costaros muy caras.

—Bien, señor. El hidalgo llegará, la berberisca dirá que se hizo monja en la creencia de que habia muerto su amante, y que por consiguiente, se considera libre de sus votos, y entonces....

—Mataré á mi rival—interrumpió el vizconde cuyas pupilas se iluminaron.

—O morireis de una buena estocada, porque diz que sabe darlas muy certeras.

—Entonces....

—¿No pensais que llevándoos vos la dama, si moris, será con el consuelo doble de haber logrado vuestro amoroso deseo y de haber hecho quizás imposible la felicidad de vuestro rival?

Este criminal razonamiento, hizo meditar al vizconde algunos instantes, y cuando iba á contestar, la puerta se abrió, y el bachiller Lagartija entró en el aposento.

—Nunca mas oportunamente—le dijo el sacristan.

—Silencio—replicó Lagartija—que traigo nuevas de mucha importancia.

Y apuró el vaso que el ex-sacristan acababa de llenar de vino.

—¿Qué sabeis?—le preguntó el vizconde.

—Mucho y muy malo....tal vez muy bueno.

—Esplicaos.

—Y digo bueno porque os hará sacudir la pereza....

—¡Esplicaos, vive Dios!—replicó el vizconde.

—Fuí á dar una vuelta á la costanilla de San Pedro, y despues....

—¿Ha venido?

—Sí.

—Eso debísteis haber dicho antes—repuso el enamorado mancebo.—¡Oh!.... voy á vengarme.... ¿está en su casa ahora?....No quiero perder un instante.

—Sosegaos, señor vizconde—dijo el bachiller.

—Os pregunto si está en su casa.

—Nó, señor.

—¿Sabeis donde se encuentra?

—Sí.

—Decídmelo.

—En el convento.

—¡En el convento!—exclamó el vizconde con acento de rabia.—¡En el convento!.... ¡Por Satanás!....

—Ahora estará diciéndole mil ternezas á la monjita....

—¡Callad, bergante!

—Callaré—dijo Lagartija sin alterarse y disponiéndose á beber.

—¡En el convento, á su lado!...¡Oh!...Vámos al convento.

—Alguna vez habíais de acertar.

—Sí, vamos, entraremos de grado ó por fuerza, y allí mismo....

—Ya os estraviais, señor vizconde.

—¿Os burlais?

—¿Quereis dejarme hablar? Ni vuestros gritos ni vuestras amenazas han de separarlos en este momento ni han de abrirnos las puertas de las Trinitarias.

—¿Qué hemos de hacer entonces? Esplicaos, ¡vive Dios! que cada minuto que pasa me parece un siglo. ¡A su lado!.... ¡Oh!.... Hablad, hablad.

Las megillas del vizconde, poco antes pálidas, habian enrojecido como si toda su sangre se hubiese arrebatado á la cabeza.

—Ya veis, señor—dijo al bachiller—que vuestra misma impaciencia nos hace perder un tiempo precioso.

—Bien, ya os escucho, pero sed breve, escusad palabras inútiles.

—Lo ví salir de su casa y lo seguí.

—Bien hecho.

—Iba triste, pensativo, muy distraido....

—Adelante.

—Se dirigió á la calle del Humilladero, unas veces andando de prisa, otras muy despacio....

—Eso no importa.

—Sí, porque prueba su preocupacion y que meditaba algun plan de interés.

—Proseguid.

—Llegó á la puerta del convento....

—Y entró.

—No entró, sino que se detuvo como arrepentido.

—¿Pero al fin?....

—Pareció decidirse, y resueltamente....

—Llamó, ¿no es verdad?

—No llamó, sino que se detuvo otra vez.

—¡Voto al infierno!.... ¿Pero qué hizo?

—Meditar, y luego, seguir calle adelante y yo tras él.

—¿A dónde se dirigió?

—Creo que ni él mismo lo sabia.

—¿Entonces?....

—Anda que te anda, dimos vueltas y revueltas y al fin salimos al campo.

—¿Está loco?

—Está enamorado.

—¿Y despues?

—Se sentó en una piedra, miró al cielo, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y quedó como una estátua.

—Es verdad, está enamorado.

—Cuestion de paciencia y calma, le dije á mi coleto; y me senté en otra piedra tras un árbol, y esperé.

—¡Y no le dijísteis que yo lo esperaba para medir con él mi acero!....

—Antes quise que midiésemos nuestra astucia.

—¡Vive Dios!....

—De tal manera pasamos cosa de media hora, y al fin volvió á mirar al cielo y se levantó.

—¿Y entonces?....

—Vuelta á la calle del Humilladero y vuelta á las Trinitarias. Sin duda como vos, tenia escrúpulos, pero los ha vencido, como vos los venceriais tambien, si fueseis un veterano del tercio de don Lope de Figueroa.

—Bien, bien, proseguid—replicó el mancebo con voz ahogada por el coraje de los celos.

—Nada mas tengo que deciros: allí lo he dejado y en este momento estarán hablando de vos.

—¿Vacilaréis todavia?—dijo entonces el sacristan que hasta entonces habia permanecido callado.

—¡Vive Dios! ¿Y qué he de hacer ahora? Ya es tarde, se han visto y seguramente la sacará del convento esta misma noche.

—No tan pronto, señor, que la cosa no es tan fácil—re-

plicó el bachiller;—y creo que si os decidís y no perdemos un instante, le ganaremos la partida.

—¡Oh!.... A todo estoy resuelto con tal que no se goce en su triunfo ese hidalguillo miserable. ¿Hay algun medio de entrar en el convento mañana, hoy mismo?

—Sí, señor.

—Pues vamos allá.

—Hablemos antes, que el tiempo que se pierda en obrar de acuerdo, se ganará en el buen resultado de la empresa.

—¿De qué medio nos hemos de valer?

—La casualidad nos proteje: la iglesia de las Trinitarias está abierta esta tarde con motivo del jubileo.

—Aprovechemos la ocasion.

—No faltará un momento oportuno en que podamos escondernos en el banco.

—Bien.

—Lo demás, ya lo sabeis.

—Sí, sí.

—Solo falta que conserveis vuestra serenidad.

—No tengais cuidado.

—Si os asaltan esos malditos escrúpulos, acordaos del hidalgo y figuraos que lo veis al lado de la monja....

—¡Callad, vive el cielo!—interrumpió el vizconde de cuyas megillas pareció que iba á brotar sangre.—Solo la suposicion me atormenta horriblemente.

—Es que tal vez os tiemblen las piernas, porque os infundirá cierto respeto temeroso....

—¡Miedo una monja!....

—Si hubieseis hecho la guerra en Italia....

—¿Por tan cobarde me teneis?

—Nó, pero á veces la supersticion es peor que la cobardia.

—Allá lo veremos.

—¿Quién ha de acompañaros?—preguntó el bachiller.—Ya sabeis que en el banco no pueden esconderse mas que dos.

—Vos, señor Lagartija, que sois el autor del plan.

—Pero mi camarada conoce el interior del convento....

—Es verdad.

—Yo iré, aunque arriesgo mucho—dijo el ex-sacristan.

—Convenidos.

—Voy prevenido de la llave....

—¿No os equivocareis en la celda?

—Perded cuidado.

—Entonces nada tenemos que esperar.

—Os acompañaré á la iglesia, y esta noche rondaré al rededor del convento por lo que pueda ocurrir.

—¡Oh!.... ¡Será mia!—exclamó el vizconde arrebatadamente.

Y levantándose, salió de la hostería seguido de los dos asesinos.

CAPITULO XXXIII.

De la entrevista que tuvieron Miguel de Cervantes y Zoraida.

NTES de ir el poeta al convento, avisó su llegada á la berberisca para que no esperimentase una violenta conmocion de sorpresa al verlo, de manera, que cuando él fué á visitarla, ella habia conseguido de la abadesa que la dejasen sola con su antiguo amante, gracia que le fué concedida porque el estado de la infeliz convertida no era para infundir sospechas.

Mucho habia dudado Cervantes antes de resolverse á ver á Zoraida, pero al fin, cuando le dijeron que á la desdichada le quedaban pocas horas de vida, y que le serviria de gran consuelo despedirse de él, resolvióse á ir aunque sabia que iba á sufrir mucho en aquella entrevista, en estremo dolorosa por mas de un concepto. Si embargo, despues de estar en la calle

volvió á dudar, y por eso el bachiller lo vió llegar al convento y arrepentirse; pero al fin pensó que el ruego de un moribundo no debe jamás desoirse, y decidido á todo volvió al convento, procurando reunir todas las fuerzas de su espíritu para dominar las violentas y desgarradoras emociones que habian de poner á prueba una vez mas la grandeza de su alma.

El sol declinaba, y escasamente una hora quedaba al dia: iba la noche á derramar sus tinieblas y á imponer su silencio; en breve iba la azucena á plegar sus hojas, á esconderse el jilguero en su nido, á lamentarse con sordo murmurio el arroyo porque no podia lucir el brillo de sus trenzas de cristal, y á resonar en la espesura el canto lúgubre del buho y ahullido amedrentador del hambriento lobo. Pero aun quedaba la sonrisa del crepúsculo, el trino de despedida del jilguero y el último eco de los cantares del pastor; aun quedaba al arroyo un reflejo de juguetona coqueteria antes que bajo el velo de la noche se desencadenasen todos los crímenes y todos los placeres de que la luna con cándida faz es mudo testigo, y de cuyos horribles secretos es fiel guardador su seno de transparente nácar.

Zoraida estaba sentada en el mismo sitio donde la vimos al salir el sol, y cuando Cervantes entró en la celda, el corazon de la infeliz palpitó, pero no mas que una vez, rápida y fuertemente, volviendo á quedar tranquilo.

Una palidez mortal cubria el rostro del poeta, que al ver á la convertida y compararla con lo que antes era cuando en Arjel, llena de vida y de ardientes pasiones y rodeada de todo el lujo oriental le tendia los brazos loco de amor, sintió su pecho tan oprimido y tan trastornada su cabeza, que tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para sostenerse de pié. La luz faltó por un momento á sus ojos, y como si fibra á fibra le arrancasen las de su sensible corazon, sintió un dolor agudísimo y abrió la boca para exhalar un ay; pero quedó en su garganta, y en vano su lengua intentó moverse.

—Valor, hermano—dijo entonces la monja con acento dulce.

Estas palabras hicieron volver en sí á Cervantes que comprendió su situacion, y entonces, acercándose á Zoraida con aire respetuoso, inclinó la cabeza y contestó:

—Dios misericordioso os bendiga y os dé en el cielo tanta gloria como desdichas en el mundo.

Y luego, á una seña de la berberisca, se sentó; pero sus manos temblablan, y apenas la fuerza de su voluntad podia sostener la lucha que atormentaba su espíritu.

—Dios es justo—repuso Zoraida—y felicidades son los males que nos envia porque quizás con ellos nos evita en la otra vida una espiacion eterna. Si han llorado mis ojos, bienaventurada soy porque seré consolada. Pésame de mis sonrisas, que mejor hubiera sido guardarlas para el cielo, trocándolas en este mundo por lágrimas pasageras que cuanto mas amargas mas ancho y fácil nos abren el camino de la salvacion. Mis liviandades fueron causa de mis desdichas, y éstas de la ocasion de conocer mis errores y de mi arrepentimiento: ved cuanta es la misericordia divina: al castigar en este mundo mis pecados me otorgó el mayor de los bienes. ¿Serian justas mis quejas cuando pensamiento y boca me faltan para alabar al Omnipotente? ¿Es justo ni cristiano vuestro dolor al verme junto al sepulcro y al acordaros de mis desgracias? Debeis alegraros porque conocísteis á una pecadora que solo podia esperar la condenacion eterna, y ahora encontrais á una criatura que con su arrepentimiento y la misericordia infinita de Dios, tal vez alcance el perdon de sus pecados y la salvacion de su alma.

Este razonamiento en aquellas circunstancias, probó á Cervantes que la berberisca habia logrado dominar su pasion, extinguirla, y que en los últimos momentos de su vida, no tenia, como habia dicho, otro pensamiento que Dios. Empero no por eso dejó de ser mas intenso el dolor del poeta, y por mas que

su razon y su voluntad se esforzaron, la turbacion no le permitió hablar en algunos instantes.

—Bendito—dijo al fin con tono solemne—el soplo divino que en vuestra alma encendió tan cristiana fé; bendito una y mil veces porque os ha hecho feliz, convirtiendo en consolador y leve céfiro el huracan borrascoso de las pasiones, y haciendo que vuestros lábios, si sonrisas tienen aun, sonrian ante el sepulcro que es la puerta del camino celestial, cuando la conciencia duerme tranquila en brazos de la pureza y velada por el arrepentimiento. Abundosos arroyos pudiera formar el llanto que habeis derramado, pero ¿cuánto mas no puede darse por ganar el cielo, cuando á torrentes vertemos la sangre por conquistar un pedazo de tierra? No hay placeres, no hay alegrías, no hay vanidades que la muerte no corte y que no borre el olvido con el tiempo, pero la gloria de Dios es eterna. Bien habeis dicho, hermana; llorar por los males perdidos y por el bien alcanzado, es falta de razon y tibieza de fé. Empero no estais tan cerca de la muerte ni tan lejos de la senda de la virtud, que lo primero deba haceros presagiar un cercano fin, y lo segundo atormentaros con remordimientos exagerados. Ciertamente vuestra salud está quebrantada y....

—No prosigais—interrumpió la berberisca.—Creo haberos dicho que no me espanta la muerte porque la miro como el término de mis dolores y el principio de otra vida mejor: ¿para qué, pues, habeis de darme un consuelo que no necesito, si el consuelo mayor para mí es la esperanza de que mi espíritu volará al lado de Dios? Voy á morir, y muy pronto, hoy mismo quizás: mis ojos no verán otra vez esos rayos de sol que desaparecen en este momento.... Por eso he querido despedirme de vos, por eso os he rogado con tanta insistencia que viniéseis: tengo que cumplir un deber, espresándoos mi agradecimiento porque de vos recibí la primera luz que dejó ver á mi razon la verdad divina, oculta para mí hasta entonces entre las tinieblas del error.

—Todo lo debeis á la misericordia de Dios: la fé es un destello de la divinidad. ¿Qué puede el hombre sin la ayuda del cielo? La verdad divina no ha menester que se demuestre con la palabra, porque en todas partes está la demostracion y basta con que el dedo la señale. ¿Qué puede el hombre decir que no vean nuestros ojos en el concierto de la creacion? ¿Quién mejor que los astros, la luz, el aire, las flores y la razon que emana de nuestro espíritu pueden contestarnos si hay un ser superior á todo, omnipotente? ¿Quién puede esplicar mejor la verdad del *sin principio* y *sin fin* sino nuestra razon misma que no alcanza á conprenderlo? ¿Acaso el que ha impuesto á la naturaleza por él creada la ley de que todo lo que nace ha de morir, de que todo lo que principia ha de acabar, puede tener las mismas condiciones de ser que su propia obra? ¿Cómo crearla sin ser superior á ella? Cómo imponer la ley de principio y fin si su condicion esencial no fuese la de sin principio ni fin? ¡Y decís que me debeis el primer rayo de luz que dejó ver á vuestra razon la verdad divina!.... La criatura no debe nada á la criatura porque ésta nada puede darle, nada puede enseñarle que Dios no le haya dado y le haya enseñado. ¿De qué hubiera servido que yo abriese vuestros ojos sino hubiese luz para que viesen? ¿Y cómo los hubiera abierto mi mano á no disponerlo así el Omnipotente? Hermana mia, todo viene de Dios, y yo tengo que darle infinitas gracias porque me ha elegido por instrumento de su voluntad para que conozcais vuestros errores. No tenteis mi vanidad, que no soy mas que una débil y miserable criatura tan necesitada como vos de la misericordia divina.

—¡Cuán consoladoras son vuestras palabras, y cómo endulzan mi agonía!

—¡Vuestra agonía!—repitió el poeta, estremeciéndose.—Os repito que desecheis esa idea porque la muerte está aun lejos de vos. En buen hora que no os arredre ese terrible trance, pero ha de entristeceros á lo menos, porque es en la

criatura innato el amor á la vida. He venido á veros, nó para daros el último adios....

—Hablemos de otra cosa—interrumpió Zoraida, estremeciéndose ligeramente, pero volviendo luego á quedar tranquila.—Sé que teneis una hija....

—¡Una hija!—murmuró sorprendido y con visible turbacion Cervantes.

—Ya os he dicho que se apagaron mis pasiones—prosiguió la berberisca:—no temais, pues, que el aguijon de los celos haga mas atormentadora mi agonía.

—Pero....

—Todo lo sé, y no me ha movido á averiguarlo sino el interés que me tomo por vos: los medios de que me he valido no importan, aunque podeis adivinarlos si pensais que aun soy dueña de algunas joyas. Esa niña, huérfana y pobre, tiene un porvenir muy triste.

—¡Hija mia!—murmuró el poeta.

—¿Queréis—repuso Zoraida—aceptar un recuerdo mio, no para vos, sino para vuestra hija?

Cervantes inclinó la cabeza.

—Mi intencion es dotarla para que tome estado, bien sea que su vocacion la llame á la vida religiosa, ó que su inclinacion le haga aceptar un esposo. ¿Se lastima con esto vuestro orgullo?

—¡Mi orgullo!—replicó con amargura el poeta.—Ya he recibido por mi hija una limosna....

—Callad—interrumpió Zoraida—que vuestros padecimientos es lo único que puede atormentarme.

—¡Hermana!....

—¿Aceptais?

—Sí.

—Gracias, hermano, porque me habeis dado la ocasion de hacer una buena obra....

—¡Dios os bendiga!....

—¿Veis esa cajita que está sobre la mesa.

El poeta miró, y en efecto, vió sobre la mesa una caja de ébano incrustada de plata, como de un palmo de largo y poco menos de ancho.

—Contiene—prosiguió la berberisca—mis mejores perlas.

—Eso es demasiado....

—Para mí no tienen ningun valor.... Lleváoslas.

Durante el anterior diálogo, habíase ido debilitando la voz de Zoraida, y apagándose el brillo de sus ojos cuyas miradas eran ya bastante inciertas.

Tan positivas señales de una muerte muy cercana, no pasaron desapercibidas para Cervantes, y aumentando su dolor, sintió que su cabeza se trastornaba cada vez mas y que se menguaban sus fuerzas. ¡Cuántos esfuerzos tuvo que hacer para sostenerse, para dar á su pálido rostro alguna espresion de tranquilidad! En tal estado se encontraba, que ni acertó á levantarse para tomar la cajita, ni á decir con este motivo una palabra.

—¿No os llevais el dote de vuestra hija?—dijo la monja á la vez que se oprimia el pecho porque apenas podia respirar.

—Cuando me vaya....

—Es que ha llegado el momento de.... de separarnos, y para siempre.... Ya no queda mas que un débil rayo de luz que apenas hiere mis ojos.... Esta es la hora.... la misma en que que os conocí.... la misma en que la infeliz Jaguá me repitió que habia de ser fatal para ambos nuestro amor.... la misma en que abandoné la casa de Dalí Mamí.... en que llegue á este pueblo, loca de amor... en que se me presentó el hombre que habia de hacer imposible mi mundana felicidad.... y por último, la misma hora en que acabado de pronunciar mi sagrado voto me anunciaron que viviais y miré mi negra cabellera cortada y arranqué de mi corazon el amor que le hacia palpitar....

—¡Oh!....—exclamó el poeta—¡Os estais dando la muerte!

—Idos, hermano....

—¡Zoraida!—dijo Cervantes con acento doloroso y sin poder contener una lágrima.

—¡Miguel!—murmuró la moribunda cuyos ojos brillaron por un instante.

Y estendió lentamente el brazo derecho y alargó la mano al poeta.

—¡Miguel!.... ¡Ayudadme, Dios mio!.... Hermano.... idos si quereis que me salve....

La mano de la berberisca estaba fria, como si hubiese sido de piedra, y Cervantes se estremeció al estrecharla entre las suyas ardientes y llevarla á sus secos labios.

—¡Zoraida!—exclamó con desgarrador acento.

—Adios, hermano.... haced virtuosa á vuestra hija y que... cuando pida á Dios por el alma de su madre, se acuerde tambien de mí... Idos... en nombre de mi salvacion....

Se abrasaba la frente del poeta, su cuerpo estaba agitado convulsivamente, y parecian las de un loco sus miradas. Al abatimiento del pesar habia sucedido la exaltacion de la fiebre; pero aun en aquel estado de trastorno, comprendió que la última chispa, quizás la mas ardiente de la llama de su amor, habia venido á turbar la tranquila calma alcanzada á tanta costa por la moribunda.

—Idos—repitió ésta.—Adios, hermano.... Adios....

Cervantes, sin pronunciar una palabra, se levantó, cojió la caja, y á la vez que alzaba al cielo los ojos, exclamó:

—¡Dios mio!....

Y volvió á besar la mano helada de la berberisca, recibió de ella una mirada tan dulce y tierna como no puede describirse, y se lanzó hácia la puerta, gritando:

—¡Adios!....

Y atravesó como un loco pasillos y aposentos mientras rechinaba los dientes, apretaba los puños y murmuraba con voz sorda y reconcentrada por el dolor y la ira:

—Te vengaré, Zoraida; te vengaré...,

Entre tanto, la infelíz, despues de haber llamado en su auxilio su fé y recobrado la calma y la resignacion, decia á Zamareta que acababa de entrar:

—Trae luz y luego déjame.

—¡Qué os deje sola!....

—Sí, quiero rezar sin que nadie me interrumpa.

—¡Señora!....

—Si despues de la media noche no te he llamado, ven.

—Os suplico por Dios....

—Necesito orar.... Trae luz y déjame.... No cierres la ventana....

—La noche está fria....

—El aire fresco me prolonga la vida.

CAPITULO XXXIV.

Cómo entró el vizconde en la celda de Zoraida, y cómo salió.

Pocos minutos hacia que las once acababan de dar en un reloj del convento de las Trinitarias, cuando sonó en la iglesia un crujido leve y pausado, único ruido que interrumpió el silencio que allí reinaba.

Un instante despues, y á favor de la escasísima luz de una lámpara que esparcia sus rojizos y vacilantes resplandores en aquel sagrado recinto, se vió salir del interior del banco donde estaban ocultos, al vizconde y al asesino. Sus miradas escudriñadoras y temerosas registraron la iglesia; escucharon atentamente sus oidos, y cuando nada vieron ni oyeron, como dos fantasmas, con el silencio de dos sombras, atravesaron lentamente el espacio que mediaba entre el banco y la puerta del coro.

El vizconde temblaba como si le hubiese acometido una convulsion; sus pupilas brillaban con estraño fuego, y por mas que lo intentaba no podia dominar un terror instintivo y para él inesplicable, pero que no era otra cosa mas que el remordimiento de la profanacion que empezaba á cometer. El bachiller hubiese dicho que eran escrúpulos de beata. Sin embargo, á pesar del miedo y de los escrúpulos, llegó á la puerta del coro, y con voz casi imperceptible, dijo al ex-sacristan:

—La llave.

—Esperad—contestó el asesino:—se nos olvidaba lo mejor.

—¿Qué necesitais?

—Una luz.

—¿Y cómo hemos de tenerla?

—Muy fácilmente: no faltará por aquí algun cabo de vela—contestó el ex-sacristan.

Y como quien anda en terreno conocido, atravesó la iglesia, miró sobre los altares, y pronto dió con una vela que encendió á la luz de la lámpara.

—¿Y si llamamos la atencion?—dijo el mancebo.

—No será tanto como pudiera suceder con un tropezon en cualquier mueble. Tomad y alumbradme.... ¡Diablo!.... temblais como un azogado.... Mal estais para decir ternezas á la monja, y peor para sacarla en vuestros brazos.

—Callad y abrid.

—Es que sospecho, y con razon, que ella tendrá que animaros....

—No me faltará el valor, porque el fuego de sus ojos y el aguijon de mis celos, son bastante para acallar todos mis escrúpulos.

—Pero entretanto, temblais.

—No importa con tal que no me veais retroceder, con tal que, á pesar del temblor, la saque de la celda en mis brazos.

No olvideis mi consejo.

—Lo tengo bien presente, aunque estoy seguro de que no habrá necesidad de ponerlo en ejecucion.

—Ante todo, taparle la boca porque las mujeres no tienen mas defensa que los gritos: y si se alborota la comunidad y se nos viene encima una turba de monjas y tambien gritan, aunque matemos á tres ó cuatro, nos echarán el guante.

—Teneis mas miedo que yo.

—Allá veremos, señor vizconde....

—Abrid que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Si os sorprenden y gritan, lo primero que habeis de hacer es apagar las luces, que yo acudiré oportunamente, y dándoos la mano, saldremos antes que puedan cojernos.

—¿No abrís?

—En seguida—contestó el asesino.

Y luego introdujo la llave en la cerradura y abrió fácilmente y sin hacer el menor ruido.

—Sois maestro en el oficio—dijo el vizconde.

—La práctica, señor.

El ex-sacristan volvió á tomar la vela en una mano, puso la otra delante de la luz y á manera de pantalla, para que no esparciese muy lejos sus resplandores y para evitar que la apagase alguna bocanada de viento, y seguido del doncel, atravesó el coro y se internó en un largo pasillo.

El mismo silencio y la misma quietud.

La vela iluminaba solamente un reducido espacio, quedando á oscuras el resto del pasillo.

El vizconde y el asesino caminaban lenta y silenciosamente, con el cuerpo encorvado, en estremo abiertos los ojos que volvian y revolvian en todas direcciones, y con el oido atento, estremeciéndose al menor de esos leves ruidos que se perciben de noche.

Cuando atravesaron el pasillo subieron una escalera, dejaron atrás un corredor, llegaron á la mitad de una galería, y el ex-sacristan se detuvo.

—¿Veis—dijo—aquellas dos puertas?

—Sí.

—La primera es la de la celda de la negra, y la siguiente...

—¿Con que está allí?—interrumpió el vizconde cuyas megillas se encendieron.

—Sí, allí la tenéis.... Se vé luz.... estará rezando como acostumbra.... Y la puerta de par en par.... Nada podeis pedir á la fortuna.

—¡Será mia!—murmuró el vizconde, oprimiéndose el pecho.

Y brillaron sus ojos como dos ascuas, y sus miembros se agitaron mas, y palpitó su corazon con violencia.

—Id, pues—repuso el asesino.—Yo apagaré la luz y me esconderé muy cerca de aquí.

El vizconde siguió con desiguales pasos hasta llegar á la puerta de la celda, y allí se detuvo como para tomar aliento.

—¿Me faltará el valor?—dijo para sí.—Nó, que su belleza es tanta y tales mis celos que nada podrá mi conciencia. Pero tiemblo, tengo miedo y no acierto la causa.... No vacilaria tanto mi rival.... Adelante.

Comenzaba á sentir su frente abrasada por la calentura, y exaltada su mente por estrañas ideas.

Aun se detuvo algunos instantes, pero al fin volvió atrás la cabeza, encontrando solo oscuridad porque el asesino habia apagado la luz, y como impelido por las tinieblas, entró en la celda á la vez que se estremecía.

Su mirada recorrió en un segundo el espacio de aquel respetable lugar, desfiguróse su semblante, pareció querer brotar la sangre de sus megillas, y relumbraron sus ojos con el fuego de su impura y criminal pasion.

Habia visto á Zoraida puesta de rodillas delante del reclinatorio sobre el cual tenia los brazos y las manos cruzadas y apoyaba la frente. Sin duda la debilidad, el quebranto producido por las emociones violentas que en pocas horas habia sentido, habian provocado un pesado sueño y se habia que-

dado dormida mientras oraba fervorosamente. Como no se le veia el rostro no pudo advertir el vizconde que la infeliz habia perdido toda su belleza.

No es posible esplicar lo que en aquel instante sintió el mancebo: faltóle la respiracion, acrecentóse el ardor de la calentura y se trastornó su razon.

Dió un paso hácia la monja, otro luego, y como si hubiese andado un largo camino, tuvo que pararse otra vez, ponerse las manos sobre el pecho y oprimirlo con la fuerza nerviosa de su convulso estado.

—¡Dormida! —murmuró.—Su sueño me dará lugar á que en sus manos temple el ardor que abrasa mis lábios.

Avanzó otros dos pasos con la misma lentitud, y se encontró junto á Zoraida.

—¡Qué sueño tan dulce!—dijo, inclinándose hácia ella y escuchando.—No se percibe su respiracion, parece estar entregada á un éxtasis celestial.... ¿Soñará con él?.... ¡Oh!.... Si duerme en brazos de un recuerdo amoroso.... despertará en los mios.

Inclinóse mas, estendió los brazos, cojió entre las suyas las manos de la monja con intento de llevarlas á sus lábios, pero al levantarlas quedó como petrificado; su rostro, antes enrojecido por el fuego de su pasion, tornóse cadavéricamente pálido; se bañó su frente en frio sudor; abrió desmesuradamente los ojos, y fijó en Zoraida una mirada de indecible espanto.

Las manos de la monja estaban heladas, pero con ese frio de los cadáveres, que no se parece al de la nieve y que se asemeja algo al del pedernal cuando acaba de arrancarse del interior de la cantera; con ese frio que nos horroriza, nos hace estremecer y parece llegar hasta el corazon.

Escapáronse de entre las del mancebo las manos de Zoraida, cuyo cuerpo perdió el equilibrio, cayendo pesadamente al suelo.

Estaba muerta.

El vizconde no pudo gritar, pero retrocedió aterrado, como quien huye de un fantasma, hasta llegar á uno de los rincones de la celda. Empero el cadáver de la convertida habia quedado delante de él, de tal modo que no le dejaba sino un reducido trecho para salir sin separarlo; trecho que el vizconde no vió en su turbacion, sino que al contrario, parecióle que el cuerpo de la monja le estorbaba el paso á no saltar por encima de él.

Si el esqueleto de la muerte, levantando amenazador su negra guadaña, hubiese estado delante del vizconde, no le hubiese infundido tanto pavor como el frio cadáver de Zoraida con sus demacradas megillas, su naríz afilada, sus lábios contraidos y secos y sus ojos abiertos, dejando ver sus pupilas sin brillo, sin miradas, sin espresion.

Ni pudo respirar, ni exhalar un grito, ni moverse en largo rato el profanador mancebo. Su cuerpo temblaba convulsivamente; sus piernas, apenas lo podian sostener, y se abrasaba su frente como si encerrase un volcan. No puede espresarse hasta qué punto llegó su exaltacion mental; en aquel momento estaba loco. Su voluntad queria que se apartase su mirada del cadáver; pero sus ojos no obedecian.

La conciencia levantó entonces su grito, y á la memoria del doncel acudieron los mas acusadores recuerdos de su borrascosa vida.

La lucha fué horrible; el tormento como no puede imaginarse. El Omnipotente habia descargado sobre aquella criatura estraviada todo el peso de su santa y justa indignacion, y los castigos del Eterno son tan terribles como grande su misericordia.

—¡Apártate!—exclamó al fin con voz ahogada y estendiendo los brazos.—Yo la maté.... yo troqué la belleza de su rostro en esa espantable fealdad.... yo le arranqué el corazon.... ¡Dios mio!.... quitadme la vida.... compadeceos de mí.... ¡Ah!.... ¿Quién me toca?.... ¡Qué horrible!.... ¡Ah!.... ¡Qué

horrible!.... ¡un fantasma!.... ¡Huye!.... ¿Quién grita?.... ¿Sacrílego?.... Sí.... sí.... ¡sacrílego!....

El infeliz se pasó las manos por la frente y por los ojos: la fiebre le hacia delirar.

—¡Fria!....—prosiguió con voz sorda—¡Oh!.... ¡Fria!.... Apártate.... Déjame huir.... ¿Mas gritos?.... Sí.... sí.... mas gritos.... ¡Sacrílego!.... ¡Ah!.... Me abraso.... el pecho.... la cabeza.... ¡Já, já, já!....

Una carcajada estridente, sardónica, estremeció su cuerpo.

—Yo la maté—volvió á decir.—Ese cadáver frio, tan frio... ¡Oh!.... ¡Quiero huir!.... ¡Déjame!....

Y dió un paso; pero al tocar con el pié el cuerpo de la monja, retrocedió con mayor espanto que nunca.

Su rostro se habia desfigurado hasta tal punto que nadie lo hubiera reconocido: parecia que la vejez habia estampado en él su sello como si hubiesen transcurrido muchos años en vez de algunos minutos.

Tal era su cansancio y su falta de fuerzas, que no pudo seguir hablando.

Reinó un silencio amedrentador, lúgubre, interrumpido solamente por la respiracion del mancebo, tan fatigosa, que á solo escucharla sin mirarlo, se hubiese creido que era el estertor de una penosa agonía.

Transcurrió largo rato.

El vizconde, dominado por un estupor horrible, luchó desesperadamente con su pánico y su conciencia.

Vibró la campana del relój del convento, y su metálico sonido pareció herir en su mas sensible fibra el corazon del aterrado mancebo, porque se estremeció violenta y repentinamente como sacudido por un resorte de acero.

Del interior de su pecho se escapó un grito agudísimo.

Zamareta apareció en el umbral de la puerta, miró al vizconde y á su señora y exhaló otro grito.

—¡Tú tambien!—exclamó el mancebo.

—¡Dios mio!—dijo la negra.

Y se arrojó sobre el cadáver de su señora y cubrió de besos y de lágrimas aquel rostro helado.

—¡Mira!—repuso la fiel esclava, poniéndose de pié.—¡Contempla tu obra!....

—¡Tú tambien me acusas!.... ¡Oh!....

—Sí, yo tambien te acuso y apelo á la justicia de Dios y de los hombres, ante el cuerpo inerte de tu víctima....

—¡Mátame!.... ¡Oh!.... Quítame la vida ó sácame de aquí.... ¡La justicia de Dios!.... ¡Ah!.... La justicia de Dios ha caido ya sobre mí; antes que tú, me ha acusado mi conciencia.... No sabes lo que he sufrido—prosiguió el vizconde mientras que se pasaba otra vez las manos por la frente.—Me han perseguido mil fantasmas horribles, y ella, con su mirada de hielo siempre fija en mí.... ¡Por compasion, apártala!.... Que yo pueda salir, que no la vea.... ¡Me abraso!—exclamó con desesperado acento y desgarrando con la fuerza de un loco su coleto de terciopelo.—El pecho se me arde, y la cabeza.... Grita, entrégame á la justicia de los hombres, pero apártala, que no me mire.... Sí, entrégame á la justicia de los hombres para que acaben con mi vida. porque así dejará de atormentarme la conciencia.... ¡Ah!.... Tú no sabes lo que son los remordimientos.

—Sí—replicó la negra con acento amenazador—saldrás de aquí, tu mirada impura no profanará por mas tiempo el cuerpo de tu víctima, y la justicia de los hombres te hará espiar tus crímenes; pero luego habrás de dar cuenta á Dios de tus acciones, y en la mansion de los maldecidos sufrirás tormentos por toda la eternidad....

—¡Calla!—interrumpió el mancebo con espanto.—Calla.... Sácame de aquí....

—Ven—contestó Zamareta, asiéndole de un brazo.

—Pero antes apártala, no puedo salir.... Apártala.... siquiera por compasion....

Zarza dib.º y lit.º Lit. Heráldica.

—¡Mira!....¡Contempla tu obra!.....

—¡Cómo te turba y acobarda el crímen!.... Por aquí.... ven—repuso la negra.

Y arrastró al vizconde hasta en medio de la habitacion.

—¡Me abraso!—exclamó el infeliz doncel.

—Sonó la hora de tu castigo: prepárate á sufrir la tortura y la muerte....

—¡Tortura, muerte!—repitió el vizconde con voz ahogada. Los hombres no pueden hacerme sufrir mas de lo que he sufrido. Mira mi rostro, debe estar desfigurado como estará en mi agonía.... míralo....

Y arrancó la gorra de su cabeza.

La esclava miró maquinalmente, y á su vez retrocedió, exhalando un grito.

Los cabellos del vizconde habian encanecido totalmente.

—¡Desdichado!—murmuró la negra.

—¿Te asusta mi aspecto?.... Debe ser horrible.... ¡He sufrido tanto!....

—Es verdad—repuso Zamareta, trocando en cristiana compasion el arrebato de su ódio.—¡El Señor tenga misericordia de tí!

Y volvió á tomar una mano del vizconde, y añadió:

—Sígueme, es preciso aprovechar estos momentos.... ¿Por donde has entrado?

—Por la iglesia.... el coro....

—Bien, bien.... Sígueme.

El mancebo, sin saber lo que hacía, se dejó conducir por la negra que á oscuras lo llevó sin hacer el menor ruido hasta el coro y luego á la iglesia.

El ex-sacristan no se apercibió de la salida del vizconde porque estaba oculto al estremo opuesto de la galería, y ni vió luz, ni sintió pasos, y tampoco oyó la señal convenida, y que debía indicarle que ya era tiempo de marchar.

El asesino pagó agenas culpas, aunque muchas suyas tenia que purgar, pues fué el caso, que viendo que había pa-

sado una hora y que el vizconde no salía, temeroso de que la tardanza fuese por algun acontecimiento desgraciado, salió de su escondite cuando llegaban al coro el mancebo y Zamareta, y sin mas ni mas metióse de rondon en la celda de Zoraida. Para decir verdad, creyó el asesino que su presencia iba á turbar alguna escena de amor; pero su sorpresa fué grande al no encontrar al vizconde y ver solamente en el suelo el cadáver de la monja.

—¡Por los cuernos de Satanás!—exclamó, retrocediendo un paso.—La broma es pesada y no se la perdono al insolente mancebo. Esa es la monja, la reconozco aunque está muy desfigurada. Lo que ha pasado lo adivino: llegó, vió el cadáver, creció el mucho miedo que ya tenia, y se volvió sin avisarme. A estas horas no habrá parado de correr. Y con semejante chasco no querrá darme un solo escudo.... ¡Vive Dios!.... ¡Ah!.... Buena idea: la monja conservaba muchas perlas y algunos diamantes: allí está su cofre.... Creo que no he perdido la noche. No hay mal que por bien no venga.

Esto diciendo, se arrodilló delante de un cofre que habia en un rincon, y fácilmente hizo saltar la cerradura con su puñal.

—Era fama—dijo mientras empezaba á registrar—que tenia perlas como nueces, y tantas, que quizás no quepan en uno de mis bolsillos.

Entre tanto, el vizconde salió de la iglesia, y Zamareta, al volver del coro, llamó al sacristan y al mozo del convento, mandó que despertasen á toda prisa al capellan, que vivia en la casa inmediata, avisó á la abadesa y á las monjas, y todos reunidos y consternados acudieron á la celda de Zoraida.

Tan embebido estaba el ex-sacristan en su operacion, que no sintió ruido ni pasos hasta que la comunidad llegó á la puerta; y entonces, levantándose precipitadamente, se puso de espaldas contra la pared, y sacando la tizona, gritó:

—¡Paso, ó no queda uno de vostros con vida!

Las monjas gritaron tambien, unas pidiendo socorro y otras

amenazando, éstas huyendo, las otras inmóviles por el miedo y la sorpresa.

Habian reconocido al antiguo sacristan, cosa que á él le importaba muy poco si lograba escaparse.

—¡Sacrílego!—exclamó indignado el capellan.

—Ya ajustaremos cuentas—replicó el asesino;—pero ahora dejadme salir ó encomendaos á Dios.

El nuevo sacristan, que era mozo ladino, vió que la lucha era peligrosa y que habria de correr sangre porque el asesino se defenderia desesperadamente; y oponiendo la astucia á la espada, acercóse con disimulo al mozo del convento, le dijo algunas palabras al oido, y luego, dirigiéndose á las monjas, exclamó:

—¡Silencio, hermanas!.... Es preciso evitar el escándalo. Permitidme que arregle este negocio sin ruido.

—Sí, que callen ¡vive Dios! ó les arranco la lengua—dijo el asesino.

—Segun lo que oigo—repuso el sacristan—sois mi antecesor y habeis venido á robar.

—Soy vuestro antecesor, y á lo que he venido no os importa.

—Bien, el caso es que no se ha perdido mas que el susto porque no habeis tenido tiempo de llevaros nada.

—¿A dónde vais á parar?

—Lo vereis.

—Pues acabad pronto, que el tiempo vale mucho para mí.

—Es que yo quisiera que esto se arreglase amistosamente, porque vos teneis una espada y un puñal y yo no tengo mas que el cuerpo para que lo ensarteis, lo mismo que el señor cura.

—Así lo haré.

—Os creo: teneis buena pinta....

—No es de tonto la vuestra.

—Soy un pobre sacristan....

—Al grano.

—Os decía que conozco las ventajas de vuestra posicion y que no estoy por luchar.

—¿Acabaréis?

—Si no me esplico no podremos entendernos.

—Tanta conversacion es sospechosa. ¿Esperais socorro?

—Como no venga del cielo....

—Llamadlo, pero despejad—replicó el asesino dando un paso con muestras de acometer.

—Cuidado con dejar descubierta la espalda—le dijo el sacristan.

—No quiero perder mas tiempo.

—Dos palabras y todo se arregla.

—Esplicaos, pero sed breve.

—Si dais un paso mas, toda esta gente os rodea: matareis al que tengais delante, pero los que estén detrás....

—¿Pensais infundirme miedo?—dijo el asesino que conoció que le era casi imposible escapar y que estaba perdido si se separaba mucho de la pared.

—Nó—contestó el sacristan.—Lo que deseo es que, así como yo reconozco las ventajas que os da vuestra tizona, vos reconozcais las que á nosotros nos da el ser muchos.

—Bien, pero entre tanto....

—Atended: soy de opinion de que se os deje salir, pero á condicion de que probeis que no os llevais nada.

—¿Y cómo?

—Dejándome que os registre.

—O estais loco, ó pensais que soy tonto.

—¿Desconfiais?

—Sí.

—¿Y del señor capellan?

—Tambien.

—Entonces....

—Yo os mostraré desde aquí los bolsillos.

—Nó, porque debeis ser ligero de manos.

—No hay, pues, medio de acomodo.

El sacristan echó una mirada á su derecha, sus ojos brillaron alegremente, y dijo:

—Un medio queda.

—¿Cuál?

—Que os registren algunos corchetes.

—¿Qué dices?—exclamó el asesino palideciendo—¡Atrás!

Y á la desesperada, blandió la tizona para abrirse paso; pero en aquel momento apareció una numerosa tropa de alguaciles.

—¡En nombre del rey!—gritaron.

—¡Maldicion!—exclamó el asesino.

Pocos momentos despues salia del convento rodeado de los corchetes, pero intentando convencer al alcalde de que no era ladron.

—¡Pero si se os ha cogido con el hurto entre las manos!—decía el alcalde.—Y ya en otra ocasion, segun declaran las monjas, robásteis una perla de la corona de la Vírgen....

—Aquello—contestó el asesino—fué una casualidad desgraciada;—la perla se desprendió de la corona y cayó en mi bolsillo sin que yo lo advirtiese.

—Habeis profanado....

—No hay profanacion: he sido algunos años sacristan del convento, y siempre he andado por él como por mi casa.

—Habeis fracturado la cerradura....

—Se rompió porque era endeble....

—No habeis respetado el cadáver....

—Señor, á los vivos ha de respetarse, como respeto á vuestra señoría, y no á los muertos que ni sienten ni consienten.

—Bien, la inquisicion os enseñará....

—¡La inquisicion!....

—Sí.

—¿Por qué he de ir á la inquisicion y no á la cárcel?

—Por la profanacion.

—Ya he dicho á vuestra señoría....

—Porque en otra ocasion cometísteis un sacrilegio, golpeando al capellan.

—Fué que al huir tropecé con su barriga. ¿Por qué la tiene tan abultada? Lo que se tomó por coz fué solo un choque casual y que harto sentí porque me lastimé el pié derecho.

Todas sus razones y escusas no valieron al asesino para evitar que lo encerrasen en la inquisicion, de donde no debia salir sino para ser quemado.

CAPITULO XXXV.

De la entrevista de Cervantes y el vizconde.

UANDO al siguiente dia tuvo el poeta noticia de la muerte de Zoraida, no encontró en el primer arrebato de su dolorosa pena otro desahogo que la venganza, y ciego por la ira salió de su casa y se dirigió á la del vizconde con ánimo resuelto de matarlo ó morir. En aquellos momentos estaba Cervantes tan dominado por la cólera como si se hubiese encontrado en lo mas recio de un combate, creciendo por segundos su enojo porque encontraba mas ruin y mas criminal la conducta del mancebo á medida que reflexionaba sobre ella.

Al llegar, pues, á casa del vizconde, su sed de venganza habia trastornado su razon, y nada mas que la sangre de su

enemigo, podia calmar la exaltacion de su rabioso enojo.

El poeta llamó con fuertes golpes á la puerta de la morada del vizconde, y apenas le abrieron y un criado iba á reconvenirle por su descortesía, sin dar tiempo á que le dijera una palabra, preguntó:

—¿Y el señor vizconde?.... ¿En qué aposento está?

—Antes—replicó el sirviente—preguntad si su señoría permite que le vean.

—No necesito preguntarlo—repuso Cervantes con altanería—porque he venido para verlo y él se honrará no poco con recibirme. Vamos, decid donde está, que tengo prisa....

—Os repito que no se entra así en esta casa....

—¡Vive Dios!—exclamó el poeta con impaciente enojo.—Si seguís deteniéndome con vuestras impertinencias....

—Os haré respetar esta casa....

—¡Canalla!.... Me apurais la paciencia.

—No se puede ver al señor vizconde porque está enfermo.

—Mentís.

—Es la verdad.

—Pues apesar de eso, lo veré.

—¿Tampoco respetareis su dolencia? Señor hidalgo, menester será que os modereis.

—Lo que sí habré de hacer, será recorrer toda la casa hasta encontrar á vuestro amo, cosa que no os atrevereis á estorbarme.

—Pica ya en abuso vuestra insistencia.

—¡Vive el cielo!.... Me estais haciendo perder un tiempo precioso y acreditándoos de necio.

—Señor hidalgo....

—¿Pensais que puede mostrarse tanto empeño como el mio para un asunto de poca importancia?

—Bien comprendo que será grave el que os ha traido.

—Y mucho.

—Pero si solo á vos os interesa....

—Atended: si quereis que acabemos en paz, decid á vuestro señor que Miguel de Cervantes, que llegó ayer de Portugal, quiere verlo; y si se niega á recibirme, añadid que yo he dicho que es un miserable, un villano, un cobarde....

—¡Señor hidalgo!....

—Sí, repetid mis palabras, porque si quiere escusar nuestra entrevista es porque tiene miedo....

—O por falta de salud. Ha venido á la madrugada muy agitado y muy triste; ha pasado la noche en vela, no ha querido almorzar, y apenas amaneció.... En fin, esto no es del caso, pero sí lo cierto que no ha salido de su gabinete y que ni aun se deja ver de nosotros.

—Pues bien, á pesar de todo eso, avisadle.

—Lo haré, desobedeciendo sus órdenes, pero solo porque venís con apariencias de quien busca un duelo, y mi señor no se esconde nunca en esos lances. Cuando no quiere recibir á nadie, me dice: «no estoy en casa; pero si sospechas que alguno viene en busca de estocadas, que entre.»

—Bien, tanto mejor porque á eso vengo.

El criado dejó á Cervantes y entró en un gabinete medio oscuro, porque la única ventana que tenia estaba casi cerrada. Allí estaba el vizconde, recostado en un divan y con el rostro oculto en el brazo donde descansaba la cabeza.

—¿Señor?—dijo el sirviente.

—¿Ha vuelto?—preguntó el doncel con débil voz.

—Nó, señor; pero acaba de llegar un hidalgo....

—A nadie quiero ver.

—Es que dice....

—Te repito que nó.

—Si me permite vuestra señoría....

—Déjame, Antonio.

—Es asunto de....

—Ninguno me interesa.... Vete.

—Un duelo....

—¿Un duelo dices?

—Sí, señor.

—Pues contesta que no lo admito.

—Es que dice que si se niega vuestra señoría...,

—¿Me matará?

—Que le diga á vuestra señoría que es...

—¿Un cobarde?

—Sí, señor—contestó temerosamente el criado.

—Contéstale que tiene razon.

—¡Señor!—exclamó sorprendido el doméstico.

—Te hablo sériamente.... Déjame.

—Es que dice además,...

—¿Qué soy un villano?

—Sí, señor.

—Contéstale que no se equivoca.

—Y además....

—¿Qué soy un asesino?.... ¡Ah!.... Dile que no puedo negarlo, y que si me acusa á la inquisicion, se lo agradeceré.

—Pero como añade que ha venido desde Portugal....

—¡De Portugal!—repitió el vizconde incorporándose.

—Y segun parece....

—¿Ha dicho su nombre?

—Miguel de Cervantes.

—Dile que entre si quiere entrar, pero que tenga entendido que otro que vale mas que él ha castigado ya el crímen que él quiere vengar.

—¿Qué significa esto?—dijo para sí el sirviente.—¿Se ha vuelto loco?

—Avísale al momento—repuso el vizconde.

El criado salió.

Miguel de Cervantes lo esperaba con impaciencia.

—¿Qué ha contestado?—preguntó.

—Apenas pronuncié vuestro nombre,...

—¿Os dijo que me dejaseis entrar?

—Justamente....

—Conducidme....

—Pero me manda advertiros.... No sé si se habrá vuelto loco mi señor, porque....

—Esplicaos—interrumpió afanosamente el poeta.

—Dice que tengais entendido que otro que vale mas que vos ha castigado ya el crímen que quereis vengar...,

—¡Otro que vale mas que yo!....

—Son sus palabras.

—No lo comprendo; pero él me esplicará.... Vamos que el tiempo vuela.

El criado introdujo á Cervantes en el gabinete del vizconde, y si este no hubiera hablado, aquel no hubiese podido verlo en la casi completa oscuridad que lo rodeaba.

—Señor hidalgo—dijo el mancebo—sentaos si os place.

—No os habia visto, caballero—contestó Cervantes con aspereza.—Gracias; no estoy cansado.

Y esforzó la mirada para descubrir el rostro de su enemigo, mientras que sentia que su sangre se arrebataba á la cabeza.

El doncel, por el contrario, se estremeció, y á no estorbarlo la oscuridad, se le hubiese visto palidecer mortalmente.

—Presumo á lo que venís—dijo—y me alegro de veros porque me dais ocasion de tranquilizarme.

—Señor vizconde—replicó el poeta—vengo á haceros un honor que no mereceis, á medir con la vuestra mi espada.

—¡Mi espada!—repuso con triste amargura el doncel.—Ya no la tengo. No hay calle de la villa donde no se haya visto relucir para contestar á mas blandas provocaciones que la vuestra, pero....

—¿Os negareis?—interrumpió Cervantes.

—Sí.

—¡Teneis miedo!....

—Nó, señor hidalgo: nunca me ha sido la vida tan indiferente.... tan pesada.

—¡Oh!.... quereis burlar mi enojo....

—Escuchadme....

—Antes habré de echaros en rostro vuestros crímenes, llamaros menguado, vil.... ¡asesino y cobarde!....

—¡Vos me acusais tambien!—dijo el vizconde, repitiendo sus palabras de la noche anterior.—No me acuseis porque es en vano; ya lo ha hecho mi conciencia....

—¡Oh!—esclamó el poeta, dando un paso hácia el vizconde.—¿No respetareis siquiera?....

—Dadme el ejemplo—interrumpió el vizconde.

—¿Os burlais?

—Señor hidalgo, si buscais al jóven desenfrenado para provocar su enojo, pidiéndole cuenta de sus abusos y de sus crímenes, para castigarlo midiendo con la suya vuestra noble y gloriosa espada, nada teneis que hacer aquí porque ya no existe; pero si buscais al hombre desgraciado, que ha sufrido en una hora lo que no puede sufrirse en el infierno en un siglo, que lucha en vano por acallar los remordimientos de su conciencia, que ha visto, en fin, y sentido la mano omnipotente de Dios, y aunque anciano ya, espera muchos dias de espiacion terrible en este mundo, y de castigo eterno en el otro, si á ese buscais, repito, aquí lo teneis, acercáos á él movido, no por el ódio y la sed de venganza, sino por la compasion y el cristiano deseo de perdonarlo.

Con tono tan solemne pronunció estas palabras el mancebo, que Cervantes no se atrevió á contestar con la misma altivez y enojo que antes habia hablado. Sin embargo, como ignoraba lo sucedido la noche anterior, y como tenia por tan depravado al doncel, que no lo creyese capaz de un arrepentimiento tan completo, dudó si, como habia dicho el sirviente, habia perdido el juicio, tal vez en un arrebato de desesperacion por no haber conseguido sus amorosos deseos.

—O estais loco—dijo el poeta—ó teneis miedo y quereis libraros de mí, escudándoos tras una criminal hipocresía.

—Loco estuve en otro tiempo, no ha muchas horas, y ahora mi mayor tormento es el tener sana la razon.

—Caballero—murmuró el poeta sin acertar á comprender aquel cambio.

—Sospechais aun que estoy loco, ¿no es verdad?

—Ni sé ya lo que sospecho, pero sí que cada vez me confunden y sorprenden mas vuestras palabras.

—Os he rogado que diéseis tregua á vuestro enojo y me escucháseis....

—¿Qué podeis decirme que escuse vuestro infame proceder?

—¡Escusarme!.... ni aun intentarlo quiero.

—Sentiria que os estuviéseis burlando de mí. Habeis causado la muerte de la desdichada berberisca, despues de haberle hecho sentir los mas horribles tormentos; abusásteis en Portugal de mi buena fé, y vinísteis á despedazar inhumanamente el corazon de una madre, á convertir en dolor y llanto la calma de una familia; nada habeis respetado, nada hubo sagrado para vos, ni Dios, ni los hombres, ni la virtud, ni la pobreza.... ¡Oh!.... no habeis encontrado en vuestro camino quien os castigue, quien vengue á la sociedad ofendida, ultrajada por vos.... ¡aquí estoy yo, caballero!—exclamó el poeta con acento amenazador y clavando su mirada de águila en el vizconde.—Aquí estoy yo para castigaros, para vengar á la sociedad: nadie ha podido haceros inclinar la frente, pero ¡por mi nombre! os juro que la doblareis ante mí porque defiendo una causa noble y el crímen es siempre cobarde: nunca habeis temblado, sino que os habeis reido delante de la muerte; pero yo os haré temblar, yo os haré sentir miedo....

—¡Miedo!—exclamó el vizconde estremeciéndose.—¡Ah!... Sí, he sentido miedo hace pocas horas, aunque nunca lo conocí; pero un miedo horrible.... ¡Dios mio!.... un espanto que no podeis concebir, el terror de un niño cuando está solo y cree ver un fantasma en la oscuridad.... mas aun.... ¡Compadecedme!.... Esperais verme humillado ante vos.... ya lo

estoy.... y aun doblaré la rodilla, me arrastraré á vuestros piés.

Era tan conmovedor el acento del vizconde, que Cervantes no acertó á contestar una palabra y sintió que poco á poco iba apagándose el fuego de su ira.

—¡Venis á castigarme, á vengar á la sociedad ultrajada!.... Habeis llegado tarde—prosiguió el vizconde;—Dios me ha castigado, ha vengado á la sociedad, y vos no os atrevereis á interponeros entre su santa justicia y mis crímenes, no estorbareis la espiacion que he de sufrir en esta vida, quitándomela de un solo golpe....

—Estais trastornado—dijo al fin el poeta—y acabareis por trastornarme.

—Ya me comprendereis....

—¡Oh!.... sí, sí, esplicáos....

El mancebo enjugó el sudor helado que por su frente corría, y luego prosiguió, diciendo:

—Venid.... sentáos y escuchadme.... Hace pocas horas, estraviado mas que nunca mi juicio por el arrebato de mi fatal pasion á la berberisca, penetré en el sagrado recinto....

—¡Profano!—exclamó el poeta sin poder contenerse.

—Ya me lo ha dicho mi conciencia.... Escuchadme. Penetré en aquel lugar santo y llegué á la celda de la berberisca con intento de sacarla en mis brazos sin respetar su dolor ni su desgracia, sin temor á Dios ni á los hombres.

—¡Desdichado!—murmuró el poeta.

—Mucho, si—repuso el mancebo.—Ya os he dicho que estaba trastornada mi razon, y en mi locura, sin comprender que pudiese existir siquiera la virtud, creyendo que vos tampoco respetariais los votos de la berberisca y que la sacaríais del convento, quise estorbarlo y á la vez satisfacer mis deseos, y me resolví á llevármela antes que vos para disputarósla despues.

—¡Dios mio!—exclamó el poeta.—¿Y habeis permitido tan horrible crímen?

—Sí, para castigar en un momento los crímenes de toda mi vida. Entonces estaba en un estado de espantosa exaltacion, de embriaguez tal, que nada veia, nada oia, de todo me habia olvidado, y solo me acordaba de mi pasion y de mis celos, sin sentir otra cosa que sus ardores y su venenoso aguijon; se abrasaba mi pecho y mi cabeza; no habia para mis ojos ni luz ni oscuridad, porque miraban y no veian, porque al ver no sabian lo que miraban; nada ni nadie hubiera podido detenerme, y sin embargo, todo me infundia miedo, mi sombra, el leve ruido de mis pasos y hasta las palpitaciones de mi corazon.... ¡No podeis comprenderlo!.... Mi planta impura llegó hasta el pié del reclinatorio donde oraba la berberisca; tenia las manos cruzadas, inclinada la frente.... no se movió, parecia dormir.... Su rostro estaba oculto y no lo ví, pero me acordé de su belleza, de sus negros ojos espresivos, ardientes; de sus lábios rojos, frescos, provocativos; de sus megillas tersas, de su altiva frente.... ¡Oh!.... por mis venas circuló una corriente de fuego.... cogí sus manos con todo el ardor de mi locura....

—¡Profano!—gritó el poeta con terrible acento.

—Estaba muerta—prosiguió con espanto el vizconde.—Estaba muerta.... y.... su cadáver rodó á mis pies.... ¡Ah!—gritó el infeliz mancebo, levantándose impulsado por una sacudida nerviosa.

Pero luego volvió á dejarse caer sobre el divan, con muestras del mayor abatimiento.

—¿Qué hicisteis?—exclamó Cervantes, cogiendo por un brazo al vizconde, y sacudiéndolo rudamente.—¿Qué hicisteis entonces?

—Tuve miedo—contestó el doncel con voz tan ahogada que apenas se entendian sus palabras.—Tuve miedo y.... un miedo.... No puedo esplicároslo.... Solo sé que tuve miedo, que no ví á mi alrededor mas que fantasmas y á mis piés el cadáver de la berberisca, con su rostro pálido y enjuto y sus

ojos abiertos y apagados.... Aquella era mi obra.... y.... no sé.... tuve miedo....

—¡Y quereis que os perdone porque os espantásteis de vuestro propio crímen!.... ¿Y ese miedo ante un cadáver, ese miedo pueril es todo el castigo que decís os ha impuesto Dios?....

—Y mi conciencia que parece desgarrarme el alma....

—No es bastante....

—¡Ah!.... No sabeis lo que he sufrido, lo que sufro.... ¡Quereis mi sangre?.... Cuando llegueis á comprender mis tormentos renunciareis á vuestra venganza, y como la negra, me mirareis con cristiana compasion y me direis: « Dios tenga misericordia de tí. »

—La negra es una mujer débil, impresionable....

—Mirad—replicó el vizconde.

Y levantándose, cogió de un brazo al poeta, le arrastró hasta la ventana, y abriéndola para que entrase la luz, añadió:

—¡Mirad!

Cervantes exhaló un grito y retrocedió asustado al ver la cabeza blanca, la frente rugosa y marchita, los ojos apagados y las facciones desfiguradas del mancebo.

—¿Buscais—dijo éste—al jóven hermoso, de vida desenfrenada, altanero, valiente, atrevido como ninguno, que no respetó virtudes ni dolores, que se burló de la muerte, que ultrajó á la sociedad?.... Ya no existe.

—¡Dios os perdone!—murmuró Cervantes, inclinando la cabeza con respeto.

—¿Y vos?....

—Os perdono de todo corazon—repuso el poeta conmovido ante la desgracia, y arrepentido de haberse dejado dominar por un deseo de venganza ruin.

—¡Gracias!—exclamó el vizconde.—¡No sabeis cuanto bien acabais de hacerme!....

Y sentándose otra vez, tomó aliento y repuso:

—Voy á dejar el mundo, y en el retiro de una celda lloraré

mis pecados y pediré á Dios que me mire con misericordia. Largos y penosos dias de tormento me quedan, porque mi conciencia me acusa sin cesar.

—¡Un convento!....

—Si, dentro de pocas horas estarán vendidos todos mis bienes y pagados mis acreedores. Nadie mas que vos sabrá cual es el lugar de mi retiro, por si acaso alguna vez quereis ir á consolarme.

—¿Pero no teneis parientes?....

—Ninguno: no conocí á mi madre, y mi padre murió siendo yo aun muy niño. Nadie me ha enseñado el camino de la virtud, y cuando sin conciencia de lo que hacia, me lancé en la senda del vicio, sediento de placeres, el mundo aplaudió mis estravíos, dejándome seguir adelante, en vez de abrir mis ojos para que viese el abismo que á mis piés se abria, y de estorbar mis pasos para que no cayese en él. ¡Y ahora me acusará ese mismo mundo que con sus adulaciones me animó á ser criminal, ese mundo que no me tendió una mano compasiva!....

—¿Os enseñaron á conocer á Dios?

—Sí.

—¿Y sus divinos preceptos?

—Tambien.

—Pues responsable sois de vuestras faltas.

El vizconde inclinó la cabeza.

—¿Qué pedís al mundo?—prosiguió el poeta.—¿No está compuesto de criaturas débiles como vos? Si á vuestros ojos presenta el mundo vicios que os arrastren por el camino del mal, tambien os presenta virtudes que os enseñen el del bien; y si de estas apartábais los ojos porque no halagaban vuestras pasiones, vuestra es la culpa, y no del mundo, porque el Supremo os dió entendimiento para conocer y distinguir, y voluntad para obrar. Siempre acusamos al mundo de nuestras propias faltas, pero no le reconocemos deuda alguna si nos ha enseñado á practicar la virtud: lo hacemos responsable de nues-

tras malas obras, pero no pedimos para él el premio de las buenas. ¡Pobre mundo, y cuán injustos somos contigo los mismos que te componemos! ¡Pobres criaturas que no conocemos que al acusar al mundo nos acusamos á nosotros mismos!

Largo rato hablaron aun el poeta y el mancebo, separándose despues de abrazarse fraternalmente.

A las doce de aquel dia, el vizconde habia despedido á sus criados, su casa estaba desocupada, y él separado del bullicio del mundo.

Y tan á tiempo tomó sus disposiciones y desapareció sin que nadie mas que el poeta supiese su paradero, que á las dos de la tarde lo buscaban por todos los rincones de la villa los esbirros de la inquisicion, porque el ex-sacristan, á la segunda cuña que le pusieron en el tormento, habia declarado que entró en las Trinitarias en compañia del vizconde que intentaba sacar del convento á la monja que encontró muerta.

Cuando Cervantes volvió á su casa, encontró á su madre y á su hermana que lo esperaban con el mas angustioso afan, pues aunque ignoraban el fin que habia movido al poeta para salir tan temprano y en momentos de tal amargura, sospecharon la verdad, creciendo su cuidado cada momento que pasaba.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó doña Leonor al ver á su hijo.

—Aquí me teneis—dijo éste, besando la frente de su madre.—¿Qué temíais?

—Saliste tan precipitadamente....

—Sin duda habeis sospechado....

—Que ibas á buscar al vizconde.

—No os equivocásteis, madre mia.

—¿Qué intentabas?.... ¡Ah!.... Tiemblo, Miguel. Has vuelto mas pálido y agitado que cuando te fuiste....

—Tranquilizaos....

—¿Pero cuál era tu intento?

—El que no he podido conseguir: ya sabeis que estoy con-

denado á encontrar todo lo contrario de lo que busco. En esta ocasion no me pesa.

—Esplícate....

—Buscaba á un hombre que respondiese á mi reto con la espada, que añadiese injurias á las ofensas, y encontré á un desdichado que sufre un espantoso castigo de Dios, que dobla su frente y que me suplica que lo perdone....

—¿Y ese hombre era el vizconde?—replicó sorprendida doña Leonor.

—Sí, madre mia, el vizconde, el hermoso mancebo, tan arrogante, tan altivo, que tiene ahora la cabeza encanecida, la frente arrugada y vive horriblemente atormentado por su conciencia.

—¡Dios mio!....

—Ya os lo diré todo: ahora necesito descansar porque la conmocion que ha esperimentado mi espíritu me tiene en estremo fatigado.... Y sin embargo no puedo apartar de mi memoria los tristes sucesos de ayer porque forman época en mi vida, porque deciden de mi suerte.... de nuestra suerte....

—No hablemos de eso—interrumpió doña Leonor.—Ayer llegastes de Portugal y aun no has tenido tiempo de reponer tus fuerzas....

—Nó, madre mia; no debemos perder un instante. Nada me habeis dicho todavia del estado de nuestros intereses.

Doña Leonor palideció.

—¿No me contestais?—repuso el poeta.

—Mañana hablaremos de ese asunto.... antes debes descansar para ocuparte de él con mas ardor....

—¿Por qué vacilais? ¿Teneis qué darme malas nuevas?.... Nada temais, que la costumbre de sufrir ha fortalecido mucho mi espíritu. ¿Qué puede haber sucedido? ¿No ha podido al fin recuperarse alguna parte de nuestra hacienda?.... Hablad, esplicáos, madre mia, que un golpe tras otro golpe no son para mí cosa nueva.

—Nada se ha recobrado—contestó doña Leonor.

—Doy por bien perdida mi parte—repuso el poeta.—Y vos, madre mia, no os dejeis abatir por la falta de recursos, porque ya estoy con vosotras, soy jóven y fuerte y puedo trabajar: además, espero que el rey.... no, no espero nada porque ya he recibido muchos desengaños; pero bien puede suceder que se tomen en consideracion mis servicios y que se me premie con poco ó con mucho.... En fin, madre mia, os repito que estoy á vuestro lado y que no teneis que pensar en nada.

—Es que hemos llegado al último estremo....

—Esplicáos claramente.

—Hace ya mucho tiempo que solo vivimos del producto de nuestro trabajo, y precisamente esta semana....

—¿Pero no teneis?....

—Ni aun para el mas preciso alimento sino se empeñan nuestras ropas....

Cervantes palideció. ¡Su hija iba á tener hambre!.... Su mirada se fijó casualmente en la cajita de las perlas regalo de Zoraida, y exclamó:

—¡Somos ricos!.... ¡Tendreis pan!....

Pero se detuvo repentinamente, inclinó la cabeza y murmuró:

—No son mias....

Doña Leonor comprendió que su hijo se atormentaba luchando entre su cariño de padre y los severos escrúpulos de su conciencia, y dijo:

—Esas joyas son un sagrado.

—Es verdad, madre mia; pero mi hija no tiene pan, no lo teneis vos ni mis hermanas....

—En cambio tú eres jóven, fuerte....

—¡Y tengo una voluntad de hierro!—exclamó el poeta.—Es preciso dominar todos los dolores, olvidarlos siquiera por una hora.... ¡Los olvidaré!....

—¡Hijo mio!—exclamó doña Leonor cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué llorais?.... No teneis motivo para esa tristeza. ¿Qué os falta, pan?.... Aquí tengo un tesoro—replicó el poeta, poniendo una mano en su frente.—Quiero que penseis en otra cosa, y para conseguirlo os hablaré de un personaje á quien encontré pocas leguas antes de llegar á Madrid. El tal caminaba en un hermoso cuartago, seguido de un escudero, y me alcanzó. Sin duda pensó andar mas despacio ó tenia ganas de entablar conversacion, porque al llegar á mi lado me saludó cortesmente, me preguntó si venia á Madrid, y contestándole yo que tal era mi intento, me rogó que aceptase su compañía. Díjele que bien me honraba, y despues de algunas frases corteses, hablamos de todo, concluyendo por sacar á plaza las nueve del Parnaso: yo manifesté mi aficion á las letras, y él, aunque su cara y su conversacion lo desmentian, me dijo que era poeta, pero que aun no se habia decidido á dar á luz ninguno de los partos de su ingénio. Recitóme algunos sonetos, que despues sospeché no eran de su cosecha, y le pagué recitándole yo algunos romances de la mia. Le parecieron bien y se deshizo en alabanzas, y luego me dijo que estaba en un aprieto porque se habia comprometido á escribir un epitalamio para la boda de un amigo suyo, persona de calidad, y que le habian sobrevenido repentinamente tales ocupaciones, que no podria cumplir su palabra. Ofrecíle entonces mi pluma, y él dijo que con la mejor voluntad la aceptaría, pero á condicion de que yo recibiese el valor de mi trabajo: le contesté que en nada me ofendía, pues era mi oficio por haber dejado el de la guerra, y entonces me ofreció pagarme liberalmente, y yo guardar el secreto. Hoy es dia cinco, y recuerdo que mañana se hará la boda....

—¡Miguel!—exclamó admirada doña Leonor.

—Es preciso olvidar todos los dolores por una hora—replicó Cervantes.—¿Para qué me ha dado Dios la voluntad?

Y se sentó delante de la mesa y se dispuso á escribir.

—Dejadme, madre mia—repuso.

Algunos momentos despues corria velozmente su pluma, formando sobre el papel renglones desiguales.

¿Quién hubiera podido apreciar el valor de aquel trabajo?

¡Pobre manco!

Habia derramado su sangre en las batallas, y la gloria habia coronado su heróico valor, pero se encontraba pobre, sin pan y sin la mano izquierda: trocó la espada por la pluma.... allá veremos si de la gloria de sus escritos fué tambien hermana la miseria.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

Miguel de Cervantes

PARTE TERCERA.

GLORIA Y MISERIA.

CAPITULO I.

Donde principia á darse á conocer la nueva vida de Cervantes.

La gloria se alcanza con el talento, pero el hambre y la miseria suelen ir casi siempre con la gloria. No hemos conocido en España á ningun escritor que se haya enriquecido con el producto de sus obras: el que mas, ha conseguido vivir modestamente, considerándose afortunado. En tiempo de Cervantes, como en nuestros dias, los poetas han sido pobres, muy pobres; y aunque para justificar su pobreza, el vulgo y aquellos que los esplotan, los acusan de *manirotos*, *despilfarrados* y hasta de hombres de *vida loca*, porque la mezquindad y la ruindad no ca-

ben en un alma elevada, es lo cierto, por nuestra desdicha y para mengua de nuestra pátria, que su pobreza consiste en que un *escritor* no gana mas que un *escribiente*. Hay, sin embargo, que distinguir á los literatos de los comerciantes de letras que no son pocos: estos últimos viven con lujo, llegan á ser *hombres de negocios* y hasta propietarios, y dejan á sus hijos una renta: los primeros viven luchando con la miseria, llegan á no tener pan en su vejez y solo dejan á sus hijos un recuerdo. Se asegura que en España no está desarrollado el espíritu mercantil... No pueden decir eso los escritores con cuyo talento se especula, cuyas obras se valoran con la medida como el paño y el lienzo, aunque sin atender á la *calidad*, y una *vara* de novela que no encierre un pensamiento se paga lo mismo que otra *vara*, producto de largos estudios, de profundas meditaciones y de penosas vigilias.

Lo que acabamos de decir es muy vulgarmente sabido y está dicho mas vulgarmente aun; pero es una verdad que no por ser sabida ha de callarse.

Tal sucedió á Cervantes cuando tomó por oficio lo que antes habia sido en él entretenimiento y desahogo: como si hubiera tenido que pagar los aplausos del público, cuanto mas aumentaba su reputacion menos dinero tenia, y acabó por morir pobre, tan pobre como un mendigo. Nadie, sin embargo, ha tenido como él ocasiones de hacer fortuna, pero las dejó pasar porque el aprovecharlas le hubiese costado sacrificar sus inclinaciones, su noble orgullo, su dignidad y sus generosos sentimientos de abnegacion. ¡Y aun ha habido lenguas que intenten manchar la memoria de aquel mártir de sus virtudes, y espíritus envidiosos que turbasen el reposo de su vida con persecuciones injustas!... ¡Pobre manco!

Desde que dejamos á Cervantes hasta que volvemos á presentarlo á nuestros lectores, han transcurrido dos años, y en este tiempo habia trabajado de tal manera, que logró desempeñar una parte, aunque mezquina, del patrimonio de su fa-

milia y asegurar de este modo á su madre el preciso sustento. Casi libre ya de este sagrado deber, tentóle el diablo de Himeneo, y en 12 de setiembre de 1584, contrajo matrimonio con doña Catalina de Palacios, Salazar y Vozmediano, hija de Hernando Salazar y Vozmediano y de Catalina de Palacios, ambos de las mas ilustres casas de Esquivias. Llevóle su esposa entre dote y arras, ciento noventa y dos mil doscientos noventa y siete maravedís, y él la dotó en cien escudos, segun consta de escritura otorgada en dicha villa á 9 de agosto de 1586, ante el escribano público Alonso de Escalera, consistiendo el dote en varios majuelos, colmenas, un huerto, menage de casa y un gallinero con cuarenta y cinco gallinas, algunos pollos y un gallo.

Como se comprende fácilmente, el valor del dote era bastante mezquino, pues sobre no llegar á seis mil reales, habia que rebajar el importe del menaje de casa, no siendo el resto suficiente cantidad para hacer producir una renta que pudiese sostener á una familia. Cervantes, pues, tenia que buscar los medios de subsistencia con su trabajo, para lo cual, despues que vivió una breve temporada en Esquivias, se trasladó nuevamente á Madrid.

Ya habia publicado *La Galatea*, y aunque los productos de esta obra le habian proporcionado algun desahogo, no se prometia los mejores resultados con otra del mismo género, porque la novela pastoral comenzaba á mirarse con indiferencia por el público, sin duda por la falta de novedad que encontraba el lector, novedad que no podian darle los autores sin estraviarse en el camino de un gusto pésimo, por los escasos recursos que suministra este género literario.

Al escribir esta novela, no ha sido nuestro ánimo hacer un exámen crítico de las obras de Cervantes, por ser agena cosa á las condiciones literarias de una novela; solo hemos querido dar á conocer el carácter y raras vicisitudes del príncipe de nuestros ingenios. Por esta razon, ni sobre *La Galatea*

ni ninguna otra obra suya diremos mas que lo que tenga relacion con su vida, y si alguna vez emitimos nuestro juicio, será ligeramente.

Por de pronto, y en cuanto á *La Galatea*, estamos de acuerdo con el respetable juicio de don Buenaventura Cárlos Aribau, que opina que «la mayor parte de sus defectos consistia en el género» porque segun añade dicho señor muy acertadamente, «prescindiendo de los resabios bastante frecuentes de afectacion y amaneramiento, el lenguaje es puro, elegante, armonioso mas bien que animado y correcto; algunos carácteres están bien delineados; muchos incidentes inspiran el mas vivo interés, y sobre todo la inventiva, este gran dote de Cervantes, este órgano de su cerebro, como dirian los modernos, resalta allí magníficamente y sobresale entre todo lo demás. Pero esto no es bastante para disimular, ni la enmarañada complicacion de sucesos que siendo inconexos entre sí, embarazan, detienen, interrumpen y debilitan el curso de la accion principal, ni la inferioridad de ciertos episodios, ni la sutil metafísica amorosa, esplicada como en cátedra, ni la poca conformidad de asimilaciones con las costumbres de los personajes, que desvanece toda la ilusion de la verosimilitud. Por esto convienen casi todos los críticos en que *La Galatea* ocupa el último lugar entre las obras de Cervantes, en el órden de perfeccion literaria.»

Tal es la opinion del señor Aribau, que nos hemos permitido copiar porque con las formas de su castizo y elegante estilo, da en pocas palabras la idea mas cabal que puede tenerse de *La Galatea*.

No se ocultaban á Cervantes los defectos de su obra, como se vió cuando algunos años despues, en el espurgo de los libros de don Quijote, la condenó él mismo, librándola del fuego solo con propósito de enmienda.

Establecido en Madrid, pensó en qué deberia ocuparse. Las novelas producian muy poco, y por consiguiente, le con-

venia escribir otra clase de obras de mayor utilidad. Comenzaba entonces á formarse nuestro teatro, y las obras de Juan de la Cueva y Cristóbal de Virues, que habian tomado un nuevo rumbo, escitaron el interés del público que llevado de la novedad llenaba los corrales de comedias. Este era, pues, el camino que ofrecia un regular provecho á los poetas, y nuestro manco se decidió á seguirlo.

Estamos en uno de los primeros dias de octubre del año de 1585.

Síganos el lector y lo llevaremos á la calle de la Magdalena, entraremos en un portal estrecho, súcio y oscuro, subiremos una escalera mas estrecha y mas oscura, empinada y resbaladiza, y llegados al cuarto segundo, penetraremos en una salita cuadrada con balcon á la calle, y cuyos muebles consistian en una mesa de pino con barrotes cruzados que sostenian las patas, y que en la carta dotal de la esposa de Cervantes habia sido tasada en cinco reales, y en algunas sillas que armonizaban con la mesa. Sobre esta habia un enorme tintero de piedra jaspe y algunos papeles.

Eran las cuatro de la tarde, y nuestro poeta acababa de dejar la pluma, cuando se abrió la puerta del aposento y entró una mujer que apenas tendria veinte y dos años, y cuya belleza no comun hubiera parecido mayor á no oscurecerla cierto aire de tímida cortedad que quitaba á su rostro y á sus maneras esa animacion que tanto impresiona y conmueve y que suele sustituir sin desventaja á la verdadera belleza. Eran sus cabellos rubios y brillantes, su tez blanca y sus ojos pardos y de mirada tan tierna y dulce que bien daba á conocer la existencia de un corazon sensible, generoso y noble. A pesar de su timidez, de su recato y de la delicada compostura de sus maneras, conocíase á la mujer susceptible de sentir y y abrigar ardientes pasiones, pero guardándolas en el fondo de su alma y teniendo especial cuidado de no dejarlas traslucir en el semblante ni en las palabras.

Tal era la esposa de Miguel de Cervantes: un tesoro de virtudes y modestia.

Cuando entró en el aposento, dió un paso y se detuvo como temerosa de haber llegado inoportunamente.

—Acércate—le dijo el poeta con acento cariñoso.

—Me iré si te interrumpo—contestó con voz dulce doña Catalina.—Pero llevas esta tarde mas de tres horas de trabajo....

—¡Tres horas!—replicó Cervantes sorprendido.—Sin duda te equivocas....

—Han dado las cuatro. Tú no sientes pasar el tiempo cuando trabajas, y.... á la verdad, temo que se quebrante tu salud.

—Al contrario, Catalina, yo no podria vivir sin trabajar; necesito desahogar mi imaginacion....

—Pero tambien es preciso el descanso, y tú, ni duermes, ni das tregua á la pluma.... Nó, nó—repuso doña Catalina con tono de cariñosa reconvencion y sentándose junto á su esposo:—es preciso que adoptes otro sistema de vida.

—¿Qué he de hacer? Aun sin descansar, el producto de mi trabajo apenas cubre nuestras necesidades.

—Nos reduciremos, Miguel, viviremos con mas pobreza: antes que todo es tu vida.

El poeta dirigió á su alrededor una mirada espresiva, se sonrió amargamente, y repuso:

—¡Vivir con mas pobreza!.... Bien, pues comienza por suprimir alguna parte del lujo de nuestra vivienda.

—No es solamente la casa....

—¿La comida?....

—Pues bien—replicó doña Catalina—permíteme que yo trabaje.

—¡Jamás—exclamó Cervantes, levantando orgullosamente la cabeza.—Yo sé cumplir con mis deberes, y en tanto que me quede un soplo de vida, no tendré que echarme en cara la mengua de haberlos olvidado. ¡Trabajar tú, Catalina!... ¡Ah!...

Imposible. ¡Alcanzar yo mi reposo á costa del tuyo!.... ¿No comprendes que eso me atormentaria mas que todas las privaciones que ahora me impongo? ¿Y qué se diria de mí? ¿Qué, cuando se supiese que mientras yo descansaba ocioso tú trabajabas?.... Tal mengua cuadra mal á un hombre que conserva un leve resto de dignidad.

—Pero tu salud....

—Es buena, ya lo ves: y si bien lo piensas, mi vida es ahora muy regalada en comparacion de la que he pasado. No me quejo de la suerte: tengo una esposa que me ama y fuerzas para ganar el sustento preciso.... ¿Qué mas puedo pedir? Mi felicidad es completa porque nada me falta y mi conciencia está tranquila. El hombre ha nacido para trabajar sin descanso, para ser útil á sus semejantes, y el que no sacrifica nada á estos deberes, no tiene derecho á pedir nada á la sociedad. Todo cuesta mucho, hasta el descanso tiene que comprarse á costa de trabajo. Se envidia la suerte de los que naciendo pobres logran hacer fortuna y pasar cómoda y regaladamente el resto de sus dias; pero no se piensa cuánto les ha costado, no se averigua con qué sacrificios se alcanzó lo que llaman suerte y que no ha sido otra cosa que la constancia en trabajar noche y dia hasta conseguir el fin de un plan bien meditado. Yo tambien descansaré, Catalina; descansaré y será mia la fortuna caprichosa, pero necesito trabajar mucho para conseguirlo. Ahora emprendo un camino cuyo término es la gloria y el bien estar: déjame seguir, no me robes los alientos, sino al contrario, cuando veas que me faltan, procura hacerlos renacer, que al fin has de alegrarte porque mi gloria es la tuya.

Doña Catalina inclinó la cabeza y no contestó. Nada tenia que oponer á los sanos principios de su esposo, pero sin embargo, no quedó convencida de que debia menguar los años de su existencia con un trabajo escesivo. Ademas, y sin saber por qué, ese instinto peculiar de las mujeres que en ellas hace las veces de un juicio recto, le decia que su esposo habia de ser

mas pobre cuanto mas trabajase, que era uno de esos hombres que están destinados á sacrificarse constantemente en pró de la humanidad, á ser esclavos de sus virtudes y de sus deberes, y á morir sin que el mundo comprenda sus sacrificios ni se los pague siquiera con palabras de agradecimiento.

Cervantes reunió algunos de los papeles que habia esparcidos por la mesa, y luego repuso con alegre tono:

—Ni siquiera me has preguntado si he concluido mi Gran Turquesca.... Aquí la tienes....

—Tiemblo, Miguel.

—¿A los silbidos?.... Yo tambien les tengo algun miedo, pero ¿no he arriesgado mas en la guerra? No pierdas la esperanza ni la fé.

—¿Cuándo has de llevarla?

—Esta misma tarde.... antes de las cinco; y puesto que han dado las cuatro, me voy. Si como espero, me la compran, quedaré tranquilo por muchos dias.

—El cielo te guie.

Levantóse el poeta, guardó bajo su coleto los papeles que habia reunido y que eran la comedia que acababa de escribir, y despues de estampar en la frente de su esposa un beso cariñoso, salió.

Cuantas ilusiones halagaron á Cervantes, es imposible decirlo. Mientras caminaba hácia la calle del Leon, embozado en su capa, iba recitando versos de su comedia, y tan distraido, tan absorto, que no se apercibia de que muchos se quedaban mirándole con estrañeza, ni observó que un hombre, con aspecto de hidalgo rico, se le acercó, siguiéndole mientras decia:

—Guarde el cielo al señor Miguel de Cervantes, aunque ya no hace caso de sus amigos.

El poeta no oyó estas palabras, y el hidalgo, tocándole al hombro, repuso:

—¿Os habeis vuelto loco, señor Miguel?

—¿Estábais aquí?... No os habia visto—contestó Cervantes, no muy contento de que le interrumpiese aquel amigo importuno.

—A visitaros iba, pero ya que os veo, no sigo adelante, sino que os acompañaré hasta donde encuentre mi camino.

—Os lo agradezco, señor Alvarado, y no me ofrezco á volver atrás para recibiros en mi casa, porque voy muy de prisa.

—Lo que yo deseo es vuestra buena compañia, y lo mismo me da tenerla en casa que en la calle.

El que así hablaba era poco mas ó menos de la edad de Cervantes, de regulares facciones, azules ojos y barba rubia peinada con esmero. Vestia coleto de paño verde y gregüescos de lo mismo, calzas de seda y gorra de terciopelo encarnado con pluma blanca. En su aire y en todas sus maneras dejaba conocer esa vanidad ridícula de los que creen que la naturaleza los ha favorecido con todas las perfecciones intelectuales y físicas, y que no hay hombre que no los envidie, ni mujer que no los ame.

Mostrábase muy solícito en agradar á Cervantes, y este hacia los mayores esfuerzos para corresponderle, aunque en su interior sentia cierto descontento cuya causa no sabia esplicarse, pues el hidalgo aparentaba ser buen amigo, y aparte de su ridícula vanidad, se le tenia por hombre de buen proceder.

Llegaron á la calle de las Huertas, y Cervantes se paró en la puerta de una casa, diciendo:

—Aquí me quedo.

—¡Torpe de mí!—exclamó el hidalgo, dándose una palmada en la frente.—Ahora comprendo por qué estábais tan preocupado: venís con vuestra comedia, y nada me habiais dicho. Os deseo buena fortuna.

—Agradezco vuestra amistad.

—Ya sabeis que soy amigo del señor Navarro, y que el señor Juan Correa, me debe algunos favores...

—Os vuelvo á dar las gracias, pero quisiera que aceptasen mi trabajo solo por lo que vale y no por el compromiso de vuestra recomendacion, porque así quedaré mas satisfecho.

—Enhorabuena; y tal creo que sucederá; pero debeis tener en cuenta que son unos judíos, y si tratan de escatimaros algunos reales....

—Es precio corriente y sabido.

—Como os plazca, pero me alegraria subir ahora con vos....

—No—replicó Cervantes, alargando la mano al hidalgo—pensará que trato de comprometerlo.... Ya tendreis ocasiones en que servirme.

—Os he ofrecido mi bolsa y cuanto valgo, y hasta el presente nada habeis querido aceptar....

—Gracias, gracias.... El cielo os guarde.

—Iré á veros mañana para saber el resultado. Esta noche estoy comprometido con una dama para ir al corral de la Cruz, y aunque de buen grado rehusaria su compañía, pero tiene tal empeño.... en fin, ya comprendeis....

—Sí, sí.

—Y como tenemos comedia nueva... Allá veremos... Buena fortuna.

Separáronse, no sin que el presumido hidalgo volviese á ofrecer al poeta cuanto valia.

—Tanto empeño en querer hacerme favores, me llama la atencion—murmuraba Cervantes mientras subia la escalera de la casa.—Sin duda por darse importancia.... es su debilidad; todos tenemos alguna.

—Si se muriese de hambre, creo que no aceptaria un pedazo de pan—decia el hidalgo mientras se alejaba calle arriba. —Por este lado es imposible... ¿Cuál será su flaco? ¿Cuál el de ella?... Todos tenemos alguna debilidad, pero ese hombre.... ¡Vive el cielo! Pues he de estrechar el cerco, y si no por hambre, por sed; y sino por sed.... entonces adoptaré otro plan, el de dividir las fuerzas enemigas, introduciendo la in-

testina discordia... Es el primer caso de esta naturaleza que me dá tanto que pensar.

Arregló el hidalgo los blancos puños de su camisa, se miró de arriba abajo, y sin duda satisfecho de sí mismo, sonrió, siguiendo su camino con leves pasos.

—Ahora—repuso—vamos á ver á la que en otro tiempo hizo mis delicias y ha llegado á ser mi tormento. Pero ya está casi convencida, y creo que no me costará mucho trabajo acabar de desengañarla. Ya estoy cansado de lloriqueos, y no y para tristeza bastante se tiene con pensar que hemos de ser viejos y feos y al cabo morir.

CAPITULO II.

El ajuste.

ERVANTES subió la escalera, y cuando llegó al piso principal, se detuvo y sintió que el corazon le latia con desigual violencia. Tambien se le hubiese visto palidecer si el lugar no hubiese sido tan oscuro. Algunos instantes permaneció sin moverse, y despues de levantar dos veces la mano para llamar á la puerta que enfrente tenia, volvió á bajarla como si tuviese miedo.

—Es la segunda vez que tiemblo así—murmuró.—¿Y por qué?... ¡Vive el cielo! no me han hecho temblar los turcos, y un comediante me infunde este pavor... Ya no es tiempo de retroceder, y aunque lo fuese ¿qué he de hacer sino sufrir cualquiera humillacion?... Temores infundados; no ha de faltarme á las consideraciones debidas, y por otra parte, yo no

soy un poeta desconocido y se me tiene en algo... Adelante; me espera mi esposa, me espera mi hija... ¡Animo!

Su mano trémula dió un golpe, y pocos momentos despues se abrió la puerta.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó una mujer jóven bonita y vivaracha que salió á abrir.

—Vengo á ver—contestó Cervantes—al señor Juan Correa con quien tengo una cita...

—¿Vós sereis?....

—Miguel de Cervantes, para serviros.

—Entrad, que os esperaba hace largo rato, y ya se disponia para salir, pues como tenemos comedia nueva ha de acudir mas temprano para dar algunas disposiciones.

Cervantes entró en un aposento cuyos escasos muebles estaban en el mayor desórden y ocupados casi todos con varias prendas de vestir y otros objetos como espadas, cascos y armaduras.

En medio de aquel aposento habia un hombre flaco, pálido y que solo tenia puestos unos gregüescos azules, calzas blancas y la camisa, porque se estaba vistiendo; pero habia interrumpido su tarea para recitar algunos versos de la comedia en que debia hacer aquella noche el papel de sultan, y cuando entró el poeta, decia con acento de terrible amenaza:

«Y tu cabeza, cristiano,
Para que mi saña veas,
Yo mesmo la cortaré,
Pues que de aquesta manera
Solamente satisface
Mi corazon su sedienta
Reparadora venganza.
Y para hacer mas eterna
La memoria del castigo
Y que el escarmiento sea
Como el delito merece,
Con la tuya otra cabeza

Rodará, la de la infiel,
Tan liviana y tan perversa
Que mi amor, con sus traiciones
Pagó su pecho de hiena,
Y tu traicion, con amor
Como quien traidora era.
Sangre pide mi justicia;
Sangre me pide la ofensa,
Y por Mahoma te juro
Que no quedará en mis cuevas
Uno solo de tu raza
Que mi justicia no sienta.»

Aunque el comediante habia visto entrar al poeta, no interrumpió los desaliñados versos que recitaba, por no perder la entonacion con que le pareció haber acertado como nunca.

—Perdonad—dijo despues de concluir:—no os he saludado como os mereceis....

—Siento haberos interrumpido—contestó Cervantes.—Vais á salir, y el momento no es el mas oportuno.

—Es verdad, pero podremos vernos otro dia.

—Cuando gusteis.

El comediante tomó el primer coleto que le fué á las manos y mientras se lo ponia repuso:

—¿Ya la habeis concluido?

—Y os la traigo.

—Tanto mejor porque me la dejareis y la leeré. Otras muchas tengo con el mismo fin.... Mirad sobre esa mesa, quizás pasen de veinte; pero sereis preferido á todos, incluso el señor Montalvan, porque me he empeñado en hacer vuestra fortuna.

—Mucho tengo que agradeceros.

—Nada hemos hablado del precio....

—Ya sé lo que por otras dais....

—Pero habeis de pensar, señor Miguel, que es la primera comedia que componeis y que no porque hayais demostrado mucho ingenio en vuestra *Galatea*, habeis de acertar. Esto es cosa

que sucede todos los dias, y sin ir mas lejos, teneis al señor Fernando Velazquez, cuya primera y única comedia, *Los celos de sí mismo*, no pudo acabarse de representar: y sin embargo, ya habia escrito *La Zagala del Tajo* que le dió tanto renombre. Se la compré sin condicion alguna, saliese bien ó mal, y confiado en que tal ingenio no podia hacer nada malo. ¿Y qué saqué? El producto de la entrada de aquella noche que no alcanzó para cubrir el costo de una hermosa ropilla que estrené y que me pusieron perdida los pepinos que llovieron sobre mí.

—Pues bien—replicó Cervantes—yo os daré mi *Gran Turquesca* á condicion de que si el público la recibe mal no me deis por ella ni los ochocientos reales que pagais por otras, ni nada.

—No me conviene, porque una vez decidido á representarla, quiero correr el riesgo, pero tener tambien las probabilidades de resarcirme de otras pérdidas con la ventaja en el precio de vuestra obra.

—Estamos en el mismo caso.

—Pues ved lo que os conviene—repuso friamente el comediante—porque de otra manera no os la compraré.

El primer impulso de Cervantes fué el de despedirse; pero se acordó de que con solo aquel recurso contaba para la subsistencia de su esposa y de su hija, y haciendo un esfuerzo para dominar su indignacion, dijo:

—Bien, os la venderé como quereis.

—Pues entremos en ajuste.

—Vos direis.

—Natural es que vos le pongais precio.

—Quisiera acabar cuanto antes este negocio.

—En vuestra mano está.

—Dadme setecientos reales.

El farsante se sonrió.

—No haremos nada—dijo.

—¡Os parece mucho?

—Muchísimo.

—Bajo cien reales del precio corriente....

—Ni aunque bajárais doscientos.

—¿Pues cuanto pensábais darme?

—Si habeis de ofenderos....

—Sos dueño de ofrecer como yo de pedir.

—¿Sabeis cuanto he dado por la que se representará esta noche, *El mas fiero y sanguinario sultan*?

—No puedo adivinarlo.

—Es tambien de un poeta nuevo.

—¿Quinientos reales?

—Pues sabed que nada.

—¡Nada!....

—Y aun hay mas: puedo enseñaros dos hermosos capones que me ha regalado el ingenio que la ha escrito. Y en ello anduvo acertado porque lo que pierda en esta, si sale bien, lo ganará demas, y con mucho mas, en otras.

El poeta no acertó á contestar una palabra.

—Sin embargo—añadió el farsante—haré con vos lo que con nadie haria, pues ya os he dicho que quiero ser la base de vuestra fortuna y de vuestra gloria.

—No lo dudo—contestó Cervantes con amarga ironía.

—Por consiguiente, ved si os acomoda bajar el precio....

—Vos direis lo que os conviene dar, pues con el antecedente de los capones, es imposible que yo calcule.

—Todo lo mas que puedo daros por la *Gran Turquesca*, si me parece bien despues de leida, son trescientos reales.

—¡Trescientos reales!—exclamó el poeta cuyas megillas se tiñeron de un vivo carmin.

—Ni un solo maravedí mas.

—Pero....

—Y eso por ser quien sois señor Miguel.

Una sonrisa amarga vagó en los lábios del poeta que, arrojando sobre la mesa el orígínal, dijo:

—Leedlo, y si vuestro fallo es favorable, dadme lo que gusteis.

—No os pesará—replicó el farsante que en aquel momento se calaba un sombrero de anchas alas con tres plumas rojas y se miraba al espejo sin reparar en el gesto amargo y desdeñoso de Cervantes.

—¿Cuándo nos veremos?

—Dentro de cuatro dias.

—¿Y entonces?....

—Os diré francamente mi opinion.

—Que tengo en mucho—replicó el poeta con mas amargura que antes.

—Y os daré el dinero en buena moneda.

—¿Si llega á representarse, tendré que pagar por la entrada de mi familia?

—No puedo ofrecérosla de valde, aunque ese seria mi mayor placer; pero se ofenderian los demás escritores si yo hiciese con vos esa escepcion.

—¿Por qué habian de saberlo?

—¿Y mi conciencia?

—Es verdad, no habia pensado en eso.... Que el cielo os guarde.

—Y á vos tambien.... Hasta el jueves á estas horas.

Salió Cervantes como pueden figurarse nuestros lectores.

—¡Quince noches de vigilia!—exclamó al bajar la escalera.

Y cuando llegó á su casa y su esposa salió á recibirlo, preguntándole por el resultado de la entrevista, le contestó:

—Bien. Probablemente tomaremos trescientos reales....

—¡Trescientos reales en pago de tantos desvelos!....

—¿Te parece poco?.... No gana otro tanto el que pasa el dia cavando y regando la tierra con el sudor de su frente—replicó el poeta con amarga ironía.

—Pero tu trabajo es de naturaleza distinta.

—¿Qué importa si no saben ó no quieren apreciarlo en su

justo valor? Todos los dias vemos representar comedias estremadamente malas, pero que son de la camarilla de escritores que están unidos con los comediantes, y hacen su negocio. Se aplaude, porque los aplausos se compran lo mismo que los silbidos, y el que por primera vez escribe una comedia, no encuentra acogida entre los autores, y solo dándola de valde consigue que se la representen. Ya ves, pues, que no tengo motivo para quejarme.

—¿Es posible que tales intrigas?...

—¡Intrigas!... no lo son—interrumpió Cervantes.—El poeta, cuando ha de vivir con el producto de su ingenio, escribe lo que han de comprarle, esté ó no en armonía con sus ideas, sea bueno ú malo, y el que compra recibe solamente lo que puede vender con ganancia sin atender al mérito del trabajo ni dársele un comino de la gloria de nuestras letras: es un comercio como cualquiera otro, y lo mismo los productores que los mercaderes, se hacen la competencia por todos los medios posibles. ¿Sabes quién es el mayor enemigo de un poeta?

Interrumpióse Cervantes, se sonrió y repuso:

—Dejemos este asunto, Catalina: estemos alegres porque la fortuna se nos muestra propicia.

CAPITULO III.

El señor Alvarado empieza á descubrir sus intentos.

UATRO dias pasaron, y á las once de la mañana, Miguel de Cervantes salió de su casa con intento de ver á algunos amigos, y al atravesar la calle de la Magdalena para entrar en la plazuela de Anton Martin, no vió que un hombre, embozado hasta los ojos y oculto en un portal, le observaba.

Apenas el poeta desapareció, salió el embozado y descubrióse el rostro; arregló su bigote y sus puños almidonados, apoyó la mano izquierda en la cadera y se dirigió hácia la casa de Cervantes.

Era el hidalgo importuno y obsequioso.

—Si rehusa tambien este obsequio que en nada la compromete—dijo—pierdo la esperanza, porque es conocido que ni aun lo mas insignificante quieren deberme; y entonces tendré

que poner en ejecucion mi segundo plan, aunque bien quisiera evitarlo. Renunciar, no puedo; su resistencia encenderá mas mi pasion, como ha sucedido con su indiferencia. O esa mujer es de nieve, ó está enamorada de su marido, lo cual es casi imposible, porque él, si bien no es viejo, está muy gastado, muy estropeado, y el desaliño de su ropa, su aire descuidado, su rostro taciturno y la severidad de su mirada, no pueden conmover á una mujer de veinte y dos años, que necesita ver alhagada su vanidad, esclavizando el corazon de un hombre galante, apuesto y que sepa decirle ternezas de amor, en lugar de esos sermones que de vez en cuando espeta mi amigo y que mas que para cautivar corazones sirven para convertir hereges. Es imposible, imposible que esté enamorada de él.

Esto diciendo, llegó el señor Alvarado á la casa de Cervantes, subió y llamó. Quiso la casualidad que en vez de la criada le abriese doña Catalina, y como era amigo y siempre se le recibia bien, saludólo cortesmente.

—Supongo que todavia no habrá salido vuestro esposo—dijo el hidalgo.

—En este momento—le contestó la dama—y no sé cómo no lo habeis encontrado en la puerta; pero si no llevais prisa y quereis descansar....

—Aprovecharé vuestro ofrecimiento, aunque mi visita será corta.

—Entrad, pues.

El hidalgo entró, y despues de hacer nuevos cumplimientos y cortesías, sentóse cerca de doña Catalina y en otro aposento del que ya conocen nuestros lectores, aunque amueblado poco mas ó menos lo mismo, y sin mas adornos que el retrato del abuelo del poeta, de que ya hablamos en otra ocasion.

—Señora—repuso el hidalgo—perdonadme si os molesto, pero no he querido perder la ocasion de estos momentos de placer que para mí no tienen igual.

Y miró á doña Catalina, que sin dar á estas frases mas valor que el de un cumplimiento de buena crianza, contestó sencillamente:

—Ya sabeis, señor Alvarado, que nosotros apreciamos en lo que vale vuestra amistad, y estoy cierta de que mi esposo sentirá no haberos visto; pero no tardará en volver, y si quereis esperarlo....

—¡Qué si quiero esperarlo!—exclamó el hidalgo.—¡Esperarlo aquí, en vuestra compañia!.... Es mucha felicidad para que yo rehuse.

La candidez de doña Catalina no dió tampoco á estas palabras ningun valor, sino que las creyó naturales en el estilo afectado que caracterizaba la conversacion del hidalgo.

—Mucho nos honrais—contestó la dama—y nuestro aprecio para vos corresponde al que nos mostrais.

—Nos.... nosotros.... nuestros— dijo para sí el señor Alvarado.—Nunca yo....

Y exhaló un suspiro que pareció á la esposa de Cervantes la queja de un mal estar.

—¿Os sentís indispuesto, señor Antonio?

—Muy atormentado, señora.

—¡Y nada habeis dicho!....

—Gracias, señora, pero mi mal consiste en un secreto que encierra mi corazon—dijo el hidalgo con acento triste y cómico ademan.

—Comprendo—replicó sencillamente doña Catalina.—No hay nadie feliz: el que mas lo parece suele ser el mas desdichado, pues cuando la fortuna nos pone á cubierto de las necesidades de la vida, vienen otras penas.

—Y muy duras, señora.

—Desengaños, ingratitudes de amigos....

—Ingratitudes, desengaños, decís bien.

—Pero es preciso hacerse superior á todo, perdonar á los hombres sus flaquezas, y olvidarlas.

—Va aprendiendo de su marido á echar sermones—dijo para sí el hidalgo.

Y luego añadió en voz alta:

—Hay cosas que no pueden olvidarse porque lo acompañan á uno.... Yo no culpo á los hombres, pero en cuanto á las mujeres....

—Ahora os comprendo—contestó la dama desplegando una sonrisa que debió haber sido maliciosa, pero que no fué sino dulce.

—¿Me comprendeis?—preguntó afanosamente el señor Antonio, cuyos ojos brillaron.

—Supongo que estais enamorado....

—Ciegamente.

—De alguna dama que tal vez....

—Me desdeña.

—No debeis perder la esperanza....

—¿Tal pensais?

—A menos que muy formalmente haya rehusado vuestro amor....

—Nada le he dicho todavia....

—Entonces....

—Pero tiene un corazon de nieve....

—No importa.

—Se desentiende de mis indicaciones....

—Tal vez la cortedad....

—Es que ama á otro....

—Entonces respetad su amor como desearías que respetasen el vuestro.

—Y si no ama lo finge.

—Respetad tambien sus fingimientos, porque cuando así obra, le convendrá.

—Lo hace á la fuerza....

—Pues respetad su desgracia.

—Señora....

—Os doy un buen consejo.

—Lo mismo que su marido—volvió á decir el hidalgo á su coleto—¿No me entiende ó no quiere entenderme? Tanta candidez ¡voto á Cupido! me enamora mas. Será preciso hablar claramente.... pero nó ahora....

Y luego añadió dirigiéndose á la dama:

—Mucho tarda el señor Miguel, y por si no lo veo, os diré el objeto de mi venida.

—Como gusteis.

—Supongo que no estuvo anoche en el corral de la Cruz, porque no lo ví.

—No salió de casa.

—La comedia que se representó la silbaron, y no se repite, sino que ponen otra nueva tambien de Juan Perez de Montalvan, de la cual se anuncian maravillas.

—Me alegraré que no se equivoquen.

—Creo que efectivamente es de lo mejor que ha escrito, y yo quisiera que la viéseis, aceptando mi convite.

—Tal vez no podamos recibir esa honra, pero os agradecemos la voluntad—contestó doña Catalina.

—Señora—replicó el hidalgo—de un amigo como yo lo soy vuestro, bien puede aceptarse tan insignificante fineza.

—Es verdad, señor Antonio; pero no contais con nuestras ocupaciones. Para mí seria el mayor placer, siquiera porque mí esposo descansase una noche de trabajar.

—Pues bien, vuestro beneplácito es el que yo deseo—contestó el presumido hidalgo, desplegando una sonrisa en estremo tierna, que fué para la dama una demostracion de fina galantería.

—Nada puedo yo determinar ni hacer sin la licencia de mi esposo.

—Señora, no digais eso en sentido tan absoluto que me conduzca á la desesperacion.

Doña Catalina se encojió de hombros.

—No comprendo—dijo—por qué ha de desesperaros el que yo cumpla con mis deberes.

El señor Antonio inclinó la cabeza, quedó pensativo por algunos instantes, y luego, repentinamente y con acento arrebatado, replicó:

—Si supiéseis lo que sufro, señora, tendriais lástima de mí. ¡Ah!.... ¡Y tengo que encerrar en lo mas profundo del alma el veneno de mi secreto!... Compadecedme, señora, compadecedme porque soy el hombre mas desgraciado del mundo.

Doña Catalina temió que el hidalgo se hubiese vuelto loco, y lo miró atentamente por si traslucía en el semblante el estado de la razon. Otra mujer hubiese adivinado en seguida lo que significaban aquellas palabras, pero ella, no por falta de entendimiento, sino porque su sencillez, candor é inesperiencia no se lo permitian, nada comprendió.

—¿No me contestais?—añadió el señor Antonio.

—¿Qué he de deciros? Segun os habeis esplicado, vuestro mal es un amor sin esperanza....

—Sin esperanza, nó, porque en último caso....

—Entonces os entiendo menos.

—En último caso, declararé mi pasion, y quién sabe si me equivoco al pensar que no han de corresponderme?

—Pues hacedlo cuanto antes si en eso estriba vuestra felicidad.

—¿Será que me anima?—pensó el hidalgo—Aparenta indiferencia, me mira con desden, me habla con frialdad.... pero son tan caprichosas las mujeres....

Y se acordó de otra que le habia sido infiel y se escusó diciéndole que para amarlo mas, comparando las raras prendas de él con las vulgaridades de otro hombre, le habia faltado en las apariencias.

Pasaron algunos momentos de silencio embarazoso para doña Catalina, y al fin, el señor Antonio, resuelto á seguir su plan, dijo:

—Señora, ya llegará el dia en que podamos entendernos, y entonces no callareis como ahora.

—Me alegraré si puedo consolaros.

—Lo que al presente importa es que no rehuseis mi obsequio....

—Ya os he dicho que tendré mucho gusto en que lo acepte mi esposo.

—De vos depende.

—No tal.

—¿Cómo ha de negaros esa gracia si la pedís con cierto tono?

—Es que yo debo tambien respetar sus compromisos.

—Una noche no es nada.

—Segun vuestra opinion.

—¿Cuántas no perderá despues que se represente su comedia?

—Si eso llegase á suceder....

—¿Desconfiais?

—Sí.

—Borraría yo el nombre que tengo si no se la comprasen.

—Es que puede no ser buena.

—¡No ser buena una comedia del señor Miguel de Cervantes!.... ¡Bah!.... Y sobre todo, tengo en ello empeño, y el señor Juan Correa la representará porque yo se lo diré y él no puede negármelo. ¿Sabeis que me debe ciento cincuenta ducados, y que si no me hace un favor puedo embargarle hasta el último de los vestidos de que tiene llena su casa?

—Ese proceder....

—Seria merecido, porque si no representa *La Gran Turquesca*, será por alguna intriga de mala ley, ó por atender á otro, y tal villanía merece que se le pague en la misma moneda.

Iba á contestar doña Catalina cuando llamaron á la puerta, entrando pocos momentos despues Cervantes.

—¿Vos por aquí?—dijo al hidalgo con afable acento.

—Por casualidad me encontrais, pues ya pensaba en irme, y acababa de decir á vuestra esposa el objeto de mi visita para que os lo comunicase.

—Pues tambien por casualidad he vuelto tan pronto.

—Me alegro mucho.

—Olvidé llevarme unos papeles y he tenido que retroceder desde la casa del príncipe negro.

—¿Saldreis en seguida?

—Sí, á menos que necesiteis de mí.

—Nos iremos juntos.

—Como os plazca.

Cervantes salió del aposento, y poco despues volvió.

—Estoy á vuestras órdenes, señor Antonio—dijo.

El hidalgo se despidió de doña Catalina, y despues de hacer tres ó cuatro piruetas á manera de bailarin, salió con el poeta.

—Mi buen amigo—dijo despues que estuvieron en la calle —he venido para que me hagais un favor que tendré por muy señalado.

—En ello me complaceré.

—Ya sabeis que esta noche se representará una comedia nueva del doctor Montalvan.

—Tal tengo entendido, y si mal no me han informado, se titula *Lo que son juicios del cielo.*

—La misma.

—Se alaba mucho.

—Y con razon , por lo que dice Correa.

—¿Es vuestro amigo el señor Montalvan?

—Nó, y lo siento, porque ya sabeis que me gusta honrarme con la compañía de los ingenios. Pero no es este el caso, sino que quisiera que vos y vuestra esposa, y si bien os parece, tambien vuestra madre y hermana, aceptáseis mi convite y fuésemos á ver la comedia.

—Imposible, y lo siento—contestó Cervantes;—pero en algunas noches no podré salir de casa.

El señor Antonio se mordió los lábios con despecho.

—Es la primera gracia que os pido y....

—No dejará de cumplírseos el gusto que tambien es mio, de que vayamos reunidos al coliseo.

—Eso es otra cosa—repuso el hidalgo satisfecho—siento la dilacion, pero si al fin ha de ser....

—Cuando se represente mi comedia: pero entonces vos sereis quien nos acompañe porque es natural y justo que vos seais el convidado.

—Ya veis que no se me cumple del todo el gusto, puesto que en obsequiaros consistia.

—Es que despues estaré mas desocupado, y noches quedan en que me pagueis el convite.

—Si no ha de ser de otro modo....

—Os repito que es imposible.

—Me conformo; pero dadme vuestra palabra de cumplirlo sin mas escusas.

—La teneis.

—Quedo satisfecho.

En esto llegaron á la esquina de la calle del Leon, y despidiéndose, se separaron.

—¡Pobre hombre!—murmuró Cervantes mientras se alejaba.—Se envanece de andar entre poetas solo porque lo tengan por hombre de ingenio, y sin duda los obsequios con que me asédia no tienen otro fin que el de ganar mi amistad. Debo agradecérselo, pero á mi pesar siento, sino repugnancia, al menos poca aficion al trato de ese hombre. Es tan vanidoso, tan afectado.... ¿Pero quién no tiene debilidades? El me perdona las mias.... Debo corresponderle.

—Cervantes tuvo, entre otras desgracias, la de no pensar mal de nadie, y por esto lo hemos visto en su cautiverio y despues, fiarse de todo el mundo y recibir amargos desengaños.

Mientras él tomaba por inocente vanidad lo que era un in-

fame lazo del señor Antonio, este decia para sí al trasponer la esquina del convento de Loreto:

—Bien pensado no pierdo sino en la dilacion, pero en cambio ganaré con que sean dos noches en vez de una. ¿Y si entonces la plaza no dá señales de rendirse?.... ¡Bah!.... nuevo plan de ataque: hambre, sed y guerra civil, porque levantar el sitio, ni es honroso para un galan veterano, ni me lo permite el aguijon de mi amor.

CAPITULO IV.

Hidalguía del hidalgo.

El presumido hidalgo, cuya vanidad era tal que habia llegado á creer que era el desvelo de las mujeres y la pesadilla de los maridos y amantes de la córte, siguió hasta llegar despues de media hora á la calle del Sacramento, y allí se detuvo á la puerta de una casa de buena apariencia. Volvióse á mirar de arriba abajo, y tras algunos momentos de reflexion, dijo:

—Este coleto me favorece demasiado, y casi hubiera sido prudente presentarme de modo que no le interesase mucho, porque sino me será mas difícil convencerla de que debe olvidarme. Pero es el caso que no me queda tiempo para ir á mudar de vestido, porque entre tanto volvería la fiera de su padre, lo cual seria un nuevo apuro, no porque me infunda

miedo, sino porque tendria un nuevo disgusto esa pobre muchacha. Cerremos los ojos y adelante.

El señor Antonio subió la escalera y llamó al cuarto principal.

Una dueña vieja, encorbada y de voz chillona, le abrió, y apenas lo vió dijo:

—El cielo os envia, señor Antonio, porque mi señora está hecha un mar de llanto, creyendo que ya no vendríais, y aunque le he dicho que sois un hidalgo muy cabal y que no era posible que faltáseis....

—Bien, bien—interrumpió el señor Antonio;—dejadme de letanias, que no estoy para fiestas: y en cuanto á vuestra señora, es preciso que se vaya convenciendo....

—¿Pero qué pensais hacer?... ¡Dios mio!...

—¿Y qué os importa?

—Mal templado venís.

—Acabemos: ¿donde está doña Ines?

—En su aposento la teneis.

El hidalgo atravesó varias habitaciones hasta entrar en una amueblada casi con lujo, y en la cual, sentada en un sillon, habia una mujer que apenas tendria veinte años, de talle esbelto, blanco y ovalado rostro, ojos negros, rasgados y de espresiva y ardiente mirada, y frente espaciosa, inteligente y noble. A pesar de la palidez cadavérica que cubria sus mejillas, de estar sus lábios secos y un tanto apagado el brillo de sus ojos, sin duda á fuerza de llorar, era en estremo interesante su belleza.

Cuando vió al hidalgo, animáronse sus ojos por un instante, sonrió tristemente, y dijo con dulce y lánguida voz:

—¡Cuánto has tardado!

—Gravísimos asuntos me han detenido—contestó el señor Antonio, sentándose;—pero aquí me tienes ya.

—Ha sido menester que te llame—repuso la dama con tono de amarga resignacion.—Ya pasaron aquellos dias en que es-

tabas horas enteras esperando en la calle el momento oportuno de entrar, y....

—Perdona, Inés—interrumpió friamente el hidalgo;—pero creo que no es esta la ocasion mas á propósito para darnos quejas ni recordar lo pasado, cuando lo presente es de mas importancia. Nada es eterno en este mundo, y lo mismo la felicidad que la desgracia tienen su fin: yo tambien en otro tiempo te encontraba siempre alegre, risueña y sin otro pensamiento que el de nuestro amor, y ahora me recibes con llanto, con frialdad, y en vez de palabras cariñosas no tienes para mí sino acusaciones y lamentos.

Las mejillas de la dama se enrojecieron por un instante.

—¿Y quién—replicó—arranca á mis ojos el llanto y á mis lábios las quejas?

—La desgracia, Inés, la desgracia. Ya te he dicho que todo tiene su fin en este mundo, y nuestro amor....

—¡Oh!.... no lo digas—interrumpió la jóven estremeciéndose.—No digas que ha concluido nuestro amor....

—Lo callaré si así te place—replicó el hidalgo que se encojió de hombros;—pero entonces, tú habrás de decirme qué hemos de hacer, siguiendo nuestro amoroso trato, sufriéndo tú el enojo de tu padre y dando pasto á la murmuracion.

—¿Qué puede hacer la murmuracion?

—Tu honor, Inés....

—¡Mi honor!...¿Donde está mi honor? ¿Y eso dices tú que lo has mancillado, valiéndote de falsas promesas de eterno cariño? ¡Quieres abandonárme!... ¡Ah!... ¿Qué será de mí? ¿Acaso puedo ocultar mi deshonra?

—Oyeme, Inés, porque es preciso que de una vez quedemos dentro ó fuera.

—¿Es decir que dudas?...

—No dudo; tengo ya resuelto lo que he de hacer.

—¿Entonces?....

—Escúchame, te digo.

—Habla, Antonio, que aun no puedo creer que abrigues un corazon infame.

—Cada cual tiene sus ideas, y es imposible hacerles cambiar cuando están arraigadas en el alma desde que se tiene uso de razon. Toda mi vida me ha espantado la idea del matrimonio, porque en armonia con el principio que profeso de que todo en el mundo tiene fin, no encontraba mayor tormento que el de vivir con una mujer despues de apagado el amor que encendiera en nuestro pecho. Además, los cuidados del matrimonio hacen de la vida un contínuo afan, y es muy torpe el que puede vivir alegre y sin cuidados y por un capricho vende su libertad. Dicen que las afecciones de familia proporcionan goces sin igual, pero yo renuncio á ellas y prefiero atravesar este valle de lágrimas sin disfrutar semejante dicha.

Una mirada desdeñosa fué la contestacion de la dama.

—Nosotros no tenemos mas que dos caminos que seguir—prosiguió friamente el hidalgo:—ó casarnos ó no volver á vernos: lo primero es imposible....

—¿Y mi honor?...

—Lo que puede remediarse con un prudente sigilo, no es desgracia de tanto bulto.

—¡Oh!—exclamó doña Inés.—¿Es posible que sientas lo que dices? ¿Está tu conciencia tranquila? ¿Verás con calma que el mundo me señale con el dedo y me desprecie? ¿No te moverá siquiera la compasion ó la gratitud?

¡La gratitud!...

—Sí, porque todo te lo he sacrificado.

—Tú me has dado amor y te he pagado con lo mismo: ¿qué nos debemos?

—Es imposible, Antonio; tú no puedes ser tan infame, no me abandonarás en la trite situacion en que me encuentro; no verás traquilamente que mi honra, por tí desgarrada, la enseño al mundo para que le escupa con desprecio.... ¡Ah!—prosiguió la jóven, derramando abundantes lágrimas y con

acento de súplica conmovedora.—Si ya en tu pecho no hay amor, habrá sentimientos caritativos y no querrás verme morir de vergüenza y maldecida de mi padre.... ¡Es imposible!...

—No llores porque me haces sufrir mucho al pensar que tu desgracia es irremediable. Pídeme cuanto quieras, pero no esperes ser mi esposa.

—¡Dios mio!...

—Rudo es el golpe....pero si al fin has de recibirlo, cuanto mas pronto....

—¡En nomdre de la caridad cristiana!....

—En nombre de la caridad favorezco, pero no me hago daño á mí mismo.

Estas palabras eran el mayor ultraje que podia el hidalgo haber hecho á la dama, y esta, aunque por salvar su honor estaba decidida á suplicar y humillarse, no pudo, sin embargo, sufrir tamaño desprecio. Sintió herido su orgullo y su dignidad de señora, su vanidad de mujer y su corazon de amante, y cambiando instantáneamente la espresion de su rostro, levantó con altivez la frente, roja como el carmin, y exclamó:

—¡Señor hidalgo! si es que de tal teneis mas que la cuna; no os he suplicado que seais mi esposo por lo que valeis, sino por lo que importa á mi honra.

No eran todo malos instintos los que arrastraban al señor Antonio por el camino de la perversidad, sino su juicio débil que no alcanzaba á dar á cada cosa su valor, y su nécia vanidad que dominaba todos sus sentimientos y que ofuscaba su razon.

—Señora—dijo mientras que disimuladamente se miraba á un espejo—me place que os enfadeis porque así acabaremos como buenos amigos. Decís que solo el deseo de poner á salvo vuestra honra, os mueve á ofrecerme vuestra mano; lo cual significa que ha concluido vuestro amor y que es una verdad que todo en este mundo tiene fin. En cuanto á mi hidalguía, ya es otra cosa; en nada cede á la vuestra, y si creeis que mi

proceder no cuadra á quien lleva un nombre esclarecido; pensad que vos, si no hubieseis de atender á encubrir una falta, no sacrificaríais ni vuestro corazon ni vuestra libertad, solo por hacerme á mí un beneficio.

—Indigno sois de que os conteste....

—Callad si os place y acabaremos mas pronto esta enojosa conversacion.

—Hace un momento que yo os amaba como siempre, mas que nunca, pero al conocer la ruindad de vuestro corazon....

—He tenido acierto para curaros....

—¡Caballero!—exclamó doña Inés con tono de profunda indignacion.—Ya que falteis á juramentos sagrados, no así al respeto que se debe á una dama.

—Perdonadme....

—Habeis abusado de mi amor y de mi ciega credulidad, engañándome vilmente con falsas promesas, y si esto os lo perdono como cristiana, como señora no os toleraré insultos.

—Acabemos—replicó el hidalgo.—Me habeis llamado, he venido.... ¿qué quereis?

—Acusaros....

—No sois mi juez.

—Pero soy vuestra víctima.

—Y quereis trocar los papeles, haciéndome víctima con el nudo conyugal....

—¡Salid!—interrumpió la dama con imponente acento.

—¿Me despedís como....

—A un miserable. Salid, procurad olvidarme entre los placeres que ha de proporcionaros la libertad que tanto amais, pero tened en cuenta que cuando la justicia de los hombres no puede alcanzar á los culpables, está la justicia de Dios que es mas temible. Habeis desgarrado cruelmente mi corazon, habeis abusado de mi inocencia, habeis echado una mancha sobre una familia cuyos mas preclaros timbres los funda en su honradez, y porque soy una mujer débil os habeis atrevido á

burlaros de mi desgracia, de la desgracia que habeis causado vos mismo. Esto no puede quedar impune....

—Bien, señora—interrumpió el hidalgo con tono impertinente, aunque estremeciéndose, y á la vez que se levantaba.—Apelais á la justicia divina para que castigue una falta por demás humana y que es de los dos.... Está bien; allá veremos en el valle de Josafát, pero mientras estemos en este valle de lágrimas, solo tengo miedo á ser marido, porque he visto ejemplos que horrorizan. Sois un modelo de virtudes, lo reconozco; con vos puede ser un hombre feliz, pero al fin y al cabo....

—¡Basta!

—Quedamos en que nada hay de comun entre nosotros....

—Teneis un hijo....

—Que jamás me llamará padre.

—Pero que será el recuerdo vivo de vuestra infamia.

—Ved en qué puedo serviros—dijo el señor Antonio mientras arreglaba su cuello almidonado.—Tengo mucho que hacer, y con vuestro permiso, me voy.

—Id con Dios, y hasta el dia en que me encontreis en vuestro camino.

—El cielo os guarde, señora.

El hidalgo echó una última ojeada al espejo, y salió.

Doña Inés quedó por algunos instantes inmóvil y silenciosa, pero luego, cruzando las manos y levantando al cielo una dolorosísima mirada, exclamó con desgarrador acento:

—¡Dios mio, qué ha sido de mí!... ¡Ah!...

El llanto volvió á bañar sus megillas.

La dueña entró con semblante alegre, pero sorprendida al ver á su señora dando muestras de tanta angustia, dijo:

—¿Qué os sucede? ¿Ahora que debeis alegraros, llorais?

—¿Ignorais acaso mi desgracia?

—Pero el señor Antonio....

—Es un infame.

—Pues si al salir me ha dicho que todo quedaba arreglado....

—¡Miserable!...

—¡Dios bendito!—exclamó la dueña, santiguándose.

—Dejad la hipocresía, Gimena—replicó severamente la dama.

—¡Señora mia!...

—Mas parte que el señor Antonio teneis vos en mi desgracia, porque en vez de contener los estravios de mi inesperiencia, me habeis precipitado con infernales consejos, halagando mis pasiones, alucinándome....

—¡Vírgen de la Almudena!...

—Ahora comprendo que habeis traficado con mi honra....

—Recordad que siempre os he dicho que los hombres son hechura de Satanas.

—Pero me habeis puesto al borde del precipicio y me habeis vendado los ojos.

—¡Desdichada de mí!...

—Basta de fingimiento. Tarde os conozco, pero ya que de mi perdicion habeis sido la causa, buscad los medios de encubrir mi falta á los ojos del mundo, y sobre todo á los de mi buen padre, que moriria de pesar.

—Pero ante todo es preciso que quedeis convencida de mi lealtad.

—Ya os he dicho que os conozco. No hablemos mas de lo pasado, y ayudadme en lo presente y en lo que ha de sobrevenir.

—Buen cuidado tendré de serviros en este lance, no solo por lo que os debo y os estimo, sino por temor á vuestro padre que sería capaz de arrancarme las entrañas. ¡Santa Rita abogada de los imposibles nos saque con bien!

—Comenzad, pues, desde hoy á pensar en el modo de salvar mi reputacion.

Gimena hizo mil exclamaciones de fingido apuro, aunque

bien convencida estaba de que para una dueña nada habia imposible mas que el ser fiel y discreta.

Doña Inés volvió á quedar sola y entregada á su intenso y justo dolor, mientras que el hidalgo, sin darle importancia á la accion infame que acababa de cometer, meditaba otra quizás peor.

CAPITULO V.

El hidalgo sigue en sus planes.

A mañana del dia en que Cervantes debia volver á visitar al cómico Correa, entró en casa de este el señor Antonio.

Si el tiempo estaba ó no lluvioso, poco importa; baste saber que el frio era intenso y que el hidalgo, temeroso de que se le amoratase la nariz, se habia embozado de tal manera en un ancho ferreruelo, que llegó medio muerto de fatiga por la falta de respiracion.

—El diablo—dijo al entrar— que en mañanas como esta, pase por esa esquina de Loreto donde el aire corta la cara. Solo mi buena voluntad por favorecer á mis amigos puede sacarme de mi casa á estas horas. Aqui me teneis flor de los

mas floridos autores, primero á daros la enhorabuena por el acierto con que anoche hicisteis vuestro papel de marqués, y luego para hablaros de otro asunto que podrá disgustaros, pero que me interesa por ser cosa de un amigo á quien tengo en grande estima y es desgraciado.

—Pues ante todo—contestó el farsante—señor Alvarado, flor de lo mas florido de los mancebos hidalgos de la villa, os agradezco la enhorabuena, y en seguida os escucho con el mayor placer, aunque me anunciais que puede no ser de mi gusto lo que teneis que decirme.

El hidalgo, despues de dar algunas vueltas por el aposento para poder encontrar una silla desocupada en que sentarse, repuso:

—¿Ya sabeis que es amigo mio el señor Miguel de Cervantes?

—Hoy vendrá á verme.

—¿Habeis leido su comedia?

—Sí.

—¿Y qué os parece?

—Puede pasar—contestó Correa con aire de importancia—para ser la primera que escribe....

—Es decir, que se representará.

—Y muy pronto.

—Pues bien, en ese caso deseo que se la pagueis con mas generosidad de la que tuvisteis al hacer el ajuste.

—Es imposible, señor Antonio; y si le ofrecí trescientos reales, fué en consideracion á que es amigo vuestro.

—No me vendais finezas que no habeis hecho: os conozco bien y vos á mí, y por consiguiente es inútil que intentemos engañarnos. Tengo empeño en que le pagueis mas de lo estipulado.

—Pero amigo mio....

—Os digo que tengo empeño, y que si no dais al señor Miguel quinientos reales, escusaré pediros otro favor en mi vida.

El cómico miró al hidalgo, y convenciéndose por el gesto de este que la peticion era una órden dada con disimulo, quedó pensativo. No podia negarse á complacer á su amigo porque le era deudor de cierta cantidad de ducados, y en tal apuro, pensó que tendria que acceder y sacar el partido que le fuera posible del sacrificio que se le exigia.

—El éxito de la comedia—dijo—es dudoso, y no será estraño que yo pierda cuanto dé al señor Cervantes; pero si tal empeño teneis, haré lo que me pedís, si bien me parece mucho el doblar casi la cantidad estipulada.

—No importa.

—Bien pudierais contentaros con que fuesen cuatrocientos...

—Ni un maravedí menos de los quinientos, ó nada.

—Quedareis complacido—contestó el farsante con tono de resignacion.

—En cambio pedidme lo que mas os plazca.

—Os debo muchos favores....

—Una cosa tengo que advertiros.

—Decid.

—No os deis por entendido con el señor Miguel de que os he hablado de semejante asunto.

—¿No quereis que os lo agradezca?

—De cierto modo.

—Esplicaos.

—Vuestra generosidad le llamará la atencion, y os preguntará el porqué le dais mas de lo ajustado.

—¿Y que he de contestarle?

—Que lo haceis así porque os ha parecido de bastante mérito su comedia, y además porque teneis en consideracion que es mi amigo.

—¿Nada mas?

—Pero si os preguntase mas ó menos claramente si os he recomendado que lo mireis con interés, le decís que ni una sola palabra os he hablado de semejante asunto, y mas aun,

que ya hace algunos dias que ni siquiera nos hemos visto.

—Quedareis complacido.

—Lo cual os agradezco y me voy porque me espera cierta doncella de ojos verdes y cabellos negros á quien no quiero hacer esperar.

El hidalgo, despues de mirarse á un espejo y de arreglar los anchos puños que vueltos sobre las mangas de su coleto se avecindaban con los codos, salió de casa del farsante, cuidando de taparse la nariz para que el frio no se la amoratase.

Miguel de Cervantes no dejó de acudir aquel dia á ver al señor Correa, y este le recibió con muestras de agrado.

—¿Ya leisteis mi comedia?—le preguntó el manco, no sin que á sus megillas asomase el carmin de la modestia y del temor.

—Soy buen cumplidor de mis promesas—le contestó el comediante—y antes que faltar á la palabra que os dí, me hubiese borrado el nombre que tengo.

—Sé que sois exacto; pero como teneis muchas ocupaciones...

—Pero vos teneis tambien muchos títulos para que yo os atienda. Vuestra comedia es de lo mejor que se ha escrito, quizás demasiado buena, porque tiene rasgos sublimes que el vulgo no comprenderá, y por eso los escritores esperimentados sacrifican á veces el pensamiento al mal gusto vulgar. Pero sea de ello lo que quiera, vos habeis hecho un buen trabajo, y como además estoy casi seguro de que será bien recibido, quiero pagaros con alguna mas largueza de la que os prometí. Otra consideracion me mueve tambien á tener con vos ciertas deferencias que á nadie guardaría, y es que sois uno de los mejores amigos del señor Antonio Alvarado.

El poeta miró sorprendido al cómico, y luego contestó:

—Mucho os agradezco vuestras lisongeras palabras, y mas todavia vuestra buena voluntad; pero francamente, señor

Correa, no sé cómo esplicarme tal mudanza en tan pocos dias. Si la amistad que tengo con el señor Alvarado os obliga hasta el punto de sacrificar vuestro bolsillo, no sé porqué no la tuvisteis en cuenta el otro dia; y si el mérito de mi obra os ha movido á subir el precio, cuando os la traje, pudisteis haberme ofrecido pagarme segun ella fuere.

—Fácilmente se esplica todo eso—replicó el farsante que no esperaba semejantes argumentos despues de decir que iba á pagar mas de lo estipulado.—No quise haceros concebir esperanzas, porque si no era buena la comedia, me hubiese visto en la precision de decíroslo así, lo cual es repugnante: y en cuanto á la amistad con el señor Antonio, ni pensé entonces en ella, porque, como visteis, me encontraba muy preocupado como era natural en dia en que ha de estrenarse una comedia.

—No me satisface la esplicacion; pero tampoco os exijo ninguna, porque sea cualquiera la que me deis, no estoy dispuesto á recibir mas de los trescientos reales que ajustamos.

Tal estrañeza causaron estas palabras al cómico, que por algunos instantes no pudo contestar.

—Creo, señor Miguel—dijo al fin—que no me habeis entendido.

—Bien puede ser.

—No trato de daros menos de los trescientos reales...

—Sé que pensais darme mas.

—Quinientos....

—Pues es precisameute lo que no admitiré.

—¿Pero?...

—¿Os sorprende?

—¿Y cómo no? ¿Pues hay quien no quiera que le paguen su trabajo tanto como vale? Si fuese menos....

—Hay quien, como yo, no quiere alterar los tratos despues que están hechos.

—Pero es en vuestro beneficio.

—Y por consiguiente en vuestro daño; y como soy recto y justo....

—Señor Miguel—interrumpió Correa—si yo no estoy loco...

—Yo lo estoy—replicó Cervantes á la vez que desplegaba una leve y maliciosa sonrisa.

El farsante se encogió de hombros sin acertar á comprender la conducta del poeta.

Este habia sospechado que algun misterio encerraba el liberal desprendimiento de aquel; pero no pudo acertar con la verdad, si bien pensó que no podia ser el cambio sino por obra del señor Antonio; y proteccion tan decidida, insistencia tal en favorecer á un amigo de cuatro dias, hubo de infundirle ya alguna sospecha, aunque remota y leve.

—Pues bien—repuso Correa despues de algunos momentos—justo, recto, loco ú como quiera que seais, no tendreis mas que aceptar lo que os ofrezco.

—Os equivocais.

—¿Y si de otro modo no admitiese yo la comedia?

—Me la llevaria con el sentimiento de haber dado pasos en valde.

—¿Decididamente?

—Tanto que no han de pasar dos minutos sin que quedeis convencido.

—Me hareis perder un buen negocio dejándome sin la *Gran Turquesca*, lo cual no consentireis si es vuestra conciencia tan escrupulosa.

—Vos, dejando que me la lleve, me haceis perder el trabajo de algunas veladas.

—Veo que no nos arreglaremos; pensadlo bien.

Queria Cervantes averiguar la verdad; pero conociendo que Correa no habia de decírsela con solo preguntárselo, recurrió al medio de mentir, y repuso:

—Os he dicho que no cederé, y vos convendries conmigo en cuanto sepais una cosa.

—Lo dudo.

—Es estraño que no conozcais todavia el carácter del señor Antonio de Alvarado.

—¿Por qué me decís eso?

—Tiene buen corazon, como hay pocos, pero el diablo de la vanidad es su flaco.

—No os comprendo.

—Hace una hora que le he visto en mi casa: me preguntó si habíamos concluido vos y yo nuestro trato, y le respondí que todavía no nos habíamos visto. Entonces volvió, como otras cien veces, á ofrecerme su valimiento, y me dijo que tenia esperanza de que os mostráseis mas concienzudo; y como lo conozco bien, sospeché en seguida por su gesto y su tono que os habia pedido este favor para mí. Negó, no me dí por vencido, volvió á negar y entonces le dije que vos reservadamente me lo habiais confesado, que ya me habiais dado el dinero, y que yo le daba las gracias. Este golpe asestado á la vanidad, produjo su efecto, y despues de decir que habiais hecho mal en no ser mas reservado, confesó. En seguida, y para que no se os culpase siendo inocente, le hice ver el lazo en que habia caido, lo cual martirizó su amor propio, porque ya sabeis que se tiene por hombre de ingenio y travesura; pero no tuvo mas remedio que rendirse y conformarse con que yo no aceptase su favor.

—Por quien soy, señor Miguel—replicó el cómico algo amostazado—os juro que no he de volver á fiarme de ese hidalgo. Bien lo conozco y sé que todo es vanidad, pero no creí que me pusiese en este compromiso, haciéndome representar un mal papel. Favores le debo de alguna consideracion, pero no me atajarán para decirle las tres verdades del barquero, pues si queria que le estuvieseis agradecido, no debió encargarme el secreto con empeño tan formal.

—¿Qué me decís ahora?—repuso el poeta que apenas podia contener una risa burlona que se empeñaba en retozar en sus lábios.

—Que os daré los trescientos reales agradeciéndoos el haberme hecho conocer mas y mas al señor Antonio.

—Ya veis como al fin hemos quedado amigos.

El comediante abrió el cajon de la mesa y sacó un talcguillo que contenia monedas de plata y cobre.

—Tomad—dijo.

Y en ambos metales, contó la cantidad convenida y la entregó al poeta.

Este le estendió un recibo, y despues de guardar el dinero y levantándose para irse, dijo:

—No digais al señor Antonio las tres verdades del barquero por si os las paga con tres carcajadas burlonas porque os habeis dejado engañar por mí.

—¡Señor Miguel!...

—Ni me ha preguntado por la comedia ni hablado de vos; pero como me interesaba saber la verdad...

—Bien me habeis tendido el lazo—replicó el farsante mordiéndose los lábios.

—No tal: os advertí primero, recordándoos que con una mentira puede averiguarse una verdad, y no debisteis haberos dejado engañar, como os dije que habia sido engañado el señor Antonio.

—Me doy por vencido; pero sabed que me poneis en un aprieto.

—¿Por qué?

—¿Qué he decir al señor Antonio?

—Que me resistí á tomar los quinientos reales con tal obstinacion, que ya tuve la comedia en la mano para llevármela, en lo cual no mentireis porque tal era mi resolucion.

—¿Pero y si sabe?...

—Por mí no será.

—Tampoco por mí.

—Entonces podeis estar tranquilo.

—Descanso en vos, señor Miguel.

—Descuidad.

—Dentro de ocho dias se representará vuestra comedia.

—Iré á ver como la ensayais.

—Guárdeos el cielo de mal y á mí de vuestra astucia y travesura.

—Y á mí de la vanidad del señor Antonio.

Salió Cervantes en estremo pensativo, porque ya era demasiado tanta y tanta proteccion por parte del hidalgo presumido; pero despues de atormentar su magin, nada pudo adivinar, y tuvo que concluir diciendo como siempre:

—No puede ser otra su idea que el afan de aparecer amigo y aun protector de los poetas, porque si no ¿qué fin habia de llevarse? ¿Qué debe esperar de mí cuando nada valgo? Parece imposible que hasta tal punto se deje dominar el hombre por sus debilidades. ¡Como si los poetas pudiesen prestarle su ingénio!... En fin, sea de ello lo que quiera, algun dia se descubrirá.

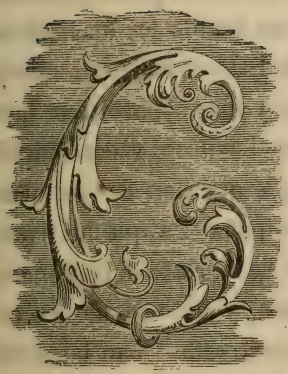
Sin detenerse fué á su casa el poeta, ya para depositar en manos de su esposa el primer dinero que le habia producido su pluma despues de casado, ya porque el peso y el bulto de la cantidad le incomodaban, pues de los trescientos reales, los ciento estaban en monedas de cobre.

Entre tanto el comediante, si bien se alegraba por haber ahorrado doscientos reales, no estaba contento de haber sido burlado por el poeta con tanta habilidad.

—Si esto llegase á entenderlo el señor Alvarado—murmuraba—¡voto á tal! mañana mismo me exigiria lo que le debo y que no pienso pagarle.

CAPITULO VI.

El hidalgo se decide á seguir adelante sin reparo.



UANDO el señor Antonio supo el resultado de su disimulada intriga, desesperóse y se convenció de que no era posible comprometer á Cervantes con favores de ninguna especie, pues todos los rechazaria su orgullo.

—¿Qué puedo hacer ya?—decia el hidalgo á sus solas, y sintiendo que acrecentaba cada dia el malhadado amor que le inspirara la esposa del poeta.—Renunciar á esa mujer, no puedo, y conseguir que me corresponda sin mas que interesarle con mis miradas, es tambien imposible, porque tiene un corazon de hielo: es preciso hacerle sentir emociones violentas, rudas, que la saquen de esa especie de letargo que constituye su caracter tranquilo, indiferente; picar su amor propio,

escitar su envidia, su cólera, y una vez que se sienta animada, arrastrada por cualquiera pasion, halagar esta y hacerse dueño de la plaza: de otro modo es imposible rendirla. Lo primero ha de ser observar para convencerme de si realmente ama á su esposo, y siendo esto así, hacer que ese amor desaparezca bajo el influjo de los celos, que en la mujer no son mas que la vanidad herida. Habrá discordias matrimoniales, pero esto no me importa, puesto que yo no he de sufrir la lluvia de impertinencias que caerá sobre el buen marido; y como no hay nada como lo prosáico para que el amor desaparezca, y las riñas y dimes y diretes domésticos sobre el «mucho has tardado» »de dónde vienes y á dónde vas» y el «no me miras como antes,» nada tienen de poético ni de sublime, acabarán los buenos esposos por mirarse como perros y gatos y por maldecir el dia en que cometieron el desacierto de casarse. Cuando esto suceda, como indudablemente sucederá, es la mia, y entonces, haciendo comprender á doña Catalina que las ilusiones amorosas con que soñó, convertidas en realidades feas por su esposo, puede encontrarlas en mí con todo el delicioso misterio de lo vedado, lograré mis deseos y ella bendecirá la hora en que me conoció. Algo espinoso es el asunto, y con dificultad puede llevarse adelante; pero ¿de qué han de servirme cerca de veinte años de amorosas campañas en que he triunfado de las castidades mas ariscas, y he burlado á centenares de maridos celosos y padres diligentes, y he vencido los escrúpulos mas asustadizos de dueñas mogigatas? Tan larga esperiencia bien puede valerme de mucho, pues que ya conozco al primer golpe de vista el pié de que cada cual cojea. Bien sabrá el manco hacer mejor que yo un soneto y dar cuchilladas, pero en cuanto á disparar una de las flechas que plugo á Cupido regalarme de su carcaj, eso no, que por algo me llaman pirata de corazones. Mi plan es bueno, inmejorable, pero me falta desenvolverlo en todos sus pormenores, pues si bien estoy resuelto á introducir la discordia en el matrimonio, es

preciso saber cómo ha de hacerse esto, y sobre todo, obrar con cierta maña, y de manera que si el pastel se descubre, no aparezca yo culpable, porque ese demonio de poeta tiene la sangre muy caliente y de buenas á primeras saca á relucir la tizona. No me infunde miedo, es verdad—prosiguió el hidalgo queriendo convencerse á sí mismo de que no era cobarde, pero él ha sido soldado y dicen que maneja la espada admirablemente, y seria posible que me hiciese algun rasguño, lo cual no hace al caso porque yo no busco riñas, sino amor: ademas, si las cosas pueden hacerse sin peligro, tanto mejor.

De esta manera conferenció consigo mismo muchas veces el hidalgo, y mas de un dia de cavilaciones le costó el empeño de encontrar fácil camino para llegar al deseado fin; pero fué el caso que cuanto mas atormentó á su pobre caletre, menos adelantó, quedando siempre lo mismo, es decir, sin acertar con otra cosa sino que era lo mas conveniente introducir la discordia en el matrimonio, haciendo que doña Catalina desconfiase de su marido. ¿Pero cómo conseguir esto de manera que la infidelidad de Cervantes tuviese apariencias de verdad y el enredo no se descubriese á las primeras de cambio? La intriga era para cabezas mejor organizadas que la del vanidoso pirata de corazones, como él se llamaba creyendo que por tal se le tenia, y si el diablo, su patron, no acudia en su ayuda, seguramente quedarian sus intentos en proyecto, ó al primer paso caeria en sus propias redes, saliendo mal parado del lance, porque el poeta, celoso hasta el estremo de su honra, se hubiese acordado de que sabia manejar la espada y hubiese pensado que ofensas de tal especie solo con sangre se lavan.

Pero no adelantemos los sucesos, que ya vendran cuando su vez les llegue, y quedemos en que el hidalgo se desesperaba mas cada dia porque su inventiva se mostraba rebelde en ayudarle.

Entre tanto Cervantes, anhelando y temiendo que llegase el dia en que se representase su comedia, no sospechaba que

pudiese esperarle otra desgracia que la de oir silbidos en vez de aplausos; pero estaba muy lejos de que el mentecato hidalguillo le preparase asechanzas contra la honra, en la prenda que mas estimaba, y que estas fuesen tales que pudiesen influir en los venideros sucesos de su vida. Si hubiésemos de creer en la mala ó buena estrella con que se simboliza la fortuna ó la desgracia de las criaturas, ninguna peor que la del desdichado príncipe de los ingenios, pues donde quiera, no encontró mas que egoismo para su abnegacion, envidia para su generosidad, ruindad para su grandeza, traicion para su lealtad, y negra ingratitud para su proceder y sus merecimientos. Dos desgracias le amenazaban, y no sabremos decir cual de ellas era mas temible: ó sucumbia la virtud de su cándida esposa, ó habia de alterarse la paz envidiable de su pobre hogar por motivos que acabarian con la ternura y el amor que á pesar de su miseria hacian felices á los esposos.

Habia creido Cervantes que viviria dichoso y tranquilo en el seno de su virtuosa familia, sin remordimientos por lo pasado, sin temores de lo porvenir; pero no contó con la perversidad que donde quiera introduce su veneno y busca y persigue á los que duermen tranquila y descuidadamente en brazos de su pura conciencia y soñando con sus virtudes, para despertarlos al picar traidoramente como la víbora.

Doña Catalina vivia mas descuidada aun que su esposo: no tenia el mas leve conocimiento del mundo: la escasa y severa educacion que habia recibido, el alejamiento de todo trato, no le habian dado ocasion para estudiar, ni aun superficialmente, el corazon humano: no habia aprendido mas que á amar á todo el mundo; creia que todas las criaturas eran buenas, ó por lo menos, que no era posible que á sangre fria y por un capricho se llevase el llanto á una familia y se escarneciese la virtud; la mentira y la traicion no eran en su concepto mas que palabras, sobre todo, tratándose de los que habian recibido siquiera una educacion cristiana. Esto era una desgracia, porque

el dia que sus ojos se abriesen debia horripilarse y sufrir mucho al verse entre cieno cuando se creyó entre flores: muy penoso el convencerse de que es preciso vivir entre la sociedad y aceptar á las criaturas tales como son, con todas sus miserias, con su depravacion y con sus crímenes, y que el virtuoso no puede hacer otra cosa que resistir la influencia de la corrupcion con la fuerza de su virtud, y todo lo mas llevar su grano de arena á la gran obra de la moralizacion; pero que no debe uno negar la existencia de la perversidad, ni espantarse de ella, ni estremecerse al tocar la mano del perverso, sino guardarse de él y no imitarlo, y repetimos, ayudar á la obra de la moralizacion cuando nos sentimos con fuerzas para algo mas que ser virtuosos, cuando tenemos sobrada virtud para poder comunicarla á los demás. La ciencia de la vida no acaba de aprenderse nunca, pero desdichado del que en su juventud no ha tenido siquiera una leve nocion de ella, porque al primer embate de la desgracia, al primer tiro de la maldad, sucumbe. Entiéndase, sin embargo, que no debe llevarse hasta la exageracion este principio, porque, especialmente á la mujer, puede serle tan perjudicial la sobra de conocimiento del mundo como la completa ignorancia.

Quizás hemos ido demasiado lejos en nuestras consideraciones; pero es indispensable que el lector se haga cargo con toda exactitud de lo que era la esposa de Cervantes, para que luego puedan comprenderse los sucesos y darles su verdadero valor.

Tales eran los personages que há poco hemos introducido en la presente historia, y tal la situacion en que se encontraban.

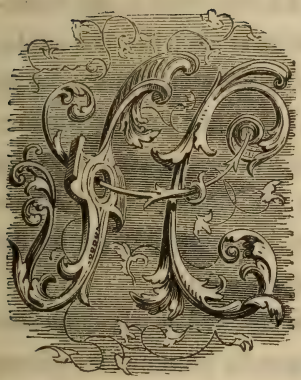
Nos resta solamente decir que habia cundido con rapidez entre los poetas la noticia de que se iba á representar una comedia de Cervantes; y aunque solo la habia leido el cómico Juan Correa, ya la criticaban de distintos modos, alabándola los unos y augurando mal resultado los otros, y estos eran los mas.

Esperábase con ánsia el dia de la funcion, y se preparaban calabazines y bellotas y no sabemos cuántas cosas mas para el caso en que la comedia mereciese demostraciones de reprobacion; y en honor de la verdad debemos decir que no eran pocos los que deseaban que así sucediese, fuera del número de los escritores, y algunos de ellos tambien, para tener ocasion de divertirse silbando y gritando, pues es sabido que hay quien se divierte con sucesos tales á pesar del «no desees para otro lo que no quieras para tí.»

Largo quizás va haciéndose este capítulo, escrito solo para decir que el hidalgo se habia decidido á tocar todos los resortes, por criminales que fuesen, con tal de conseguir sus deseos; y por si el lector se fastidia, y porque nosotros nos hemos cansado ya, haremos aquí punto redondo y lo dejaremos para otro dia, que en este momento llega á nuestros oidos el canto del gallo que rompe el silencio de la madrugada, y es justo que antes que nos sorprenda la aurora como otras veces, nos acostemos para soñar con lo que escribimos y poder luego escribir lo que soñamos.

CAPITULO VII.

Preliminares.



Habia llegado el dia de la representacion de la comedia, y desde muy temprano discutian Cervantes y su esposa sobre si esta debia asistir á la funcion, sin que á las dos de la tarde se hubiesen puesto de acuerdo todavia, pues ambos dudaban, y por consiguiente, ninguna de las dos opiniones podia dominar. Por supuesto que la discusion era tranquila, y la falta de conformidad nacia precisamente de los buenos deseos que respectivamente abrigaban.

Doña Catalina no queria renunciar á presenciar el triunfo de su esposo, y este pensaba que si en vez de aplausos le esperaban silbidos, el chasco era por demás desagradable para ser testigo de él. Pero como á la hora en que hemos indicado

era ya preciso ponerse de acuerdo para saber cómo habia de obrarse, volvió á entablarse la discusion y volvieron á encontrarse las opiniones.

Sentados el uno frente al otro de manera que aprisionaban un enorme brasero de cobre, regalado á doña Catalina por su madre y heredado por esta de la suya, comenzaban el debate los esposos, y Cervantes decia:

—Tengo la conciencia tranquila en cuanto á mi trabajo, pero hay que temer á dos enemigos de tolerancia muy dudosa: es el uno el vulgo que aplaude lo que le gusta y no lo que es bueno, porque dice que allí va á divertirse, y si no encuentra lo que busca, poco le importa el mérito de lo que le dan; y es el otro una camarilla de malos poetas y mozalvetes nécios, de los cuales los unos están interesados en no dejar crecer reputaciones, y los otros buscan ocasiones para alborotar, y llamando así la atencion, hacerse visibles, importándoles un comino cuantos males puedan causar. El que escribe una comedia y quiere librar bien, busca á los de esa camarilla, los adula, va con ellos á tabernas y hosterías, pagando el gasto, y de este modo, obtiene no solo indulgencia, sino aplausos inmerecidos. Yo no los he buscado ni adulado, no he gastado con ellos los trescientos reales que he recibido, y aunque conozco á muchos de ellos y nos damos el nombre de amigos, ni les he dicho siquiera que hubiese escrito comedia alguna.

—Pero si es buena la comedia, no han de hacerte daño solo por el placer de hacerlo ni por vengar la imaginaria ofensa de que no los hayas adulado, y es sobra de malicia en tí el pensar de ese modo.

—Ya sabes—repuso el poeta—que rara vez sospecho de nadie, porque soy naturalmente inclinado á pensar bien de todos; pero tengo alguna esperiencia, y sé que á los hombres les cuesta menos trabajo hacer mal que bien.

—No lo alcanzo—replicó doña Catalina.—¡Hacer mal á sangre fria, por mera diversion!... Creo que exageras. Si tal

perversidad hubiese en el mundo tendriamos que huir de todo trato, alejarnos de la sociedad y acabar la vida en un retiro, siquiera para evitar al contagio de la depravacion. ¿Cómo es posible que esos hombres tan considerados, tan atendidos, tengan instintos tales? Nó, Miguel, porque la gente honrada les volveria la espalda, los señalaria con el dedo, y hasta el mirarlos evitaria.

Cervantes se sonrió de la candidez de su esposa.

—Ya te harán las desgracias conocer el mundo: por ahora bastante es que sepas que la pintura que acabo de hacerte no es exagerada, y que el mérito de mi comedia no es bastante para que salga libre de silbidos.

—No lo espero así—contestó doña Catalina que no se habia convencido—y por tanto, quiero ver cómo recoges los laureles de tu triunfo.

—Supongamos por un momento que te equivocas.

—¡Oh!... me espanta solo la idea.

— ¿Qué dirias si presenciases uno de esos espectáculos que tan frecuentemente revelan el lastimoso estado de nuestra cultura?

—Al primer asomo de semejante suceso me iria.

—Uno has visto, y á pesar de que yo no era el paciente, palidecistes, temblastes y sufristes mucho.

—Es verdad.

—¿Pues qué te sucederia tratándose de mí?

—¿Y si el éxito llega á ser como deseamos, qué dicha igualará á la mia en aquelles momentos?

—Puedes comprarla muy cara.

—Algo ha de costarme, que mucho tiene que arriesgarse si se ha de lograr mucho. ¡Con cuánto orgullo te contemplaré si triunfas!... Nó, Miguel, no puedo renunciar á tanta felicidad.

—Veo que no te convences....

—Imposible.

—No me complacerás yendo al teatro.

—Si me lo prohibes....

—Nó, pero te aconsejo....

—Dices que no te complaceré....

—¡Oh!... mi mayor dicha seria verte allí si me favoreciese la fortuna. Una mirada tuya en esos momentos.... ¡ah!.... completaria mi felicidad. Verte dichosa, verte orgullosa de ser mia siquiera por un instante, es mas de lo que puedo pedir; pero si en vez de ese triunfo...

—Tambien quiero estar allí—interrumpio doña Catalina—si te es la fortuna adversa, para que encuentres siquiera una mirada amiga que te consuele. No me lo prohibas, Miguel, no me lo prohibas—prosiguió la dama, estrechando cariñosamente entre sus manos la diestra de Cervantes, y con acento tan tierno y dulce que era irresistible:—yo procuraré ocultar el rostro para que nadie me conozca; pero si te hacen la justicia que mereces, entonces lo descubriré y con los ojos diré á todo el mundo: «ese que ha logrado conmoveros, ese á quien admirais, á quien envidiais, ese de alma privilegiada por Dios, es mio, mio solamente, me ama y le amo tanto....

—¡Catalina!—exclamó Cervantes cuyos ojos brillaron con el fuego de su amor.

En aquel momento eran felices: los sacrificios y las privaciones que tenian que imponerse á causa de su pobreza, los consideraban compensados sobradamente con su cariño. Se inspiraban mútuamente la mas ciega confianza, y á no ser el cuidado del sostenimiento de su familia, ninguno tenia Cervantes, y este no le inquietaba porque creia que con trabajar sin descanso podria cumplir sus deberes de esposo y de padre. ¿Y qué le importaba al poeta el trabajo? Si le hubiesen prometido lujo y comodidades para su familia á trueque de trabajar sin descanso dia y noche, se hubiese considerado dichoso.

La cuestion, como ya era de presumir, se decidió en favor de doña Catalina, conviniendo en que esta fuese al teatro en

compañia de Andrea, pero cuidando de que no las conociesen.

Pocos momentos despues entró el hidalgo presumido, y cuando aun brillaba en los ojos de doña Catalina una mirada de inmensa ternura.

—¡Si se dirigiese á mí!—pensó el señor Antonio.—Ahora me convenzo de que bajo ese esterior de nieve arde una hoguera de amor.

—Noticias traereis—dijo Cervantes mientras ofrecia una silla á su fingido amigo.

—Y de mucha importancia,... Perdonad, señora—dijo el hidalgo á doña Catalina, asestándole disimuladamente una mirada tierna que él creyó ser un dardo, pero que nada significó para ella.—Vuestro esposo, en su afan de saber, no me ha dejado saludaros.

—Gracias, señor Antonio—contestó la dama.—Os deseo felicidades.

—Vamos, amigo mio—repuso el poeta—decid lo que sabeis si no es un secreto.

—Lo es, pero no para vos.

—Supongo que vais á hablar de mi comedia....

—No me ocupo de otra cosa desde ayer.

—Sois un buen amigo.

—Bien podeis asegurarlo.

—Os agradezco....

—Vamos á lo que interesa.

—Sepamos.

—He pasado mas de dos horas en la taberna de Manuela, comiendo un cabrito en compañia de dos amigos y un conocido. Los amigos nada importan, pero sí el conocido que es.... Adivinadlo.

—¿Algun poeta?

—Y de los que mas fama tienen.

—No acierto....

—El mismo Lope de Vega.

—Honra de España—dijo Cervantes.

—Pues bien, esa honra de España tiene sus defectos, entre los que descuella el de mirar con cierto desden cuanto no es suyo.

—Señor Antonio, sois murmurador....

—Hemos hablado de vuestra comedia.

—¿Y qué dice?

—Os repetiré sus mismas palabras.

—Sí, sí.

—Que el que ha escrito la *Galatea* con todos sus repulgos, disertaciones y laberintos, debe contentarse con pintar zagalas, arroyos y praderas, y no meterse á zurcir comedias, porque no ha nacido para el caso.

—¿Pero conoce la mia?

—Nó, pero cree que sois demasiado atrevido, aunque supone que os curareis de esta dolencia con algunos silbidos.

—Bien, vengan si los merezco—contestó Cervantes, palideciendo ligeramente.

—Ya veis que el señor Lope....

—Lo tengo por amigo, pero está en su derecho de juzgarme.

—¿Antes de conocer?

—Creo que me hará justicia si lo merezco, y esas palabras no tienen valor alguno.

—Es verdad que luego añadió estas palabras: «Si me equivoco en lo que presumo, seré el primero en aplaudir; pero dudo que así suceda, y casi me atrevo á apostar que el señor Miguel de Cervantes no escribirá una comedia buena, ni aun mediana.»

Cervantes miró á su esposa como recordándole sus anteriores palabras, y luego dijo:

—Bien, amigo Alvarado; se prepara alboroto....

—En cambio he tomado ciertas precauciones, contando con mis amigos....

—Tened presente—interrumpió con seriedad el poeta—que

no quiero mas aplausos que los merecidos; y si veis que el público reprueba, dejadlo.

—Es que el público, y bien lo sabeis, no tiene mas opinion que la de cierto número de asistentes que vamos allí para decir bien ó mal á nuestro antojo.

—Pues yo quiero saber la suya.

—La sabreis, pero dejadme que contrareste la intriga.

—Tampoco.

—Vuestra comedia no puede silbarse.

—¿Por qué?

—Es la opinion de Correa, y en esto, con vuestro perdon y el de todos los poetas, saben mas que nadie los comediantes, porque tienen mucha esperiencia y mejor que nadie conocen al público.

—Un aplauso inmerecido es una burla.

—Obraré con prudencia.

—Os suplico....

—Dejadme porque nada conseguireis, y hablemos de otra cosa. Supongo que irá doña Catalina....

—Sí, pero no quiero que nadie lo sepa.

—Bien pensado.

—La acompañará mi hermana....

—Y yo, si no os parece mal.

—Pero no podrá ser mas que hasta la puerta.

—¿Van á la cazuela?

—Sí, para ocultarse mejor.

—Bueno, pero sabiendo yo donde están, si algo les ocurriese....

—Os lo agradeceré, porque ya comprendeis que yo no podré presentarme allí.

—¿Estareis dentro?

—Sí.

—¿Os ireis mas temprano?

—Nó.

—Entonces....

—Saldremos de aquí reunidos y nos separaremos á la entrada.

—Convenidos.

—Me parece lo mejor.

—Vendré á buscaros—dijo el señor Antonio, levantándose y asestando otra espresiva mirada á doña Catalina.

—¿Os vais?

—Sí: tengo que andar mucho todavia.

—Cuidado, señor Antonio....

—No hablemos mas.... Hasta la noche.

Salió el hidalgo muy contento porque esperaba tener aquella noche ocasion de desahogar su pecho con alguna tierna frase, pero al mismo tiempo mas cabiloso que nunca porque no habia encontrado el medio de comenzar su intriga.

Entretanto Cervantes decia á su esposa:

—¿No te arrepientes?

—Nó.

—¿A pesar de lo que has oido?

—A pesar de todo.

El poeta no volvió á hacer ninguna observacion, y con el mismo miedo y la misma ansiedad, esperó á que llegase la noche.

CAPITULO VIII.

Mas preliminares.

L oscurecer de aquel mismo dia, la desdichada doña Inés estaba en su aposento, y sentada en un sillon y apoyada la cabeza en una de sus manos, escuchaba á su dueña que hablaba sin cesar y hacia gestos horribles para dar á sus palabras mayor fuerza de espresion.

—No hay medio de escusarlo—decia la vieja hipócrita—ya conoceis el génio de vuestro padre y sabeis que cuando se empeña en una cosa no hay que oponerse: además, si os obstinais demasiado, sospechará, porque siempre os ha visto, no solo dispuesta, sino deseosa de ir á menudo á los corrales de comedias, y es natural que le llame la atencion una mudanza repentina en la aficion que siempre habeis mostrado. Si fingís alguna indisposicion, al momento tendreis aquí al doctor que

os llenará el cuerpo de brevages; y no es eso lo peor, sino que puede conocer el verdadero mal que os aqueja, y ya sabeis que el tal doctor no es nada prudente ni reservado, y si se le va la lengua ¡San Antonio bendito! estamos perdidas. Y no cuento el mal humor de vuestro padre y mi señor que le duraria una semana. No quiero mezclarme en vuestros asuntos, pero soy de opinion que desecheis vuestros infundados temores, y encomendándoos al Santo Cristo de la Amargura, que ya sabeis es muy milagroso, obedezcais á vuestro padre y aun demostreis estarle agradecida porque os proporciona la ocasion de divertiros.

—Conozco, Gimena—contestó la dama—que no puedo librarme de un peligro sin caer en otro, pero no sabré decirte cuál es peor. Sabes que se va haciendo imposible disimular mi desgracia, y si por huir de la indiscreta lengua del doctor, doy en las maldiciones del vulgo, habré perdido en el cambio.

—Exagerais—replicó la dueña:—aunque el disimulo es mas difícil fuera de casa, pero de noche y en este tiempo que os permite ir bien cubierta, podeis estar descuidada. Luego, estará lleno el corral por ser comedia nueva, y en el sitio donde hemos de colocarnos apenas se os podrá ver entre la gente.

—Olvidas otro peligro.

—¿Cual?

—El de los desmayos que me acometen en cuanto estoy donde hay muchas personas y respiro un aire que no se renueva, lo cual me sucederá esta noche, pues con menos motivo me ha sucedido en la iglesia.

—Os poneis en lo peor.

—¿Qué he de hacer?

—Bueno, señora mia, muy bien, haced lo que os plazca si no os convenceis. No tardará media hora en llegar vuestro padre, y si os encuentra de este modo, os preguntará por qué no os habeis vestido, y entonces contestadle.

—Iré, Gimena—dijo Inés con tono de resignacion—no puedo escusarlo.

—Es lo mismo que yo os decia.

—Vísteme....

—Como que apenas nos queda tiempo.... Ya sabeis que á vuestro padre no le gusta esperar.... Voy al momento, señora.

Doña Inés quedó silenciosa y meditabunda mientras su dueña llevó todo lo necesario para vestirla.

Gimena no se habia equivocado, porque apenas acababa de poner la última prenda á su señora, cuando llamaron con recios golpes á la puerta de la casa.

—Aquí le tenemos—dijo la dueña.—Bueno será dar un grito al holgazan de Crisóstomo, porque como de costumbre, estará durmiendo.

Y asomándose á la puerta del gabinete, gritó:

—¡Crisóstomo, Crisóstomo, el señor llama!

—¡Allá voy!—contestó desde el interior de la casa una voz soñolienta.

Pocos momentos despues entró en el aposento un hombre de elevada estatura, enjuto de carnes, de cabellos blancos y barba gris, con apariencias de haber contado pocas menos de cuarenta navidades. Su aspecto era noble, su mirada tranquila y dulce, y en sus gestos y en sus ademanes se conocia que la dueña habia mentido al decir que era el padre de Inés un hombre de carácter violento, impaciente y duro.

Doña Inés le salió al encuentro, recibió en la frente un beso cariñoso y se esforzó para sonreir.

—Bien—dijo el anciano, contemplando á su hermosa hija con paternal orgullo—te veo preparada, lo que me prueba el deseo que tienes de que llegue la hora de la funcion. Es verdad que hace mucho tiempo que no vas á las comedias, que es tu diversion preferida; pero sabes que no es por descuido mio en proporcionarte todo género de diversiones honestas, sino que los achaques propios de mi edad no me dejan hacer

cuanto quiero: este invierno son crueles los frios, y me tiene muy recomendado el doctor.... ¡Ah....! precisamente acabo de dejarlo en la plaza de San Salvador, y por cierto que sin saber cómo se ha ido enredando la cuestion de siempre y hemos acabado por reñir: lo siento, porque es un hombre de mucha ciencia y de mas esperiencia y conoce de antiguo mis achaques; pero hay momentos en que uno no repara en nada, se le va la lengua y.... en fin, tengo que buscar otro Galeno y cuidaré que sea mas prudente y menos desvergonzado, porque mi génio se resiste á ciertas cosas....

—Hace pocos minutos—interrumpió Inés animada por una esperanza leve de encontrar escusa para no salir sin que el médico fuese á visitarla—hace pocos minutos que creí necesitar al doctor....

—¿Te sientes indispuesta?—preguntó el anciano afanosamente.—Doctores hay en la villa y antes de media hora tendrás uno aquí. Desnúdate; otra noche iremos al teatro.... Voy yo mismo por un médico, porque si mando á Crisóstomo....

—No es nada, padre mio....

—Inés, lo mismo da una noche que otra para la comedia—replicó el anciano que creyó que el deseo que su hija tenia de ir al teatro le hacia negar el mal.—Quiero que te vea un médico....

—Os repito que estoy completamente buena..., fué un mareo.... pero en seguida pasó....

—Me engañas, Inés.

—Os digo....

—Estás pálida....

—Antojo vuestro—replicó la doncella.

Pero su padre, sin convencerse, tomó una bujía de dos que alumbraban el aposento, y la acercó al rostro de su hija.

Las megillas de esta enrojecieron repentinamente y bajó los ojos como avergonzada.

—Es verdad—repuso el anciano—tienes buen color..., pero

has hecho bien en decirme lo que te ha sucedido, porque así estaré al cuidado mientras dure la funcion. Estás encarnada como una rosa: ya hace mucho tiempo que no te he visto con tan buen semblante.... Me alegro, hija mia, me alegro, porque eres mi delicia, mi única felicidad: el mundo no tiene ya para mí mas atractivos que tú. En la vejez, como no hay pasiones, nada conmueve, y solo un hijo puede hacer palpitar el corazon de alegria; es el único goce que queda.

Cada muestra de cariño de su padre, era para la doncella un tormento, porque le acusaba la conciencia de haber pagado mal aquella ternura, y de no haber sacrificado sus pasiones en pago de los sacrificios que á su padre debia. La desdichada jóven hubiese preferido en aquellas circunstancias tener un padre poco ó nada cariñoso, hasta cruel, no porque así podia escusar su falta, sino para que no fuese tan agudo el remordimiento de su ingratitud.

Doña Inés no pudo contener el llanto que largo rato hacia pugnaba por salir de sus hermosos ojos, y arrojándose al cuello del anciano, exclamó:

—¡Padre mio!

—¿Por qué lloras?

—No lo sé.... vuestro cariño me conmueve y me arranca lágrimas.... de ternura....

—¡Hija mia!—dijo el anciano con voz ahogada.—Me ves junto al sepulcro y por eso te aflijes.... Pero sírvate de algun consuelo el que moriré tranquilo y que me has hecho feliz con tus virtudes, con tu cariño....

—¡Perdonadme, padre mio!—exclamó la doncella que apenas podia respirar.

—¡Perdonarte!... ¿De qué?...

—No os amo tanto como vos á mí....

—¿Sabes tú acaso lo que ama un padre?

—Sé que desde que murió mi buena madre, cuando aun yo no tenia uso de razon, no os habeis separado de mi lado un

instante, consagrasteis los amargos dias de vuestra existencia á vuestra hija, os privásteis de todo por mí, todo lo sacrificásteis....

—Era mi felicidad, esos cuidados eran mis goces.... Pero estoy recompensado, eres buena, todas las virtudes resplandecen en tí....

—¡Padre mio!...

—Yo cuidé de tu tierna infancia y tú cuidas de mi débil y achacosa vejez; tú me acariciabas para pagar mi ternura, y yo te bendigo para recompensar tus virtudes.... ¿Pero á qué hablar de esto ahora?.... Ya va siendo tarde.... Vamos, hija mia....

—Hace mucho frio y temo por vos....

—No tengas cuidado, me siento bien.... y la noche ha templado.... ¡Crisóstomo!—gritó el anciano.

Un mozo de escasa estatura, pero sobrado de carnes, de rostro cándido, estrecha frente, cabeza aplastada y cubierta de espesos cabellos negros, ojos redondos, verdes y de carnosos párpados, se presentó.

—¿Dormias?—le preguntó el padre de Inés, que hemos olvidado decir se llamaba don Benito de Carbajal, y era hidalgo de muy buena cuna y desahogado patrimonio.

—Rezaba, señor—contestó Crisóstomo á la vez que se restregaba los ojos con una mano y se rascaba la cabeza con la otra.

—Eres muy devoto del dios Morfeo.

—Mi patron es San Blas....

—Enciende la linterna y vamos.

—Al momento, señor.

—Vamos, hija mia—repuso don Benito.—Y vos, señora Gimena, ¿qué haceis sin cobijaros?

—Lo estaré antes que ese posma de Crisóstomo encienda la linterna.

La dueña se cubrió con un ancho manto, y Benito, bien embozado en un ferreruelo de paño gris, y provisto de una

linterna, salió delante de todos para ir alumbrando por el camino, pues en aquellos benditos tiempos, el que no queria romperse las narices contra una esquina ó quedarse clavado en un barrizal, tenia que llevar una luz que muchas veces servia de blanco para una pedrada: solamente los rondadores enamorados iban á oscuras, sin mas que su guitarra y su tizona, la una para provocar pendencias y atraer rivales, y la otra para concluirlas y alejarlos.

Como hemos dicho, Crisóstomo delante, detrás don Benito y su hija, y cerrando la marcha Gimena, caminaron sin hablar una palabra, con el oido atento al menor ruido, y mirando con desconfianza á cuantos encontraban; pues en el hueco de cada puerta, á la vuelta de cada esquina se abrigaba en aquel siglo de sanas costumbres un ladron que robaba y asesinaba, ó mas frecuentemente, asesinaba para robar.

Felizmente llegaron al corral de la Cruz, primer teatro que hubo en la coronada villa, verdadero corral, porque en su principio estaba á cielo descubierto, y que hacia muy poco tiempo que se habia techado y hecho en él algunas otras reformas que apuntaremos mas adelante. Hoy no existe: el sitio que ocupaba es una calle, ó mejor dicho, principia á serlo. ¡Cuántos recuerdos de amor, de gloria, de intrigas, de rivalidades tiene aquel sitio!

Empezaba á entrar el público cuando llegaron don Benito y su hija, y todos se apiñaban á la puerta, se empujaban y abrian paso con los codos para entrar primero y colocarse en buen lugar. Habia gran confusion de ruido y voces: los unos amenazaban, los otros se quejaban al sentir sobre sus pies otro pie en estremo duro y pesado; quién, tomando á broma el bullicio, silbaba, reia y gritaba; cuál otro renegaba del alcalde porque no establecia en aquel sitio un buen número de corchetes que pusiesen órden, y quién, en fin, callaba, y sin quejarse ni amenazar, convencido de que la lengua no habia de abrirle paso, empujaba y avanzaba.

Doña Inés se estremeció, temiendo que el bullicio le produjese algun trastorno, y dijo á su padre:

—¿Os parece bien que esperemos un rato?

—Sí, esperemos, porque de todos modos tienes seguro tu sitio y no hay para qué apresurarse. Ya sabes, Crisóstomo, á la hora que has de volver: cuidado que no te duermas y dejes la luz donde pueda prenderse fuego; que cierres bien la puerta, acuérdate que la cerradura tiene tres vueltas, y mientras estés en casa, corre el cerrojo y pon la tranca y registra cuando entres y antes de salir, sin olvidar la carbonera.

—Bien, señor—contestó el criado cuyos dientes castañeteaban de frio.

—Puedes irte ya porque no te necesitamos, y no quiero que la casa esté sola mucho tiempo. Vete por la calle de la Almudena y da la vuelta por el Sacramento, que es mejor camino que la plazuela de San Salvador.

Crisóstomo dió media vuelta y se perdió entre la gente que aun llegaba; pero apenas habia andado tres pasos, se detuvo haciéndose las siguientes reflexiones, que probaban que no era tan tonto como parecia:

—Hace mucho frio—murmuró—cenaremos tarde, y parece que se me han llenado las tripas de ese airecillo helado que corre. Estoy seguro de que me dormiré apenas entre en casa y me siente junto al fuego, y no despertaré á la hora en que debo venir en busca de mi señor, lo cual me valdrá el que me pongan en la calle. Esto, que seria una desgracia, y el frio de mi estómago, puedo evitarlo fácilmente, pasando el tiempo en la taberna de mi amigo Juan, bebiendo un vaso de vino, y comiendo un trozo de bacalao si lo tiene bueno. Lo que me cueste lo sacaré mañana de la compra, que es muy justo que lo pague mi amo, puesto que nadie sino él me ocasiona este gasto.

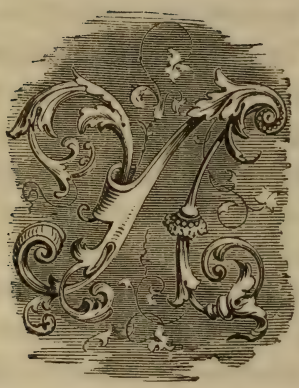
Tras este razonamiento entró Crisóstomo en una taberna que habia en la misma calle, resuelto á no salir de allí hasta la

hora en que concluyese la representacion de la comedia, y con buen ánimo de devorar algunas tajadas de bacalao frito y apurar un jarro de Valdepeñas de tan buena calidad que, segun el tabernero decia, era bastante para resucitar á un muerto.

Lo dejaremos entregado á las delicias de su cena y de su sueño, pues es seguro que de cuando en cuando cerraria los ojos, y volveremos al corral de la Cruz para echar una ojeada á su interior y ver lo que en él sucedia, pues á mas de la comedia, se preparaban alli sucesos de mucha importancia.

CAPITULO IX.

Lo que era el corral de la Cruz.



o escribimos la historia del teatro español, ni la gloria de Cervantes fueron sus comedias, y por esto no nos detendremos en detalles ni consideraciones fuera de nuestro propósito. El autor del *Quijote* no habia nacido para el teatro, y nada podemos decir de él como escritor de comedias, que no pueda decirse de otros cien poetas adocenados que no merecen mas gloria que la de haber escrito en la época en que los génios del gran Lope de Vega y Calderon alcanzaron la suya.

Tras las representaciones del insigne Lope de Rueda en las plazas públicas, vinieron los corrales á cielo raso, y pocos años despues, estos se cubrieron, haciendo en su interior

algunas reformas para comodidad del público y decoro del arte cuyo ejercicio era entonces una deshonra.

El corral de la Cruz presentaba el mas feísimo aspecto en su interior, á pesar de que á la época en que nos referimos, acudian á él todas las clases de la sociedad. Una parte del patio la ocupaban cuatro ó cinco hileras de bancos que no serian dignos hoy de verse en un bodegon, y en el resto se colocaban, ó mejor dicho, se apiñaban de pie los que no habian comprado asiento. En esta parte no era permitida la entrada á las mujeres. Habia tres órdenes de galerías, la baja, solo á derecha é izquierda, donde podia colocarse todo el que queria, con tal que fuese hombre; la principal donde se colocaba la clase noble y rica, y la última, llamada la *cazuela*, y en la que solo podian entrar mujeres sin pagar asiento, á menos que quisiesen sentarse en delantera. A los bancos del patio acudian por lo general poetas y mozalvetes galanteadores de la clase noble y de la media, y algun otro hidalgo bien acomodado ó comerciante rico; y de aquella parte, la mas próxima al escenario, partian los aplausos y los silbidos y todo género de alboroto, siguiendo la corriente la parte de vulgo que se encontraba detrás, y luego las galerías. Las escenas de alboroto y escándalo eran muy frecuentes, y rara la noche que el alcalde que asistia siempre á las comedias no se viese obligado á sacar á algun alborotador del corral para llevarlo á la carcel.

Como una docena de candilejas esparcian en la embocadura del escenario rojizos resplandores, y como novedad de inusitado lujo, aquel año pendia del techo una, con pretensiones de araña, de alambre y llena de espejuelos de estaño entre los que brillaban las luces de otras, un si es no es linternillas sin cristales, que completaban el alumbrado del corral.

Cuando se desahogó la puerta entraron don Benito, su hija y la dueña; subieron hasta el último piso, y allí se detuvieron.

—Desde tu sitio—dijo el anciano á Inés—puedes verme;

yo estaré con cuidado, y si me necesitas, basta con que me hagas una seña. Y vos, señora Gimena, ya sabeis que es á tener cuenta de vuestra señora á lo que habeis venido, y no á ver la comedia.

—¡Dios me libre de perderla un momento de vista!

—Entrad.

Doña Inés y la dueña se metieron por una puertecilla y se encontraron en la cazuela: aquello parecia un infierno segun el incesante ruido del hablar á la vez todas las mujeres, preguntando, contestando, replicando, murmurando, riendo, quejándose y riñendo por la mas leve cosa. No sin dar y recibir algunos pisotones y escuchar alguna desvergüenza, pudieron llegar á sus asientos Inés y su dueña, acomodándose con bastante estrechez, porque entonces, lo mismo que ahora, á los asientos de segundo órden en los teatros, no se les señalaba mas espacio que el que ocupa la mitad de una persona delgada.

Desde aquel sitio se veian como un hormiguero las cabezas de los espectadores que ocupaban el patio, y se oia un murmullo sordo y continuado producido por las pisadas de los que iban y venian. Aun no habia comenzado la griteria de los mas impacientes que antes de la hora marcada pedian que se empezase la funcion, ni los diálogos que solian entablar algunos calaveras presumidos de ingenio y gracia desde sitios distantes, y á los cuales el público solia prestar atencion, aplaudiendo los chistes que se cruzaban. En aquel tiempo se permitian en el teatro algunas costumbres y escenas de las que hoy vemos en las plazas de toros.

El golpe de vista era muy diferente desde el patio: veíanse todas las galerías, y especialmente la principal, donde multitud de damas ricamente vestidas ostentaban su belleza, atrayendo las miradas de los mancebos y encendiendo corazones con las chispas de sus ojos. La que no tenia un galan á su lado, lo contemplaba entre la multitud que bullia en el corral, y otras, el mayor número, enloquecian á dos á la vez, con

celos al que de lejos miraba, con mentira al que las requebraba de cerca. Las que así obraban lo hacian con su particular estudio y conveniencia: si á ninguno de los dos querian, divertíanse á costa de ambos y no podian fastidiarse durante los entreactos porque tenian un entretenimiento: si preferian al que estaba á su lado, lisongeaban la vanidad de este para atizar el fuego de su pasion, burlándose de los gestos de desesperacion celosa del otro; y si preferian al que estaba lejos, se servian del que estaba á su lado como de un lacayo cualquiera en cuanto se les ocurria, ya para ponerse y quitarse abrigos, ya para que les buscasen agua, y encendian los celos del otro para aumentar su pasion al apagarlos, pues sabido es que el amor crece despues que se desvanecen los celos.

Llenáronse al fin todas las localidades, pasó largo rato, y el público empezó á perder la paciencia. Se oyó un silbido y luego siguieron muchos, y una voz que gritó:

—¡Salga Correa!

—¡Salga la Alfonsa!—dijo otro.

—¡Que salga!—repitieron en coro casi todos los espectadores.

—¡Pero que se ponga otras narices!

—¡Sí, sí, otras que no tropiecen con nosotros!

—¡Silencio!

—¡Que empiece!

—¿Vamos á dormir aquí?

—¡Que nos traigan la cena!

—¡Que salgan, que salgan!

—Están bebiendo á nuestra salud, dejadlos que acaben con sosiego.

De tal manera gritaban de todos lados, diciendo cuanto á la boca se les venia, y armando tal estruendo de voces, risotadas y silbidos, que no parecia sino que se habian escapado y reunido allí todos los diablos y condenados del infierno. En vano el alcalde intentó acallar la gritería y restablecer el ór-

den, apelando al último recurso de destacar algunos corchetes que recorrieron los sitios de donde partia con mayor estruendo el alboroto; callaba el que tenia cerca un ministril, pero gritaban los demas. Cansados al fin, se calmó el ruido, aunque sin que se dejase oir de vez en cuando alguna voz hueca que escitaba la hilaridad con algun chiste mas ó menos decente, ó algun silbido que nunca dejaba de ser contestado.

Pero volvió á transcurrir mas de un cuarto de hora, y cuando empezaban á dejarse ver amagos de nueva gritería, una voz hueca, profunda, y que hizo retemblar el teatro, gritó:

—¡Seor alcalde!

—¡Seor alcalde!—repitió en unánime coro la multitud.

—¡Haga justicia vuestra señoría!—volvió á decir la misma voz.

Y el coro repitió estas palabras.

—¡O de lo contrario, permita vuestra señoría que nos la hagamos nosotros!

Resonó entonces un aplauso general y luego la gritería mas furiosamente que antes.

La hora señalada habia pasado, y el público tenia razon.

Era imposible contener el alboroto.

El alcalde mandó á un alguacil para que dijese al señor Correa que se le iba á imponer una multa de diez ducados lo menos, si no se daba principio á la comedia; pero el farsante contestó que no era culpa suya la tardanza, sino el haberse prendido fuego al turbante de la que debia representar el papel de *Gran Turquesca*, y se estaba haciendo otro á toda prisa; para lo cual, y porque no hubiese mas retardo, la comedianta habia roto una basquiña de tafetan azul que estimaba en mucho.

Pero esta respuesta que calmó el alcaldesco enojo, no llegó á noticias del público, y siguió la gritería mas récia cada vez y sin que pareciese que los gritadores se fatigaban.

Entonces se asomó á la galería principal un alguacil tan

flaco que parecia un esqueleto vestido, y abriendo su boca descomunal, y por la que fácilmente hubiera podido meter el puño cerrado, dijo:

—¡Señores!

Todos escucharon.

—De órden de su señoría—prosiguió el corchete—tres dias de cárcel y diez ducados de multa al que alborote.

Respondió á estas palabras una carcajada estrepitosa y general, y resonaron tantos, tan prolongados y agudos silbidos, que las damas tuvieron que taparse los oidos para no ensordecer.

El alboroto siguió, y el alcalde envió un segundo aviso á Correa, que ya desesperado y maldiciendo á la impaciente turba y al desdichado turbante, decidió satisfacer al público con permiso de la autoridad.

La cortina que cubria el escenario se movió, produciendo un efecto mágico en los espectadores.

—¡Silencio!—gritaron muchos.

—¡Silencio!—repitieron los demás.

Y efectivamente, reinó un profundo silencio, y mientras el alcalde se limpiaba el copioso sudor que corria por su frente, todas las miradas se fijaron en el escenario.

Entonces salió por uno de los lados de la cortina un hombre de estatura gigantesca, pero flaco, estremadamente flaco, vestido con ropas de mil colores y con la cabeza descubierta, y colocándose en medio de la embocadura del escenario, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Señores, la desgracia de haberse quemado á la señora Juana Martin un hermoso turbante, ha sido la causa de que no se principie la comedia; pero ya está concluyéndose otro y muy en breve se comenzará la anunciada *Gran Turquesca*.

Dichas estas palabras, hizo el farsante otra reverencia, y aprovechando la ventaja de sus largas piernas, procuró ocultarse á toda prisa; y no sin razon, porque apenas hubo concluido de hablar, se oyó gritar de todos lados:

—¡Calabazas, calabazas!

Y de ellas cayeron mas de veinte sobre el desdichado, acertándole alguna en la cabeza y muchas en la parte de su cuerpo que mas sobresalió al agacharse para huir.

Gran risa y diversion hubo con el lance que dió motivo á todo género de chistes, con lo cual pareció desahogarse el público y se restableció la calma.

No hubo motivo para nuevo alboroto, porque antes de diez minutos se oyó en el interior del escenario un silbido y el telon se corrió.

Principiaba la comedia, pero como en este capítulo, solo habiamos de tratar de lo que era el corral de la Cruz, para cumplir nuestra promesa le daremos fin y principiaremos otro.

CAPITULO X.

El diablo empieza á favorecer al señor Antonio.

El lector se contentará con saber que la comedia principió y que la primera jornada la vió el público con agrado, escuchando con atencion religiosa y aplaudiendo, unas veces por entusiasmo, y otras porque palmoteaban el señor Antonio y sus amigos. Sin embargo, á cada mal verso, porque malos tambien los tenia, se cruzaban miradas de inteligencia entre Lope de Vega y otros escritores, pero con disimulo y sin hacer demostracion de reprobar públicamente.

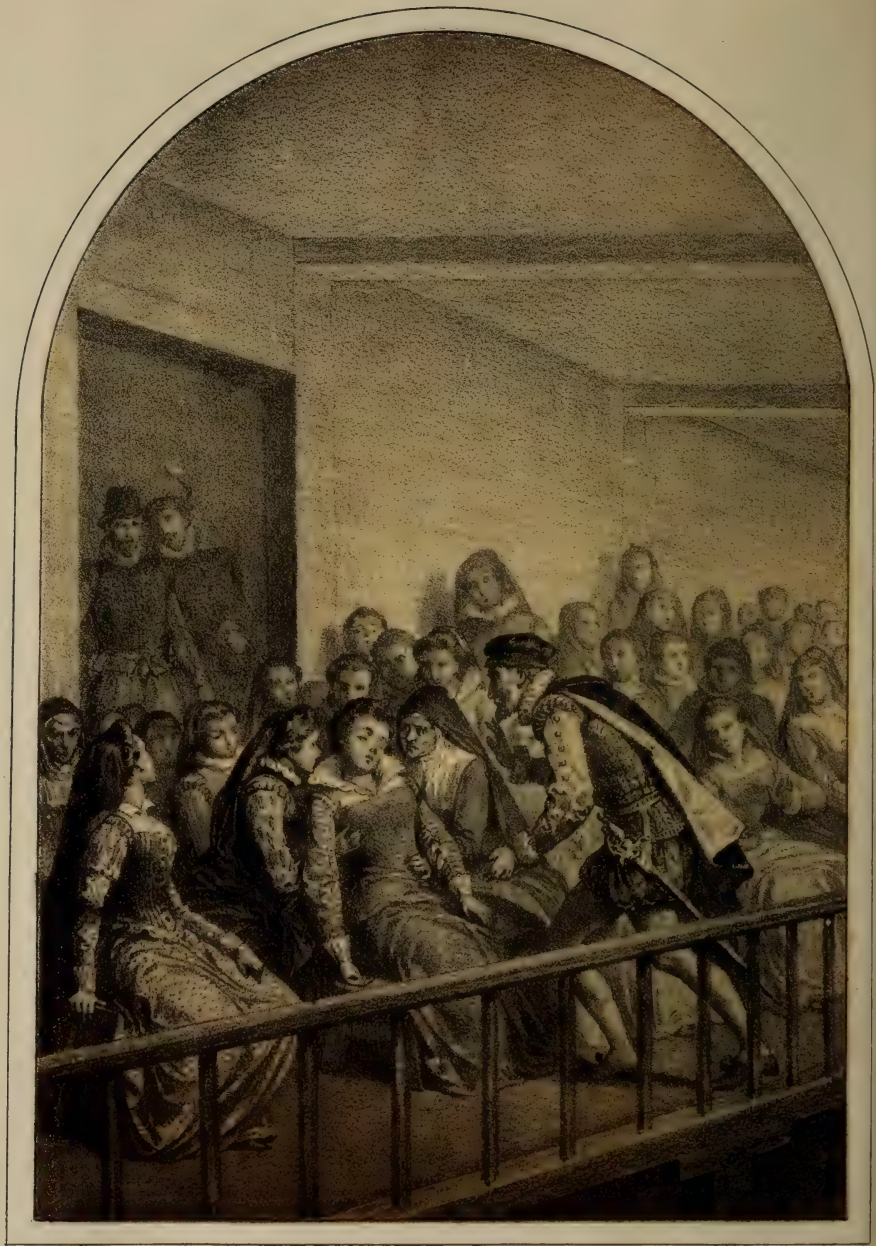
Cervantes, que estaba en el interior del escenario y temblaba como si tuviese frio, apenas pudo respirar hasta que concluida la primera jornada resonó un general aplauso y algunas voces de lisongera aprobacion. Entonces, procurando

ocultar el rostro y por los sitios menos concurridos, subió hasta la cazuela donde estaba su esposa, y aunque allí no le era permitido entrar, se asomó á la puerta para recibir el parabien de una mirada.

Como si doña Catalina lo hubiese adivinado, no perdia de vista la puerta, de modo que apenas asomó la cabeza Cervantes, se iluminaron los ojos de la dama y su semblante se dilató radiante de orgullo y de alegría. ¡Cómo latió su corazon en aquellos instantes solemnes! Ella, en el primer arrebato de alegría se hubiese arrojado en brazos de su esposo, para estrecharlo contra su pecho palpitante de amor; pero tuvo que contener los impulsos de sus cariñosos deseos y contentarse con enviarle su alma en una mirada tierna y ardiente que el poeta recogió como un tesoro. El triunfo, sino estaba asegurado, era muy probable, y como doña Catalina contaha con él, su felicidad era completa y no se hubiera cambiado por la mas opulenta y hermosa de las damas que ocupaban la galería principal. El retiro en que siempre habia vivido la esposa de Cervantes, no le habia dado ocasion á esperimentar cierta clase de emocionès; y si á esto se añade lo impresionable que era, comprenderemos fácilmente el efecto que debieron producirle los aplausos y hasta qué punto debió sentirse lisongeado su amor propio.

Ya que otra cosa no fuese, hubiera podido salir para hablarle á su esposo ó dirigirle algunas palabras desde su asiento, porque estaba cerca de la puerta; pero se contuvo temerosa de que la conociesen, aunque su ardiente mirada no dejó de llamar la atencion de alguna vieja maliciosa que dió con el codo á su vecina y cuchicheó despues con pensamientos nada santos.

Delante de doña Catalina estaba Inés que se sentia medio ahogada, palideciendo sus megillas y disminuyéndose poco á poco sus fuerzas. Temia la infeliz no poder sostenerse hasta el fin de la comedia, y buscando un aire mas puro y fresco que respirar, volvióse hácia la puerta, pintándose en su rostro el



Zarza, dib.º y lit.º Lit Heráldica

—Está en vuestras manos, la honra de una doncella.

afanoso cuidado que era consiguiente á su angustia, y fijando por casualidad su mirada en Cervantes como pudo hacerlo en cualquiera cosa. Pero en aquel momento se volvió doña Catalina, y por casualidad tambien reparó en la doncella, en su palidez y en la mirada afanosa de sus grandes ojos negros, fuente de hechizos.

—¿Lo conocerá?—dijo para sí la esposa de Cervantes.

Y examinó detenidamente el rostro de doña Inés.

—Si lo conoce y cree que ha venido para que se le vea.... Lo sentiré porque se tomará por vanidad nécia lo que está muy lejos de serlo.... Pero mira con tal afan, está tan pálida, aparenta tal conmocion.... Será la curiosidad, que es nuestra mayor tentacion: habrá visto que yo miraba....

No sospechó otra cosa doña Catalina, y aun se olvidó de ello bien pronto.

Cervantes se fué despues de mirar á su esposa con toda la ternura de su cariño, y doña Inés volvió á mirar al patio y á su padre que no la perdia de vista.

Tan felizmente como la primera se representó la segunda jornada, y el público aplaudió entusiasmado.

Esta vez, con mas prisa que la anterior y ya con la seguridad del triunfo, Cervantes corrió á la cazuela para hacer una segunda visita á su esposa, pero al llegar á la puerta, la encontró obstruida por un grupo de mujeres que se apiñaban y hacian mil exclamaciones de susto y compasion. Quiso abrirse paso, pero no pudo conseguirlo á la primera tentativa, y cuando pensaba cómo hacerlo, sintió que le tocaban en un hombro, volvió la cabeza y se encontró con el presumido hidalgo que, acercándosele al oido, le dijo:

—Está en vuestras manos la honra de una doncella.

El poeta quedó sorprendido.

—En medio de ese grupo—prosiguió el hidalgo—hay una dama desmayada, pero no tiene ninguna enfermedad. Su padre y su dueña la socorren, y lo primero que harán será lla-

mar á un doctor: si así sucede, está perdida la infeliz porque se descubrirá probablemente la causa del desmayo.

—¿Y en qué puedo yo servirla?—replicó el poeta cada vez mas sorprendido.

—Si le dan algun medicamento, la matan.

—¿Pero?....

—Acercaos, os lo suplico en nombre de la caridad cristiana; decid que sois médico, mandad que la saquen al aire libre y quedará buena. Luego, acompañadla á su casa para evitar que el padre llame á ningun doctor, y dejadla allí, diciendo que nada tienen que temer.

—¿Sabeis lo que me pedís?

—Bien poco si se atiende al gran beneficio que ha de reportar. Os repito que va en ello la honra de una doncella noble, la tranquilidad, la dicha de un anciano virtuoso que moriria de pesar si sospechase siquiera que su hija se habia dejado cegar por una pasion....

—¿Y por qué no haceis lo que me pedis?

—¿No adivinais que el amor desgraciado de esa mujer tiene conmigo alguna relacion?...

—¿Sois vos el amante?

—Lo fuí.

¿Y la habeis dejado?....

—Ya hablaremos y os esplicaré.... Acercaos, amigo mio.... El secreto de su deshonra estará bien guardado en vuestro pecho.

—Pero....

—Tened lástima de esa infeliz: cada momento que se pasa aumenta el peligro que amenaza á su honor.

No anduvo desacertado el señor Antonio al escitar los sentimientos nobles del poeta: este no pudo resistir á la súplica, porque la voz del desvalido y desgraciado hallaba eco siempre en su corazon. ¿Cómo permitir que el mas agudo de los dolores desgarrase el corazon de un padre anciano, y que se hicie-

se pública la falta de una infeliz mujer que era mas ciega que criminal, mas digna de compasion que de castigo? Bien pudiera suceder que su generosidad costase algun disgusto al poeta, porque hubiese alguno allí que lo conociese y le desmintiera diciendo que no era tal médico; pero mayores riesgos habia corrido en otras ocasiones por hacer un bien, y nunca el mal que á él pudiera resultarle lo habia detenido.

Decidido, pues, á prestar su ayuda á la desgraciada jóven, se metió Cervantes en el apiñado grupo, y aunque no sin detrimento de alguna basquiña, llegó á donde don Benito estaba con una rodilla en tierra y sosteniendo en sus brazos á su hija que, cadavéricamente pálida y con los ojos cerrados, permanecia sin conocimiento.

El infeliz padre estaba en estremo asustado y aturdida la dueña, sin que ninguno de ellos acertase á tomar una determinacion, ni tampoco las demás mujeres que presenciaban el lance y á las que no se les ocurria mas que hacer exclamaciones.

—¡Agua y vinagre!—decia don Benito con voz ahogada.

—Voy, señor—contestaba la dueña—¡Santa Rita, abogada de los imposibles! ¡Santísimo Cristo de la Amargura!

Y la pícara temblaba, no por el interés de la salud de su señora, sino por el temor de que se descubriese el pastel y la parte que ella tenia en el pecado.

—Sosegaos, señor hidalgo—dijo el poeta á don Benito y á la vez que se inclinaba para pulsar á doña Inés.—Por de pronto me dice su semblante que no es cosa de cuidado.... Veremos.... si me permitis....

—¿Sois médico?

—Si, aunque no ejerzo la facultad....

—¡El cielo os envia!

Cervantes hizo su papel á las mil maravillas.

—No es nada—dijo.

—¿Qué tiene?

—El calor y los gases desprendidos de las luces. Lo que

necesita es aire fresco y libre y la vereis volver en sí.... Podeis tranquilizaros.

—Aquí hace un calor infernal...

—Llevémosla á ese pasillo donde hay una ventana. Ayudadme si podeis....

—Sí, sí, para todo tengo fuerzas con tal de ver á mi hija abrir los ojos.

Condujeron á Inés á la entrada de un pasillo donde habia una ventana, que abierta por Cervantes, dejó entrar el aire frio de aquella noche.

—Pocos instantes despues dió la doncella señales de vida, y muy pronto recobró el uso de sus sentidos.

Lo primero que hizo fué mirar á su padre y á las personas que la rodeaban, y al reparar en el poeta se estremeció.

—Sosiégate, hija mia—dijo don Benito.—Este caballero es médico....

—Médico.... —balbuceó la jóven.

Y sus megillas, antes tan pálidas, se tornaron rojas.

—Nada teneis que pueda ofrecer cuidado—se apresuró á decir Cervantes.—El calor, las luces.... nada mas; estais completamente buena. Si vuestro padre me lo permite os acompañaré hasta vuestra casa, por si teneis alguna novedad en el camino.

—Me dispensareis una merced muy señalada, y la acepto—dijo el anciano.

—Pues bien, abrigaos y vamos si os sentís con fuerzas para andar.

—Buscaremos una litera...,

—Nó, padre mio, ya estoy bien y lo que deseo es llegar cuanto antes á casa.

—Como quieras, hija mia—repuso cariñosamente don Benito, y besando repetidas veces á Inés.

Esta se apoyó en el brazo de su padre, y ayudada tambien de su dueña y en compañía de Cervantes, se dirigieron á la escalera.

No habia reparado el poeta en su esposa y su hermana que muy de cerca lo presenciaron todo.

—¿Quién será esa mujer?—dijo para sí doña Catalina despues que el poeta se hubo alejado.—¿Por qué se ha fingido médico mi esposo? ¿Por qué tanto empeño en acompañarla?.. Es la misma de los ojos negros que lo miraba y palidecia... Que le preste ayuda, es natural; pero que diga que es un doctor, es buscar pretesto para acompañarla, para estrecharla en sus brazos, ponerle la mano en la frente y... ¡Oh!... No lo comprendo... Y es hermosa, muy hermosa... ¡Arrebatan tanto los ojos negros!...

Doña Catalina no hubiera podido acertar si eran los celos los que tales reflexiones le sugerian, pero es la verdad, que quedó pensativa y triste, tan absorta en sus meditaciones que ni siquiera oyó las palabras que Andrea le dirigia cuando volvieron á su asiento.

Entretanto el señor Antonio recorria sin direccion fija los pasillos y se frotaba alegremente las manos.

—Cayó en la red—decia.—Si la fortuna continúa favoreciéndome.... ¡Oh!... ¡Y cómo palidecia unas veces su esposa y otras se ponia colorada!... Bien, estoy satisfecho, orgulloso de mí mismo.... Esto es una comedia; cada cual las hace á su modo, y puede asegurarse que no la inventaria mejor el mismo Lope: yo aplaudo la de Cervantes, y él representa la mia.... Estamos pagados.

El diablo empezaba á favorecer al hidalgo y el horizonte matrimonial se cargaba de nubes. ¿Quién seria la víctima? Por de pronto doña Catalina comenzaba á sufrir y la felicidad de aquella noche no podia ser ya completa.

Vamos en busca de Cervantes.

CAPITULO XI.

Consecuencias de la debilidad de estómago de Crisóstomo.

ERVANTES procuró distraer la tristeza de la jóven con una conversacion animada, dando tales muestras de su ingenio y de sus sentimientos nobles, que cuando llegaron á la casa habia conquistado la voluntad del padre y de la hija, y les habia inspirado una confianza como si desde largo tiempo le conociesen y tuvieran pruebas de su sincera amistad.

—Llegamos al término de nuestro camino—dijo el anciano deteniéndose delante de su casa.—Acabó la molestia que os habeis tomado.

—Acabó el placer que he tenido con vuestra compañia—contestó Cervantes—y quedo muy agradecido á la confianza que me habeis dispensado.

Algunos cumplimientos mas se cruzaron, y luego don Benito, levantando el aldabon, repuso:

—Temo que se haya dormido Crisóstomo, aunque le encargué que estuviese alerta; pero como no nos esperaba y el sueño domina su voluntad, habrá hecho lo que siempre.

El ruido del aldabon resonó en toda la calle, y nuestros amigos esperaron silenciosamente á que se dejaran oir en la escalera los torpes pasos de Crisóstomo y se escapasen algunos destellos de luz por la rejilla que habia sobre el postigo. Pero se equivocaron, porque despues de transcurrir cinco minutos ó mas, continuó el mismo silencio, sin que se oyesen pasos ni se viese luz.

—No me equivoqué—dijo el anciano:—duerme á pierna suelta, y sospecho que nos va á tener aquí largo rato, esponiéndonos á cojer una pulmonía.

Y llamó segunda vez con mas fuerza, sin recibir otra contestacion que los ecos del ruido del golpe que se repitieron en la plazuela de San Salvador.

—No despertará—dijo entonces Gimena—y de seguro tendremos que esperar una hora. ¡Jesus nos valga!.... ¡Y si mi señora se pone peor!.... Ese Crisóstomo es un holgazan y no podrá sacarse partido de él en toda la vida.

—¿Habrá salido ya para ir á buscarnos?—preguntó Inés.

—Lo hubiésemos encontrado en el camino.

—Duerme, no hay que preguntar.

Don Benito dejó caer con tanta fuerza el aldabon, que se estremeció la casa ó poco menos.

Pero Crisóstomo no dió señales de vida, ni era posible que las diese, cuando en aquel momento levantaba la cabeza que habia dejado caer sobre la mesa de la taberna y se restregaba los ojos disponiéndose á pasar del jarro á la boca la última porcion de Valdepeñas.

—¡Esto es demasiado!—exclamó don Benito que además del frio que sentia, estaba con sumo cuidado por su hija.—

No volverá á sucederme: mañana mismo lo despediré sin mas contemplaciones, que harto le he tolerado ya.

Y una y otra vez repitió los golpes con tal furia, que no parecia sino que intentaba derribar la puerta.

Mas de un cuarto de hora pasaron de aquel modo, llamando don Benito y desahogando en amenazas su enojo, y esforzándose el poeta por ocultar el cuidado en que le ponia la tardanza.

A poco mas concluiria lo comedia sin que tuviese tiempo de volver al teatro, lo cual era para Cervantes de mucha importancia por saber el éxito que al fin habia logrado su obra y por reunirse á doña Catalina que le aguardaría con la mayor ansiedad.

—Algo ha sucedido á Crisóstomo—dijo el anciano—pues si solamente estuviese dormido, habria despertado ya.

—Lo mas acertado—replicó el poeta—seria llamar á otro cuarto y que hiciesen el favor de abrirnos, y una vez arriba, si vuestro criado duerme, despertará mas pronto á los golpes que demos en la puerta de la escalera. El aire es húmedo y puede perjudicar á esta señora.

No pareció mal el consejo á don Benito, y ya iba á ponerlo en práctica, cuando un embozado que provisto de su linterna habia entrado en la calle, llegó junto á ellos y se detuvo.

—Buenas noches, vecinos—dijo al conocer á los que esperaban.

—El cielo os envia, don Juan—contestó el anciano—pues hace media hora que estamos aquí y no hemos conseguido que despierte Crisóstomo á pesar de haber llamado cien veces.

—Mucho me place llegar tan á tiempo: mi criada no ha de hacernos esperar, pues aun que se haya dormido, tiene un sueño como una ardilla y bajará al momento.

El recien llegado llamó con dos golpes de aldabon, y pocos instantes despues se oyó ruido en la escalera y se vió luz.

—No sabeis, amigo mio—dijo el anciano á su vecino—lo

que vale una criada como la vuestra. ¡Y ese Crisóstomo sin despertar!.... No dormirá otra vez en casa: esto es insufrible.

La criada del vecino abrió la puerta y todos entraron, subiendo la escalera con gran satisfaccion de Cervantes para quien cada minuto era un siglo.

Pero les esperaba un segundo chasco, porque lo mismo que antes, nadie les contestó cuando llamaron arriba.

—Esto me llama la atencion muy sériamente—dijo don Benito—porque no es seguramente el sueño lo que ha impedido á Crisóstomo el abrir. Algo ha sucedido, y no bueno.

—Sin duda alguna.

—¿Qué puede ser?

—No estaba enfermo, pero tal vez....

—O lo han sorprendido.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Subid á mi cuarto, señores—dijo el vecino—y descansareis....

—Mucho os agradezco la buena voluntad, pero nada adelantaremos, porque tarde ó temprano es preciso averiguar lo que ha sucedido. ¿Quién sabe si al infeliz Crisóstomo le ha dado algun accidente ó han entrado ladrones y lo han asesinado?

—Llamemos otra vez.

—¡Santísimo Cristo de la Amargura!—exclamó la dueña, cruzando las manos.—¡Benditas ánimas del purgatorio!

—Veamos si la puerta tiene señales de haber sido abierta.

—A favor de la luz del candil que llevaba la criada del vecino, reconocieron la puerta; pero la encontraron intacta.

—Amigo mio—dijo el anciano al llamado don Juan—hacedme el favor de darme un martillo y un escoplo, si teneis, para levantar la cerradura. ¿Qué desgracia habrá sucedido?... ¡Oh!.... Hay dias aciagos....

—¿Pero vais á romper la puerta?

—¿Qué he de hacer? Esta incertidumbre es peor que nada,

y sobre todo, es preciso averiguar lo que dentro ha pasado.

Fácilmente se comprende lo que estas dilaciones hacian sufrir al poeta que no podia despedirse por lo mismo que se encontraban en un apuro los otros y que se temia una desgracia.

Despues de haber discurrido y dado cada cual su opinion, decidióse romper la cerradura y entrar con precaucion para evitar una sorpresa si alguien estaba escondido en la casa.

El vecino subió á su cuarto y bajó poco despues con algunas herramientas, comenzando él mismo la operacion que llevó á feliz término con sorprendente maestría.

Cervantes tomó el candil y entró resueltamente.

—Esperad—le dijo don Benito, deteniéndole.—¿A dónde vais así sin sacar la espada? ¿No pensais que pueden asesinaros? Además, no consentiré que vayais delante, esponiéndoos por mí á una desgracia.

—Soy el mas jóven y el mas fuerte—replicó el poeta—y no puedo consentir que ninguno de vosotros entre primero.

—Pero sacad la espada....

—No estará ociosa si el caso se presenta.... Vamos, pues, y salgamos de dudas.

Cervantes entró, detrás el anciano, luego el vecino y despues las mujeres que temblaban como azogadas sin poder dominar el miedo.

No pronunciaban una palabra. Apenas sentaban los pies en el suelo ni respiraban para no hacer el menor ruido.

El único cuyo semblante estaba sereno era el poeta; los demás estaban pálidos como difuntos y hasta desfigurados por el terror.

Formaban una larga hilera envuelta en la oscuridad, pues la vacilante y rojiza llama del candil no iluminaba mas que un reducido espacio delante de ellos: si se hubiese apagado.... ¡Oh!... creemos que solo Cervantes hubiese tenido valor para moverse. Por fortuna no sucedió así, pero un gatazo ru-

bio, en el que Gimena tenia puestos sus cinco sentidos y le llamaba su amor, cometió la imprudencia de saltar desde una silla al suelo cuando atravesaban la cocina, y las tres mujeres exhalaron un grito agudo, espresion del terror mas profundo, y tapándose el rostro con las manos, se apiñaron las unas con las otras y quedaron inmóviles. Don Benito, que llevaba la espada desnuda, se puso en guardia, y el vecino levantó su daga y exclamó:

—¡Alto!...

—No hay que alterarse—dijo el poeta que trabajosamente pudo contener una carcajada.—Es un gato de mala crianza y nada respetuoso que no ha querido darnos las buenas noches y se ha ido.

—Estas mujeres — dijo don Benito — se asustan de una sombra.

—No tienen tanta serenidad.... no es estraño—añadió el vecino.

—Adelante—repuso el poeta.

Se registró cuidadosamente toda la casa sin encontrar mas ser viviente que el gato, y fué grande la sorpresa de don Benito al ver que Crisóstomo no estaba.

—¿Qué puede ser esto?—dijo.

—Que habrá ido á buscaros antes de tiempo—contestó Cervantes.

—Imposible, porque lo hubiésemos encontrado en el camino.

—¿Y si ha ido por otro?

—Os aseguro que nó.

—Entonces....

—Y si ha sucedido así, lo cual no creo, se estará esperando á la puerta del corral hasta mañana.

—¿Tan escaso es de discurso?

—Lo conozco bien.

—Si yo lo conociese—dijo Cervantes—iria á decirle que se volviese.

—Caballero—repuso el anciano—vuestra benevolencia y el interés que por nosotros os habeis tomado, me dan libertad para abusar de vos....

—Disponed lo que os plazca.

—Voy á buscar á mi criado porque no sabemos lo que puede suceder, y si entretanto quisieseis hacer compañía á mi hija...

—Me honrais y os lo agradezco—contestó el poeta que no encontró medio de escusarse.

—Pronto volveré.

—¿Pero vais solo, padre mio?—dijo Inés.

—Aun es temprano....

—¿Quereis que os acompañe?—preguntó el vecino.

—Nó, amigo mio; harto os hemos molestado.

—Ya sabeis....

—Gracias, no hay necesidad de que altereis vuestra costumbre de acostaros á esta hora, y ya que se ofrece este caballero....

—Pues que descanseis y tranquilizaos—dijo don Juan.

Y como deseaba retirarse, salió antes de que algun nuevo suceso le obligase á perder mas tiempo y alterar sus costumbres.

Don Benito volvió á embozarse en su capa, tomó una linterna, y dijo á Cervantes:

—No os pediria este favor si pudiera cerrar la puerta, pero como ha de quedarse la casa vendida, dos mujeres solas....

—Podeis ir descuidado,—contestó el poeta que se sentó resuelto ya á sufrirlo todo sin desesperarse puesto que no habia medio de evitarlo.

Cuál seria su cuidado, cuál su afan, es imposible decirlo. Si habian silbado su comedia, ¿cuál sería el apuro de su esposa al encontrarse allí sin tener quien la animase en su angustiada situacion? Si por el contrario, se habia conseguido el triunfo, la cándida y sencilla doña Catalina consideraria la mayor desgracia no ver á su marido en aquellos momentos

que debian formar época en su vida. Para otra mujer de mas mundo, mas despreocupada, esto no podia ser sino un disgusto levísimo, pero no así para ella que no acertaba á comprender cómo habia placer ni felicidad posible sin la presencia de su esposo.

Cuando quedaron solos doña Inés, Cervantes y la dueña, hubo algunos momentos de silencio embarazoso que al fin rompió la jóven con intento de averiguar si el que tenia por doctor habia conocido la verdadera causa de su desmayo.

—Muchas molestias os hemos causado—dijo la doncella—y tal vez el tiempo que os deteneis aquí os haga algun perjuicio. Pero debeis perdonar á mi buen padre; el cariño que me tiene raya en locura, y cuando me vió sin sentido creyó que iba á perderme.

—Es natural, señora—contestó el poeta;—vos no podeis comprender lo que es el amor de un padre, y por eso os parece exagerado el cuidado del vuestro.

—Pero mi accidente no merecia la pena, y debió quedar tranquilo cuando le dijisteis que era solo producido por el calor...

—Sí, es verdad....

—Mi salud es buena....

—Tal creo...

—Y no sabeis cuánto os agradezco el que no me hayais administrado medicamento alguno, porque hubiera sido mortificarme sin necesidad. ¿Sois de mi opinion?

—Completamente—dijo Cervantes que habia comprendido fácilmente que la jóven queria saber si habia conocido su verdadero estado.

—Ahora os suplico que tranquiliceis á mi padre y le digais que no acuda á ningun doctor en tales casos, porque son naturales en mí....

—Perdonad, señora, si solo á medias me obligo á complaceros, porque yo no puedo responder de lo que mañana os su-

ceda, y si os acomete repentinamente una enfermedad y se os abandona en la creencia de que no es cosa de cuidado...

—Pero al menos—replicó Inés que apenas acertaba á hablar—aconsejadle que no me lleve á sitios donde no se respire el aire libre, porque... hace algun tiempo... No sé si habreis acertado á comprender mi naturaleza...

—Perdonadme, señora—interrumpió Gimena que como antigua en su oficio sabia donde le apretaba el zapato.—Perdonadme si tomo parte en la conversacion, pero es mi deber hacerlo así porque estais á mi cuidado.

—¿Qué quieres decir, Gimena?

—Vuestra salud está quebrantada, y esto no se oculta á vuestro padre que tarde ó temprano hará venir á un doctor; pero como sois enemiga de medicamentos, es lo mas acertado, para que sepais á que ateneros, que este caballero diga su opinion con franqueza, pues si al fin os habeis de poner en cura mejor será cuanto mas pronto. ¿Qué os parece, señor doctor?

Grande fué el apuro de Cervantes, y sobre todo en aquel momento en que su cabeza no estaba para pensar en otra cosa que en su comedia y en su familia. Comprendió que iba siendo su situacion mas difícil cada vez, y á trueque de salir del aprieto y terminar aquel asunto nada agradable, se decidió á romper por todo sin pensar que las consecuencias podian serle fatales; pero como hemos dicho, no estaba su imaginacion para discurrir con claridad, y cometida la primera torpeza hija del deseo de hacer un bien, se habia colocado en una pendiente resbaladiza que no le permitiria retroceder.

—Señora—dijo resueltamente—os hablaré con toda claridad.

Doña Inés se puso encarnada como el carmin y se estremeció.

—Ese es nuestro deseo—replicó la dueña.

—No soy médico...

—¡Que no sois médico!—balbuceó la jóven, mirando con sorpresa á Cervantes.

—No, señora.

—¿Entonces... por qué?

—Cumplí con mi deber ayudando á vuestro padre cuando estabais desmayada...

—Bien, pero no habia necesidad de que dijeseis que erais doctor....

—Para evitar que os molestasen llamando á otro...

—¡Ah!—exclamó Inés, palideciendo.—Habeis engañado á mi padre, á mi....

—Señora....

—Y el fin que en ello os habeis llevado....

—Os digo....

—¿Y si yo hubiese necesitado los auxilios de la ciencia?

—No los necesitabais.

—¿Cómo lo sabiais?

—Conocí por vuestro semblante....

—Caballero—interrumpió doña Inés cuya agitacion aumentaba por instantes—el misterio con que cubris vuesta conducta me pone en gran cuidado. No puedo creer que os haya guiado un pensamiento ruin, pero....

—Creedme—replicó Cervantes que no sabia cómo salir del apuro.—No he pensado en otra cosa mas que en socorreros....

—Pero no pudisteis conocer por mi rostro el estado de mi salud.

—¿Os he causado algun mal?

—Me habeis hecho un servicio de mucha importancia.

—Entonces contentaos con ello y no intenteis averiguar lo que yo mismo no sé.

Doña Inés quedó mas confusa de lo que estaba, pues las palabras de Cervantes aumentaron sus dudas.

—Vuestra conducta—dijo la doncella—no puede haber sido mas noble....

—Señora....

—¿Por qué os negais á hablarme con entera franqueza?

—No sé lo que quereis decirme: ¿en qué he de hablaros con franqueza? ¿Qué quereis saber?

Nunca habia estado tan torpe Miguel de Cervantes, y á no hallarse su imaginacion ocupada con otros pensamientos, hubiera sin duda dejado satisfecha á la jóven sin comprometerse.

—Si no quereis contestarme la verdad—repuso doña Inés—decídmelo y escusaré molestaros con preguntas que ningun resultado han de darme.

—Sea, si en ello os empeñais—contestó resueltamente el poeta.

—¿Por qué os fingisteis médico?

—¿Quereis saberlo?

—Daria diez años de existencia por vuestra contestacion.

—Pues bien, una voz me dijo al oido que así lo hiciese porque os importaba mas que la vida.

Doña Inés palideció, y al fijar en Cervantes una mirada afanosa, dijo;

—¡Ah!... Una voz.... pero.... quien....

—No sé mas....

—Os dirian el por qué...

—Solo me dijeron que una persona desgraciada necesitaba ayuda, y esto es bastante para un hidalgo.

—Pero habeis sospechado....

—¿Necesito sospechar lo que estais diciéndome vos con tanta claridad?

La doncella dejó escapar un grito y se cubrió el rostro con las manos, derramando lágrimas de vergüenza y de dolor.

—¡Infeliz!—murmuró Cervantes, sintiéndose en estremo conmovido.—Señora, descubrid el rostro, no os avergonceis de mirarme, que el secreto de vuestra desgracia está bien guardado en mi pecho. No sabeis quien soy....

—¡Dios mio!....

—Tranquilizaos.

—¿Pero quién os ha dicho?....

—¿No lo adivinais?

—Sois amigo suyo....

—Dice que lo es mio, pero nada sé de su pasada vida, que si alguna mancha tiene, no admito, señora, la sospecha de que pueda caberme parte en encubrir sus faltas. Oscuro es mi nombre, pero....

—Basta—interrumpió doña Inés:—vuestro rostro dice quién sois, y seguramente han abusado de vuestros sentimientos nobles. Sin embargo, no os pese, porque tendreis la ocasion de hacer un bien, y....

—Contad con cuanto valgo.

—¡Oh!.... ¡Gracias, caballero!—exclamó la jóven por cuyas megillas seguia corriendo el llanto en abundancia.

—Ignoro completamente la historia de vuestra desgracia, pero nada importa lo pasado, y lo que interesa es lo presente. Nada valgo, señora, ya os lo he dicho, soy un pobre poeta que no puedo ofreceros mas que mi buena voluntad, pero cuantos sacrificios sean necesarios los haré para serviros, pues vuestra situacion me duele mucho.

—¿Vuestro nombre es?....

—Miguel de Cervantes....

—¡Sois Miguel de Cervantes!—exclamó la dama con toda la alegria que en aquellos momentos podia sentir.—¡Cervantes el cautivo!....

—Señora....

—¡Me he salvado!.... El cielo os envia.

—No os comprendo.

—Tengo noticias de vos y sé de cuánto sois capaz por hácer bien, que nunca se acude á vos en vano....

—Cuidado no os equivoqueis.

—Acercaos, amigo mio, si es que tal título puedo merecer de vos....

—Señora, vuestro padre volverá muy pronto y debemos aprovechar estos instantes.

—Es verdad.

—¿En qué puedo serviros?

—Ha de llegar un dia en que necesite la ayuda de una persona como vos.

—La tendreis, pero....

—Pensad por mí lo que debe hacerse, os lo suplico.... No conozco el mundo, nada se me ocurre para evitar que se haga pública mi deshonra, y en vos confío....

—Imposible: mandadme y os obedeceré, pero la responsabilidad de disponer....

—¡No me abandoneis!....

—Señora....

—¡Vos que sois tan generoso!....

—Bien, bien, dejadme pensar algunos dias, porque es asunto en estremo delicado para decidirlo en un momento.

—¡El cielo os bendiga!

—¿Es posible que nos veamos sin que lo entienda vuestro padre?

—Sí.

—Pues bien, decidme cuándo y dónde.

—El dia que mas os plazca.

—¿La hora?

—Desde las diez y media de la mañana hasta la una, estamos solas.

—Vendré.

—¿Tardareis?

—Nó, señora.

—¡Qué inmenso bien me habeis hecho!

—Sería prudente que no me encontrase aquí vuestro padre, porque si trabamos amistad, llegará á saber quien soy, descubrirá el engaño de haberme fingido médico y sospechará alguna intriga.

—¿Y qué dirá de vos al saber que nos habeis dejado solas?

—¿Qué importa lo que diga si no me conoce?

—Ciertamente, pero....

—Podeis decirle que me sentí indispuesto y no quise esperar.

En todo convino doña Inés, porque todo cuanto tuviese relacion con el poeta era para ella bueno.

Cervantes se habia olvidado algunos momentos de la comedia y de todo, y solo habia pensado en la desgracia de la jóven á quien por instinto creyó víctima del hidalgo. Pero conformes ya en tener otra entrevista, se acordó nuevamente de que habia transcurrido mucho tiempo desde que salieron del corral de la Cruz y que aun dándose mucha prisa no podria quizás llegar antes que concluyese la comedia.

—Perdonad si os abandono—dijo el poeta levantándose;—pero así os conviene.

El cielo os guie—contestóle la dama, tendiéndole su temblorosa diestra.—¡Dios os dé el premio que merece vuestra noble generosidad!...

—Y á vos os vuelva la tranquilidad perdida.

—¡Pero mi honor!.... ¡Mi padre!....

—Confiad en Dios.

Gimena acompañó á Cervantes y le abrió la puerta de la casa con una doble llave que por casualidad habia.

Dona Inés quedó llorando, pero con grande confianza en el poeta.

Un cuarto de hora despues volvió don Benito con Crisóstomo á quien habia encontrado á la puerta del coliseo y jurado que de lo sucedido habia sido causa el salir antes de la hora equivocadamente y haber ido por la plaza del Arrabal en vez de seguir la calle de la Almudena, con lo cual se aplacó el enojo de su amo que no tuvo mas consecuencias que las de una amenaza por si ocurria segunda vez un caso igual.

—¿Y el doctor?—preguntó el anciano sorprendido al ver que Cervantes no estaba.

—Hace un momento que se ha ido....

—¿Pero?....

—Repentinamente se puso malo....

—¿Y cómo lo has dejado marchar sin que se esperase á mejorarse? ¿Qué habrá dicho de nosotros despues que con tan buena voluntad nos ha servido?

—Se negó terminantemente á quedarse.

—Mañana lo visitaré....

—¿Sabeis dónde vive?

—¿No te lo ha dicho?

—Nó, ni su nombre tampoco: sin duda trastornado por la indisposicion....

—¡Y de todo tiene culpa ese Crisóstomo! Yo le juro que si otra vez sucede.... Vamos, acuéstate y descansa, hija mia.

Media hora despues reinaba el mayor silencio en toda la casa.

CAPITULO XII.

El diablo sigue favoreciendo al señor Antonio.

UANDO Miguel de Cervantes se despedia de doña Inés, concluia la representacion de su comedia. El éxito fué completo: en todos los ámbitos del corral resonaron palmadas y vítores por largo rato, sin que ninguno de los concurrentes hiciera la menor demostracion de desagrado.

Doña Catalina, radiante de júbilo y poseida del orgullo que naturalmente debió sentir en aquella ocasion, miró afanosamente á la puerta de la cazuela, esperando ver á su esposo para reunirse á él y decirle con una mirada cuanto sentia; pero su esperanza quedó defraudada. Sin embargo, en aquel primer momento no se disgustó, creyendo que los amigos habrian detenido al poeta para felicitarle. Pero transcurrieron algunos minutos, los espectadores comenzaron á dejar sus localidades, y Cervantes no parecia.

—¡No viene — murmuró doña Catalina— sabiendo con cuanto afan lo aguardo!

Y registró con la mirada el patio y las galerías, pero tampoco lo vió.

Pasó un buen rato mas; la cazuela habia quedado ya casi desocupada, y volvió á mirar á la puerta. Nada vió y su alma se sintió llena de amargura, porque en su inesperiencia no comprendia que pudiese haber compromiso alguno ni consideracion bastante á detener á su esposo cuando ella lo esperaba en momentos tan solemnes.

—¿No lo habeis visto, hermana?—preguntó á Andrea que se levantaba ya de su asiento.

—Nó—contestó sencillamente la viuda.

—¡Cuánto tarda!

—Creo que no debemos esperarlo.

—¡Que no debemos esperarlo!—replicó admirada doña Catalina.

—Apenas quedan diez personas en el corral y ya veis que empiezan á apagar las luces.

—Pero....

—Se habrá reunido con otros poetas, habrán comenzado á hablar de versos y no acabarán en dos horas: esto sin contar con que les haya dado la tentacion de celebrar el buen suceso, yéndose á cenar á una hostería ó tal vez sin miedo al frio á la taberna de Manuela, que á todas horas está dispuesta á servir á sus parroquianos los poetas.

La admiracion de doña Catalina creció tanto que no pudo al pronto contestar.

—¡Imposible!—dijo al fin.

—¡Imposible!.... ¿Por qué?

—Si sus amigos han querido que los acompañe, les habrá contestado que no puede porque yo lo espero....

—Eso no puede decirlo un hombre sin ponerse en ridículo y ser el objeto de la mofa mas punzante de cuantos lleguen á

saberlo. Y entre buena gente, poetas.... ¡Dios lo libre!... no faltarian sátiras en que á vuelta de mil chistes le llamasen bonachon, manso cordero, y cuanto puede rebajar la dignidad de un hombre; ni dejarian de decirle, «idos presto, que vuestra mujer no os ha dado licencia para faltar tanto tiempo de casa, y os dará azotes si tardais en volver.»

—Os repito, hermana, que es imposible. ¿Acaso puede rebajar la dignidad de un hombre el manifestar amor á su esposa, el decir que la prefiere á sus amigos y á todos los placeres?

—Nó y sí; segun se diga y se demuestre: esto no podeis comprenderlo, pero ya conocereis el mundo.

—No quiero conocerlo si es como lo pintais—replicó doña Catalina, atormentada por una dolorosísima emocion.

—Vivís en él.... Pero advertid que nos quedamos á oscuras.

—¿Y hemos de írnos solas?

—Tal vez encontremos á algun amigo que nos acompañe.... Mirad—repuso Andrea, señalando á la puerta.

Doña Catalina se volvió rápidamente creyendo ver á su esposo, pero su mirada encontró al hidalgo.

—Os felicito—dijo este, desplegando una sonrisa—y si como presumo necesitais mi compañía, aquí me teneis. Nadie queda ya en el corral.

Las dos mujeres salieron.

—¿Habeis visto á mi esposo?—preguntó doña Catalina.

—Nó, señora, y eso que no ha quedado rincon que yo no haya registrado para darle la enhorabuena, ni poeta á quien no haya preguntado por él y ellos á mí, pero nadie lo ha visto.

—¿Estará con el señor Correa?

—Tampoco, y puedo aseguraros que lo que es dentro del corral no se encuentra.

—¿No habrá vuelto?

—¿Lo visteis salir?

—Sí, para acompañar á una dama que se desmayó....

—Creí que no lo sabriais, pero ya que lo visteis....

—Pero....

—Vivirá lejos, tal vez le haya repetido el desmayo, y.... la galantería....

Doña Catalina se puso roja como la púrpura: los celos la atormentaron por primera vez.

—¿Conoceis á la dama?—dijo.

—Nó.... de vista.... pero.... no sé si la conoce vuestro esposo, porque.... Os advierto que no tengo ningun antecedente....

Las reticencias y el tono con que habló el hidalgo infundieron en doña Catalina las mas crueles sospechas.

Andrea, ocupada en envolverse en su manto para ir abrigada, no puso atencion en las palabras del hidalgo.

—Esplicaos—dijo la esposa de Cervantes con visible conmocion.

—¿Qué quereis que os diga? No sé mas que vos: acudió á socorrer á esa dama de los ojos negros, como era su deber de hidalgo, y con ella salió para acompañarla hasta su casa.

—Pero vos la conoceis....

—Os digo que solamente de haberla visto aquí alguna vez y en el bosque de San Gerónimo, y he guardado en la memoria la imágen de su rostro, porque me han llamado la atencion sus ojos negros y espresivos que me han hecho pensar que debe ser mujer de ardientes pasiones.... Sin embargo de que á mí no me gustan los ojos negros; prefiero los azules de mirada dulce y no ardiente....

—¿Vamos?—interrumpió Andrea.

—Espero vuestras órdenes—contestó el hidalgo á la vez que examinaba atentamente el rostro de doña Catalina y le asestaba una mirada que él tenia por seductora.

—Abrigaos, hermana....

—No tengo frio—contestó la esposa de Cervantes.

Y efectivamente, sentia como si su cabeza encerrase un volcan.

—Pues sopla un aire como el hielo.

El señor Antonio encendió su linterna en el moribundo farolillo que alumbraba la escalera, y los tres salieron silenciosamente del corral.

Andrea iba contenta por el triunfo que habia alcanzado su hermano; el hidalgo mas contento aun por el que pensaba lograr en sus amorosas pretensiones, y doña Catalina atormentada horriblemente por los celos.

Así atravesaron algunas calles, y cuando llegaron á la de Atocha, vieron ir tras ellos á un hombre que caminaba aceleradamente. El señor Antonio sacó su espada, no sabemos si para defenderse en caso necesario ó para deshacerse de ella y correr mas desembarazadamente.

El hombre los alcanzó en pocos instantes, los miró al pasar y se detuvo.

—¡Atrás!—exclamó el hidalgo, retrocediendo él y presentando la punta de su acero.

—¡Vive el cielo!—dijo el recien llegado que no era otro que el poeta.—Para bromas estoy.

Doña Catalina miró á su esposo, pero no pudo articular una sílaba.

—Ya pareció el perdido—dijo Andrea con sencillo tono de chanza.

—No os conocí—repuso el hidalgo—y como sabeis que á cada paso....

—¿Cuál ha sido el resultado de mi comedia?—interrumpió Cervantes.

—El mas lisongero, amigo: os han hecho justicia. El vulgo, ese vulgo cuya opinion deseabais conocer, ha aplaudido antes que vuestros amigos, su entusiasmo rayaba en locura.... Os habeis perdido lo mejor.

—Qué quereis, por hacer una buena accion.... En fin, paciencia.

—Os felicito de todo corazon....

—¿Pero qué hacemos parados?

—Es verdad: no está la noche para tomar el fresco.

—Y tú nada me dices—repuso el poeta, ofreciendo el brazo á su esposa.

Esta se apoyó temblando convulsivamente.

—Te esperaba y....

—Ya te contaré lo que me ha sucedido.... una casualidad desgraciada.... la torpeza de un criado.... Pero, ¿estás indispuesta?

—Nó.

—Tiemblas....

—Tengo frio....

—Es natural, llevas la cabeza casi descubierta.... y el pecho.... Recoje el manto.... Con que decís que el éxito....

—Debe haberlo envidiado el mismo Lope de Vega.

—¿Habeis hablado con él ó con alguno de los otros poetas que estaban allí?

—Todos os esperaban para daros la mas cumplida enhorabuena, pero vos sin duda os encontrabais bien al lado de aquella dama....

—Me ha desesperado.

—No negareis que era hermosa.

—De buen humor me encontraba para reparar en su hermosura.

—Pues tiene unos ojos capaces de alegrar á la misma tristeza—replicó el hidalgo fingiendo chancearse.—Vamos, confesad que es digna, si no de un soneto, siquiera de un madrigal: vuestra esposa no se enfada....

—Ciertamente, pero lo que sí os confieso, es que me tenia tan desesperado el lance, que mas que para otra cosa me encontraba dispuesto para dedicarle una invectiva, y

particularmente á su criado que ha sido causa de todo.

Cada chanzoneta del hidalgo era un puñal que desgarraba el corazon de doña Catalina cuya agitacion aumentaba por instantes; pero el poeta, ni remotamente podia sospechar semejante cosa.

—¿Pero qué tienes?—dijo.—Debes estar mala, sigues temblando....

—Nó....

—Y tan triste....

—Sin duda.... como salí acalorada del corral.... el aire frio.... me duelen las sienes....

—Por eso os encargué que os abrigaseis—dijo Andrea.—Os habeis constipado....

—Tal vez.... ya pasará.... no es nada.

—Aceleremos el paso.... cuanto antes te acuestes y abrigues, mejor....

En esto entraron en la calle de la Magdalena.

—Pues yo—dijo Andrea inspirada sin duda por el diablo protector del señor Antonio—creí que tu tardanza consistia en que te hubieses ido con otros poetas á celebrar en la hostería la funcion.

—No ha sido mala cena de esclamaciones, lamentos y sustos la que he tenido. Os repito que el lance no puede haber sido mas original, y os habeis de reir cuando os lo cuente, aunque maldita la risa que á mí me ha causado.

—¿Dónde vive la dama?—preguntó el hidalgo.

—En la calle del Sacramento.

—El padre tiene aspecto de un viejo regañon y descontentadizo....

—No tal.

—Bien puede estaros agradecido.

—Pues al fin he cometido la grosería de venirme sin esperarlo....

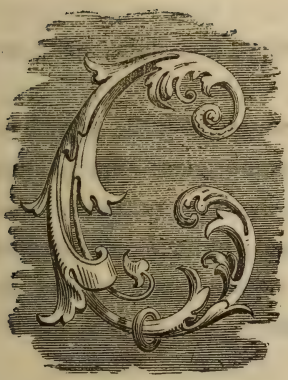
—¡Sin esperarlo!.... ¿Pues no iba con vosotros?

—Sí, pero.... En fin, ya os lo contaré mañana. Ya hemos llegado al término de nuestro viaje, y os doy las gracias y me despido de vos sin deteneros mas, porque no quiero que os suceda lo que á mí.

Cervantes llamó á la puerta de su casa, apretó la mano al hidalgo, y este se despidió cortesmente, hizo una pirueta y se alejó á buen paso, impulsado por el frio y por el miedo.

CAPITULO XIII.

Primera nube conyugal.



UANDO quedaron solos en su aposento Cervantes y su esposa, esta comenzó á despojarse de su manto triste y silenciosamente, y aunque su intencion era ocultar lo que sentia, bien claramente revelaba su semblante que la atormentaba algun doloroso pesar.

El poeta se sentó con muestras de estar fatigado, y aunque sabia que su esposa se encontraba algo indispuesta, y que por lo tanto no tendria muchas ganas de hablar, se sorprendió de que ni una palabra dijese, ni tampoco hiciera demostracion alguna del contento que debia sentir por el éxito de la comedia.

Algunos momentos pasaron de aquel modo, ella tan absorta en sus pensamientos dolorosos, que no pensó en que con su silencio manifestaba lo que sentia, y él esperando y cre-

yendo que debia encontrarse muy mala su esposa cuando tal era su aspecto.

Concluyó al fin doña Catalina de despojarse de sus abrigos, y tambien se sentó, apoyando un brazo en una mesa y la cabeza en la mano; pero estaba tan pálida, que Cervantes, despues de contemplarla algunos segundos, dijo:

—¿Qué tienes, Catalina?

—Nada—contestó esta, variando de postura y arreglando los pliegues de su vestido porque no sabia qué hacer ni qué decir.

—Estás silenciosa....

—Tú tambien.

—Yo.... esperaba que me hablases de la comedia, de....

—Ya te ha dicho el señor Antonio que se ha conseguido cuanto podia desearse, que has alcanzado un triunfo completo.

—¿Y nada tienes que añadir?

—Bien puedes comprender, sin que yo te lo diga, cuán estremado habrá sido mi contento....

—¡Sin que tú me lo digas!—interrumpió el poeta con triste acento.—No es bastante que yo lo comprenda; una palabra lisongera pronunciada por tus lábios me hubiera hecho mas feliz que los aplausos de todo el mundo, hubiera sido para mí una larga recompensa á mis afanes y desvelos, me hubiera llenado de mas orgullo que cien coronas.... ¡No he conseguido esa palabra!....

Cervantes sintió en aquellos momentos el mas amargo pesar: habia esperado que su esposa le prodigara los mas cariñosos elogios y mostrara con palabras y acciones su alegria, su entusiasmo, su vanidad de mujer halagada hasta el último estremo, y cuando vió que ni una palabra, ni una mirada siquiera tuvo en aquellos momentos para espresar su júbilo, sintió la amargura del desengaño, la sorpresa dolorosa de ver desvanecida una ilusion que habia acariciado en lo mas profundo de su alma durante muchos dias, que le habia hecho

sonreir en las horas lentas de las noches de vijilia cuando de su imaginacion brotaban en versos cadenciosos los sublimes y tiernos pensamientos de su primera comedia.

—Esto arrancará un aplauso—decia muchas veces entusiasmándose con su propia obra y mientras á la luz rojiza y humeante del enorme velon de cobre con que se alumbraba, se veian relucir sus ojos negros y dilatarse su frente.

Y entonces leia y releia los versos que habian producido su entusiasmo, y antes de volver á tomar la pluma, se frotaba las manos alegremente y añadia:

—Esto lo aprenderá Catalina de memoria, lo recitará cien veces y.... no me importará que me haya costado privarme del sueño y temblar de frio en la madrugada, porque así me recompensará con usura. ¡Cuánto la amo! ¡Qué buena es!.... Ahora duerme tranquila y descuidada mientras yo abrevio mi existencia robando á mi cuerpo el descanso; pero estos sacrificios hacen mi felicidad porque contribuyen á sus goces, á su bienestar, que son mi bienestar y mis goces.... ¡Ah!.... si ella pudiese comprender cuánto la amo.... pero como no conoce el mundo, no puede comparar y por consiguiente no puede juzgar; pero me ama mucho, tanto como yo la amo.... ¿Qué mas puedo desear? Hoy trabajo y mañana tendré una sonrisa suya.

Y el poeta volvia á dejar correr la pluma con mas ardor.

Así habia acariciado su ilusion, habia dejado crecer su esperanza, y por eso al ver desvanecida la una y la otra, fué en estremo doloroso su pesar: no habia visto en los lábios de su esposa la sonrisa tan deseada y tan soñada, la sonrisa cuya sola idea le habia dado fuerzas para trabajar sin descanso.

Doña Catalina sintió oprimido el pecho y tuvo necesidad de hacer un grande esfuerzo para contener algunas lágrimas que intentaron asomar á sus ojos.

—¡Que no has alcanzado esa palabra!—dijo con ahogada voz la infeliz.—Te he esperado con el mayor anhelo para de-

círtela, para poner tus manos sobre mi corazon y que sintieses sus latidos; pero tú.... á pesar de que debias comprender mi afan.... no has venido....

—¡Ah!—interrumpió el poeta.—Y porque un deber sagrado de cristiano, de hombre y de caballero me ha tenido lejos de tí algunos instantes, me niegas tus caricias y das desdenes á mis afanes..... ¡Catalina! no has pensado lo que dices, no sabes lo que has hecho, pues aunque yo por mi voluntad hubiese dejado de correr á tu lado, la falta no merecia castigo tan severo como el de robarme los goces, la felicidad que pienso haber ganado á tanta costa. Sabias, porque te lo habrá dicho el señor Alvarado, dónde estaba yo y el asunto que me ocupaba....

—Te ví acudir en socorro de la dama desmayada y ofrecerle tu compañia—interrumpió, estremeciéndose, doña Catalina.

—¿Entonces?...

—Te sobraba el tiempo para volver, y cuando no te has dado mas prisa....

—¿Habrá sido por falta de deseo?

—Nó, pero así lo parece,—replicó doña Catalina que como mujer, sus juicios eran hijos solamente de la impresion.

—¿Así lo crees?

—Nó, pero.... ¿A qué hemos de hablar de este asunto? Te enoja y....

—Ya te he dicho que una casualidad desgraciada me ha detenido, y para que comprendas hasta qué punto has juzgado ligeramente, voy á decirte....

—¿Para qué?—interrumpió doña Catalina que sufria horriblemente al hablar de la dama de los ojos negros.

El poeta, sin embargo, queriendo dejar convencida á su esposa, le refirió el lance sucedido en casa de doña Inés, intentando hacerle comprender en breves palabras que no hubiera sido proceder de hidalgo abandonar á aquella familia en los momentos en que se temia una desgracia ó un peligro. Pero como

doña Catalina se acordaba de lo de haberse fingido médico Cervantes, y este no esplicó ni tocó tal punto, en vez de convencerse aumentaron sus sospechas y su dolor.

—Ya ves—repuso el poeta—cuán sencillamente se esplica mi tardanza.

Otra mujer de mas energía, de mas atrevimiento y mas mundo que doña Catalina, hubiese hecho nuevos cargos á su marido y lo hubiese estrechado con sutiles razonamientos; pero ella, mas atormentada cada instante, no tuvo otra contestacion que un raudal de lágrimas que le fué imposible contener.

—¿Por qué lloras?—dijo Cervantes admirado y á la vez que se acercaba á su esposa.—Esplícate, Catalina; esas lágrimas...

—¡Déjame llorar!—exclamó con voz ahogada la desdichada víctima de su cándida inesperiencia.

—¿Pero?....

—No sé por qué lloro.... estoy triste.... me ahogo....

Lo que menos sospechó el poeta fué que su esposa tuviese celos.

—Algo me ocultas....

—Nada.... es que.... como estoy acostumbrada á verte á mi lado en los momentos en que... Perdona, Miguel... pero esta noche.... me entristeció tanto el no encontrarte....

—Pero ya me tienes aquí....

—Miguel.... ¿me amas?...,

—¡Que si te amo!.... ¿Lo dudas, Catalina?—dijo el poeta, estrechando entre sus brazos á su esposa.

Esta se estremeció, y mientras que apenas los sollozos la dejaban respirar, dijo para sí:

—Asimismo la abrazaba.... quizás como otras muchas veces.... ¡Y dice que me ama, y lo jura!...

—Pero ese llanto—repuso Cervantes con impaciencia—ese llanto no puede ser porque me haya entretenido el lance de esta noche: algo me ocultas....

—Estoy triste.... muy triste....

—Tiemblas, apenas puedes hablar.... Esplícate, Catalina, esplícate por Dios.

Pero la dama no contestó: solo pensaba en que su esposo se habia fingido médico y que no le esplicaba esta circunstancia ni aun habia hecho mencion de ella. Sus sospechas, pues, no solamente no se habian desvanecido, sino que iban adquiriendo el carácter de un convencimiento íntimo, y esto la atormentaba horriblemente, mientras que el poeta empezaba á desesperarse porque no podia convencer á su esposa y porque esta se entregaba á tan dolorosa pesadumbre por motivo tan leve, ó mejor dicho, sin motivo.

Dos ó tres veces abrió doña Catalina la boca para pedir esplicaciones á su esposo, pero se detuvo por miedo de que ya no quedasen dudas á sus sospechas, lo cual hubiera sido un golpe tan terrible, que ella creia no poder soportar: y pensando que con el tiempo todo lo sabria, determinó guardar completa reserva y observar cuidadosamente. Su situacion, era sin embargo, muy penosa, y para ocultar sus celos tenia que hacer esfuerzos muy dolorosos; pero era preciso dominarse, aparentar alegria y confianza como siempre, porque así convenia para sus fines y para la paz doméstica que es la primera felicidad conyugal.

Cervantes, que trataba á su esposa con una dulzura estremada, que seguia siendo el amante cariñoso y tierno de los primeros dias en que la conoció, tenia que esforzarse tambien para mostrar cierta calma que estaba muy lejos de contentar su impaciencia y aun su desesperacion, podemos decir, porque casi estaba desesperado al ver que una cosa la mas sencilla, la mas natural, la mas inocente, era para su esposa una gran desgracia y motivo de un hondo pesar, sin que nada bastase á convencerla de que semejante pequeñez no era ni aun para recordada á los dos minutos.

Transcurrieron algunos instantes sin que otra cosa se oyese

que los sollozos de doña Catalina, y al fin el poeta, ansioso de salir de aquella situacion, dijo:

—Pero nada me has contestado....

—Todo te lo he dicho.... Ya estoy mas contenta; el llanto me ha hecho mucho bien.... Hay momentos en que está uno triste sin saber por qué y necesita llorar.

—Catalina....

—Pero.... mira.... ya sonrío.... No hablemos mas de esto, te he mortificado....

Y doña Catalina secó sus ojos y sonrió.

Bien comprendió el poeta que era forzada aquella sonrisa, pero con la esperanza de que pronto se tranquilizase su esposa, no hizo mas observaciones.

—Así quiero verte, contenta, pero contenta de todo corazon.

Y ambos procuraron aparentar contento, aunque en realidad ninguno estaba satisfecho del resultado de aquella escena.

La primera nube habia empañado el horizonte conyugal: hasta entonces habia sido completamente feliz doña Catalina, pero desde aquel momento empezó á sufrir.

Buscaron descanso en el lecho, fingieron dormir y se engañaron en esto mútuamente, pues no cerraron sus ojos hasta cerca del amanecer.

Doña Catalina, durante el curso de la noche, intentó cien veces esplicarse el por qué su esposo se habia fingido médico; pero no acertó la razon, y hubo momentos en que se arrepintió de no haber puesto en claro este punto; pero luego se alegraba de haber guardado una prudente reserva, y decia para sí:

—Si me hubiese convencido de una horrible verdad.... ¡oh!... mejor quiero luchar con la duda, que sentir el tormento de una realidad cuya sola idea me espanta.

Y cuando al esparcir sus resplandores la aurora la rindió

la fatiga, soñó con mil fantasmas y vió sin cesar el rostro pálido de Inés y sus negros, ardientes y rasgados ojos.

Cervantes, entretanto, pensaba que la misma candidez de su esposa podia ser su infelicidad, pues su cariño sin la esperiencia iba á producir los mismos efectos que la malicia unida á un carácter exigente en otra cualquiera mujer, lo cual le obligaria constantemente á violentarse para no dar motivo de disgusto con la mas sencilla cosa. De manera que quien no hubiese conocido á doña Catalina y hubiese observado la conducta del poeta, deberia creer que este habia tenido la desgracia de elegir una esposa dominante, impertinente, pues tal era preciso para que él se encontrase tan embarazado en sus acciones y se privase de una libertad moderada, de esa libertad indispensable para la vida porque es la espansion, el descanso del espíritu. ¿Quién hubiera creido que doña Catalina, no solo no era exigente, sino que ni aun se mezclaba en las acciones de su marido, no le preguntaba siquiera sobre sus asuntos aunque fuesen de interés comun y no se hubiera atrevido á hacerle la mas ligera reconvencion? Doña Catalina amaba á su esposo como ninguna mujer ama al suyo, tal vez con exageracion, si en esto puede haberla; pero su falta de mundo le hacia comprender mal la aplicacion, digámoslo así, del cariño, le hacia buscar efectos que ni son naturales ni posibles en la vida social, y en fin, sin conocerlo, podia llegar un dia en que su mismo cariño, ó mas bien la mala inteligencia de este, fuese el mayor tormento, la mayor desgracia del poeta, cuando bien comprendido, bien aplicado, podia ser su mayor goce, un goce celestial, su mas completa dicha. Cervantes hubiera podido rebelarse y luchar abierta y enérgicamente contra la presion que iba á ejercer en su ánimo su esposa, si esta hubiese tenido la intencion de dominar; pero cuando ella no habia pensado en semejante cosa, cuando no tenia la conciencia de su proceder, cuando oprimia creyendo que daba libertad, no habia medio de entrar en lucha, no habia mas que someterse

ó herir en lo mas sensible del corazon á la infelíz que no habia cometido falta alguna, que era todo amor, todo candidez, todo virtud. ¿Qué puede hacerse contra un niño de tierna edad, sin juicio ni razon, cuando nos descarga un golpe rudo con el juguete que tiene en la mano y se sonrie y espera una sonrisa nuestra porque no comprende que nos ha hecho un mal? Si levantamos la mano para castigarle, nos falta el valor y nos detenemos al pensar que vamos á cometer una barbarie la mas brutal desahogando nuestro enojo contra quien no tiene culpa, y pasada la primera y mas viva sensacion de dolor, ó le hacemos una caricia, ó todo lo mas, le decimos dulcemente: «No hagas eso, hijo mio.»

CAPITULO XIV.

—

De cómo las casualidades iban ennegreciendo la nube conyugal.

El siguiente dia tuvo Cervantes especial cuidado de mostrarse cariñoso como nunca con su esposa para hacerle olvidar completamente el recuerdo de la pasada pesadumbre, y no salió hasta bastante tarde.

Doña Catalina le correspondió, esforzándose para no dejar traslucir lo que sentia, pero cada una de sus sonrisas era para ella un martirio; pues el venenoso roedor de los celos no la habia dejado un instante.

El hidalgo podia estar satisfecho de su obra: habia emponzoñado un corazon sensible, inocente, purísimo; habia abierto en él una profunda herida que difícilmente podria cicatrizarse; habia turbado la paz, la única dicha de aquellos

seres que ningun goce tenian en este mundo mas que su tierno cariño, ninguna felicidad mas que su mútua fe. Nada le quedaba á Cervantes que sufrir mas que las amarguras de las alteraciones domésticas, que son las peores, porque no se puede huir de ellas, porque son como un fantasma que camina con nuestra sombra cuando hay luz, que se abraza á nosotros en la oscuridad, que se introduce en nuestro lecho cuando se busca el reposo, convirtiéndose en horrible pesadilla; nada mas que eso le faltaba al desdichado despues de haberse visto mil veces espuesto á morir, despues de haberlo sufrido todo, la miseria, el hambre, la sed, la esclavitud, los malos tratamientos, las humillaciones, los abusos, las injusticias, los desengaños y cuanto el hombre puede sufrir. El hidalgo acababa de hacer una hazaña; habia pagado bien la confianza y la amistad; habia hecho buen uso de la franca y cordial hospitalidad que le habia dado una familia honrada y virtuosa; no hubiera hecho tanto un ladron porque nada tenia que robar en aquella casa, pero el hidalgo robó un tesoro inapreciable, la paz que es la mayor, la única felicidad de la familia, la confianza que es el supremo goce de la vida conyugal. Pero su delito estaba fuera de la ley, no podia castigarlo la justicia humana.

El primer cuidado de Cervantes fué cumplir su palabra á doña Inés, yendo á visitarla, pues aun cuando ningun plan tenia formado para ayudarle en su difícil situacion, pensó que hablando con ella podria combinar mejor los medios de servirla.

Llegó á buena hora, porque don Benito, segun costumbre de muchos años, habia salido para ir á pasar dos horas de tertulia en casa de un boticario amigo suyo donde se reunian diariamente cuatro á cinco hidalgos que ninguno habia conocido menos de sesenta navidades, y hablaban generalmente de los tiempos del gran emperador y rey, refiriendo unos sus hazañas de soldado, y los otros sus calaveradas de estudiante en la famosa universidad de Alcalá.

Cuántas fueron las muestras de gratitud que con cariñosas palabras dió Inés al poeta, es inútil decirlo, y para comprenderlo basta solo el pensar que de él esperaba la salvacion de su honra, que es prenda que se tiene en mas aprecio que la vida.

Correspondióle Cervantes con todo género de frases consoladoras, y entrando luego á tratar de lo que seria mas conveniente hacer, discurrieron largo rato. Mil medios propusieron ambos para salir bien del apuro, pero encontraron mil inconvenientes, y al cabo no pudieron resolver sin meditar de nuevo, porque á toda costa querian evitar la intervencion de un tercero que parecia ser indispensable.

Acababan de dar las doce cuando el poeta salió de casa de doña Inés, y muy condolido de la suerte de la infeliz, subia lentamente la calle del Cordon, dudando si á pesar de lo avanzado de la hora iria á visitar al comediante Correa; pero cuando empezaba á inclinarse á volver á su casa para comer, y á tiempo que entraba en la plazuela de San Salvador, encontróse con uno, al parecer hidalgo de buen porte, rostro alegre y vivos ademanes que lo detuvo apretándole amistosamente la diestra con muestras de contento. Era uno de esos miles de poetas que pudieran llamarse caseros porque sus versos no son conocidos mas que en el círculo de personas con quienes tratan, pero cuya fecundidez es asombrosa, pues no pasa dia sin que conciban y aborten media docena de sonetos, diez madrigales, veinte octavas y algun romance, aunque á estos tienen menos aficion, pues generalmente son inclinados á lo sublime y á las formas épicas. Los tales tienen siempre un repuesto de redondillas y décimas alusivas á toda clase de asuntos, y que bien aprendidas de memoria, las recitan cuando se les dice que improvisen, no sin pasarse antes las manos por la frente como si al frotarla hubiesen de brotar los conceptos como las chispas del pedernal al roce del eslabon, cerrar luego los ojos, inclinar la cabeza y cruzar los brazos, permaneciendo

así algunos instantes como quien espera una lluvia de inspiracion. A todas las mujeres bonitas les prometen y hacen versos, ya alabando los ojos, la boca, el talle, la voz ó los piés, que suelen llamar enanos ó compararlos con dos piñones ó dos almendras alicantinas confitadas, y salen del apuro con aprender á decir que el talle se parece á una palmera, sin dátiles por supuesto; que los ojos despiden rayos abrasadores, que bien pudieran haber destruido á Sodoma; que los lábios son corales y los dientes perlas; que los cabellos son de oro y el cuello de alabastro; que la noche tiene manto como una dueña, y que la aurora rompe el manto de la noche con la misma facilidad que si viniese armada de un enorme cuchillo; que los arroyos murmuran lo mismo que comadres entrometidas; que suspira el céfiro como una coqueta, y otras mil cosas que seria muy largo enumerar.

Como ya hemos dicho, grande fué su alegria ó al menos la aparentó, al encontrar á Cervantes, el cual, no muy satisfecho, intentó pagar con un saludo al poeta y seguir adelante para no perder tiempo en inútiles conversaciones; pero el otro lo detuvo y con estudiado acento le dijo:

—Un instante no mas, señor Miguel; un instante no mas, que quiero daros la enhorabuena. Anoche os busqué por todo el corral para abrazaros como cumple á un buen amigo y admirador de vuestro sublime ingenio, pero como luz que se apaga al mas leve soplo, se desvaneció mi esperanza y quedó en tinieblas mi deseo.

—Gracias, señor Pereda—contestó Cervantes;—vuestras alabanzas son inmerecidas; me mirais con los ojos de la amistad.

—Por el mismo Apolo os juro que mas de un envidioso se morderia los lábios con rabia; pero como sois estremadamente modesto, tan modesto como una doncella que tiene vocacion de monja, no os teneis en tanto como valeis ni gustais de alabanzas mientras que por todas partes las buscan los que no las merecen.

—Es que quiero ser imparcial hasta conmigo mismo.

—No me ganareis á severo en punto á juicios literarios, pues ya sabeis que soy muy descontentadizo y escrupuloso; pero la *Gran Turquesca*... En fin, dejemos este asunto puesto que no os agrada, y os diré que por dos motivos me alegro mucho encontraros: el uno por felicitaros, y el otro porque deseo que me acompañeis.

—¿Teneis pendiente algun lance?...

—Con media docena de amigos que tambien lo son vuestros, y todos hijos de Apolo.

—Comprendo—replicó Cervantes;—se trata de....

—Un pernil que haria pecar á un moro; una liebre que tentaria la sobriedad de un ermitaño, un pastelon de pichones que envidiaria el mismo rey, y unas botellas de Jerez, Valdepeñas y Málaga que podrian hacer el milagro de Lázaro, aun cuando el difunto estuviese en esqueleto. Todo lo cual, preparado por la incomparable Manuela, décima musa que tiene un lugar reservado en el celeste Pindo, pagará sin que le pese uno de los dos que han hecho cierta apuesta.

—¿Quiénes son?

—El señor Montalvan y un servidor vuestro, siendo una de las condiciones estipuladas, que tanto él como yo podemos convidar á los amigos que mejor nos parezca. Por todo lo cual, y usando de mi derecho, os suplico que nos hagais compañia y os quedaremos agradecidos.

—Mucha honra me dispensais, señor Pereda, pero ocupaciones de importancia me impiden aceptar vuestra tentadora oferta. Ya vereis cuán grande será la urgencia, que á pesar de tener que ir á visitar á Correa, á quien no he visto desde ayer, cuando os he encontrado pensaba volverme para ir á mi casa, comer de prisa y salir otra vez sin detenerme.

—Todo puede arreglarse.

—Os repito....

—Puesto que ibais á comer antes de despachar ese asunto

que tanto os importa, venid, tomareis un trozo de pernil, echareis un trago y os ireis.

—No tengo tiempo bastante....

—El que habiais de gastar en comer en vuestra casa.

—Una vez allí—replicó Cervantes—ni vosotros me dejareis hasta el fin de la broma, ni á mí me agradará dejaros, de lo que resultará que, perdiendo minuto tras minuto, pasará la hora y la tarde y ya nada podré hacer.

—Os echaremos si no quereis iros.

—Perdonadme por hoy; otro dia lo desquitaremos.

—Vais á vuestra casa, es mi camino, os acompañaré y os suplicaré hasta que me digais que sí.

—Acompañadme, porque en ello recibiré merced, pero no espereis que me decida....

—Lo veremos.

—Es el primer favor que os pido.

—Y yo el de que no me rogueis porque siento negaros lo que, no á vos, sino á mí me favorece.

El señor Pereda, como se ve, no carecia de algun ingenio; pero estraviado por la ignorancia y mal aconsejado por la vanidad, nada llegó á ser en la literaria república, cuando pudo haber sido algo.

A buen paso tomaron la calle del Cordon para seguir por San Justo, y suplicando Pereda y negándose Cervantes, dejaron atrás la plazuela de Puerta Cerrada y la calle de Toledo, y en pocos minutos llegaron á la de la Magdalena.

No faltaban veinte pasos para llegar á la casa de Cervantes, y ya este creia poder eludir el compromiso, cuando les salieron al encuentro, desembocando por la calle de Cañizares, tres de los que debian asistir á la broma.

—¡Bien!—exclamó Pereda.—Me llegan auxilios y ya no os escapareis.

—Dios conserve al señor Miguel de Cervantes.

—Y las Nueve lo bendigan—dijeron los recien llegados.

—A tiempo venís — repuso Pereda sin dar á Cervantes lugar para que contestase.—Aquí lo teneis sin querer brindar con nosotros, porque dice que le falta tiempo....

—¿Es posible?... Sin duda os equivocais, amigo Pereda. ¡Faltar tiempo al señor Miguel para apurar un vaso con sus compañeros!.... Habrá querido decir que le falta tiempo para empezar, ó lo que es lo mismo, que se le hace tarde el no tener ya en la mano el topacio líquido de Jerez.

—Sí, sí, os habeis equivocado....

—No habeis comprendido....

—Me falta tiempo, es una figura de lenguaje que todo castellano sabe traducir por «me consume la impaciencia, el deseo.»

—Os equivocais—replicó Cervantes—no he querido hablar figuradamente, sino liso y llano....

—¿A dónde ibais?

—A mi casa.

—Mejor estareis en la de Manuela.

—Pero....

—¿Qué teníais que hacer?

—Primero, comer....

—En casa de Manuela, donde está preparado un gran banquete digno de Baltasar.

—Es que....

—Comprendemos vuestra impaciencia, apretemos el paso y.....

—Escuchadme ¡vive el cielo!

—No se os escucha—dijeron á una voz los cuatro poetas.

Y rodearon á Cervantes, y mientras hablaban todos á un tiempo y reian á carcajadas, lo empujaron obligándole á andar.

Era aquella gente alegre en estremo y dispuesta para una broma.

—¡Adelante, señor Miguel!

—¡Adelante, que os llevamos á la gloria!

—Si, si, replicó Cervantes, que no podia negarse sériamente sin caer en el ridículo.—Ahora me llevais á la gloria, pero luego....

—¿Quién se acuerda de luego?

—¿Quién piensa en lo futuro cuando lo presente es una botella?

—Es que tengo un asunto....

—Ninguno vale tanto como nosotros.

—Ni como una liebre preparada por la señora Manuela.

—Y ¿quién reparará los perjuicios?

—Otro pernil y mas botellas que os harán olvidaros de todo.

—Pero amigos mios, pensad....

—Vos sois el que habeis de pensar....

—Memento, homo....

—Acuérdate, hombre, que pierdes todo lo que no te diviertas.

—Bienaventurado el que convierte este valle de lágrimas en valle de risas.

De esta manera, hablando todos á la vez, gritando y riendo, obligaron á Cervantes á seguirlos sin hacer caso de sus repetidas escusas, y dándole como incontestable razon la de que el tiempo que habia de gastar en comer en su casa podia emplearlo en hacerles compañía, á lo cual el poeta no hubiera podido decir otra cosa sino que no queria hacer esperar á su mujer; pero esto hubiera provocado la mas punzante burla, sobre todo cuando llegase á noticia de Lope de Vega, que en punto á cuestion matrimonial perdia los estribos hablando de mujer propia, sin duda porque la suya, tipo enteramente opuesto á doña Catalina, fué su tormento segun es fama.

No tuvo, pues, Cervantes mas remedio que seguir, ó mejor dicho, dejarse llevar, y aparentando el mismo contento que sus amigos, pasó por la puerta de su casa sin mirar á ella.

Cuando llegaron á la esquina de la calle de la Manuela,

que es la misma que hoy se conoce con el nombre del Ave María, encontraron á otros dos de los que debian asistir á la comida. Era el uno Lope de Vega que por aquellos tiempos habia ya alcanzado una reputacion envidiable y como su ingenio sublime y sin igual fecundo merecia. Al saludar á Cervantes y á los que con este iban, desplegó una sonrisa cariñosa, pero leve, que dilató su enjuto y severo rostro y que hizo brillar sus negras pupilas.

—Se conoce—dijo—que no estamos citados para ningun entierro, pues ninguno ha dejado de acudir con puntualidad.

—Falta el señor Montalvan.

—Ya estará requebrando á la Manuela para desesperarla, segun tiene de costumbre.

—A pesar—repuso Pereda—de que no estamos citados para ningun entierro, no falta entre nosotros quien viene á la fuerza.

—¿Quién puede ser?—replicó Lope.

—Aquí lo teneis—contestaron los otros, señalando á Cervantes.

—¿Es posible, señor Miguel, que en un caso de tanta importancia hayais intentado hurtar el cuerpo?

—Posible es, porque asuntos que me interesan mucho me llaman á otra parte; pero ya que como prisionero me llevan, no penseis que haya de pesarme acortar vuestra racion ó aumentar el gasto del que tenga que abrir la bolsa.

—¿Es decir que todo lo sacrificais?....

—A las botellas empolvadas de Jerez añejo de que me ha hablado el señor de Pereda, y á lo alegre de vuestra compañía. Pero entretanto, ignoro lo que motiva la broma....

—Ya os he dicho que una apuesta.

—¿Pero sobre qué?

—Sobre nada, si bien lo mirais—contestó Lope.—La verdad es que el señor Montalvan y el señor Pereda tenian ganas de pasar un rato alegremente aunque les costase el dinero, y

tomaron por pretesto una disputa, apostando sobre el asunto mas trivial que podeis imaginaros.

—¿Y ese asunto?....

—Es quién de los dos hace de improviso y mejor una décima con pié forzado y asunto que se le dé.

—Habeis dicho bien, señor Lope; tenian gana de broma y han buscado ese motivo para satisfacer su deseo.

—Lo cual no me importa puesto que ellos han de pagar y divertirnos.

—Tampoco á mí me pesa aunque haya tenido que abandonar otros negocios. Y puesto que sospechais que debe estar esperándonos el señor Montalvan, no perdamos tiempo porque puede pasarse el jamon.

¡Bien por el señor Miguel de Cervantes!—gritaron algunos sin cuidarse de que los transeuntes se les quedaban mirando con estrañeza.

—Silencio, que nos tendrán por locos—dijo Pereda.

—No se equivocarán—replicó Lope—pues poetas y locos son iguales, sin mas diferencia que el nombre.

—Que nos elamos.

—Ciertamente.

—Vamos, vamos, que si se impacienta el señor Montalvan, se comerá el jamon y la liebre.

—Adelante, escandalosos hijos de Apolo y devotos de Baco: perder el tiempo cuando esperan las botellas, es un crímen.

Tomaron la calle abajo, y Cervantes, haciendo, como suele decirse, de tripas corazon, mostróse mas decidor y alegre que ninguno para evitar que se sospechase el motivo que le hacia no querer acompañar á sus amigos.

Diez minutos despues llegaron á la famosísima taberna de Manuela, que estaba sítuada en el campillo del mismo nombre conservado aun por la tradicion y respetado por el tiempo, y donde nuestros mas insignes poetas tenian su punto de reunion para hablar y divertirse. Bajo el techo pobre de la cé-

lebre taberna resonaron las alegres carcajadas de animados banquetes y se levantaron las voces de Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Montalvan y otros muchos cuyos portentosos génios han honrado á nuestra pátria y dejado los mas gloriosos recuerdos.

Como tendremos otras ocasiones de referir alguna de las alegres escenas que tuvieron allí lugar, dejaremos por ahora la descripcion de la taberna y de lo que en ella sucedió aquella tarde, y solo nos ocuparemos de las consecuencias que tuvo la desdichada casualidad de haber encontrado Cervantes á su amigo Pereda y haber sido convidado á participar de la broma.

CAPITULO XV.

De cómo el señor Antonio no perdia ninguna ocasion de adelantar en sus planes.

ERVANTES, siguiendo la costumbre de aquel tiempo, iba á comer á las doce del dia, de manera que cuando pasó esta hora y no fué á su casa, estrañando la tardanza doña Catalina, se asomó al balcon y recorrió con la mirada todo el trozo de calle que podia descubrirse.

—No viene—murmuró.

Y observando por espacio de algunos momentos mas, y viendo que por ningun lado asomaba su esposo, se retiró porque el frio era intenso y el airecillo que soplaba húmedo y sutil.

Entretenida en algunos quehaceres domésticos pasó buen rato doña Catalina, pero cuando ya era la una y Cervantes no

volvia, empezó á cavilar sin saber á qué atribuir la tardanza.

—Me dijo que no tenia que hacer otra cosa mas que visitar á Correa, pero se fué mucho antes de las once.... Sin duda, entretenidos en hablar de la comedia, no habrán sentido pasar el tiempo.

Otra media hora transcurrió, pesada, atormentadora para la dama que sospechó si habria sucedido alguna desgracia á su esposo, cuando llamaron á la puerta.

—¡Será él!—exclamó doña Catalina.

Y sus azules ojos brillaron alegremente, y se levantó, corriendo hácia la puerta; pero de pronto se detuvo desconcertada y quedó triste al ver al señor Antonio.

—Guárdeos el cielo, señora—dijo este, desplegando la sonrisa que él tenia por seductora, y mirando á doña Catalina con toda la ternura de su amor.

—Y á vos tambien—murmuró la dama que aun estaba turbada por su desagradable sorpresa.

—Quizás llego á mala hora....

—No tal.....

—Estariais comiendo....

—Aun no ha venido Miguel.... Entrad.

—Mucho tarda hoy—dijo el hidalgo, mientras siguiendo á doña Catalina, entraba y tomaba asiento.—Pero no lo estrañeis, porque lo habrán entretenido unos y otros para hablarle de su comedia....

—Solo iba á ver á vuestro amigo....

—¿El señor Correa?

—Sí.

—Acabo de separarme de él despues de una visita de tres horas.

Doña Catalina palideció.

—Entonces—dijo—no habrá ido Miguel á verlo, porque lo hubieseis encontrado.

El señor Antonio adivinó fácilmente que la tardanza del

poeta daba mucho que pensar á doña Catalina, y de esto dedujo que la intriga de la noche anterior habia producido su efecto.

—Mi plan es bueno, segun los resultados que se traslucen—pensó el hidalgo.—Aprovecharé esta ocasion, porque de seguro los ojos negros de Inés hacen el papel principal en esta comedia.

Y luego añadió en voz alta y mientras se arreglaba su cuello almidonado:

—Señora, casi me atrevo á adivinar dónde se ha detenido vuestro esposo.

Doña Catalina miró afanosamente al hidalgo.

—Cumpliendo—añadió este—con el deber de todo hombre galante, habrá ido á visitar á la dama de anoche para saber si el accidente tuvo malas consecuencias, y entre cumplimientos, hablar de la comedia y esperar al padre que no estaba en casa, puesto que yo lo he visto al venir en la calle del Leon, se les habrá pasado el tiempo.

—El padre—dijo doña Catalina con visible turbacion—tal vez habria salido cuando lo encontrasteis....

—Nó—replicó el hidalgo, fingiendo no apercibirse de la turbacion de la dama.—Y digo que no venia de su casa, porque dobló la esquina de la calle de las Huertas y siguió hácia arriba.

—Pero si ella estaba sola no habrá recibido la visita....

—Nada tiene de particular.... acompañada de su dueña.... y que.... parece mujer despreocupada....

—Dijisteis anoche que no la conociais....

—Y es la verdad.... solo la conozco de vista, he preguntado alguna vez su nombre y.... nada mas.

—¿Cómo se llama?—dijo doña Catalina que sentia palpitar el corazon con tanta violencia como si fuese á rompérsele.

—Se llama.... ¿Creereis que no me acuerdo?

—¿Habeis olvidado el nombre de una dama tan hermosa?

—Sí, efectivamente es hermosa, y mas que todo tiene be-

llos los ojos.... tan grandes, tan negros, tan espresivos y de mirada tan ardiente....

—¡Oh!—interrumpió la esposa de Cervantes, poniéndose roja como el carmin.—Los ojos....

—A pesar de que, como ya os he dicho, me gustan azules como el cielo, de mirada tranquila, dulce, tierna, lánguida....

—Pero no me habeis dicho su nombre—dijo doña Catalina interrumpiendo al hidalgo que llevaba trazas de apurar todos los adjetivos aplicables á la calificacion de las miradas.

—El apellido de su padre es Carvajal, pero el nombre de ella.... su nombre.... ¡ah!... ya me acuerdo, se llama Inés...

—¡Inés!—repitió la esposa del poeta como si quisiese grabar en su memoria este nombre, de manera que no se borrase jamás.

—Vuestra curiosidad está satisfecha.

—No era grande.... ya veis.... debe interesarme poco....

—Menos á mí, porque como os he dicho solo me gustan los ojos azules, así.... por ejemplo, del color de los vuestros....

—De manera—volvió á interrumpir doña Catalina, poniéndose colorada—que segun puede calcularse, aun tardaremos en comer....

—Lo menos una hora, porque habeis de pensar que mientras el anciano, que no anda muy de prisa, llega á su casa y habla algunos momentos con el señor Miguel y este llega aquí, ha de pasar mas de la hora. Por consiguiente, yo, en vuestro lugar comeria sin esperarlo.

—¡Comer sin esperarlo!—dijo admirada doña Catalina.—¿Qué pensaria de mí?

—Veo, señora, que tomais demasiado sériamente los cumplimientos que deben guardarse entre marido y mujer.

—¿Cumplimientos llamais á los deberes?

—Eso no son deberes, y os lo prueba el que vuestro esposo, que nunca faltó á los suyos, que es hasta exajerado para cumplirlos, no se da gran priesa en venir, y pasa el tiempo tran-

quilamente y hablando de lo que, si bien puede serle grato, no le reporta ningun provecho.

Doña Catalina estaba horriblemente atormentada por sus sospechas y por las palabras del señor Antonio que ella iba traduciendo y comentando en armonía con sus celos de este modo:

—Está con ella y á su lado pasa el tiempo sin sentir y me olvida, ó por lo menos no le importa que yo lo espere.... ¡Que yo lo espere mientras que tal vez prodiga sus caricias á otra!... ¡Oh!....

Y al llegar aquí se estremecia la desdichada, afluia á su cabeza toda su sangre, sentíase medio ahogada, y su imaginacion, escitada por los celos, iba hasta donde puede ir la locura en tales casos. Lo que entonces sufria es imposible hacerlo comprender al que no lo haya sentido.

Por corta que fuese la perspicacia del hidalgo, no podia dejar de apercibirse de la turbacion de la dama, y muy satisfecho de haber obtenido tan buen resultado en pocas horas, se decidió á seguir su plan, sin pensar que estaba cometiendo un crímen espantoso al atormentar impunemente y de la manera mas cruel, con el fin mas egoista, un corazon tierno y puro.

—Señora—dijo—vuestro esposo tarda y parece que esto os tiene intranquila.

—Puede haberle acontecido alguna desgracia....

—Descuidad.

—Nunca ha sucedido esto....

—Pero habeis de pensar, primero, que en una hora se rodean compromisos que son inescusables, y luego, que segun el tiempo pasa despues de casados, lo mismo el hombre que la mujer van tratándose con mas franqueza y dan menos importancia á lo de hacerse esperar, ó comer ó no reunidos, porque como todo tiene fin porque así lo ha dispuesto Dios, único ser infinito, tambien se acaban las primeras ilusiones y sucede la realidad de un afecto tranquilo....

—Vos no podeis saberlo.

—Todos lo dicen.

—¡Ah!... Miguel es el mismo ahora que antes.

—Ya veis como nó, y en ello no os ofende ni hace cosa vituperable, puesto que ahora no se da prisa para venir, y en tonces hubiera sido para él asunto gravísimo el no haceros esperar para comer.

—Habeis de ver como no es en casa de doña Inés donde se ha detenido.

—Será con amigos, que lo mismo es para el caso.

—Otros negocios de mas importancia deben haberle impedido venir.

—Como decis que solamente al señor Correa pensaba visitar....

—Pero luego puede haber cambiado de pensamiento.

—No hay duda, señora; pero si os hago estas reflexiones es para tranquilizaros: por lo demás, creo que sin intencion hemos ido insensiblemente dando mas importancia de la que debe tener al retardo de vuestro esposo, y quizás, no solamente no haya ido á visitar á doña Inés, sino que ni siquiera se habrá acordado de ella.

—Temo que alguna desgracia...

—Puesto que tanto es vuestro afan, si quereis iré á buscarlo, aunque ignoro donde pueda encontrarse.

—Gracias, señor Antonio.

—No quereis tomar mi consejo....

—¡Comer sin esperarlo!... imposible.

—Pues si no os molesta mi compañia, lo aguardaré tambien,

—Al contrario, me hareis en ello mucho favor.

—No teneis que agradecérmelo, sino yo á vos, porque... á vuestro lado se pasa el tiempo sin sentir.

El hidalgo exhaló un suspiro, y dirigió á doña Catalina una de las miradas tiernas que él tenia por de irresistible seduccion; pero tan absorta estaba en sus tristes y atormentadoras ideas

la esposa de Cervantes, que ni se apercibió del suspiro ni de la mirada, ni oyó las palabras del intrigante enamorado; de manera que este pudo sin ser interrumpido, seguir diciendo cuanto se le vino á la boca.

—Calla—pensó el señor Antonio despues de haber hablado largo rato.—Palidece cuando le digo que sufro, y si le indico que la amo, el carmin del pudor sale á sus tersas megillas. No hay duda que he logrado interesar su corazon, porque me escucha sin interrumpirme.

Partiendo de tan errada creencia, concibió el hidalgo las esperanzas mas dulces, formó mil castillos en el aire, y concluyó por creer firmemente que lograria sus amorosos deseos, porque doña Catalina, celosa y para vengarse de su marido, le corresponderia.

Entretanto la infeliz, sin acordarse siquiera que tenia delante al señor Antonio, se atormentaba con sus dudas y decia para sí:

—Hace tres horas que salió, diciéndome que no iba mas que á ver á Correa, y sin embargo, ni lo ha visitado ni ha vuelto á la hora de costumbre. La dama de los ojos negros estaba sola en su casa, y el señor Antonio dice que no es mujer de muchos miramientos... ¡Oh!... Estas dudas me matan lentamente y vale mas morir de una vez sabiendo la verdad. Se fingió médico, y sobre esto nada me ha dicho; sin que yo le pregunte me dice á donde va, pero miente... Este hidalgo debe sospechar tambien, pero no quiero preguntarle porque seria descubrirle mis celos; no quiero escitar su curiosidad porque averiguaria, y... si he perdido el cariño de mi esposo, al menos que todo el mundo ignore que me engaña, porque si se llegase á saber seria mas doloroso mi martirio. Pero ella se gozará con mi desdicha, estará orgullosa con su triunfo, y cuando me encuentre en la calle me mirará con desprecio... ¡Dios mio!

Lágrimas de amargura y de despecho hubieran brotado de

los ojos de doña Catalina si el hidalgo no estuviera presente; pero se contuvo aunque con gran trabajo, y disimuladamente se oprimió el pecho porque apenas podia respirar.

Dieron las dos y doña Catalina exhaló un suspiro doloroso y otro en estremo tierno el hidalgo.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno hablase, y cuando el enamorado iba á volver á sus indirectas, animado por el silencio de la dama, llamaron á la puerta.

—Será él—dijo doña Catalina.

—Probablemente.

—Con vuestro perdon... voy á ver... ya han abierto...

—Cervantes entró.

—¿Qué te ha sucedido?—le preguntó su esposa.

—Lo que en otra ocasion hubiera yo tenido por fortuna, y hoy he considerado como desgracia.

—Desde ayer—dijo el hidalgo—desapareceis sin saber cómo ni por dónde y os haceis esperar que es un portento. Amigo mio, desde que mas valeis os vendeis mas caro.

—Anoche—replicó el poeta—el desmayo de aquella dama y la casualidad de que no estuviese en casa su criado; y hoy el haber encontrado algunos amigos que se empeñaron en obsequiarme, de tal modo, que he tenido que aceptar por no caer en ridículo.

—Segun eso habeis comido.

—Poco, y bebido algo.

—Pero ha sido larga la broma—repuso el señor Antonio que parecia inspirado por doña Catalina.

—No tal.

—Como tengo entendido que hace mas de tres horas que salisteis de casa...

—He tenido que ocuparme en otros asuntos...

—¡Ah!—interrumpió el hidalgo.—Es verdad, me ha dicho vuestra esposa que ibais á ver á Correa...

—Justamente, cuando salí de aquí me encaminé á su casa.

—¿Lo encontrasteis?

—Sí.

—Ya comprendo—replicó el señor Antonio á la vez que sonreia maliciosamente y echaba á doña Catalina una mirada de inteligencia.—Se os habrá pasado el tiempo hablando de la comedia....

—Hasta las doce ó despues.

Doña Catalina palideció y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exhalar un grito. Ya no dudó que su esposo la engañaba, puesto que mentia, diciendo haber estado con el comediante hasta las doce; pero quizás mas que el engaño, le atormentó el que el hidalgo se enterase de él y la mirase de aquel modo como si le dijese: «Ya sabeis que no es verdad, y veis que no me equivoqué al deciros que estaria al lado de doña Inés, estasiado en contemplar sus negros, rasgados, espresivos y ardientes ojos.»

—Pero te encuentro pálida, agitada... ¿Qué tienes?—repuso el poeta, dirigiéndose á su esposa.

—Nada... el cuidado en que me ha puesto tu tardanza.... pero.... ya estoy tranquila.

—Comeremos....

—¿No has comido ya?

—Poco, lo preciso para complacer á mis amigos, pero no lo bastante.

—Os dejo, que ya va siendo tarde y tengo una cita en el *Mentidero*.

Así llamaban entonces á una plazuela que ya no existe y que estaba en la calle de las Huertas, á la salida de la del Leon.

—No porque vayamos á comer debeis iros...

—Me esperan y por eso tengo prisa; me he detenido por hacer compañia á vuestra esposa que estaba intranquila.

—Entonces no quiero deteneros.

—A la noche, si vais al corral de la Cruz, y si no mañana

me referireis la broma de esta tarde: debe haber sido animadísima porque el señor Lope es un mancebo muy decidor. Tambien quiero que me digais cómo os ha recibido Correa que debe estar muy contento del resultado de la comedia.

—¿No lo habeis visto?

—Hoy pensé visitarlo, pero al fin no he podido, y ya por poco que me entretenga en el *Mentidero*, no me quedará tiempo para ir. Se me ha pasado el dia sin sentir y sin saber cómo... Pero os estoy estorbando... perdonadme... Que Dios os conserve, y hasta luego ó mañana.

Ya no quedó á doña Catalina duda de que el hidalgo habia conocido claramente que la engañaba su esposo, y esto fué para la infeliz un tormento mas, no solamente porque sintió herido su amor propio, sino porque se quedó corrida al pensar el triste papel que habia hecho asegurando que el poeta era todavia el mismo amante, sincero y cariñoso que el primer dia que la conoció, y tambien porque la poca reserva del hidalgo daria lugar á que todo el mundo conociese la debilidad de su marido.

Cervantes y su esposa se pusieron á comer sin pronunciar una palabra, y ambos por mera ceremonia, tomaban algun bocado que trabajosamente tragaban.

—¿Estás indispuesta?—preguntó al fin el poeta.

—Nó—contestó doña Catalina.

—Apenas comes....

—Como se pasó la hora de costumbre....

—Natural parece que por lo mismo que es mas tarde que otros dias, tengas mas apetito.

—Pues.... no sé....

—Además, aparentas estar disgustada.

—Ya te he dicho que tu tardanza me puso en cuidado.

—Aquí estoy ya y sabes que nada me ha sucedido.

—Sí, ciertamente—balbuceó doña Catalina que empezaba á temblar como la noche anterior.—Creí que alguna

desgracia ó algun asunto de gravedad te habian detenido, pero....

—Catalina—interrumpió dulcemente el poeta—hay compromisos que no pueden evadirse sin caer en el ridículo; tú no conoces el mundo y no sabes que en ciertos casos es preciso fingir que uno es como los demás. Los que me han convidado á comer creian hacerme un favor y proporcionarme una hora de alegria, cuando ha sido para mí de afan angustioso porque sabia que me esperabas y que estarias con cuidado, y tambien porque tu compañía me es mas grata que la de mis amigos. Además, he sufrido y trabajado mucho desde mi juventud y lo que deseo es tranquilidad y descanso; todas las diversiones me son indiferentes, y para mí no hay ya otro goce que los de la familia. ¿Pero qué he de hacer? Si me retirase de todo trato se burlarian de mí, y lo que es peor, me faltarian los medios de ganar para el sosten de mis obligaciones.

—No es preciso llevar las cosas á ese estremo—replicó doña Catalina, que por primera vez se atrevió á discutir con su marido;—pero si hubieses dicho á tus amigos que tenias que comer....

—Ellos me lo ofrecian.

—Y que no querias hacerme esperar....

—Todos ellos estaban en el mismo caso que yo, y sin embargo, dejaban de comer con sus familias, sin creer que esto era cosa de importancia. ¿Sabes lo primero que hubiesen sospechado? Que tú eras una mujer intolerante y que me tenias dominado hasta el punto de que yo no me atrevia á faltar á la hora de costumbre sin pedirte antes permiso, lo cual hubiera sido motivo de la burla mas punzante.

—¡Burlarse porque amas á tu esposa, porque la prefieres á tus amigos!....

—Nó, Catalina, sino porque me faltaba el valor para hacerte esperar, porque no era yo dueño de mis acciones.

—Pero el cuidado en que debia ponerme tu tardanza....

—Casados habia entre ellos que estaban en el mismo caso, y aun se han quedado en la taberna con ánimo de no salir hasta la noche para ir á ver la comedia y luego á su casa á dar cuenta de sus personas.

—¡Desdichadas mujeres!...

—Se tienen por dichosas, y no debes lastimarte de su suerte, porque la verdadera felicidad consiste en creerse feliz.

—Pero el cariño de esposos....

—Catalina, el mundo no es como tú te lo figuras y por eso eres mas desgraciada que las mujeres á quienes compadeces. El cariño de esposos debe ser como el nuestro, pero no hay tampoco que exagerar la manera de demostrarlo porque se cae en el error. Yo no hubiera hecho lo que esos otros; yo no hubiera tenido vergüenza de decir que queria avisarte despues de la comida para que no estuvieses con cuidado porque me iba á la comedia, porque yo no hago, como ellos, gala de no amar á mi mujer ni me lamento de haberme casado; pero tampoco me hubiera atrevido á decirles que por tí no los acompañaba á comer.

Doña Catalina quedó silenciosa porque el que su esposo hubiese empleado el tiempo con sus amigos no era el fundamento de su pesar, y por consiguiente no tenia para qué insistir sobre este punto; lo que ella hubiera querido ver esplicado era, primero, el por qué la noche anterior se habia fingido médico su esposo; y segundo, la razon porque habia mentido diciendo que habia ido á ver á Correa. Empero era esta cuestion muy espinosa y doña Catalina no se atrevió á tocarla entonces porque le pareció mas conveniente esperar á tener pruebas mas claras de la infidelidad del poeta.

—Tu silencio—repuso este—me indica que no te has convencido con mis razones.

—¿Qué he de decirte? Es verdad que no conozco el mundo.

—¿Pero tu buen juicio?...

—No sé—replicó doña Catalina;—lo que sí es cierto que sufro, y....

No pudo proseguir porque le faltó el aliento y las lágrimas querian asomar á sus ojos.

—¿Pero es posible—dijo el poeta con acento de resignacion—que una cosa tan trivial te afecte hasta tal punto, que cualquiera al verte pensaria que ha sucedido alguna horrible desgracia?

—No acierto á esplicarte lo que siento—replicó la dama.

Y sin poder ya contenerse, exhaló un profundo suspiro y se cubrió el rostro mientras que salia de sus ojos un raudal de lágrimas.

—¡Catalina!—dijo Cervantes con ternura y acercándose á su esposa para estrecharla en sus brazos.—Tranquilízate, te atormentas sin razon ni motivo y me haces sufrir horriblemente. ¿Por qué lloras? No puedo creer que sea la causa el que yo haya venido tarde, pues por mucha que sea tu inesperiencia, no debes dar tanta importancia á lo que no tiene ninguna. No sé lo que desde anoche advierto en tí....

—Hay dias en que todo entristece, y.... soy supersticiosa....

—¿Pero qué tienes?

—No sé esplicármelo.... tengo un presentimiento....

—¿Cuál?.... ¡Por Dios, Catalina!—replicó el poeta que se desesperaba al ver que la razon nada podia para convencer á su esposa.—Habla, no temas enojarme.... ¿Qué presientes?

—Que nuestra felicidad va á concluir.

—¡Que nuestra felicidad va á concluir!—repitió admirado y sorprendido Cervantes.—¿Y por qué?.... Alguna cosa, aunque lejana, temerás....

—No acierto....

—Nuestra felicidad está en nuestro cariño, y sin que este acabe, no puede aquella oscurecerse.

—Es verdad.... pero....

—¿No tienes seguridad en la firmeza de tu amor?

—¿Eso me preguntas?

—Entonces....

—El tuyo....

—¿Has perdido la fe en el mio?

—Nó—balcuceó tímidamente doña Catalina.

—Entonces no te comprendo.

—Ya te he dicho que son temores vanos, supersticiosos....

—Pero la supersticion es siempre hija de algo.

—Te atormento, Miguel.... No pensemos mas en esto....

—Es que no me quedo tranquilo....

—Hablemos de otra cosa....

—Pero ese llanto....

—Ya no corre, y dentro de algunos momentos me verás alegre; estoy mas tranquila....

—Y al fin no has comido.

—Lo compensaré cenando mas—repuso doña Catalina que se esforzó para aparecer mas sosegada.

Cervantes prodigó á su esposa mil tiernas caricias que entonces fueron para la infeliz un tormento, porque pensó que del mismo modo habria hecho pocas horas antes con la dama de los ojos negros y ardientes.

El amor es hijo de Dios, pero los celos del diablo, pues aunque el vulgo dice, «No hay amor sin celos, ni celos sin amor,» debe añadirse un adjetivo de esta manera: «No hay amor propio sin celos, ni celos sin vanidad.»

—¿Quieres salir á dar un paseo?—dijo al fin el poeta á su esposa.

—Mas tarde si acaso no tienes que trabajar.

—Aprovecharé ahora el tiempo, y despues de anochecido iremos á ver á mi madre.

—Bien.

Cervantes estampó un beso en la frente pálida de su esposa y se encerró en el aposento donde acostumbraba á trabajar,

mas que con ánimo de escribir, con deseo de estar solo y dejar que libremente saliese á su semblante la amargura de su alma: no podia desahogarse depositando sus penas en un pecho amigo, y buscaba al menos desahogo en sus propios pensamientos.

Sin embargo, probó á escribir en una comedia que tenia comenzada, pero como justamente estaba su trabajo en una escena en que un criado gracioso se chanceaba con su señor, nada pudo hacer, y dejando caer la cabeza entre las manos, se entregó á meditaciones nada alhagüeñas.

Despues de largo rato varió de postura y dijo:

—¿Cuál es el fruto de mis afanes?

Una amarga sonrisa vagó en sus lábios, y volvió á meditar por espacio de un cuarto de hora.

—¿Será posible—murmuró luego—que mi esposa llegue á hacerme infeliz á fuerza de amarme?

Poco á poco y despues de algunos esfuerzos logró tranquilizarse, y al fin la pluma corrió sobre el papel, formando desiguales renglones.

CAPITULO XVI.

—

De lo que sucedió á Inés, y demás que se verá.

IENTRAS doña Catalina hacia los mayores esfuerzos para fingir tranquilidad y contento, observaba cuidadosamente la conducta de su esposo, teniendo en cuenta las horas en que este salia de casa y el tiempo que tardaba en volver, y atormentándose con sus dudas que aumentaban cada dia. Su vida era una continua agitacion que le robaba hasta el descanso del sueño.

No se ocultó á Cervantes que su esposa sufria, pues por mas que ella disimulase su descontento, no lo hacia con tanta habilidad que dejase de advertirse alguna alteracion en su rostro; pero no pudo adivinar el poeta la causa, porque convencido de que nada tenia que echarse en cara, seguro mas que

nadie de su buen proceder y del amor que profesaba á su esposa, lo que menos pudo ocurrírsele fué que esta tuviese celos, y no creyendo prudente provocar nuevas esplicaciones, resolvió tambien observar hasta encontrar ocasion oportuna para satisfacer su justa y ansiosa curiosidad.

Empero el cuidado que ocupó la imaginacion del uno y de la otra, dió por resultado que no pensasen en otra cosa y que doña Catalina advirtiese en su esposo cierta distraccion y frialdad que aumentaron sus sospechas y sus celos, mientras que Cervantes notó á su vez la falta de espansion y espontaneidad que siempre le habia cautivado como cualidad característica de su esposa. Habia sucedido lo peor que puede suceder en la vida conyugal, que es la comparacion de lo presente con lo pasado, es decir, la indiferencia de hoy con el entusiasmo de ayer, el desvío con las caricias, la tristeza con la alegria. Y sin embargo, todo era aparente; porque la indiferencia, tristeza y desvío que advirtieron no reconocia por causa la falta de cariño; pero de cualquier modo la comparacion no podia dar sino fatales resultados, porque despues de recordar lo pasado y pensar en lo presente, miraban lo porvenir y encontraban un horizonte nebuloso y sombrío.

Ambos atormentados y discurriendo trazas para averiguar lo que no existia puesto que eran equivocadas las sospechas del uno y del otro, pasaron dias y dias de penosas cavilaciones y violentando su natural con fingimientos.

El hidalgo, entretanto, menudeaba sus visitas, observaba tambien y soplaba el fuego de aquella disimulada discordia siempre que tenia ocasion; pero aun no se habia atrevido á declarar su amor á doña Catalina, y aunque impaciente por hacerlo así, esperaba á que el diablo le presentase una ocasion oportuna con cualquiera casualidad como lo fué el desmayo de doña Inés.

Efectivamente, Satanás habia tomado bajo su proteccion al señor Antonio y comenzó á preparar las cosas de manera que nada tuviese que desear su protegido.

Un dia se sintió indispuesto don Benito de Carvajal; á las pocas horas estaba peor y tuvo que acostarse, y á la noche dijo el médico que no habia esperanza de salvarle la vida.

Doña Inés acababa de recibir un amargo desengaño del hombre por quien todo lo habia sacrificado; no le quedaba ya en el mundo mas que su padre, y perderlo era un golpe terrible. Sola, sin parientes ni amigos y deshonrada, le esperaba una vida de tristísimo aislamiento. La desdichada habia nacido para sufrir, y su suerte era peor cada dia.

Angustiada y sin que su dolor tuviese tregua, no se apartó un instante del lecho de su padre moribundo, prodigándole los mas cariñosos cuidados.

Al fin, despues de una lenta agonía de dos semanas, el noble anciano espiró, bendiciendo á su hija y rogándole que ante todo conservase limpio el nombre que tan puro le legaba.

Los quince dias de amargo dolor y las últimas palabras de don Benito, recordando á Inés lo que vale el honor, fueron demasiado para las fuerzas de la infeliz que perdió el conocimiento al perder su padre la vida, quedando tan quebrantada su salud, que tuvo que guardar cama por muchos dias. La persona que mas podia interesarse por ella, era la dueña, causa de su perdicion, de modo que el desconsuelo de no ver á su lado una persona querida, aumentó su aguda pena y el padecimiento de su enfermedad.

Cervantes ignoró la muerte de don Benito hasta que el señor Antonio le dió la noticia despues de algunos dias de suceder la desgracia, y cuando pensaba ir á visitar á Inés para ofrecerle los consuelos de la amistad, esta le mandó un recado para que fuese.

Como Inés no podia escribir porque no se lo permitia su estado, encargóse Gimena de ver á Cervantes, y una mañana, á cosa de las diez ó poco mas, salió la dueña con semblante de fingido duelo para cumplir su encargo.

Estaba el poeta escribiendo en su aposento, cuando llama-

ron á la puerta y por casualidad salió á abrir doña Catalina, encontrándose con la dueña.

—¿Qué se os ofrece?

—¿Vive aquí el señor Miguel de Cervantes?—preguntó la vieja.

—Aquí vive.

—Pues quisiera verlo.

—¿Para qué?—replicó doña Catalina, examinando á Gimena con la mayor atencion.

—Para hablarle—contestó la dueña á quien no se escapó la curiosidad de la dama, teniéndola por impertinente.

Doña Catalina se mordió los lábios y repuso:

—Esperad.

Y luego fué á donde estaba su marido y le dijo:

—Una mujer.... parece una dueña..... ha venido y quiere verte.

—No sé quien puede ser—contestó Cervantes encojiéndose de hombros, porque en aquel momento no se acordaba de doña Inés.

—Ni me ha dicho el asunto que la trae, ni quién la envia—repuso la dama que esperaba que su esposo se turbase.

Pero este, con la mayor naturalidad, replicó:

—Que entre y así sabremos lo que quiere.

Gimena pasó al aposento de Cervantes y doña Catalina cerró la puerta, pero se quedó escuchando con la mayor ansiedad y creyendo sorprender algun secreto que aclarase sus dudas; pero su esperanza no se realizó, porque entre el poeta y la dueña no mediaron mas que estas palabras:

—Sé—dijo Cervantes—la tristísima nueva que me traeis, y si no he ido á hacer presente á vuestra señora mi sentimiento y á ofrecerle lo poco que valgo, ha sido porque hasta hoy no he tenido noticia de la desgracia.

—¡Dios tenga en su santa gloria á mi señor!—exclamó Gimena mientras que de sus ojos brotaban dos lágrimones tur-

bias y mas falsas que el beso de Judas.—¡Qué desgracia, señor Miguel, qué desgracia!

—Muy grande, sí, pero no hay que abatirse, porque en tales momentos es cuando mas se necesitan las fuerzas; y vos mas que nadie, debeis dominar vuestro dolor para no quitar los alientos ni desconsolar mas á vuestra señora.

—No puedo contenerme, señor Miguel. ¡Como vos no sabeis el cariño que yo tenia á mi señor don Benito, que era un santo, un ángel!... ¡Como no sabeis cuán bueno era!...

—Lo mismo los buenos que los malos, todos tenemos que morir, y los que se quedan deben pedir por la salvacion de los que se van para que luego pidan por ellos.

—¡Ay!... paso las noches en vela, rezando....

—Cumplis con vuestro deber.

—Además, ignorais.... ¡ya se vé!.... ¡como no quereis ir á ver á mi señora!...

—Ya sabe que tengo el tiempo muy escaso.

—Pues la pobrecita está en la cama, y no sabré deciros si en peligro, porque en su estado....

—El golpe ha sido terrible....

—Pensamos que no saliese con la vida, y cuando murió mi señor, creí que se nos quedaba entre las manos.... ¡Santa Rita!... ¡Qué noche aquella!

—¿Pero decís que está mejor?

—Algo mas aliviada, pero muy débil, apenas puede sentarse en la cama, y por eso no os ha escrito.

—Hoy precisamente pensaba yo ir á verla....

—Pues es por lo que me ha hecho venir. Ya sabeis que ni parientes ni amigos tiene, y vos solamente podeis consolarla. Desde la última vez que fuísteis, no ha visto á mas personas que al doctor y á mí, lo cual ha aumentado su tristeza porque al fin, aunque está bien convencida de mi lealtad y mi cariño, no es hablar conmigo como hablar con vos, os mira de otro modo que á mí....

—Mucha es la confianza que le inspiro, y siento no valer mas para servirla; pero ya que no otra cosa, mi cariño y buena voluntad están á su disposicion.

—Dios os lo premiará.

—Decidle que iré á verla hoy mismo.

—Mejor cuanto mas temprano, porque está muy afligida y vos habeis de aliviar mucho su pena.

—Antes de una hora.

—Pues voy á decírselo y estoy segura que solo con la esperanza de veros se sentirá mejor.

—Y añadid que, no solamente la falta de tiempo, sino la prudencia....

—Comprendo, señor Miguel—interrumpió Gimena;—ya sabeis que estoy al cabo de todo....

—Que Dios os guarde—dijo el poeta que no queria prolongar la conversacion.

—Y á vos os bendiga—contestó la vieja.

Y salió del aposento con tardo paso.

Pocos momentos despues entró doña Catalina, pálida, aunque con aparente tranquilidad.

—¿Vas á trabajar aun mucho tiempo?—pregunto á su marido.

—Nó—contestó este—porque tengo que salir.... ¿Por qué me lo preguntas?....

—Por nada.... curiosidad....

—Ya sabes que no es urgente mi trabajo, y si querias....

—Nó, nó.... era para.... calcular la hora á que comeriamos y disponer....

—A la misma de costumbre.

—Pero como vas á salir....

—Vuelvo pronto, porque solo tengo que hacer una visita de duelo.... Esta dueña que ha venido me traia la nueva de la muerte de su amo....

—¿Era amigo tuyo?

—No; solamente conocido; pero como en tales casos se recurre á todo el mundo y todos estamos obligados á servirnos, no es estraño que se hayan acordado de mí.

—Nada de estraño tiene....

—Son visitas enojosas, pero tenemos que consolar á los demás si queremos encontrar quien nos consuele.

—Ciertamente—repuso doña Catalina con alguna distraccion.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—Me voy.

—¿Con que es decir que estarás de vuelta á las doce?

—Tal creo.

—Si no tienes mucho que andar....

—No está muy lejos—contestó el poeta sin nombrar la calle á donde iba.

Pocos momentos despues salió Cervantes.

Doña Catalina se entregó á sus dolorosas reflexiones y la atormentaron mas que nunca los celos. La conversacion que habia escuchado no tenia nada de particular; sin embargo, aumentó sus sospechas aquello de « no solamente la falta de tiempo, sino la prudencia, » que dijo Cervantes para escusar su falta de visitas á doña Inés, y el « comprendo, ya sabeis que estoy al cabo de todo» con que respondió la taimada dueña. Además, llamó la atencion de doña Catalina el que su esposo no le dijese quien era la persona que habia muerto, ni nombrase la calle á donde iba, y esta reserva le dió tambien mucho que sospechar.

Media hora pasó la dama repitiendo en sus adentros la conversacion de su esposo con la vieja, cuando llegó el hidalgo con muestras de mas contento y animacion que nunca, sin duda porque presumia que era aquella buena ocasion para sus planes.

Saludó cortesmente el vanidoso enamorado, sentóse, examinó atentamente con la mirada el semblante de doña Catalina,

le preguntó por su esposo, y despues de obtenida contestacion y de haber reflexionado algunos instantes, arregló su cuello y sus puños y dió principio al diálogo que copiaremos en el siguiente capítulo.

Veremos, pues, si se habia equivocado el señor Antonio al creer que aquellos momentos eran los mas oportunos para lograr correspondencia de la dama: es verdad que ella estaba mas celosa que nunca, pero no era esto una razon para que faltase á sus deberes ni escuchase siquiera pretensiones, que en momentos de tal angustia, quizás no producirian otro resultado que el de provocar su enojo.

CAPITULO XVII.

La declaracion de amor.

El hidalgo se habia vestido aquel dia con mas esmero que nunca. Llevaba coleto de paño muy fino, verde, con mangas de terciopelo azul y pespuntes de seda blanca, y gregüescos tambien verdes y calzas de seda, y una capa de veludillo que acababa de estrenar, de color semejante al de las alas de un papagayo lo mismo que su gorra con pluma blanca, rizada y larguísima que flotaba en todas direcciones al menor movimiento ú al mas leve soplo de aire.

El trage no era del mejor gusto, pero el señor Antonio iba muy ufano con él y creia llamar la atencion de todas las mujeres y escitar la envidia de los hombres.

Los olores de almizcle, rosa y azahar que en abundancia habia puesto en sus ropas, se percibian á bastante distancia y eran suficientes para trastornar la cabeza mas firme.

Despues de las cortesías y saludos, el hidalgo se sentó, exhaló un suspiro muy semejante á un lamento, miró tiernamente á doña Catalina é hizo un gesto tan cómico y raro, que hubiera escitado la risa de cualquiera que no estuviese atormentado por los celos como la esposa de Cervantes.

—Pensé—dijo el presumido seductor—encontrar al señor Miguel porque á estas horas no acostumbra á salir.

—Segun me ha dicho—contestó doña Catalina—ha ido á un duelo.

—Sospecho á donde.

—Le han avisado la muerte de un amigo ó conocido....

—Del padre de aquella dama que se desmayó en el corral de la Cruz.... ¿os acordais?

—Sí—replicó doña Catalina palideciendo.

—No hay duda que desde entonces trabó amistad con aquella familia....

—Tal vez.

—Yo—repuso el hidalgo que tenia intenciones de declarar su amor y no sabia cómo empezar—yo.... no es que me pese de esa amistad, porque al fin es causa de que vaya á la calle con mas frecuencia y.... ¡ay!—añadió exhalando otro suspiro lastimero—¡cuán lentamente pasa el tiempo en alas de la esperanza!

Doña Catalina miró con sorpresa al señor Antonio y dijo para sí:

—No lo entiendo.... ¿Se habrá vuelto loco?

—Señora—prosiguió el hidalgo—quizás cometí una imprudencia el dia que vuestro esposo vino tarde á comer....

—¡Una imprudencia!.... No os comprendo.

—Si, porque os dije que no habia estado en casa del señor Correa, y él luego escusó su tardanza....

—Perdonadlo si fué reservado con vos; despues me lo esplicó todo, y si se escusó con la visita al señor Correa, fué por no decir delante de vos dónde habia estado.

—Pues no comprendo esa reserva, porque el hacer una visita á doña Inés de Carvajal para saber cómo se encontraba era cosa tan natural....

—Es que....

—Mas, cuando yo podria saberlo, como lo supe, por una casualidad.

—¿Supisteis que?....

—Que habia estado en casa de doña Inés; me lo dijo uno de los que comieron con él en la taberna de Manuela, que le encontró en la calle del Sacramento.

Doña Catalina se estremeció convulsivamente.

—Ciertamente—dijo con voz agitada—que no es eso para ocultarlo, pero.... á veces.... se tienen caprichos.... sin duda como siempre os chanceabais sobre el desmayo....

—Me parece—interrumpió el señor Antonio—que no debemos tocar este punto.

—¿Por qué?

—Tengo la manía de que os incomoda....

—Os equivocais—dijo con alguna turbacion doña Catalina.

—No es prudente mezclarse en interioridades de matrimonios, pero como el otro dia me disputabais con tanto ardor que el señor Miguel era una escepcion de la regla como hombre, y sobre todo como marido, he querido recordaros aquello para dejar probada mi opinion.

El hidalgo no comprendió todo el mal que hacia con estas palabras ni lo que atormentó á la esposa de Cervantes; pero creyó que asi haria nacer en la desdichada el deseo de vengarse, y que por consiguiente, lograria con mas facilidad su intento.

No acertó doña Catalina á contestar: sus megillas palidecieron mortalmente y bajó la mirada como avergonzada.

—Me parece que es buena ocasion—dijo para sí el hidalgo.

Y volviendo á componer su cuello y sus puños, y despues de limpiarse la boca con el pañuelo que esparció un olor al almizcle insoportable, repuso:

—En fin, dejemos lo desagradable, y perdonad si os he disgustado....

—Nó....ya os he dicho....

—Pero como el mayor de mis pesares es veros triste....

—No lo estoy.

—La mitad de mi vida.... mi vida toda, daria yo porque fueseis feliz.

—Lo soy completamente.

—¡Si yo pudiera decir lo mismo!—replicó el señor Antonio suspirando.

—Hace algun tiempo que os quejais mucho de vuestras desgracias.

—Tal vez mis quejas os enojen....

—Nó, pero lo digo porque yo os tenia por dichoso.

—¡Ay! señora: no hay para mí dicha posible, y si mi tormento no ha dado fin á mi existencia, es porque una leve esperanza me sostiene; pero el dia en que la mujer que ha encendido mi corazon con el fuego de sus ojos, no escuche mis ruegos y me quite esa esperanza, moriré desesperado, con la mas horrible, la mas espantosa de las agonías.

—Grande es vuestro amor.

—Grande, muy grande, sí—repuso el hidalgo con levantada entonacion y oprimiéndose el pecho;—es inmenso, señora, y sin el consuelo del desahogo, porque he tenido que ocultarlo no solamente á los ojos del mundo, sino á los de la mujer que me lo inspiró con sus hechizos. ¡Amar en silencio!... ¡Ah!... Vos no sabeis que tormento es. ¡Amar en silencio y mientras luchan el temor y la esperanza!.... Dios os libre de hallaros en tan triste situacion; no sabeis lo que es sentir que se abrasa el pecho, que se pierde la vida y no poder exhalar una

queja: figuraos.... Pero nó, no os figureis nada, porque á nada puede compararse semejante tormento..

—Debe ser cruel.

—Soy digno de lástima....

—Y os compadezco, porque sufrir y callar es horrible—replicó doña Catalina con tal acento que bien claramente se adivinaba que ella sufria y callaba aunque por distinto motivo que el hidalgo.

Pero este creyó que un amor secreto aquejaba tambien á la esposa de Cervantes, y con mayor arrebato y cómico gesto de tristeza y de ternura, repuso:

—¡Vos comprendeis mi dolor!

—Pero no comprendo por qué no salís de dudas, declarando vuestra pasion á la mujer á quien amais: la incertidumbre es muy angustiosa....

—Porque temo que me desprecie. Si me dijera que no me amaba, que no me amaria jamás, quedaria muerto á sus piés. ¡Oh!.... Ver su rostro de ángel, siempre tan sereno, ceñudo y con muestras de enojo; oir de sus lábios, donde siempre vaga una sonrisa, palabras de desden; ver sus azules ojos, puros como el cielo, y de serena mirada, airados, oscurecidos por el desagrado.... ¡Me espanta la idea!.... Creo que no tengo fuerzas para tan rudo golpe, para tan horripilante desengaño.

—Pero todo el que ama se espone al desden y no por eso deja de tentar la fortuna.

—Teneis razon, señora; debo dominar mi cobardía y saber la suerte que me espera. Declararé mi amor....

—Mas no porque yo os lo aconseje, porque si no alcanzais vuestro deseo....

—Estoy decidido. ¿Qué adelanto con la duda?

—Tened presente....

—¡Dentro ó fuera! replicó arrebatadamente el hidalgo.—¡La vida ó la muerte!.... Le diré que la amo, y si desprecia mi amor pondré fin á mis dias.

—¡Señor Antonio! exclamó la dama al ver la exaltacion del hidalgo.

—¡Su amor y la vida, ó la muerte si me desdeña!

—Pero....

—Señora, es imposible: ya no puedo guardar este secreto que me ahoga, que me abrasa, que me desgarra el corazon... ¡Ah!.... ¡Tened compasion de mí!

Y el hidalgo, con los ojos encendidos, agitado el pecho y las manos cruzadas, cayó de rodillas á los piés de doña Catalina.

Esta dejó escapar un grito y se levantó, dando un paso atrás. Hasta entonces no habia comprendido que era ella la mujer amada por el hidalgo.

—¡Compasion!—volvió este á decir.

—¡Caballero!—exclamó la esposa de Cervantes con tanta severidad y clavando tan terrible mirada en el señor Antonio, que este bajó la cabeza y se estremeció, quedando luego inmóvil y mudo.

—Señora....—murmuró despues de algunos instantes.

—Salid—replicó doña Catalina, estendiendo el brazo derecho hácia la puerta con imperioso ademan.

—¡Que pronunciais mi sentencia de muerte!....

—Salid ó salgo yo....

—Pero al menos, escuchadme....

—¡Asi pagais la amistad, la confianza!..... ¡Idos, que no mereceis mas que desprecio!

El hidalgo se levantó con el semblante pálido y descompuesto.

—Señora—dijo—vos me despreciais, pero no hará lo mismo vuestro esposo cuando advierta mi falta de visitas, me pregunte la causa y se la diga yo.

—Sois demasiado cobarde para acusaros....

—Pero estoy desesperado, la vida me es odiosa y me consideraré feliz si me mata mi rival. Ya lo sabeis, porque hace algu-

nos momentos que os lo he dicho; vuestro amor ó la muerte.

—¡A tal punto llegará vuestra ruindad!.... ¡Oh!.... ¡Semejante venganza!....

—Será noble porquearriesgo mi vida, ó mejor dicho la sacrifico. Pero si, lo que no es probable, me favoreciese en un duelo la fortuna, y mañana os encontraseis viuda, poco ó nada perdereis....

—¡Miserable!—replicó indignada doña Catalina.

—¿Aun creeis en el amor de vuestro esposo? ¿Por él despreciais el mio?....

—¡Oh!.... Idos....

—Mientras que vos me rechazais tan duramente para serle fiel, él está al lado de doña Inés de Carvajal....

—¡Mentís!—interrumpió la dama que sintió afluir á su cabeza toda su sangre.

—¡Que miento!.... replicó el hidalgo con amarga ironía.—Dentro de tres ó cuatro meses justificará mis palabras el fruto ilegítimo de esos criminales amores....

—¿Qué decis?.... ¡Ah!.... ¿Sabeis lo que pronuncian vuestros lábios?....

—El tiempo os lo dirá.... ¿Pero qué me importa esto?... Lo que quiero es que no me rechaceis; y que si no me amais, al menos tengais compasion de mí. ¡Ah!.... Yo os adoro mas que vuestro esposo á doña Inés, os ofrezco un corazon que solo por vos palpita....

—La falta de mi esposo no puede justificar la mia, yo puedo llorar mi desgracia, pero vengarme, nó; porque la venganza es ruin y porque yo misma me dañaria....

—¿Y me dejareis morir?....

—Salid, caballero, ya os lo he dicho, no puedo ni aun escucharos....

—¿Cómo esplicareis mi falta de visitas á vuestro esposo?

—Idos ahora y volved otro dia, pero á las horas en que él está en casa; seguid fingiéndoos su amigo.... pero olvidaos de

mí, no penseis que jamás corresponda á vuestro amor..... no abrigueis siquiera la esperanza de que os escuche.

—¡Separarme de vos!.... Imposible, señora, imposible; porque en vos está mi vida, mi felicidad y hasta mi salvacion.

Y el hidalgo dió un paso, y sus manos trémulas y ardientes intentaron cojer las de doña Catalina.

Empero esta volvió á estender el brazo con ademan tan imperioso y dió á su semblante tan imponente severidad, que el señor Antonio se detuvo.

—¡Salid!—esclamó la dama.

Y sin esperar contestacion, entróse en el inmediato aposento y cerró tras sí la puerta.

El hidalgo hizo un gesto de desesperacion, se mordió los lábios hasta hacer saltar la sangre, y calándose la gorra hasta las cejas, salió de la habitacion y del cuarto y bajó de dos en dos las escaleras.

Nuestros lectores comprenderán hasta qué punto llegaria el coraje y la turbacion del intrigante enamorado, que no se cuidó de arreglar el cuello y los puños, ni de si la pluma de la gorra iba á la derecha ó á la izquierda, cosa que no hubiera olvidado en medio del mas apurado lance.

—¡Será mia, vive Dios!—murmuraba—tendré que desgarrarle el corazon á fuerza de celos, pero desgarrado y todo me lo entregará. Muy á mal ha llevado mi declaracion.... no importa; otras que se han enfadado mas se han puesto luego como una cera.... Son las fórmulas de costumbre.... las mismas palabras de todas las mujeres.... « salid, idos, os desprecio, no penseis en mí, jamás os corresponderé. » Sin embargo, aunque estoy convencido de que son meras fórmulas para cubrir las apariencias, para hacer mas meritorio luego lo que ellas llaman sacrificio y es en realidad capricho y devaneo, me ha dado un mal rato y no me ha gustado mucho que me llame ruin.

... Entretanto doña Catalina lloraba y pedia consuelo á Dios quejándose de su desdicha.

—¿Qué he podido hacer para que así me castigueis, Dios mio?— exclamaba con acento entrecortado por los sollozos.— Mi esposo me olvida por otra y ese miserable abusa de mi dolor, intenta sacar partido de mi desgracia.... ¡Ah!.... ¿Qué va á ser de mí?

Aun en su pobre y modesta posicion, doña Catalina debia ser la mujer mas dichosa, y sin embargo, era la mas desgraciada de todas las mujeres.

Despues de largo rato en que su dolor se exhaló en lágrimas y suspiros, algo mas tranquila, pensó en el remedio que podria tener su mal. Ella queria separar á su esposo de doña Inés, sin darle queja alguna y sin escándalo, y tambien deseaba evitar la amorosa persecucion del hidalgo. Para conseguir ambas cosas no encontró mas que un medio, y despues de meditar sobre todas las consecuencias que podria traer, decidióse á ponerlo en ejecucion.

CAPITULO XVIII.

—

De lo que determinó doña Catalina.

ERVANTES llegó una hora despues que el hidalgo habia salido, y al primer golpe de vista conoció que su esposa habia llorado y que estaba mas triste que nunca, por mas que intentaba disimularlo.

Ya fuese que el poeta, contristado el ánimo por la desgracia de doña Inés, no se encontrase con fuerzas para dominarse y para seguir guardando la reserva que hasta entonces habia tenido, ya que comprendiese que era en vano esperar mas tiempo para adivinar la causa del tormento de su esposa, se decidió á provocar las esplicaciones que antes habia esquivado, y con su dulce y cariñoso acento, dijo:

—Catalina, tú padeces mucho, sufres en silencio algun pe-

sar que cada dia se aumenta, y acabarás por perder la salud. En vano has intentado ocultarme tu dolor; sonreias, pero á través de tu fingido contento, traslucíase la hiel que amarga tu existencia.

—Miguel—balbuceó doña Catalina que, sorprendida por las palabras de su esposo, no tuvo tiempo para buscar escusas—no sé que puedes haber visto en mí....

—Escúchame un instante y no te esfuerces en aparentar lo que no sientes, porque no me convenceré.

—Pero....

—Oye: he preguntado á mi conciencia por si yo era la causa de tu dolor, y mi conciencia me ha respondido que nada tenia de que acusarme.

—Miguel.... —murmuró la dama palideciendo.

—He preguntado á mi corazon y me ha contestado que el amor que por tí atesora es hoy mas intenso que nunca.

Doña Catalina se puso mas pálida aun y fijó en su esposo una escudriñadora mirada por si descubria la turbacion del que miente; pero el poeta estaba tranquilo, aunque triste, y la espresion de su semblante atestiguaba sus palabras.

—He pensado—prosiguió Cervantes—si descontenta con nuestra suerte, no seras dichosa con la modestia de nuestra vida; pero siempre te has considerado feliz siendo pobre, nunca has envidiado ni las comodidades, ni el lujo, ni las riquezas, y la vanidad no ha sido para tí mas que una palabra sin aplicacion; lo que te ha hecho, no solamente no desear las adulaciones del mundo, sino huir de ellas, buscando la oscuridad de una vida retirada. ¿Qué puede ser entonces? Esta pregunta me ha robado el sueño muchas noches, me ha atormentado muchos dias, y nunca he podido responderme. Pero como es preciso poner término á esta situacion violenta de sufrimiento callado, de constante fingimiento, te suplico en nombre de nuestro amor que rompas el velo misterioso que cubre tu pesar. Somos pobres, pero nuestro cariño es un tesoro

que debe hacernos dichosos: ¿Por qué somos infelices? Habla, Catalina; por Dios, dime lo que yo no acierto á comprender.

—Pues bien, Miguel, vas á saberlo: la causa de mi pesar es nuestra pobreza....

—¡Nuestra pobreza!—interrumpió admirado Cervantes.

—Sí.

—¿Tú ambicionas?....

—Tu reposo.

—No te comprendo.

—Ni ambiciono riquezas, ni lujo, ni comodidades, ni quiero mas de lo que tengo.

—¿Entonces?....

—Pero te cuesta muy caro el pan que nos sustenta, lo adquieres á costa de tu vida: tu afan no cesa, ni duermes, ni descansas.... siempre trabajando sin tener un dia ni una hora de tregua.

—Acaso—replicó el poeta—puede el pobre adquirir su sustento sin trabajar.

—Nó.

—Luego es querer un imposible....

—Muchos viven como tú de su trabajo, pero tienen algunas horas para descansar.

—Ciertamente, hay muchos, que mas afortunados que yo, han podido encontrar los medios de que el tiempo que emplean en trabajar les produzca mas que á mí, y por eso con menos horas tienen bastante; pero ¿á qué me dedico para lograr el mismo resultado? solamente pudiendo obtener un empleo por el rey....

—Ese es mi deseo.

—Ya sabes que lo he solicitado en otra ocasion, sin conseguir otra cosa mas que desengaños.

—Te ha faltado la constancia.

—Me ha faltado saber humillarme y adular.

—No quiero que te humilles, Miguel, pero sí que no abandones la pretension, tomando por ofensa la primera negativa, pues has de pensar que son mas los que pretenden que los empleos y es preciso pedir cien veces para conseguir una.

—¡He pedido ya tantas en mi vida!—dijo con amargura el poeta.

—Pero una mas....

—Eso mismo me he dicho para infundirme valor al recordar el último desengaño, sin adelantar otra cosa que recibir uno mas. Yo he sentido arder en mi alma, al par que el entusiasmo y la ambicion de gloria, una fe ciega en la justicia de los hombres, pero ¡ah! ya la voy perdiendo, Catalina; apenas queda un destello debilísimo de aquel fuego santo que me arrastró lleno de alegria á los combates, que me hacia estremecer de júbilo y envanecerme cuando manaba la sangre de mis heridas y me sentia morir por mi patria y por mi rey.... ¡Patria y rey!.... ¡Cuán ingratos han sido!.... Yo creí que el camino de la gloria y de la fortuna, uno mismo, era el de las virtudes, pero me equivoqué: pobres en otro tiempo como yo, sin proteccion ni amparo, he conocido á muchos que han tenido mas acierto que yo, y hoy se ven en puestos muy honrosos y elevados, y sin que nada les falte para esa felicidad material de poseer que siempre se me ha mostrado esquiva. ¿Y sabes lo que han hecho? Mientras yo derramaba mi sangre en Lepanto, ellos besaban el polvo de las alfombras, sembrando adulaciones para coger empleos. ¡Y yo he regado con sangre la enemiga tierra para coger desengaños!.... Ellos adularon y se ven adulados hoy: yo arriesgué cien veces la vida para.... verme ahora muy cerca de morir de hambre.... ¡Y así me ha pagado la patria!.... Me dejé llevar del delirio de la juventud, porque la juventud tiene su período de locura, y.... ¡Oh!... Basta, basta. Olvida lo que acabo de decirte, Catalina; que nadie pueda sospecharlo porque es preciso decir á los que hoy nacen y se lanzan en el torbellino del mundo llenos de ilusiones, que es una

realidad cuanto ven, una verdad cuanto oyen, que el egoismo ha inventado, para escusar su risa helada, aquello de que el mundo es una comedia; no hay que desvanecer sus ensueños antes de tiempo, porque ¡desdichada sociedad el dia en que la juventud penetre entre los bastidores del teatro de la comedia social!.... Y aunque ese dia no esté lejos, seria un crímen apresurarlo.

—¡Has perdido la fe en los hombres!....

—Sí, Catalina, he perdido la fe en los hombres, pero no la virtud: si peligrase la patria, yo seria el primero en sacrificar mi vida por ella, pero solo para cumplir mi deber, no con esperanzas de recompensas, porque sé lo que puede dar la patria, ó mejor dicho, lo que pueden dar los hombres que pretenden interpretar el voto y la justicia de la patria.

En aquellos momentos no pudo Cervantes contener, sin que á sus labios saliese, toda la hiel de los desengaños que habia sufrido.

—Exageras—le dijo doña Catalina.

—¡Qué exagero!—replicó el poeta con sonrisa amarga.—Si algun poderoso se conduele de mi situacion, y me recomienda para algun empleo, dirá: «es un pobre soldado que ha quedado manco y tiene buenos servicios.» Y cuando le contesten que hay muchos como yo, se *atreverá* á decir: «además es honrado y no falto de ingenio; el *pobrecillo* se busca la vida escribiendo alguna comedia, y no hace mucho que escribió otra obrita que ¡yo no he leido! pero dicen que no es muy mala. No es esto un título para pedir, pero al fin prueba que servirá para desempeñar cualquier encargo. En resúmen, tiene hambre, está cargado de familia, y no me deja ni á sol ni á sombra, siempre contándome un millon de desdichas. Veamos de taparle la boca de cualquier modo y que viva. ¡Qué diablos!.... algo ha de hacerse por los pobres.»

El poeta estaba rojo como el carmin y apretaba los puños que le temblaban convulsivamente.

—Entre tanto—prosiguió con mas amargura—si piden para uno de esos que han encontrado la fortuna en las alfombras de las antesalas y en las humillaciones, hablan de él con cierto respeto, dicen que no es prudente negarle lo que solicita, que no puede ofendérsele dándole lo que no está en armonía con su calidad, y en fin, hacen cuestion propia la Pretension, porque al pretendiente no le dan nombre de tal, sino de amigo.

Doña Catalina quedó silenciosa por algunos instantes, olvidándose de todo y no sintiendo mas que la amargura de las tristes verdades que acababa de oir; pero de pensamiento en pensamiento y sin saber cómo, acordóse nuevamente de los ojos negros de doña Inés, sintiendo mas que nunca el aguijon de los celos. Y como á las mujeres no faltan nunca razones para apoyar sus caprichos, y sino razones, palabras, replicó:

—Tienes razon: así es el mundo; así son los hombres, pero ¿hemos de morirnos de hambre?

—Aun no nos ha faltado el pan,—replicó el poeta—y con la ayuda de Dios, espero que tampoco nos faltará.

—Ciertamente; pero lo hemos obtenido á costa de tu existencia.

—No me importa si consigo el objeto, porque antes que la vida son para mí los deberes de esposo y padre.

—¿Y qué será de nosotros el dia en que sucumbas bajo el peso de tantos sacrificios? El conservarte para tu esposa y tu hija será una prueba de amor que les darás. Es imposible continuar así, Miguel; tu vida es antes que todo.

Cervantes quedó pensativo sin contestar á su esposa.

—Por amargo que te sea—prosiguió esta—recibir un desengaño, debes mirar primero la existencia. Ya tienes esperiencia de lo que puedes esperar trabajando sin descanso dia y noche. Todo un mes de vigilia te ha valido trescientos reales: otro mes va transcurrido y aun no tienes escrita la segunda comedia que te valdrá poco mas ó menos lo mismo; de manera

que si calculas lo que puedes ganar en todo el año, te convencerás de que no es lo suficiente para vivir, y eso suponiendo que te compren cuantas comedias escribas y que todas tengan la fortuna de la primera, lo cual no es posible.

—No se me habia ocurrido semejante cálculo.

—Pues bien, ahora te habrás convencido de que es indispensable adoptar una resolucion que nos ponga á cubierto de las necesidades de la vida, y á la par te proporcione algun descanso. Tienes amigos que valen mucho y á quienes nada has pedido todavía....

—Cuando llegue á pedirles....

—Si nada alcanzas, nada perderás; sin embargo, creo que no será difícil conseguir que te den un empleo fuera de la córte, donde podrémos vivir con mucha economía y sosiego, sin que por eso renuncies á escribir y mejorar tu suerte cuando tengas ocasion.

Despues de decir esto, comenzó doña Catalina á enumerar las necesidades de la casa, sacando tantas y tan apremiantes á relucir, que pareció á Cervantes imposible seguir viviendo de aquella manera sin encontrarse en los mayores apuros antes de poco tiempo.

Y como en asuntos domésticos no tienen réplica las razones de las mujeres, el poeta no pudo contestar sino conformándose.

—Bien—dijo—haré cuanto pueda, porque en verdad, no me habia ocupado de ciertos pormenores que ahora veo que son las primeras necesidades: tú no me habias dicho nada tampoco....

—Hubiera sido afligirte: ¿podias acaso remediarlo?

—Trabajando mas....

—Es precisamente lo que yo no queria.

—Sobre todo, si así has de estar contenta, me decido.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Darás hoy mismo algun paso?

—Mañana....

—Por una hora suele perderse una ocasion—se atrevió á decir doña Catalina.

—Despues de comer saldré con ese fin.

La idea de que podria separarse el poeta de doña Inés, fué bastante para tranquilizar á doña Catalina, cuyos celos, sino se estinguieron, al menos se entibiaron por algunos instantes.

Cervantes meditó largo rato sobre las razones del carácter de la mujer, y creyó haber hecho un gran descubrimiento para conocer á la suya, alegrándose sobre todo, de haber penetrado el misterio de aquel contínuo disgusto que advertia en su esposa y que era el mayor tormento de él.

CAPITULO XIX.

Se aumentan los celos de doña Catalina.

ERVANTES decidido á variar su método de vida, no perdió una hora en comenzar sus pretensiones, acudiendo á algunos amigos de valimiento, solicitando audiencias y buscando recomendaciones; pero sin abandonar por eso sus trabajos literarios; de manera que con tal motivo le quedó menos tiempo que nunca para descansar, no consiguiendo por de pronto otra cosa que promesas y una leve esperanza de obtener algun empleo fuera de la córte.

Así transcurrieron muchos dias, y un mes y mas, y doña Catalina, cuyos locos celos le hacian sospechar de todo, sospechó tambien si tales dilaciones consistirian en que su esposo para no salir de la córte pretenderia con flojedad ó fingiria pre-

tender. Estas ideas atormentaron nuevamente á la dama, de tal manera que nunca se habia encontrado de peor humor, y no pasaba dia sin que lo demostrase con cualquiera pretesto.

El señor Antonio continuaba sus visitas como si nada hubiese sucedido, pero hasta entonces, menos propicia lo fortuna, no habia tenido ocasion de repetir sus amorosas súplicas. Sin embargo no perdia la esperanza de conseguir su deseo.

Otra comedia de Cervantes se representó con tan buen resultado como la primera, lo cual le dió nuevos ánimos para comenzar á escribir otra tercera, descuidando sus pretensiones porque Correa le prometió darle hasta seiscientos reales.

Entonces doña Catalina, mas encendida en celos que nunca, renovó sus quejas, pintando con negros colores la situacion de los intereses y necesidades domésticas, y mostrando tal empeño en salir de la córte, que no bastaban argumentos para hacerle comprender la imposibilidad de hacer brevemente lo que era asunto de mucho tiempo y que dependia de la voluntad de otros que no habian podido ó querido lograr lo que se pretendia. Mal aconsejada por sus celos, contestaba doña Catalina á estas razones, proponiendo que se fueran á Sevilla y que allí procurase el poeta, con la ayuda de algunos parientes y amigos, algunas agencias de los muchos negocios de todas clases que se despachaban en aquel emporio de nuestra Península, donde por la concurrencia de las embarcaciones procedentes de las Indias, era grande el movimiento iudustrial y mercantil.

No pareció á Cervantes prudente dejar lo cierto por lo dudoso; pero de tal manera le pintó doña Catalina las ventajas, tanto insistió en ello, que al fin, y mas que todo por complacer á su esposa, se decidió á escribir á sus parientes de Sevilla para que le informasen detalladamente del estado de los negocios en aquella ciudad y le diesen su opinion.

Pero en aquellos tiempos tan alabados y llorados de los

que echan de menos la inquisicion porque no se han visto en sus calabozos, ni habia sillas de postas que volasen, ni correos diarios, y el escribir á Sevilla y recibir contestacion era negocio muy grave y que requeria por lo menos quince ó veinte dias; de manera que doña Catalina tuvo que esperar pacientemente y devorando la hiel venenosa de sus celos ridículos.

Cuatro meses habian pasado desde la muerte de don Benito de Carvajal, y su hija esperaba de un momento á otro ver en sus brazos el fruto de su amorosa debilidad y testimonio de la mancha de su honra.

En tal estado las cosas, sucedió que un dia, por no sabemos qué motivo, tenian dispuesto cenar algunos poetas en la taberna de Manuela, y Cervantes no pudo evitar el compromiso de acompañarlos.

Era cerca del oscurecer, y preocupado con la idea de que iba á causar un disgusto á su esposa, entró Cervantes en su casa con aire distraido porque no sabia cómo decir que aquella noche volveria muy tarde.

No se escapó á doña Catalina el aspecto meditabundo, y como triste, de su marido, y le preguntó:

—¿Te sientes indispuesto?

—Nó—contestó Cervantes.

—Parece que te incomoda alguna cosa.....

—Es que estoy cansado.

—Entonces no trabajarás esta noche.

—Nó.

—Y te acostarás temprano, porque supongo que no tendrás ganas de salir.

Vaciló el poeta antes de contestar que no solamente no cenaria en su casa, sino que saldria para volver muy tarde; pero en aquel momento llamaron á la puerta y se interrumpió la conversacion.

—¿Quién puede ser á estas horas?—preguntó doña Catalina.

Pocos instantes despues entró la criada y entregó al poeta

una carta, diciendo que la habian llevado de parte de doña Inés de Carvajal.

Doña Catalina palideció y fijó en el papel una mirada ardiente como si hubiese querido adivinar lo que contenia.

Cervantes se acercó al balcon, y abriendo la carta, leyó trabajosamente lo que sigue:

«Hace dos horas que soy madre y baño con mis lágrimas el rostro de mi inocente hijo. Ni una palabra de consuelo ha llegado á mis oidos; estoy sola, contemplando el testimonio de mi deshonor, sola con el recuerdo de mi virtuoso padre.... Pero tengo en mis brazos el tesoro de mis entrañas.... ¡Pobre hijo mio!.. ¿A quién sino á vos puedo volver los ojos cuando busco para él un padre?.... No me abandonareis en estos momentos de angustia, no me abandonareis, porque vuestro corazon es grande y noble. ¡Mi pobre hijo tiene un padre y no puede darle este dulce nombre!.... ¡Hijo de mis entrañas!... No puedo mas, os espero.»

Cervantes se sintió conmovido al leer estas frases dictadas por el corazon dolorido de una madre infeliz, y pensó aprovechar el tiempo antes de ir á la taberna de Manuela para visitar á doña Inés que necesitaria su ayuda en aquellos supremos instantes.

Aunque la claridad era ya escasa, doña Catalina observó atentamente el semblante de su esposo y luego mandó que llevasen una luz.

La criada entró un velon que puso sobre lo mesa junto á la cual se habia sentado el poeta; pero como el diablo las carga, quiso la fatalidad que en aquellos momentos entrase la tierna Isabel y de un brinco se pusiese sobre las rodillas de su padre, haciéndole mil caricias alegremente sin reparar que al abrir los brazos se le enredó una manga del vestido en el velon que, arrastrado violentamente, fué á caer sobre Cervantes.

Doña Catalina dejó escapar un grito, la pobre niña rompió á llorar, y el poeta dijo:

—No es nada.... ¿Te has lastimado hija mia?

La criada llevó otra luz, Isabel se metió en un rincon, y entonces pudo verse manchado el coleto de Cervantes.

Empero este no se alteró por semejante cosa, pues á fuer de poeta y como hombre de elevado ingenio, era de opinion que en las manchas de la honra es en lo que se debe reparar, y no en las del vestido, que por lo regular suele ser tan súcio y desaliñado como grande y puro el corazon.

—No vale la pena—dijo.

Y muy tranquilamente sacó el pañuelo y comenzó á limpiarse como si en vez de aceite fuera polvo.

—¿Qué haces?—le preguntó doña Catalina.—Asi lograrás que tambien se manche el pañuelo.... Espera, te mudarás el coleto....

—¿Para qué?

—Aun cuando no salgas....

—Sí, saldré, pero no importa.... ¿Quién ha de reparar?.... No se conoce.

—Entonces....—balbuceó doña Catalina que volvió á palidecer—como no te pongas el coleto de paño azul fino.... porque.... si piensas hacer alguna visita....

—Sí, pero.... es que estoy comprometido á cenar con algunos amigos en casa de la Manuela....

—Creí que habias dicho que te estarias en casa.

—Nó, no he dicho semejante cosa....

—¿Volverás tarde?

—Sí.

—Bien.... pero.... es preciso que te mudes de coleto.

—Asi voy bien.

—Nó—replicó doña Catalina en cuyos ojos brilló un relámpago de alegría.—Voy á darte el otro.

Y sin esperar un instante, salió del aposento, volviendo poco despues con un coleto de paño azul, el cual trocó indiferente Cervantes por el que llevaba puesto.

—De manera—repuso la dama, tomando el coleto manchado—que cenarás en casa....

—Nó.

—¿Te irás muy tarde?

—Ahora.

Doña Catalina no intentó detener al poeta, como lo hubiera hecho si no deseara quedarse sola, porque pensaba que iba á tener una prueba inequívoca de la traicion de su esposo.

Salió este pocos momentos despues, y entonces la dama, tomando otra vez el coleto, exclamó.

—¡Oh!... ¡Aquí está!.... ¡Voy á salir de dudas!

Y sus manos agitadas convulsivamente sacaron la carta de doña Inés.

Brillaron como dos luciérnagas sus ojos y toda su sangre afluyó á su cabeza y pareció querer salir por sus megillas. Palpitó su corazon con desigual violencia, faltóle la respiracion por algunos instantes, y luego añadió:

—¡Dios mio, dame fuerzas!

Entonces su mirada ardiente, devoradora, se fijó en el escrito, y un grito desgarrador se escapó de su pecho mientras que entre sus dedos crispados estrujaba el papel.

—¡Es verdad!—exclamó con acento que pareció llevarse tras sí el alma.

Y cayó en una silla como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

Sus facciones estaban desfiguradas y agitado su pecho como si el corazon fuese á romperlo en mil pedazos.

Largo rato permaneció sin poder pronunciar una palabra, y luego, con voz debilitada y mientras que de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas, dijo:

—¡Me engañaba!... ¡Su amor era una mentira!... ¡Dios mio, cuánto sufro! ¡Qué amargo, qué atormentador es el desengaño! Ya no hay duda.... ¡Realidad horrible! Lazos que ni el tiempo ni la ausencia podrán romper le unen á esa mujer her-

mosa; lazos que á mi no lo ligan.... ¡Un hijo!... Yo no puedo soportar tanto dolor, mis fuerzas no son bastantes.... sucumbiré, sí, sucumbiré sin exhalar una queja porque no quiero turbar su dicha.... ¡Ah!

La infeliz sufria horriblemente; los celos habian ofuscado su razon, haciéndole ver en la carta lo que no existia. El desengaño no podia ser mas cruel: habia creido que ninguna mujer era amada como ella, que su marido no se parecia á ningun hombre, y halagada por ilusiones las mas risueñas, habia dormido largo tiempo en brazos de una felicidad que desapareció en un instante; se habia dormido entre flores y despertado sobre espinas; habia tocado las vestiduras celestiales de un querubin y encontrado que cubrian un esqueleto; habia sufrido, en fin, un desengaño, pero un desengaño de amor, que es lo mismo que pasar del paraiso al infierno, de un lugar de luz y sonrisas á un caos de tinieblas y espanto.

¿Por qué la abandonaba su esposo por otra?

Doña Inés tenia unos ojos negros como la noche y ardientes como el rayo; pero no eran menos bellos los suyos con el color y la trasparencia del cielo, con la dulzura de la sonrisa de un ángel; y si su rival tenia un corazon donde hervian las pasiones mas arrebatadoras, el suyo, rebosando amor, era todo del poeta. ¿Y sus virtudes? ¿Nada valian sus virtudes en comparacion de la liviandad de doña Inés?

Doña Catalina no encontró nada que echarse en cara, y entonces se acordó de las palabras del intrigante hidalgo: «todo tiene fin en este mundo, tras la vida viene la muerte, tras los placeres el hastío, tras el amor la indiferencia»....

—¡La indiferencia!—exclamó con amargura la infeliz.

Y sintió que en su naturaleza se operaba repentinamente un cambio: comenzaba la reaccion, acordóse que tenia derechos, y pensó que no debia morir como mártir sino luchar como mujer.

Entonces se animaron sus ojos, sus pálidas megillas se

enrojecieron, levantó con orgullo su cabeza, y tras una sacudida nerviosa se advirtió en sus miembros la tension precursora de una ficticia energía moral.

—¿Por qué abdicar mis derechos?—exclamó con acento febril.—¿Por qué dejar que me arrebaten lo que es mio? ¿Por qué he de atormentarme ni morir cuando soy la ofendida? ¿No es mas justo que padezca la que me ha robado la felicidad? Lucharémos, y si no puedo recobrar el corazon de mi esposo, lo separaré de mi rival. ¡Oh!.... ¡No se gozará tranquilamente en su triunfo mientras me quede un instante de vida!....

Calló algunos instantes como para tomar aliento, su mirada se tornó sombría, se contrajo horriblemente su rostro, y con voz sorda dijo:

—Ahora estará á su lado, abrazará al hijo de su criminal amor, la consolará, le jurará eterno cariño como á mí.... ¡Oh!....

Se retorció los brazos con movimiento convulsivo, se oprimió el pecho, y de sus ojos se escaparon dos centellas que delataban la ira rabiosa de sus celos.

El ángel se habia convertido por un momento en demonio.

¿Quién hubiera creido que aquella mujer de carácter tan apacible y tímido podia llegar á semejante estado de exaltacion?

¡Cómo enloquecen los celos!

—¡Ah!—esclamó—primero morir, primero morir que abdicar mis sagrados derechos. Lucharemos, doña Inés, lucharemos y la muerte no mas me hará retroceder.... ¡Y tú, esposo mio, mal que este nombre te cuadre, tendrás que cumplir tus deberes ya que de ellos te dices esclavo! ¿Quién te hubiera creido hipócrita al oir predicar la virtud?... ¡Oh!... Bien decias que el mundo es un teatro de maldades, que hay que aceptar á los hombres con sus crímenes y tocar sin asco la lepra de la sociedad.... Ya verás como sigo tu consejo, como

me hago digna de que el mundo no se burle de mi credulidad, de mi sencilla fe, de mis exagerados escrúpulos.... ¡Oh!... Nunca he sentido latir el corazon como ahora.... parece que se rompe en mil pedazos.... por mis venas corre fuego.... ¡Qué tormento tan horrible es el de los celos!... ¡Qué vengada quedaria yo si pudiese hacérselos sentir á mi rival!

Largo rato pasó en atormentadora lucha consigo misma, hasta que fatigada, sin fuerzas ni aun para sentir, volvió á meter la carta en el bolsillo del coleto y quedó inmóvil y muda, con muestras de grande abatimiento.

Eran ya las nueve de la noche, y precisamente en aquel momento entraba Cervantes en la taberna de Manuela, donde sus amigos le esperaban.

CAPITULO XVIII.

Llegan los celos hasta la desesperacion.

las doce en punto de la noche entraba Cervantes en su casa con la imaginacion exaltada aun y recitando algunos versos de los muchos que se habian improvisado durante la alegre cena.

Su esposa se habia acostado, cosa que por primera vez hacia sin que el poeta se hubiese recogido, y dormia, ó para decir verdad, fingia dormir, pues el tormento de los celos no le habia dejado cerrar los ojos.

—La señora duerme— dijo la criada.

—¿Hace mucho que se acostó?

—Mas de una hora.

Cervantes lo estrañó, pero no dió importancia al caso y se sentó sin saber qué hacer porque tampoco tenia sueño.

—Ahora no podria dormir—murmuró—y el trabajar me parece una locura, estando fatigado; pero no quiero desaprovechar la noche, y ya que ella duerme adelantaré mi comedia siquiera concluyendo la escena comenzada: creo que nunca como en este momento haria la letrilla que el galan don Ernesto dedica á su adorada Arsinda.... Si—prosiguió despues de meditar algunos instantes—puedo hacer un madrigal á los ojos de ella.... ¡oh!.... probaré, probaré.

Su frente se dilató, brillaron sus pupilas, entreabrióse su boca como para sonreir, y tomando el primer papel que le vino á mano, para no detenerse en buscar los de la comedia entre los que en completo desórden estaban esparcidos y mezclados sobre la mesa, se puso á escribir.

La tinta estaba muy espesa, la pluma era muy mala y no señaló, y nuestro poeta sin pensar en lo que hacia, la limpió en la manga izquierda de su coleto nuevo.

Luego, sin detenerse, con suma rapidez, improvisó un madrigal lleno de apasionadas y ardientes alabanzas á unos ojos negros que no titubeó en llamar soles, luz de su alma y fuego que había incendiado su corazon, con otros conceptos no menos sublimes y que parecian dictados por un vivísimo amor.

Despues de aquel desahogo de su imaginacion ardiente y fecunda, comenzó á sentir los efectos de la cena.

—No mas—dijo—Morfeo empieza á luchar con Apolo. Ya tengo la conciencia tranquila, porque, poco ó mucho he trabajado esta noche, y será prudente reponer las fuerzas para trabajar mañana con mas brios.

Volvió á leer el madrigal, quedó satisfecho de él, y entonces se levantó, yendo á la alcoba donde doña Catalina fingia dormir.

Allí dejó el velon en el suelo, acercóse á la cama, y contemplando á su esposa, murmuró.

—Duerme.

Comenzó á desnudarse con lentitud, acordóse de la cena, y su alma noble sintió como un ligero remordimiento porque habia pasado algunas horas de alegria, de olvido de sus desgracias, mientras la compañera de su vida habia estado sola, triste y quizás atormentada por sus dolorosos pensamientos. Pero despues de algunos instantes volvió á su memoria el madrigal, y mientras apagaba la luz y se acercaba á la cama, lo recitó á media voz.

No perdió una sola palabra doña Catalina, y muy trabajosamente pudo seguir fingiendo que dormia, pero no contuvo su furioso arrebato de celos sino oprimiéndose el pecho de tal manera que en él clavo las uñas, haciendo saltar la sangre.

¡Ojos negros, ardientes, espresivos, arrebatadores, hechiceros!

Cervantes se acostó, y una hora despues dormia profunda y tranquilamente.

La noche pasó en aparente calma, y decimos aparente, porque doña Catalina no pudo cerrar los ojos ni alejar de su imaginacion las pupilas negras y ardientes de doña Inés.

Al otro dia se levantó pálida, ojerosa y con los lábios secos, señales todas del insomnio y de la irritacion de su callada ira.

—¿Te sientes indispuesta?—le preguntó Cervantes.

—Nó—contestó ella.

Y sin dar lugar á nueva pregunta, empezó á hablar del viaje á Sevilla, mostrando tal empeño, y asegurando con tanta fuerza de espresion que no tendria un momento de tranquilidad mientras permaneciesen en Madrid, que el poeta, no sabemos si ansioso de complacer á su esposa, ó tal vez aburrido, juró que aquel mismo dia tomaria con tanto empeño el asunto, que quedaria resuelto antes que se pusiese el sol.

—¡Cuántas veces me has dicho lo mismo!—replicó doña Catalina con incredulidad.

—Ciertamente, pero me ha parecido que no convenia re-

solver sin reflexionar detenidamente, no fuese que por evitar un mal cayésemos en otro peor.

—Nada tienes aquí, nada allí.... ¿Qué podemos perder?

—Aunque trabajando mucho, tengo aquí el recurso de mis comedias.

—Te quitarás la vida.

—Mas pronto se me acabará si no puedo atender á mis obligaciones.

—¡Miguel!....

—En fin, Catalina, estoy decidido á todo con tal que te tranquilices.

—Sí, sí....

—Hoy mismo, antes de una hora, veré al señor Guevara, y de tal modo le obligaré, que no tendrá mas que servirme ó reñir conmigo. ¿Puedo hacer mas?

—Bien.

—Pero has de pensar que el viaje es largo y costoso.

—Nos queda algun trigo en Esquivias.

—Cincuenta fanegas lo mas, y eso no basta.

—Valen trescientos reales....

—¿Qué hemos de hacer con esa cantidad?

—Además....

—No nos conviene empeñarnos, y lo mas acertado seria esperar á que se representase la comedia que estoy escribiendo.

—Aun tardarás en acabarla.

—Quince dias lo mas.

—¡Quince dias!—exclamó doña Catalina con el mismo acento que si hubiese dicho quince años.

—Menos del tiempo necesario para preparar el viaje; sobre todo, quince dias nada son despues de los muchos que hemos pasado en esta situacion....

—¡Nada!... Comparados con mi afan....

—Pero has de pensar, esposa mia, que antes de partir, ha-

bremos de dejar arreglados nuestros intereses en Esquivias.

—Ciertamente, y convendria que fueras allí lo mas pronto posible—replicó doña Catalina que ya creyó ver separado por este medio, y siquiera por algunos dias, á su esposo de doña Inés.—Ya sabes que estuvo ayer aquí Juan Pablo y que debia volverse de vacío á los dos ó tres dias; puedes irte con él en una de sus mulas, pues ha traido las dos.

—¿Y quién se ocupa entre tanto de mis pretensiones? Iré á Esquivias cuando haya conseguido el empleo ó nos hayamos decidido á levantar la casa si es favorable la contestacion que aguardamos de Sevilla.

Doña Catalina no contestó, pero sus megillas palidecieron.

—Es preciso pensar en todo—prosiguió Cervantes—so pena de colocarnos en peor situacion, y debes moderar tu impaciencia, porque quince, veinte dias ó un mes se pasan en un abrir y cerrar de ojos. Las mujeres sois en estremo impresionables, ardientes en vuestros deseos, y vuestro mayor martirio es el esperar, pues así como olvidais fácilmente los dias que han pasado, os parece larguísimo y enojoso el tiempo que ha de transcurrir. Ni es prudente que yo abandone mis pretensiones una vez que las he comenzado, ni debo desaprovechar los dias que permanezcamos en Madrid para acabar la comedia.

—Sí, sí—replicó doña Catalina con viveza—acude á tus pretensiones, pero.... no pierdas el tiempo....

—Te he dicho que antes de una hora ya habré visto al señor Guevara—contesto Cervantes con alguna impaciencia.—Almorcemos....

—Ahora mismo....

—Iré á verlo antes que salga.

Doña Catalina corrió á la puerta, llamó á la criada y mandó que á toda prisa se dispusiese el almuerzo.

Media hora despues se disponia Cervantes á salir.

—¿Tardarás?—le preguntó su esposa.

—No sé, porque tengo que despachar otros asuntos despues de ver á Guevara; pero de todas maneras estaré de vuelta á la hora de comer.

—Eso ya lo presumia yo, pero creí que no tuvieses que hacer mucho....

Ya comprenderás que en vísperas de hacer un viaje hay que ocuparse de muchos negocios....

—Adios—dijo doña Catalina.

Y se estremeció al sentir en la frente el contacto de los labios del poeta que la besó con ternura.

Cuando quedó la dama sola, volvió á sus tristes meditaciones, dejando que su imaginacion se estraviase, dando pasto á sus celos con mil ideas atormentadoras.

Siguiendo su costumbre se ocupó luego en arreglar los muebles de la habitacion y en recoger los papeles que siempre dejaba esparcidos Cervantes sobre la mesa, y lo primero que vió fué el madrigal que debia servir para la comedia y que llamó su atencion por el epígrafe que decia:

A sus ojos.

Dejó escapar doña Catalina un agudo grito, tomó el papel con mano temblorosa, y mientras que á sus pupilas asomaba el fuego de los celos, y á su frente la púrpura del coraje, fijó su mirada con avidez en los versos, leyéndolos con toda la rapidez, con todo el afan de sus celos.

—¡Son los mismos!—exclamó con acento de reconcentrada ira.—¡Los mismos que recitaba anoche al acostarse!... ¡No he podido olvidarlos!...

Y en el colmo de su celosa desesperacion, hizo mil pedazos el papel, se retorció los brazos y descompuso los cabellos al pasar sus crispadas manos por la frente, que se le abrasaba, y por las sienes que le latian con estremada violencia. El estravío de sus miradas y el siniestro brillo de sus pupilas revelaban el estado de su razon.

Exclamaciones, quejas amargas contra el destino, amenazas contra su rival, todo salió de su boca en aquellos instantes de despecho loco, de atormentadora desesperacion, de completo trastorno del juicio, de absoluta ceguedad de la razon. Sus facciones contraidas, horriblemente descompuestas, sus movimientos de contínua y convulsiva agitacion, y su voz ahogada y respiracion trabajosa revelaban lo que sufria, y á la vez que miedo, daba compasion su penoso estado.

Afortunadamente sus fuerzas estaban gastadas con la anterior vigilia y comenzó á operarse la reaccion brotando de sus ojos un raudal de lágrimas que bañaron su rostro.

El pesar sustituyó á la ira, pero el tormento de los celos no la dejó.

Mas de una hora pasó de aquella manera, y al fin, mas tranquila, aunque muy angustiada, procuró componer su semblante para que nada pudiese sospechar su marido, aunque estaba dispuesta á declararle sus celos si no se realizaba pronto el viaje á Sevilla.

A las doce en punto volvió Cervantes.

—¿Has visto al señor Guevara?

—Sí.

—¿Y te ha prometido?

—Mas de lo que yo esperaba.

—Esplícame....

—Escúchame con atencion porque vas á decidir en un asunto muy grave.

El corazon de doña Catalina palpitó con violencia.

—Mi amigo el señor Guevara—prosiguió Cervantes—tiene ocasion de que se nombre factor temporal de provisiones de la armada en Sevilla, á la persona á quien él designe, y aunque habia pensado proponer á otro protegido suyo, padre de familia, honrado y que está en necesidad, me preferirá si yo acepto, en gracia á la amistad que nos une.

—Supongo que le habrás dicho que sí—replicó vivamente

doña Catalina, en cuyos ojos brilló un rayo de alegria.

—Nó.

—¡No has aceptado!....

—Le he contestado que lo pensaré y que mañana....

—Te espones á que se arrepienta....

—Es que el empleo tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que es preciso dar fianza.

—¿No bastarán nuestros bienes de Esquivias?

—Sí.

—Entonces....

—Hay tambien la circunstancia de que es por tiempo limitado.

—¿No estábamos decididos á irnos sin nada?

—Sí.

—Pues ya ves que es muy ventajoso.

—¿Así lo crees?

—¿Has podido dudarlo? Lo que no acierto á comprender es cómo desde luego no has aceptado.

—Para meditarlo bien. De mi decision depende el que otro padre de familia tenga pan, y quitárselo sin que me sirviese ó sin que del todo cubriese nuestra necesidad....

—Nos conviene y nada mas podemos pedir. Lo que temo es que de hoy á mañana se presente el otro á tu amigo y le pinte tal apuro que se decida por él en un momento de natural compasion.

—Te advierto que es empleo poco productivo para un hombre honrado.

—Mas vale poco que nada....

—Que si acepto no podré arrepentirme y tendremos que irnos aunque veamos cierta nuestra ruina.

—¿Por qué hemos de arrepentirnos?

—Porque....

—Sigue mi consejo, Miguel—replicó afanosamente doña Catalina.

—Pero...

—Vuelve ahora mismo á casa del señor Guevara....

—¡Ahora mismo!

—Sí, ¿á qué dejarlo para mañana? El corazon me diee que vamos á perder esta ocasion....

—Iré á la noche....

—Una hora, un momento puede decidir.... Te lo suplico.... vuelve ahora.... solo así quedaré tranquila....

—¡Tal precipitacion para decidir la suerte de una familia!

—¡Tal calma para dejarla perder!

—No será por mí—replicó Cervantes algo disgustado y prefiriendo arriesgarlo todo con tal de que su mujer lo dejase tranquilo.

—Ya conoces mi intencion....

—Bien, comamos y en seguida....

—Aun no está la comida.... tardará una hora ó poco menos, y por eso te decia que aprovechases este tiempo....

—Quedarás satisfecha—interrumpió el poeta, levantándose y volviendo á tomar su capa y su sombrero.—Ya sabes que no podré volverme atrás si digo que sí.

—¿Temes arrepentirte?

—Por mi parte, nó.

—Yo tampoco.

—¿Está decidido?

—Sí—contestó con firmeza doña Catalina.

—Pronto estaré de vuelta.

—El cielo te guie.

Salió Cervantes, y su esposa se dejó arrebatar por la alegria tan fácilmente como antes por el dolor.

—¡Lejos de ella!—exclamó.—¡Muy lejos!... No la verá, será mio, solamente mio.... Sin embargo—añadió con voz mas apagada y poniéndose en el pecho las manos—queda aquí una llaga que no curarán ni el tiempo ni mi triunfo; queda un vacío... ¡ah!... no volverá á verla, pero su corazon ya no es mio...

Dos lágrimas corrieron por sus megillas, y de su boca se escapó un suspiro.

Sus tristes reflexiones fueron interrumpidas por la llegada del señor Antonio que entró con aire grave y triste.

—Señora—dijo—perdonadme si os causo el disgusto de presentarme á vos; pero....

—Sentaos—interrumpió doña Catalina—si como amigo leal venis; pero si os traen vuestras locas y ofensivas pretensiones, no os escucharé.

—Mi esperanza está completamente perdida—repuso el hidalgo—y no os molestaré con la negra pintura de mis tormentos.

—Caballero....

—Os repito que no hablaré de mi amor porque estoy convencido de que nada adelantaré mas que mortificaros y mortificarme: no os movió la compasion ni tampoco los celos cuando estabais recibiendo una ofensa de vuestro esposo, y menos debo esperar que os ablandeis cuando está para desaparecer, sin dejar mas que un triste recuerdo, lo que tanto debe haberos hecho sufrir. Con una rival enfrente no habeis querido escucharme, y menos me escucharéis en vísperas de ver á esa rival separada de vuestro esposo.

—¿Acaso sabeis?—preguntó maquinalmente doña Catalina.

—Sé que doña Inés de Carvajal, sin duda para ocultar su vergüenza, porque es muy conocida en Madrid, ha determinado marcharse á Sevilla....

—¡A Sevilla!—balbuceó la dama, cuyo rostro se tornó pálido como el de un cadáver.—¿Habeis dicho á Sevilla?

—Sí, señora.

—Y estais seguro....

—Por casualidad tengo pruebas....

—¡A Sevilla!—volvió á decir doña Catalina.

—¿Os parece cosa estraña?

—Sin duda os equivocais....

—Dentro de ocho dias saldrá de Madrid: conozco á quien le ha comprado casi todos los muebles de su casa, y es amigo mio el comerciante que le ha dado letras por valor de trescientos ducados.... Os felicito, señora.

—¡Oh!—exclamó la esposa de Cervantes con acento ahogado y oprimiéndose el pecho.

—¿Qué teneis?

—Nada.... nada....

—¿Os sentís indispuesta?....

—Un poco....

—Si os estorbo....

—Nó....

—Me voy.... no quiero molestaros.... Sin duda ignorabais lo del viaje de doña Inés, y como la sorpresa de una buena noticia suele producir los efectos de una mala....

—Caballero.....

—Volveré mañana para saber cómo os encontrais....

—No.... no es nada....

—El cielo os conserve.... Dios os dé alivio.... Que sea enhorabuena.... Os felicito.... Hasta mañana—dijo el señor Antonio con afectada gravedad.

Y salió sin esperar respuesta y murmurando de modo que pudiese oirlo doña Catalina:

—Ya es feliz y yo moriré desesperado.

Doña Catalina quedó inmóvil, sin aliento y con la mirada fija en la puerta.

Lo que sufrió en aquellos momentos es imposible esplicarlo: faltó muy poco para que perdiese el sentido y aun la vida.

La desdichada habia creido comprender entonces y solo entonces toda la perfidia, toda la repugnante hipocresía de su esposo.

—¡A Sevilla!—exclamó al fin.

Y clavó en su pecho las uñas, y sus dientes rechinaron

mientras que de sus ojos se escapaban dos centellas de rabiosa ira.

—No mas consideraciones, no mas silencio—repuso.—Seré víctima de la infamia, pero probaré que tengo energía para sostener mis derechos y mi dignidad.

Luego levantó la cabeza con altivez y esperó la vuelta de su esposo que llegó á los pocos minutos.

—¿Has encontrado al señor Guevara?—preguntó doña Catalina con voz firme.

—Sí.

—¿Y le has dicho?....

—Que acepto.

—Pues si no quieres quitar el pan á un honrado padre de familia sin aprovecharlo tú, vuelve á ver al señor Guevara y dile que te has arrepentido, porque bien pensado has visto que no te conviene ir á Sevilla; ó le das cualquiera otra escusa.

Tan sorprendido quedó Cervantes que no pudo contestar á su esposa, sino mirarla con suma estrañeza y como si quisiera adivinar si habia perdido la razon.

—No estoy loca.... debiera estarlo—repuso doña Catalina contestando á la mirada de su esposo.

—¡Catalina!...

—No iré á Sevilla—replicó enérgicamente la dama.

—¡Que no irás á Sevilla!

—Nó.

—¿Hé de irme solo?...

—Tambien te quedarás en Madrid.

—¡Oh!—exclamó el poeta como quien está muy cerca de desesperarse.—¿Qué significa esto? ¿Qué misterio encierra tu conducta desde hace algunos meses? Yo debo ser el loco si tú no has perdido el juicio.

—¡Mi conducta dices, sin acordarte de la tuya!

—Necesito esplicaciones terminantes y claras, que no puedan dejar ni la mas ligera duda.

—¡Esplicaciones!... Pídelas á tu proceder....

—Catalina, mi razon se ofusca y empiezo á dudar si estoy soñando. ¿De qué tienes que acusarme? Y sobre todo, ¿qué de comun puede haber entre mi manera de obrar y el viaje á Sevilla? Hace una hora no quisistes ni dejarme comer antes de ir á casa de Guevara, y fueron inútiles todas mis reflexiones para moderar tu impaciencia.

—¿Y estrañas que me haya arrepentido?

—¡Que si lo estraño! Tal es la sorpresa que me ha causado que, vuelvo á decirte, dudo si estoy despierto. Además, tu carácter ha variado en pocos dias, en pocas horas; nunca has mostrado esa firmeza para oponerte á mis resoluciones, nunca has usado ese lenguaje duro: la dulzura, la timidez, han dictado siempre tus palabras....

—Dulzura y timidez que me han perdido....

—Bien, Catalina—replicó el poeta cruzándose de brazos y haciendo un esfuerzo para dominarse.—Te suplico que espliques....

—Sí, me esplicaré—dijo doña Catalina.

Y se puso roja como el carmin y luego pálida como un cadáver, y se estremeció convulsivamente.

—Miguel....—balbuceó la infeliz con voz ahogada.

Pero no pudo proseguir: sintió oprimido el corazon, inmóvil por algunos instantes, y le faltó la energía, el atrevimiento y el coraje de que antes la vimos tan poseida; pero en cambio aumentó su angustioso pesar y el llanto se agolpó á sus ojos sin que le fuese posible contenerlo.

—¡Dios mio!—exclamó mientras que su rostro, bañado por las lágrimas palidecia mortalmente.

—¡Catalina!—dijo el poeta que cada vez estaba mas sorprendido y admirado.

—¡Soy muy desgraciada!.... ¡Sufro mucho!—repuso la dama, ocultando el rostro entre las manos como avergonzada.

—¿Pero qué sucede?—replicó Cervantes aturdido, casi de-

sesperado.—¡Por Dios, Catalina, en nombre de lo que mas ames esplícate!

—¡Miguel!

—Pero....

—¡Sufro mucho!.... ¡No me aborrezcas, ten compasion de mí!

El hombre que con tanta resignacion habia sufrido todos los tormentos físicos y morales de su dura y larga cautividad, el que sin perder la calma habia sabido sobreponerse á la série no interrumpida de sus desgracias, luchando constantemente con el destino y sin que en ninguna situacion se le viese desesperarse, perdió en aquellos momentos la paciencia y tuvo que recurrir á toda la inmensa fuerza de su voluntad para contenerse y que no se escapase de su boca una palabra dura ni amarga que pudiese herir á la mujer que le atormentaba de aquella manera.

—Sosiégate, Catalina—dijo el poeta con tono de forzada calma.—Sosiégate, me haces padecer horriblemente....

—No me aborrezcas—repitió la dama.—No me aborrezcas... ¡Oh!... Te amo mucho, no puedo dejar de amarte aunque he perdido tu corazon....

—¡Que has perdido mi corazon!—exclamó Cervantes, fijando en su esposa una mirada de espanto porque creyó que estaba loca.—¡Que has perdido mi corazon!... Yo soy quien he perdido el juicio, yo soy quien sin duda sueño.... esto debe ser una pesadilla horrible.... ¿Qué haré para despertar?

—No estás loco, no sueñas....

—Pero habla, esplícate....

—Perdóname.... te atormento.... ¡ah!... ¡Pero sufro yo tanto!—repuso doña Catalina con voz ahogada por los sollozos.

—¡Oh!—exclamó el poeta, cuya frente estaba bañada en frio sudor.—Habla....

—Estoy loca....

—¡Loca!....

—¡Sí, loca de celos!... ¡Dios mio!

Cervantes quedó inmóvil, mudo y sin aliento al oir la revelacion de su esposa. ¿Qué habia de contestarle? ¡Celosa! ¡Celosa cuando la amaba tanto y de su amor le daba una prueba cada dia, sacrificando por ella su existencia, cuando no se separaba de su lado!... Era imposible contestar á semejante absurdo, bien se tomase como acusacion ó como queja.

—¿Has dicho que estás celosa?—preguntó al fin el pobre manco.—¿Has dicho eso, Catalina?

—Sí, lo he dicho.... pero.... No me mires, me falta el valor....

—Ya es tiempo de acabar.... esplícate.... ¿De qué estás celosa, por qué?... Habla. ¿Qué has sabido que pueda haberte infundido sospechas?... Descúbrete el rostro, dí con toda claridad el motivo de tus celos.

Y el poeta se acercó á su esposa y le tomó las manos con cariño.

Entonces ella se arrojó á los brazos de él, diciendo con acento que parecia llevarse tras sí el alma.

—¿Me amas todavia? ¿Me amas como siempre?.... Dime que sí, engáñame...

—Mas que nunca.... ¿Lo has dudado?

—¡Miguel!...

—Te lo juro....

—¡Ah!....

—Pero esplica la causa de tus locos celos....

—Doña Inés de Carvajal.

—¡Doña Inés!....

—Sí, la dama de los ojos negros por quien me dejastes en los momentos para mí mas solemnes.

—¡Catalina!

—Y te fingistes médico....

—Yo te esplicaré ese misterio aunque oculta el de la honra de una mujer desgraciada...

—Que ha tenido un hijo....

—Consecuencias del vil engaño de un hombre miserable....

—Y tiene ya preparado su viaje á Sevilla....

—Te han engañado, han abusado de tu cándida credulidad, de tu inesperiencia....

—Pero no he podido esplicarme....

—Yo te lo diré todo, todo; te daré pruebas, hasta te revelaré el nombre del que abusó de esa infeliz; pero has de decirme quien te ha hecho concebir sospechas, quien te ha desgarrado el corazon....

—Nó, Miguel, no lo sabrás.

—Entonces—replicó el poeta con energía y separándose de su esposa—renuncia á mis esplicaciones y á tu tranquilidad y piensa solamente en nuestro viaje á Sevilla....

—¡Renunciar á mi tranquilidad!

—Sí.

—No te alejes....

—Dí el nombre de esa persona.

—Nó, porque querrás vengar la ofensa.

—Haré lo que cuadre á mi honor.

—Entonces....

—Su nombre.

—El señor Antonio de Alvarado—dijo doña Catalina que prefirió arriesgarlo todo con tal de tener pruebas que desvaneciesen sus celos.

—¡Alvarado! ¡El infame seductor de doña Inés!—exclamó Cervantes, cuyos ojos brillaron como dos luces.

—¿Qué dices?

—¡Todo lo comprendo ahora!

—Pero....

—Es el miserable que ha abusado de la inocencia de doña Inés, abandonándola luego; el mismo, y él tambien me obligó á acompañarla aquella noche y á fingirme médico para evitar que otro conociese el estado de ella....

—¡Perdóname, Miguel! ¡He dudado de tí!

—Todo te lo esplicaré, tendrás pruebas y volverás á ser feliz; pero antes castigaré á ese miserable.

—Despréciale, Miguel; es tan ruin que no merece ni aun siquiera que se le ódie....

—¡Te ha hecho llorar!.... No puedo perdonarlo, no alcanza á tanto mi virtud.... perdonaré á los que me ofendan, pero á los que te hagan daño, imposible.

—Mira, ya sonrio—dijo doña Catalina enjugando el llanto.—Ya soy feliz.

Y su semblante se dilató y brillaron sus pupilas con la cándida alegria de siempre.

—No saldrás de casa—repuso, quitando á su esposo el sombrero y la espada.—Tienes que cumplir tu palabra de aclararme....

—Despues, despues—replicó Cervantes, en cuyo rostro se pintaba el impaciente afan que sentia por encontrar al hidalgo.—¿Qué fin puede haberse llevado ese miserable con turbar nuestra dicha? En esto hay mas que el capricho de suponer que yo amaba á doña Inés....

—Olvídalo....

—Déjame—replicó el poeta, separándose de su esposa y yendo hácia el rincon donde esta habia puesto la espada.

—¡Te lo suplico en nombre de nuestro amor!....

—Es en vano—dijo Cervantes que estaba dispuesto á no ceder.

Pero se detuvo porque oyó que llamaban á la puerta, lo cual fué para doña Catalina una casualidad feliz.

Algunos instantes despues entró el hidalgo, muy ageno de que habia cometido una torpeza y de que iba á cometer otra mayor, y mas ageno aun de lo que le esperaba.

Doña Catalina dejó escapar un grito de miedo, y Cervantes apretó los puños mientras se arrugaba su frente y de sus ojos brotaba una centella de ira.

Se preparaba una escena en que debian contrastar lo mas sério y grave con la mas ridículo y risible; en que cualquier observador desinteresado hubiese sentido á la vez la indignacion, el coraje, la compasion y el desprecio, y que no atendiendo á la situacion angustiosa de doña Catalina ni á la consideracion que merecia el poeta, hubiera encontrado motivo de diversion en la parte cómica que tocaba representar al hidalgo.

El asunto bien merece los honores de un capítulo separado de los demás, y rogamos al lector que pase al siguiente si así le place.

CAPITULO XXI.

De cómo el hidalgo encontró en los piés el mejor razonamiento para justificar su conducta.

l señor Antonio se paró algo turbado al ver los semblantes de los esposos; pero en seguida creyó que habrian tenido alguna cuestion desagradable que favoreciese sus intrigas, y se dió la enhorabuena.

—Os prometí venir y cumplo mi palabra—dijo á Cervantes, alargándole la diestra.

Pero este retiró la suya y no contestó.

Sorprendido y desconcertado el hidalgo, miró á doña Catalina y la vió pálida y temblando como si tuviese una convulsion.

—¿Qué sucede?—dijo para si.

Y guardó silencio, esperando que le hablasen para saber á qué atenerse.

Empero doña Catalina, dominada por el miedo, no acertaba á pronunciar una palabra, y el poeta permanecia silencioso mientras su mirada de águila se fijaba en el hidalgo y hacia los mayores esfuerzos para contener el primer arrebato de su cólera.

Trascurrieron algunos instantes de silencio profundo, durante los cuales empezó tambien á sentir algun miedo el señor Antonio porque habia comprendido que le amenazaba algun peligro.

—Señor Alvarado—dijo al fin Cervantes con imponente acento—¿de dónde viene vuestro conocimiento con doña Inés de Carvajal?

El hidalgo palideció y no pudo articular una sílaba.

—Contestad—añadió el poeta con tono imperioso.

—¿Por qué me haceis esa pregunta?—dijo el señor Antonio con voz insegura.—¿Quereis esplicarme?....

—No me deis lugar á repetir la pregunta....

—Pero....

—Contestad, os repito, que no es mi paciencia bastante para sufrir vuestras burlas. ¿De dónde viene vuestro conocimiento con doña Inés de Carvajal?

—Os complaceré—contestó el hidalgo que volvió á temblar al ver la mirada terrible de Cervantes.—Hace bastante tiempo que conozco á doña Inés y.... tuve ocasion de tratarla....

—Señor Alvarado—interrumpió el poeta—si no me respondeis pronto y terminantemente....

—¿Pero qué os he hecho para que os mostreis tan enojado conmigo?

—¡Vive el cielo!—exclamó el poeta, dando un paso hácia el enamorado intrigante.

Este retrocedió, y convencido de que no tenia mas remedio que confesar su pecado, se apresuró á decir:

—Mi conocimiento con doña Inés viene de que fuí su amante....

—Y la engañasteis vilmente....

—No la engañé.... nada la prometí—balbuceó el hidalgo que temblaba como si tuviera una convulsion y no se atrevia á mirar ni á Cervantes ni á doña Catalina.

—¡Miserable!—exclamó el poeta.

—Señor Miguel.... esa palabra....

—¿Por qué vinisteis á turbar el reposo de una familia honrada? ¿Qué fin os propusisteis al hacer que mi esposa dudase de mí?.... Pero nó, no me contesteis—repuso el poeta que ya no podia dominarse.—Todo lo adivino, habeis tendido un lazo infame á mi honra.... ¡Villano!

Doña Catalina dejó escapar un grito y ocultó el rostro entre sus manos como ruborizada.

El señor Antonio, dominado por el miedo y turbado por la vergüenza, miró á todos lados como si buscase un rincon donde ocultarse. Sus miembros temblaban y el terror apenas le dejaba respirar. El infeliz, en el colmo de su aturdimiento no acertaba á pronunciar una palabra.

—¿Por qué me obligasteis, suplicándome en nombre de la caridad, invocando la honra de una mujer desgraciada, á que acompañase á doña Inés aquella noche y á que me fingiese médico?.... ¡Menguado, miserable!

—Señor Miguel.... escuchadme....

—Se trata de mi honor que habeis intentado manchar, y tamaña ofensa solo se paga con sangre....

—Pero estais en un error.... yo os esplicaré....

—Sois un cobarde.... ¿Qué ha de ser un traidor?

—Sosegaos y....

—¡Sois un infame!... No teneis perdon....

—Os repito....

—Sabeis lo que habeis hecho?—prosiguió acaloradamente el poeta.—Habeis enseñado el camino de la duda á un alma inocente y cándida; habeis atormentado un corazon puro y sensible, pero lo habeis atormentado con celos que es un sufrimiento horrible; habeis turbado la tranquilidad feliz de dos

personas que se amaban tiernamente, les habeis robado el único bien que poseian, la única dicha que conocian; habeis atentado contra mi honra que es tambien lo único que tengo, que la he ganado á costa de sangre, de sufrimientos, de constancia, de abnegacion, y por último, habeis sido la causa de que yo me decida á alejarme de Madrid, como hace pocas horas os dije, y ver destruido en un momento el edificio de mi porvenir, de mi gloria... ¡Y quereis que os escuche!

—¡Dios mio!—exclamó el hidalgo, haciendo un gesto que hubiera provocado la risa del hombre mas grave.—Exagerais.... yo os esplicaré...

—¡Ladron de mi felicidad!

—Señor Miguel, mucho os estimo.... pero tales palabras.... no puedo....

—Yo os las haré tragar con mi espada.

—Bien.... bien, nos veremos.... mañana.... os espero....

—Ahora mismo—interrumpió Cervantes—ahora mismo castigaré vuestro infame proceder aunque sois indigno de que me rebaje hasta vos.

—Corriente—replicó el hidalgo que ya no pensaba mas que en ganar tiempo.—Voy á buscar testigos y os esperaré en...

—Nó, no saldreis solo....

—Es que....

—¡Sois un cobarde!

—No me provoqueis, señor Miguel, que ya sabeis que tengo la sangre muy caliente.... y quiero respetaros en vuestra casa....

—¿Buscais escusas?

—Cumplo con mis deberes de caballero....

—Obrais como ruin cobarde....

—¡Señor Miguel!—dijo el hidalgo con cuanta energía le permitió el miedo.

Y mientras las piernas le temblaban visiblemente hasta el punto de doblársele y chocar una rodilla con otra, volvió á mirar á su alrededor como si buscase por donde huir.

—Vamos fuera de mi casa que no nos faltarán testigos—dijo Cervantes.

—Esperadme algunos minutos....voy por mi espada de batir...

—Buena es la que llevais....aquí tengo la mia....

—Pero....

—Ni un instante—replicó el poeta, yendo hácia donde estaba su espada gloriosa.

Entonces doña Catalina, como si despertase de un sueño, exhaló un grito de espanto y se arrojó sobre su esposo para detenerlo.

—No intentes detenerme—dijo Cervantes.—Voy á vengar mi honra que es la tuya.

Pero el señor Antonio no desaprovechó aquel oportuno momento, y como el raton á quien abren la puerta de la ratonera donde cayó, así el buen hidalgo, convencido de que las piernas valen tanto como la espada y de que el salvar el pellejo valia la pena de dar algunos brincos, salió del cuarto con una velocidad que hubiese envidiado el gamo mas corredor, y bajó la escalera en tan pocos saltos que cualquiera hubiese creido que tenia la facultad de volar.

Cervantes dejó escapar un rugido de cólera y tomó su espada.

—¡Cobarde!—gritó, intentando seguir al hidalgo.

Pero doña Catalina lo detuvo nuevamente, diciéndole:

—Harto castigado está con su cobardia.... Huye y el perseguirlo es mostrarse cobarde tambien....

—¡Oh!—exclamó el poeta, dejando caer la espada.

—El abuso del valor es una cobardia.

Cervantes se dejó caer en una silla sin contestar una palabra.

Entre tanto, doña Catalina lloraba, acusándose de su ligereza, causa de lo mucho que habia hecho sufrir á su infeliz esposo.

Largo rato permanecieron de aquel modo, y mas tiempo hubiese transcurrido á no llegar la tierna Isabel y disipar con sus caricias inocentes la tristeza de su padre á la vez que le preguntaba por qué no se comia cuando era tan tarde.

Cervantes sonrió como siempre sonrie un padre, aun en momentos de desesperacion, cuando recibe un beso de su hijo y lo ve tambien sonreir con toda la alegria de la ignorancia de las amarguras del mundo.

—Vamos á comer—dijo el poeta.

Y pocos minutos despues, aquellos tres séres que tanto se amaban, sentados alrededor de una modesta mesa, comian silenciosamente.

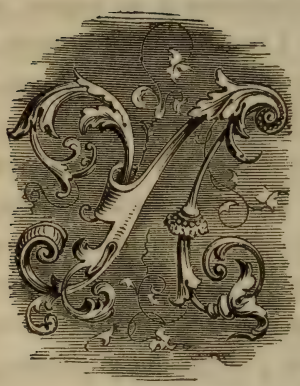
Por la noche volvieron los esposos á renovar la conversacion sobre el viaje á Sevilla; pero ya no era tiempo de retroceder, Cervantes habia empeñado su palabra á su amigo Guevara y tenia que cumplirla.

Semejante viaje era la ruina del poeta, pero él fingió no comprenderlo así para evitar remordimientos á su esposa, y con tranquilidad aparente se dispuso á trabajar en su comedia.

Buscó el madrigal, y como era consiguiente, no lo encontró, y al decirle doña Catalina que ella lo habia roto en un arrebato de su celosa locura, tuvo el desdichado manco que volver á fingir contento y aun decir que no importaba porque de todas maneras iba á hacer otro, y recurriendo á su fuerza de voluntad tomó la pluma, y á vueltas de los recuerdos de la escena con el hidalgo escribió otro madrigal á los ojos de Arsinda no menos apasionado y tierno que el primero.

CAPITULO XXII.

De lo demás que sucedió hasta que Cervantes salió de Madrid.



o habia parado el hidalgo de correr hasta la plaza del Arrabal, y allí, volviendo la cabeza y convencido de que nadie lo seguia, se detuvo para tomar aliento y pensar lo que le convenia hacer en tal apuro, pues creyó que si Cervantes, detenido por su esposa, lo habia dejado escapar, lo buscaria despues.

Esto era lo que queria evitar el intrigante enamorado que, como se ha visto, era cobarde hasta la exageracion, y tenia, mas que á ningun otro hombre, miedo al poeta por ser un veterano que habia dado pruebas de mucho valor y de no menos habilidad en manejar la tizona.

Pálido, con el rostro descompuesto, agitado por el cansan-

cio y el terror, se detuvo, como hemos dicho, y comenzó á decir á su coleto lo siguiente:

—Ese hombre es una fiera y ningun caballero está obligado á medir su espada con las garras de un tigre; esto es innegable y me tranquiliza en cuanto á la cuestion de honra, y en cuanto á la conveniencia, á lo que aconseja la prudencia, debo pensar en poner mi pellejo á salvo porque si me encuentra ese soldadote, hará conmigo ni mas ni menos que si yo fuese uno de los turcos de Lepanto. Si ahora no me ha seguido por estorbárselo su mujer, no acabará el dia sin que salga á buscarme, y de seguro me matará donde quiera que me encuentre. En tal caso, debo tomar mis precauciones para evitar una desgracia. Mas que nada me convendria salir de la córte; pero esto no es obra de un momento, y además me acasionaría gastos que no quiero hacer.

El hidalgo quedó pensativo por algunos instantes, luego miró á todos lados, y fijando por casualidad la mirada en la hostería de maese Mancioni, dijo:

—Buena idea. Me vendré á vivir aquí como cualquier forastero, y estaré oculto hasta que mi perseguidor haya emprendido su viaje á Sevilla. Conozco á maese Mancioni, y le diré que como soy soltero me cuesta muy caro vivir solo y que he pensado estar en una posada. Le encargaré la reserva y le obligaré á guardarla con un escudo de oro, al mismo tiempo que dirán en mi casa á todo el que pregunte que he salido de Madrid.

En cuanto á doña Catalina, no se le ocurrió al señor Antonio otra cosa sino que era una mujer vulgar que no habia sabido comprenderlo ni era capaz de ponerse á la altura que requeria su amor sublime; pero estaba curado de su pasion; el miedo habia sido una medicina eficaz, y solo con acordarse de una de las miradas terribles y amenazadoras del poeta, tenia lo bastante para renunciar á todas las mujeres del mundo. El miedo á una estocada es para ciertos hombres el antídoto del amor.

Despues de convencerse de que nadie lo observaba, se dirigió el señor Antonio á la hostería, encontrando al entrar al panzudo maese Mancioni.

—Carísimo señor—dijo este—os doy gracias por la honra que me dispensais acordándoos despues de tanto tiempo....

—Amigo Mancioni—interrumpió el hidalgo—voy á desquitar lo perdido, y desde hoy me vereis con demasiada frecuencia.

—Estais pálido, muy pálido....

—Acabo de salir de una enfermedad.

—Que debe haber sido peligrosa—repuso el hostelero—porque vuestro rostro lo dice bien claramente....

—Sí....

—Bien decia yo, que por algun motivo poderoso habiais dejado de venir....

—Pues aquí me teneis.

—Mandadme, pues.

—Estoy cansado de vivir solo y de gastar mas que si tuviese familia.

—Mas de una vez os lo he dicho.

—Pienso tomar ahora vuestro consejo.

—¿Y qué quereis?

—Venirme á vuestra casa si las condiciones son razonables.

—Os aseguro que por la mitad de lo que os cuesta vivir solo estareis aquí tratado como un príncipe.

—Sepamos los pormenores—dijo el hidalgo á la vez que miraba á la puerta, temeroso de ver aparecer á Cervantes.

—Antes es preciso que veais las habitaciones de que puedo disponer y que me digais cuál quereis.

—Enseñádmelas.

—Luego hablaremos de la comida, y así, sabiendo yo lo que he de daros, os diré el precio.

—Me parece bien, y si nos arreglamos, desde hoy me quedo.

—Ya vereis, señor de Alvarado, ya vereis....

—Las habitaciones que es lo que mas importa—interrumpió el hidalgo que no se creia muy seguro en el zaguan.

—Vamos.

Cuando iban á dirigirse á la escalera entraron dos mujeres cubiertas con sendos mantos de tafetan y vestidas con apariencias de pertenecer á la clase acomodada. Era la una vieja, como de cincuenta años, y fea, muy fea, pues sus ojillos redondos y despestañados parecian dos agujeros abiertos sobre su larga, afilada, puntiaguda y rugosa nariz que dominaba una abertura mal llamada boca y una barba en forma de cono truncado y en cuyo remate crecian algunos pelos blancos, ásperos y rizados. La otra era jóven, como de veinte años, blanca, de cabellos rubios y ojos azules, cuyas miradas espresivas y ardientes parecian contenidas por el pudor y casi no se atrevian á fijarse en ningun hombre, so pena de que un ruboroso carmin cubriese las megillas y se entreabriese la boca para dejar salir una exclamacion de timidez, aunque solo dejaba ver dos hileras de dientes nacarados cuya blancura resaltaba mas bajo el rojo de los lábios que parecian los mas frescos y virginales del mundo. Era de regular estatura, y aunque iba muy cuidadosamente recatada, adiviná-banse bajo su manto y su vestido unas formas de Venus, hechura de Satanás para aumentar el número de pecadores. Las manos, una de las cuales se vió por casualidad, eran bonitas, muy bonitas, blancas, tersas y de uñas finas y sonrosadas. En fin, la doncella, ó con apariencias de tal, podria no ser una belleza admirable, pero era una de esas bellezas que gustan mucho, tentadora y que si no admiraba entusiasmaba, lo cual es preferible tratándose de mujeres y no de una estátua.

Tal vez como la vieja era tan fea parecia mas hermosa la jóven; pero cualquiera que fuese la causa, es la verdad que, á pesar del susto, relumbraron los ojos del señor Antonio.

Ella al ver á un desconocido, retrocedió como turbada y volvió á ocultar el rostro.

La vieja miró de soslayo al hidalgo y se volvió como para dirigirse á la escalera.

—¿Teniais algo que mandar?—les preguntó maese.—Este caballero es persona de confianza, antiguo parroquiano...

—Nada—contestó la vieja con cascada voz:—iba á preguntaros si habia venido el procurador.

—Nó, mi señora Cornelia, nadie ha venido.

—Está bien.... Vamos, hija mia.

Ambas comenzaron á subir la estrecha y empinadísima escalera, delante la vieja, detrás la jóven, y cuando ya iban á la mitad hicieron lo mismo el señor Antonio y el hostelero.

Calzaba la doncella unos chapines que, ó parecian muy bonitos por los piés que encerraban, ó estaban hechos con tal habilidad que convertian en bonitos los piés feos: eran azules bordados con lentejuelas doradas, y su color resaltaba sobre la blancura de la calceta de seda finísima.

Somos enemigos de cansar al lector con descripciones.

El hidalgo, sin duda por efecto del susto que lo perseguia, de la fatiga que lo tenia quebrantado, tuvo que apoyarse en la pared.

Maese Mancioni se sonrió con candidez segun tenia de costumbre porque pensó que el hidalgo era generoso y pagaria el hospedaje. Ya sabemos que la pasion dominante, la única tal vez del hostelero, era la codicia.

Las dos mujeres acabaron de subir y se internaron en el pasillo.

El señor Antonio preguntó al hostelero:

—¿Quiénes son?

—Dos murcianas, tia y sobrina que hace un mes llegaron á la córte para seguir un pleito con otro pariente sobre no sé qué herencia de la sobrina que es huerfana.

—¿Le llaman?....

—La señora Cornelia Melendez....

—¿Y la sobrina?

—Leocadia.

—Parece gente acomodada....

—Pagan bien.

—Y la sobrina....

—El recato en persona: son buenas cristianas, no pierden la misa un dia, ni por nada del mundo dejan de asistir á las cuarenta horas....

—Sobre todo—interrumpió el hidalgo—la tal sobrina es una flor.

—¿Os gusta?

—Mucho.

—Pues sentiré que la galanteis porque como son tan miradas, puede suceder que por huir de vos pierda yo la ganancia que me dejan.

—Ya sabeis que soy prudente.

—Pero muy alegre de ojos....

—¿Cuál es su aposento?

—Aquel—dijo Mancioni, señalando á una puerta.

—¿Las visita alguno?

—Solamente el procurador de su pleito.

—¿Y cuál es la habitacion que me destinais?

—Esta....

—Seré vecino de doña Cornelia....

—¡Por Dios, señor Antonio!...

—Perded cuidado.

La mancha de la mora con otra verde se quita.

Los ojos azules de Leocadia hicieron olvidar al hidalgo los de doña Catalina.

Aquella misma tarde quedó instalado en su nueva habitacion.

La señora Cornelia lo supo á la noche por el hostelero, y dijo á Leocadia:

—Ya sabes que tengo buen ojo. Ese hidalgo es lo que buscamos. Tiene cara de tonto y de libertino, y sobre todo de presumido, con que manos á la obra, pon en juego tu habilidad, que por mi parte sé lo que he de hacer. Ya hace un mes que estamos en Madrid, y dos será imposible soportarlos porque nos quedaremos sin un real, y sobre todo, mi papel de tia no puede sostenerse mucho tiempo porque en esta tierra se hila muy delgado. Esta tarde has estado á las mil maravillas; te pusistes encarnada como una amapola, te tapastes muy á tiempo, y aquella mirada valió mucho. En mejor ocasion no has podido estrenar los chapines bordados.... En fin, creo que haremos negocio con la ayuda de Dios y de las benditas ánimas á quienes rezaré antes de dormirme.

De esta manera habló la bruja, y aprobado por Leocadia, que entonces no parecia ni tímida ni inocente, se dispusieron á acostarse.

Y nosotros las dejaremos en este punto para encontrarlas algun dia, pues ahora tenemos que volver en busca de Cervantes.

Ya hemos dicho que la situacion del poeta era la mas triste y apurada: tenia precisamente que salir de la córte y esto le imposibilitaba de seguir escribiendo comedias y alcanzar la gloria que ambicionaba, aunque á decir verdad, no lo habia llamado Dios por semejante camino. Además se encontraba sin recursos para emprender el viaje y para el otorgamiento de la escritura de fianza que requeria su empleo. El desdichado trabajó aquellos dias como un loco á quien dejan poner en práctica su manía, y á la vez que fué y vino á Esquivias y dió cuantos pasos eran menester para poner corriente la fianza, acabó la comedia. Es verdad que apenas le habia quedado tiempo para dormir ni comer, pero se habia propuesto salir de su apuro, y su voluntad le dió fuerzas para todo.

Mucho sufrió doña Catalina: la atormentaba su conciencia porque ella era la causa de todo, ella por no haber sabido do-

minar sus celos, guardarlos en el fondo de su corazon y devorarlos silenciosamente como Cervantes devoraba sus amarguras y el pesar que le habia producido el convencimiento de que su esposa era capaz de hacer de un fingido y exagerado interés de cariño la máscara con que cubrió el egoismo loco de sus celos.

Empero el infeliz poeta estaba destinado á sufrir todos los dolores, todas las amarguras, y si en Argel se vió atormentado por la esclavitud del cuerpo, en su patria y en el seno de su familia debia esperimentar la esclavitud del espíritu con una mujer buena, virtuosa hasta la santidad, que lo amaba con frenesí, pero que debia hacerlo desgraciado con su mismo cariño porque no era capaz de elevarse á la altura del poeta, de comprender el alma de aquel hombre estraordinario á quien no se le podia juzgar en el terreno de las miserias y pequeñeces de la mayor parte de los hombres.

La Arsinda tuvo aun mejor éxito que las otras comedias; el público aplaudió con frenesí, gustando mas que nada el mal aventurado madrigal causa de tantos sinsabores y escrito en momentos de desesperacion. Los críticos hincaron el diente en la comedia, calificándola de muy mala, pero como el pueblo pagaba y la aplaudia, pagó tambien mas que nunca el señor Correa, y al fin pudo Cervantes reunir el dinero necesario para su viaje.

Una mañana del mes de mayo, cuando el sol apenas acababa de esparcir sus ardientes rayos, cuando los jilgueros acababan de dejar oir el último trino de su canto matinal, y el rebaño caminaba hácia el monte, y el campesino comenzaba su ruda faena, y ya el bullicio y el ruido animaba las calles de Madrid, y las campanas llamaban á los fieles al templo, salian de la villa un arriero que entonaba un cantar mientras cortaba con su cuchillo los nudos de una vara de fresno, cinco asnos cachazudos y una mula coja. Los asnos iban delante de su dueño, y este hacia andar á la mula tras él conduciéndola del ronzal

que habia colocado sobre uno de sus hombros y sujeto á un brazo.

La carga de los seis cuadrúpedos era la siguiente:

La de la mula unas grandes alforjas y un saco medio lleno, no sabemos de qué, sin otra cosa porque estaba destinada á llevar al arriero cuando se sentia cansado.

Los dos jumentos que iban delante llevaban, el primero dos arcas de nogal, y el segundo dos colchones.

En el que seguia, y colocada entre los gruesos palos de unas jamugas de nogal, iba una mujer con los ojos húmedos por el llanto y el semblante en estremo triste.

El cuarto jumento llevaba dos colchones, y en medio de estos y entre almohadas iba una hermosa niña que miraba con infantil curiosidad los árboles, los montes, y la mansa corriente del Manzanares.

Por último, en el otro asno, que debia ser viejo si hemos de juzgar por sus largas orejas que, á semejanza de las hojas marchitas de una caña, le caian lánguidamente, cabalgaba un hombre que parecia ser un hidalgo. Iba cruzado de brazos, con la cabeza inclinada sobre el pecho y como entregado á tristes meditaciones. Sus piernas se balanceaban al compás de los pasos del jumento, y rozando con unas grandes alforjas y un botijo de barro blanco que iba colgado de la trasera de la albarda.

De aquel modo caminaron silenciosamente largo rato, hasta que la niña llamó la atencion del caballero para hacerle ver una bandada de palomas, y entonces saliendo de su distraccion, miró á derecha é izquierda y volvió el rostro hácia la villa, de la que no divisó ya sino algun torreon ó veleta.

Un suspiro salió de su pecho y quiso murmurar algunas palabras; pero no pudo porque se sintió medio ahogado por una penosa emocion, siéndole tambien imposible contener una lágrima que rodó por sus megillas y enjugó con el dorso de la mano derecha.

Luego exhaló otro suspiro, aspiró con avidez el ambiente fresco y puro de aquella serena mañana, y sin duda para alejar sus tristísimos pensamientos, apeóse del asno, corrió hasta la hermosa niña y la besó con la ternura de un padre que es desgraciado y no tiene mas felicidad que su hijo, y en seguida fué á colocarse junto á la mujer, hablándole cariñosamente y reconviniéndola con dulzura porque estaba apesadumbrada.

Aquel hombre, que devoraba en el fondo de su alma los mas amargos dolores, era Miguel de Cervantes, el soldado heróico de Lepanto y de las Terceras, el de sublime y sin igual ingenio, el de corazon grande, noble, tesoro de virtudes no comprendidas, mal pagadas, despreciadas por los que tuvieron la dicha de conocerlo. Aquel, pobre, desvalido, desdichado, era Miguel de Cervantes Saavedra. Aquel, vestido miserablemente, modesto en sus maneras y en sus palabras, con apariencias de un hombre que nada representaba en la sociedad y que en todo indicaba su pobreza, llevaba en su rica imaginacion un tesoro que se llamaba *Don Quijote* y que no le sirvió sino para morirse de hambre.

CAPITULO XXIII.

Donde seguimos como Dios nos da á entender las desgracias del pobre manco.

ESDE que Cervantes se trasladó á Sevilla hasta que se dió á la estampa su *Don Quijote*, apenas se tienen noticias suyas, y las que ha podido descubrir la investigacion de algunos respetables sábios, son tan vagas en su mayor parte que no pueden ni aun medio llenar el vacío que en la historia de nuestro héroe deja un período de cerca de veinte años, período quizás el mas interesante de su vida porque debió ser el de amarguras mas crueles.

Esta falta de noticias y la imposibilidad en que, como ya hemos dicho otras veces, estamos de seguir paso á paso la vida de Cervantes, nos obliga á no hacer mas que algunas in-

dicaciones sobre su estancia en Sevilla para presentarlo nuevamente en escena cuando algunas de sus desgracias le inspiraron la idea de su obra inmortal.

Lo mismo en Sevilla que en Madrid, solo á fuerza de trabajar sin descanso pudo nuestro poeta cubrir sus mas apremiantes necesidades. Ocupándose en agencias de negocios á la vez que desempeñaba su empleo, pasó los dos primeros años de su nueva vida con la paciencia y resignacion que le eran propias; pero cansado al fin de lucha tan contínua y viendo llegar la vejez á largos pasos, pensó en buscar la fortuna fuera de su patria, apelando, como dijo él mismo, al *remedio á que se acogian otros muchos perdidos en Sevilla, que era el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.* Con tal propósito, y á pesar de la oposicion de su esposa y de la necesidad en que esto le ponia de separarse temporalmente de su hija, elevó á Felipe II una solicitud, rogando humildemente se le concediese un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de Soconusco en Goatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de estos destinos se daba por satisfecho. A pesar de sus esclarecidos servicios, S. M. decretó que no habia lugar y que buscase por acá en que se le hiciese merced. Aunque los muchos desengaños que habia recibido Cervantes le hacian desconfiar de las promesas, esta le hizo concebir alguna esperanza y aguardó para entablar nueva solicitud á que terminase su cometido en aquella ciudad.

Dos años despues, es decir, en 1592, rindió sus cuentas y volvió á quedar sin mas recursos de los de sus agencias. Entonces redobló su trabajo para reunir lo necesario para trasladarse á Madrid, y despues de cerca de dos años de lucha consiguió hacer el viaje, entrando en la córte tan pobre como salió y con menos elementos de procurar la subsistencia de su familia porque despues de seis años de ausencia, perdidas sus

relaciones con los comediantes, y entibiadas las que sostenia con los poetas, le seria muy difícil volver á conseguir que sus comedias se representasen, mucho mas cuando el fecundo Lope de Vega empezaba á hacerse dueño del teatro.

En sus cortos ratos de ócio, ó mejor dicho, robando las horas á su sueño, habia escrito Cervantes algunas de sus novelas, pero sobre ser este trabajo de escasísimo producto, dudaba si seria bien recibido del público no acostumbrado sino á libros de caballería y poemas pastoriles, y aun si encontraria especulador que le comprase el privilegio.

Con tales dudas y algo confiado en la promesa del decreto real, solicitó nuevamente, fué y vino, sufrió toda clase de humillaciones, y al fin no pudo conseguir otra cosa que una comision del consejo de contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades, que procedentes de tercias y alcabalas reales debian varios pueblos del reino de Granada.

La pluma se resiste á escribir estos sucesos, y el alma se contrista al recordarlos. Con razon dice el señor Aribau: «Pasemos rápidamente y como sobre ascuas este periodo desagradable.» Y es verdad, debe pasarse como sobre ascuas, porque se siente la mas profunda indignacion al pensar que Miguel de Cervantes, para no morirse de hambre, tenia que andar de pueblo en pueblo, llevando al hombro el lio de su miserable equipaje, sufriendo vejámenes, insultos y malos tratamientos de tal naturaleza, que solo puede tolerarlos el que ha perdido por completo la dignidad de hombre y la vergüenza. Pero Cervantes tenia una esposa y una hija á quienes mantener y devoró las nuevas amarguras de su infortunio con la heróica resignacion que siempre habia mostrado. ¡Corazon grande, voluntad poderosísima contra la cual se estrellaron los golpes de la desgracia como en la dura roca se estrellaron las soberbias oleadas de embravecido mar! Nada, nada pudo amenguar aquella voluntad de durísimo diamante, nada pudo abatir aquel espíritu estraordinario.

Al año siguiente tuvo que pasar otra vez á Sevilla con motivo de haber vuelto protestada una letra sobre Madrid de siete mil quinientos reales; pero aunque con grandes apuros porque habia quebrado el librador, pudo sin mas perjuicios que el desagrado arreglar el asunto.

Sin duda porque se le presentaron algunos negocios en que poder ganar para regresar á su casa con algun dinero, permaneció en aquella ciudad hasta el año de 1597, en que le esperaba otra amargura.

Segun las cuentas formadas por las oficinas, resultaba contra Cervantes un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió órden á un juez de Sevilla para que lo prendiese, lo cual se verificó, y á duras penas pudo conseguir que bajo fianzas se le dejase venir libremente á Madrid y presentarse al tribunal de contaduría mayor en el término de treinta dias. ¡Oh! añade el señor Aribau en su notable vida de Cervantes, bien seguros estamos de que en medio de tanto fastidio y de tanta humillacion, su ánimo altivo echaba mas de menos cada dia las húmedas mazmorras de Argel, el duro trato de sus amos, el peligro de la muerte, y aquella tarea incesante de combinar planes generosos, cuyo acicate era la esperanza y cuyo premio la libertad.

Dadas esplicaciones sobre el figurado descubierto, volvió á Sevilla para dejar terminados los negocios pendientes, y allí permaneció hasta fines de 1598.

Este año fué uno de los de sus glorias literarias.

Habia muerto Felipe II, y para celebrar sus exequias levantóse en la cátedral de la ciudad conquistada por San Fernando un túmulo del cual dice don Pablo Espinosa en su *Historia de la gran Sevilla*, que era una de las mas peregrinas máquinas de túmulo que humanos ojos habian alcanzado á ver. Tal magnificencia y grandeza inspiraron á Cervantes su célebre soneto, que no copiamos por ser tan conocido que no hay quien no lo conozca.

Hemos dicho que fué aquel año uno de los de sus glorias literarias porque, efectivamente, el soneto por sí solo basta para formar la reputacion de un poeta, y así lo debió comprender Cervantes cuando años despues dijo en el capítulo IV de su *Viaje al Parnaso*.

Yo el soneto compuse, que así empieza
(Por honra principal de mis escritos:)
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.

Aun en medio de sus amarguísimas desgracias, como se ve, no faltaba á Cervantes el suficiente buen humor para escribir con tono festivo que no dejaba entrever la hiel roedora que debia rebosar en su pecho, y así lo prueban otras composiciones suyas, como el soneto que dos años antes habia escrito sobre el tardío socorro con que el duque de Medina acudió á Cádiz cuando el desembarco de los ingleses, y que copiaremos por ser tambien de mérito indisputable y no tan conocido como el otro.

Publicóse por primera vez en la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, escrita por don Juan Antonio Pellicer, que lo sacó del manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional, y que sin omitir el epígrafe dice así:

El capitan Becerra vino á Sevilla á enseñar lo que habian de hacer los soldados, y á esto, y á la entrada del duque de Medina en Cádiz, hizo Cervantes este soneto:

Vimos en julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta,
Que en menos de catorce ó quince dias
Volaron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta:
Bramó el Becerro, y púsolos en sarta,
Tronó la tierra, escurecióse el cielo,

Amenazando una total ruina;
Y al cabo en Cádiz con mesura harta,
Ido ya el conde sin ningun recelo,
Triunfando entró el gran duque de Medina.

Además de este soneto, y de la misma época, tenemos otro que, opinando como casi todos los críticos, creemos que es de Cervantes y prueba tambien que su festivo génio no decayó ni aun en medio de las mayores desgracias.

Lo copiaremos tambien porque estamos seguros de dar gusto á nuestros lectores.

Como el anterior lo inserta Pellicer, tomado del manuscrito de la Biblioteca Nacional.

Dice así:

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica,
Mas no del ejercicio picaresco,
Retorciendo el mostacho soldadesco
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco:
Den voarcedes por Dios á mi pobreza,
Les dice: donde no, por ocho santos
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza:
Mas uno que á sacar la espada empieza:
¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos,
Cuerpo de tal con él y su crianza?
¿Si limosna no alcanza,
Qué es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

Otras poesías escribió además durante su larga permanencia en Sevilla, entre las cuales figuran, un soneto á la memoria del divino Herrera, una glosa en alabanza de San Jacinto, que envió á Zaragoza para concurrir á un certámen y algunas mas. Mantuvo relaciones amistosas con los ingenios de aquella culta y rica ciudad, concurriendo á las reuniones

tenidas en el estudio, del distinguido pintor y poeta Francisco Pacheco, quien sacó su retrato.

Puede decirse que Sevilla fué su segunda patria; allí encontró leales amigos, aunque, lo mismo que en todas partes, el infortunio y la miseria lo persiguieron sin descanso. Empero, como, ya hemos dicho, la viveza de su fecundo ingenio no amenguó, y en medio de sus mayores desgracias, de los hechos mas atormentadores, su imaginacion ardiente se hallaba dispuesta á entregarse á las mas brillantes inspiraciones.

¿Pero qué nos admira cnando lo hemos de ver aun en sus dias de mayor tristeza y apuros escribir las mejores y mas festivas páginas de su inmortal é inimitable obra?

Al fin se despidió Cervantes para siempre de Sevilla, volviendo á Madrid en los últimos dias del año 1598.

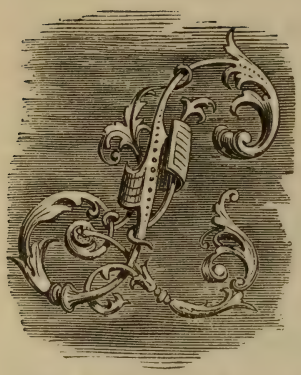
Su familia lo esperaba con ansiedad, y él ansiaba tambien abrazar á su familia. ¿Pero qué iba á hacer? ¿A qué medios recurriria para cubrir sus necesidades? Pretender nuevamente era cosa que aunque le diera buen resultado le haria esperar, y entre tanto no tenia para comer: escribir alguna obra requeria tiempo tambien, y aunque fuese poco, porque se decidiese por componer otra comedia, tendria que vencer muchas dificultades para que se la comprasen. El escaso producto de los bienes de Esquivias apenas habia bastado para cubrir las primeras necesidades de doña Catalina y la tierna Isabel, y los ahorros con que el poeta entró en Madrid consistian en ciento cincuenta y dos reales en plata y algunas monedas de cobre. Con menos dinero se habia encontrado en muchas ocasiones, en casi todas las de su vida, pero tambien con menos necesidades, ó con ningunas, pues que las suyas propias en nada las tenia. Cervantes era uno de esos hombres que gastan cuanto tienen porque todo lo necesitan cuando se encuentran con dinero, pero cuando carecen de él saben vivir y son felices sin echar de menos nada con tal de tener un pedazo de pan cada veinte y cuatro horas.

El que no tiene necesidades no sufre mortificaciones; este es el secreto de la verdadera felicidad, y como nuestro poeta la poseia hubiera podido ser feliz si la envidia y la traicion no lo hubiesen perseguido, si no hubiese encontrado por todas partes almas ingratas.

Hemos cumplido nuestro propósito de decir cuanto se sabe de Cervantes en los diez años que hemos hecho pasar, y ahora volveremos á presentarlo en escena y á reanudar los sucesos que dejamos apuntados.

CAPITULO XXIV.

Lo que hizo Cervantes á su vuelta á Madrid.



a niñez es un sueño, la virilidad una ilusion y la vejez un triste desengaño.

La vida es el deseo y la esperanza, la muerte la realidad.

¿Qué hay en el mundo sino esperanzas, ilusiones y llanto? El hijo llora la pérdida del padre y espera alcanzar una dicha que este no consiguió: el padre llora por el hijo á quien deja en el mundo porque sabe que no ha de ser feliz.

Pasamos el camino de la vida corriendo sin cesar tras el fantasma que nos promete nuestra esperanza y ha creado nuestro deseo, y en nuestro afan no sentimos pasar los dias hasta que nos detiene el cansancio de la vejez y nos dice una

voz: « ¡Mira! » Y miramos y vemos en el término de nuestro camino la fosa donde ha de convertirse en polvo nuestro cuerpo, donde han de encerrarse nuestras ilusiones.... ¡Y el luciente y risueño fantasma creado por nuestro deseo, es polvo y gusanos!.... Hasta entonces no se mira atrás ni se comprende el valor del tiempo perdido: y ya nada puede hacerse; han encanecido nuestros cabellos, se ha encorvado nuestra espalda, nuestras fuerzas se han agotado en una lucha estéril, y no queda mas que la muerte. Pero la esperanza se resiste aun á morir y nos enseña el cielo y nos promete una vida eterna.

El hombre ambiciona una felicidad imposible, ambiciona mucho, pero ¡con cuán poco se contenta! ¡Se contenta solo con la esperanza de que se realizarán sus deseos, y esto es bastante para hacerle amar la vida sobre todas las cosas! Tal es el poder de la esperanza, que ninguno creemos que ha de sucedernos lo que á nuestros padres que se alejaron mas de la felicidad cuanto mas intentaron acercarse á ella: cada cual está convencido de que conseguirá sus deseos, aunque siempre al siguiente dia, y así pasa todos los de su corta existencia. Cuando niños casi estamos convencidos de que para nosotros no es la muerte; despues creemos en ella, estamos seguros de que no hemos de librarnos de su guadaña, pero la vemos muy lejos: nuestros ojos no se abren hasta la vejez, pero entonces ya es tarde y la esperiencia suele ser un tormento, la esperiencia que ha costado tanto.

Los niños se rien de todo y envidian á los que llaman hombres.

Estos desprecian á los niños y se burlan de los viejos.

Los viejos lo miran todo con indiferencia y no comprenden cómo la ancianidad puede dejar de infundir respeto, á pesar de que ellos no la respetaron en su juventud.

¿A dónde vamos? dirá el lector.

Voy por donde todos han ido, á donde todos vamos, y estas reflexiones, que pondran á algunos tristes, harán cavilar á

otros, y para muchos serán un beleño que los duerma, me las ha sugerido una cosa muy natural y sencilla:

Que Cervantes habia cumplido los cincuenta y un años, y sus cabellos encanecian, y se arrugaba su rostro y empezaba á ser, como él mismo nos dijo, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés.

Si quieres lector un héroe de novela jóven y gallardo, deja ya este libro porque desde ahora no podemos presentarte mas que un viejo.

Ya nó es el Cervantes de Lepanto, jóven, hermoso, ardiente; no es el cautivo que encendió el pecho de Zoraida; es un viejo estropeado, feo como todos los viejos, pobre y desaliñado como buen poeta.

En cambio su hija, que ya estaba en el primer período de esa edad en que las mujeres empiezan á comprender que tienen corazon, era un fiel retrato de su madre, y por consiguiente de una belleza nada comun. Tenia todo el candor de los pocos años, toda la inocencia de su vida retirada y sencilla, como criada por doña Catalina, cuyo carácter é instintos conocemos.

Pocos dias permaneció Cervantes en Madrid, apenas los suficientes para dejar en órden los asuntos de familia.

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente, le ofrecieron otra comision análoga á la que habia desempeñado en el reino de Granada, y aunque era cosa tan opuesta á su carácter y á sus principios, hubo de aceptarla en vista de que no encontraba otro medio de atender á las necesidades de su familia.

Nuevas humillaciones y amarguras le esperaban, pero ¿qué habia de hacer? Tambien en Portugal tuvo que doblar la frente y suplicar al orgulloso tio de doña Isabel, y en los pueblos que habia recorrido en su anterior comision habia sido objeto de burla y de desprecio de gente grosera. Una prueba mas á su resignacion, otro sacrificio á sus deberes.

La comision que llevaba era la de ejecutar á varios vecinos de Argamasilla de Alba por las cantidades que debian procedentes de los diezmos que pagaban al gran priorato de la órden de San Juan.

Cervantes se despidió de su familia, mostrando, como siempre, gran serenidad de ánimo, y aun contento, para no comunicar á nadie su afliccion, y á mediados del mes de enero emprendió su viaje, caballero en un asno rúcio de dos con que traficaba un arriero manchego.

Nuestro poeta recordó entonces su primera salida de Madrid para Sevilla, y aunque sin sentir hácia su esposa ni el mas ligero rencor, no pudo menos de quejarse interiormente de su mala estrella, pues la causa de su negra situacion era sin duda el haber querido hacer un bien que dió ocasion al señor Antonio para hacer que doña Catalina concibiese sus locas sospechas y se dejase arrastrar por los celos.

Iba, pues, meditabundo y triste mientras el arriero, que era un hombre rechoncho, de abultadas facciones y sencillas maneras, caminaba detrás, comiéndose con el mayor apetito un enorme pedazo de pan y otro de queso que habia sacado de las alforjas, que en compañía de una bota llena de vino, llevaba en el otro jumento.

A pesar de la espresion inocente del tal arriero, traslucíase sin embargo en sus alegres miradas cierta astucia que debia estar mal avenida con su rudeza y falta de malicia. Como dijo Cervantes de Sancho Panza, era un hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera, aunque tambien como Sancho, tenia sus ribetes de ladino y era en estremo hablador, y se llamaba lo mismo, porque fuese mas perfecta su semejanza.

Cuando acabó su desayuno y vació una parte de la bota, acercóse al poeta y le dijo :

—Si vuestra merced quiere un trago puede beberlo sin escrúpulo porque es legítimo de Valdepeñas y tan moro como yo cristiano viejo, para servir á Dios y á vuestra merced.

Estas palabras sacaron de su distraccion al caballero, que pasándose las manos por la frente y despues de exhalar un suspiro como para desahogar su tristeza, contestó:

—Buen provecho os haga, pero no acostumbro á beber sino cuando como.

—Es que—replicó Sancho—puedo daros tambien un pedazo de queso que, sin que la vanidad me ciegue, aseguro á vuestra merced que ni un príncipe lo come mejor ni hecho con mas limpieza; porque ha de saber vuesa merced, señor caballero, que no lo han tocado manos sino las de mi buena Teresa que se pinta sola para el caso, y si conforme son seis las ovejas que tengo y lleva mi Sanchico al monte, fueran sesenta ó ciento, no necesitaria yo andar en los caminos sino para llevar mis quesos y volver con la bolsa llena, ya que no los vendiese en el lugar á los que todos los años van á comprarlos. Y no crea vuestra merced por esto que digo que me da pena ser pobre, ni envidio á los ricos, ni nunca me he salido de mis casillas para serlo, porque el que mucho abarca poco aprieta, y dejar mi oficio por otro no me acomoda, que mas vale mal pan conocido que bueno por conocer, pero sí quiero que vuestra merced sepa que ha sido con su cuenta y razon el alabar yo mi queso.

A otro le hubiese puesto de mal humor el hablar tanto, sin venir á qué y tan desconcertadamente como el arriero, pero á Cervantes le sucedió lo contrario, y mas que evitarlo pensó seguir la conversacion, siquiera fuese para distraer su ánimo contristado.

—Creo—dijo el poeta—que vuestro queso será el mejor entre el famosísimo de la Mancha, y hecho con tanta limpieza como para vos por vuestra misma mujer; pero ya he almorzado.

—Como plazca á vuestra merced.

—No por eso dejo de agradeceros la buena voluntad.

—No lo hice con tal fin, que las cosas no deben hacerse con mira interesada, ni aun siquiera para que sean agradeci-

das, ni conviene si han de evitarse chascos, y por eso dice el refran, haz bien y no mires á quien. Yo no sabré esplicarme con vuestra merced ni casi casi conmigo mismo, pero como el que no peca no se condena, me basta con entenderme y hacer lo que Dios manda.

—¿Es decir que estais satisfecho con la tranquilidad de vuestra conciencia?

—Y soy feliz: no me falta pan, á Dios gracias, á nadie hago daño y dejo correr el mundo sin meterme á averiguar lo que no me importa.

—¡Feliz!—murmuró el poeta, contemplando al sencillo lugareño.

—Completamente, señor. Tengo una mujer algo entremetida y curiosa, es verdad, porque este es achaque de todas, pero que no ve mas que por las niñas de mis ojos, y además de mi Sanchico y otros dos pequeñuelos, tengo una hija que ya va siendo moza, robusta, derecha como un huso, fresca como una rosa y que no va en zaga á ninguna del lugar en gracia y donaire; y aunque no tiene mas dote que una sarta de corales que le dejó su abuela, que del cielo goce, y está siempre recogida en casa, espero que encontrará un marido honrado, pues como le tengo dicho, el buen paño en el arca se vende. Yo hago mis viajes á Madrid, otras veces á Ciudad Real, y alguna he estado en Córdoba, sin que hasta el presente me haya sucedido ninguna desgracia. Tengo en mi casa paz, y fuera amigos; siempre estoy alegre sin saber por qué, y cumplo con mis obligaciones de buen cristiano. Por eso digo á vuestra merced que soy feliz, y es la verdad.

—¿Pero nada mas deseais?

—¿Para qué si nada me falta? El que desea se mortifica, porque si no consigue se desespera, y si consigue siente otro nuevo deseo y nunca su afan tiene fin. Lo mejor es repasar la memoria, y acordarse de que ayer fué uno honrado, hacer hoy lo mismo que ayer y encomendar á Dios lo que ha de suce-

der mañana. Quien mal anda mal acaba: con el pecado está el diablo, y el que ayer hizo mal lleva detrás al diablo que lo empuja por el camino del infierno.

—¿Quién os ha enseñado esos principios de moralidad?—preguntó Cervantes admirado.

—No sé si son principios ó fines, porque nada aprendí mas que los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y como en ellos se manda amar á Dios sobre todas las cosas y al prógimo como á uno mismo, y no matar ni codiciar los bienes agenos, se me alcanza que esto y lo que he dicho á vuestra merced es una misma cosa. Tambien guardo en la memoria muchos adagios, que al decir del barbero de mi pueblo, que es hombre leido, son hijos de la esperiencia, y como segun uno de ellos la esperiencia es madre de la ciencia, me sirven de consejeros para todo, sin que nunca me hayan engañado. Por eso sé que el que hace un mal lo paga tarde ó temprano, pues no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y el que siembra zizaña no puede cojer trigo.

—Bien está—replicó el poeta, que en la conversacion del arriero habia encontrado el remedio á su tristeza;—pero decís que os contentais con poco, y pasais la vida picando acá y acullá, y segun el adagio, ningun perro lamiendo engorda.

—Primeramente, señor, ha de saber vuestra merced que no quiero engordar, y luego, si bien se piensa, ó yo tengo el caletre vacío, ó lo que quiere decirel adagio es que el hombre no se pare en mezquindades porque no han de hacerle rico. Lo que si tengo presente es que la codicia rompe el saco, y esto no me negará vuestra merced.

Otras muchas contestaciones mediaron entre Cervantes y el arriero, mostrándose este siempre decidor y alegre, y probando que á pesar de su rudeza estaba dotado de buen sentido y no falto de astucia, y sobre todo que era hombre honrado á mas no poder.

Así pasaron algunas horas, y luego, variando de conver-

sacion, pidió el poeta noticias á Sancho sobre algunas personas del pueblo, especialmente con respecto á las que tenia que ejecutar.

—La gente, señor caballero—le contestó Sancho—es allí como en todas partes: buena si llevais algo que darle, mala si le pedís alguna cosa. Vuestra merced no ignorará que Argamasilla es pueblo de muchos hidalgos, y aunque tan pobres que no hay tres que puedan mantener una yunta, están muy preciados de su linage y fácilmente se dán por ofendidos. Segun el negocio que lleve vuestra merced así lo recibirán, y si es cosa que puede tocarles á lo que no tienen, es decir al dinero, debe vuestra merced andarse con cuidado porque no há un año todavía que algunos de ellos, para esquivar el pago de lo que deben al prior de San Juan, que es lo mismo que si dijéramos á la Iglesia, hicieron mil heregías con un pobre comisionado hasta que aburrido tuvo que irse, dando gracias á Dios de haber escapado con el pellejo. Verdad que el tal hombre era de pocos alientos, aunque tal vez esto mismo lo salvó de mayores desgracias, porque á nada se opuso y no tuvieron pretesto para ensañarse con él; pero de cualquier modo, como del árbol caido todos hacen leña, cometieron con él tales tropelías que no le habrán quedado ganas de volver por allá.

—Buenas noticias son esas—dijo Cervantes—para quien va con el mismo asunto.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido Sancho—¿Qué dice vuestra merced?

—Ni mas menos que lo que ois; no tengo que hacer otra cosa en Argamasilla mas que ejecutar á los vecinos que deben diezmos al gran priorato.

—Dios os ayude.

—Pero desde luego os digo que no soy de condicion tan blanda como la de mi antepasado.

—Peor para vuestra merced.

—Pues por mi ánima os juro que no dejaré que se burlen

de mí—replicó Cervantes, olvidándose de que ya sus brios estaban en razon inversa de sus años.

—Si vuestra merced—repuso Sancho mientras se rascaba detrás de una oreja—quisiese tomar mi consejo....

—¿Qué haria?

—Volverse desde aquí para no perder mas que el camino que lleva andado.

—No haré semejante cosa.

—Acuérdese vuestra merced del refran que dice, cuando la barba de tu vecino....

—Cuando veo pelar la barba de mi vecino, me conduelo de él y me preparo á evitar que pelen la mia.

—Mal hecho, señor, mal hecho, porque si consiguen rapar la una rapan la otra, y lo mas prudente es remojar uno la suya para sentir menos dolor.

—Yo voy escudado con la ley, y no se atreverán....

—Pero no sabe vuestra merced que en Argamasilla tenemos un alcalde mal intencionado y con trazas de zorro, y que este alcalde tiene una hija casada con uno de los que mas debe por diezmos, como que nunca los ha pagado.

—El alcalde me protejerá porque es el representante de la ley.

—Vuelvo á decir á vuestra merced que tiene trazas de zorro y le armará cualquiera zancadilla. Lástima le tengo á vuestra merced, pues no sabe á donde vá ni lo que le espera.

—A pesar de todo seguiré adelante y cumpliré mi deber.

—Bien, señor, bien, cada cual hace de su capa un sayo, y nada mas digo á vuestra merced porque mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y cuando vuestra merced muestra tanto empeño, sus razones tendrá.

Los informes de Sancho no dejaron de hacer alguna impresion en el ánimo de Cervantes, por mas que creyó que pudiesen ser exagerados, pues tenia bien presente el recuerdo de las dificultades con que habia tenido que luchar en los pueblos

de Granada. Sin embargo, como no era hombre que se acobardase y además le obligaba la necesidad, no desmayó de su propósito y siguió con ánimo de hacer frente á todo.

Unas veces pensando en su triste situacion, y otras entreteniendo el tiempo con la conversacion de Sancho, hizo el poeta su viaje, y una tarde, cuando el sol empezaba á declinar entró en Argamasilla.

—¿A dónde vamos?—preguntó el arriero.

—Lo ignoro—contestó Cervantes—porque no quiero pedir alojamiento al alcalde, y de mejor gana me hospedaria en cualquiera casa donde pudiera estar económicamente.

—He tomado cariño á vuestra merced—repuso Sancho—y aunque con nadie lo haria, le ofrezco mi casa y mi mesa sin pedirle otra cosa que aquello que gaste.

Como el arriero parecia muy honrado, Cervantes aceptó su ofrecimiento con el mayor gusto, y ambos se dirigieron alegremente á la pacífica morada del pobre lugareño que debia ser inmortalizado.

CAPITULO XXV.

Donde se verá que el arriero habia dado un buen consejo á Cervantes.

L siguiente dia por la mañana, cuando apenas acababa de salir el sol, dirigióse el poeta á casa del alcalde para que le pusiese el cúmplase en el despacho de ejecucion.

La primera y única autoridad de Argamasilla estaba representada por un hombre de cincuenta años estremadamente obeso, de facciones abultadas, frente estrecha y coronada de negros y ásperos cabellos que ni uno solo habia encanecido, cuello grueso y corto hasta el punto de parecer que su rostro amoratado era una continuacion de su pecho y de sus hombros. Su voz era ronca y desagradable, su hablar algo dificultoso, torpes sus pasos y perezosos sus movimientos á causa del embarazo

que en sus miembros causaba su robustez. A primera vista se conocia que era mas aficionado al líquido de la bodega que al de la fuente. Era en estremo celoso de su autoridad y estaba tan envanecido de ella que no permitia que nadie le llamase por su nombre sino que habian de decirle señor alcalde. No dejaba un instante de las manos la *vara de la justicia*; cuando comia la colocaba entre las piernas, cuando se acostaba la ponia junto á la cama, y si alguna vez tenia que ocuparse en faenas del campo, aunque esto sucedia en raras ocasiones, la clavaba en tierra. Por un quítame allá esas pajas encerraba en la cárcel á su misma sombra, y el mas leve desman era castigado por su justicia con una multa que segun malas lenguas se repartia entre el alcalde y el fiel de fechos. Habia sin embargo, un número de vecinos parientes y amigos del alcalde, que hacian cuanto se les antojaba sin que nunca fuesen castigados, y si alguien se quejaba de esta injusta parcialidad y señalaba un abuso, la celosa autoridad argamasillesca tomaba el cielo con las manos, juraba castigar al delincuente y pedia pruebas que nunca podian dársele.

Acababa el buen alcalde de almorzar, y sentado delante de la gran chimenea de la cocina, empuñando la vara y restregándose de vez en cuando los ojos, escuchaba á una mujer como de treinta años, flaca, un si es no es fea y habladora en estremo, que en aquellos momentos decia:

—Ya lo veis, señor padre, no nos dejan descansar y esto es para aburrir á cualquiera: se han empeñado en arruinarnos y lo conseguirán si no poneis coto á tanto abuso.

—No vuelvas á pronunciar esas palabras—replicó el alcalde con gravedad:—piensa lo que dices, pues con ser yo tu padre me veré obligado á imponerte un severo castigo. Nada hay mas justo que el pagar los diezmos, y es imposible oponerse.

—De manera que dejareis que ese nuevo comisionado nos embargue y ejecute.

—Eso es otra cosa : no os ejecutará, pero es preciso guardar las apariencias, que no pueda decirse que yo entorpezco el curso de la justicia.

—¿Pero qué hemos de hacer?

—Lo pensaremos.

—Es que no tardará en presentarse....

—Eres muy habladora, Anastasia, mucho, y muy amiga de meterte en lo que á las mujeres no incumbe.

—Estais de mal humor....

—Calla te digo....

—Pero....

—Este asunto lo trataré con tu marido : dile que venga y déjate de lo demás.

—Llegará tarde....

—¡Señora Anastasia!—replicó el alcalde amostazado y pegando con la vara en el suelo—cuando yo mando se obedece.

—Soy vuestra hija y es una ridiculez....

—¡Cuidado con cometer desacato, porque la justicia es ciega y no conoce á nadie!

—Vamos—murmuró la hija entre dientes—hoy no habrá tenido á quien echársela de alcalde y yo lo pago.

Y luego se despidió, saliendo para ir á avisar á su esposo.

Pocos momentos despues se oyó decir desde la puerta:

—¿Es esta la casa del señor alcalde?

—Adelante—contestó este, restregándose los ojos porque habia comenzado á dormirse.

Cervantes entró, miró al panzudo alcalde y dijo :

—No me cabe duda que sois vos....

—¿Quien sois y qué quereis?

El poeta sacó unos papeles que puso en manos de la argamasillesca autoridad.

Este los miró y remiró, y despues de darles mil vueltas, dijo :

—¿Qué es esto?

—Ya lo veis....

—¿Pensais, señor hidalgo, que tengo obligacion de saber leer?

—Eso es otra cosa, señor alcalde, pero como los mirabais tanto....

—Porque estoy en mi derecho de examinar los documentos que se me presenten, así como vos estais obligado á contestarme.

—Y lo haré con mucho gusto—dijo el poeta que muy trabajosamente pudo contener la risa.

—Bien, decid.

—Esos papeles son los despachos de ejecucion contra los vecinos morosos de Argamasilla que no han pagado los diezmos al gran priorato de la veneranda órden de San Juan de Jerusalen.

—¿Y qué quereis?...

—El cúmplase de vuestra autoridad para notificar á los deudores.

—Veo que sabeis vuestra obligacion. Se cumplirá lo mandado, y para ello os ayudaré con toda la fuerza de mi autoridad.

—No esperaba yo otra cosa.

—Pero ya os he dicho que no sé leer, y por consiguiente, tampoco escribir, lo cual me imposibilita de despacharos en este instante.

—Volveré luego.

—Si... luego....

—A la hora mas oportuna....

—Despues del medio dia, porque está en el campo el fiel de fechos.

—Entonces vendré despues de comer.

—¿Quereis alojamiento?

—No lo necesito.

—Conste pues que no queda por mí.

—No lo he buscado porque dudase ni un momento de vuestro buen deseo de hacer cuanto pudiese en mi favor.

—A todo me hallareis dispuesto: no se cuales sean vuestras intenciones con respecto á la comision que traeis, pero si es que pensais tratar á los deudores sin consideracion, con todo el rigor de la ley, contad con el apoyo de mi autoridad.

—Pienso no tocar ningun estremo, señor alcalde: la demasiada blandura seria faltar á mi deber, y un rigor exagerado seria el abuso de mis atribuciones.

—Veo que sois hombre de razon, y á la legua se os conoce vuestra calidad de hidalgo. Bien, todos quedarán contentos; pero habré de advertiros que algunos de los deudores son personas de calidad....

—Para mí todos ellos son deudores.

—¡Bien, señor comisionado!—exclamó el alcalde, golpeando el suelo con la vara.—Esa rectitud me gusta, os pareceis á mí. Nos entenderemos perfectamente.

Cervantes hizo algunos cumplimientos al alcalde, despidióse y salió mientras decia para sí:

—O Sancho me ha engañado, ó el tal alcalde, á pesar de que no debe tener mucho entendimiento, es un zorro y piensa tenderme algun lazo. Sospechoso parece tanto celo por la justicia, y será prudente estar prevenido y no despreciar los francos consejos de mi honrado huésped.

Media hora despues de haber salido Cervantes, entró en casa del alcalde el marido de la hija de este, luego otro hidalgo, y casi en seguida otros dos vecinos del pueblo, deudores todos que debian ser ejecutados.

Habia corrido la voz de la llegada de un comisionado, y los morosos amigos del alcalde acudian á este para que les ayudase en el apuro como siempre lo hacia.

—¿Qué significa esto?—preguntó la panzuda autoridad—parece que os habeis citado.

—¿Estrañais nuestra visita?—dijo uno de ellos.

—¿Acaso ignorais lo que todos saben?—añadió otro.

—¿No se ha presentado aun ese hambriento que viene á llenar los bolsillos á nuestra costa?

—¿Habeis acabado de preguntarme?

—Decid....

—Se ha presentado á pedirme el cumplimiento....

—¿Que le habeis negado?...

—Que no puedo negarle—replicó el alcalde.

—¡Señor Cosme!

—¿Es decir?...

—Paciencia y dejadme acabar.

—Os escuchamos.

—Le he dicho que vuelva esta tarde, porque así ganábamos tiempo.

—Bien y....

—Me contestó muy respetuosamente que volveria.

—¿Con que es respetuoso?

—Sí, mucho.

—¡Bah!... entonces....

—Me trató como si yo fuese, no el alcalde que representa al rey, sino el mismo rey en persona.

—¡Un pobre hombre!...

—Pero al mismo tiempo, tiene una mirada.... así.... no sabré explicaros cómo.... en fin, me parece que no es hombre que se deje tentar la paciencia.

—Pues habrá de tener mucha con nosotros.

—O nosotros con él.

—Está visto que os ha conquistado con adulaciones.

—¡Cuidado con lo que se dice!....

—Señor alcalde, venimos á pedir justicia y quisiéramos saber si podemos contar con vos.

—¿Qué se hizo con el otro comisionado? ¿Os quedó algo que desear?

—Aquel ya se fué, y lo que ahora nos importa es este.

—Pues á eso vamos.

—¿Qué habeis pensado?

—Nada.

—¿Entonces?...

—A vosotros os toca obrar.

—Pero con vuestro acuerdo.

—Lo que yo puedo hacer es no ver ni oir: ya sabeis que la justicia es ciega; con poco mas la haremos sorda.

—Señor Cosme, no desmentís en esta ocasion lo mucho que valeis.

—No me llamo Cosme, sino señor alcalde; tenedlo presente sobre todo delante del comisionado.

—No lo olvidaremos, pero entre tanto, sepamos lo que ha de hacerse.

—Despues del mediodia volverá ese lobo hambriento.

—Pues bien—dijo el alcalde—vosotros vendreis tambien á la misma hora.

—¿Y qué haremos?

—Aprovechar la ocasion de hacerle perder la paciencia, que se enfade....

—¿Y si es hombre de mucha calma?

—Yo se la apuraré.

—¿Y si no lo conseguís?

—Nuevas dilaciones para poner el cumplimiento en el despacho, y así ganaremos tiempo.

—Bien.

—Una es la idea que me ocurre y me parece buena, muy buena.

—Sepamos.

—Si alguno de vosotros llega á conseguir que se exalte y en un momento de arrebato ponga mano á la espada, no necesitamos mas.

—Es muy fácil.

—O muy difícil.

—Decís que parece valiente....

—Pero no camorrista.

—Le llamaremos langosta.

—Es preciso que lo hagais con mucha habilidad, de manera que no pueda decir que yo he tolerado que se le insulte en mi presencia.

—Encárguese entonces el señor Alonso.

—Sí, sí.

—¿Pero me ayudareis?...

—Por supuesto.

—Dejadlo á mi cuidado—repuso el llamado Alonso, que era un hidalgo tabículo y de afectada gravedad.

—Convenidos.

—A las doce aquí.

Ni ellos mismos sabian lo que iban á hacer, pero sí estaban resueltos á no dejarse ejecutar ni á pagar los diezmos, y para conseguirlo eran capaces de todo.

Largo rato siguieron aun discutiendo sobre el asunto, y al fin se despidieron con ánimo de comer mas temprano que de costumbre, para estar de vuelta á las doce.

Entre tanto Cervantes recorria el lugar para entretener el tiempo, y por todas partes lo miraban, señalándolo con el el dedo, hablando y riendo como si se burlasen de él. Hízose el desentendido y siguió como si nada comprendiese, pero cuando llegó á la plaza advirtió que menos disimuladamente era objeto de mofa de los vagos que allí, como en todos los pueblos, se reunian en corrillos á ciertas horas para roer reputaciones, á pesar de que los tales son siempre la parte de juventud mejor acomodada y que se precia de culta en los villorros y poblaciones de segundo y tercer órden; su ilustracion, sin embargo, consiste en saber leer y escribir, haber hojeado en aquel tiempo algunas novelas pastoriles y libros de caballeria, y en el presente cuatro novelas románticas y socialistas y algun periódico; y con esto, ahora como entonces,

se tienen los unos por filósofos, los otros por poetas y todos por consumados políticos. Cervantes se sonrió con lástima de aquellos pobres nécios y pensó que tantos individuos consumidores y no productores eran una calamidad para su pátria y que esta tenia derecho á que la defendiesen con las armas para economizar la sangre de los que eran útiles al pais produciendo mas que consumian y fomentando las ciencias, la industria y el comercio. Tras la risas y los gestos se oyeron dos ó tres epitetos groseros y vulgares dirigidos al poeta en voz alta y á manera de pregon, que salieron de algunos grupos y repitieron los muchachos desde un rincon de la plaza.

Cervantes sintió mas aquella ofensa que las mas brutales que habia recibido de los moros de Argel, mas que cuando le llamaba perro y le amenazaba con su látigo el turco feroz que guardaba los esclavos de Dalí Mamí; pero como no podia decir quienes eran los autores del insulto, calló, siguiendo como si nada hubiese oido.

Tal papel se veia obligado á representar el autor del Quijote; á tan miserable posicion se le obligaba á descender; tan tristes humillaciones le hacian sufrir para darle un mezquino pedazo de pan.

Creyó lo mas prudente el poeta retirarse á su posada, y así lo hizo, esperando allí hasta que la habladora Teresa le dió de comer mientras le hacia mil preguntas y los chicuelos de Sancho jugaban con la espada que solamente gloria habia podido conquistar para su señor.

Luego volvió á casa del alcalde y ya encontró allí á los cuatro deudores que se habian conjurado contra él.

—Señor comisionado—le dijo el alcalde—estais en desgracia.

—¿No ha venido vuestro secretario?—preguntó el poeta.

—Sí, y os ha esperado largo rato, pero ha tenido que retirarse porque se sentia indispuesto: goza poca salud y cada dos por tres enferma. Si hubieseis llegado antes....

—Aun no son las doce y media....

—Es verdad, pero nada hubiéseis perdido con andar mas ligero.

—No es posible mayor puntualidad.

—Pues habreis de tener paciencia.

—Me sobra—repuso Cervantes sonriendo—y si en eso consiste todo, no tendreis queja de mí.

—Ya veis—dijo, tomando parte en la conversacion el hidalgo á quien llamaban señor Alonso—el secretario del señor alcalde no puede estar esperando todo el dia para cuando á vos os venga bien presentaros.

Cervantes midió al impertinente hidalgo con una mirada entre curiosa y despreciativa, y no le contestó, sino que dijo, dirigiéndose al alcalde:

—Bien, volveré á la hora que me señaleis, puesto que no tengo otra cosa que hacer.

—¿Me habeis oido?—volvió á decir el señor Alonso.

—Perdonad—replicó el poeta;—sin duda sois vos el señor alcalde....

—El alcalde de Argamasilla—interrumpió el señor Cosme, golpeando el suelo con su vara—soy yo.

—Entonces con vos he de entenderme.

—Pero creo, señor hidalgo, si es que lo sois como indica vuestra espada—repuso el señor Alonso—que todos estamos obligados á contestar cuando nos hablan.

Bien comprendió el poeta que querian provocarle para tener un motivo de queja y rompimiento, y acordándose del prudente consejo de Sancho, dominó su enojo y dijo con calma:

—Ciertamente, y despues que hubiese contestado al señor alcalde, que es aquí la persona principal, iba á deciros que teniais razon y que nunca mi ánimo fué exigir que el secretario estuviese á mis órdenes.

—Y aunque lo hubieseis exigido....

—No he pensado en tal cosa.

—Porque habeis de saber que el concejo representa al pueblo, y el pueblo de Argamasilla no permite que se le trate con desprecio, sobre todo por quien á su costa viene á comer.

—Bien sé—replicó Cervantes, esforzándose para no perder la calma—que el lugar de Argamasilla es tierra de muy esclarecidos linages y hombres honrados.

—Entonces debeis respetar....

—Todo lo respetable, y así lo hago.... Señor alcalde ¿quereis serviros decirme á qué hora he de volver?

—Hoy me será ya imposible despacharos.

—Ya sabeis que dentro de las veinte y cuatro horas....

—No teneis que enseñarme mi deber....

—Líbreme Dios de intentar semejante desatino: lo he dicho solamente por si yo estaba equivocado....

—Bien, bien, venid mañana....

—¿A qué hora?

—No sé.... porque como está enfermo el fiel de fechos...

—Despues de almorzar, si os parece.

—Mucha prisa quereis daros—dijo el señor Alonso.

—Pues tengo mucha calma— replicó Cervantes.

—Mal se conoce.

—¿Con que decís, señor alcalde, que?...

—Está bien, despues de almorzar: todo puede ser que os suceda lo que hoy.

—No importa.

—Sentiré que pongais en duda mi celo por la justicia.

—Descuidad.... Que Dios os guarde, señores—dijo el poeta.

Y salió tranquilamente.

Los cuatro deudores y el alcalde se miraron como preguntándose la opinion que habia formado cada cual del poeta.

—¿Sabeis—dijo el señor Cosme—que el tal comisionado no tiene pelo de cobarde ni de tonto?

—Pienso como vos.

—Y que ha de costarnos trabajo hacerle salir de sus casillas.

—Me parece que ha conocido nuestra intencion.

—Por mi parte—dijo el que tenia cara de mas honrado, si es que alguno lo era—confieso que á pesar de su aspecto pobre y miserable me infundia cierto respeto que no sabré esplicar.

—Ha intentado darme una leccion—repuso el señor Alonso—pero juro por mis limpios blasones que él ha de recibirla muy dura.

—Mucho cuidado....

—Mal cuadra su calidad de hidalgo con su ejercicio.

—Allá veremos, no confio....

—¿Pero qué hemos de hacer?

—Aguardar á mañana.

—Pues aquí antes que venga para que nos encuentre y se ponga de mal humor.

—¿Le haremos volver?

—Por supuesto.

—Mañana es dia de misa, y probablemente irá á la iglesia despues que salga de aquí.

—Seguramente.

—Entonces opino porque se le prepare una cencerrada para cuando pase por la plaza, porque esto lo pondrá de peor humor.

—Y luego encomendaremos alguna travesura al hijo de Anton el cojo.

—Aprobado.

—La broma de la cuerda.

—Sí, lo mismo que al otro.

—Se desesperará.

—No hay calma que resista tanto.

—Pero que yo no sepa nada—dijo el alcalde.

—Vos nada vereis, señor Cosme, porque segun decís la justicia es ciega.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Los deudores se despidieron muy contentos y esperanzados de conseguir lo que deseaban, y se fueron para hablar á todos sus amigos de aquel lance que debia ocupar la atencion del linajudo pueblo de Argamasilla.

Cervantes no salió á pasear y pasó la tarde y las primeras horas de la noche, oyendo contar á Teresa la vida y milagros de todos los vecinos del pueblo, y á Sancho decir algunos refranes y repetir sus consejos sobre la desconfianza con que debia mirarse al alcalde.

El dia pasó con lentitud para todos porque todos estaban impacientes por salir de dudas.

En particular para Cervantes, trascurrieron con mucha lentitud las horas aquella noche.

Apenas pudo dormir.

Las mas tristes ideas se agolparon á su ardiente imaginacion. Como nunca, le pareció entonces horrible su situacion, y por primera vez en su vida desconfió de vencer su desgracia y sintióse desalentado para seguir sosteniendo la lucha que tan á prueba habia puesto su constancia. Toda la fuerza de su espíritu fué menester para que no renegase de sus virtudes y aun las acusase de los mayores enemigos de su fortuna.

¿Qué habia de sucederle? ¿Cómo habia de pensar? Si en el trascurso de muchos años, jóven, fuerte, con talento, emprendedor y atrevido no habia podido hacer fortuna, ¿cómo en los pocos años que le quedaban de vida, viejo y débil, habia de conseguir vencer su desgracia?

Iba aun mas lejos el desdichado, su pensamiento caminaba hasta mas allá del sepulcro: se acordaba de su hija que en breve debia quedar huérfana, huérfana y pobre.... ¡Ah!.... ¡La hija de su corazon sin amparo, en la miseria, sin que las virtudes, los afanes y los sacrificios de su padre le sirviesen de nada mas que de triste recuerdo, de un recuerdo amargo para acusar al mundo y recibir en cambio una desdeñosa sonrisa!

¡Noche cruel aquella para el desdichado!

Por las anchas rendijas de la ventana de su aposento penetraron los primeros rayos de la luz del dia.

Oyóse el canto de los gallos, los ladridos de los perros y la voz de los campesinos que entonaban una sencilla cancion mientras conducian su yunta al campo.

Cervantes se levantó y se asomó á la ventana.

Estendió la mirada y contempló la campiña.

Nunca habia estado tan triste, pero nunca le habia parecido tan bella la naturaleza ni tan grata la vida: nunca habia respirado con tanta avidez el aire libre, ni aun el dia en que fué rescatado de su larga y dura cautividad.

¡Qué puro estaba el cielo, qué embalsamado el ambiente, con cuanta dulzura trinaban los pájaros, cómo en fin, sonreia la obra de Dios!

Cervantes quedó como estasiado algunos momentos.

Un suspiro se escapó de su pecho.

Pocas veces se habia sentido tan conmovido. ¿Y por qué? No lo sabia.

La campana de la iglesia tocó para llamar á los fieles á la primera misa.

El poeta se estremeció, dirigió al cielo una mirada tierna y dolorosa y por sus megillas rodaron dos lágrimas.

¿Qué debia sentir en aquellos momentos?

La voz de Sancho sacó de su distraccion á Cervantes que se apresuró á secarse los ojos.

—Alabado sea Dios—dijo alegremente el arriero, entrando sin mas ceremonia:—alabado y bendito porque nos ha dejado ver el dia de hoy.

—Buenos dias, amigo Sancho—le contestó el poeta.

—Bien ha dormido vuestra merced.

—¿Es muy tarde?

—¡Pues es nada!.... como si dijeramos el medio dia.

—¡El medio dia!

—Quiero decir que ya debe tener vuestra merced ganas de

almorzar pues son cerca de las siete. Al que madruga Dios le ayuda, y por eso hace mas de media hora que nosotros hemos comido nuestras migas.

—Voy á salir.

—Pero será despues de haber almorzado.

—No tengo apetito.

—Mire vuestra merced que mi Teresa le prepara unos huevos puestecitos de hoy mismo.

—Volveré pronto; pero quiero ir á casa del alcalde y á misa antes de almorzar.

Salió Cervantes dejando admirado al arriero que no comprendia cómo podia haber quien no tuviese apetito al levantarse de la cama.

Ya estaban en casa del alcalde los cuatro individuos del dia anterior, y esto convenció al poeta de que se pensaba aburrirlo ó precipitarlo para librarse de él.

—¿Llego á buena hora?—preguntó despues de saludarlos á todos cortesmente.

—Os digo lo mismo que ayer—contestó el alcalde:—estais en desgracia y yo tambien porque no puedo cumplir como deseo.

—¿No se ha aliviado el enfermo?

—Sí, pero no tanto que haya podido levantarse de madrugada, y me ha mandado á decir que hasta despues del medio dia no se cuente con él.

—¿Y si tambien faltase?

—¿Qué habremos de hacerle? Tendremos paciencia y volvereis mañana, pues que nada puede mi autoridad contra lo que Dios dispone.

Ya no quedó duda á Cervantes de que intentaban burlarse de él, pero determinó esperar aun todo aquel dia antes de exigir sériamente que se diese cumplimiento á la órden que llevaba, y escusando contestar, se despidió y fuése con intento de oir misa.

Los cuatro deudores se miraron como el dia anterior, y tambien salieron un momento despues, dirigiéndose á la plaza presurosamente y por distinto camino que el poeta.

Este siguió con lentitud, pensativo y cabizbajo, entregado á sus tristes ideas y augurando mal del resultado de su comision.

Cuando entró en la plaza, todas las miradas de los vagos que paseaban allí se fijaron en él, todos sonrieron maliciosamente.

Nada advirtió Cervantes: iba demasiado absorto en sus amargas ideas para fijar la atencion en otra cosa.

Cuando llegó en medio de la plaza, un zapatero que trabajaba en el portal de su casa, dió con el martillo un fuertísimo golpe en la puerta, siendo contestado con otro por el herrador y seguido de tantos y tan repetidos que no parecia sino que los vecinos de aquellas casas se habian propuesto hacer astillas las puertas.

A esto aludian los deudores cuando hablaban el dia anterior de la cencerrada.

Al momento comprendió Cervantes lo que aquello significaba porque conocia la bárbara costumbre de tales demostraciones en muchos pueblos, costumbre que, aunque lo decimos con dolor y vergüenza, se conserva inalterable en algunas poblaciones que se tienen por civilizadas.

La púrpura de la ira cubrió el rostro del poeta; sus negros ojos despidieron dos encendidos relámpagos; apretó convulsivamente los puños y llevó la diestra á la espada; pero se detuvo porque comprendió que no conseguiria mas que aumentar el ridículo en que estaba. ¿Qué habia de hacer? No podia retar á la mitad del pueblo que se mofaba de él, ni hubiese encontrado tampoco quien respondiese á su reto, pues los que golpeaban lo hacian procurando ocultarse.

Entonces se detuvo, cruzó los brazos, levantó la cabeza y miró á todos lados con provocativo desden.

Los golpes continuaron por algunos segundos.

La mirada del poeta se tornó sombría, intentando descubrir á uno siquiera de los que alborotaban.

Fuese el influjo de su dominadora mirada ó ya que aquellos bárbaros comprendiesen que iban á fatigarse en vano sin conseguir que el poeta huyese corrido, calmóse gradualmente el estrépito hasta cesar completamente.

Cervantes siguió entonces hácia la iglesia con lentos pasos y aparente calma, pero diciendo para sí :

—¡Oh! dias felices los de mi cautiverio ¿quién me hubiese dicho que habria de recordaros con envidia?

El desdichado procuró calmar su espíritu con la oracion, y pidió al Omnipotente fuerzas para soportar tantas amarguras.

Concluida la misa volvió á su alojamiento de donde no salió hasta despues de haber comido.

Sus bárbaros perseguidores no habian quedado satisfechos y le preparaban otra burla peor.

Cerca de la casa del alcalde se cruzaban dos calles, y á lo largo de la una y atravesando la otra habia tendida en el suelo una cuerda oculta entre la tierra y cuyos estremos, á bastante distancia, estaban en manos de dos mozalvetes que se escondian cada cual en el hueco de una puerta, esperando la probable casualidad que debia proporcionarles el logro de su intento.

Cervantes, que embozado en su capa, iba con mas lentitud y mas distraido aun que por la mañana, llegó á donde estaba la cuerda, y al dar un paso, esta quedó entre sus piernas.

La ocasion no podia ser mas oportuna para los que acechaban. Instantáneamente y á la vez tiraron de los estremos de la cuerda de modo que la levantaron, y enredándose en las piernas de Cervantes y con la violencia de la repentina tension le hizo caer, aunque afortunadamente recibió solo en las manos la fuerza del golpe.

Oyóse una carcajada brutal y resonaron los silbidos de algunos rapaces.

Un rujido de rabiosa cólera se escapó del pecho del poeta, que se levantó, miró con encendidos ojos á derecha é izquierda y vió alejarse corriendo á los dos chuscos.

Era imposible alcanzarlos porque corrian con la velocidad del que huye y tiene pocos años y muchas fuerzas.

El soldado de Lepanto tuvo que contentarse con exclamar:

—¡Miserables cobardes!

Pero no recibió otra contestacion que la gritería de los chicuelos que á vueltas de los silbidos decian:

—¡Venga vuestra merced y le ayudaré á levantar!

—¡Buena liebre se ha cojido!

—¡Vejiga!

—¡Chupon!

No habia calma que pudiese resistir tanto; toda paciencia era poca. ¿Pero qué hacer? ¿En quién vengar la ofensa? ¿A quién pedir reparacion del bárbaro insulto?

El infeliz tuvo que devorar el veneno de su coraje.

¿Quién hubiera dicho que era aquel el autor de la *Galatea*? ¿Quién, que era el héroe de Lepanto y Túnez, el indomable cautivo de Dalí Mamí y de Azan, el soldado de las Terceras?

Pálido, con los ojos inyectados en sangre y temblando de ira, siguió el poeta con acelerados pasos y en breves momentos llegó á casa del alcalde.

CAPITULO XXVI.

De cómo le hubiese valido mas á Cervantes tomar el consejo de Sancho, volviéndose á Madrid.

omo siempre, los cuatro deudores estaban con el alcalde, lo cual encendió mas la cólera del poeta porque bien comprendia que aquellos eran los autores de las burlas. Sin embargo, acordándose de los consejos del arriero dominó su coraje tanto como se lo permitia la ceguedad de su exaltacion, y despues de saludar con un movimiento de cabeza, dijo al señor Cosme:

—¿Es oportuno el momento?

—Esperándolo estoy—respondió el alcalde que al ver el aspecto del poeta no se atrevió á darle una categórica negativa.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Cervantes.

—Si quereis esperar....

—Sí, aguardaré porque ya debe resolverse este asunto sin mas dilaciones.

—Mucha prisa traeis.

—La que me dieron al mandarme venir.

—Señor comisionado—dijo el hidalgo enteco—no parece bien que vengais con tanta premura cuando sabeis la razon por qué no se ha dado cumplimiento al despacho. Además para apremiar al que debe y comer á su costa siempre estais á tiempo.

Cervantes sintió afluir á su cabeza toda su sangre y renacer en su pecho los brios de su juventud.

—¿Y quién sois vos—dijo—para hacerme tan importunas observaciones ni para inferirme ofensas?

—Soy un hidalgo que sabe hacerse respetar y hacer que respeten á la primera autoridad de Argamasilla, de cuya paciencia y tolerancia quereis abusar.

—¡Caballero!

—Os lo repito, venis á comer á nuestra costa porque no sois capaz de ganarlo con el sudor de vuestra frente, y aun no teneis paciencia para aguardar algunas horas.

Cervantes clavó una mirada terrible en el hidalgo, y no hubiera quedado en la mirada si levantándose el alcalde y golpeando con su vara el suelo no dijese:

—¿Qué significa esto? ¿Nada vale mi autoridad?

—No la respeta quien delante de vos me insulta y me provoca—replicó Cervantes.

—Menos la respeta quien os reconviene tan locamente—dijo el señor Alonso.

—Señores, órden.

—¿Quién lo altera?

—Me estais comprometiendo, señor comisionado, porque tendré que hacer uso de mi autoridad.

—Contra el que delinca—replicó el poeta.

—Precisamente contra el que delinca porque yo no conozco á nadie, la justicia es ciega.

—Y recta—volvió á decir Cervantes.

—¿Me acusais?—replicó el alcalde.

—Ya lo veis—añadió el hidalgo—este hombre no respeta nada.

—Apurais mi paciencia—dijo Cervantes.

—¿Qué me importa?

—¡Callad, vive el cielo!

—¿Me amenazais?

—No lo sé, pero sí os juro que no estoy dispuesto á tolerar ultrages.

—¿Qué hareis?—dijo con tono de desprecio el hidalgo.

—¡Oh!—exclamó Cervantes sin poder contenerse.

—Vos habeis de callar y respetarme, que mi calidad está muy distante de la vuestra.

—¡Señor hidalgo!

—Y os probaré que es asi, como vos no podeis probar que teneis en el pecho tanto corazon como fanfarronadas en los labios.

La exaltacion y ceguedad del poeta llegaron á su colmo.

—¡Salid!—exclamó.—Salid y os probaré que soy digno de llevar esta espada.

Y con la diestra oprimió la empuñadura de su tizona.

—¡En nombre del rey!—gritó el alcalde—¡En nombre del rey daos á prision!

Y se acercó á Cervantes con cuanta ligereza le permitia su obesidad.

—¡Un desafio!—prosiguió diciendo como horrorizado—¡Un desafio!.... Señor comisionado, dadme vuestra espada; no puedo dejar de cumplir con mi deber, aunque lo siento mucho; pero la justicia es ciega.

El poeta comprendió entonces que habia caido en un lazo hábilmente tendido.

—¡Oh!—exclamó con acento desesperado.—Esto es una intriga infame....

—¡Intriga llamais al ejercicio de mi autoridad, al cumplimiento de lo que las leyes mandan para castigar á los duelistas!... ¡Desacato inaudito!

—Dejadme en paz—replicó Cervantes.

—Vuestra espada, señor comisionado; mirad que estais agravando vuestro delito.

—¿Insistís en llevarme preso?

—Sin perder un instante.

—¡He de ser juguete vuestro!—exclamó el poeta que dificilmente podia contener su rabiosa ira.—¡Yo, Miguel de Cervantes, á merced de un alcalde de aldea, del último ente de la sociedad!...

—Señores, sed testigos—gritó el alcalde:—me ha llamado ente, y aunque no sé lo que esta palabra significa, debe ser algun insulto.

—No iré preso.

—Pediré auxilio en nombre del rey, y os llevaré á la fuerza.

—¿Estais decidido?

—¿Lo dudais?

—¿Y qué hareis al que me ha provocado?

—El señor Alonso no os ha desafiado ni me ha faltado al respeto; pero como se ha acalorado un poco, aunque por defender mi autoridad, y ha dicho palabras mal sonantes, le impondré tambien su castigo y en el término de veinte y cuatro horas pagará una multa. Pero esto no os importa ni teneis derecho á pedirme cuenta de mis acciones.

—Me habeis tendido un lazo de gente ruin y villana.

—No empeoreis vuestra situacion.... Dadme la espada y vamos.

Comprendió Cervantes que con resistirse no adelantaria nada, sino que por el contrario daria á sus enemigos armas para combatirlo.

—Tomad—dijo entregando al alcalde su espada,—pero meditad lo que vais á hacer. Si solo quereis libraros de mí para

que no apremie á vuestros amigos y ganar tiempo, decídmelo y me iré porque no es justo que por tan poca cosa causeis mi ruina. Al encerrarme en un calabozo vais á dejar huérfana á una familia honrada, vais á desgarrar el corazon de un padre que ha sufrido mucho.... Preguntad á vuestra conciencia, Dios os mira—añadió Cervantes con acento conmovido y solemne.

El alcalde bajó la cabeza sin atreverse á contestar porque no era un hombre perverso sino falto de una razon clara, envanecido con su autoridad y dominado por cierto número de parientes y amigos que formaban esa camarilla que en los pueblos de poco vecindario se hace dueña, monopoliza la justicia y gobierno sin responsabilidad.

Empero el señor Alonso, viendo la vacilacion del alcalde acudió en su ayuda y dijo:

—Ahora si que vos tendeis un lazo al señor alcalde para ver si le haceis declarar que os ha armado esta intriga para librarse de vos; pero no lo conoceis, ignorais que es hombre muy perspicaz, y sobre todo muy celoso en el cumplimiento de su deber. Además, á los delicuentes no se les pregunta si tienen hijos, porque esto nada importa, la justicia....

—Es ciega—añadió el alcalde.—¿Me habeis tomado por un patan que no sabe dónde tiene la mano derecha? Pues os equivocasteis y no os valdrán vuestras marrullerías de cortesano, porque tengo mucho mundo y al momento conozco el pié de que cada uno cojea.

El poeta se convenció de que era imposible conseguir nada, y para no amargar mas su situacion decidióse á callar.

—Señores—repuso el alcalde, dirigiéndose á sus amigos—os intimo á que me acompañeis para guardar al preso,

—Vamos—dijo Cervantes.

Y salió delante de todos.

¡Cuánto debia padecer en aquellos momentos!

Además de la amargura de las humillaciones y ultrajes

que habia sufrido de aquella gente bárbara y soez, su situacion no podia ser mas apurada: iba á verse envuelto en una causa criminal cuyo término, por breve que fuese, debia ser muy largo, y su familia debia quedar en el mas completo abandono, espuesta á todas las desdichas, á la miseria mas espantosa.

La comitiva se puso en marcha.

Segun iban andando se les agregaban curiosos que enterados del suceso daban muestras de alegria y hacian mil comentarios á cual mas ofensivo para el infeliz poeta, concluyendo por denostarlo y mofarse de él.

Afortunadamente no era mucho el camino que tenian que andar.

El edificio que servia de cárcel era un casaron desmantelado, medio ruinoso y cedido gratuitamente por su dueño para este fin. La tradicion le señala todavia con el nombre de casa de los Medranos por haber pertenecido á esta ilustre familia manchega.

La planta baja la ocupaba con su familia el alguacil del ayuntamiento, haciendo las funciones de conserge y de carcelero en compensacion de la vivienda que se le daba de valde, y el resto del edificio servia, en su parte mas segura y mejor conservada, para encerrar á los presos, y en lo mas inhabitable para dar asilo por una noche, en las frias de invierno, á los mendigos transeuntes.

Esta ligerísima pintura puede formar una idea del aposento que iba á tener Cervantes, y el cual no describimos ahora porque esperamos á visitarle con detencion, así como tambien entonces hablaremos del alguacil, conserge y carcelero.

El alcalde hizo entrega del preso, encargando la mas esquisita vigilancia, pero ordenando al mismo tiempo que se le diese un jergon donde pudiese dormir y se le guardasen las consideraciones debidas á un hidalgo.

En pocos instantes cundió la noticia de la prision de Cervantes, lo cual puso de muy mal humor á Sancho el arriero, haciéndole salir de sus casillas y decir sin reparo que se habia cometido un abuso.

CAPITULO XXVII.

Donde se dirá lo que habia sido del señor Antonio.

En pocas palabras vamos á decir lo que habia sido del intrigante hidalgo señor Antonio, y cómo se encontraba, pues aunque ha de figurar muy poco en los sucesos que tenemos que referir, bueno será que el lector sepa cuál fué el término del que tanto contribuyó á las mayores desgracias del poeta.

Dejamos al presumido hidalgo en la hostería de maese Mancioni, dispuesto á poner sitio á la nueva plaza defendida por la inocente candidez de Leocadia y la rigidez de la señora Cornelia Melendez.

Tres dias pasó el señor Antonio acechando constantemente para buscar ocasion de dirigir una mirada tierna á la doncella

cuando entraba ó salia, pero no consiguió que ella lo mirase, teniendo el disgusto de que la tia gruñese cada vez que pasaban por su lado, y que con áspera voz dijese á la sobrina:

—Anda mas apriesa.

Algo impaciente, cometió el hidalgo la indiscrecion de acercarse á la puerta del aposento de su amada y escuchar, oyendo, sin perder una palabra el siguiente diálogo:

—Ya te he dicho, Leocadia, que no quiero que mires á ese mancebo.

—Pero sino he levantado del suelo los ojos.

—Es que tambien se mira con el pensamiento.

—No he pensado en él, señora tia.

—Cuidado con mentir.

—Pero si ese mancebo no me ha hecho ningun mal.

—Puede ser la causa de tu condenacion; el mundo está muy pervertido.

—¿Querria decirme vuestra merced en qué se conoce á los hombres malos?

—En sus acciones, porque si por el rostro fuese, nuestro vecino deberia ser un santo.

—¡Me mira de un modo!...

—¿Cómo lo sabes?

—Por casualidad....

—Hace tres dias que estás triste, los mismos que el mancebo se hospeda en esta casa.

—Es que vuestra merced me amonesta sin cesar y yo no he dado motivo....

—Te he prohibido que mires ni pienses en él, y me engañas.

—Señora tia....

—Anoche, soñando, pronunciastes su nombre. ¿Te sonrojas?.... Ya ves que te amonesto con razon.

—Perdóneme vuestra merced....

—Basta, Leocadia. Vamos á rezar al santo del dia mientras viene el procurador.

Lo que sintió el hidalgo al oir que le llamaban hermoso mancebo no podemos explicarlo.

La señora Cornelia no debia tener un pelo de tonta, y lo demostró así, tocando tan hábilmente la cuerda mas sensible del galan.

¿Y qué diremos cuando este comprendió que era amado en silencio por Leocadia? ¡La inocente doncella habia soñado con él y habia pronunciado su nombre con aquellos lábios tan puros, tan frescos, tan rojos!...

—¡No puede haber mayor felicidad!—exclamó el hidalgo.

Al cuarto dia lo miró Leocadia al pasar, aunque rápida y disimuladamente, y se puso colorada.

—No hemos de estar así toda la vida; la amo y me ama—dijo el señor Antonio.—Preciso es buscar los medios de entendernos, aunque su timidez es un inconveniente.

Desde entonces miró con mas afan, y pasados algunos dias, cuando creyó que ya Cervantes no estaria en Madrid, se decidió á seguir á su amada hasta la iglesia.

La señora Cornelia se ponia de muy mal humor, pero el hidalgo no retrocedia por eso y continuaba yendo tras ellas á misa y á las cuarenta horas y dando agua bendita á Leocadia, lo cual producia siempre una acalorada discusion entre la tia y la sobrina cuando volvian á casa.

Tales inconvenientes encendieron mas la pasion del enamorado, y cuando pasó un mes sin haber logrado otra cosa que cruzar miradas y suspiros, empezó á desesperarse, preguntó á su corazon y este le dijo que le era imposible vivir sin aquella mujer. Entonces pensó que la dulzura, la candidez, la virtud y la belleza de Leocadia podian hacer la felicidad de un hombre, compensándole la libertad del soltero. Empero casarse....

—¡Oh!—exclamó entonces el hidalgo—¡El matrimonio!.... Sin embargo, á cierta edad no es cosa que debe causar espanto. Se acaba el amor y queda una dulce amistad que es cuanto un

viejo necesita porque no puede sentir otra cosa; se pierde la libertad, pero esta es inútil cuando está el hombre en una edad en que no puede hacer uso de ella. No soy viejo, pero lo seré, y entonces echaré de menos la familia.

No era esto decidirse á casarse, pero sí pensar en el matrimonio, entrever afecciones de familia, y bastaba.

Una mañana, cuando el hidalgo acechaba la salida de la doncella, oyó que la vieja hablaba con mucho calor, y acercándose á la puerta escuchó que decia:

—¡Ay, Leocadia! ¡Por Dios y su santísima Madre! Mira que eres muy inocente y los hombres muy perversos. No respires siquiera, que no se aperciba de que estás sola. Encomiéndate á las ánimas benditas y al santo Cristo de la amargura que es muy milagroso. Acuérdate de cuanto te tengo dicho. Dios sabe el disgusto con que te dejo sola, pero ya ves que no es cosa de que vengas á casa del escribano. Pronto estaré de vuelta, pero en pocos momentos suele suceder una desgracia: el mancebo parece muy ladino, y como su esterior es tan agradable, fácilmente puede trastornar el seso de una mujer sin esperiencia.

Pueden figurarse nuestros lectores cómo halagarian estas palabras la vanidad del hidalgo, y á la vez, cómo se encenderian sus deseos por lo mismo que tanto cuidado ponia la señora Cornelia en guardar á su sobrina.

—Hija mia—repuso la vieja—ya que mis consejos y tus buenas inclinaciones te han librado hasta el presente de las asechanzas de Satanás, que no se pierda lo conservado á tanta costa en los pocos dias que vamos á estar en Madrid.

—Id tranquila—contestó la doncella—que nada puede sucederme teniendo presente á Dios y vuestros consejos.

—La Vírgen santísima te proteja.

—¡Con que les quedan pocos dias de estar en Madrid!—dijo el hidalgo mientras la bruja bajaba la escalera.—Esto es cosa de reflexionar con madurez. Yo no pienso casarme ahora, pero

no hay duda que lo haré con el tiempo. Una mujer no me faltará, pero es lo importante saber si cuando me decida á ser marido encontraré otra Leocadia que reuna á su belleza sin igual, sus virtudes ejemplares.

El pez habia tragado el anzuelo.

Luchó largo rato el señor Antonio, y al fin, resuelto á que no se le escapase la ocasion de conseguir una mujer como aquella, repuso:

—La señora Cornelia podria estar ya de vuelta, pues dijo que no tardaria, y es fácil que, pensándolo así la hermosa Leocadia, abra sin preguntar cuando llamen. Si no sucede así, nada perderé, y al menos podré siquiera decirle por el ojo de la cerradura que la amo.

Sin perder un instante se acercó el hidalgo á la puerta del aposento de Leocadia y llamó como quien á su casa llega apresuradamente.

Engañada ó dejándose engañar, la doncella abrió al momento; pero al ver al señor Antonio exhaló un grito de espanto, ocultó entre las manos el rostro, diciendo mientras se metia en un rincon:

—¡Jesus me valga!

Cayó á sus piés el enamorado y con voz conmovida suplicó á Leocadia que le escuchase si no queria verlo morir atravesado por su mismo acero: y haciendo en esto ademan de sacar la espada, obligó á la doncella á que le respondiese, pidiéndole con ruegos encarecidos que se alejase y no comprometiese su reputacion ni la pusiese en el peligro de ser sorprendida por su tia, que era rígida y severa hasta la crueldad.

Siguióse un diálogo de recíprocas súplicas y juramentos de amor muy divertido para Leocadia y muy sublime en concepto del hidalgo.

Este prometió vencer la crueldad de la señora Cornelia, pidiéndole formalmente la mano de su sobrina, y ella á vueltas de sus ruegos y vacilaciones, dió á entender que amaba al

señor Antonio, aunque el decirlo claramente no se lo permitian su timidez y recato que le pegaban al paladar la lengua cuando iba á pronunciar la palabra amor.

No necesitaba tanto para perder el seso el vanidoso hidalgo, y para dejarse arrebatar de su pasion le bastaba el rostro de la niña colorado por la púrpura del pudor y las primeras chispas de un amor, que aunque naciente, prometia ser un volcan; de manera, que dejándose llevar de su ardoroso deseo, cogió una de las manos de la doncella y la besó con arrebato frenético antes que ella pudiera evitarlo.

Pero cuando iba á repetir con asombro y espanto de Leocadia, sonó en la escalera la voz gangosa de la vieja que decia:

—Dadnos el almuerzo, señor Mancioni. Abre, hija mia.

—¡Corred!—exclamó la jóven.

—Hasta luego—contestó el hidalgo.

Y salió velozmente y mientras decia:

—¡Maldita bruja!

Aquel mismo dia pidió el señor Antonio la mano de Leocadia, y prometió acelerar su casamiento para que no sufriesen perjuicios las buenas señoras deteniéndose en Madrid.

Muchos escrúpulos mostró la señora Cornelia para acceder, y mas inconvenientes puso, pero al fin, despues que tardó tres dias en pensarlo, dió su consentimiento, aunque poniendo ciertas condiciones y prohibiendo al hidalgo que las visitase con mucha frecuencia porque era preciso evitar la murmuracion.

No tardó un mes en hacerse el casamiento.

La señora Cornelia dijo entonces:

—El casado quiere casa y yo me vuelvo á la mia.

Pero el infeliz marido la obligó á que siquiera una semana les acompañase, porque Leocadia mostró gran pesadumbre por la separacion de su tia.

Esta accedió y al cabo de algunos dias salió de Madrid, llevando una respetable cantidad, parte, dada por el hidalgo

para acudir á ciertos gastos que debian hacerse en Murcia para seguir el pleito que iba á dar una herencia á Leocadia, y el resto entregado por esta sin que lo supiese su marido.

La luna de miel fué muy breve.

No se recibieron noticias de la señora Cornelia.

El hidalgo escribió á Murcia, pero allí nadie la conocia.

Entonces pidió noticias sobre el pleito á Leocadia, pero esta dijo que nunca se habia tomado el cuidado de enterarse de semejantes pormenores y que aun sospechaba que fuesen ilusiones de su tia.

La jóven tímida y pudorosa se iba haciendo desvergonzada y desenvuelta. Pasaba delante del espejo la tercera parte del dia, y el resto en los paseos, los saraos y los corrales de comedias.

El hidalgo advirtió que gastaba mas de lo que le producian sus bienes, y cuando pensaba economizar, determinó su mujer aumentar los gastos, de manera, que al poco tiempo hubo de venderse una viña, á los ocho meses una casa, y un año despues un olivar.

Motivo era este para desesperar al señor Antonio, pero tuvo que pensar en otra cosa.

Leocadia acogia con sonrisas dulces los obsequios y galanterías de algunos enamorados que pretendian hacer con su marido lo que este intentó hacer con Cervantes.

Era la última desgracia.

Apuróse la paciencia del infeliz marido, se quejó y amenazó, pero la en otro tiempo tímida Leocadia se mostró enérgica y rebelde, y la casa se convirtió en un infierno.

Tras de la viña, la casa y el olivar, hubo que hacer nuevas ventas y llegó la total ruina deshaciéndose del resto del patrimonio con unos majuelos cuyo valor era de mil escudos de oro.

Dispuso el hidalgo retirarse con esta cantidad á vivir á un pueblo, pues era imposible sostenerse en la corte, y con sor-

presa suya aprobó Leocadia la idea, rogándole que no dilatase la ejecucion del plan.

—Está arrepentida—dijo el desdichado.—Vaya en gracia todo lo perdido con tal de pasar tranquilamente los dias de mi vejez. No tengo hijos y poco debe importarme gastar el último real el postrer dia de mi vida.

Resignado salió de Madrid para Arganda donde le habian ofrecido venderle con muy buenas condiciones un viñedo, cuyo producto podria ser suficiente para vivir allí con modestia. Arreglado el trato con el vendedor, y convenido el dia en que habia de firmarse la escritura, volvió á su casa, si no gozoso, tranquilo y aun contento.

Empero un nuevo golpe acabó de hacerle purgar sus antiguos pecados.

Leocadia habia desaparecido llevándose los mil escudos y las joyas que su marido le habia comprado con el producto de su patrimonio.

Los criados no pudieron decir otra cosa sino que su señora habia salido una tarde y no habia vuelto.

Todas las diligencias que practicó el infeliz hidalgo para encontrar á su esposa fueron vanas.

Por congeturas aseguraban unos que se habia ido con un mancebo espadachin y jugador; otros que con un capitan que habia servido en Flandes, y algunos que sola para buscar fortuna por esos mundos de Dios.

Empero nadie sabia la verdad.

Desesperóse el hidalgo, juró, maldijo, blasfemó, pero tuvo al fin que conformarse con su suerte y vender hasta las sillas de su casa para no morirse de hambre.

Cuando se le acabó este recurso, apeló á los amigos; algunos se condolieron de su desgracia y lo socorrieron, pero cansados le volvieron tambien la espalda.

El desdichado se vió en la última miseria.

No le quedaban mas que dos caminos, pedir una li-

mosna ó robar; pero le faltaba el valor para ambas cosas.

Ya iba siendo viejo y tampoco podia sentar plaza de soldado.

Bien pagaba el mal que habia hecho á doña Inés y á Cervantes.

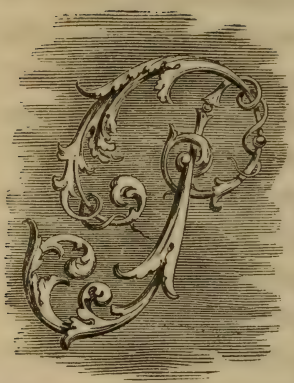
El primer dia que se encontró sin ningun recurso para comer, fué precisamente el mismo en que prendieron al poeta en Argamasilla.

Tal era la triste situacion del hidalgo cuando nos vamos á separar momentáneamente de él, prometiendo encontrarlo mas adelante.

Debe estar satisfecha la curiosidad del lector, y con su permiso haremos una visita al preso.

CAPITULO XXVIII.

Donde volveremos á ver á Cervantes.



or mas que Cervantes reclamó y protestó contra el abuso de que habia sido víctima, sus enemigos continuaron dando al suceso un carácter de gravedad exagerada, enredando el asunto para dar treguas y conseguir con dilaciones su mas importante fin, que era no pagar lo que debian. La provocacion del duelo no podia probarse sin alterar las palabras del poeta, á lo cual no se atrevieron los testigos, pero el haber puesto mano á la espada, aunque podia tomarse por un movimiento natural, era tambien indicio, mas ó menos leve, de un desacato á la autoridad. En último resultado y sin cometer una injusticia escandalosa, ningun castigo podia imponérsele á Cervan-

tes; pero sí podia suceder, como estaba sucediendo, el tenerlo encerrado muchos dias y aun meses.

El señor Alonso no alegó queja alguna; por el contrario, dijo que no se conceptuaba ofendido, pero en cambio tomó con tan ardiente celo la defensa de la autoridad, que decia haberse hollado, que el juez mas recto y severo hubiera quedado atrás en dar pruebas de amor á la razon y la justicia. No faltó quien le hiciese observar que su conducta de desfacedor de agenos agravios era ridícula, ya que no se tachase de interesada; pero decia que era tal su amor á lo justo, que no podia ver el mas ligero abuso sin acudir en demanda de la reparacion debida y en ayuda del ofendido, y que en aquella ocasion tenia un doble y laudable interés por haberse hecho la ofensa á la autoridad y por residir esta en el padre de su esposa. Con semejantes escusas, fué, vino, y tanto revolvió, que, mas que el alcalde, él hizo el principal papel en aquel asunto. Su carácter grave, sus pretensiones de hombre recto y sabiondo, porque habia estudiado en Alcalá griego y latin y algunos elementos de derecho, le hacian muy á propósito para el caso. En cualquiera cuestion eran tenidos en mucho sus fallos por todos los habitantes de Argamasilla; solamente el cura, el barbero y el alguacil se atrevian á discutir con él, siendo siempre de contraria opinion.

Además de las intrigas del señor Alonso y los otros deudores, y de la mala fé del alcalde, la opinion pública estaba en contra del poeta, escepto los tres individuos de que hemos hablado, es decir, el cura, el barbero y el alguacil que no pagaban diezmos y calificaban de abuso y tropelía la prision.

Pasó Cervantes algo mas abatido que de costumbre los primeros dias de su encierro, pero cuando vió el giro que tomaba el asunto, y despues de saber por su carcelero el alguacil que se intrigaba con ardor, convencióse de que habia de estar mucho tiempo allí y dispuso avisar á su familia para que no estrañasen ni su silencio ni su larga ausencia. Lo que mas

conveniente le pareció fué que llevara Sancho una carta cuando hiciese su primer viaje á la corte, y provisto de lo necesario para escribirla, gracias á la buena voluntad de servirlo que mostraba el alguacil, pidió que le dejasen ver al arriero, lo cual, despues de varias consultas entre el alcalde y los de su camarilla, le fué concedido.

El encierro de Cervantes era un aposento espacioso, pero sombrío, porque solo tenia una ventana pequeña con reja de hierro practicada á cuatro ó cinco piés de altura del suelo y por donde á ciertas horas entraban algunos rayos de sol. Las paredes estaban ennegrecidas por el tiempo, carcomidas en muchas partes, viéndose en ellas, escritos con carbon, nombres y versos, y dibujadas algunas grotescas figuras, recuerdos todo ello del ocio de los que habian estado allí encerrados. En un rincon habia una que no sabemos si llamar cama, segun era de miserable; y bajo la ventana se veia una mesa de nogal antiquísima, coja, mugrienta y apolillada; pero que al fin y al cabo era un mueble que hasta entonces ningun preso habia tenido. Sobre la mesa habia la mitad inferior de un puchero que hacia las veces de tintero y que contenia un líquido pardusco revuelto con raeduras de asta y una pluma negra, y esparcidos en desórden algunos papeles de distintos tamaños. Un banquillo de pino y un cántaro con agua completaban cuanto en la habitacion habia. El piso era de mezcla de cal y arena, grieteado, desconchado y lleno, junto á las paredes, de agujeros por donde á todas horas salian y entraban tranquilamente ratas del tamaño de gazapos.

Ya hemos dicho que el alguacil era uno de los que siempre opinaban de distinto modo que el hidalgo, y por consiguiente estaba á favor de Cervantes, lo cual valió á este la mesa, tintero y papel que ningun preso hubiera podido alcanzar.

Aunque el poeta era de espíritu fuerte, sin embargo, en los dias que llevaba de encierro habia enflaquecido, aunque poco, y se habia aumentado el número de sus canas.

En el momento en que lo presentamos paseaba á lo largo de la habitacion, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, meditabundo y triste, pero no como un hombre débil y abatido, sino como fuerte y resignado. Sus vestidos estaban sucios como nunca, rotos y puestos con desaliño, lo cual no era en él cosa estraña.

Las ocho de la mañana serian y ya llevaba dos horas de no interrumpido paseo, moviéndose con la igualdad y precision de un autómata. Probablemente hubiera seguido de la misma manera algunas horas mas si no llegasen á interrumpirle.

La puerta se abrió y entraron dos personas.

La una, era Sancho.

La otra, un hombre de mediana estatura y de unos cincuenta años de edad, flaco, de rostro aguileño, ojos pardos de mirada viva y alegre y espeso bigote gris. A pesar de sus años denotaban sus movimientos rápidos y enérgicos que estaba acostumbrado á una vida activa y que conservaba todo el vigor de su juventud. Sus vestidos eran, no solo modestos, sino pobres, pero limpios. Se llamaba Antonio Garcia y era el alguacil y conserge ó carcelero de que hemos hecho mencion, por lo cual se le conocia con el nombre de Anton el alguacil.

—Aquí lo tiene vuestra merced—dijo al entrar y señalando á Sancho.—Solos os dejo para que hableis con despacio y libertad.

—Ningun secreto tengo que decirle—contestó el poeta—de modo que si quereis quedaros podeis hacerlo.

—¿Para qué? Cuando hayais concluido, llamad y vendré, que tiempo nos queda á nosotros para hablar si teneis ganas de conversacion.

Salió el alguacil, volviendo á cerrar la puerta, y Sancho, despues de contemplar por algunos momentos á Cervantes, dijo:

—Mucho agradezco á vuestra merced que se haya acordado de mí porque tenia ganas de verlo, y si no he venido sin que me llame vuestra merced, no ha sido por falta de voluntad sino porque no me ha dado el alcalde licencia para ello.

—Sé que me estimais, buen Sancho—contestó el poeta—y vuestro cariño tiene para mí un doble valor puesto que nada me debeis.

—No hablemos de eso, señor—replicó Sancho sentándose en el banquillo—los hombres debemos servirnos los unos á los otros, y además, si bien se piensa, nada teneis que agradecerme sino algun consejo que por desgracia no os ha servido.

—Hubo un momento en que lo olvidé.

—No se fie vuestra merced del señor Cosme, os dije.... Pero en fin, no hablemos de lo que ya sucedió, porque tratar de lo que no tiene remedio es tiempo perdido. Lo que ha de hacer vuestra merced es no abatirse, porque asi no saldrá de su apuro, y piense que el buen tiempo viene siempre tras el malo, porque no hay bien ni mal que cien años dure, y consuélese con aquello de bien vengas mal si vienes solo.

—Convencido estoy, amigo Sancho—dijo Cervantes que empezó como siempre á encontrar agradable la conversacion del arriero—convencido estoy de que los refranes os han hecho feliz.

—Ya dije á vuestra merced que siempre habian sido mis consejeros y que nunca me engañaron.

—Una cosa deseo saber—replicó el poeta—y vos me direis la verdad.

—Como que soy enemigo de la mentira que es el mayor pecado que comete el hombre.

—¿Qué se dice de mí por el lugar?

—Que habeis venido á chupar la sangre de los pobres y que bien merecido teneis el estar aquí encerrado: y no basta decirles que si vinisteis fué porque os mandaron venir, pues con-

testan que un hombre honrado debe tomar otro modo de vivir. Lo peor de todo es que el señor Alonso de Quijana, ya sabeis, el que está casado con la hija del alcalde, anda revolviendo todo el lugar para levantar contra su merced las voluntades, diciendo que vuestra merced intentó sacar la espada y que habló desatentamente de los vecinos de Argamasilla.

Cervantes hizo un gesto desdeñoso y dijo:

—Harto castigo es su misma ruindad.

—En el pecado va siempre la penitencia.

—¿Y qué piensan hacer de mí?

—Cada cual da su parecer, pero el que menos, dice que vuestra merced debe ir á galeras.

—Allá veremos, Sancho: si no galeras, me harán sufrir un largo encierro á lo que presumo, y por eso he determinado decir á mi familia lo que sucede.

—Bien hace vuestra merced, así como no estaria demás que buscase el favor de alguna persona de valimiento, pues de otro modo dejarán que se consuma aquí vuestra merced.

—Parientes tengo en esta tierra que pudieran servirme, pero no quiero acudir á ellos sino en el último apuro, y ahora no haré mas que dar aviso á mi familia, para lo cual os ruego que lleveis una carta á Madrid y que la entregueis á mi esposa, diciéndole al mismo tiempo que no se apure pues el asunto no lo merece.

—Haga vuestra merced lo que mejor le parezca, aunque yo pienso que el hombre prevenido vale por dos. Deme vuestra merced la carta que yo la entregaré, diciendo que no pasen cuidado.

—Sobre todo—repuso Cervantes—si vieseis que mi esposa piensa venir, hacedle comprender que agravaria mi situacion por muchos conceptos, y que aumentaria mi cuidado porque aquí seria el blanco de los tiros de todo el lugar. Ya se lo digo así en la carta, pero tal vez necesiten mis palabras el apoyo de vuestras esplicaciones.

—Descuide vuestra merced que haré cuanto pueda, y sino bastare no será la falta de mi voluntad sino de mi entendimiento.

—Gracias, buen Sancho, tomad la carta y que Dios os bendiga y os dé la prosperidad que mereceis.

Tomó Sancho la carta, dióle mil vueltas, la guardó bajo su coleto y se rascó detrás de la oreja derecha como tenia de costumbre cuando dudaba ó no se atrevia á decir alguna cosa que sospechaba pudiese ofender.

—Vos y mi carcelero—añadió el poeta—sois las dos únicas personas que en medio de mi desgracia me han demostrado afecto.

—Anton es hombre de bien, franco y leal como buen soldado viejo, y aunque un si es no es desvergonzado, zumbon y amigo de reirse á costa agena, no tiene intencion dañada, y fuera de la broma es capaz de quedarse sin comer si otro le pide lo que tiene en la boca. En cuanto á mí, nada valgo, pero.... en fin—añadió el arriero, volviendo á rascarse y á dudar—yo soy un pobre villano que no aprendí mas que el padre nuestro, y suele suceder que cuando uno dice las cosas con el corazon en la mano, ofende sin intencion y.... vamos, ya he dicho á vuestra merced que no sé esplicarme ni entenderme yo mismo porque soy muy duro de mollera, pero vuestra merced me comprenderá á poco que yo hable.

—¿Temeis haberme ofendido alguna vez con vuestras palabras? Nó, amigo Sancho, muy al contrario, que palabras y obras tengo que agradeceros, y tantas que jamás podré pagaros.

—No es que yo haya ofendido á vuestra merced, sino que en adelante le ofenda.

—¿Cómo?—replicó sorprendido Cervantes.

—¿Me da vuestra merced licencia para decirle lo que siento?—repuso Sancho visiblemente conmovido.

—¡Qué si os doy licencia!...

—Y me promete no enfadarse....

—Le que se dice con buena intencion no ofende.

—Soy un pobre, señor; ya sabe vuestra merced que tengo dos jumentos y seis ovejas, pero como al que bien anda bien le sale todo, y mi Teresa es tan mujer de su casa y tan vividora que un real lo convierte en dos, sucede que además de que no falta á mis hijos el sustento, se ahorran algunos maravedises por si Dios quiere castigar nuestros pecados con algun contratiempo, y....

—Basta, Sancho—interrumpió el poeta que sintió oprimírsele el pecho con la mas dulce emocion:—os comprendo y no necesitais esplicaros mas...

—Señor....

—Me ofreceis el pan de vuestros hijos....

—¿Os he ofendido?—replicó Sancho que apenas podia hablar.

Pero no menos conmovido Cervantes, dió la mano al arriero diciéndole:

—¿Cómo no habeis de ser feliz?

—Perdone vuestra merced si se me llenan de agua los ojos, pero no puedo remediarlo, no soy fuerte como otros hombres...

—Teneis un gran corazon.

—He dicho lo que siento á vuestra merced, y si acepta mi ofrecimiento....

—Nó, Sancho, no acepto porque no necesito.

—Vuestra merced es honrado y muy puesto en sus puntos, y cuando ha venido á ejecutar á los deudores de Argamasilla, esponiéndose á sufrir lo que mas duele á un hidalgo....

—Es porque la necesidad me obliga.

—Eso he pensado, señor; y por lo mismo....

—Cuando vayais á mi casa decid á mi esposa que os enseñe un tesoro que tengo y os convencereis de que no soy pobre.

—¡Un tesoro!

—Para dotar á mi hija....

—Entonces....

—Mi desgracia no puede remediarse con dinero—replicó el poeta con amargura:—el mal está aquí, en el corazon, donde los hombres han abierto heridas que solo Dios con su mano omnipotente puede cerrar, pero que no espero que las cierre sino la mano de la muerte.

Sancho fijó en Cervantes una mirada de curiosidad y admiracion.

—No podeis comprenderme—añadió el pobre manco—ni yo os lo esplicaré porque no quiero robaros la felicidad rasgando el velo de la tranquila ignorancia, de la dulce inocencia que cubre vuestros ojos: seria un crímen arrancaros la dicha con el reposo, el reposo con la fé en el mundo.... ¡Dios os bendiga!

—Es una verdad, no entiendo á vuestra merced, y si nada mas de lo que sé me hace falta para criar á mis hijos en el temor de Dios y ganar el cielo, no quiero aprenderlo tampoco.

Cervantes se pasó las manos por la frente, sonrió con una amargura que pasó desapercibida para Sancho, y despues de una breve pausa dijo:

—¿Cuándo ireis á Madrid?

—Mañana si Dios quiere saldré de Argamasilla.

—Pues os ruego que cuando volvais no dejeis de venir á verme.

—Al momento.

Cervantes volvió á estrechar la mano del arriero y este salió conmovido y triste, entrando alegre el alguacil.

La presencia de este no dejó á Cervantes entregarse á reflexiones que tanto tenian de tiernas como de tristes, pues para él tenian mucho valor los sencillos ofrecimientos de Sancho, aunque para otro cualquiera hubieran pasado sin darles la menor importancia.

El alguacil se retorció el bigote segun acostumbraba desde que fué soldado, y dijo:

—Como pasais solo las horas muertas y el hablar es un alimento como el pan, por eso vengo algunos ratos á haceros compañía; pero si os estorbo, decídmelo y os dejaré.

—Nó, amigo mio—contestó Cervantes—quedaos si otra cosa no teneis que hacer, porque me agrada vuestra conversacion.

—Por mala que sea, señor, algo mas debe divertiros que el mirar estas cuatro paredes que nada tienen de divertidas.

—Os equivocasteis por esta vez, señor cancerbero—replicó el poeta que pareció ponerse repentinamente de buen humor:—estas cuatro paredes me han hecho mas breves las horas de mi encierro.

El alguacil miró á todos lados como para buscar lo que habia podido divertir á Cervantes y luego dijo:

—En verdad que nada puede haberos distraido á no ser la contemplacion de esas pinturas.

—Precisamente ahora habeis acertado, y por mas que se tenga por pueril el tal entretenimiento, como nada tenia que hacer y los dias de un preso son tan largos, he pasado horas y horas mirando esas figuras y así he conseguido apartar el pensamiento de lo que solo puede atormentarme.

—¿Y qué habeis sacado en limpio?

—Nada que merezca la pena, pero me he convencido de que esos letreros y figuras se han trazado, muchas sin mas objeto que el de entretener el ocio, pero otras con una intencion muy meditada. Tristes y dolorosos recuerdos, amarguras, esperanzas, quejas, sublimes verdades, frio escepticismo, ardiente fé, punzantes sátiras y otras muchas ideas, revelan para mí, aun cuando á primeravista no parecen, como os he dicho, sino recursos del ocio para abreviar el tiempo.

—Habeis acertado—dijo animado el alguacil:—esa es mi opinion, pero á nadie me hubiera atrevido á manifestársela por miedo de que se burlasen de mí. Desde el año pasado me han dado que pensar esos mamarrachos, y muchas veces me

he empeñado en averiguar lo que significaban algunos de ellos.

—¿Y por qué solamente desde el año pasado y no desde que estais en esta casa?

—Porque en ese tiempo estuvo aqui encerrada una persona que dibujó aquel caballero que veis allí junto á la reja, y me esplicó el por qué lo hacia.

Y el carcelero señaló á una de las figuras que era á no dudarlo una caricatura dibujada con una habilidad y maestría sorprendentes.

—Esa precisamente—replicó Cervantes—es la única que no he podido descifrar. Representa un ginete armado de todas armas, caballero en un rocin que por lo flaco y mal cortado me recuerda al que me sirvió en una ocasion bien solemne para hacer un viaje desde Portugal á España. Enristra un lanzon y está en actitud de acometer desaforadamente á ese pobre hombre desarmado que tiene delante, mientras que aquellos que están detrás lo miran y rien con aire de lástima. Me llama la atencion que cuide tanto de cubrirse con su rodela como para evitar un golpe que no le amenaza, en tanto que deja el rostro descubierto, teniendo calado su casco.

—Con el fin de que se le conozca—dijo el alguacil—porque es un retrato.

—¿Y por qué las piezas de la armadura son de distintas épocas? Eso no puede estar sin intencion.

—Para indicar que es pobre y ha tenido que ponerse lo que ha encontrado, con tal de armarse de piés á cabeza. Ya veis que el caballo demuestra tambien la escasa fortuna de su dueño.

—Me picais la curiosidad—djio Cervantes,—y quisiera saber cual fué el pensamiento del pintor: no me cabe duda que quiere ridiculizar algo, pero no acierto el qué.

—Os lo esplicaré en cuatro palabras.

—Así entretendremos el tiempo.

—Hay en Argamasilla un hidalgo con mucha vanidad y

muy poco dinero, y que so color de su rectitud y amor á la justicia se mezcla en cuanto no le importa y gobierna el lugar como si fuese el alcalde. No ha faltado quien le prometa por lo menos una paliza si continúa metiéndose en casa agena; pero él, envalentonado con la proteccion del señor Cosme, y siempre en nombre de la razon y la justicia sigue haciendo de las suyas, y aun creo que ha llegado ya á ser una manía.

Cervantes se sonrió como si hubiera comprendido el enigma que hasta entonces no habia podido descifrar, y escuchó al alguacil con muestras del mas vivo interés.

—Proseguid—dijo,—que cada instante es mas viva mi curiosidad.

—A eso voy.

—Sin duda el que lo pintó debia ser víctima de la oficiosa intervencion del hidalgo.

—Ni mas ni menos. Tres meses pasó aquí encerrado el que tuvo la ocurrencia de dibujar esa figura. ¿Y sabeis cuál fué su delito? Pues no consistió en otra cosa que en haber dicho en un momento de broma que el alcalde parecia un tonel. Oyólo el hidalgo reparador de injusticias y vengador de agravios agenos, como le llamaba el preso, y no fué menester otra cosa.

El poeta contempló la caricatura con el mismo afan é interés que un artista contempla un cuadro de Rafael ó una escultura de Miguel Angel.

—Ahora lo comprendo todo—dijo despues de algunos momentos.—Esa es la venganza del preso que ha representado al hidalgo en uno de esos caballeros andantes, parto de ingenios enfermizos que han hecho á las letras mas daño con sus libros de caballería que Lutero á la cristiandad con sus doctrinas. Hé aquí mi héroe tanto tiempo buscado y que tal vez no hubiera encontrado jamás. ¡Ah!... ¡Gracias, Dios mio!—exclamó el poeta, olvidándose del alguacil.—Gracias porque me habeis traido á esta prision. Un enderezador de entuertos, des-

facedor de agravios cuya fama se estenderá por el Universo y durará por los siglos de los siglos.... ¡Bendita la hora en que me encerraron aquí!

—¡Señor hidalgo!—exclamó admirado el carcelero—¿os habeis vuelto loco?

—Mirad—repuso Cervantes—esas paredes son un gran libro escrito por muchos hombres, pero una de sus páginas vale tanto, que solo por haberla leido doy gracias al cielo de estar aquí.

—Pero....

—Conozco el original de ese admirable retrato.

—¿Habeis adivinado?...

—Es el señor Alonso de Quijana, el mismo por quien yo estoy preso.

—No os equivocais.

—Pues bien, quiero vengarme como el pintor, le retrataré tambien, solamente que usaré de la pluma en lugar del lápiz.

—¿Vais á copiar en un papel esa figura?

—Nó, Anton, estais muy torpe, lo cual es estraño en vos.

—Me teneis aturdido con vuestras exclamaciones y no comprendo una palabra.

—El otro preso, tan inocente como yo, retrató y satirizó al señor Alonso en esa estraña figura, y yo escribiré su historia, haciendo á la vez un señalado servicio á las letras.

—Algo voy entendiendo.

—Os leeré lo que escriba mientras esté aquí, y os regalaré el libro despues de impreso, que bien lo mereceis. Será una historia divertida, la de un famoso caballero andante manchego.

—¡Calla!—exclamó el alguacil dándose una palmada en la frente.—¿Un caballero como don Amadis de Gaula?

—El retrato de uno de esos caballeros, pero el retrato como está aquí, que se le parezca teniendo otras formas, el retrato de lo ridículo.

—Todavía no lo comprendo del todo; pero en fin, ya lo veré, puesto que me habeis prometido leerme la historia.

—Con tal que me faciliteis papel, mucho papel para escribirla.

—Escaso anda en el lugar, pero acudiré al señor cura que me dará cuanto le pida en cuanto sepa que es para escribir la historia del señor Quijana.

—Pues bien, no perdais momento porque quisiera empezar hoy mismo. Y decid al señor cura que se lo pagaré con un recuerdo que no habrá de serle desagradable.

—Lo tendreis aquí para cuando acabeis de comer.

—Mientras aprovecharé el tiempo ordenando mis ideas y haciendo algunos apuntes.

El alguacil salió.

Cervantes volvió á emprender su paseo, pero no triste como antes. De vez en cuando se dilataba su boca para sonreir maliciosamente y murmuraba algunas palabras. Su cuerpo parecia haber recobrado repentinamente toda la energía de su juventud, y en su semblante brillaba la alegre espresion de mejores dias. En aquellos momentos era feliz porque se habia olvidado de sus desgracias.

—¡Lo uno y lo otro á la vez!—exclamó.—¿Qué mas puedo desear? Me vengaré noble y aun discretamente de mis perseguidores y daré un golpe terrible á esos condenados libros de caballería que tanto mal han hecho á nuestras letras. Dentro de cincuenta años nadie los leerá, y solamente como objeto de curiosidad les dará asilo en su biblioteca algun curioso erudito.... ¡Tente vanidad!... ¡Ah!... Allí lo tengo—añadió señalando al caballero que habia pintado en la pared:—Dios bendiga la mano que lo trazó tan hábilmente.

Siguió paseando y despues de algunos momentos dijo:

—Ahora necesito un nombre para mi héroe, pero un nombre que á la vez que se derive se parezca al de ese necio hidalgo, se aprenda facilmente de memoria y no desdiga de la

estravagante ridiculez del que lo lleva. Quijana....—prosiguió deteniéndose y meditando:—puede hacerse Quijada.... es bastante ridículo.... y algo indica lo enjuto de rostro y.... Pero nó, no tiene ese sonido altisonante que conviene á un caballero que va en busca de famosas aventuras... Qui... Quija... Quijo... ¡Quijote!—exclamó con entusiasmo—¡Ya le tengo!... Don Quijote de la Mancha, con la añadidura de famoso caballero.... Nó, le pondré ingenioso hidalgo para que sea mas punzante la sátira y para llamar la atencion con la novedad.... ¡Don Quijote!

El rostro de Cervantes espresó la misma alegria que le hubiera hecho sentir el hallazgo de un tesoro.

Luego volvió á pasear y á meditar, interrumpiéndose de vez en cuando para hacer apuntes, pasando así el resto de la mañana hasta que el alguacil volvió con la comida y el papel.

—¿Qué es esto?—preguntó sorprendido el poeta al ver una empolvada botella de vino.

—Puro y añejo—dijo Anton.

—¿Quién ha tocado el corazon del alcalde para que me regale de esta manera? ¿O es que el señor Quijana, sabedor de que voy á inmortalizarlo, se muestra agradecido y para que me inspire me envia ese nectar?

—Es del señor cura.

—¿Cómo?... ¿Además del papel?...

—Me entregó la botella y me dió para vos un recado que aprendí de memoria para repetir sus mismas palabras.

—Sí, repetidlas, buen Anton.

—Fueron estas: « Decid al señor Miguel de Cervantes que por una casualidad ha llegado á mi noticia quién es; que deseo servirle y me duele que un hombre de su ingenio y calidad se vea como él se ve, y que mañana iré á visitarle. Dadle el papel y decidle que cuanto tengo está á su disposicion, y llevadle tambien esta botella que hace seis años tapé yo mismo, pues si ha de trabajar es preciso que repare las fuerzas con la

de este vino.» Estas son sus mismas palabras, que supongo aumentarán vuestra alegria, mas cuando vienen acompañadas de un esquisito añejo que puede resucitar á un difunto.

—Bien, amigo mio—contestó Cervantes;—veo que con razon alababais al cura de Argamasilla, pues quien tan discretas razones dice y obra tan generosamente, debe valer mucho.

—Ya os convencereis mañana.

—Os nombro mi Ganimedes—repuso el poeta que habia recobrado su antiguo buen humor.—¿Estais contento?

—No sé que oficio es ese.

—Os lo esplicaré, señor Anton.

—Sepamos.

—Ganimedes es el que en la mesa de los dioses del Olimpo escancia el divino nectar que estos beben.

—¿Y él no lo prueba?—replicó el alguacil.

—No teneis un pelo de tonto, amigo mio, y bien mereceis sentaros conmigo á la mesa y ayudarme á vaciar ese frágil casco donde se encierra el alma del dios de los racimos.

—Ahora os entiendo y me parece buena la idea.

—Entretanto os haré algunas preguntas sobre el vengador de agravios agenos, pues necesito algunos datos mas para perfeccionar mi obra.

—Si con tan poco os pago la media botella que me ofreceis....

—Es cuanto os pido.

—Pues si no lo llevais á mal puede hacerse una cosa.

—¿Cuál?

—Traeré mi comida que es mejor que la vuestra, y partiremos ambas.

—Perfectamente.

—Tengo una liebre en salsa de ajo, regalo de mi amigo el barbero.

—Ese barbero merece tambien que se le inmortalice, y yo me encargo de ello. ¿Cómo se llama?

—Todos le decimos maese Nicolás.

—Pues bien, maese Nicolás tendrá en pago de la liebre una página en la famosa historia del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

—Nunca os he visto tan alegre.

—Soy feliz.

—Voy por la liebre.

—Sí, traedla y vereis que pronto la convertimos en esqueleto.

Pocos minutos despues, como si fuesen dos antiguos camaradas, comian alegremente el poeta y el alguacil y brindaban por don Quijote.

CAPITULO XXVIII.

De cómo Cervantes dió principio á la famosa historia de don Quijote de la Mancha.

—

urante la comida se informó el poeta de cuanto tenia relacion con el hidalgo Quijana, enterándose de sus costumbres con toda minuciosidad y cuidadô.

Fácil le fué al alguacil satisfacer todas las preguntas, pues como es sabido, en las poblaciones de corto vecindario no es un secreto la vida privada de nadie.

La botella se apuró con mas prontitud de la que deseaban los bebedores, quedando solamente medio vaso para limpiar el tragadero despues de la comida. Sorbo á sorbo acabaron alternativamente con aquel precioso resto, y la conversacion de sobre-mesa fué en estremo graciosa y animada; prolongándose hasta las cuatro de la tarde.

—Bien—dijo entonces el poeta.—No quiero que pase el dia sin que queden escritas las primeras páginas de la famosa historia, y por tanto, amigo Anton, os ruego que me dejeis solo.

—Pues que Dios os ilumine y escribid apriesa, que yo entretanto voy á reposar una media hora, hasta que maese Nicolás venga como tiene de costumbre.

El alguacil recogió los restos de la comida y salió cantando alegremente.

Cervantes, sentado junto á la mesa, fijó su mirada en la caricatura del señor Alonso y quedó como extasiado.

Largo rato permaneció inmóvil como si fuese una estátua.

Aunque sin hacer el mas leve gesto, iba animándose cada vez mas su rostro y parecia que se dilataba su noble frente.

El brillo de sus pupilas se aumentaba por instantes.

Entreabrióse lentamente su boca, y al fin una ligera sonrisa completó la espresion de su semblante.

Se habia reanimado el fuego de su inspiracion.

Comenzaba á elucubrarse en aquel cerebro sin igual la grande obra que debia producir una revolucion en las letras y ser la admiracion del mundo y la primera y mas envidiada gloria de nuestro Parnaso.

Sí, nuestra mas envidiada gloria literaria. ¡Oh, si el célebre Le Sage, el famoso ladron literario que tan hábilmente supo esplotar los tesoros de nuestras letras hubiese podido escribir su nombre junto al del *Hidalgo Manchego* como lo puso con el del *Diablo Cojuelo* y *Gil Blas*, con cuanto orgullo llamaria la Francia á su *avutarda* el reformador del gusto literario, el creador de la novela, el primer ingenio satírico del mundo.

Entre las sombrías paredes de un calabozo, con la imaginacion preñada de negros recuerdos, el alma transida de dolores y la esperanza en lucha tenaz con la esperiencia y los de-

Zarza d.º y lit.º

Lit. de S. Gonz.z S.ta Clara n.º 8 Madrid

Los últimos rayos del sol penetraban por la ventana……

sengaños, concibió y escribió su inmortal obra Miguel de Cervantes. Allí, con los miembros ateridos, respirando un aire fétido, sin percibir otro ruido que el desagradable de las alas de un murciélago que se entra aturdido por la ventana, ó de un raton que salta ó roe, entre asquerosos insectos y sin ver la luz del dia mas que á través de los hierros de la prision, se escribió la obra mas ingeniosa y festiva que han visto los siglos.

Ya declinaba el dia.

La sonrisa de Cervantes se hizo mas espresiva.

Los últimos rayos del sol penetraban por la ventana, coronando la frente del poeta como una aureola de luz formada por el fuego de su inspiracion.

Pasóse las manos por la frente, tomó la pluma, y mientras continuaba sonriendo alegre y burlonamente, comenzó á escribir de esta manera la historia del ingenioso hidalgo:

«En el lugar de Argamasilla de Alba, que es entre todos los de la manchega tierra el que se tiene por cuna de mas esclarecidos hidalgos...»

La pluma corrió sobre el papel con velocidad.

Nunca habian afluido á su imaginacion tantas ideas; nunca con tanta facilidad habia escrito.

Si Cervantes hubiera conocido en su juventud las condiciones especiales de su talento y el tiempo que invirtió en escribir comedias lo hubiera empleado en obras del género del *Quijote*, ¡qué rico tesoro poseeria nuestra literatura! ¡Y cuántos vicios sociales no hubiera podido corregir! Porque no era Cervantes solo un escritor satírico lleno de gracia y de inventiva sorprendente, era un profundo filósofo, acertado analista y un consumado maestro para retratar las costumbres de su época, como lo probó en los cuadros de *Rinconete y Cortadillo*, *La tia fingida* y *El casamiento engañoso* que revelan bien claramente al hombre que ha levantado fibra á fibra con su escalpelo todas las del cuerpo social hasta la mas escondida del corazon.

Desde los reyes católicos á Felipe II, se habia operado un

cambio completo en nuestras condiciones sociales; un siglo no mas media entre la que puso la cruz en las torres de la Alhambra y el que hundió la media luna en las aguas de Lepanto; pero al comparar una época con otra, se cree que habian mediado diez siglos. La transicion habia sido rápida, violenta y habia costado mucha sangre: en este período se levanta una figura colosal, Carlos V, el hombre que fué á la vez gran rey, gran político y gran soldado. Lo mismo que las costumbres, la literatura debia sufrir un completo cambio, y debia ser tambien rápido, violento y costoso. Un paso, no mas que un paso tenia que dar para hundirse en el abismo á cuyo borde se encontraba, ó levantarse triunfante. El génio se sintió impulsado por el espíritu de la época, vaciló y por eso se disputaron la primacía con igual ardor todos los géneros literarios, invadiendo á la vez el palenque la musa bucólica con su dulce arrullo, la dramática con sus emociones, la satírica con su aguijon, la fantástica con sus sorprendentes creaciones y el clasicismo sin mas armas ni defensa que su blanca túnica. Aparecieron y fueron recibidas con igual entusiasmo la novela pastoril que intentó hacerse dueña de la imaginacion con sus flores y armonías, la romántica que quiso dominar los espíritus con su aparente filosofía, la fantástica de historias caballerescas que escitó el interés de todo lo estraño y maravilloso, y la comedia que se apoderó del corazon, valiéndose de los mágicos resortes con que conmueve, sorprende, enseña y recrea. Ninguno de los contendientes cedió el campo: todos ellos prefirieron morir á declararse vencidos, y nuestra literatura concluyó. Un génio poderoso habia luchado contra todos juntos: sus esfuerzos nos dejaron un tesoro, pero corrompieron el gusto y sucumbió nuestra literatura. La figura de Góngora se levanta en nuestro Parnaso como la de Cárlos V en nuestra historia: y quedó reservada á Solis la gloria de nuestra regeneracion literaria como á Felipe V la de nuestra regeneracion política.

Por eso Cervantes recibiendo cada dia nuevas impresiones, vaciló tambien, tomando y abandonando los numerosos caminos que tenia delante, y solo una vez siguió el que le habia marcado la naturaleza al dotarle de un talento con ciertas y determinadas condiciones.

Las desgraciadas vicisitudes del glorioso manco influyeron mucho para que desde luego y de una vez no se fijase en un género literario: las mas sagradas y urgentes atenciones pesaban sobre él: su madre, su esposa y su hija no tenian otro amparo que el fruto mezquino de sus vigilias, y con el deseo de acudir á todas las necesidades, intentó escribir de todo para ver lo que mas le producia aunque tuviese que sacrificar sus gustos y sus inclinaciones. Sin duda por esto, como el teatro era lo que mas producia, escribió sus comedias, pero sin entusiasmo y apreciándolas en tan poco que al hablar de ellas dice que eran doce ó catorce, como si no recordase su número.

Pero quiso la fortuna de su desgracia, que así podemos decirlo, que lo encerrasen en un calabozo, imposibilitándole de acudir á las necesidades de su familia, y entonces, sin atender á lo que pudiera producirle su trabajo, quiso una vez en su vida entregarse á la espansion de sus inclinaciones, y dejando que estendiese las alas su fecunda imaginacion escribió el Quijote con todo el entusiasmo de la espontaneidad.

Las ofensas que habia recibido, la injusta persecucion de que era objeto, le dieron ocasion para vengar á la vez noble y discretamente los agravios, y este justo y natural deseo avivó mas y mas la llama de su inspiracion.

La casualidad le habia deparado tambien los tipos de los principales personages de su historia; el señor Alonso de Quijana y Sancho el arriero, y para que nada le faltase encontró en su memoria el caballo en que con su tierna hija lo vimos salir de Lisboa, el cual le sirvió para hacer la pintura de Rocinante.

Ya dijimos que los últimos rayos del sol coronaban la frente del inmortal ingénio.

La luz del dia huyó bien pronto, y Cervantes se vió obligado á dejar la pluma. Empero ya habia llenas algunas hojas de papel, estaba hecho el retrato de la persona y costumbres del señor Alonso de Quijana y dados los primeros golpes de muerte á las historias de caballeros andantes.

—¡No puedo continuar!—murmuró el poeta con acento de marcado disgusto.—¡Y no tengo una luz!!

Se cruzó de brazos, repasó en su memoria lo que acababa de escribir, y satisfecho de su obra se levantó y á tientas se fué á la cama.

Media hora despues dormia con el mas dulce de los sueños, y una docena de corpulentas ratas recorrian la habitacion, subian al banquillo y la mesa en busca de las migajas y revolvian los papeles al cruzarse en tropel en todas direcciones.

Pasó silenciosamente la noche.

La aurora sonrió para todos menos para Cervantes, pues los tímidos reflejos del crepúsculo no entraron por la ventana de la prision; empero cuando el sol comenzó á esparcir sus rayos, una ténue claridad iluminó parte del sombrío aposento.

El poeta rezó fervorosamente, hizo la señal de la cruz sobre su frente y su pecho, saludó con el pensamiento á su hija y sonrió dulcemente.

Lo primero que hizo fué acercarse á la mesa, y al ver el desórden en que estaban los papeles, exclamó:

—¡Necio de mí!... No pensé en los ratones y... ¡vive Dios!... Han roido una hoja.... la primera.... el comienzo del capítulo.... ¡Oh!... ¡hasta los ratones son mis enemigos en este lugar de maldicion!... ¡Argamasilla, quién pudiera llamar sobre tí el fuego de Sodoma!... Ni aun tu nombre quiero recordar—prosiguió mientras se sentaba y cogia la pluma como inspirado repentinamente.—No he de nombrarte porque ni aun eso mereces, pueblo condenado.

Y tomó un papel para copiar la hoja roida, pero alteró el principio del capítulo poniendo de esta manera:

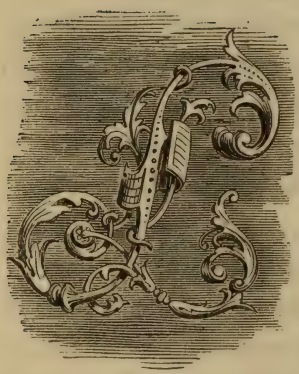
«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...»

Cuando acabó de copiar el destrozado papel, volvió á tomar el hilo de su historia y siguió escribiendo con ardor hasta que el alguacil llegó con el almuerzo.

Desde entonces Cervantes metia todas las noches en la cama lo que llevaba escrito, durmiendo con su obra como un padre con su hijo. A no hacerlo así, los anti-literarios ratones se hubieran alimentado con refranes de Sancho Panza y aventuras de don Quijote.

CAPITULO XXVI.

Donde se verá el ingenioso medio de que se valió Cervantes para salir de su encierro.



os perseguidores de Cervantes pusieron en juego toda clase de intrigas, y el encierro se prolongaba como si no hubiera de tener fin.

Son muy largos y penosos los dias que se pasan sin respirar el aire libre y sin ver el sol mas que por entre los barrotes de una estrecha ventana, y mucho mas cuando la conciencia está tranquila; empero Cervantes, con su resignacion sin igual, sufrió sin exhalar una queja ni hacer mas que pedir justicia.

Afortunadamente, el cura del pueblo, que era un anciano de escelente corazon, talento no comun y muy aficionado á las bellas letras, se interesó vivamente por el desdichado preso y

no dejaba un dia de visitarlo y endulzar sus amarguras con los consuelos de la amistad.

Tambien en el trabajo encontró Cervantes algun alivio á sus penas, de modo que durante el dia pocos momentos pasaba sin escribir, acostándose en cuanto anochecia y entregándose entonces á sus tristes pensamientos mientras sus ojos se cerraban al sueño.

De esta manera adelantaba su obra con maravillosa rapidez sin que diese muestras de agotarse el manantial de su ingenio.

Dicen algunos biógrafos, aunque sin asegurarlo, que Cervantes acudió á los parientes que tenia en la Mancha para que lo favoreciesen en aquella ocasion; pero nosotros creemos que lo mismo que en Argel, sufrió y calló sin demandar otra ayuda que la del cielo ni emplear en su auxilio mas que sus propias fuerzas. Era su carácter poco ó nada comunicativo cuando se trataba de sus desgracias, como lo prueba el cuidado con que siempre las ocultó y aun en el empeño que mostraba en hacer creer á sus amigos que era feliz aunque pobre. El hombre que despues de cinco años del mas duro cautiverio habia rehusado de propios y estraños el menor sacrificio que le proporcionase la libertad, el que habia soportado heróicamente todas las privaciones, la miseria, y devorado en el fondo de su alma todas las amarguras sin exhalar una queja, con la sonrisa en los lábios y predicando la fé, la esperanza y la resignacion, infundiendo valor á quien debia haber tenido mas que él porque era menos desgraciado, ese debia tener un corazon de héroe, un alma de mártir, y los mártires mueren bendiciendo á Dios porque ha derramado sobre ellos la felicidad del martirio.

Nó, Cervantes debió sufrir en silencio su larga reclusion sin que ni aun las sombrías paredes de su calabozo escuchasen una queja.

Escribia los festivos capítulos de su *Quijote*, alternando

con las cartas que dirigia á su esposa, indicándole lo que debia hacer para salir de sus apuros y aconsejándole que no se entregase al dolor, pues él, la decia, no lo pasaba del todo mal y solamente sufria por estar separado de las personas á quienes amaba.

Así pasó el invierno.

La primavera llegó con sus flores y sus brisas.

Y Cervantes permaneció en su encierro y se multiplicaron las aventuras de don Quijote.

Estendió su dorada alfombra de espigas el estío.

Y lo mismo que el invierno y la primavera Cervantes continuó preso.

El otoño despojó á los árboles de sus hojas y vistió al cielo con nubes.

Habia principiado el mes de octubre y hacia una semana que en Argamasilla no se hablaba mas que de la historia que estaba escribiendo el comisionado preso.

Se ignoraba quien habia revelado el secreto, pero fuese quien fuese, se habia divulgado con prodigiosa rapidez, se hacian mil comentarios, y el nombre del señor Alonso andaba de boca en boca entre picantes chistes.

El acontecimiento era grave, muy grave para aquellas gentes y mas aun para el hidalgo Quijana que creyó necesario tomar una determinacion.

Una mañana recibió el alguacil órden de presentarse al alcalde, y en yendo allá encontróse con este y el señor Alonso que habian tenido una larga conferencia.

—Señor alguacil—dijo el alcalde con gravedad—os he llamado con tanta urgencia para haceros algunas preguntas; preparaos á contestar la verdad sino quereis incurrir en mi enojo, porque habeis de tener entendido que os castigaré severamente si mentís.

Anton, que no se asustaba fácilmente, respondió con calma:

—Diré la verdad como acostumbro.

—¿En qué se ocupa el preso?

—Señor, supongo que en dormir y pasear de estremo á estremo de su encierro, porque tampoco puede hacer otra cosa.

—¿Y qué sabeis de esa historia que dicen está escribiendo?

—Nada mas que lo que se refiere en el pueblo.

—¡Cuidado, Anton!

—Os juro que es la verdad: ignoro el fundamento que tienen esas voces.

—¿Pero no lo veis escribir?

—Algunas veces cuando entro con la comida; pero siempre he creido fuesen las cartas que envia á Madrid.

—¿Con que escribe cartas?

—A su familia, segun me ha dicho Sancho que es el portador de ellas.

—Es menester descorrer el velo del misterio que cubre á ese hombre—replicó el señor Alonso.

—Eso mismo he dicho yo—repuso Anton.

—¿Con que tambien vos?...

—He sospechado que hay misterio.

—¿Y en qué os fundabais?

—El señor cura visita al preso todos los dias y le regala vino añejo, pichones y hasta dulces de los que le envian las monjas de Ciudad Real.

—Eso no quiere decir nada.

—Voy al caso—replicó el alguacil dando con el gesto mucha importancia á sus palabras.

—Bien, proseguid, y no tengais cuidado, que cuanto digais quedará reservado entre nosotros.

—El señor cura—repuso Anton—guarda al preso muchas consideraciones, y una mañana pude oir al entrar estas palabras: «No saben con quien se las hán: si os conociesen, si sospechasen siquiera cuánto podeis hacer aun estando aquí encerrado, obrarian de otra manera.»

El señor Cosme abrió estremadamente los ojos y la boca, y el hidalgo arrugó la frente.

—¿Eso dijo?—replicó el alcalde.

—¿Estais seguro de no haberos equivocado?—añadió el señor Alonso.

—Son sus mismas palabras—contestó el alguacil.

—¡Ah!...

—¡Oh!...

—Tengo buena memoria.

—Eso puede significar mucho.

—Muchísimo, pero no está bastante claro.

—Hay mas.

—¿Mas aun?

—Sí.

—Sois un hombre honrado, Anton—dijo el hidalgo—y os estimo: contad con tres azumbres del mejor vino que este año se pise en mi bodega.

—Gracias.

—Sepamos lo demás.

—Algunos dias despues, al despedirse de mí el señor cura, me dijo: «Trata bien al preso, que no ha de estar siempre aquí encerrado, y ya sabes que donde menos se piensa salta la liebre.»

—Ya no hay duda—dijo el alcalde.

—Algun golpe nos prepara—añadió el señor Alonso.—Ya me ha llamado la atencion el que sufra y calle tanto tiempo sin quejarse, y puede suceder que se haya propuesto esperar para tener luego mas fundamento de acusarnos.

—Creo que me habeis comprometido—replicó el señor Cosme.

—¡Qué yo os he comprometido!

—Si, vos y los demás que debeis diezmos y que hasta ahora no se me ha alcanzado que debiais pagar sin resistencia.

—Pero vos mismo....

—Esta tarde, antes de una hora pondré al hidalgo en libertad. Bien os dije que era hombre de cierto aspecto....

—Señor alcalde....

—No me repliqueis, la justicia ante todo.

—Antes seria prudente convencernos....

—¿Cómo?

—Averiguando si efectivamente es un poeta.

—¡Un poeta!—exclamó el alcalde, abriendo estremadamente los ojos.—Solo el nombre me espanta: cuentan de ellos cosas....

—Exageraciones....

—Aunque pobres, dicen que con su ingenio se meten por el ojo de una aguja, que son amigos de los grandes señores y hasta del rey.

—Pero no basta que el cura asegure que es un poeta.

—¿Y cómo hemos de tener pruebas de la verdad?

—Muy fácilmente.

—Si, muy sencillo es todo para vos, como lo fué el encerrarlo en la cárcel.

—Os digo....

—La responsabilidad es mia.

—Pero nada cuesta ni compromete....

—¿Y cómo?

—Repito que hay un medio.

—¿Cuál?

—Registremos la prision, y si se encuentra esa maldita historia que dicen está escribiendo, no tendremos duda.

—Es muy delicado un registro....

—La cárcel no es la casa del hidalgo.

—Sin embargo.....

—Estais en vuestro derecho.

—¿Y si encontramos esa historia?

—La quemaremos porque en ella se burla de nosotros.

—Señor Alonso de Quijana, quereis perderme.

—Os han infundido mucho miedo las palabras misteriosas del cura, que ya sabeis es nuestro mayor enemigo.

—Bien, registremos—dijo el alcalde con resolucion—pero en cuanto á quemar los papeles....

—Determinareis lo que os plazca, ningun interés tengo, y al contrario, me envanece que se ocupe de mí un poeta porque es prueba de que valgo y tengo alguna importancia.

—Anton — repuso el señor Cosme—vuelve á la prision, observa lo que hace el preso, y si encuentras ocasion de hablarle y averiguar algo, pon en juego toda tu astucia de soldado viejo.

—Quedareis complacido.

—Cuidado, Anton....

—Me portaré como quien soy.

—Dentro de dos horas iremos.

El alguacil volvió inmediatamente á la prision con intento de decir á Cervantes la nueva intriga que se tramaba.

—Señor Miguel—dijo al entrar en el sombrío aposento—escuchad algunos instantes.

El poeta que en aquellos momentos escribia, dejó sorprendido la pluma, se pasó las manos por la frente y replicó:

—¿Qué sucede, amigo Anton, para que vengais con muestras de descontento, si es que no me engaña vuestro semblante?

—¿Qué quereis que suceda? Intrigas y mas intrigas de vuestros enemigos.

—No es cosa nueva.

—Antes porque os tenian en poco y os aborrecian, y ahora porque os temen.

—¿Les arguye la conciencia?

—Los persigue el miedo.

—Esplicaos, porque no acierto á comprender una palabra.

—Ya sabeis que ha cundido por el lugar la noticia de que estais escribiendo esa historia.

—Si.

—Pues bien, el señor Alonso está alarmado, y el alcalde tuerce el gesto porque le espanta el tener que habérselas con un poeta.

—¡Pobres!—murmuró Cervantes con tono de compasion.

—La turbacion les ha hecho ver en vos un hombre misterioso que calla y sufre para vengar de una vez todas las ofensas, y me han llamado para preguntarme si escribís mucho y si yo he traslucido algo de lo que sois.

—¿Y qué habeis contestado?

—Ya sabeis que he sido soldado por espacio de veinte años y que he corrido media Italia y hasta el último rincon de Flandes, lo cual quiere decir que es imposible que me engañen dos lugareños.

—Estoy seguro de que habreis dejado bien puesto el nombre de veterano y os habreis divertido á costa de esos infelices.

— Momentos hubo ¡voto á tal! en que pensé reventar por contener la risa.

—Sepamos, buen Anton.

—Les dije que no sabia si escribiais mucho ó poco, pero que por ciertas palabras que se os habian escapado, y otras del señor cura, pronunciadas misteriosamente, que tenia mis recelos de que preparabais un buen golpe á los que os han encerrado.

—Atrevido habeis estado.

—Con la seguridad de que no me desmentiriais con vuestras obras.

—Proseguid.

—Se quedaron atónitos. El alcalde dijo que os iba á poner inmediatamente en libertad, porque tiene noticias de que los poetas son el mismo diablo.

—¿Pero qué teme?

—Ni lo sabe. Dice que los poetas, aunque pobres, se meten

por el ojo de una aguja y son amigos de los grandes señores y hasta de los reyes.

—¡Felicísima idea!—exclamó Cervantes, dándose una palmada en la frente y riendo á carcajadas.—Continuad, amigo mio.... ¿Qué han resuelto?

Venir á registrar por si encuentran la historia de don Quijote.

—¡Oh!—exclamó el poeta, poniendo las manos sobre los manuscritos, como una madre que teme que le roben á su hijo.—¡Llevarse mi Quijote!...

—De todo son capaces, pero se encontrarán burlados, por que antes que vengan esconderemos los papeles.

—Si, si, sacadlos de aquí, ocultadlos.... ¡Ah!... ¡En nombre de nuestras pasadas glorias, Anton, guardad mi tesoro; estos papelotes son un pedazo de mi alma!...

—Dádmelos sin recelo, que yo os juro á fé de soldado que los guardaré con mas cuidado que una brecha.

—Tomad, en vos deposito un tesoro, una gloria.

Y Cervantes reunió los papeles y los entregó al alguacil, no sin que sus manos temblasen y palideciese su rostro.

—Ahora—repuso Anton—es preciso justificar en lo posible lo que he dicho al alcalde y á Quijana.

—Difícil es....

—Se os habia ocurrido una idea....

—¿Decís que vendrán á registrar?

—Sí.

—Pues queda á mi cuidado acabar la burla comenzada por vos.

—Cuando vengan me preguntarán si tengo algo que decirles, porque me encargaron que os observase y hablase....

—Contestadles que habeis advertido en mí cierta preocupacion, y que cuando intentásteis hablarme os dije que me dejáseis porque estaba muy ocupado.

—Bien.

—Añadireis que os mandé llamar á Sancho para darle una carta que dije importarme mucho.

—¿Nada mas?

—Nada.

El alguacil fué á esconder el manuscrito debajo del colchon de su cama, y Cervantes se puso á escribir.

Una hora despues llegaron el alcalde y el señor Alonso.

Ambos iban pensativos.

—¿Qué habeis podido averiguar?—preguntaron á Anton.

Este miró á todos lados como si temiese que lo escuchasen y despues de encojerse de hombros, respondió:

—Nada que merezca la pena.

—¿Entonces á qué tanto aspaviento para contestar?

—Es vicio....

—¿Escribe?

—Sí.

—¿Sabeis el qué?

—Presumo que una carta importante, segun se esplicó al decirme que avisase á Sancho para que la llevase á Madrid.

—Y decias que nada....

—Como no es la historia....

—¿Pero has entablado conversacion con él?

—Pocas palabras, porque me dijo: « estoy muy ocupado.» Y siguió escribiendo. Si yo supiese leer hubiera mirado con disimulo por encima de sus hombros.

—Esta bien, abrid y dejadnos.

—Pero escucharé desde afuera—dijo para sí Anton—porque presumo que he de divertirme.

El alcalde y el señor Alonso entraron en la prision.

Cervantes, que aun escribia, finjió turbarse, dejó la pluma y se levantó.

—Guardeos el cielo, señor Miguel de Cervantes.

—Bendigaos á vosotros.

—Tal vez—dijo el señor Alonso—hemos llegado en momento inoportuno.

—No tal—contestó el poeta que siguió aparentando alguna turbacion con cómica maestría:—estaba escribiendo.... una carta para mi esposa.... por matar el tiempo....

—Pudiera ser importante....

—Nó.... puramente asuntos de familia.

El alcalde y el hidalgo cruzaron una mirada de inteligencia.

—Señor Miguel—dijo el primero—sentiré incomodaros con mi visita, pero soy esclavo de mis deberes y á toda costa tengo que cumplirlos.

—Aunque ignoro el objeto de vuestra venida, estoy á vuestras órdenes.

—Me duele—repuso el alcalde—que las diligencias, autos, declaraciones y demás formalidades de que yo, á la verdad no estoy muy enterado, hayan sido causa de que esteis aquí tanto tiempo.

—Ya sabeis que no me he quejado.

—Ciertamente: la justicia en su lugar: aparte del motivo que os tiene aquí, declaro que sois un hombre razonable como dice el señor cura. Pero hoy tengo que cumplir otro deber, y no quiero que lo tomeis á ofensa.

—Para acallar murmuraciones—dijo el señor Alonso.

—Lo que deseo saber—replicó Cervantes—y os ruego que me lo espliqueis, es el papel que hace aquí el señor Quijada,

—Quijana direis....

—Bien.

—Viene conmigo porque como no sé leer....

—¿No teneis un secretario?

—Sí, pero está enfermo.

—Y en las atribuciones del señor alcalde—añadió el hidalgo—está el nombrar interinamente á quien le plazca.

—¿Qué quereis de mí?—preguntó Cervantes como si lo que mas le interesara fuera concluir pronto la conversacion.

—Registrar vuestros papeles.

—¡Mis papeles!

—Sí.

—Ningunos tengo.... es decir, solamente los que veis sobre esa mesa, dos cartas, ó para hablar con mas exactitud, carta y media.

—Nos permitireis que las leamos...,

—Perdonad—replicó vivamente Cervantes:—son secretos de familia que están fuera de vuestra jurisdicion.

—¿Cómo?

—No podeis leerlas.

—¡Fuera de mi jurisdicion!

—Sí.

—Represento al rey.

—La autoridad del rey llega hasta la familia, pero no puede levantar el velo que cubre el privado de esta: alcanza hasta el cuerpo, pero no penetra al alma.

—Señor Miguel—replicó el señor Cosme que sintió herida su dignidad alcaldesca—la justicia penetra en todas partes, puede verlo todo, saberlo todo cuando es preciso esclarecer los hechos sometidos á su fallo.

Y pegó en el suelo con la vara, envanecido por su elocuencia.

—¿A qué hemos de entrar en una cuestion de principios que desconoceis?

—¡Otro desacato!—exclamó el señor Alonso.

Cervantes se sonrió desdeñosamente.

—Leeré las cartas.

—Repito que nó.

—¿Os resistireis?

—Protestaré, y si os atreveis, leedlas.

—Bien, protestad cuando os plazca.

—Ahí las teneis.

—Dádmelas.

—Tomadlas vos.

—Señor Alonso, leed.

El hidalgo se acercó á la mesa y tomó las cartas.

La una era para doña Catalina, y decia lo siguiente:

«Con esta te remito la que sabes que has de entregar á su Excelencia. Llévala tú misma, como la anterior, y ponla en sus manos, volviendo á escusarme porque temeroso de causarle ninguna incomodidad estuve tanto tiempo sin darle noticias mias hasta que la casualidad llevó á sus oidos mi paradero y mis desgracias. Dile que mi gratitud no tiene límites, como no los tiene su nobleza y bondad, y que el solícito interés que por mí se toma, me obliga de tal manera, que jamás podré pagarle ni aunque le sacrificara la vida. Como no es esta la primera vez que me tiende su poderosa y benigna mano, es por eso mas señalada la honra que me hace, y mayor mi agradecimiento.

»Pronto os abrazaré, porque ha llegado el dia de mi libertad y del castigo de mis perseguidores que están muy agenos de lo que les aguarda, y mucho menos sospechan que su resignada víctima es quien es, ni vale lo que vale, hasta el punto de convertirse en juez despues de haber sido reo.

»Da un abrazo á mi madre y hermana, y un beso á nuestra querida hija, cuyas virtudes me hacen feliz.

»Paga á Sancho generosamente, que es honrado y me sirve de buena voluntad.

»Esta será probablemente la última carta de tu esposo

Miguel.»

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó el señor Alonso con turbado acento.

—¿Qué quiere decir?—replicó el alcalde que se habia puesto encarnado como una amapola.

—¿No lo habeis leido?—replicó Cervantes.

—Aquí se habla de nosotros, se nos injuria, llamándonos vuestros perseguidores, y....

—Unid esa carta á mi proceso y agravará mi delito.

—Tambien se hace mencion de un alto personaje y de otra carta....

—En la mano la teneis, y siento que no esté escrita toda para que vuestra curiosidad quede satisfecha por completo.

—¿Pero quién sois?

—Ya lo sabeis, Miguel de Cervantes Saavedra.

—Bien, pero....

—Nada mas que el comisionado de apremio que ha venido á Argamasilla para ejecutar á los vecinos morosos que adeudan diezmos al gran priorato de la órden de San Juan.

—Leed, señor Alonso, leed—dijo el alcalde;—es preciso aclarar este misterio.

—Sí, leed—repuso Cervantes;—pero no os quejeis si luego os pesa el haber leido.

—¿Me amenazais?

—Solamente os recuerdo que vais á violar un secreto y que me llegará mi vez.

—Ya os he dicho que no hay nada vedado para la mano de la justicia.

—Pondremos en claro ese principio que sentais en sentido tan absoluto.

—¿Pensais infundirme miedo?

—Os repito, señor alcalde, que no hago mas que advertiros.

El alcalde miró al señor Alonso como si vacilase.

—Mostraos digno—dijo el hidalgo—de la autoridad que ejerceis. Ahora representais al rey.

—Leed—replicó el señor Cosme con ridícula gravedad, y dando con la vara en el suelo.

El hidalgo leyó lo siguiente:

«Señor, ha sido menester que vuestra Excelencia me lo mandase para que yo, con el deseo de cumplir sus órdenes, me decidiese á obedecer manifestándole cuanto ha pasado y sido la causa de mi prision, porque siendo mi natural, como

de antiguo vuestra Excelencia conoce, inclinado á perdonar las ofensas y mal guardador de rencores, no hubiera pensado en la venganza, ó como vuestra Excelencia dice, en la justa reparacion que se me debe. Pero ya que me decidí á no dar este asunto al olvido, y que segun las dilaciones con que entretienen mi prision, parece que he de pasar aquí lo que me resta de vida, acabaré en la presente de dar á vuestra Excelencia las noticias que se ha dignado pedirme, para que de una vez y pronto sepan los que con tan torcidas intenciones me persiguen, que nada valen donde está la mano poderosa de vuestra Excelencia y que la justicia resplandece como el sol aunque intenten empañarla con las nubes de la rastrera intriga.

»Tanta es la honra que vuestra Excelencia me hace, que á decir verdad, me pone en cuidado el temor de no dar con ocasiones en que pagarle; pero ya que nada valgo, ni puedo, ni esperanza tengo de valer porque me la quitan los años que se van y la vejez que viene, ofrezco y doy á vuestra Excelencia mi corazon, sin decir mas sobre este punto porque entonces no tendria fin esta carta.

»Dice vuestra Excelencia que todo está preparado para que se me ponga en libertad sin mas dilaciones y queden bien castigados mis enemigos, y que solamente le falta saber todos los nombres de estos: con la presente va una lista donde ninguno queda en claro, puestos por órden segun el encono que contra mi han mostrado, por lo cual escribo el segundo el del alcalde, cuyo delito consiste, mas bien que en otra cosa, en haberse dejado engañar.

»Aunque me han hecho sufrir mucho, vuelvo á suplicar á vuestra Excelencia que temple su enojo para que entre estas gentes no quede fama alguna de mi rencor, sino el recuerdo de la justicia de vuestra Excelencia, pues lo primero seria tan dañoso como saludable lo segundo, sin contar con que soy enemigo de dejar el camino de mi vida sembrado de malas voluntades.

»Tambien quiero decir á vuestra Excelencia, aun á trueque de que se me tenga por atrevido....»

No decia mas la carta que parecia haber sido interrumpida, como fingió Cervantes.

El alcalde habia ido poniéndose cada momento mas colorado; parecia que la sangre iba á brotar por su rostro bañado en sudor á pesar de la atmósfera fria del aposento.

El señor Alonso estaba pálido como un difunto y le temblaban las manos.

Ni el uno ni el otro pudieron hablar en algunos instantes.

—Bien—dijo al fin el alcalde, respirando con toda la fuerza de sus pulmones;—muy bien, señor Alonso, me habeis comprometido por no pagar lo que debeis.

—¿Estais en vuestro juicio?—replicó el hidalgo.—¿Acaso yo?...

—No me alucinareis otra vez. Esto no puede quedar así: sufra la pena el que haya cometido el pecado. El señor Miguel de Cervantes dice muy bien, mi delito consiste en haberme dejado engañar, y le agradezco que me haga justicia. Acordaos, señor Alonso, y testigos hay de mis palabras, que os dije que el señor Miguel parecia un hombre bien nacido, un hidalgo honrado y que no debia abusarse de él. Acordaos, quiero que conste.

—Pero....

—No me repliqueis.

—¿He de cargar yo con toda la culpa?

—Como soy un ignorante que ni siquiera sé leer....

—Pero sabeis....

—¡Silencio, señor Quijana!

—Me defenderé.

—Yo me entregué á vos en cuerpo y alma: me fié de vuestros consejos porque habeis estudiado en Alcalá, y habeis abusado de mí.

—Aun no sabemos á quien va dirigida esta carta—dijo el hidalgo que quiso dar otro giro á la cuestion.

—Unidla al proceso—contestó entonces Cervantes que con gran trabajo habia podido contener la risa.—Unidla al proceso y declararé el nombre de la persona á quien se dirige y que no habia puesto por temor de que se perdiese en el camino; pero esa ilustre persona sabrá que os habeis atrevido á violar sus secretos, sí, sus secretos, porque esa carta no debe ni puede considerarse como mia sino suya.

—Dios me libre de semejante cosa, señor Miguel—dijo el alcalde, sacando el pañuelo para limpiarse el sudor y hacerse aire.

—De todas maneras....

—¡Una carta de su excelencia entre los malditos papeles de un proceso!...

—Señor Cosme—dijo el hidalgo—procedamos con calma.

—¡Calma!

—En este asunto, tómese por donde quiera, hemos de salir todos mal librados.

—Lo sé y harto lo siento.

—Yo tambien.

—Pero la culpa es toda vuestra.

—Nada adelantaremos con culparnos los unos á los otros porque á nadie han de escuchar sino al señor Miguel.

—Y con razon porque es hombre recto y justo.

—Si, pero aunque dice que vuestra culpa mayor consiste en haberos dejado engañar, no por eso os quedareis sin una parte del castigo.

—¡Ay, señor Alonso!

—En esta carta—repuso el hidalgo—se vé que el señor Miguel no es rencoroso y tiene un corazon muy noble, puesto que suplica á su escelencia sea benigno.

—¡Cuánta generosidad!

—Pues bien, por lo mismo que el señor Cervantes es tan generoso, todo puede remediarse.

—Ya es tarde, señor Alonso—replicó el alcalde—ya es tarde.

—Al contrario, es la ocasion mas oportuna para acudir al remedio.

—No sé como.

—Muy fácilmente si el señor Cervantes quiere dar una prueba mas de su buen corazon.

—No hay remedio.

—Escuchadme, que tanto os conviene á vos como á mí.

—Bien, esplicaos, pero con brevedad.

—El proceso, puede decirse que no es tal proceso ni es nada, porque mas que á llenar las debidas formalidades, hemos atendido á ganar tiempo. Esta es la verdad y estamos en el caso de hablar con franqueza.

—Eso quiero yo, que se diga siempre la verdad—replicó el alcalde.—Ya lo oís, señor Cervantes, han hecho todo lo posible por dilatar vuestro encierro, pero yo no tengo la culpa porque no sé leer ni escribir.

Parecióle á Cervantes haberse rejuvenecido de repente y que cuanto estaba sucediendo era una travesura de sus buenos tiempos de estudiante ó de soldado.

El alcalde y el señor Alonso habian tomado el asunto muy sériamente sin ocurrírseles sospechar que eran objeto de una burla.

—No hay para qué echar culpas á nadie—repuso el hidalgo;—lo que debe hacerse es remediar el mal en cuanto sea posible y rogar al señor Miguel que se muestre con nosotros indulgente ya que es tan generoso.

—Bien, pero....

—Hoy mismo, en este instante saldrá de aquí el señor Cervantes, se romperá lo escrito y todo se olvidará.

—¿Y su escelencia?—preguntó el alcalde.

—¿Qué ha de hacer su escelencia si se le presenta el señor Miguel de Cervantes? le cuenta lo sucedido y le pide nuestro perdon.

Para no comprometerse era al poeta ya preciso seguir la farsa hasta el fin, y dijo:

—Señores, buena es mi voluntad, pero no tiene el asunto tan sencillo arreglo.

—Si vos quereis....

—Es que, como habeis podido comprender por la carta, su escelencia ha tomado con tanto empeño este negocio, que no sé si será fácil el hacerle desistir de su plan.

—Se lo pedireis de tal manera....

—Siquiera porque yo soy una víctima inocente—dijo el alcalde.

—Os he hecho justicia bien lo sabeis.

—Pues bien, ahora os pido gracia.

—Si en mi mano estuviera....

—Que no sé leer ni escribir....

—Señor Cosme....

—Ni debo un solo maravedi por diezmos.

—Lo que sí os prometo es hacer cuanto pueda.

—Hareis cuanto se necesita....

—No me comprometais.

—Y desde este momento estais en libertad: salid de este encierro, que es mengua que se encuentre aquí un hidalgo como vos.

—¡Y poeta!—añadió el hidalgo.

—¡Es verdad, poeta!—repuso el alcalde.

—¡Un protegido, un hijo de las musas!

—Vamos, fuera de aquí, venid con nosotros que hoy os convido á comer—dijo el señor Cosme, dando un paso hacia la puerta.

Cervantes tomó las cartas con gravedad las rompió y dijo.

—Sabré corresponderos.

—¡Hombre generoso!

—¡Corazon noble!

—Contad con el perdon de su escelencia y hasta con su proteccion.

—Y vos, con cuanto yo tengo y puedo.

—Si necesitais dinero para vuestro viaje....

—Gracias.

—Con franqueza.

—Nó, pero os agradezco la voluntad.

—Vamos, pues, á comer.

—Quisiera que me dispensaseis de recibir esa honra.

—¡Cómo!

—Tengo comprometida mi palabra con el señor cura.

—Otro dia....

—Saldré hoy mismo de Argamasilla.

—¡Tan pronto!

—Quiero llegar cuanto antes á Madrid porque su escelencia, y esto para entre nosotros, es de carácter impaciente, y temo que adopte una resolucion sin esperar mi carta.

—Entonces....

—Obrad como mejor os parezca.

—Así nos conviene á todos.

—Pues os acompañaremos hasta la casa del señor cura, ya que no pueda ser otra cosa.

Como Cervantes no tenia mas equipaje que su capa, salió en seguida con el alcalde y el hidalgo.

—Adios, buen Anton—dijo al alguacil:—volveré antes de una hora para despedirme.

—¿Ya estais en libertad?

—Y la debo á la generosa proteccion de estos señores.

—¿Y vuestra ropa?

—La camisa que os dí para lavar....

—La tengo guardada.

—Luego me la devolvereis y arreglaremos las cuentas.

—Que sea para bien, señor.

El alcalde y el señor Alonso acompañaron á Cervantes

hasta casa del cura, y allí se despidieron de él, volviendo á ofrecerle cuanto tenian.

—¡De buena hemos escapado!—dijo luego el señor Cosme.

—Pero aun queda esa maldita historia—replicó el hidalgo.

—¿Donde está?

—Si yo lo supiera....

—Ya habeis visto que no tenia mas papeles que las cartas.

—Sin embargo....

—No intenteis comprometerme otra vez.

—Todo se ha hecho con vuestro consentimiento.

—Pues lo que ha de hacerse ahora es que pagueis los diezmos.

—No todos los comisionados son poetas ni estan protegidos, por grandes señores.

—¿Pero quién será su excelencia?

—El tiempo lo descubrirá.

Aquella misma tarde salió Cervantes de Argamasilla, caballero en el rúcio de Sancho, y con el manuscrito de su *Quijote*.

El aire libre, el sol, la campiña y cuanto á sus ojos se presentaba, le pareció lleno de encantos.

CAPITULO XXX.

Vuelta de Cervantes á Madrid.

ERVANTES no habia querido detenerse ni un solo dia en Argamasilla, temeroso de que sus enemigos comprendiesen la burla de que habian sido objeto y volviesen á perseguirlo con un pretesto cualquiera, y porque despues de su largo encierro deseaba con el mas vivo afan ver á su familia.

Completa hubiera sido la alegria de Cervantes al verse libre si no la hubiesen turbado las tristes reflexiones á que daban lugar las preguntas que á sí mismo se hacia sobre la situacion de sus intereses despues de aquella ausencia; pero afortunadamente Sancho solia distraerlo con su agradable y sencilla conversacion, y aun él mismo solia consolarse algun tanto

con la esperanza de que el *Quijote* le produjese para ayudar á remediar sus apuros.

Al fin, sin otro caudal ni equipaje que el manuscrito de su famosa historia, entró en la villa tres veces coronada un domingo por la tarde y se presentó en su casa con gran sorpresa de su familia.

La primera entrevista de aquellos seres virtuosos y resignados fué en estremo tierna, pero con esa ternura que tanto conmueve y hace llorar, pues en el espacio de una hora vertieron mas lágrimas los ojos que palabras salieron de los labios.

Dos personas estrañas para nosotros, y de las cuales hemos dicho muy pocas palabras, se encontraban entre aquellas que lloraban sin poder reir y suspiraban sin poder hablar.

Una de ellas era la hija de Cervantes, jóven de tan encantadora belleza que solo hubiera podido compararse á la de su desgraciada madre. Sus ojos grandes y rodeados de largas pestañas rúbias, de pupila brillante y azul como el cielo, tenian toda la alegria de la infancia y los encantos de la juventud. Su frente pura, tersa y blanca como las hojas de una azucena, rodeada de finos, relucientes y dorados cabellos, parecia coronada por una diadema de luz. A pesar de la espresion candorosa de sus miradas, adivinábase en sus facciones de severos perfiles griegos la existencia de un alma ardiente, impresionable y suceptible de abrigar grandes pasiones.

La otra presentaba un tipo diferente. Sus ojos pardos miraban con dulzura y languidez, y parecia que un veló de tristeza nublaba siempre su semblante. Si hablaba era poco y con acento blando; si sonreia, era levemente y aun con cierta amargura que quizás ella misma no comprendia, y á todo se mostraba indiferente ó aparentaba serlo. Casi siempre estaba meditabunda, y con frecuencia caia en distracciones que le hacian olvidarse de cuanto pasaba á su alrededor. Entonces se marcaba en su frente una ligera arruga que partia de entre

las cejas y que estaba poco en armonia con su juventud. Era modesta en estremo, y todas las fuerzas de su espíritu parecia haberlas concentrado para un solo fin, la resignacion. No era tan hermosa como la hija de Cervantes, pero no carecia de belleza su rostro pálido ni dejaba de interesar su mirada melancólica.

Sus vestidos, como los de las otras, eran, mas que modestos y humildes, pobres, pues estaban hechos de telas de lana que amenazaban romper los hilos de su ligera urdiembre para dar entrada al aire y salida al forro.

Para vivir mas económicamente, se habian reunido las dos familias, y de este modo pudieron con mas facilidad atender á sus necesidades todo el tiempo que el poeta estuvo preso.

Despues de largo rato, y cuando el desahogo de las lágrimas dejó que se moviesen los labios, comenzaron las exclamaciones y las preguntas sin dar tiempo á las respuestas.

—¡Hijo mio!—exclamába doña Leonor, mirando la cabeza encanecida de Cervantes.

—¡Al fin estás á mi lado!—decia doña Catalina exhalando un suspiro.

—¿Y por qué os maltrataba esa gente?—añadia la hermosa Isabel—¿Es verdad que en los calabozos apenas entra luz y las paredes son negras?

—¡Cuánto habrá sufrido!—murmuraba la melancólica hija de doña Leonor.

—Siéntate.

—Sí, sí, estarás muy fatigado.

—Habeis enflaquecido, padre mio.... ¡Dadme un beso!

—¡Hija de mi alma!—dijo Cervantes con ahogada voz y besando á su hija con inmensa ternura.

—Refiérenos lo que te ha sucedido....

—¿Y cómo te has librado de tus perseguidores?

—¿Y la ropa?

—Es verdad ¿y la ropa que te llevastes?

El poeta dominó cuanto pudo su emocion, y aparentando la mayor alegria, dijo:

—De ropa, solamente me llevé dos camisas, las calzas puestas y otras. ¿Qué quereis que traiga?

—Ciertamente—dijo con tristeza doña Catalina.

—Pero no tengais cuidado, que tenemos muy cerca la felicidad.

—¡Miguel!

—Traigo un tesoro, y para conservarle me ha servido de mucho la ropa que echais de menos.

Todos miraron con sorpresa y curiosidad á Cervantes.

—El tesoro—prosiguió este—consiste en unos papeles que se hubieran comido los ratones sino les hubiera dado las calzas y camisas sobrantes para entretener su roedor afan.

—¡Unos papeles!

—Sí, unos papeles donde está escrita la mas famosa entre todas las famosas de todas las historias caballerescas y sorprendentes por las raras aventuras del hidalgo cuyo nombre se escribirá en bronces y en mármoles con letras de oro y se conservará hasta que Dios quiera que se represente la última jornada de la social comedia.

—Si no te esplicas mas claramente....

—Lo haré, pero antes es preciso que yo sepa el estado en que os encontrais.

—Despues que hayas descansado....

—Ahora mientras anochece, y así quedaré libre de este cuidado que me apura mucho.

—Pero....

—Luego cenaremos, y mientras doy á mi estómago el calor que necesita, os referiré todo lo que me ha sucedido y podreis comprender lo de la historia del hidalgo manchego que ha de dar mas de un dolor de cabeza.

—Mañana—volvió á decir doña Catalina que no queria tur-

bar tan pronto la alegria de que su esposo aparentaba estar poseido.

—¿Y por qué no ahora?

—Estarás cansado....

—¿Temes disgustarme?

—Nó, pero....

—Adivino cuanto puedes decirme, y no creas que me sorprenderás contándome miserias.

—Miguel....

—Pero te pregunto porque necesito saber detalles y poder calcular.

—Poco tenemos que decirte.

—Lo sé, muy poco, nada mas sino que habeis sufrido mucho y milagrosamente habeis cubierto vuestras necesidades.

—Nada importa lo pasado.

—De lo presente, que no hay para comer mañana.... Ya debeis conocerme y sabeis que nò me arredro por tan poco.

Todos callaron y bajaron lo cabeza sin atreverse á hablar. Cervantes no se habia equivocado : su familia no tenia para comer al dia siguiente.

—¿No advertís mi contento?—prosiguió el poeta como si no parase mientes en el aspecto de su familia.—¿No os dice mi alegria que tengo esperanzas muy fundadas de salir de apuros?

—¡Esperanzas!—murmuró tristemente doña Catalina.

—Sí, esperanza que es el dinero de los pobres y el buen consejero de los desesperados. ¿La habeis perdido vosotros que teneis la mitad de mis años y que no habeis sufrido ni la mitad siquiera de los reveses de fortuna y desengaños que yo?.. ¡Vive el cielo!.... Levantad la cabeza, no esteis tristes cuando yo me rio y habladme mucho porque he estado cerca de un año sin oir una voz que me llegue al corazon ni una palabra de ternura.

A porfia se arrojaron todos al cuello del poeta, abrazándole con efusion.

Mas de un rostro volvió á humedecerse por el llanto, y Cervantes tuvo que hacer un esfuerzo para que de sus ojos no saliese tambien una lágrima.

Aquella escena de familia, sencilla pero tierna, reanimó el espíritu abatido del pobre manco, que mientras intentaba desasirse de los ocho brazos que rodeaban su cuello, decia:

—Sin duda estais de acuerdo con mis enemigos de Argamasilla, porque segun veo quereis ahogarme.

—¡Padre mio!

—¡Hija mia!

—¡Miguel!

—¡Hermano querido!

—¡Mi buen tio!

Esto se oyó decir entre sollozos.

—¡Apartad!—gritó Cervantes.

Volvió el sosiego despues de algunos minutos, y nuevamente insistió el poeta en que le pusiesen al corriente del estado de la casa.

—Nada has de hacer esta noche mas que dormir y descansar —le dijo doña Catalina.

—Pero no dormiré con tranquilidad si antes no me entero de todo.

—En cuanto á lo pasado, nada tenemos que decirte.

—¿Nada?

—Hemos trabajado, aunque poco, y con la ayuda de Dios hemos salido adelante sin empeñarnos.

—¡Gracias al cielo!—exclamó el poeta.

Y respiró fuertemente y como si se hubiese quitado un gran peso.

—Era lo único que me espantaba—repuso—la idea de que hubieseis contraido alguna deuda.

—Puedes estar tranquilo.

—Bien, bien, ya soy feliz.

—La renta de Esquivias ha ido en aumento.

—Dios ha escuchado mis súplicas.

—Y en cuanto á lo presente....

—Decidlo de una vez.

—Hay escasez, pero....

—¿Cuánto dinero teneis?

Doña Catalina miró á doña Leonor y esta á su hija Andrea sin que ninguna de las tres contestase.

—¿No hay ninguno?—volvió á decir el poeta.

—Dos reales tengo—dijo al fin doña Catalina.

—Dos reales, y yo.... Bien, bien—repuso Cervantes, registrando sus bolsillos.—Yo.... nada, nada mas que mi *Quijote*.... Pero no hay que apurarse.... Saldré temprano....

—¿Y á dónde irás?

—Veremos.

—El tendero nos da al fiado cuanto le pedimos, y bien podemos pasar el dia de mañana como hemos pasado otros.

—Entonces....

—No tienes que pensar esta noche en nada.

Cervantes continuó pidiendo esplicaciones hasta que supo cuanto deseaba sobre los asuntos domésticos, y llegada la hora comenzó á referir la historia de su prision, sembrando su narracion con mil chistes que hicieron por largo rato olvidar á su familia sus desgracias.

Despues de cenar, y con gran sorpresa de todos, dijo el poeta que no se acostaba porque tenia que arreglar sus papeles, y fué inútil hacerle desistir de su propósito: lo único que consiguió su esposa fué hacerle prometer que solo dos horas velaria, si bien él no pensaba cumplir semejante propósito, pues su intento era trabajar hasta que el sueño lo rindiese.

Quedó solo el infeliz, solo con sus tristes pensamientos.

Antes de tomar la pluma pensó en su situacion y encontró un presente mas negro que el pasado. Fundaba grandes esperanzas en el *Quijote*, pero mientras llegaba el caso de que se

realizasen, no tenía médios de cubrir las atenciones mas perentorias de la familia.

Largo rato pasó sin que acertase con el modo de salir de sus apuros: ni tenia comedias que vender, ni amigos quizás á quienes acudir porque no sabia qué habia sido de ellos durante su larga ausencia: además, Cervantes no incomodó jamás á sus amigos, y hasta cuidó siempre de ocultarles sus necesidades para evitar que intentasen remediarlas. No le quedaba mas recurso que contraer algun empeño sobre las rentas de Esquivias, lo cual no decidió hacer sino cuando llegase el último apuro.

Embargada la imaginacion con tales ideas, tomó la pluma para seguir la historia de *don Quijote*, y despues de breves momentos de meditacion, el fuego de la inspiracion animó sus ojos, sonrióse y comenzó á escribir el capítulo XXI, diciendo:

«Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.»

Imposible parece que en tales momentos brotaran de su pluma con tanta facilidad los chistes de que está lleno este capítulo, uno de los en que con mas soltura, facilidad y donaire campea el ingenio de su autor.

Al concuirlo, los primeros resplandores de la aurora se deslizaron por las rendijas de la ventana, comenzó á amortiguarse la rojiza luz del velon, y Cervantes dejó la pluma.

Este habia sido el descanso que el infeliz habia tenido al acabar de hacer un viaje y despues de su larga prision.

CAPITULO XXXI.

De cómo aumentaba el caudal de los amargos desengaños de Cervantes á medida que disminuia su dinero.

A córte se habia trasladado á Valladolid, y con ella fueron, no solamente las principales familias de la aristocracia, sino otras muchas que por vivir á la sombra de estas ó por otras razones de particular interés tuvieron que hacer lo mismo. Cervantes se encontró, pues, sin amigos ni relaciones de ninguna clase, y aislado y sin poder entablar gestion alguna, se dedicó á seguir escribiendo el *Quijote*, única esperanza que tenia en su apuradísima situacion. Empero no queriéndole dejar la mala ventura ni aun en lucha con su miseria, le amenazó con otra desgracia, y el desdichado tuvo que abandonar su obra para acudir á evitar el nuevo golpe.

Ya hemos dicho que despues de terminada su comision en Sevilla, se le hizo cargo á Cervantes del importe de una letra protestada y se mandó prenderle: pareció por entonces quedar terminado este desagradable asunto; pero no sucedió así porque á consecuencia de un informe que en enero de 1603 dieron los contadores de relaciones á la contaduría mayor, removióse otra vez para cubrir todos los estremos del espediente, pues entonces, como ahora, era achaque de España en las regiones oficiales el sistema de espedienteo con su complicada, multiplicada y eterna tramitacion.

Afortunadamente tuvo Cervantes noticia de lo que ocurria, y pudo con tiempo acudir á evitar el golpe cuando solo le amagaba, pero le fué necesario abandonarlo todo para trasladarse á Valladolid antes que lo llevasen preso como á un criminal.

Sin recursos para hacer el viaje, tuvo, mal que le pesó, que empeñar la renta de Esquivias y vender la mayor parte de de su pobre ajuar, y como le era imposible sostener dos casas á la vez, y por otra parte Valladolid le ofrecia mas elementos para atender á sus necesidades por estar allí la córte, salió precipitadamente de Madrid con su numerosa familia y el escasísimo resto del producto de su empeño.

Tan sin descanso le persiguió su fatal destino.

Presentóse al tribunal antes que lo llamasen, dió sus descargos, refutó victoriosamente un sin número de sutilezas hijas de la ignorancia, y despues de mil vueltas y revueltas, idas venidas, informes y notas, terminó el malhadado incidente sin otros perjuicios.

Ocupóse entonces de sus amigos, reanudó sus antiguas relaciones y vió que todos habian hecho mas fortuna que él: alguno estaba rico y los demás tenian por lo menos con que vivir holgadamente. Mientras el desdichado habia estado sufriendo la miseria, los malos tratamientos y arbitrarias persecuciones, los demás habian encontrado una mano que les ayudase á subir al árbol de la prosperidad y habian cojido el sa-

broso fruto de honores y riquezas. Y sin embargo, ninguno de ellos valia mas que Cervantes.

Así reparte sus dones la caprichosa fortuna. Cervantes sufria y callaba, y nadie se acordaba de él; era modesto, y sus pretensiones como hijas de la modestia, y lo trataban como á quien con poco ha de contentarse.

Ni los amigos ni las esperanzas de su *Quijote* cubrian sus perentorias necesidades, y se vió obligado á buscar y encargarse de la agencia de negocios y á trabajar sin descanso dia y noche alternando entre estos y las musas: de manera que tan pronto escribia un memorial para presentarlo en una oficina por cuenta agena, como un capítulo de la historia del hidalgo manchego. Solamente así pudo atender á la subsistencia de su familia.

¡Triste situacion para quien encerraba en su cabeza un tesoro inapreciable, para quien debia ser el orgullo de su pátria!

Volvió doña Catalina á mostrar el deseo de que su esposo pretendiese un empleo á título de sus esclarecidos servicios, y esta opinion fué apoyada por los demás de la familia. Cervantes combatió esta idea con fundadas razones, insistieron y él accedió al fin aunque sin abrigar la mas leve esperanza.

Reinaba entonces Felipe III, pero quien á su arbitrio gobernaba con visible descontento de la nacion, era el famoso duque Lerma, y á él acudió Cervantes con su pretension.

Despues de vencer mil dificultades, logró el poeta que el orgulloso favorito le concediese la gracia de una audiencia particular.

Llegó el dia señalado: se presentó Cervantes en la morada del favorito, sufrió las miradas desdeñosas y las impertinentes preguntas de criados soeces, y esperó en la antecámara mas de media hora, viendo entrar y salir cortesanos aduladores que ni siquiera repararon en él.

Al fin le dijeron que entrase, atravesó otra habitacion y

un criado levantó ceremoniosamente una cortina de terciopelo azul de Utrech recamado de oro.

El que habia arrancado el estandarte turco en Lepanto mientras se sentia herido de muerte, el que habia desafiado á sus verdugos en Argel y sonreido cuando sintió en su cuello la cuerda con que iba á ser ahorcado, el que habia mostrado el semblante mas sereno cuanto mayor era el peligro que le amenazaba, palideció al sentir en su rostro la perfumada y caliente atmósfera del aposento donde se encontraba el poderoso magnate.

Los piés de Cervantes se hundieron en la blanda alfombra sin hacer el mas leve ruido, y sus piernas temblaron.

Se detuvo y esperó.

El duque hojeaba algunos papeles y pareció no apercibirse de la llegada del poeta, porque ni siquiera le miró.

Pasaron algunos minutos.

Cervantes echó entonces de menos las mazmorras de Argel y los duros y crueles tratamientos de Dali-Mamí y Azan.

El favorito estendió un brazo, tomó una campanilla de oro que habia sobre la mesa, la agitó, y sin levantar la cabeza porque estaba seguro de que habrian acudido instantáneamente á su llamamiento, dijo:

—La carroza, al instante.

—¿No sabrá que estoy aquí?—se preguntó el poeta.

Y ya iba á toser para llamar la atencion del duque, cuando este le miró rápidamente, y volviendo á su tarea, dijo:

—¿Qué quereis?

—Señor—contestó Cervantes—sentiré interrumpir á vuestra excelencia.... veo que está muy ocupado, y me volveré otro dia....

—Yo tengo el tiempo siempre escaso.... Decid lo que quereis—replicó el duque sin dejar su tarea de revisar los papeles.

El poeta sintió afluir su sangre al rostro, no encontró palabras con que esplicarse, titubeó, y solo despues de algunos instantes pudo decir:

—Desde muy jóven entré como soldado al servicio de su majestad, y....

—¿Os encontrasteis?...

—En Lepanto, donde perdí la mano izquierda, en la Goleta, y....

—¿Luego?

—Cautivo mas de cinco años en Argel, allí....

—Quiero decir vuestros servicios como soldado—interrumpió el duque con alguna impaciencia.—¿Teneis mas que Lepanto y la Goleta?

—Toda la campaña de Portugal con la espedicion á las islas Terceras, en cuyos combates....

—Fueron muy sangrientos.... Teneis buenos servicios.... ¿Y qué solicitais?

—Señor, despues de la conquista de Portugal troqué la espada por la pluma, y dejándome llevar de mi inclinacion á las bellas letras....

—¿Prestasteis nuevos servicios?

—Nada pedí por entonces hasta que desde Sevilla, donde desempeñaba una comision, solicité un empleo en Indias, y el augusto padre de S. M., que del cielo goza, se sirvió proveer que no habia lugar y que buscase por acá en qué se me hiciese merced.

—¿Y ahora quereis?....

—Señor—dijo un criado que se presentó á la puerta—está la carroza á las órdenes de su escelencia.

—Bien—dijo el duque, levantándose y dirigiéndose hácia la puerta: dadme el memorial....

—No traigo....

—Hacedlo y daré cuenta á S. M., esponiéndole vuestros servicios.... Podeis traérmelo cuando gusteis.

—Como ignoraba....

—No importa, S. M. se complace en recompensar los buenos servicios y verá con gusto los vuestros.

—Señor....

—Por mi parte haré cuanto pueda en obsequio á vuestra honradez y edad....

—Pero....

—Nada omitiré.... No se detendrá vuestro memorial....

—Señor duque....

—Que el cielo os guarde—dijo el favorito.

Y salió del aposento.

Cervantes, aturdido, sin poder aun darse cuenta de lo que le pasaba, miró á todos lados, se limpió el sudor que corria por su frente, y salió tambien con pasos vacilantes.

Cuando llegó á su casa se dejó caer en una silla, triste y abatido como nunca.

Acababa de recibir una herida en el alma, una herida como la que recibió su padre del comendador cuando fué á pedir el rescate de su hijo. Entonces y por primera vez en su vida se le ocurrió decir:

—¿Es este el papel que representa en el mundo la virtud?

Pero esta idea pasó como un relámpago: Cervantes habia nacido para ser honrado, y le hubiera sido imposible ni aun pensar sériamente en cometer una mala accion.

—¿En qué consiste—se preguntó—que otros á título de hombres del ingenio se hacen escuchar y consiguen lo que desean, y yo, con solo haber indicado que ocupaba un lugar entre los escritores, provoqué el fastidio y aun el enojo del duque?

No acertó á contestarse.

—¿Lo has visto?—le preguntó su esposa.

—Sí.

—¿Le habrán llamado la atencion tus servicios y desgracias?

—Mis servicios son como los de muchos miles de soldados, y mis desgracias á nadie importan mas que á mí, y á lo mas pueden ser títulos para ganar el cielo.

—Pero te habrá recibido con distincion, porque á los poetas se les guardan ciertas consideraciones....

—No á los poetas, sino á los audaces. Yo he tenido valor para no temblar en las batallas, para luchar con mi mala ventura y sufrir mis desgracias sin quejarme, y no lo tengo para decir, «¡Valgo mucho!» Me sobran palabras para alabar las obras agenas, y no acierto á nombrar las mias sin turbarme. Recito con entusiasmo los versos de mis amigos, y nadie me oye hablar de los mios. La mitad de la fama se la da uno mismo, y el resto los demás; pero el que no sale á la calle y detiene á cuantos encuentra para recitarles lo que escribió la noche anterior, ese....

—¡Cuánta amargura, Miguel!—interrumpió doña Catalina.

—¡Cuánta verdad!

—Pero no me dices....

—¿Lo que he adelantado en mi pretension?

—Sí.

—Cometí la torpeza de no llevar un memorial, y....

—¿Para qué?

—Es la base del espediente—dijo con ironía el poeta.

—No entiendo esos asuntos, pero trabajo cuesta hacerlo....

—Yo entiendo algo.

—¿Y al fin?...

—Me ha dicho que le lleve el memorial para dar cuenta al rey.

—¡Que le dará cuenta al rey!... No puedes quejarte—dijo sencillamente doña Catalina.

—Nunca me he quejado.

—Cuando su magestad lea....

—Su magestad no lee, sino que escucha lo que le dicen.

—Bien, sabrá....

—Que he sido soldado, me he batido y perdido una mano.... ¡Cumplí con mi deber!

—¡Ah!—exclamó doña Catalina.—Hay en tu acento una amargura.... Esplícate, Miguel.

—Pues bien—dijo este, variando de tono—el duque no me ha mirado siquiera, y apenas me ha dado tiempo para hablarle.

—¡Dios mio!

—Me ha recibido con el despego que se recibe á un pretendiente cuando no lleva mas recomendaciones ni títulos que su honradez y sus servicios.

—¿Tan poco valen?

—Nada. Pero esto es preciso ocultarlo, olvidarlo porque es vergonzoso para la sociedad entera. Nó, Catalina, no hay que decir á nadie que aquellos que tienen la sagrada mision de recompensar la virtud son muchas veces los que la miran con desden: no hay que decirlo porque se estraviaria el juicio de los pueblos y llegaria un dia en que se admitiese como principio el lamentable error de que todos los ricos y poderosos son malos, lo cual desquiciaria la sociedad: esto sin contar con la notoria injusticia de tal opinion, porque las virtudes, lo mismo que los vicios, estan repartidos entre todas las clases de la sociedad, y así como ves junto á un villano honrado otro villano asesino y ladron, tambien al lado de un rico que emplea cuanto tiene en hacer obras de caridad, ves á otro que abusa de su poder en ageno daño. Si todos los hombres estuviesen dotados de claro entendimiento y tuviesen instruccion, podria decírseles cuanto se quisiera, pero el ignorante ó sencillo, como no discurre, se deja llevar lo mismo por el bueno que por el mal camino porque no comprende á donde ni por qué va. El que levante su voz, bien ó mal intencionadamente, para decir á los pobres, «donde veas las riquezas ó el poder, allí están tus enemigos, allí están tus verdugos,» ese será responsable de males sin cuento, porque divorciará al grande

del chico, al fuerte del débil y hará nacer ódios donde sembró amor, ó dijo que lo sembraba. Al pobre, al débil ó al que sufre, hay que decirle, bien aventurado porque tienes hambre, porque eres manso, porque lloras; tuyo será el reino de los cielos, que es el reino de la eternidad y verdadera dicha: has nacido para sufrir y llorar, cumple tu mision y que no te fatigue el corto camino de esta vida que no es mas que un paso: y al poderoso, al rico, debe decírsele, mira tus hermanos, hijos de Dios como tú, has nacido para amar á tu prójimo como á tí mismo, cumple tu mision y tuyo será el reino de los cielos donde Dios te amará por una eternidad. Esto debe decirse á los hombres porque es la verdad, y la verdad divina; pero dividirlos, lanzarlos á una lucha de clases para que se confundan, no en una igualdad de poder y riquezas, sino en el cieno de las pasiones, en el cáos del esterminio, es un crímen. Y á los que hemos recibido el privilegio de un entendimiento esclarecido, nos está encomendado, no el atizar el fuego de la discordia, sino el de sembrar la concordia y el amor para que se coja el fruto de la felicidad. Y lo demás lo hará el tiempo: las reformas sociales son obra de los siglos y no de los hombres, así como no se puede con discursos madurar la razon de un niño y entregarle un arma sin que los años hayan hecho de él un hombre.

Sin pensarlo, Cervantes se consolaba á sí mismo, de manera que cuando acabó de hablar se sintió tranquilo y con todas las fuerzas de su resignacion.

Pasaron algunos momentos de silencio, y luego dijo doña Catalina:

—¿Y qué haras al fin en tu pretension?

—Para que no me tengas por inconstante, daré algun paso mas, pero no haré memoriales porque á mas de que nada he de conseguir con ellos, creo que no debieran confundirme con la generalidad de los pretendientes y que merezca alguna distincion. Qué quieres, aunque soy modesto, no dejo de tener

algun amor propio, el flaco de la vanidad, porque al fin soy un hombre con todas sus debilidades.

—Eso es dignidad.

—Es.... lo que siento.

—¿Y qué resorte piensas tocar?

—El casamiento de don Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque, con la condesa Saldaña, me proporciona una ocasion. Dedicaré una oda al recien casado, y esto podrá servirme mas que un memorial.

Doña Catalina aprobó la idea, y Cervantes, aunque no con entero gusto, se decidió á ponerla en práctica.

CAPITULO XXXII.

Qué resultado dieron las pretensiones de Cervantes, y cómo tuvieron principio otros sucesos de importancia.

ntes de escribir la oda, creyó Cervantes prudente asegurarse de que no habia de verse desairado, y al efecto, buscó recomendaciones para el hijo del duque y hasta consiguió hablarle y esponerle su situacion, rogándole que influyese en el ánimo de su poderoso padre.

Don Diego Gomez de Sandoval mostraba aficion á la poesía, y por esta razon escuchó mas atentamente que su padre al desdichado manco, ofreciéndole proteccion, aunque con cierta frialdad.

No quedó el poeta del todo satisfecho; pero algo mas alentado, y no queriendo dejar de hacer cuanto pudiese, decidióse al fin á escribir la oda.

—No te desalientes—le dijo su esposa una noche antes de acostarse.

—Ya ves que á pesar del recibimiento que me hizo el duque, he seguido adelante con firmeza.

—Por eso has conseguido de su hijo don Diego....

—Una promesa como otras mil que me han hecho y no se han cumplido. Pero no importa, llegaré al fin con buen ánimo y ello dirá.

—¿Vas á escribir?

—Sí, la oda, es decir, el memorial en verso, porque tal debo considerar este trabajo, atendiendo al fin con que lo escribo, y seguramente me valdrán mas las pomposas frases con que enaltezca el valor, ingenio y aun hermosura de don Diego, que el recuerdo de mis servicios y mi situacion.

—Miguel....

—Para pedir y alcanzar debe decirse al poderoso que vale mucho y no meterse en probarle que uno vale algo.

—¿Por qué el mas sencillo asunto ha de darte siempre ocasion á la sátira, á la amargura ó á la mas burlona ironía?

—Es un vicio que se adquiere con la esperiencia, uno de tantos achaques de la vejez.... Voy á comenzar—añadió Cervantes, tomando la pluma.

—Que el cielo te inspire.

—Quiera Dios que no me tiente Momo—replicó el poeta maliciosamente.

Y algunos momentos despues empezó á escribir de esta manera:

«Florida y tierna rama
Del mas antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo
Laurel serás de lo que en ella escribo.»

Momentos hubo en que, como temia el esclarecido ingénio,

se le puso delante el alegre Momo, obligándole á que dejase retozar en sus lábios una burlona sonrisa, pero acordándose de que escribia un memorial y que las lisonjas que en él ponia debian considerarse como precisas fórmulas de tratamiento, inventadas por la necesidad y sancionadas por el uso, fórmulas tales como las de *ilustrísimo* ó *escelentísimo*, por mas que ni ilustre ni escelente sea la persona á quien se dirigen, sino porque así se cumple con las leyes del respeto indispensable para el órden de las repúblicas, acordándose de esto, decimos, triunfó de las tentaciones del dios de las carcajadas y siguió escribiendo con firme y sostenida entonacion la bellísima laudatoria que no debia producirle otra cosa sino una esperanza menos y un desengaño mas.

Ciento y dos versos tiene esta oda; pero no dejó Cervantes la pluma hasta escribir los últimos que dicen:

«Un natural forzado
Del son lírico ageno, mal podia,
Aunque de amor guiado,
Acertarte á servir: verná algun dia,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.»

Esperanzado en la proteccion del nuevo conde, habia pensado Cervantes dedicarle el *Quijote*, y á esto aludió al decir que algun dia le consagraria monumentos inmortarles; empero varió de propósito cuando vió la frialdad con que se acogió su oda y perdió toda esperanza de alcanzar cosa alguna mas que lo ya alcanzado, es decir, tal cual sonrisa y alguna vaga promesa dictada por la costumbre y la buena educacion.

Para no cansar al lector con la pintura de escenas que por ser iguales ó muy parecidas no pueden escitar su interés, escusamos referir con todos sus detalles las entrevistas del paciente manco con don Diego Gomez de Sandoval, y solo diremos que despues de muchas idas y venidas y doblegar su al-

tivez, nada consiguió y tuvo que abandonar su empresa, perdida ya toda su esperanza y convencido de que no debia tentar fortuna pretendiendo empleos, so pena de perder inútilmente el tiempo y reposo.

Tanto hizo y tan á las claras se le mostró adversa la fortuna, que aun la misma doña Catalina fué de opinion que no se volviese á pensar en audiencias ni en memoriales.

Volvió el poeta á su vida de agente y escritor por mas que ambas cosas fueran tan opuestas y enemigas como son las vulgares miserias que se palpan y las risueñas y fantásticas creaciones que se sueñan; pero acudiendo á la poderosísima palanca de su voluntad, que era en él tan fuerte como rarísima vez se ha conocido en ningun hombre, siguió con ardor incansable la historia del *manchego hidalgo*, dando fin en poco tiempo á la primera parte.

Mientras de esta manera luchaba Cervantes con la adversidad, preparábanse otros acontecimientos que debian aumentar sus amarguras.

Una mañana en que doña Catalina, Isabel y Magdalena iban á misa, segun antigua costumbre que tenian, siguiólas hasta la iglesia un caballero que por sus maneras daba á entender ser persona de cierta calidad. Tendria sobre treinta años, era de buena estatura y airoso en el andar, completando la varonil belleza de su rostro la del conjunto de su persona. Tenia los ojos grandes, negros y espresivos, y su barba, negra tambien, fina y reluciente, cortada con habilidad y peinada con esmero, resaltába en la tersa blancura de sus megillas.

Aunque los discretos mantos recataban los semblantes de las tres mujeres, pudo sin embargo el caballero apercibirse de la indisputable belleza de las dos mas jóvenes, y prendado de una de ellas, segun dió á entender el fuego de sus miradas, las siguió, no tan de lejos que fácilmente se le perdiesen de vista, ni tan de cerca que pudiesen tomarlo á falta de cortesía y sobra de audaz atrevimiento.

No se apercibió de ello doña Catalina, pero sí Magdalena é Isabel, las cuales, aunque con el disimulo conveniente á su recato, miraron de pies á cabeza al galan.

Ni la una ni la otra podian envanecerse de ser el objeto de la atencion del hidalgo, pues como iban juntas, era forzoso mirar á las dos para ver á cualquiera de ellas, haciéndose por esto muy dificultoso el atinar cual era la preferida; pero ambas se pusieron coloradas como amapolas, y sin pensar lo que hacian llevaron la mano al corazon.

Isabel no dejó salir á sus labios una sonrisa que á ellos quiso asomar, y Magdalena reprimió un suspiro que intentó escaparse de su pecho.

Siguieron sin decirse una palabra y fueron seguidas.

Llegaron á la iglesia, entraron y detrás el galan, dando muestras de gran devocion.

Pero al volverse para tomar agua bendita, miraron furtivamente y por segunda vez al galan que al desembozarse dejó ver en su pecho la cruz de Santiago.

Noble debia ser cuando llevaba tan honrosa insignia.

Oyeron misa, con los ojos en el altar y el pensamiento donde no debieran haberlo tenido; santiguáronse, salieron y el caballero tambien, siguiéndolas como antes.

Entraron ellas en casa y el galan quedó en la calle, tan inmóvil como si lo hubiesen clavado en tierra.

Esperaba Magdalena que Isabel le hubiese hablado sobre lo sucedido, pero esta calló y aquella dijo para sí:

—Nada habrá advertido.... ¡Es tan poco maliciosa!

Tambien creyó Isabel que Magdalena le dijese alguna cosa sobre el galan, pero como esta no despegó los lábios, aquella murmuró mientras colgaba el rosario junto á la cama:

—Seguramente no lo ha visto.... ¡Está siempre tan distraida!

Ambas pasaron el dia pensando en el siguiente, y aunque la una y la otra creyeron que á pensar en tal cosa las movia

solamente la curiosidad, se engañaban, porque era otra la causa de que no se apartase de ellas el recuerdo del galan de la cruz.

El seguirlas este desde casa á la iglesia y desde la iglesia á casa, se repitió por espacio de ocho dias, al cabo de los cuales, lo mismo Isabel que Magdalena comprendieron que estaban enamoradas. Pero como seguian en la duda de cual era la preferida, se decidieron ambas á decir algo sobre el galan por si de este modo aclaraban el misterio.

Al volver de misa una mañana, la que hacia nueve del mudo galanteo, dijo Isabel, que era la mas habladora, á Magdalena que era la mas reservada:

—¿Has reparado en un caballero que nos sigue todos los dias?

—Hoy—contestó Magdalena—me ha llamado la atencion, y queria preguntarte lo mismo.

—¿Por qué irá trás de nosotras?

—No he acertado á esplicármelo.

—Es jóven....

—¿Y su figura?

—No he reparado bien—dijo Isabel, poniéndose colorada—¿Qué te parece?

—Yo—contestó Magdalena, volviendo como por casualidad el rostro—no puedo decirlo porque llevaba la cara oculta con el embozo.

No hablaron mas porque comprendieron que era inútil, y esperaron á que se presentase mejor ocasion de salir de dudas.

Pasaron algunos dias, y á las diez de una noche, serena, pero muy fria porque era el mes de noviembre, á las diez, decimos, cuando acababan de acostarse Isabel y Magdalena y comenzaban á rezar al ángel de la guarda, llegaron á sus oidos los sones dulces y acordados de una guitarra tañida hábilmente en la calle.

Ambas interrumpieron la oracion, se incorporaron en el

lecho y escucharon atentamente mientras que se agitaban sus corazones.

Tras algunos armoniosos preludios punteados con maestria, la voz clara, dulce y agradable de un hombre entonó una cancion tiernisima ó que así lo pareció á las que con tanto interés la escuchaban.

—Esa debe ser su voz—dijo para si Isabel.

—No puede ser otro—pensó Magdalena.

Y ambas sintieron una sensacion que les era desconocida, y á favor de la oscuridad del aposento dejaron entreabrir la boca para sonreir como nunca habian sonreido.

Abrigaron la esperanza de salir de dudas, creyendo que en la cancion, si por discrecion ó ignorancia no se decia el nombre del objeto amado, se haria alguna indicacion como la de hablar de ojos azules ó negros.

No se perdia ni una palabra: el silencio de la noche y la dulzura del acompañamiento permitian que se entendiesen todas con claridad desde el dormitorio de las jóvenes.

Luchando entre el deseo y el temor de saber cada una de ellas si debia alimentar esperanzas, escucharon, mas que con los oidos, con el corazon.

Empero la primera estrofa las dejó como estaban porque solo espresaba con frases conmovedoras los dolores y angustias de un pecho enamorado y sin el consuelo de la esperanza.

—¡Es verdad!... ¡Ese es el amor!—pensó Isabel.

—¡Eso es lo que yo siento!—dijo para sí Magdalena.

Y volvieron á escuchar con nuevo deseo y mayor temor.

La estrofa segunda era toda de alabanzas á la belleza del objeto amado, pero la desdichada casualidad quiso que solo dijese el cantor dientes de perlas y facciones peregrinas, cabellos de seda, pero sin nombrar el color ni compararlos con el oro ó el ébano. Quedaban los ojos y faltaban dos versos, y ambas creyeron que allí no podria dejar el trovador de decir lo que tanto les importaba.

¡Cómo palpitaron sus corazones, suspendieron el aliento y sacaron el cuerpo de la cama para oir mejor!

Empero los dos tan deseados versos no decian mas que lo siguiente:

«Ojos que el pecho encienden y arrebatan,
Que dan la vida y con su fuego matan»

—Esto puede ser lo mismo para la una que para la otra.

—Tanto cuadra á los suyos como á los mios.

—¿Será que piensa publicar el nombre?

—Imprudencia seria, pero tal vez lo diga con todas sus letras.

Así pensaron Isabel y Magdalena y volvieron á escuchar.

Fueron aquellos momentos de agonía para las dos enamoradas.

El cantor dió principio á la tercera estrofa que fué una súplica humilde y tierna en que habia las palabras de «compasion, llanto, muerte, desden, locura, esperanza», y otras por el estilo; pero ni por asomo dió á entender á quien se dirigia.

Cesó la música y volvió á reinar el mas profundo silencio.

Las dos jóvenes, tristes y pensativas, volvieron á acostarse.

—¡Si fuera ella!—murmuró Isabel—¡Ah!.... ¡Tengo celos!

—¡Si fuera ella!—dijo Magdalena—¡Ah!.... ¡Corazon mio, prevente por si mi desgracia te sacrifica!

Ya asomaba la aurora cuando cerraron sus ojos para soñar con el caballero de la cruz y la cancion.

Cervantes, que habia velado aquella noche para escribir el capítulo cincuenta del *Quijote*, se apercibió de la serenata y escuchó la cancion, pero como en la misma casa vivian otras jóvenes hermosas, no pudo asegurar que el rondador cantase á las de su familia, aunque sí se puso sobre aviso por lo que pudiera suceder.

CAPITULO XXXIII.

El sacrificio.

El siguiente dia se miraron recelosamente las dos jóvenes, apenas se hablaron, y cuando fueron á misa y las siguió el galan, se observaron mútuamente con disimulo. Estaban enamoradas y tenian celos. Su ansiedad era la mas angustiosa, y les parecian siglos los momentos.

No volvió á oirse la música hasta pasadas algunas noches; pero tampoco se desvanecieron las dudas, porque el cantor, ni pronunció el nombre de la dama ni dijo cosa alguna que lo diese á conocer.

Era preciso salir de aquella situacion; ¿pero cómo? Esto se preguntaron ambas y no acertaron á contestarse.

La llama del amor se encendia mas y mas en aquellos corazones.

Magdalena estaba mas triste y pensativa que de costumbre; Isabel habia perdido tambien su alegría.

Una mañana al ir á misa advirtieron que además del caballero de la cruz, otro tambien las seguia. Este era mas jóven, hermoso y de hidalgo porte.

Los galanes se encontraron entonces en la misma dudosa situacion de las doncellas, y como estas eran dos lo mismo que ellos, nada pudieron decirse.

No faltaron en los siguientes dias los dos galanes, y una noche á las diez, que era la hora acostumbrada, sonó en la calle la música y la voz del de la cruz.

Las jóvenes, como siempre, escucharon llenas de ansiedad la cancion.

Las dos primeras estrofas nada espresaban mas que ternezas, pero la última decia lo siguiente.

«De oro tus cabellos son,
Y tus ojos como el cielo;
Muestra, pues, que no es de hielo
Tu virginal corazon.»

Dos gritos resonaron en el dormitorio de las jóvenes, pero el uno de alegría, y el otro de dolor.

Isabel quedó por algunos instantes como extasiada, y Magdalena, dejándose caer y oprimiéndose el pecho no pudo articular una sílaba.

—¿Qué te sucede?—preguntaron ambas á la vez y cuando la voz pudo salir de sus gargantas.

—Nada—balbuceó Magdalena;—dormia profundamente y he despertado asustada por esa música.

—Yo rezaba—dijo Isabel—y al oirte gritar he gritado tambien asustada.

Cervantes, que escribia y oyó los gritos, corrió al aposento, llevando luz.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

Y las jóvenes le respondieron, diciéndole que un susto vano.

Isabel estaba roja como el carmin y temblaba como si tuviese una convulsion.

Magdalena estaba pálida como un cadáver y apenas podia respirar.

—Pero ya pasó—respuso Isabel para tranquilizar á su padre y mientras ocultaba el rostro entre las sábanas.

—Sí—dijo Magdalena—ya pasó.

Y haciendo un esfuerzo consiguió sonreir.

Cervantes salió y las jóvenes quedaron silenciosas.

No dormian, pero tampoco se atrevian á pronunciar una palabra.

Isabel sonreia.

Magdalena lloraba.

Una hora despues se interrumpió nuevamente el silencio de la calle; pero entonces no se levantó ninguna de las jóvenes.

La hija de Cervantes escuchó por si era el caballero de la cruz roja que habia tenido la humorada de volver.

Magdalena se tapó los oidos por la misma razon.

Sonaron los acordes de una guitarra, y con ellos la voz de un hombre que entonó un romance tiernísimo; pero no era la voz del que antes habia cantado.

Oyeronse nombrar los cabellos rubios y los ojos azules, y al fin el nombre de Isabel.

El segundo amante, que debia ser el segundo galan que las habia seguido, era sin duda alguna mas atrevido que el primero, ó menos prudente.

No resonó entonces grito alguno.

Isabel se durmió al son del romance y soñó con el caballero de Santiago.

Magdalena lloró hasta la madrugada y soñó con fantasmas horribles.

¿Qué le esperaba en el mundo?

No podia entrar en competencia con Isabel porque se lo impedia su carácter noble: no debia tampoco acibarar su amor porque en aquella casa recibia el sustento que le daba generosamente el padre de su rival.

Ahogar su ardiente amor, sufrir horriblemente y callar era cuanto le esperaba á la infeliz.

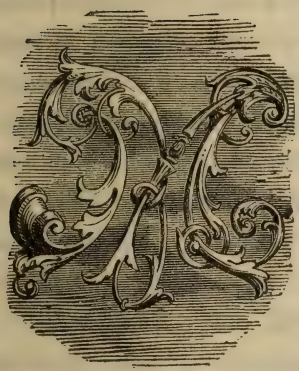
Era preciso hacer un gran sacrificio, y estaba dispuesta á consumarlo sin exhalar una queja. Nadie podia consolarla porque á nadie podia comunicar sus penas.

Entonces buscó en Dios lo que no podia darle el mundo y se decidió á apartar de este su pensamiento.

La risa y el llanto, la felicidad y la desgracia, habian entrado á la vez, y guiadas por una misma mano, en aquella casa.

CAPITULO XXXIV.

Que sigue tratando del galan y los galanteos.



AGDALENA acababa de hacer el sacrificio de su corazon con una generosidad digna de un alma grande y noble. No podia olvidar al hombre de quien desgraciadamente se habia enamorado, pero sí atormentarse y ocultar su pasion para no turbar la dicha de Isabel. Se necesitaba mucha abnegacion, le esperaban sufrimientos horribles, pero no vaciló un instante; la tranquilidad, la dicha de la hija de su bienhechor era para la virtuosa jóven antes que su propia dicha. Desde la mas tierna edad habia dado pruebas de la resignacion mas fuerte, sacrificando hasta sus gustos infantiles á los menores caprichos de Isabel.

Como hemos dicho, la pobre Magdalena quiso buscar en la religion el consuelo que el mundo no podia darle, apagar la llama de su amor con la llama de la fé, que Dios embargase su pensamiento para que no pudiese ocuparlo ningun hombre; y como no podia ser monja porque le faltaba una dote ni tampoco queria dejar á su anciana madre, determinó hacerse beata, como hacian muchas mujeres en aquel tiempo, es decir, vestirse de estameña, no salir de casa sino para ir á la iglesia, no perder misa, sermon ni jubileo, rezar á todas horas y no comunicarse con nadie mas que con las personas de su familia. A esto, pues, se llamaba entonces hacer profesion de beata, y á cada paso se encontraban mujeres vestidas sencillamente de grosera estameña, con ancho manto que les cubria el rostro sin dejar mas que una rendija para ver por donde caminaban y con las gruesas camándulas pendientes de la cintura.

Esta resolucion la comunicó Magdalena á su familia, dando por razon que le incomodaba lo que á todo el mundo le divertia y que solo encontraba placer en rezar y asistir al templo. Como siempre habia sido de carácter triste y muy escrupulosa en cuanto al cumplimiento de sus deberes religiosos, no causó gran estrañeza semejante determinacion. Le dijeron que se aburriria, pero ella contestó que como no tenia que pronunciar ningun voto, volveria á su vida de siempre si se arrepentia, y nada se habia perdido. Esto no tenia réplica y la dejaron que se convirtiese en beata.

Muchas veces se encerraba con pretesto de rezar, pero salian de sus ojos mas lágrimas que *Aves Marías* de su boca. Nadie sospechó que la desdichada niña estaba sufriendo los tormentos mas horribles: la creian feliz con su rosario y sus oraciones.

El mundo no adivina nunca un dolor en una sonrisa, y raras veces comprende la felicidad espresada por una lágrima.

Cervantes habitaba uno de los cuartos principales de la

casa, y el galan de la cruz logró trabar conocimiento con los vecinos de uno de los cuartos segundos á donde solia ir de visita Isabel. Allí se vieron, se hablaron, y por último se trocaron disimuladamente cartas.

Las serenatas se repitieron, siempre á distintas horas por ambos rondadores, y el nombre de Isabel resonó muchas veces en la calle.

Entonces creyó Cervantes prudente averiguar lo que aquello significaba, y pidió esplicaciones á su hija.

Esta se puso colorada, turbóse y no acertó que decir, pero al fin confesó que amaba al caballero de Santiago.

Preguntó el poeta el nombre del tal galan: Isabel se lo dijo, y nosotros á nuestros lectores con lo demás que sabemos.

Era el enamorado de la cruz un caballero natural de Pamplona, llamado don Gaspar de Ezpeleta, de muy esclarecido linage, pero de tan escasas rentas que no le alcanzaban para sostenerse con el rango debido á su calidad. Vivia en la corte para poder vivir, pues su carácter alegre y hasta cierto punto entremetido, le abria todas las puertas, y haciendo uso de la mesa de este, de los caballos de aquel y de la amistad de todos, con muy poco que gastase en el aposento de una posada y en dos pages y un lacayo que lo servian, se encontraba cubiertas sus atenciones y pasaba una vida feliz. Era muy conocido porque no habia paseo, comedia, sarao, torneo ni justa donde no se le encontrase: muchos le murmuraban porque vivia á costa agena, otros le perdonaban el que hubiese tomado el oficio de esplotador de amistades por la habilidad con que lo ejercia, pero todos le guardaban las mayores consideraciones, gustaban de su conversacion y le ofrecian su casa y mesa con la mejor voluntad, sin que nadie le echase nunca en cara los favores que le hacia ni le pesase el habérselos hecho. En una palabra, don Gaspar de Ezpeleta era uno de esos hombres que tienen el talento especial de saber vivir de tal modo

que encuentran quien les dé cuanto necesitan sin pedirlo ni quedar obligados á pagar ni agradecer: es decir, lo que hoy se llama *vivir sobre el país*, ó lo que es igual, que todo el mundo trabaja para ellos y ellos trabajan para no trabajar.

No necesitó Cervantes mas que el nombre, pues conocia sobradamente á don Gaspar por haberlo visto en justas, corrales de comedias, reuniones de literatos y paseos, y porque muchas veces se habian ocupado de él los poetas, haciéndole objeto de satíricos chistes en conversaciones y escritos.

Teníalo Cervantes por hombre honrado, pero no quedó satisfecho porque algo heria su amor propio el que el galanteador de su hija sirviese de blanco á los tiros de la murmuracion, por mas que esta no pudiese decir otra cosa sino que el tal caballero era ingenioso para vivir de prestado sin contraer deudas; pero como conociese que su hija estaba muy enamorada, y el querer hacerle olvidar de pronto su amor seria encenderle mas, pensó dar tiempo al tiempo y probar si el ridículo hacia lo que no podian hacer consejos ni privaciones.

Con tal propósito, y sin dar muestras de la mas leve alteracion, como cosa que viene á pelo, buscó el poeta entre sus papeles uno que enseñó á su hija, diciéndole:

—Sin duda ese don Gaspar es el mismo de quien habla en esos versos mi amigo don Luis de Góngora. ¿Sabes si asistió al torneo del domingo?

—Sí.

—Pues no hay duda que es él.... ¡Cosas de Góngora!

Isabel leyó los versos que decian así:

« Cantemos á la gineta
Y lloremos á la brida
La vergonzosa caida
De don Gaspar de Ezpeleta,
¡Oh si yo fuera poeta!
¡Qué gastara de papel
Y qué nota hiciera de él!

Dijera á lo menos yo:
Que el majadero cayó
Porque cayesen en él.
Dijera del caballero,
Visto su caudal y traza,
Que ha entrado poco en la plaza,
Y menos su despensero;
Que si cayera en enero,
Quedara con santo honrado;
Aunque el apóstol sagrado,
Cuando Dios le hizo fiel,
Cayó de alumbrado, y él
Cayó de desalumbrado. »

Isabel palideció, mordióse los lábios con despecho y dijo á su padre:

—¿Qué quiere decir con esto vuestro amigo?

—Que don Gaspar come en la mesa y pasea en los caballos del marqués de Falces porque él no tiene para lo uno ni lo otro.

—¿Decidme, no es Góngora uno pequeño de cuerpo, con ojos muy relucientes que os saludó el otro dia al salir de misa?

—Sí.

—Aunque se metió entre la gente y no pude mirarlo bien, me pareció de figura contrahecha.

—Sátira por sátira vale mas la suya.

—Es que pienso que el disgusto que tiene por lo poco que le ha favorecido la naturaleza, lo desahoga en el veneno de su sátira.

—En cambio don Gaspar mata con el espejo el tédio de su pobreza;—replicó Cervantes—pero dejando esto que nada importa, te diré que mas tarde sabrás lo que opino de tu amor, pues ahora, ni te lo prohibo ni te lo consiento; pero entre tanto, examina bien tu corazon y no lo dejes que domine á tu voluntad por si necesitas hacer uso de ella.

Algo se resintió el amor propio de Isabel, pero como un

clavo saca á otro clavo, el mal efecto que le habian producido los versos se borró con otros que aquel mismo dia recibió de don Gaspar, muy malos en comparacion de los de Góngora, y sin comparacion alguna, pero que á ella le parecieron lo mas sublime y bello del mundo.

Así pasaron los dias.

Magdalena siguió llorando y sufriendo, Isabel riendo y amando, y don Gaspar entonando á las diez de la noche sus romances, mientras que el otro galan los entonaba á las once.

Entre tanto Cervantes concluyó su *Quijote*, y como nada habia logrado con la oda al conde de Saldaña, pensó en buscar otro Mecenas que amparase su obra.

Uno de los magnates que por aquel tiempo hacian gala de proteger las letras y honrar á los autores, era don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, sétimo duque de Béjar, y este fué elegido para la dedicatoria.

Buscó el poeta recomendaciones para el duque, pero este no quiso admitir el libro, temeroso de que se pusiese su nombre al frente de una obra que ningun mérito tuviese.

No se desalentó Cervantes, vió segunda vez al duque, y le rogó que escuchase la lectura de algun capítulo, con lo cual quedaria satisfecho y agradecido. Esta gracia fué concedida porque nada costaba y haria pasar entretenidamente un rato de ócio, siquiera fuese oyendo desatinos.

Visitaba la casa del noble señor un fraile dominico que mas directa ó indirectamente solia tomar parte en los asuntos de familia, ejerciendo la natural influencia que le daba su carácter y que empleaba generalmente, aconsejando ridículas economías, como para demostrar su celo por los intereses de la casa, sin pensar que muchas veces, ó casi todas, perjudicaba los de infelices necesitados dignos por todos conceptos de proteccion.

Ya habia sucedido con el ilustrado poeta Cristóbal de Mesa,

preceptor del primogénito del duque, rebajarle cien ducados de los doscientos que se le daban de salario anualmente, por lo cual se despidió, sustituyéndole el dominico una temporada, aunque en honor de la verdad, sin otro interés que el de hacerse agradable al duque.

Era el fraile hombre de muy escaso entendimiento, y aunque obraba de buena fé, su torpeza producia el mismo resultado que si una mala intencion hubiese dictado sus consejos.

Tenia noticias de que Cervantes era un escritor de ingenio elevado, como ya lo habia probado en *La Galatea*, y temió que el duque lo favoreciese con largueza, lo cual redundaria en perjuicio de los intereses de la casa que eran el objeto de sus impertinentes cuidados, y por esta razon dijo, cuando se le pidió consejo como en todo, que el tal libro no podia ser sino uno de tantos de caballerías con sus disparates é inmoralidad.

Por esto no admitió el duque la dedicatoria, y si accedió á la lectura, no fué sino en contra de la opinion del reverendo y con propósito de no admitir la obra, si como se presumia era un cuento de hazañas disparatadas, encantamentos y amores de princesas.

Esto tranquilizó al fraile que creia que el *Quijote* no era mas ni menos que otra *Historia del Príncipe don Policisne de Boecia*, publicada tres años antes por don Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada Hermosa, y que fué el último libro de caballerías que se escribió en España.

Llegó el dia fijado para la lectura, que era uno de los últimos de diciembre, y á las once de la mañana se presentó Cervantes en casa del duque.

Este lo esperaba con el fraile y un amigo de confianza.

El poeta saludó cortesmente, sentóse á una indicacion del duque, y sacó su manuscrito.

—¿Lo traeis todo?—le preguntó el fraile.

—Una parte solamente—respondió Cervantes.

—Mucho abulta y os habrá molestado sin necesidad, porque no alcanzará el tiempo para leer tanto hasta la hora de comer—repuso el dominico.

—Pero como es posible que el señor duque me honre escuchándome mas tiempo si consigo agradarle, he creido conveniente prevenirme. Nada se pierde, la carga no es pesada: otras mayores llevo sobre mí hace muchos años.

—Habeis hecho bien—dijo el duque:—si hay novedad en la lectura la prolongaremos.

—Segun se entienda la novedad—repuso el fraile sin dar tiempo para contestar al poeta.—Esa historia, en el fondo, será lo mismo que todas, habrá princesas, enanos, gigantes, castillos guardados por dragones y otras cosas por el estilo, sin que lo nuevo pueda ser mas que la clase de aventuras, porque como imaginadas é imposibles, son infinitas las que se pueden referir, y segun el capricho del autor.

—Siento deciros que no habeis acertado,—replicó Cervantes mientras sonreia.—Mi libro es enteramente nuevo, no se parece á ninguno de los malhadados abortos de ingenios enfermizos que han dado en tierra con nuestra literatura y están reñidos con la moralidad, la gramática y el sentido comun. Mal escrito estará, y en esta parte no lo defiendo; pero su fin es acabar con todos los caballeros andantes, y creo que lo conseguiré.

—Noble, pero difícil empresa. Muchos lo han intentado....

—Con poca fortuna, es verdad, ó mejor dicho sin ninguna porque ha crecido la aficion á la lectura de los libros de caballería y el afan de escribirlos. Empero quisieron combatirlos con gravedad, como asunto de importancia, y nada consiguieron; hubieran empleado las armas del ridículo, que son terribles porque hieren el amor propio, y otra cosa fuera.

—Habeis picado mi curiosidad—dijo el duque—y ya deseo ver el camino que emprendeis para llevar á cabo vuestra empresa.

—¿Conque no sois partidario de los libros de caballerías?

—Le sucede lo que á vos—repuso el de Béjar, dirigiéndose al fraile.

—¿Pues no se titula ese libro?....

—Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha—replicó Cervantes—Y este hidalgo es un caballero andante con su escudero y su dama y que acomete las empresas mas portentosas que podeis imaginar, encontrando maravillosas aventuras: pero ya vereis cómo sus hazañas ponen en ridículo las de todos los caballeros andantes.

—Comenzad—dijo el duque.

Acomodóse en un sillon el obeso fraile, y Cervantes empezó leyendo:

« En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.... »

Solo estas palabras hicieron comprender que el *Quijote* en nada se parecia á los demás.

El duque se inclinó como para oir mejor, y el poeta siguió la lectura.

Apenas llegó á la mitad del retrato de su héroe, ni el duque ni su amigo pudieron contener la risa, en tanto que el dominico hizo un gesto de mal humor que no pasó desapercibido para Cervantes.

El interés iba creciendo así como el número de chistes y originales gracias, hasta el punto de hacer exclamar al duque.

—¡Bien, muy bien, señor Cervantes!

—Por vida mia—dijo el otro caballero—que ese loco ha de hacer mas que todos los cuerdos del mundo. Y si con la misma gracia seguis refiriendo la historia del hidalgo, será menester interrumpir la lectura para que no quedemos quebrantados á fuerza de reir.

—Veo—dijo el fraile con tono sentencioso—que quereis demostrar el peligro que hay de volverse loco con la lectura

de los libros de caballerías, lo cual no es bastante para que nadie tema perder el juicio.

—Todavia—replicó Cervantes—no me habeis comprendido.

—Es que hasta ahora....

—Proseguid, señor Miguel—interrumpió el duque.

El poeta continuó, interesando mas cada vez al de Béjar y su amigo, y convenciendo al reverendo de que le costaria mucho trabajo evitar que las locuras del hidalgo manchego costasen el dinero á su Excelencia.

Dieron las doce y Cervantes dejó de leer para dar lugar á que se rezase el *Ave-Maria* como era costumbre en aquel tiempo, así como en el presente lo es el mirar el reloj para saber lo que adelanta ó atrasa y ponerlo en hora. En cada época hay sus tendencias, sus usos y costumbres: entonces la religion era el primer pensamiento, y por eso se rezaba al romper, mediar y concluir el dia: ahora el cálculo es la idea dominante, y por eso se cuentan los segundos.

—Bien—dijo el fraile—despues de haber pronunciado con voz hueca el *amen*;—escribís con bastante gracia y vuestro libro divertirá.

—Por mi parte—añadió el amigo del duque—no lo dejaria de la mano hasta verle el fin.

—Y Dios mediante se lo veremos—dijo el de Béjar.

—Han dado las doce—repuso el dominico, y os estorbamos para comer, señor duque.

—Quiero—replicó este—oir siquiera otro capítulo.

—Como teneis antigua costumbre....

—No importa, hoy la altero.

—Pero....

—Continuad, señor Cervantes.

Este dió gracias al duque y prosiguió leyendo hasta concluir otro capítulo.

El triunfo habia sido completo.

La continuacion se aplazó para el dia siguiente á las diez con el fin de que hubiese mas tiempo.

El amigo del duque prometió no faltar.

Cervantes volvió á su casa lleno de alegria, de esperanzas y de ilusiones que habian de desvanecerse en su mayor parte.

—¿Te ha recibido bien?

—¿Le ha gustado?

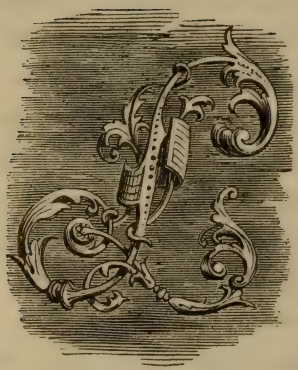
—¿Has de volver á verlo?

Todo esto, dicho á la vez, no dió lugar al poeta para responder mas que sí y abrazar á su familia.

Aquel fué un dia feliz.

CAPITULO XXXV.

Lo que valió á Cervantes la dedicatoria.



A lectura del *Quijote* se continuó sin interrumpirse un solo dia, mostrando el duque gran complacencia.

No sin razon crecieron las esperanzas de Cervantes y su familia, teniendo por segura cosa que, cansada al fin la desgracia, cambiaria la faz de sus domésticos asuntos con la generosidad del duque, cuya proteccion debia valerles mucho.

Así, creyendo ver asomar la aurora de un dia de felicidad, cuando se estendia el crepúsculo de una noche de amarguras, pasó aquella honrada familia una semana de contento.

Terminó la lectura una mañana poco despues de las once, el duque y su amigo prodigaron mil alabanzas á Cervantes, y este dijo:

—Quedo satisfecho: nada mas deseaba, señor, sino que fuese favorable la opinion ilustrada de vuestra Excelencia, porque así, si mi libro no va honrado con vuestro esclarecido nombre, al menos quedaré tranquilo con la seguridad de que no ha de mirarse con desprecio.

—No ha de satisfacerse á medias vuestro deseo—contestó el de Béjar—y acepto muy gustoso la dedicatoria que me ofrecisteis.

—¡Ah, señor!—exclamó Cervantes con acento de dulce y alegre conmocion.—Mi gratitud será eterna....

—Y mi nombre inmortal si se escribe con el vuestro—interrumpió el duque.

—Señor....

—Poned la dedicatoria, traédmela mañana, y apresurad la impresion.

El fraile sonrió tambien á pesar de que vió el peligro que corrian los intereses del duque.

La escena de familia que media hora despues tuvo lugar en casa de Cervantes, fué tierna y conmovedora. Lágrimas de alegria bañaron todos los semblantes.... ¡Eran felices! Hasta Magdalena, la desdichada Magdalena cuya vida era un tormento contínuo y horrible, olvidó por algunas horas sus sufrimientos para gozar tambien y elevar á Dios sentidas preces.

Poco habian de durar tan risueñas ilusiones que debian convertirse en realidades.

Al dia siguiente llevó Cervantes la dedicatoria, pero no encontró al duque en su casa y se la dejó con recado de que volveria para tener la honra de besarle las manos.

Desde aquel momento las horas parecieron siglos á la honrada familia de Cervantes. No hablaban de otra cosa que del duque, haciendo cuantos comentarios y reflexiones, les inspiraba su deseo. No podia suceder otra cosa, el acontecimiento era de mucha importancia.

Los cálculos del poeta iban mas allá que los de ninguno, pues no solamente se hacia ilusiones sobre la liberalidad de su nuevo protector, sino sobre el producto de su obra.

Apenas durmió dos horas aquella noche. La alegría es tan enemiga del sueño como el pesar. ¡Al fin habia encontrado la sombra de un poderoso, que era lo mismo que dar con la fortuna!

Levantóse el sol en un horizonte despejado y trasparente que parecia sonreir.

—¡Oh!—exclamó Cervantes, asomándose á una ventana. —¡Qué hermoso dia! Parece que se ha engalanado para celebrar mi dicha. ¡Con cuánta suavidad vuela el céfiro y qué alegremente cantan las aves!

Y aspiró con avidez el ambiente fresco y perfumado, y contempló el cielo.

—Sin embargo—añadió despues de algunos instantes y mientras su frente se contraia—tambien amaneció puro y sereno el dia en que fuí herido en Lepanto y el primero de mi dura cautividad, y lo mismo que ahora, desde una ventana, vi salir el sol, sonreir el cielo, y oí trinar á los pájaros el dia que me encerraron en la cárcel de Argamasilla.... ¡Supersticiones!... Y bien pensado, las heridas que recibí en Lepanto me honran, el cautiverio me enseñó á sufrir con resignacion, y en el calabozo de Argamasilla escribí el *Quijote*.... No fueron, pues, dias de desgracia, sino de fortuna.

Dilatóse nuevamente el rostro de Cervantes y se entregó á las ilusiones de sus esperanzas.

A las diez se puso la capa y el sombrero para ir á casa del duque, y se despidió de su familia como si fuese á emprender un largo viaje.

—Vuélvete en seguida—le dijo su esposa.

—No te detengas que te esperamos con mucho afan—añadió su anciana madre.

Y mientras cada individuo repetia poco mas ó menos lo mismo, bajaba el poeta la escalera.

Todos se asomaron á las ventanas para verlo alejarse y despedirlo con señas.

El que haya penetrado en el interior de una familia que despues de largos años de miseria y desgracias ve el término de estas y sonreir la fortuna, podrá comprender el valor de esta escena que será para muchos frívola y de ninguna significacion.

Al entrar Cervantes en el portal de la casa del duque, encontró á este que salia con el fraile y seguido de escuderos y lacayos como entonces iban casi siempre los señores.

—A mala hora llego—dijo el poeta, descubriéndose y saludando respetuosamente.

—A la mejor—contestó el duque con cierta frialdad y sin detenerse.—Recibí la dedicatoria y os agradezco las lisongeras palabras que contiene.

Llamó la atencion de Cervantes la variacion que se advertia en el tono casi indiferente y aspecto mas sério conque le recibió el magnate, comparando con la acogida que en los dias anteriores le habia hecho. ¿Qué podia ser causa de semejante cambio? ¿No habria encontrado bastante aduladora la dedicatoria? Difícil era adivinarlo, mucho mas no pudiendo entablar conversacion, pues el duque siguió andando mientras hablaba.

No pensó el poeta que la agradable impresion producida por la lectura de su obra podia borrarse fácilmente; pero si se acordó de lo que algunos años antes habia dicho santa Teresa de Jesús, «que tenian estraños reveses los señores.»

—Señor,—repuso el desdichado manco, siguiendo al duque y al llegar á la puerta.

Pero este lo interrumpió diciéndole:

—Habia mandado que cuando viniéseis.... Mendo—añadió, llamando á un hombre que lo habia seguido para despedirlo y que era el mayordomo:—dad al señor Miguel de Cervantes lo que os dije.

—Precisamente acababa de ponérmelo en el bolsillo para cuando viniese—contestó el mayordomo.

Y sacó algunas monedas de oro.

—Aceptad—repuso el duque—esos treinta escudos como recuerdo mio no mas y no como precio de lo que no lo tiene por valer mucho. Corto es el presente, pero ya sabeis que los ricos tienen que socorrer muchas necesidades.

Al rostro del poeta afluyó toda su sangre: levantó la cabeza con orgullo, y ya buscaba en su mente la respuesta merecida á la humillacion que acababa de recibir, cuando uno de los mendigos que esperaban todos los dias á la puerta para pedir limosna al noble señor, tendió su demacrada mano y dijo con lastimero acento:

—¡Por el amor de Dios!

Entonces hizo Cervantes un esfuerzo, sonrió levemente, tomó las treinta monedas de oro y se las dió al mendigo, diciéndole:

—Tomad de parte de su Excelencia.

El duque se puso encarnado como la grana, y el fraile palideció á la vez que exclamaba:

—¿Qué habeis hecho?

—Cumplir la voluntad del señor duque socorriendo una necesidad—respondió tranquilamente el poeta.—He dado una limosna porque.... ¡Yo tambien soy rico, mas rico que su Excelencia!—añadió, poniendo la diestra sobre el corazon.

Y sin dar lugar á que le replicasen, salió del portal y se alejó con rapidez.

Entonces le tocó al duque palidecer y al dominico ponerse colorado.

—¡Oh!—murmuró este

—¿Ha querido darme una leccion?—dijo el magnate.

—Ha imitado al héroe de su historia, haciendo una locura. ¡Treinta escudos de oro, señor! ¡Treinta escudos que son la fortuna de una familia!.... ¡A qué tiempo hemos llegado!

El duque se encogió de hombros.

Cuando Cervantes llegó á su casa le salió al encuentro toda su familia diciéndole:

—¿Qué hay?

—¿Lo has visto?

—¿Cómo te ha recibido?

—¿Está contento?

—¿Por qué callas?

—Porque no me dejais hablar—respondió el poeta.

—Esplícate.... Estas triste....

—Muy contento porque acabo de hacer feliz á un pobre anciano....

—Pero....

—No me pregunteis mas: básteos saber que he dejado en casa del duque una esperanza y me traigo un desengaño.... Pero con honra fuí y aun mas honrado vuelvo.

CAPITULO XXXVI.

Otra ilusion desvanecida.

onvencido Cervantes de que nada debia esperar de protectores ni amigos, se dedicó esclusivamente á llenar todos los requisitos necesarios para que pudiese imprimirse su obra, y obtenido el privilegio, dispuso su viaje á Madrid, centro de especulacion literaria.

Salió el poeta de Valladolid en uno de los primeros dias de enero de 1605, como siempre, con muy poco dinero y muchas esperanzas.

Cuando llegó á la coronada villa, se alojó en una posada, y sin perder mas tiempo que el preciso para comer, pues era el mediodia, se puso debajo del brazo izquierdo el manuscrito

de su obra, y santiguándose fué á casa de uno de los especuladores que en aquel tiempo comerciaban con las letras y que tenia fama de ser el que pagaba con mas largueza los pensamientos agenos.

Era este un hombrecillo flaco, amarillento, de mirada recelosa y destemplada voz, con labios tan delgados como naipes, y barba tan escasa que mejor estuviera sin ninguna, porque el reducido número de pelos que acá y acullá se veian en su rostro, parecian manchas que habia dejado allí la falta de limpieza. Llamábase Francisco Robles, y cuando hablaba de él Góngora, decia con su acostumbrada mordacidad que el tal mercader de poesía estaba seco á fuerza de maldiciones, y Lope de Vega era de opinion que habia enfermado de tanto *vomitar mentiras* cuando se lamentaba de sus negocios para probar que tenia que comprar los manuscritos baratos si no habia de arruinarse.

Debia ser un consumado matemático, porque cualquiera que lo oyese quedaba convencido de que el peor negocio del mundo era comprar originales y vender libros sin escederse del precio en que el gobierno los tasaba al censurarlos. Pero la verdad es que el tal Francisco Robles se habia hecho rico en pocos años, llegando á comprar tierras y casas en Madrid mientras que los escritores ni siquiera podian pagar la casa en que vivian.

Recibió á Cervantes haciéndole mil cumplidos, y enterado del objeto que le llevaba, arqueó las cejas, hizo un gesto de pesar, y dijo:

—Lo siento, señor Miguel, lo siento mucho porque hubiera tenido el mayor placer en publicar una obra vuestra; pero el año pasado he perdido mas de mil escudos de oro, y no solamente no puedo comprar nada, sino que tampoco imprimir lo que tengo comprado. El negocio de libros está cada dia peor, no se vende uno porque la gente está cansada de leer, y no es estraño porque se ha impreso mas de lo que se debia;

todos son hoy poetas, y llegará pronto el dia en que los que escriban sean mas que los que lean.

—No somos de la misma opinion — contestó Cervantes algo desconcertado:—creo que nunca ha habido mas aficion á la lectura ni se han vendido tantos libros como ahora.

—Imprimid por vuestra cuenta y os convencereis.

—Bien sabeis , señor Robles, que eso no es posible.

—Puedo enseñaros mis cuentas y vereis que en la compra de muchos privilegios he perdido mas de la mitad.

—Pero una obra de un género enteramente nuevo llama la atencion y se compra siquiera por curiosidad.

—Os equivocais, porque de lo nuevo se desconfia....

—¿Qué sucedió con los primeros libros del género pastoril?

—Aquello era otra cosa—replicó el señor Robles.—Si me hubiéseis ofrecido vuestra *Galatea*.... ¡Oh!... Debió hacer buen negocio el señor Mendez, porque se lo daríais por un pedazo de pan. Todo es tener fortuna. A mí me sucede, amigo mio, que no me venden los poetas sino sus peores obras y á precios exhorbitantes, despues de haber dado las mejores á otro casi de balde. Muchas veces lo he dicho: ¡si yo fuera el dueño de la *Galatea*!... Es obra que he envidiado, y si me trajéseis otra igual os la pagaria á peso de oro.

—Os ofrezco una mejor.

—Para mí lo mejor no es lo que tiene mas mérito, sino lo que el público compra. ¿Qué me importa que vuestra obra sea lo mejor que se haya escrito ni pueda escribirse si no vendo un ejemplar? Es preciso darle al lector lo que le gusta, y si prefiere lo malo, dádselo con tal que lo pague. Vos mirais por vuestra gloria y yo por mi bolsillo: están encontrados nuestros intereses.

—Es verdad, muy contrarios son,—replicó el poeta con intencion muy marcada—pero tengo para mí que á pesar de todo podemos arreglar bien este negocio.

—¿Decís que es una cosa nueva?—preguntó el mercader despues de algunos momentos de reflexion.

—Enteramente nueva.

—Muchos deseos tenia de compraros alguna obra porque todas las vuestras se han impreso con fortuna, pero estoy tan mal de dinero, que no me atrevo á decidirme, mucho menos siendo cosa que no se sabe si agradará por su género.

—Os aseguro que sí.

—Prudente es escarmentar en cabeza agena.

—Señor Robles, en esta ocasion os equivocais.

—En fin,—dijo el mercader como quien se decide á hacer una locura—cerraré los ojos y os la compraré si me dejais leer antes algunas hojas para formar idea....

—Toda podeis leerla.

—Pero os advierto que no podré ofreceros mucho, porque como os he dicho, estoy en mal estado de intereses y tengo cinco ó seis manuscritos de poetas de fama que no sé qué hacer de ellos.

Como Cervantes no era novicio en esto de ajustes con editores, no le sorprendió la advertencia, por lo que, dejándola sin contestacion, se limitó á decir:

—Quedaos con el manuscrito y volveré á saber vuestra contestacion.

—Bien, bien, pero...,

—Una cosa os suplico....

—¿Que nadie la vea?

—Eso no es menester encargároslo.

—Es interés mio.

—Lo que deseo es que lo despacheis cuanto antes sea posible, porque se me siguen perjuicios de estar muchos dias en Madrid.

—Por vos haré cualquiera cosa, y aun cuando estoy muy ocupado estos dias por ser los primeros del año, me dedicaré solamente á vuestro asunto.

—Gracias.

—Podeis volveros.... ¿Qué es hoy?

—Jueves.

—Pasado mañana.... ¿Os parece tarde?

—No.

—A esta misma hora me encontrareis.

—Buena es cualquiera para mí.

—Vuelvo á deciros que no podré ofreceros mucho....

—Leed y hablaremos.

—Es que sentiria yo que os consintiéseis á lo que no puede ser....

—Creo que nos arreglaremos.

Despidióse el poeta del señor Robles y se volvió á su posada para descansar ó mas bien para pensar en la venta de su obra.

—¿Me llevaré un chasco como con el duque?—se preguntaba—ha empezado por prevenirme que pagará muy poco.... pero esta es costumbre de todos ellos, y cuando lea unas cuantas hojas y comprenda que puede tener una lucida ganancia, no dejará que se le escape el negocio por cien ducados mas ó menos.

¡Cien ducados! Esta era ya una cantidad de mucha consideracion para el mercader: si Cervantes hubiese dicho un ducado mas ó menos, tal vez no se hubiese equivocado, pero ciento!... probablemente no le ofreceria mucho mas por la obra.

Nuestro poeta no faltó á la cita. A la una de la tarde del sábado se presentó al señor Robles.

—Sois puntual—le dijo este.

—Ya os he dicho que deseo volver cuanto antes á Valladolid.

—Pues despachemos nuestro negocio.

—¿Habeis leido?...

—Algo.

—¿Y qué os parece?

—En cuanto á su mérito nada puedo deciros porque soy lego en la materia; pero mirada bajo el punto de vista mercantil, no me conviene.

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo—replicó el editor con calma.

—Pero....

—No es del gusto del dia.

—¿Os parece de gusto antiguo?

—Tampoco.

—Entonces....

—El vulgo no comprenderá el mérito de vuestra obra.

—Pero el que no la entienda se divertirá.

—Lo que divierte son las historias donde se cuentan maravillas, aunque estén llenas de disparates, y la vuestra tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que todo lo que en ella referís es tan natural, tan sencillo, que no dejará satisfecho al lector, amigo siempre de lo desconocido y sorprendente.

—Precisamente el mérito consiste....

—Ya os he dicho que no hablo de su mérito; si los libros se escribieran solamente para los hombres cultos, os daria por el vuestro cuanto me pidiéseis; pero yo á quien tengo que contentar es al vulgo ignorante, que es el que ha de darme el dinero.

—¿Pero dejarán de divertirle las locuras de don Quijote y las gracias de Sancho?

—Lo que os digo: dadle al vulgo un caballero andante que necesita comer para vivir; que se hospeda en posada y no en castillos encantados; que lleva visera de carton en vez de oro; que monta un rocin que apenas puede tenerse en pié en lugar de un caballo brioso y que corre mas que el viento sin cansarse nunca, dadle todo eso y os dirá que para ver ni saber

tales cosas, no necesita leer, pues las encuentra á cada paso.

—Bien,—dijo Cervantes algo picado—eso pensais vos sin tener en cuenta que el vulgo no es el nécio, sino el que le escribe necedades.

—Creo que ni á vos ni á mí nos conviene meternos á redentores porque saldríamos crucificados.

—Por lo menos yo....

—En fin, señor Miguel, no tengo mas que una palabra: os dije que compraria vuestra obra y os la compraré suceda lo que quiera.

—Eso es lo que importa.

—¿Cuánto quereis por ella?

—Cuatrocientos ducados—dijo Cervantes.

—No podemos hacer nada—replicó friamente el comerciante y á la vez que tomaba el manuscrito y lo presentaba al poeta.

Este palideció.

—¿Os parece mucho?—dijo.

—Dios me libre de poner precio á vuestro trabajo, porque seria haceros una ofensa: si me parece mucho es porque perderia yo mas de la mitad si os diese lo que pedís.

—Tened en cuenta que hay mucho escrito.

—Ya he calculado lo que hará despues de impreso, y estoy seguro de no haberme equivocado. Pero sea como quiera—añadió el señor Robles con la misma frialdad y poniendo el manuscrito sobre las rodillas del poeta—como nada hemos de hacer, es inútil hablar sobre este punto. Lo siento por el tiempo que habeis perdido, pues por mi parte, ya os dije que no me convenia comprar ninguna obra, sino vender las que tengo sin poder imprimir.

Cervantes reflexionó algunos momentos, y luego dijo:

—Pero al menos, ofreced lo que podais dar, y si me conviene....

—No, no,—interrumpió el señor Robles:—estamos muy distantes....

—Nada se pierde.

—Tiempo, que es para vos muy precioso segun me habeis dicho, y palabras que pueden enojaros, porque os habeis hecho la ilusion de que ha de produciros cuatrocientos ducados vuestro trabajo.

—No importa, decid.

—Perdonad, señor Miguel, soy enemigo de que nadie crea que estimo en poco sus obras.

—Arreglaros á vuestros intereses no es ofensa.

—No me obligueis....

—Hacedme el favor....

—Pues bien, os diré con franqueza lo que pensé me pediriais y lo que yo os hubiera dado; pero solo por satisfacer vuestra curiosidad y no como ofrecimiento.

—Sea como os plazca.

—No encontrareis quien os dé por vuestro *Don Quijote* mas de cien ducados.

—¡Señor Francisco!—exclamó el poeta con asombro.

—Lo que os dije, tomaríais á mal....

—¡El trabajo de un año! ¡Cien ducados en todo un año!... Mas gana un menestral....

—¿Cuánto pensais que en ese tiempo ganaría yo con vuestra obra?... Dos, tres veces mas, no os lo niego; pero no son las mismas las circunstancias.

—¿Trabajais acaso mas que yo?

—No, amigo mio; pero arriesgo un capital y vos no arriesgais nada. Vuestra ganancia es segura porque poco ó mucho os dan algo por la obra; pero la mia es dudosa; y tras no ser ninguna en muchos casos, puedo perder dinero. Esa es la diferencia.

—¡Qué nada puedo perder! ¿Y mi trabajo que es mi reposo, mi vida?

—Vuestro trabajo.... vuestro trabajo no es mas que algunas horas de ócio que dedicais á escribir.

—¡Oh!—exclamó el poeta indignado.—¿Horas de ócio llamais?....

—Perdonad, señor Miguel; pero yo entiendo que los que habeis recibido del cielo ese don que se llama ingenio, inspiracion, llenais con mucha facilidad el papel: lo he visto hacer sin esfuerzo alguno á vuestro amigo don Lope de Vega, sin equivocarse ni detenerse mas que yo en una suma de cuatro guarismos.

—¿Y eso nada vale?

—Es una mina que encontrais sin tener que buscarla ni hacer otra cosa que sacar de ella conceptos á miles, que es lo mismo que sacar oro acuñado.

—¿Y sabeis cuántos años de estudio hemos tenido que emplear antes, cuántas horas de sueño hemos perdido, cuántos años hemos menguado á nuestra existencia?

—Yo he tenido que estudiar mucho tambien para llegar á entender los negocios, y he pasado en vela muchas noches, y sin embargo no he podido acertar con el medio de especular sin esponerme á perder en un dia todo lo que he ganado con muchos afanes en veinte años.

Cervantes se indignó de tal manera que estuvo á punto de decir al mercader cuanto merecia; pero acordándose de que con todos habia de sucederle lo mismo y que no tenia para el sustento de su familia otra cosa que lo que le diesen por su precioso manuscrito, se doblegó ante la necesidad, y procurando dulcificar su acento cuanto le fue posible, dijo:

—Nos separamos de lo que nos importa, señor Robles.

—Ciertamente.

—Decid lo que os conviene dar por el *Quijote*.

—Nada, porque tengo otros manuscritos que no puedo imprimir; pero por ser cosa vuestra, ya os he dicho que cien ducados.

—Si nada habeis de subir el precio, escusamos continuar —replicó Cervantes resueltamente.

El señor Robles meditó, hizo algunos gestos, miró unos números que habia escritos en un papel, y luego, como decidiéndose á jugar el todo por el todo, dijo:

—Ciento cincuenta ducados os daré, y de ahí no puedo pasar ni un maravedí.

—¿Decididamente?

—Sí.

—Pues que el cielo os guarde—replicó el poeta, tomando el manuscrito y poniéndose de pié.

El señor Robles, que tenia tantos deseos de comprar el *Quijote* como Cervantes de venderlo, y que comprendió que este no lo daria por los ciento cincuenta ducados, dijo entonces:

—Es el primer trato que haceis conmigo, y no quiero que digais que soy tirano. Os daré los doscientos ducados, pero de esta cantidad....

—¿Me dais los trescientos?

—No.

—Hemos concluido.

—Lo siento.

—Que Dios os guarde, señor Robles.

—Volvereis porque nadie os ofrecerá tanto como yo.

—Prefiero que no se imprima—replicó Cervantes sin poder contener su enojo.

—Como lo que se piensa hoy no se piensa mañana, puede suceder que cambieis de opinion, y en tal caso, no dejeis pasar muchos dias por si he empleado en otra cosa el poco dinero que tengo.

Cervantes salió lleno de amargura y ciego de ira, y con paso acelerado recorrió muchas calles sin saber á donde iba.

¡Doscientos ducados por su *Quijote*, por el fruto de toda su esperiencia, de toda su sabiduría, de todo su talento! Bien triste era en verdad semejante resultado, y razon tenia el infeliz para desesperarse. Su obra habia sido apreciada ni

mas ni menos que cualquier otro libro lleno de necedades; la pagaban al peso, á la medida, atendiendo solo á la cantidad de lectura que tenia, pero sin tener en cuenta el mérito, porque este nada importaba al especulador.

Al dia siguiente comenzó Cervantes á ver á otros editores, y solo encontró motivo de mayor desesperacion y amargura. Todos le miraban el vestido y el rostro donde llevaba pintada la necesidad, y el que mas le ofrecia no pasaba de los cien ducados.

—¡Si fuese un libro de caballerías!—le decian algunos.

—Os vendo una cosa mejor—contestaba el infeliz poeta.

—No importa, la gente quiere lo malo, me lo compra y paga bien, y yo no atiendo á mas.

—Traedme poesías satíricas—le decian otros.

—Esto es mas elevado, mas digno....

—Pero divierte menos.

Tres dias anduvo Cervantes con su tesoro debajo del brazo, sufriendo desprecios y humillaciones, y convencido al fin de que nada adelantaria, determinó volver á Francisco Robles y aceptar los doscientos ducados.

Empero su dignidad y su amor propio se resistian á ello, mucho mas cuando pensaba que el especulador podia decirle que ya era tarde.

Sin embargo, no habia otro remedio, crecia la necesidad y era preciso pasar por todo, sufrirlo todo.

En tal apuro, buscó trazas de hacerlo con cuanta dignidad fuese posible, y recurrió al medio de situarse cerca de la casa del señor Robles para hacerse el encontradizo con él sin que pudiese decir que habia ido á buscarlo.

Mas de una hora esperó, pensando en su situacion tristísima, y al fin consiguió su deseo, al salir de su casa el especulador.

—Que Dios os guarde—le dijo el poeta.

—¿Ibais á verme?—preguntó el señor Robles.

—No.... por casualidad.... Vive aquí cerca un amigo mio que ha de darme la contestacion de otro suyo que quiere el *Quijote*, y....

—Francamente—interrumpió el mercader, desplegando una sonrisa maliciosa:—habeis cambiado de parecer en vista de que nadie os paga tan bien como yo, y estais decidido á venderme vuestra obra por los doscientos ducados.

—Os aseguro....

—Si es así, economicemos tiempo y palabras: decid que sí y volved mañana á firmar la escritura y recibir el dinero en oro.

Cervantes se puso encarnado como una amapola: comprendió que su farsa habia sido conocida, y que el sostenerla seria ponerse en ridículo, y sin entrar en mas esplicaciones, y ya volviendo la espalda para alejarse, dijo:

—¿A qué hora?

—Despues de comer.

—Que Dios os guarde.

Y desapareció rápidamente, y mientras sonreia el señor Robles.

CAPITULO XXXVII.

Que trata del éxito que tuvo el Quijote, y el efecto que produjo su publicacion.

El señor Francisco Robles no se descuidó en hacer imprimir el *Quijote*, pues en poco mas de mes y medio salió á la pública luz, siendo recibido con general aplauso en todas las clases de la sociedad, y agotándose en pocos dias la primera edicion.

Escribió Cervantes el *Quijote* con tan raro ingenio y delicado tino que su lectura fué para todos agradable, encontrándola divertida el ignorante, y llena de inimitables bellezas el sábio; de manera que ningun libro alcanzó en tan poco tiempo tanta popularidad ni fué tan celebrado. Empero como todas las glorias llevan tras sí la envidia, la aparicion de la *Historia del ingenioso hidalgo* despertó contra su autor las malas voluntades de muchos que se creyeron ofendidos.

Los autores de libros de caballerias no pudieron sufrir con calma su vergonzosa derrota, ni Lope de Vega y sus admiradores y amigos las alusiones que á este se dirigian, aunque tan hábilmente encubiertas, en el capítulo XLVI cuando habla don Quijote con el canónigo de Toledo, criticando las comedias que se escribian, y unos y otros se quejaron y murmuraron con mas ó menos disimulo.

Cruzáronse sátiras á cientos, escritas con mas ó menos gracia, atacaron los unos, defendieron otros, y divididos en bandos los escritores, pasaron muchos dias sin ocuparse de otra cosa que de aquel acontecimiento.

Esto, en vez de amenguar el crédito de la obra, lo aumentó, haciendo que la buscasen con afan eruditos é ignorantes, de tal modo que hubo necesidad de hacer inmediatamente otras dos ediciones.

Amargaron á Cervantes los tiros de la envidia, pero disimuló.

Sintióse herido Lope de Vega, pero no quiso que se le viese descender al cieno de pasiones mezquinas, y dejó á sus oficiosos amigos el cuidado de defenderle.

Los combatientes de tan singular batalla herian con el rostro encubierto, pues ninguna sátira llevaba el nombre del autor.

Ante semejante espectáculo no podia permanecer impasible el génio travieso y mordaz de Góngora, gozando mas cuanto mayor era el encarnizamiento de la lucha. En algun tiempo nadie pudo saber su opinion con respecto al *Quijote*, pues cuando sobre este punto le preguntaban, respondia con chistes picantes que lo mismo podian aplicarse á las comedias de Lope que á la historia de Cervantes, y burlándose de todos, empleó su travesura en encender mas y mas los ánimos para que no se le acabase la diversion.

Empero un nuevo acontecimiento vino á llamar la atencion pública, apartándola de la literaria contienda.

El dia ocho de abril de aquel año, nació el infante don Felipe, que con el nombre de cuarto reinó despues, y este suceso, con la llegada del embajador almirante de Inglaterra conde Hontinghan, que con acompañamiento de seiscientos ingleses vino á España para que Felipe III ratificase las paces hechas con Jacobo I, fué ocasion de grandes regocijos públicos y particulares que se manifestaron con justas y torneos, corridas de toros y cañas, mascaradas y otros espectáculos, y con saraos lujosísimos en palacio y casas particulares.

La riqueza y suntuosidad de nuesta aristocracia se mostró entonces á su mayor altura, y entre otras cosas notables lo fueron los convites que dieron al embajador el condestable de Castilla y el duque de Lerma, pues segun lo que dicen los escritores de aquella época, en los grandes armarios que ocultaban las paredes de espaciosos salones, no se veía mas que oro, plata, cristal de roca y pedreria, ya en jarrones, fuentes, platos, estátuas y mil caprichosos objetos. Sirviéronse en la mesa del condestable mil doscientos platos de carne y pescado, sin contar los postres, y quedaron otros muchos por servir. En dos fuentes de oro macizo se lavaron el duque y el almirante antes de comer, y cuando acabaron, en otras de cristal de roca guarnecidas de diamantes, perlas y esmeraldas.

Tales maravillas no podian quedar en el olvido, y para perpetuar su memoria, dispuso el duque de Lerma que se escribiese una relacion de todos los sucesos desde el nacimiento del príncipe hasta la conclusion de las fiestas.

Encoméndose á Cervantes este trabajo, el cual terminó en pocos dias, imprimiéndose, aunque sin su nombre. Pagóle el duque generosamente, dándole cien ducados, cuya cantidad alivió mucho la situacion del poeta y le dió ocasion para que siquiera una vez en su vida viese recompensado su trabajo con largueza.

Estos sucesos dieron á Góngora, como todos, motivo para emplear su satírico génio, y apenas se publicó la relacion de

las fiestas, escribió un soneto que, aunque poco ó nada se relaciona con la presente historia, lo copiaremos en gracia de la mucha con que está escrito.

Dice así:

Parió la reina: el luterano vino
Con seiscientos hereges y heregías:
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino:
Bautizamos al niño Dominico
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento.
Quedamos pobres, fué Lutero rico:
Mandáronse escribir estas hazañas
A don Quijote, á Sancho y su jumento.

Este soneto fué el primer rayo de luz que dejó entrever la opinion de Góngora con respecto á Cervantes y al *Quijote*.

Fuese borrando el recuerdo de las fiestas, cada cual volvió á sus ordinarias tareas, y la chismografía literaria ocupó nuevamente el pensamiento de los escritores, siendo la chispa que prendió la hoguera el soneto del autor del culteranismo.

Entre tanto Cervantes trabajaba sin descanso en sus novelas, escribiendo á la sazon *La Gitanilla*.

El producto del *Quijote* y de la relacion de las fiestas, le habia dado algun desahogo, y si no era enteramente feliz, por lo menos tenia algun descanso.

¿Pero era posible que la mala ventura dejase por mucho tiempo de perseguirlo?

Nó: apenas sufrida una desgracia, otra debia sobrevenirle: su vida era una cadena de desdichas, la una traia enlazada otra, y esta mil: por eso él mismo decia que llevaba sobre sus hombros constantemente el peso enorme de una piedra que era

su desventura, sin que nunca hubiese podido librarse de tan enojosa carga.

La crítica y murmuraciones de los envidiosos ignorantes no le habian causado tanto pesar que turbasen su reposo: tenia la conciencia tranquila, nadie podia oscurecer su gloria, y por mas que la sátira hincase sus venenosos dientes, todos reconocian el mérito del popular autor del *Quijote*: estaba pobre como siempre, pero se encontraba á cubierto del hambre siquiera por el tiempo que tardase en concluir sus novelas y tomar el escaso producto de los bienes de Esquivias. Con su gloria y sus sueños de poeta se consideraba, pues, feliz ó poco menos y nada ambicionaba entonces.

Una sola cosa solia turbar de vez en cuando su contento: los amores de su hija con don Gaspar de Ezpeleta, amores que seguian sin dar señales de acabar, pues ya el caballero habia indicado á la jóven su deseo de que les uniese el nudo matrimonial.

No habia podido convencerse todavia Cervantes de que semejante casamiento conviniese á su hija, y veia con dolor que no podria estorbarse sin sacrificar el reposo, la felicidad de la enamorada niña, que estaba completamente dominada por su pasion.

Si era ó no acertada la opinion del poeta, es difícil decirlo: el casamiento de don Gaspar presentaba sus ventajas y sus inconvenientes.

Con desgracia para Magdalena habian empezado los amores, y era posible que con desgracia para Isabel concluyesen.

Del fin que tuvieron vamos á ocuparnos, y para ello, con permiso de nuestros lectores, vamos á pasar á otro capítulo donde presentaremos escenas bastante animadas aunque nada alegres.

CAPITULO XXXVIII.

Música y cuchilladas.

L misterioso galan que seguia diariamente á Isabel y solia cantar á las once de la noche, no habia variado de conducta, y como si los desdenes avivasen la llama de su amor y aumentasen la fuerza de su constancia, no dejó un solo dia de ir á la iglesia tras la jóven, ni de entonar de vez en cuando sus tiernas cantigas.

No pasó desapercibido para don Gaspar este importuno galanteo, pero seguro de la fidelidad de su dama, y creyendo que al fin se cansaría su rival, dejó pasar los dias y las semanas, hasta que despertados sus celos por las venenosas hablillas de la vecindad, decidió poner término á tan enojosa situacion aunque arriesgase la vida en la empresa.

Con tal resolucion, una noche, la del 27 de junio, á cosa de las diez, despues de cenar Ezpeleta con el marqués de Falces, fué á su posada, cambió su vestido por lo que entonces se llamaba hábito de noche, poniéndose una ropilla de raso con trencillas y la cruz de Santiago, jubon tambien de raso con mangas de tafetan y calzones negros de obra, y trocando su ferruelo por la capa de mezcla de uno de sus pajes, y armado de su espada y su broquel, encaminóse á casa de Cervantes.

Estaba esta situada frente al rastro y junto á la calle del Perú, siendo preciso para llegar á ella atravesar un puentecillo de madera que había sobre el rio Esgueva.

La noche estaba serena y pura, despejada, trasparente y cuajado de estrellas el cielo, y el ambiente perfumado con el aroma de las flores.

Reinaba por aquella parte de la poblacion el silencio mas profundo, interrumpido solamente por el murmurio sordo, igual y continuado de la mansa corriente del Esgueva, plateada por los resplandores de la luna.

En medio de la sombra que proyectaban las casas, se vió moverse un bulto, y luego, esparciéndose, alejándose y perdiéndose, resonaron los acordes melodiosos de las vibradoras cuerdas de una guitarra. ¡Qué dulces, qué conmovedores eran aquellos sonidos en la soledad y el silencio de aquella noche apacible! ¡Qué emocion tan grata debia esperimentar el hábil tañedor!

A las armonías del músico instrumento se unió la voz de un hombre, y el céfiro llevó en sus alas invisibles las palabras tiernas, suplicantes y amorosas de una cancion que mas que el ingenio del poeta, el corazon del amante debió haberla dictado: lo que le faltaba de pureza de estilo le sobraba de apasionados conceptos, lo cual la hacía mas interesante, porque mas que á la cabeza hablaba al corazon.

Cuando el cantor acababa su trova y el nombre de Isabel se perdia repetido por lejanos ecos, llegó cerca del puente don

Gaspar, y sintiendo acudir á su cabeza toda su sangre y revolverse su corazon como si el pecho fuese á romper para saltar en mil pedazos hecho, se detuvo, no por miedo, sino porque su mismo rabioso coraje quitó á sus miembros la accion.

Daba de lleno la luna sobre don Gaspar y fácilmente pudo verle desde la sombra el enamorado músico.

Divisar el bulto, apagar el sonido de las cuerdas, convertir la guitarra en broquel y empuñar la tizona, fué obra de un ¡nstante para el trovador.

Nada se oyó entones mas que el murmurio de la corriente y la ronca y agitada respiracion de aquellos dos hombres cuyos ojos brillaron como dos ascuas.

Ezpeleta permaneció inmóvil por algunos instantes, y su rival, con acelerados pasos, se dirigió al puentecillo.

En medio de este se encontraron, detuviéronse, se midieron con la vista, y mientras afirmaban los piés en las tablas, exclamaron á la vez:

—¡Atrás!

Ninguno se movió.

—¡Paso! —volvió á decir el cantor.

—¿Por qué?—replicó don Gaspar.

—Porque me estorbais.

—Vos á mí.

—¿Quién sois?

—¿Y vos?

—¿Qué os importa?

—¿Ocultais vuestro nombre?

—Pero no el pecho.

—Tampoco yo.

—Mas no me decís quien sois.

—Don Gaspar de Ezpeleta.

—¡Vive el cielo!

—¿Qué haceis aquí?

—Ya lo habeis visto.

—¡Por Santiago mi patron!

—¿A qué habeis venido?

—A echaros de aquí.

—Habeis perdido el tiempo.

—Os ireis....

—Antes vos.

—Si el rio lleva mi cadáver.

—No os obstineis....

—Enamorais á doña Isabel....

—La adoro.

—Su corazon es mio....

—Y el mio es de ella.

—¡Oh!—exclamó don Gaspar, dejando ver la afilada y reluciente punta de su acero.

—Soy vuestro rival, pero no os estorbo—dijo el cantor que parecía ser hombre de mucha calma.

—Me dais celos.

—Locos son.

—Olvidad á doña Isabel.

—¡Imposible!

—No volvais aquí....

—Me trae mi pasion contra mi voluntad.

—Pues que decida la espada.

—Mirad lo que haceis

—¿Teneis miedo?

—Nó—replicó friamente el de la guitarra.

—Pues idos ó poneros en guardia.

—Pensad que mi amor no os ofende porque no es correspondido y que no os estorbo que ameis.

—¡En guardia!—exclamó don Gaspar, estendiendo el brazo derecho y dando una patada que hizo temblar el puentecillo.

—Si me matais os pesará porque ningun daño os he hecho: si os mato no será vuestra doña Isabel.

—¡Vive Dios!

—¿Quereis que me vaya? me iré, dejadme pasar

—Retroceded y tomad otro camino.

—Sería mengua.

—Evitadla entonces con vuestro acero.

—Retrocederé—dijo el cantor, siempre con la misma calma.

—Pero no volvais.

—De eso no respondo; ya os he dicho que no me trae la voluntad.

—Entonces....

—Haré cuanto pueda.

—Vuestro nombre y vuestra palabra de no volver,

—No la doy porque no sé si podré cumplirla.

—¡Apuraís mi paciencia!

—Aprended de mí.

—¡Vive el cielo!

—Calmaos, don Gaspar.

—¡En guardia!

—Nó.

—¡Sois un!....

—Cuidado—interrumpió el desconocido;—que una palabra dicha no puede recogerse.

—Pero sí sostenerse.

—Vale mas no pronunciarla.

—¡Sois un cobarde!

—¡Oh!—murmuró el desconocido.

Y estendió tambien el brazo derecho armado de su larga tizona.

—Dios es testigo—añadió—de que me habeis obligado.

—¡Cobarde!—gritó fuera de sí don Gaspar.

—Os probaré que no lo soy.

—¡Menguado, miserable!...

—De mi parte está la justicia y la razon.

—¡Defendeos!

Los aceros se cruzaron y su repetido chis chas se mezcló al murmurio grave de las aguas.

Don Gaspar arremetia furiosa y desconcertadamente, porque la ira habia turbado su razon.

Su adversario no avanzaba ni retrocedia, conservaba toda su calma imperturbable: su destreza para manejar la espada era maravillosa, y la fuerza de su brazo escedia á toda ponderacion. Peleaba como honrado caballero, sin asestar un solo golpe de mala ley, á pesar de que la ceguedad de su adversario le dió ocasion para herir fácilmente.

Ni una palabra pronunciaron, hasta que despues de algunos minutos, dijo el desconocido:

—Esto va á concluir.

—Ya es tiempo—replicó don Gaspar.

—¿Sabeis quién va á mataros?

—Un caballero que tambien puede morir.

—Soy don Juan de Mendoza.

—No os conozco....

—¿Me he portado con hidalguia?

—Sí ¡vive el cielo!—contestó don Gaspar con la nobleza de un caballero español.

—¡Pues que Dios os perdone!

Don Juan asestó una estocada á Ezpeleta.

—¡Oh!—exclamó este á la vez que vaciló un instante.

Pero volviendo á tenerse firme, arremetió con mas furia.

—Estais herido—dijo Mendoza.

—En una pierna, pero aun puedo defenderme y mataros.

—Don Gaspar, basta, puesto que la sangre ha corrido.

—¡No, vive el cielo!

—Don Gaspar....

—¡Cobarde!

—Vos lo quereis.

Pronto, muy pronto debia concluir el combate.

Don Juan, cuya sangria fria le daba una superioridad in-

contestable, y que habia demostrado ser hombre de muy nobles instintos y de estremada prudencia, queriendo aun evitar la muerte de su adversario, volvió á decir:

—Ya sabeis quien soy, don Gaspar: suspendamos el combate: otro dia lo continuaremos, pero así tendreis tiempo de pensar lo que haceis.

—¡Nó, por quien soy! ¡Uno de los dos ha de quedar sin vida!

—Me obligareis á mataros para salvarme.

—Hacedlo si podeis.... ¡Villano, cobarde!

—¡Oh!... Quedará tranquila mi conciencia.... ¡Que Dios os perdone y os dé la gloria eterna.

Siguió el combate....

Empero tenemos que abandonarlos en tal punto.

Pronto sabremos el resultado.

CAPITULO XXXIX.

Donde se dirá cual de los dos combatientes quedó vencido.

ODOS se habian acostado en casa de Cervantes, y este tambien que no habia trabajado aquella noche.

Isabel habia oido la música, pero con indiferencia porque no era su amante el que cantaba; empero cuando llegó hasta ella el ruido de las espadas, lo cual permitió el silencio de la noche, escuchó con gran cuidado, temerosa de que fuera don Gaspar el que habia interrumpido la serenata.

Creció por instantes el sobresalto de la jóven, y no pudiendo contener su natural deseo de averiguar si su amante corria peligro, arrojóse del lecho, salió á la habitacion inmediata, y acercándose á una ventana, escuchó nuevamente y

con mayor afan. Con esto no cesaron sus dudas, pues solo oyó, como antes, el choque de los aceros y el susurro de las aguas.

—¡Dios mio! —murmuró con voz ahogada y mientras se oprimia el pecho.—¿será él?

Y con temblorosa mano abrió luego la ventana y asomó la cabeza.

Su mirada afanosa se dirigió al puentecillo, y á favor de la luna que los iluminaba, vió á los combatientes entre los cuales relumbraban como centellas las espadas que se movian rápidamente.

Se agitaron convulsivamente los miembros de la jóven, palpitó su corazon con descompasada violencia, y por algunos momentos la fué imposible respirar.

Cerca estuvo de perder las fuerzas y caer sin conocimiento, pero la misma duda que tan horriblemente la angustiaba, la sostuvo.

Brillaron como dos luces sus pupilas y se dilataron estremadamente, pero no era posible que reconociera á los que combatian, y ni aun los bultos hubiera distinguido á no estar el cielo tan despejado y resplandeciente la luna.

¿Qué hacer en semejante situacion? ¿Cómo evitar la muerte de uno de aquellos hombres ó tal vez la de ambos? ¿Cómo averiguar si uno de ellos era su amante?

Pensó la jóven despertar á su padre para que fuese á poner término á la sangrienta lucha, pero se detuvo por si le esponia á ser mal recibido y quizás mal tratado por los combatientes que en el ardor de su enojo no respetarian nada.

La infeliz levantó al cielo los espantados ojos como demandando ayuda; pero en aquel momento llegó á sus oidos un ¡ay! breve y lastimero que no le dejó duda de que la muerte habia puesto fin al combate.

Intentó gritar la doncella, pero no pudo.

Oprimióse el palpitante pecho, miró al puentecillo y vió que uno de los combatientes se alejaba con gran priesa, en-

trándose por la calle del Perú, mientras que el otro, que estaba tendido en el puente, se levantó, dirigiéndose hácia la casa de Cervantes.

La misma espantosa duda.

Sin embargo, ninguno habia muerto, y aunque el uno estaba herido, no debia ser de gravedad puesto que podia andar con ligereza.

¿A dónde iba?

Quiso otra vez gritar la jóven, pero tampoco pudo.

El herido llegó á la casa, entró en el portal, y un instante despues se oyó que gritaba diciendo:

—¡Favor, socorro, me muero!

Y sonó un ruido sordo, apagado.

Isabel se apoyó en la ventana y quedó inmóvil.

Su rostro se desfiguró, huyó de sus ojos la luz por algunos instantes, y falta de aliento y de fuerzas, ni acertó á separarse de allí ni pudo siquiera exhalar un gemido.

Habia reconocido la voz de don Gaspar.

Lo que en aquellos momentos sintió la desdichada jóven, es imposible hacerlo comprender.

El herido volvió á pedir socorro con desgarrador acento.

Isabel hizo un esfuerzo, se separó de la ventana y dió un paso con intento de ir á llamar á su padre; empero sus piernas se doblaron y cayó al suelo sin sentido.

Los gritos de don Gaspar despertaron á Cervantes que se arrojó de la cama, y á medio vestir salió precipitadamente á la escalera, encontrando que ya acudian tambien sus vecinos doña Luisa de Montoya, que era viuda del célebre cronista don Esteban de Garibay, y su hijo don Luis.

—¿Qué sucede?—les preguntó Cervantes.

—No sabemos mas—le contestó don Luis—sino que han sonado cuchilladas y luego esos lamentos de muerte.

Y bajaron la escalera seguidos de la viuda que les alumbraba con un belon.

¡Socorredme! —dijo con voz desfallecida.

Al llegar al portal vieron á Ezpeleta tendido en el suelo, y cerca de él la espada y el broquel que se le habian escapado de las manos.

—Socorredme—dijo con voz desfallecida el herido.

Oyóse un grito de horror y todos acudieron á prestar ayuda al moribundo.

Ya habian salido de sus aposentos algunos vecinos mas, y la noticia de que habian matado á Ezpeleta cundió con rapidez.

Hiciéronse señas maliciosas los que habian oido la música, y alguna vieja volvió á encerrarse en su aposento mientras decia á su vecina:

—¿Habeis visto?... es el santiaguista.

—¡Ya, ya!...

—Qué lo resucite su dama que ha sido la causa de su muerte.

—¿Quién habia de decirlo?—replicaba otra, cruzando las manos y haciendo mil gestos.

—¿Pues no habeis oido la serenata?

—He oido muchas.

—¡Miren, la gatita muerta, que parece que en su vida á roto un plato!

—Del agua mansa nos libre Dios.

—Pues ya me tenía yo tragado que habia de suceder esta desgracia.

—Se empeñarían los dos en entrar á la vez....

—¿En entrar decís?—replicó una viejezuela, abriendo los ojos como asustada.

—¿Ahora os desayunais?—le contestó otra que tenia cara de lechuza y por el vestido parecia ser beata.

—¡Pero señora Isabel!...

—Ni mas ni menos que lo que ois, solamente que como soy enemiga de que se quite á nadie el pellejo, no he querido decir esta boca es mia y he dejado pasar carros y carretas.

—Entre buena gente estamos.

—¿Pues y las visitas del señor de Cigales y de ese Simon Mendez á quien me he visto precisada á reprender por su descaro?

—Pero eso por sabido se callaba.

—Os digo, señora Gerónima, que tendremos que mudar de aposento.

—Yo habia visto entrar al santiaguista en el cuarto de la señora Juana, pero no sabia que de noche viniese á ver al señor Miguel.

—Pues bien, el uno y la otra, y la señora María Ramirez....

—Sí, sí, ya entiendo.... don Diego de Miranda....

—¡Jesus, María y José!

—¿Y qué me direis de la señora Maria de Argomedo, y la Gaytan, y la Luisita y la Catalina?...

—Que siempre están enseñando los dientes.

—Y se les bailan los ojos.

—Mientras haya duques de Pastrana....

—Y el señor conde sea liberal....

—¡Cuando os digo que ha entrado la peste en esta casa!

—No pagaré mucho alquiler al señor Juan de Navas.

—Mas vale no hablar, porque....

—Si la justicia nos pregunta....

—Tendremos que decir la verdad como buenas cristianas.

—¡Cómo está el mundo!

Mientras así murmuraban algunas vecinas, subieron á don Gaspar al aposento de la viuda de Garibay, poniéndolo sobre unos colchones que echaron al suelo en la sala.

Don Luis, como mas jóven y por consiguiente mas ligero, salió para llamar á un cirujano que restañase la sangre al herido y avisar á la justicia.

—Confesion.... el santo óleo—dijo don Gaspar que iba debilitándose por momentos.

—¿Cómo os han herido?—le preguntó Cervantes.

—En duelo que yo provoqué.... mi adversario era un ca-

ballero y se ha portado como tal.... ¡oh! me muero.... un confesor....

—Lo tendreis.... ¿pero quién es?...

—No lo conozco.... no me pregunteis, señor Cervantes.... y volveos á vuestro aposento.... tranquilizad á vuestra familia—repuso don Gaspar con una intencion que no pasó desapercibida para el poeta.

Este se acordó entonces de su hija, y dijo:

—Es verdad.... habrán oido las voces y desearán saber lo que sucede.... volveré.

Y salió apresuradamente.

Cuando entró en su aposento encontró levantada á su familia.

—Pronto, Miguel—le dijo su esposa.

—¿Qué sucede?

—Isabel....

—¡Oh!—exclamó el poeta, corriendo al dormitorio de su hija.

Esta acababa de recobrar el conocimiento, y al ver á su padre se incorporó en el lecho y abrió los brazos mientras exclamaba con acento del mas profundo dolor:

—¡Padre mio!

—¡Hija mia!—murmuró Cervantes, abrazando á la desdichada niña—¡pobre hija mia!...

—¿Qué le ha sucedido?... ¡ah!... decid....

—Sosiégate....

—Por Dios, padre mio, esplicaos.... ya sé que está herido....

—Sí.

—Pero....

—No sabemos aun....

—Quiero verlo.... ¡oh!.... quiero verlo....

—¡Inocente!... ¿sabes lo que pides?

—Tened lastima de mí....

—Llora, hija mia, llora y ruega á Dios que fortalezca tu

espíritu.... empiezas á sufrir como tu padre.... esta es una prueba....

—No tengo fuerzas para resistirla—dijo Isabel, dejándose caer nuevamente en el lecho.—No tengo fuerzas.... si muere....

—Respetarás la voluntad de Dios y te consolarán mis cariños.

Entre tanto, la pobre Magdalena, olvidada de todos, lloraba y rezaba hincada de rodillas ante una imágen de la Virgen. ¿Quién la consolaría, quien cuando nadie comprendia sus lágrimas ni conocia sus dolores?

—Decidle—repuso Isabel, dirigiéndose á su padre—que á ningun hombre entregaré mi corazon, y que si el dolor no me mata me encerraré en una celda.

Algunos momentos despues fueron á llamar á Cervantes, diciéndole que habia llegado el cirujano y que esperaban tambien al alcalde.

La desgracia que acababa de suceder era el principio de otras muchas para el infeliz poeta á quien era imposible que dejase por mucho tiempo tranquilo la fatalidad.

CAPITULO XL.

Lo que sucedió á consecuencia de la muerte de don Gaspar.

El cirujano reconoció las heridas de don Gaspar, que eran dos, una leve en una pierna y otra en el vientre, y declaró que esta última era de muerte, ordenando que se administrasen los sacramentos al paciente, lo cual se hizo sin pérdida de momento.

Llegó á poco el alcalde de casa y corte, don Cristóbal de Villaroel, con un escribano y alguaciles, y acudió tambien el marqués de Falces á quien habian dado aviso del suceso.

Dióse principio á las diligencias judiciales, tomando declaracion al herido, el cual, apagado su celoso rencor, y pensando que habia obligado á su rival á batirse y que este se habia portado con toda la lealtad y nobleza de un caballero, creyó

un deber de conciencia decir la verdad, pero callando el nombre de Mendoza y el motivo de la disputa, para no comprometerlo, ni tampoco la reputacion de Isabel.

Tan prudente y generosa determinacion debia evitar á Cervantes sérios disgustos, ó mejor dicho, parte de los que le esperaban.

Así pues, en la declaracion, que hemos creido oportuno copiar literalmente, dijo don Gaspar:

«Que la noche del dia 27 de junio viniendo de casa del marqués de Falces (donde acostumbraba á entrar, con el cual comia y cenaba por ser su amigo) con su espada y broquel, y la capa de su criado; y llegando un poco mas abajo de donde se hace el pilon, oyó una música, la cual se paró á escuchar, é pasada, queriéndose ir la calle adelante, vió un hombre de mediana estatura, con un ferruelo negro largo, que le dijo se fuese de allí; y este confesante le dijo que tarde se iria de allí, y que sobre esto se habian trabado, y este confesante, visto que todavia porfiaba de echarle de allí, habia echado mano de la espada que tenia, é á un broquel que llevaba, y que ambos á dos se habian acuchillado; y que él se habia metido tanto con él, que el dicho hombre le habia herido de las heridas que tenia, y que ambos á dos habian reñido bien, é que no vió qué armas trujese el dicho hombre mas de una espada, y que cuando reñian, habia caido en el suelo, y se habia levantado, y entonces le habia herido, é que no sabe mas de que luego se fué huyendo la calle arriba hácia la puerta del campo, y que la dicha persona que riñó con él se acuchilló como hombre honrado, y que él fué el que primero metió mano á la espada contra él.»

Con esta declaracion, que como hemos dicho es copia de la que consta en la causa original, cumplió Ezpeleta como hombre prudente y enemigo de todo rencor, y correspondió á la noble conducta de su rival.

Inmediatamente mandó el alcalde á los alguaciles que re-

conociesen los vestidos de don Gaspar, y segun se dice en la misma causa, «en las faldriqueras de los calzones hallaron setenta y dos reales en dinero: dos sortijas pequeñas de oro, la una con diamantes pequeños, que es una avemaría, que se parte en tres partes; é la otra de esmeraldas: un rosario de ébano: un bolsillo de reliquias: otro bolsillo en que habia yesca, pedernal y eslabon: tres llaves pequeñas.»

Tocó á Cervantes ser depositario de los vestidos, y dió fé de la entrega el escribano de la causa, Fernando de Velasco.

No queremos cansar al lector poniendo aquí la copia de todas las declaraciones; pero lo haremos de algunas, ya como objeto de curiosidad, ya para que se conozca la intriga con que se intentó empañar la reputacion del infeliz poeta ó como pruebas para desvanecer los cargos que le han hecho sus ruines y envidiosos enemigos.

La declaracion de Miguel de Cervantes dice así:

«En la ciudad de Valladolid en 27 del mes de junio de 1605 para averiguacion de lo susodicho, se recibió juramento en forma de derecho de Miguel de Cervantes, de mas de cincuenta años que vive en las casas nuevas de junto á el Rastro, preguntado dijo: que este testigo conoce de vista á un caballero del hábito de Santiago, que dice se llama don Gaspar, el cual nombre le ha oido nombrar esta noche, y estando este testigo acostado en la cama esta noche á hora de las once pomas ó menos, oyó ruido é grandes voces en la calle que le llamaba don Luis de Garibay, y este testigo se levantó, y el dicho don Luis de Garibay dijo á este testigo que le ayudase á subir un hombre, el cual este testigo vió, y era el que tiene declarado, el cual venia con una herida, y luego un barbero desde á poco entró, y le curaron de una herida que tenia encima de la ingle, y le preguntaron dijese quien le habia herido, al cual no quiso responder ninguna cosa: y esto es verdad para el juramento fecho y lo firmó.—Miguel de Cervantes.»

Siguió el juez tomando declaraciones, no solamente á los

que habitaban la casa, sino á los criados de don Gaspar, y no pudiendo sácar de ellas nada que le diese luz sobre el motivo del suceso ni el homicida, fijó su atencion en el paraje donde habia tenido lugar la riña, y dió oidos á cuantos chismes de vecindad corrian de boca en boca.

Asegurábase por algunas vecinas habladoras y mal intencionadas, enemigas de Isabel solo porque esta era bonita y galanteada, que ciertas vecinas en cuya casa entraba y salia don Gaspar y visitaba la hija de Cervantes, admitian á todas horas visitas de caballeros, no sin nota de la vecindad, pues no tenian renta ni entretenimiento alguno, ó pension, y que tambien en el aposento del poeta solian entrar un portugués llamado Simon Mendez y don Hernando de Toledo, señor de Cigales, y algun otro cuyo nombre ignoraban.

Una de las que declararon en apoyo de estas calumnias, fué la vieja beata á quien hemos visto murmurar en el capítulo anterior, la señora Isabel de Ayala.

No necesitó mas el alcalde para proceder con arbitraria dureza, mandando constituir en prision, además de otras personas, á Cervantes, á su hija, á su hermana Andrea y á la hija de esta, Constanza de Ovando, que desde el año anterior vivia tambien bajo el amparo de su tio; es decir, á toda la familia escepto doña Catalina y Magdalena, á quien sin duda escudó su vestido de beata.

El dia 29 á las seis de la mañana espiró don Gaspar en los brazos de Cervantes y pronunciando el nombre de Isabel.

Esta habia necesitado todas las fuerzas de su fé y resignacion cristiana y la que le dieron las palabras consoladoras de su padre para no sucumbir á impulsos de su dolor. La desdichada habia visto desvanecerse en un momento todas sus risueñas ilusiones de amor, del primer amor de niña que tan hondas raices echa en el corazon, y trocarse en negro y espantable caos el horizonte de su vida, sonrosado por la aurora de su esperanza.

Todo habia concluido para ella desde que murió su amante: nada le quedaba en el mundo mas que recuerdos de dolor; de su boca no debian salir ya mas que suspiros tristes y ayes lastimeros, ni otra cosa que lágrimas de sus ojos para que marchitasen las rosas y azucenas de sus megillas.

La desdichada jóven habia, pues, insistido en encerrarse en un convento, y fué en vano que su padre quisiese hacerle variar de propósito.

Eran las diez de la mañana, y la dolorida niña, pálida y con el rostro desfigurado, decia á su padre:

—Nó, padre mio, no intenteis privarme del único consuelo que me resta. El dolor y el llanto quieren la soledad, así como la alegria y las sonrisas el bullicio del mundo. Además, la murmuracion ha puesto en duda mi honra, y aunque mi conciencia está tranquila, no me siento con valor para resistir las miradas de mis acusadores.

—Bien, hija mia—le costestó el poeta—se cumplirá tu deseo cuando yo esté convencido de la firmeza de tu resolucion.

—¿Dudais de ella?

—Si dentro de seis mes, tiempo bastante para que se calme este primer arrebato de tu dolor, persistes en ser monja, lo serás; pero entre tanto es preciso que te muestres serena y aun alegre para que nadie sospeche lo que sufres, porque una lágrima, una sola lágrima sería para el mundo una prueba de la liviandad de que te acusa la envidia ruin y cobarde de tus enemigos.

—¡Oh!....

—Deposita en mi pecho tu llanto, sufre en silencio, pero sé para el mundo la niña feliz y alegre que siempre has sido.

—Eso es horrible.

—Aprende de mí, muéstrate digna del nombre que llevas.

Aprende de Magdalena, debió haber dicho Cervantes; aprende de esa otra niña, que ha sabido ahogar su amor, desgarrándose el alma, que es mas desgraciada que tú y que no ha

dejado adivinar sus sufrimientos, privándose así hasta de los consuelos de su madre que la cree dichosa.

Iba á proseguir el poeta cuando le anunciaron la llegada del alcalde y algunos alguaciles.

Quiso retirarse Isabel, pero no pudo porque la habitacion no tenia mas que una puerta y en ella se presentó el alcalde en aquel momento.

El poeta miró á su hija, haciéndole seña de que se mostrase tranquila y animosa, y esta enjugó rápida y disimuladamente el llanto.

—¿A qué debo esta honra?—preguntó Cervantes al juez.

—A mi deseo—contestó este—de esclarecer la justicia.

—Retírate, Isabel....

—Nó—replicó el alcalde:—á vuestra hija, lo mismo que á vos, toca lo que voy á notificaros con el mayor disgusto.

Palideció el poeta, y la jóven tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer tranquila aparentemente. Ambos habian adivinado que les amenazaba alguna desgracia.

—Os escucho—dijo Cervantes mientras examinaba el rostro del juez.

—¿Teneis—repuso este—en vuestra compañia una hermana con su hija?

—Sí, señor; mi hermana Andrea y mi sobrina Constanza de Ovando.

—Pues bien, ambas y vosotros dos, no llevareis á mal seguirme.

—¿Adónde?—preguntó el poeta, cuyas megillas se cubrieron de un vivo carmin.

—A la cárcel de Córte.

Isabel dejó escapar un grito agudo, y con los ojos desencajados y las facciones horriblemente contraidas, se abrazó fuertemente á su padre como para que la defendiese.

Cervantes sintió afluir á su rostro toda su sangre, su frente se contrajo, y clavando en el juez una de aquellas terribles

miradas que no pudieron nunca resistir sus crueles amos de Argel ni sus enemigos en los combates, exclamó con acento de ira reconcentrada y mientras estrechaba contra su pecho á la jóven:

—¡Presa mi hija!... ¡Oh!... ¡Mi hija, mi hija entre criminales!... ¡Imposible!... ¡Matadme y os la llevareis!

Y sus pupilas relumbraron como dos centellas, y rechinaron sus dientes y apretó los puños con fuerza convulsiva.

—Calmaos—dijo el alcalde con alguna turbacion.—Sé que sois un hidalgo bien nacido y que las prendas que os adornan os hacen merecedor de algunas consideraciones: por eso he venido en persona en vez de mandar solos á los alguaciles.

—Gracias, don Cristóbal, gracias—replicó el poeta con amarga ironia:—no olvidaré esa distincion.... ¡Ah!.... Pero mi hija no puede ir presa....

—Señor Cervantes....

—En cuanto á mí, os seguiré, que no habrá en la cárcel de Córte calabozos mas oscuros que los que en Argel habité cinco años por servir á mi patria y á mi rey, ni será mas larga mi prision que la que en Argamasilla sufrí por ser honrado. Ya sé lo que son encierros, carceleros y jueces, atropellos y arbitrariedades, y como de los calabozos salí mas honrado que entré, no me importa verme en ellos, que por dicha tengo la injusticia de los hombres, sabiendo que ha de venir la justicia de Dios. Llevadme pues, dispuesto me teneis, pero dejad á mi hija.

—Señor Miguel—dijo el alcalde cŏn tono cortés aunque severo—vuestra resistencia no puede dar otro resultado que agravar vuestra situacion, y debeis comprenderlo así porque teneis un entendimiento claro. Comprended que me poneis en un compromiso porque no puedo dejar de obedecer á la ley haciéndome obedecer, y vos que como soldado habeis sabido cumplir con vuestros deberes....

—¿Pero de qué se acusa á mi hija?—replicó el poeta que empezó á calmarse al oir la palabra deber.

—No ignorareis que me está prohibido decirlo hasta tomar en forma la primera declaracion.

—Es verdad, pero....

—¿Quereis evitarme compromisos y evitaros sérios disgustos?

—Don Cristóbal....

—Seguidme.

—¡Oh!....

—Como hombre estoy convencido de vuestra inocencia; pero como juez tengo que obrar segun lo que resulte del proceso. Os acusa la murmuracion, y es menester desvanecer las dudas con pruebas.

—Vamos, hija mia—dijo Cervantes con tono de resignacion.

—¡Nó, nó!—exclamó horrorizada la infeliz niña—¡Entre criminales!.... ¡Nó, nó, antes morir!

—¿Vales acaso mas que tu padre?—replicó el poeta.

—¡Oh!—murmuró la jóven con acento ahogado y vertiendo lágrimas—¡Perdonad, padre mio!... vamos.

Y haciendo un esfuerzo sobrenatural, se desprendió de los brazos del poeta, secó el llanto y añadió:

—Os espero.

—¡Eres mi hija!—exclamó Cervantes con ternura y orgullo.

Sintióse el alcalde tan conmovido que en algunos instantes no acertó á pronunciar una sílaba.

—Estamos á vuestras órdenes—repuso el poeta—voy á llamar á mi hermana y á mi sobrina.

—Señor Cervantes—dijo don Cristóbal—os espero en la carcel á donde estoy seguro que ireis sin que os lleven.

—Os juro....

—Basta—interrumpió el alcalde:—no necesito vuestra palabra.

—Haceis justicia á mi conciencia y á mi noble proceder, y será eterno mi agradecimiento....

—Que Dios os guarde—dijo don Cristóbal.

Y salió sin escuchar mas porque no se sentia con valor para sostener su severidad por mucho tiempo.

—¡Padre mio!—exclamó Isabel, arrojándose en los brazos del poeta.

—¡Hija mia!... heredastes con mi corazon mi mala ventura.

Algunos momentos despues estaban todos los rostros bañados en llanto, escepto el de Cervantes, que como siempre, sobreponiéndose á su dolor, dirigió á su familia consoladoras palabras, infundiendo el valor que tanto necesitaba para sí.

—¿Qué diremos de la despedida de aquellos seres que tanto se amaban y eran tan sensibles y virtuosos? Fué una escena verdaderamente desgarradora, y difícilmente hubiera podido encontrarse un corazon bastante duro para presenciarla sin sentirse atormentado.

Cervantes, su hija, Andrea y Constanza salieron, y la anciana doña Leonor, la siempre inesperta doña Catalina y la infeliz Magdalena quedaron transidas de dolor, mortalmente angustiadas.

Así se vió tratado el autor del *Quijote*, el hombre cuya honradez estaba probada con cuarenta años de sacrificios, el soldado y escritor á quien la patria era deudora de sangre por ella vertida y de una gloria imperecedera con que hoy se envanece.

Imposible es comprender cuanto debió sufrir el desdichado, al ver á su hija tan inocente y pura, encerrada en un inmundo calabozo como el último criminal, tratada ni mas ni menos que una mujerzuela.

La pluma se resiste á escribir semejantes miserias, y no acertamos á comprender cómo pudiera existir un hombre, que como Cervantes, no sucumbiese bajo el peso de tan horribles desgracias, de tales amarguras.

No sabemos qué admirar mas en el *príncipe de los ingenios españoles*, si su corazon ó su cabeza.

CAPITULO XLI.

Resultado de la causa.

ESPUES de la prision volvió el alcalde á casa del poeta para tomar declaracion á la criada de este.

Ya hemos dicho que como prueba para desvanecer las acusaciones á que dieron lugar las hablillas de los vecinos, copiarémos íntegras algunas de las declaraciones que constan en la causa.

Acusábase á Cervantes de una industria vergonzosa y sin nombre en el lenguaje de la decencia, ejercida con la ayuda de su hija y de algunas vecinas mas, solteras ó viudas, jóvenes y bonitas, y aunque el buen sentido ha rechazado tan indigna sospecha y no merece ser refutada con seriedad, creemos oportuno hacer algunas observaciones por si aun quedase alguna duda á la sutileza de escudriñadores suspicaces.

La criada pues, que era de edad de diez y ocho años y natural de Bárcena en el valle de Toranzo, dijo en su declaracion que:

«Está en servicio de Miguel de Cervantes desde el dia de pascua del Espíritu Santo, y en la dicha casa están el dicho Miguel de Cervantes é su mujer, é una beata que se llama doña Magdalena, é doña Isabel, que es hija del dicho Miguel de Cervantes é doña Constanza, que es sobrina. Preguntada declare que personas ó caballeros entran en casa de dicho Miguel de Cervantes, así de dia como de noche, dijo: que despues que está con el dicho Miguel de Cervantes esta testigo, no ha visto entrar en la dicha casa ninguna persona de dia ni de noche, ni ha tenido cuenta con ello; porque solamente trata de servir á sus amos en lo que le han mandado, é no ha tenido cuenta con mas. Preguntada: si ha ido en compañía de las dichas sus amas cuando van á misa ó á otras partes, y en el camino se han hallado con algunas personas, dijo: que nunca ha ido con sus amas á misa, ni á otra ninguna parte, é que cuando salen fuera, van unas veces todas juntas, y otras de dos en dos, ó tres, é nunca la han llevado, porque ella se queda en la casa guardándola, porque no tienen otra moza mas que esta testigo. Y esta es la verdad por el juramento que fecho tiene.»

Al dia siguiente se tomó confesion en la cárcel á las presas que estaban en habitaciones separadas, sin duda para que no se pusiesen de acuerdo, principiando por doña Constanza de Ovando, la cual fué preguntada de esta manera:

«¿Simon Mendez, portugués, á quien visita en el cuarto de esta confesante, y si es ordinario de visita de dia y de noche en el dicho cuarto y casa? Dijo: que el dicho Simon Mendez alguna vez á ido ha visitar á Miguel de Cervantes, su tio, por tratar de sus negocios. Preguntada: si en el cuarto de esta confesante entra á visitar don Hernando de Toledo, señor de Cigales de noche y de dia, por cuyo respeto es la dicha visita?

Dijo: que de un año que há que está esta confesante en esta córte, una noche fué allí el dicho don Hernando de Toledo á ver á su tio por asuntos que tenía con él desde la ciudad de Sevilla y en esta ciudad.»

Tocó luego á doña Andrea, á quien despues de exigirle el juramento de costumbre, preguntó el juez:

«Las noches ó dias antes de la dicha pendencia qué personas son las que entran de visita en el aposento de esta confesante? Dijo: que algunas personas entran á visitar al dicho su hermano Miguel de Cervantes, por ser hombre que escribe y tiene negocios, é que por su buena habilidad tiene amigos. Preguntada si en el cuarto de esta confesante es contínuo de visita ordinaria Simon Mendez, portugués, por trato que tiene con doña Isabel de Saavedra su sobrina? Dijo: que Simon Mendez, de quien se le pregunta, algunas veces ha visitado á Miguel de Cervantes, su hermano, sobre ciertas fianzas que le ha pedido que vaya á hacer al reino de Toledo para las rentas que ha tomado, é que por otro título ninguno no ha entrado.»

Terminada esta confesion, entraron el alcalde y el escribano en la prision de Isabel.

En el rostro pálido de la jóven se veian todas las señales de un penoso insomnio, y era tal la escitacion de sus nervios, que se estremeció convulsivamente al sentir el ruido que hizo al abrirse la puerta.

Como avergonzada, se tiñeron por un instante sus megillas de púrpura al ver al juez y al escribano.

—Nada temais—le dijo con dulzura don Cristóbal—venimos á haceros algunas preguntas sencillas, pero indispensables para que salgais de aquí.

—¡Oh!—murmuró la jóven, cuyos miembros temblaban como si sintiese el frio de una calentura.

—Tranquilizaos....

—¿Y mi padre?—preguntó la infeliz sin atreverse aun á mirar al alcalde.

—Bueno.... pronto lo vereis.

—¿Por qué me han separado de él?

—Ha sido preciso mientras se os tomaba la primera declaracion; pero dentro de algunos instantes lo tendreis á vuestro lado.

—Tengo miedo.... ¡Ah!

—¡Pobre niña!—dijo para si el juez, mirando con ternura y compasion á Isabel.

—Ya está la cabeza, señor alcalde—dijo el escribano que habia aprovechado aquellos momentos para estampar en el papel la fecha y fórmula del juramento.

—Haced la señal de la cruz—repuso don Cristóbal dirigiéndose á Isabel.

Esta obedeció.

El alcalde preguntó con acento grave:

—¿Jurais por Dios y esta cruz decir verdad en cuanto fuereis preguntada?

—Lo juro—contestó la jóven con voz temblorosa.

Luego le preguntó el juez su nombre, patria y edad, y si tenia noticia de la muerte de Ezpeleta, contestado lo cual con turbado acento, se escribió la declaracion siguiente:

«¿Antes de la noche que hiriesen al dicho don Gaspar ú otros dias, qué visitas han entrado en su casa? Dijo: que no sabe que en casa de esta confesante haya entrado persona alguna en visita particular, é que don Hernando de Toledo particularmente ha visitado dos veces solas al dicho su padre Miguel de Cervantes por amistad que tiene desde Sevilla con él. Preguntada: si esta confesante conoce á Simon Mendez, portugués, y de qué le conoce, dijo: que le conoce, porque es amigo del dicho su padre, é porque iba á tratar y comunicar sus negocios con él.»

Solo estas esplicaciones pudo Isabel dar, las mismas que habian dado su tia, su prima y la criada, y aunque fuera de la declaracion le hizo el alcalde algunas preguntas mas con hábil

y estudiada indiferencia, la virtud y la inocencia triunfaron de la astucia.

Otras muchas declaraciones tomó el juez; pero ni éstas ni las escrupulosas indagaciones que se hicieron, dieron otro resultado que el de probar mas y mas que las acusaciones hechas á aquella honrada familia no eran sino chismes de vecinas ociosas y entremetidas, y que entonces, como ahora, eran la plaga mas temible de la sociedad.

Tal ha sido el fundamento de las sospechas de los que han querido suponer que Cervantes se ocupaba en proteger el escandaloso y criminal comercio de unas cuantas mujeres estraviadas, entre las cuales estaba su hija que apenas habia salido de la niñez.

Una sola razon basta para destruir tan absurda suposicion: Cervantes trabajaba noche y dia, porque *consta* que era agente de negocios y que al mismo tiempo escribia sus novelas de manera que no le quedaria libre el tiempo preciso para comer y dormir: tambien *consta* que vivia con mucha pobreza, y se sabe que su familia trabajaba para ayudarle, en cuanto puede ayudar el escaso producto del trabajo de las mujeres: ahora bien, si á pesar de la nobleza de su carácter y de su probada honradez se hubiera decidido nuestro poeta á sostenerse con el fruto de una industria repugnante, ¿no se le hubiera visto vivir mas holgadamente y trabajar menos? ¿Qué necesidad tenia entonces de haber sido agente de negocios y escritor, ocupando en ambas cosas la mayor parte del dia? ¿Y por qué su hija habia de pasar muchas horas cosiendo para ganar algunos maravedises, si con mas facilidad y descanso le producia dinero en abundancia el tráfico de su honra?

Esto es incomprensible si se dan por buenas las acusaciones hechas á Cervantes: y que este trabajaba mucho y era muy pobre, no lo han puesto en duda, antes ni ahora, ni sus mayores enemigos.

Otra cosa debe tenerse en cuenta; Cervantes mantuvo es-

trechas relaciones de amistad con los mas celebrados poetas de su tiempo, entre ellos Lope de Vega, Góngora y especialmente los dos hermanos Argensola, y alternaba con ellos en todas partes sin que se desdeñase ninguno de llamarle su amigo, lo cual no hubiera sucedido así estando dedicado á la vergonzosa industria que algunos le suponen, pues le hubiesen vuelto la espalda.

De sus mismas desgracias, es decir, de que no se le protegiese cuando se reconocia por todos su talento, quieren sus enemigos deducir que era hombre de mala conducta, y por esto despreciado. Pero entonces ¿qué diremos de Góngora que tantos y tan amargos desengaños sufrió y que no pudo conseguir que se le atendiese en nada hasta el principio de su vejez y despues de haberse hecho eclesiástico? ¿Qué diremos del pobre Camoens cuyas desgracias no son comparables á las de ningun hombre? ¿Qué del mismo Lope de Vega á quien hemos visto quejarse de ingratitudes de príncipes, y sabemos que eran sus quejas fundadas? ¿Qué diremos, en fin, de los que en nuestros dias viven en la miseria y milagrosamente no se han muerto de hambre á pesar de que honran nuestra patria y le preparan una gloria que dentro de dos siglos ó antes nos envidiarán las demás naciones como ahora envidian la de Cervantes, Herrera, Lope, Calderon, Solís y otros muchos? ¿Qué diremos de estos, á quienes conocemos y de cuyas virtudes no podemos dudar? ¿En qué consiste que no medran?

Que nos contesten los calumniadores de Cervantes: por nuestra parte creemos que el problema puede resolverse fácilmente, aunque nos guardaremos de hacerlo.

Entonces, como ahora, medraba quien era favorecido de la fortuna mas que del mérito, y por eso el grave historiador Mariana, que solia decir con la mayor libertad y frescura verdades de á folio, escribió lo siguiente:

«En castilla no se cultivaba el estudio de las primeras letras que por no ser premiadas ni honradas se miraban envile-

cidas miserablemente: solo se apreciaban las artes con que se ganaba dinero, ó las de *pane lucrando.*»

Hemos preferido al testo latino de este párrafo la traduccion hecha por Pellicer, y lo consignamos así porque no queremos nada que no sea nuestro.

Tambien por aquel tiempo decia Cristóbal de Mesa:

«Muchos de gran talento y gran ingenio
Miro que están en la miseria suma,
Ayudados de Febo y de Cilenio:
Y que por los estudios y la pluma
Ni una pension les dan, ni una prevenda,
Y otros medran creciendo como espuma.»

Y ¿cuántos no se han quejado de lo mismo? Petronio dice: *Nescio quo modo paupertas soror est bonæ mentis.* «La pobreza es hermana del buen entendimiento.» Y Cervantes, en el capítulo XXII de la primera parte de *don Quijote*, pone en boca de Ginés de Pasamonte estas palabras: *siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.*

Ya ven pues nuestros lectores, que ha sido cosa de todos los tiempos el verse pobres, despreciados y perseguidos por la mala ventura los hombres de mérito. Lucano fué sentenciado á muerte por *haber cometido* el crímen de tener mas talento que el que tenia poder para quitarle la vida: es verdad que en atencion á lo mucho que valia se le concedió la gracia de elegir el género de muerte, y prefirió el de una sangría suelta dentro de un baño, y espiró recitando los trozos mas bellos de su *Farsalia.* ¡A los hombres de talento se les han guardado siempre muchas consideraciones!

Quizás vamos demasiado lejos en nuestras consideraciones, y nos apartamos de nuestro asunto mas de lo que nos es permitido; pero nos enmendaremos, y tomando nuevamente el hilo de la presente historia, diremos:

Que por mas que preguntaron y sonsacaron el alcalde Villaroel y el escribano Velasco á las vecinas, no pudieron obte-

ner una prueba ni un indicio claro de la mala conducta de Cervantes y su hija; en vista de lo cual se determinó poner en libertad á los presos bajo fianza.

La noticia del encarcelamiento del poeta habia cundido con rapidez, como que era hombre muy conocido, y aunque siempre lo hemos visto demandando una proteccion que jamás podia conseguir, no faltaba quien, haciéndole justicia, lo tuviese en el concepto que merecia.

Cinco dias llevaba de encierro Cervantes, y el sesto, á eso de las diez de la mañana, si son exactos nuestros apuntes, llamó á la puerta de la casa del alcalde Villaroel un caballero vestido ricamente y seguido de dos lacayos. Salió una criada, preguntó, y el caballero, con esa agradable entonacion de las personas de clase distinguida que reunen á la educacion la bondad y el talento, dijo:

—¿Puede verse al señor Villaroel?

La sirviente, que no estaba acostumbrada á ver allí personages como aquel aparentaba serlo, no se atrevió á decir que no á pesar de que esta era la órden que tenia porque su amo despachaba en aquel instante con el escribano Velasco, y contestó algo turbada:

—No sabré decir á vuestra señoría.... porque.... está con mi señor un escribano....

—Preguntádselo de parte del conde de Lemos—volvió á decir el caballero.

—¡El señor conde.... de Lemos!—murmuró la criada, abriendo los ojos y la boca con sorpresa.

Y desapareció precipitadamente.

Muy pocos momentos despues se sintieron pasos, y luego, el mismo alcalde salió.

—¡Señor conde!—exclamó admirado de tan inesperada visita.—¡Esta honra!...

—Bien la mereceis—replicó el conde;—pero sentiré haber llegado en hora inoportuna....

—Entrad, señor, entrad como debísteis haber hecho sin avisarme....

—Os robaré pocos momentos.

—Nada tengo que hacer mas que recibir las órdenes de vuestra Excelencia—dijo el alcalde, haciendo cortesía tras cortesía, y mas sorprendido cada vez de que fuese á visitarlo nada menos que el mismo don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, que era entonces uno de los magnates de mas importancia y que gozaba de mas favor en la córte, y quizás el que honró mas en aquellos tiempos la grandeza española.

Entraron en un salon, sentáronse, y don Cristóbal preguntó:

—¿Me será permitido saber á qué debo esta honra?

—He tenido el gusto de veros—contestó el conde,—para que me espliqueis, si no os está vedado, lo que hay de cierto en la prision de ese desafortunado poeta que se llama Miguel de Cervantes.

—Difícilmente podré esplicároslo, no por falta de voluntad ni porque haya en ello ningun inconveniente.

—No os comprendo.

—Haré porque me entendais, señor conde, porque veo que vuestro generoso corazon se interesa por la suerte del poeta.

—Es verdad, me interesa su suerte porque sé que es desgraciado á la vez que hombre de rarísimo ingenio.

—Si no habeis de cansaros me remontaré al primer suceso de los que componen este asunto.

—Al contrario, deseo saber hasta lo mas insignificante.

—No ignorareis la muerte de don Gaspar de Ezpeleta porque le conoceriais como todo el mundo.

—Sí.

—Pues bien, cuando procedí á la averiguacion del homicida, tomé declaraciones á todos los vecinos de la casa donde el herido se refugió en su agonía, y algunas personas, que á decir verdad no me merecen entera fé, me hablaron de tratos

nada honestos entre algunas vecinas y don Hernando de Toledo, don Diego de Miranda y Simon Mendez, con otros muchos que no recuerdo ahora, protegidos por Miguel de Cervantes.

—Eso es una calumnia—dijo severamente el conde.

—Lo mismo pensé—repuso el alcalde;—pero insistieron de tal manera los delatores, y con tantas veras aseguran que la muerte de don Gaspar habia sido por una mujer, que me ví precisado á seguir las indagaciones en este sentido, no solamente para llegar á conocer el homicida, sino el nuevo delito de escándalo que se me denunciaba.

—¿Sin duda por mujeres?

—Sí, señor, mujeres fueron las acusadoras.

—Ruines envidias y rivalidades....

—Tal voy creyendo.

—¿Acaso no teniais noticias de Miguel de Cervantes? No sabiais que era un hombre honrado y á quien no debe confundírsele con la canalla porque tiene títulos que le hacen merecedor á que se le distinga?

—Lo sabia, porque no hay quien no conozca al autor de *don Quijote*.

—Entonces....

—Pero yo era juez, nada mas que juez, y no podia hacer distinciones sin faltar á la justicia.

—Es verdad.

—Ya veis....

—Pero creo que bien hubiera podido escusarse la prision de Cervantes cuando no caian en él ni remotamente las sospechas del homicidio, sino á lo mas las de esos escándalos inmorales.

—Me pusieron en un grave compromiso porque empezaron á murmurar, diciendo que si tales sospechas hubiesen recaido en un pobre menestral lo hubiesen llevado á la Inquisicion, pero que el delito quedaria impune porque se trataba de un

hidalgo, un poeta que escribia versos y dedicatorias á duques y condes y era amigo de personas elevadas.

—¿Y tomásteis en consideracion esas miserias?

—Era preciso que yo probase mi imparcialidad y rectitud.

—Muy justo, pero hasta el presente veo triunfantes los chismes de vecindad.

—Os repito, señor conde, que me obligaron á dar el auto de prision. Además, convendreis conmigo en que el talento no supone honradez y....

—Pero se trataba de un hecho que podia esclarecerse sin encarcelar á una familia, porque esto siempre mancha la reputacion, y debe tenerse presente que es muy fácil empañar la honra, pero volverle su brillo, casi imposible.

—Sentiré haber desagradado á vuestra Excelencia—dijo el alcalde algo turbado.

—Nó, porque vuestra intencion era buena.

—Os lo juro.

—No es menester porque os conozco.

—No en vano ha recurrido Cervantes á vuestra proteccion.

—Os equivocais, don Cristóbal: ni siquiera lo conozco.

—Justa es la fama de vuestra generosidad.

—Creo cumplir así con mi deber.

—¡Sin conocerlo siquiera!—repuso don Cristóbal admirado.

—Conozco sus obras y me basta; pero como es hombre y pudiera haber delinquido, antes de favorecerlo he querido saber de lo que se le acusaba, y por eso os he pedido esplicaciones.

—Para lo cual no necesitábais haber venido, sino enviarme un recado....

—Gracias, señor Villaroel.

—Soy vuestro servidor.

—¿Y qué ha resultado al fin de las últimas averiguaciones y declaraciones?

—Nada bastante grave para acusar á esa familia.

—Me alegro.

—Algunas vecinas que sospechan, que creen, que les parece, que han oido decir tal ó cual cosa, pero nada mas, ninguna asegura, no se encuentra una prueba.

—¿Y qué pensais vos de todo eso?

—Hasta el presente solo puede sospecharse con algun fundamento que don Diego de Miranda mantiene relaciones deshonestas con una vecina de uno de los cuartos segundos; pero con cierta reserva, sin que hayan dado ningun escándalo.

—Entonces, sin remordimientos de hacer una injusticia, puedo emplear mi valimiento en favor de Cervantes—repuso el conde.

—Me he anticipado á vuestros deseos.

—¿Qué habeis hecho?

—Mandar que á él y su familia se les ponga en libertad bajo fianzas, y hace pocos minutos me dijo el escribano que lo habia notificado así y que Cervantes habia contestado que afianzaria su mujer que tiene algunos bienes en Esquivias.

—Ese debe ser asunto de muchos dias.

—Puede concluirse en dos semanas.

—Es mucho, es mucho....

—Haré por mi parte cuanto pueda para abreviar la terminacion.

—Sin embargo, quince dias son quince siglos para el que está en un calabozo y es inocente.

—Es cuanto está en mi mano hacer.

—¿No hay otro remedio?

—Sí, señor, pero tal vez le será imposible á Cervantes....

—¿Cuál?

—Si lo afianzase alguna persona de conocida responsabilidad....

—Entonces hoy mismo volverá á su casa.

El alcalde miró al conde sin comprender lo que este queria decir.

—¿Valgo yo bastante para responder de esa desgraciada familia?

—¡Señor conde!—exclamó Villaroel que pasaba de sorpresa á sorpresa.

—¿Sí ó no?

—¿Pero vos quereis?....

—Ser el fiador—replicó sencillamente el de Lemos.

—¿Vuestra Excelencia?

—Sí, yo—repuso el conde como si ninguna importancia diese al asunto.

—¿Pero sabeis, señor?...

—Sé lo que hago.

—Me sorprendeis.

—¿Hay en ello algun inconveniente?

—Ninguno si asi es vuestra voluntad.

—Entonces....

—Como decís que no lo conoceis....

—No importa.

—Pensad, señor conde, que pueden engañar las apariencias.

—No me engaña mi corazon.

—Os digo que....

—Estoy decidido

—Bien, señor, bien, pero es delicado el asunto.

—¿Está aquí todavia el escribano?

—Sí, señor.

—Pues os agradeceré que le mandeis estender mi declaracion, ó como quiera que se llame, y la firmaré antes de irme.

—No consentiré....

—Os repito que quiero ser el fiador.

—En buen hora, pero no necesito vuestra firma para ponerlos en libertad; lo haré así al instante porque me basta vuestra palabra.

—Quedareis en descubierto.

—Es cuenta mia: salgan de la cárcel y se arreglará luego lo demás; antes de media hora estarán en la calle.

—Gracias, don Cristóbal—dijo el conde, poniéndose de pié.

—La honra que me habeis dispensado....

—Ha sido para mí la satisfaccion.... Que el cielo os guarde—repuso el conde.

Y salió con semblante alegre y mientras que el alcalde exclamaba:

—¡El conde de Lemos! ¡El mismo conde en persona!.... Esto me parece un sueño.

Media hora despues salian de la cárcel el poeta y su familia.

CAPITULO XLII.

En que hablaremos todo lo menos posible, pero cuanto sea necesario.

I grande fué la admiracion de don Cristóbal, mayor fué la de Cervantes al saber por el escribano lo que acababa de hacer el conde de Lemos, y por primera vez en su vida sintió el gozo de saber que habia una persona siquiera que se interesase en su suerte con tanta generosidad.

El alma del infeliz poeta pareció inflamarse por la gratitud, y de sus ojos brotaron lágrimas tiernas y que aliviaron sus dolores.

—¡Aun hay corazones nobles!—exclamó—¡Gracias, Dios mio, gracias porque siquiera en este último periodo de mi vida me habeis dejado ver una mano bienhechora!... ¡He encon-

trado quien haga justicia á mis sentimientos!... ¡Oh! ¿Con qué pagaré tan generosa accion?

Y abrazando á su hija en aquel trasporte de alegría nunca esperimentado, prosiguió diciendo:

—¡Hija mia!... ¡Que el nombre de ese bienhechor quede en tu corazon grabado!....

—¡Jamás lo olvidaré!—exclamó la inocente jóven mientras sus ojos derramaban un torrente de lágrimas y sentia oprimido el corazon.

Para la desdichada niña habia llegado tarde el conde, pues como este habia dicho, no se limpia la honra tan fácilmente como se mancha, y el brillo de la de Isabel estaba empañado sin que pudiese volverle su esplendor un tribunal, declarándola inocente. El veneno de la calumnia no tiene antídoto; pueden modificarse sus efectos, pero nada mas: en el juicio del mundo queda siempre una sombra de duda, de desconfianza, que con nada se disipa.

No podia ser mayor la desgracia de la jóven: su nombre estaba inscrito en el registro de una carcel; su honra podia ponerse en duda, y su corazon estaba herido en la fibra mas delicada. Triste era su porvenir, muy triste, y por eso su dolor era agudísimo y sus ojos vertian lágrimas.

Cervantes comprendió bien pronto lo que sufria la desdichada Isabel, y sintió que su alegria se tornaba en amargura.

—¡Hija mia!... ¡Hija de mi alma!—exclamó entonces.

Y nada mas pudieron pronunciar su lábios.

—¡En nombre del cariño que me teneis!—dijo Isabel á su padre cuando estuvieron en su casa—¡ni un dia, ni una hora dilateis mi encierro en una celda!... ¡oh!... ¡necesito llorar donde el mundo no pueda fijar en mí su mirada desdeñosa!

¿Qué habia de hacer el poeta? Conocia bien á su hija y no trató de oponerse, sino que al contrario, la tranquilizó prometiéndole que la llevaria á Madrid en cuanto arreglase sus asuntos mas urgentes.

No perdió Cervantes mas tiempo que el preciso para abrazar á su esposa y mudar de vestido, y en seguida fué á presentarse y dar las gracias al conde de Lemos.

Este lo recibió afectuosamente, prodigó mil alabanzas al *Quijote*, y mostró deseos de protegerle en mas de lo que tan generosamente acababa de hacer.

Empero Cervantes, que no habia nacido para hacer fortuna, no se atrevió á aprovechar ocasion tan favorable, pidiendo un empleo, porque le pareció que era un abuso de los buenos sentimientos del conde.

—Habladme con franqueza—le dijo este: —me servirá de placer emplear mi valimiento en vuestro favor porque sé que hago justicia á vuestro mérito.

—Señor—le contestó el poeta—con lo que tengo vivo honrada y aun holgadamente, y pedir mas seria una ambicion imperdonable. Poseemos algunos bienes en Esquivias, gano bastante con mis agencias, y cuento además con el producto de mis obras.

—Sin embargo, podeis mejorar.

—Mas adelante, si me conviniese, recurriria á vos: ahora lo que deseo es pagarle lo mucho que le debo, y aunque será imposible porque nada tengo ni valgo, procuraré demostrar mi gratitud en cuanto alcancen mis fuerzas.

—Nada me debeis.

—¡Ah, señor conde!...

—Es obligacion de los poderosos ayudar á los necesitados. Si nada mas quereis ahora, bien: acudid á mi cuando os encontreis en cualquier apuro, y entretanto, consolad á vuestra hija.

—¡Mi hija!—murmuró tristemente el poeta.—Ya no puede ser feliz.

—¿Por qué?

—Se ha dudado de su honra....

—Eso se olvida.

—Lo que suelen olvidar los hombres, señor, son las buenas acciones.

—Ya vereis como dentro de un mes nadie se acuerda de vuestra prision.

—Dentro de un mes estará mi hija en una celda.

—¿Eso hareis?

—Así lo quiere ella, y es irrevocable su resolucion.

—¿No se arrepentirá?

—Os aseguro que no.

—Bien—dijo el conde con alegria:—ya tengo una ocasion de serviros en cosa de alguna importancia.

—¿Cuál, señor?—preguntó el poeta sorprendido.

—Habeis dicho que vuestros bienes y vuestro trabajo os dan para vivir con desahogo.

—Sí, señor

—Pero supongo que no os producirán lo bastante para ahorrar una cantidad de cierta consideracion.

—Ni grande ni pequeña.

—Lo cual no os permite dotar á vuestra hija....

—Puedo dotarla con largueza.

—No os comprendo.

—Hace muchos años, señor, que una persona, al morir, dejó á mi hija una caja llena de hermosas perlas, cuyo valor no bajará de mil y quinientos escudos de oro.

—¿Y durante el tiempo que las guardais?...

—Me he visto en la miseria mas espantosa, perseguido por acredores y sin un pedazo de pan para mi familia.

El conde fijó en Cervantes una mirada de admiracion, y dijo:

—¿Es un secreto esa historia?

—Para vos no, señor conde, y os la referiré si quereis entristeceros.

—Sí, deseo saberla, y mañana os espero para oirla.

—Me tendreis á vuestras órdenes.

—¿Pensais vender las perlas?

—¿Qué he de hacer?

—Pues llevadlas á un joyero que las tase y yo os las compraré.

—Señor....

—No os daré mas que su valor, descuidad: creo haberos conocido en los pocos momentos que hemos hablado, y estoy seguro de que no aceptariais un real mas.

—De esa manera, para vos serán las perlas.

Pocas palabras mas hablaron, y Cervantes volvió á su casa, dejando admirado al noble conde de Lemos.

Así dejó escapar nuestro poeta la única ocasion de hacer fortuna que le presentó la casualidad, sin tener otra razon para no aceptar las ofertas del conde que un sentimiento de exagerada delicadeza.

—Seria un abuso—respondia á todas las observaciones de su esposa.—Exigirle mas despues de haberme favorecido sin que yo se lo pida, no es manera de mostrarle agradecimiento.

Las perlas, cuya caja no se habia abierto en muchos años, fueron tasadas en mil cuatrocientos ducados, y Cervantes recibió su importe del conde.

Lo que este se interesó con los tristes sucesos de los amores de Zoraida, puede comprenderse: mas de una vez sintió su corazon oprimido, convenciéndose de que no se habia equivocado al creer que Cervantes no era, en ningun sentido, un hombre vulgar.

Lo mismo que el dia anterior, volvió el de Lemos á ofrecer su apoyo al poeta, pero este no le pidió otra gracia que la de que aceptase la dedicatoria de sus novelas, lo cual no es necesario decir que fué otorgado con el mayor gusto.

Ya se hablaba de la traslacion de la córte á Madrid como de cosa resuelta por el monarca, y sin esperar que llegase este caso, tres meses despues de los sucesos que acabamos de referir, hizo el poeta su viaje á la coronada villa, donde se es-

tableció nuevamente, ocupándose en arreglar todo lo necesario para la entrada de Isabel en el convento.

Aunque no era tan agudo su dolor, la jóven seguia llorando dia y noche sus desdichas y no habia vuelto á dejarse ver de nadie ni á salir de su casa sino para ir á misa muy temprano, tan cubierto el rostro que hubiera sido imposible conocerla.

—¡Cuánto envidio tu dichosa calma!—decia Isabel algunas veces á la resignada Magdalena.

Y esta exhalaba un penoso suspiro, y mientras que disimuladamente se oprimia el corazon, respondia:

—Sí, vivo tranquila y soy feliz: no tengo recuerdos que me atormenten, y con los ojos de la fé miro un porvenir risueño en la otra vida. Por eso, antes de que el mundo hiriese mi corazon me puse á cubierto de sus tiros.

Isabel entró en el convento de las Trinitarias, conocido ya de nuestros lectores, y Cervantes volvió á ocuparse en sus trabajos literarios hasta que, con la vuelta de la córte á Madrid, tuvo ocasion de proseguir sus agencias de negocios y reanudar el trato con sus amigos.

Entre tanto su esposa no dejaba un solo dia de decirle que pidiese al conde algun empleo, pero él se escusaba, aplazando esto para cuando se imprimiesen las novelas.

De esta manera siguió Cervantes hasta que llegó el dia de la profesion de Isabel, dia en que debia esperimentar emociones muy dolorosas, ya por los tristes recuerdos que el convento de las Trinitarias tenia, ya porque iba para siempre á separarse de su hija, de aquella hija fruto de su mas ardiente amor y que tantos sacrificios le habia costado.

—¿Será este el último dolor?—decia el poeta, levantando los ojos al cielo como para interrogarle.—¡Ah!... ¡Dios mio!... He sufrido ya tanto, que los pesares han acabado las fuerzas de mi espíritu como los años las de mi cuerpo, y si aquí no terminan mis desgracias, sucumbiré en la lucha. Estoy en la vejez, tengo cincuenta y ocho años, y los veinte ó treinta

últimos han pasado como un sueño, me parece que fué el dia de ayer cuando me encontraba jóven, vigoroso y alegre.... y ahora me fatiga el trabajo, y para reirme tengo que hacer un esfuerzo que yo solo sé lo que me cuesta.... ¡Oh!... ¡Qué tiempo aquel en que me encontraba en las argelinas mazmorras, y pasaba las noches en vela y trabajando los dias, y aun me quedaban alientos para infundirlos á los débiles!...

Exhaló un suspiro, mirose á un espejo y vió sus cabellos encanecidos y su rostro arrugado, notó la falta de algunos dientes y que iba encorvándose su espalda, y sonrió con amargura.

—Aquí está—dijo—la verdad de todas las esperanzas, de todas las ilusiones, el fruto de los años y de las luchas, la realidad, en fin, de todo. Despues de esto, la muerte, una fosa y el olvido. Pero me queda la fé que no dejará desvanecerse la última esperanza, la esperanza en Dios.... ¡Bien hayan todas mis desdichas si he trabajado para alcanzar el cielo!

CAPITULO XLIII.

Recuerdos y lágrimas.

L dia de la profesion de Isabel, fueron Cervantes y su familia al convento una hora antes de la ceremonia. Por gracia especial los recibió la superiora en su celda y luego les permitió pasar á la de la jóven que era la misma que en otro tiempo habia ocupado Zoraida.

Al entrar en aquel aposento sintió el poeta que su pecho se oprimia, que se agitaban convulsivamente sus miembros y que la luz huia de sus ojos. Por algunos instantes le fué imposible respirar ni pronunciar una palabra, y permaneció inmóvil y mudo sin acertar á estampar un beso en la frente pálida que su hija le presentaba humildemente.

¡Cuántos y cuán dolorosos recuerdos se agolparon á su

imaginacion y cuántas ideas tristísimas y desgarradoras atormentaron su espíritu!

Como si á propósito lo hubiesen puesto, estaba en el mismo sitio que veinte años atrás el sillon donde se encontraba Zoraida cuando con tan cristiana resignacion se despidió del poeta, en el mismo sitio desde donde la infeliz contemplaba el cielo y aspiraba con la avidez de la fiebre el aire fresco y puro que entraba por la ventana con los primeros rayos del sol y los resplandores de la luna.

Allí estaba el reclinatorio donde la desdichada apoyó la frente para exhalar el último suspiro, y el humilde lecho donde solian cerrarse sus ojos para dormir y soñar con su felicidad perdida y su deseada salvacion.

Cada mueble, cada objeto que allí se veia, aun el mas insignificante, era para el poeta un recuerdo tristísimo, desgarrador, una página sublime, tierna y dolorosa de una historia de sacrificios horrendos, de espantosas desgracias, de misteriosos encantos, delicias y tormentos, una historia que estaba escrita en su corazon y que nadie sino él comprendia.

Largo rato, como hemos dicho, permaneció Cervantes sin acertar á moverse ni hablar.

Detrás de él se habia detenido la religiosa que les habia conducido allí, y estaba tambien inmóvil y con la cabeza inclidada sobre el pecho.

Al fin Cervantes pudo exhalar un suspiro, acercó sus labios á la frente de Isabel y estampó en ella un beso tierno, un beso de padre, mientras que de sus ojos y á su pesar brotaba una lágrima que alivió sus dolores.

—¡Padre mio!—murmuró la jóven con voz ahogada.

—Hija mia—dijo el poeta, esforzándose para aparecer tranquilo;—hija mia.... no creas que es de pesar mi llanto.... porque.... Pero.... siéntate, quiero hablarte.

Y se volvió para buscar una silla, fijando entonces por casualidad su mirada en la religiosa.

Esta se estremeció, y como si repentinamente le hubiesen faltado las fuerzas, estendió los brazos para buscar un punto de apoyo.

Los ojos de Cervantes se abrieron estremadamente y su cuerpo tembló tambien.

—¡Dios mio!—exclamó la monja, cruzando sus manos que eran negras como el ébano.

—¡Zamareta!... ¡Ah!... ¡Zamareta!—murmuró el infeliz manco que habia reconocido á la antigua esclava.

Parecióle á Cervantes que desgarraban su pecho, y se lo oprimió con fuerza convulsiva. El dolor de sus recuerdos se habia hecho mas agudo con la presencia de la negra.

Esta vaciló; pero logrando al fin sostenerse de pié, se dirigió á la puerta con pasos desiguales y desapareció.

—Isabel—dijo el poeta despues de algunos momentos, y dejándose caer en una silla—feliz tú que vas á separarte del mundo sin mas que un recuerdo de dolor, que vas á vivir triste, pero tranquila, y que morirás en paz.

—Sufris mucho, padre mio—replicó la jóven;—estais pálido, teneis la frente bañada en sudor, temblais....

—No es nada—repuso Cervantes que intentó sonreir.—Estoy contento, muy contento porque han acabado tus desgracias, y cuando pasen algunos años, serás feliz, muy feliz.... ¡Ah!.... Dichosa tu ignorancia y tu inocencia!

—Si, voy á vivir tranquila, pero separada de vos....

—Los hijos pueden ser felices sin los padres, porque así lo ha dispuesto la naturaleza; de otro modo no habria mas que lágrimas porque todos llegan á verse huérfanos mas tarde ó mas temprano.

—¡Jamás podré olvidaros!—exclamó Isabel.

—Pero mi recuerdo no turbará tu reposo como otros recuerdos amargan mi existencia; será un recuerdo dulce, consolador como mi cariño, pero no doloroso, atormentador como los desengaños, la alevosía y las ingratitudes.... Serás feliz, hija

mia, serás feliz porque ignoras lo que es el mundo. ¡Ah!.... La esperiencia, Isabel, es la gran ciencia de la vida, empero ¡cuesta tan cara!... Dichosa, vuelvo á decirte, tu ignorancia y tu inocencia.

—¡Padre mio!—exclamó con voz ahogada la jóven.

—Queria—repuso el poeta con visible conmocion—darte algunos consejos, pero.... me siento tan turbado.... y....

—Sí, mi querido padre, iluminad mi razon, señaladme el verdadero camino de la virtud....

—Ya lo conoces.... procura olvidar lo pasado y no temas lo porvenir mientras se mantenga viva tu fé. Estás separada del mundo y solo debes acordarte de él para rogar á Dios que perdone los estravíos de las criaturas; y si alguna vez viniese á turbar tu reposo siquiera un leve impulso de arrepentimiento de haber abandonado la sociedad, piensa que las rosas que esta te ofrece están llenas de venenosas espinas, y que si aun á trueque de clavárselas en el corazon se consigue cojerlas para aspirar su aroma, se marchitan sus pétalos al tocarlos y se les vé desaparecer arrebatados por el huracan. La realidad desvanece la ilusiones, la esperiencia nos da desengaños, y cuando llegamos al último tercio de nuestra vida, tan deseado para descansar, no tenemos mas que recuerdos tristes y amargos, no nos queda otra esperanza mas que la de morir muy pronto en medio de la indiferencia de un mundo que se agita, llora y rie, sin saber á donde va, sin conocerse, sin comprenderse á sí propio.

Isabel escuchaba á su padre con religiosa atencion y mientras que por sus megillas corria en abundancia el llanto.

—Eso es lo que dejas por una vida tranquila: y aunque en ella no encontrarás lo que llaman goces las criaturas, piensa que estos se compran á tanta costa que no hay quien no se arrepienta de haberlos buscado. La única felicidad está en la otra vida, y vas á abrirte el camino del cielo. ¡Que la mano de Dios te guie!... ¡Bendita seas!—exclamó Cervantes, abriendo

los brazos y recibiendo en ellos á su hija!—¡Bendita seas!....

—¡Gracias, padre mio! Gracias por el dulcísimo consuelo de vuestras palabras. ¡Ah!... No sabeis cuánto bien me habeis hecho! Una sola ilusion, una sola esperanza he visto desvanecerse, y ha sido horrible mi sufrimiento: ¡cuánto habreis padecido vos que tantos desengaños habeis tenido!... ¡Pobre padre mio!...

—¡Hija de mi alma!—murmuró el poeta sin poder contener el llanto.

—Decís bien, soy feliz.... ¡Oh!... Gracias, padre mio, gracias porque me habeis hecho comprender mi felicidad.... creí que este asilo era el sepulcro de mi corazon desgarrado y yerto, y es la mansion pacífica de una dicha sin igual: sin vos no hubieran visto mis ojos en esta celda mas que un encierro sombrío, y ahora ven un lugar donde no tienen entrada las miserias ni los dolores del mundo, un sagrado á donde no pueden llegar la envidia, ni la traicion, ni el engaño, donde se vive en paz y en paz se muere con la conciencia tranquila. ¡Los goces del mundo!... Decís bien, son ilusiones que huyen y se pierden cuando mas sonrien como los ángeles que se nos aparecen en sueños; no son la felicidad, puesto que con felicidad hay que comprarlos.... ¡Oh!... Llevadme al altar, llevadme que son tesoros los momentos que se pierden sin que mis labios pronuncien el juramento que ha de unirme al Señor como una de sus esposas.

—¡Dios ha escuchado mis votos y ha recompensado todos mis dolores!

—¡El último abrazo, padre mio!—exclamó Isabel con acento ahogado.

—¡El último!—repitió el poeta con voz que parecia llevarse tras sí el alma.

—¡Padre mio!

—¡Hija de mi corazon!... ¡Hija mia!... ¡Hija mia!—dijo Cervantes.

Y sin poder articular una sílaba mas, abrazó á su hija.

Algunos minutos permanecieron unidos sin acertar á separarse, y aun hubiesen quedado así por largo rato si no los interrumpiera una monja que llegó para decir que la comunidad esperaba solamente á la novicia.

—¡Adios!... ¡Hija mia!...—murmuró Cervantes.

—¡Padre mio, padre querido, bendecidme!

—¡En el nombre de Dios omnipotente y misericordioso, yo te bendigo!—dijo el poeta con solemne tono y estendiendo sus manos agitadas sobre la cabeza de Isabel.

—¡Que Dios me perdone como vos!...

—¡Hija mia!... ¡Adios!... ¡Hija de mi alma!...

La jóven novicia hizo un esfuerzo para dominar su emocion, levantóse, abrazó á su familia, secó sus ojos y salió de la celda.

Una hora despues, su cabellera de oro estaba separada de su cabeza y en manos de su padre que la guardó en la misma caja donde habian estado las perlas de la mora.

Todo habia concluido: Isabel no pertenecia ya al mundo, y Cervantes salió del convento tan triste y absorto en sus meditaciones, que ni siquiera reparó que su familia quedaba atrás, ni que tropezaba con las muletas de un tullido que habia entre otros pobres á la puerta del templo.

—¡Por el amor de Dios!—dijo el mendigo, estendiendo una de sus descarnadas y amarillentas manos, de modo que estorbó el paso á Cervantes.

Este se detuvo, y al mirar distraidamente al pobre, cayó el embozo de su capa.

Era aquel dia de recuerdos dolorosos.

El tullido exhaló un grito ahogado, se agitó convulsivamente, miró con espantados ojos á Cervantes, y como sus muletas, él hubiera caido al suelo si no lo sostuviesen dos de sus compañeros que estaban cerca.

A su vez miró al mendigo el poeta, se dilataron sus pu-

pilas, palideció mas de lo que estaba su contraido rostro, y despues de algunos instantes de duda, exclamó:

—¡El señor Antonio!

Era efectivamente el hidalgo amante de la infeliz doña Ines, traidor amigo de Cervantes y víctima de Leocadia, el mismo seductor vanidoso y presumido que despues de arruinado y abandonado por su mujer habia llegado á tan triste situacion.

—Alejaos—murmuró con entrecortado acento—alejaos.... no.... perdonadme.... ¡Ah!...

El poeta registró apresuradamente sus bolsillos, sacó cuánto dinero llevaba, y poniéndolo en una de las manos del señor Antonio, cuya turbacion le habia casi privado de conocimiento, se alejó rápidamente, diciendo:

—Tomad.... es cuánto poseo.... mañana no tendré para comer.... Os perdono.... os perdono de todo corazon.

Su frente se abrasaba y latian con desigual violencia sus sienes.

Instintivamente tomó el camino de su casa, aspirando con avidez el aire fresco que corria.

—¡Fuerzas, Dios mio!—murmuraba.

Empero quedaba todavía otro recuerdo, y cuando mas tranquilo atravesaba el infeliz la plaza del Arrabal, se encontró con un fraile franciscano, al cual se acercó para besarle la diestra, no solamente por la costumbre que de hacerlo así se tenia en aquel tiempo, sino porque creyó que esto le consolaria.

—Permitidme, padre—dijo al cojer la mano descarnada del religioso.

Pero al sentir que este temblaba convulsivamente, se detuvo y lo miró con sorpresa.

La frente del franciscano estaba surcada de arrugas, los cabellos de su cerquillo eran blancos como la nieve, y sus ojos azules y de mirada triste.

Era el vizconde perseguidor de Zoraida.

Cervantes dejó escapar un grito y tuvo que apoyarse en la pared.

El fraile estendió la diestra, y al hacer la señal de la cruz, dijo:

—Yo te bendigo en el nombre de Dios omnipotente y misericordioso, cuya divina justicia premiará tus virtudes.

Y se alejó con pasos vacilantes.

Despues de algunos momentos pudo el poeta seguir su camino, y al fin llegó á su casa sin aliento ni fuerzas.

—¡Dios mio!—exclamó.

Y dejándose caer en un sillon no pudo decir mas.

CAPITULO XLIV.

Promesas.

En aquella ocasion, como en todas, Cervantes ahogó su pesar en lo mas profundo de su pecho, presentándose al mundo con la calma del que nada sufre y la sonrisa del que es feliz y espera serlo siempre. Lloró en silencio la pérdida de su hija, sin que nadie, ni aun su esposa, adivinase su dolor, y pocos dias despues de las escenas que hemos referido, se le vió dedicarse nuevamente á sus ordinarias tareas. Como nadie podia comprender sus dolores, los ocultaba hasta para su familia, pues así como los que son felices levantan en sus corazones un altar á los recuerdos de sus goces, nuestro poeta rendia culto á los recuerdos de sus desgracias, y hubiera creido una

profanacion dejarlas ver sin que fuesen respetadas y reverenciadas por los demás.

Siguió alternando como siempre con sus amigos, sin dejar ver la mas ligera señal de tristeza, lo cuál dió lugar á que algunos dijesen: «Con razon asegura Miguel de Cervantes que no es feliz el que no quiere serlo, pues él sabe sacar partido de su misma pobreza, y cuanto mas viejo es, mas alegre está.»

Dos años habian pasado desde la profesion de Isabel, y durante este tiempo recibió Cervantes algunas pruebas inequívocas de la estimacion del conde de Lemos.

El secretario de este, Juan Ramirez Arellano, acababa de fallecer, y el poeta Lupercio Leonardo de Argensola, verdadero amigo de Cervantes, le sustituyó; con lo cual creció la proteccion del conde y hubiera llegado á ser la felicidad de nuestro desdichado manco si á los pocos dias no hubiese tenido que salir de España el de Lemos para ir á desempeñar el vireinato de Napoles.

Eran las once de una mañana de octubre, nublada y fria, y Cervantes acababa de dejar la pluma para descansar mientras llegaba la hora de comer, cuando llamaron á la puerta y se presentó Argensola con rostro alegre.

—No hay mal ni bien que cien años dure—dijo al entrar y mientras apretaba con efusion la diestra de su amigo.

—¿Pues qué sucede?—replicó sorprendido Cervantes.

—¿Acaso no veis que la alegría rebosa por mi semblante?

—Sí, pero como ignoro la causa....

—Nunca habeis estado tan torpe.

—No os comprendo.

—Os he dicho que no hay mal ni bien que cien años dure, y esto significa que acabaron vuestras penas.

Cervantes miró á su amigo como si no diese crédito á lo que oia, y luego dijo:

—Esplicaos, porque como nunca ha llamado á mi puerta la

felicidad, no la conozco, ni por consiguiente os entiendo.

—Anoche os busqué por todos los rincones del corral del Príncipe.

—Allí estuve.

—Me lo dijo Góngora.

—Pero me fuí temprano.

—Por eso no os encontré....

—¿Ya sabíais la nueva feliz que ahora me traeis?

—Sí.

—Pues no tardeis en dármela.

—Antes es preciso que me otorgueis un favor.

—Nada puedo ni debo negaros, por consiguiente, tenedlo por concedido y esplicaos.

—No puede ser aquí, ó mejor dicho, no quiero hacerlo ahora.

—Cada vez os entiendo menos.

—¿Quereis venir conmigo?

—¿A donde?

—¡Donosa pregunta! ¿Tampoco lo adivinais?

—Estais misterioso contra vuestra costumbre.

—Hoy es dia de fiesta.

—Es jueves.

—No importa.

—¿Otro enigma?

—¿Otra torpeza?—replicó alegremente Argensola.—No os conozco.

—Paciencia.

—Señor Miguel de Cervantes, se os ha reservado un honroso asiento en el palacio de Manuela, donde vereis cómo se levantan, vacian y se rompen cien botellas del puro y legítimo vino de la pátria de don Quijote. ¿Me entendeis ahora?

—¿Y era esa la nueva?

—No, amigo mio: el rato de broma que se prepara es para celebrar lo que aun no habeis adivinado, y servirá tambien

para que se despida del mundo el buen Góngora que, como sabeis, ha resuelto vestir la sotana para ver si con los santos es mas afortunado que con las musas.

—¿Y cómo he de celebrar yo un acontecimiento que ignoro?

—Teneis razon, y ahora empiezo á reconoceros por vuestra lógica que es tan severa como el gesto de nuestro amigo Lope.

—A quién os atrevisteis á llamar Lopillo.

—Pero sin hacer de esa palabra dos como entendieron algunos maliciosos.

—Sea como quiera, al grano, señor Lupercio.

—Es verdad, al grano, que el tiempo vuela y lo perdemos inútilmente.

—¿Qué es lo que vamos á celebrar con vino de la Mancha y tal vez con algun cordero de la misma tierra?

—No os equivocais, habrá cordero manchego.

—Bien, pero....

—Habeis de saber, amigo mio, que nuestro señor el conde de Lemos ha sido nombrado virey de Nápoles.

—Lo siento por mí.

—Esperad.

—Os escucho.

—Lo primero que me dijo ayer á su vuelta de palacio, fué lo siguiente: «Señor Lupercio, vos y vuestro hermano me acompañareis á Italia.»

—Esa segunda parte es tambien para mí una mala noticia, pero como no soy egoista, lo celebraré por vos.

—Paciencia.

—Me sobra.

—Y luego me dijo: «No quiero que me acompañen mas que poetas, y á vuestro arbitrio queda la eleccion de los que han de venir, pues nadie es mas competente que vos para juzgar en esta materia. Uno solamente designaré yo antes que me lo propongais, y es vuestro amigo Cervantes.»

—¡Oh!—exclamó este sin poder contener su alegria—¿Eso dijo?

—Son sus mismas palabras.

—¡Cuánto le debo!...

—Ya veis como no me equivoqué al decir que habian concluido vuestras desgracias.

—Sí, sí, es mas dicha de la que nunca he podido soñar.

—«Si acepta,» me dijo el conde; «¿cómo ha de rehusar?» le repliqué.

—¡Si yo aceptaba!.... ¿Por qué no?

—Por si no queríais ó no podíais salir de España....

—¿Qué tengo aquí?

—A veces, por razones particulares de familia....

—¡Oh! exclamó Cervantes, dejándose caer abatido en la silla que habia abandonado en el arrebato de su alegría.

—¿Qué os sucede?—preguntó Argensola sorprendido.

—¡Estrella fatal!....

—Pero...

—Por primera vez en mi vida oigo llamar la felicidad á mi puerta y no puedo abrirle....

—¿Acaso no aceptais?

—¿Y mi familia?... ¡Oh!... ¿Y mi familia, señor Lupercio?

—Vuestra familia....

—No puedo abandonarla.

—Es verdad, son muchos....

—Y con mas necesidades.

—¡Oh!

—La vida de mi decrépita madre se sostiene á fuerza de cuidados; mi pobre hermana Magdalena ha empezado á emfermar; mi sobrina Constanza se casará dentro de pocos meses y no podrá por consiguiente ayudar con su trabajo; mi hermana va perdiendo la vista, y mi esposa sucumbiria, porque su espíritu es débil, el dia que se viese sin recursos y rodeada de enfermos.

—¡Triste cuadro!—murmuró Argensola conmovido.

—Además, cuando murió mi padre, que gloria haya, estaba yo en Argel, y.... quiero cerrar los ojos á mi buena madre.

—Veo que es imposible vuestra venida.

—Imposible, sí; nada me importarian mi edad ni mis achaques, que van siendo muchos, pero ¿cómo abandono mis deberes de padre de familia? ¿Han de sufrir los demás para que yo goce? ¿He de levantar mi dicha sobre la desdicha de los otros?

—Comprendo vuestra situacion, señor Miguel, y nada mas teneis que decirme.

—Pero no dejaré por eso de agradecer menos al señor conde su buena voluntad y generosa proteccion, y os ruego que así se lo manifesteis, á pesar de que yo iré á besarle las manos.

—Lo sentirá....

—Tal creo, porque me ha dado pruebas de interesarse en mis desgracias.

—Os tiene particular cariño, y ya que en esta ocasion no pueda serviros su deseo, mas adelante hará por vos cuanto en su mano esté, pues aun cuando se encuentre lejos de la corte, conservará su influencia.

—Ved ahí lo que no espero.

—¿Dudais de él?

—No, pero comprendo su situacion y no llevaré á mal que en medio de los graves negocios que van á ocuparle, se olvide de mí.

—Fácil es sin que por eso pueda decirse que no os tiene afecto alguno.

—Somos de la misma opinion.

—Pero olvidais que yo estaré á su lado, y haré lo que cumple á un amigo como yo.

—Gracias, señor Lupercio—dijo Cervantes, estrechando entre las suyas las manos de su amigo.

—Y mi hermano tambien....

—Que me estima tanto como vos.

—Por consiguinte podeis contar con vuestra fortuna hecha.

—Todo os lo deberé...

—Cumpliré con una obligacion sagrada.

—Estoy seguro de que la distancia ni el tiempo harán que olvideis vuestra promesa.

—Que os hago á fé de amigo y caballero y que como tal cumpliré.

—Acepto vuestra palabra y nada mas volveré á deciros porque sabeis lo que puede convenirme.

—Un recuerdo seria una duda, y la duda una ofensa á mi amistad.

—Ofensa que no os haré, os lo juro.

Argensola habia hecho su promesa con la mejor buena fé del mundo, y Cervantes quedó convencido de que todo lo mas un año podria durar su mala situacion.

Allá veremos si ambos cumplieron con exactitud, acordándose el uno y no recordando el otro.

Ni una palabra mas hablaron del asunto.

—Ahora,—dijo Cervantes dando á su rostro una espresion de viva alegría,—recibid mi felicitacion, y vamos á celebrar el suceso y á escuchar las últimas sátiras de nuestro amigo don Luis de Góngora, á quien veremos pronto hecho un prebendado.

—¿Aceptais, pues, el convite?

—¿Habeis podido dudarlo? ¿Cuándo, señor Lupercio, me habeis visto abandonar á mis amigos en lances de honor? ¿Cómo no acudir cuando va á sentenciarse por qué debe ser Noé mas celebrado, si por no haberse ahogado en el agua ó por haber tenido tentaciones de ahogarse en vino?

—Ciertamente; en cuestiones de honra, no quedais nunca atrás.

—Así como nunca me adelanto á juzgar de la calidad de

un vino, sin haber levantado antes el codo nueve veces en honra de las que habitan el Parnaso.

Cervantes no se acordó en aquellos momentos de sus años ni de sus desgracias, las cuales puede decirse que eran tantas cuantos cabellos blancos habia en su cabeza. ¿Pero qué nos admira, si hemos de verle conservar su jovialidad en momentos mas tristes y apurados?

Algunos chistes mas salieron de su boca, haciendo crecer la admiracion de Argensola, único amigo á quien el pobre manco habia confiado, si no todos, muchos de sus secretos pesares.

—¡Catalina!—gritó Cervantes, asomándose á la puerta de la habitacion,—no me esperes á comer que hoy es para mí dia de ayuno, y voy á orar al templo de Manuela, donde me aguardan algunos devotos de Baco y descendientes de Heliogábalo; pero no temas que Dios me castigue como á Baltasar, porque no tocaré una copa, sino botellas.

Salió doña Catalina que aun no habia podido acomodarse á que su marido comiese fuera de casa, y enterándose de lo que tocaba al conde, volvióse á su aposento entre alegre y triste.

—Vamos—dijo Cervantes, fingiendo que no adivinaba el disgusto de su mujer.

Y salió con Argensola.

—Hace mucho frio—dijo en la calle y mientras se embozaba con su raido ferrezuelo.

—Apretemos el paso.

—¿Para entrar en calor ó para llegar mas pronto?

—Para ambas cosas.

—¿A qué hora es la cita?

—A las doce.

—Tenemos tiempo, pero otros llegarán antes, atraidos por las botellas como el acero por el imán.

—Creo que no os equivocareis.

—Ya soy viejo y me he visto en muchos de estos lances.

—Hoy me despido de ellos yo quizás para siempre—dijo Argensola, exhalando un suspiro.

—Diversiones tendreis en Nápoles.

—Pero no podré olvidar mi patria....

—Ni la taberna de Manuela.

—Tiene muchos recuerdos.

—Aquí queda el vuestro—repuso Cervantes, poniendo sobre su corazon la diestra—y os juro que siempre que me reuna con nuestros amigos en la taberna de Manuela, el primer brindis será para vos y vuestro hermano.

Gracias, amigo, y estad seguro de que vuestro nombre se pronunciará muchas veces bajo el risueño cielo de Italia.

—Lo sé porque sois mi mejor amigo.

Dejaron atrás la calle del Leon y la plazuela de Anton Martin, y atravesando la calle de la Magdalena y bajando la pendiente del Ave María, llegaron antes de las doce al famoso Campillo de Manuela.

CAPITULO XLV.

La última broma de Góngora.

A taberna de Manuela, que como en otra ocasion dijimos, era el punto de reunion de los poetas de la corte, era una casa pequeña, de un solo piso, con techo cubierto de pizarra y paredes ennegrecidas por el tiempo. Tres grandes ventanas con travesaños de madera que hacian el oficio de enrejados de hierro daban luz á su interior, y tenia entrada por una puertecilla de una sola hoja de pino con grandes clavos y aldabon que mas de una noche habia despertado á la tabernera, mujer de cuarenta años, robusta, colorada como un tomate, y de cabellos rojos, que decia ser viuda, aunque nadie habia conocido á su marido.

El interior de la casa era tan feo como su esterior y se componia de cuatro habitaciones: la primera el despacho y cocina desde donde se pasaba, volviendo á la derecha, al dormitorio y despensa del ama, y á la izquierda, á otros dos aposentos, uno de los cuales, el segundo, era llamado el salon y lo ocupaban los literatos cuando se reunian á comer.

Este salon, con techo de vigas descubiertas y paredes de dudoso color, tenia por todo mueblaje una gran mesa cien veces rota y ochenta remendada, y como hasta una docena de sillas de encina con asiento de esparto.

Allí, con la puerta cerrada y la ventana abierta de dia, ó alumbrados por los cuatro mecheros de un enorme velon de cobre si era de noche, comian, bebian, reian, se satirizaban é intrigaban los ingenios cortesanos, mientras que un gatazo rubio, querido de todos, devoraba debajo de la mesa lo que de esta se caia.

Ninguno se desdeñaba de concurrir allí, sino que por el contrario, cada cual se envanecia con ser de los que alternaban en las alegres reuniones donde todos, nobles y plebeyos, eran iguales, sin que se reconociese otra superioridad que la del talento.

No se habia equivocado Cervantes: ya esperaban cuatro ó cinco poetas en el salon.

—¡Salud al famoso caballero don Quijote de la Mancha!—exclamaron al ver entrar á los dos amigos.

Y hablando todos á la vez, gritando y riendo, entablaron una alegre conversacion.

Dieron las doce, y callando todos repentinamente, se descubrieron para rezar.

—Señora Manuela—gritó uno con toda la fuerza de sus pulmones.

Y cuando asomó la tabernera, limpiándose las manos en su delantal de lienzo, añadió:

—Ha sonado la hora.

—¿Y qué quereis decirme?—preguntó Manuela.

—Que si habeis cumplido con vuestro deber estará la salsa puesta en las pollas, y asados los corderos, y para freirse el jamon, y preparada esa tortilla que segun habeis dicho es tan grande como las ruedas de la carroza del duque de Lerma, y....

—Todo está preparado y solo falta ponerlo en la mesa; y así fuesen muchos tan puntuales para abrir la bolsa como yo para darles de comer.

—Señora Manuela, os he dicho mil veces que no teneis habilidad para hacer epígramas, y que debeis emplear vuestra inspiracion en otro género de poesía mas grave, por ejemplo...

—Bien, bien, pero....

—Y sobre todo, á cuenta de corderos y botellas, debe daros el señor Góngora algunas lecciones de culteranismo—dijo Cervantes.

Un aplauso general contestó á estas palabras.

—Dichoso el que merece un recuerdo de sus amigos,—se oyó decir junto á la puerta.

Y fijándose todas las miradas en aquel sitio, vieron aparecer á Góngora que entró sonriendo.

—Nunca mas á tiempo.

—Bien venido.

—Perdonad, don Luis—dijo Cervantes—si no es de vuestro agrado la discípula.

—Estoy en deuda con vos de una broma—replicó Góngora —y os pagaré antes de vestir la sotana.

—Será entonces la última vuestra.

—Sí.

—¿Falta alguno?—preguntó Manuela.

—¿No sabeis que hemos de ser nueve?

—Sí, pero....

—Han de venir don Lope y Montalvan.

—Los esperaremos cinco minutos.

—Cuatro no mas.

—Esperaremos una hora á don Lope de Vega, por ser de todos los presentes y ausentes el primer bebedor.

—Lo mismo merece Montalvan porque ninguno alborota tanto como él.

—Idos, hermosa Manuela.

—No os vayais.

—¿Para qué la queremos?

—Que traiga las botellas para que luego no tengamos que esperar.

—Nos beberemos el vino antes de comer.

—Que no las traiga porque peligran.

—¡Me muero de hambre!

—¡Tengo sed!

—¡Yo tengo sed y hambre!

—Idos señora Manuela, porque sino os comeré.

—No os vayais porque me consuela vuestra semejanza con un tonel.

—Se prohiben las comparaciones por ser odiosas.

—Lo que se prohibe son las prohibiciones porque son enojosas y avivan el deseo.

—¡Libertad!

—¡Completa libertad!

—Figurémonos que hoy se acabará el mundo.

—Y que hemos nacido esta mañana.

—Es verdad, así no pensaremos ni en lo pasado ni en lo futuro.

—¡Callad, que me volveis loco!

—¡Gritad y reid, que me muero de tristeza!

—¡Vino!

—¡Venga vino!

—¡Aquí está!

—¿El Valdepeñas?

—El que lo bebe.

Acababa de asomar el rostro enjuto y grave de Lope de Vega.

—¡Viva el fénix!—exclamaron en coro los que con tanta impaciencia esperaban.

Y rodearon á Lope, saludándolo afectosa y alegremente.

—¿Y Montalvan?

—Se quedará sin comer.

—Le esperaremos—dijo Lope.

—Son las doce y cuarto.

—No importa.

—Pensad que mis tripas están como flautas.

—Mi estómago como bolsillo de estudiante.

—Y mi paladar como yesca.

—¡Ay!—dijo uno con acento lastimero—Montalvan será responsable de mi muerte.

Pero Montalvan entró, restregándose las manos, y dijo:

—¡A las armas!

Resonó un grito unánime de alegría: todos corrieron hácia la mesa, y mientras empuñaban los cuchillos, gritaron:

—¡Señora Manuela!

—¡Hermosa Manuela!

—¡Condenada Manuela!

—¡Las pollas!

—¡El vino!

—¡Los corderos!

—¡La tortilla!

—¡Pronto, vive Dios!

—Nos comeremos el gato.

La tabernera entró, llevando una enorme cazuela donde humeaban algunas pollas con salsa de piñones y ajo.

—¿Qué es eso, diosa de este Olimpo?—dijo uno.

—¿No lo veis?—replicó Manuela.

—¿Y el néctar?—preguntó Lope.

—Todo no puede venir de una vez.

—¿Para qué nos sirven las pollas si antes no desatascamos el tragadero?

—Voy al instante—dijo la tabernera.

Y salió mientras los convidados destrozaban las aves.

—Aquí están las botellas.

—Venga una.

—Otra por aquí.

—Brindemos por el qué tan generosamente nos convida.

—Y por las hermosas napolitanas de ojos negros que le harán olvidar á sus amigos.

—Eso no—dijo Argensola.

—¡A la salud del señor Lupercio!

—Muchos años viva.

—Y muchos convites nos dé.

Llenáronse los vasos y se vaciaron con prontitud.

—¡Otro brindis por la sotana de Góngora!

—Y por las sobrinas á quien generosamente amparará.

—¡Vivan las sobrinas jóvenes de los tios viejos!

—No tengo mas que cuarenta y un años—dijo Góngora.

—Vuestra sobrina tendrá la mitad.

—¡A la salud de Góngora!

Segunda vez se llenaron y vaciaron los vasos.

—No ha de ser menos Cide Hamete Benengeli—dijo Lope de Vega.

—Es verdad.

—Brindemos por don Quijote.

—Por los cueros que acuchilló.

Y brindando por tercera vez, se tiñeron de púrpura todos los rostros y relumbraron todas las pupilas.

La fama de gran bebedor que tenia Lope de Vega era justa, pues apuró su vaso con mas prontitud y quedó mas sereno que ninguno. Estaba colocado enfrente de Cervantes, y al lado de este se hallaba Góngora.

Desde aquel momento creció el alboroto, y aumentándose gradualmente la confusion, llegaron á no entenderse porque todos hablaban á la vez.

Tras de las pollas fueron los corderos y mas botellas.

Repitiéronse los brindis y se redobló la gritería.

Entonces cayeron ya al suelo algunos platos; pero esto, como cualquiera otra cosa por insignificante que fuese, daba lugar á chistes que se repetian sin cesar como si rebosasen de aquellas imaginaciones ardientes y fecundas.

Se hablaba en prosa y verso, y si hubiera sido posible ir escribiendo todos los epígramas que se cruzaban, de seguro, la coleccion no habria tenido igual.

Antes de concluir la comida, tartamudeaban muchos, y algunos tenian que restregarse los ojos para no dormirse.

Unos se tambaleaban al ponerse de pié para brindar, otros derramaban el vino sobre la mesa al echarlo en el vaso; á este se le escapaba de las manos la botella, mientras que aquel la tiraba despues de vacía, y alguno se divertia en pegar con un plato ó con un hueso en la cabeza del gato.

Cervantes, Lope y Góngora eran los que se mantenian mas firmes.

—¿Quién habló contra el vino?—dijo uno.

El que estaba á su derecha subióse en una silla, empuñó una botella, y mientras se tambaleaba, intentó improvisar la letra y música de una cancion, gritando con voz destemplada é insegura:

«A gritar y á beber,
A reir y á cantar,
A vivir y á gozar.»

Pero cayó de la silla al suelo sin poder seguir, y Lope de Vega concluyó la estrofa, diciendo:

«A embriagarse y caer.»

Todos aplaudieron con risas y palmadas.

—¡*Vega* sin igual, que se riega con vino y produce conceptos!—dijo Góngora.

Este ingenioso equívoco mereció un nuevo aplauso.

—¡Bien, bien!—gritaron muchos.

—¡Viva Góngora!

—¡Brindemos!

—¿Y el jamon? ¿No teneis olfato ni ojos para ver como humea?

—Antes son las botellas.

—Bebamos—dijo uno que apenas podia hablar ni sostenerse.

—Pues improvisad.

—¿A qué.... á qué asunto?

—Decid en verso lo que Góngora ha dicho en prosa.

—Antes.... venga un trago de.... Jerez para.... para que se me despeje la cabeza.

—Tomad.

Bebió el que se habia comprometido á improvisar, y como si efectivamente de esta manera hubiese logrado serenarse, dijo con acento mas seguro y sin meditar mas que un instante:

«¡Oh Vega! yo te bendigo
Por ser tan estraña Vega,
Que si con vino se riega,
Da versos en vez de trigo.»

El entusiasmo rayó en locura; resonaron mil palmadas y vítores, y el poeta, sin poder ya sostenerse, cayó desplomado en la silla y quedó dormido con la cabeza sobre el plato.

Tres horas habian pasado desde que empezó la comida, y era imposible que resistiesen mas tiempo.

Cervantes se habia olvidado de la edad que tenia; pero se lo recordó su cansancio, y considerando que era bastante el tiempo perdido, y teniendo mucho que hacer aquel dia, se levantó con intento de irse.

—¿Vais á brindar?—le preguntaron.

—Voy á pedir á mis piés el favor de que me lleven á mi casa.

—¡Nos abandonais!

—Antes que me abandonen mis fuerzas.

—Esperad.

—Estoy muy fatigado y ya no me divertiré.

—Que no se vaya.

—Dejadlo.

—No tardaré tres minutos en seguirlo

—Para nada valeis.

—Ya me incomoda el olor del vino.

—Que nadie salga.

—Hemos proclamado la libertad.

—Ya que hemos pagado el tributo á Baco paguémosle tambien á Morfeo, dijo Cervantes.

—Esas son palabras cultas que habeis aprendido del presunto canónigo.

Mientras todos, con la mirada fija en Cervantes, hablaban, Góngora sacó disimuladamente un papel y sin que nadie le observase lo dejó caer á su lado.

—¿No pensais, dijo luego, que quizás el señor Miguel tenga que acudir á algun negocio urgente?

—Es verdad.

—Tiene licencia para marcharse.

—Que Dios os dé buen sueño,—dijo Cervantes.

Y aprovechando aquellos momentos de calma, salió.

—¿Qué es esto?—dijo Góngora, mirando al suelo como por casualidad.—¿Quién ha perdido un papel?

—Yo no.

—Tampoco yo.

—Sin duda se le ha caido á Cervantes.

—Llamadlo....

—Estará lejos.

—Veamos,—repuso Góngora recogiendo el papel.

—¿Es una carta?

—Son versos.

—Leed....

—No conozco la letra....

—¿Pero está clara?

—Sí.

—Puesto que no se sabe de quien es este papel, ni puede conocerse por la letra, estamos autorizados para leerle,

—Sí, sí, que se lea.

—Silencio.

—Atencion.

—Ya empiezo—dijo Góngora.

Y leyó lo siguiente:

«Hermano Lope, bórrame el soné-
De versos de Ariosto y Garcilá-
Y la Biblia no tomes en la má-
Pues nunca de la Biblia dices lé-
Tambien me borrarás de Dragonté-
Y un librillo que llaman el Arcá-
Con todo el comediaje y epitá-
Y por ser mora quemarás la Angé-
Sabe Dios mi intencion con San Isí-
Mas puesto se me va por lo devó-
Bórrame en su lugar el Peregrí-
Y en cuatro lenguas no me escribas có-
Que supuesto que escribes boberí-
Lo vendrán á entender cuatro nació-
Ni acabes de escribir la Jerusá-
Bástale á la cuitada su trabá-»

Todas la miradas se fijaron en Lope de Vega que habia ido palideciendo gradualmente.

—¿Quién habrá escrito esto?—dijo Góngora.

—Fácilmente se adivina.

—¿Decís que no es letra de Cervantes?

—No.

—Los versos son buenos, pero la intencion....

—Una broma y nada mas—añadió don Luís.

—Seria descortesía no contestar—dijo Lope.

Y luego gritó:

—¡Manuela!

La tabernera acudió.

—¿Qué se os ofrece?

—El tintero.

En otra taberna no hubieran podido satisfacer la demanda de Lope, pero como Manuela estaba acostumbrada á que con frecuencia la pidiesen tintero y papel, lo tenia siempre preparado y pudo servir al punto al poeta.

La frente de éste se contrajo, tomó la pluma, y despues de meditar algunos segundos escribió lo siguiente:

«Yo que no sé de la, de li, ni lé,
Ni sé si eres Cervantes, co ni cú,
Solo digo que es Lope Apolo, y tú
Frison de su carroza y puerco en pié.
Para que no escribieses, órden fué
Del Cielo que mancases en Corfú:
Hablaste buey pero digiste mú,
¡Oh mala quijotada que te dé!
Honra á Lope, potrilla, ó ¡guay de tí!
Que es sol, y si se enoja, lloverá:
Y ese tu don Quijote baladí,
De c... en c... por el mundo vá,
Vendiendo especias y azafran romí.
Y al fin en muladares parará.»

Herido en lo mas profundo de su amor propio, Lope no habia podido dominarse y dejó escapar toda la hiel de su amargura en palabras no muy limpias como son particularmente las que se leen en el antepenúltimo verso.

El primero de estos sonetos, que se encuentra en la biblioteca nacional, es una censura de las obras de Lope, clara, pero decorosa, no habiendo oscuridad en otra alusion que en la de las *cuatro lenguas*, que se dirige á uno de los sonetos de las *Rimas humanas*, escrito en italiano, portugués, latin y cas-

LOPE DE VEGA.

tellano y que en verdad no es de lo mejor del *Fénix* de nuestros ingenios. El segundo, por el contrario, es poco digno, indecoroso y fuera de todo buen juicio como se vé por la falsa profecía de que el *Quijote* acabaria en los muladares.

Sin embargo, cuando Lope lo leyó, aplaudieron sus amigos con frenético entusiasmo, y los que conservaban la cabeza y el pulso bastante firmes para escribir, copiaron ambas poesías que á las pocas horas debian ser conocidas de todos los escritores.

—¡Esto merece un brindis!—gritaron algunos.

—¡Uno es poco!

—Pues ciento.

—¡Viva Lope!

—¡A beber!

Se empinaron botellas y vasos, algunos mas cayeron medio dormidos, y ya en estremo fatigados todos, fueron guardando silencio y disponiéndose para salir.

—Señor Góngora, aseguran que estais decidido a trocar la espada por el hisopo ¿es verdad?

—Sí, esta será mi última broma.

—Pues que os hagan arzobispo es mi deseo.

—No ambiciono mas que morir en gracia de Dios.

—¡Hipócrita!

—Iré á confesarme con vos para ver si me absolveis en verso.

—Predicad á las musas para que se conviertan y bauticen.

—Pero no convirtais á las cristianas en musas.

—Tened presente que Satanás toma las formas de la mujer para tentarnos la ropa.

—Y la mujer se convierte en Satanás para tentarnos la paciencia.

—¡Dejadme, libertinos!

Los que no estaban dormidos, fueron saliendo, y un cuarto de hora despues reinaba el silencio mas profundo en la taberna.

Lope de Vega no podia ya ser amigo de Cervantes mas que en la apariencia: la broma de Góngora habia acabado de desunirlos, como si para esto no fuese bastante el que cada uno de ellos invadiese el terreno del otro, escribiendo Cervantes malas comedias, y Lope novelas que no podian ser peores.

Cuando llegó á manos de Cervantes el soneto que se le atribuia quiso declarar que no era suyo, pero al ver la contestacion, picado su amor propio, nada dijo.

Hemos cumplido la promesa que hicimos á nuestros lectores de llevarlos á presenciar una de las escenas alegres que tenian lugar en la famosa taberna de Manuela, y aquí damos fin á este capítulo para comenzar el relato de otros sucesos.

CAPITULO XLVI.

Un poco sobre las obras de Cervantes, y el principio de una nueva intriga.

IN el apoyo del conde de Lemos y aumentándose los achaques con la vejez, iba siendo cada dia mas apurada la situacion de Cervantes. Ya no podia pasar las noches en vela despues de haber trabajado todo el dia: si empleaba el tiempo en las agencias de negocios, no podia ocuparse en sus tareas literarias, y como necesitaba el producto de ambas cosas para cubrir siquiera las necesidades mas urgentes, crecian sus apuros sin que encontrase el medio de aliviarlos. Quiso el infeliz volver á escribir comedias, pero no estaba ya el teatro como en otro tiempo; Lope de Vega, como entonces se decia, habíase alzado con la monarquía cómica, y era muy difícil para cualquier

poeta conseguir que le comprasen sus obras porque los teatros se llenaban de espectadores con el nombre de Lope, y los comediantes lo esplotaban, representando casi esclusivamente las obras de este escritor.

A muertos y á idos no hay amigos porque el tiempo y la distancia suele borrarlo todo, y así sucedió con las promesas de los Argensolas. Habia pasado un año y pasaron dos: Cervantes se encontraba en la mayor miseria; ni podia acudir al sustento de su familia, ni apenas tenia ropa con que cubrir su cuerpo, y la proteccion del conde no habia dado aun mas resultado que el de algunas cantidades que ordenó antes de marchar se facilitasen á nuestro poeta en ciertas épocas del año por vía de pension y como recuerdo, lo cual era mucho de agradecer, pero no bastante.

Trabajando mas de lo que su poca salud y sus años permitian, concluyó el desdichado manco sus novelas, único recurso que por entonces podia darle algun desahogo, y despues de vencer con especuladores los mil inconvenientes que tanto le hicieron sufrir cuando vendió el *Quijote*, consiguió al fin que se publicasen, dedicándolas al conde de Lemos segun le habia prometido y era su voluntad para demostrar su gratitud.

Doce fueron las novelas: *La Jitanilla*, *La Fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española Inglesa*, *El Amante liberal*, *El Licenciado Vidriera*, *El Celoso estremeño*, *Las dos Doncellas*, *La ilustre Fregona*, *La señora Cornelia*, *El Casamiento engañoso* y el *Coloquio de los Perros*.

A estas novelas llamó Cervantes ejemplares por el fondo de moralidad que tienen, como escritas con tal cuidado sobre este punto que por eso dijo: «hasta los requiebros amorosos son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyese: pues de otro modo, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas al público.» Estos escrúpu-

los fueron los que le movieron sin duda á suprimir de la coleccion *La Tia fingida*, cuyas formas de lenguage son algo libres, si bien nada tiene de inmoral porque en ella está retratado el vicio con sus verdaderos y asquerosos colores, haciéndole odioso, repugnante, y no con esos tintes seductores que son los que estravían el juicio y hacen que la virtud no se presente á nuestros ojos sino como un esqueleto frio, una flor pálida, seca, sin aroma y con mas espinas que pétalos.

En el prólogo de sus novelas se jactó Cervantes de haber sido el primero que habia novelado en lengua castellana, no considerando que esta calificacion podia aplicarse lo mismo á *La Pícara Justina*, *El Lazarillo de Tormes*, *El Pícaro Guzman de Alfarache*, y otras muchas publicadas antes y que con mas propiedad que el *Coloquio de los Perros* podian llamarse novelas: de lo que sí pudo haberse envanecido fué de haber dado una nueva forma á la novela, poniendo el cimiento para el gran edificio que despues habia de levantarse y coronar gloriosamente Walter Scott.

Ya hemos dicho que es ageno de nuestro propósito y no cabe en las condiciones de una novela el exámen crítico de las obras de Cervantes, y por eso dedicaremos pocas palabras á consignar nuestra opinion respecto de las que ahora nos ocupan.

Para tratar asuntos festivos y picarescos no ha tenido Cervantes rival: nadie ha retratado con la admirable verdad que él, tipos como los de Rinconete y Cortadillo, el Celoso Carrizales, el alférez Campuzano y la tia fingida, Doña Claudia de Quiñones: nadie ha pintado con tanta maestría las costumbres del pueblo, ni con tanta gracia ha contado travesuras, ni con tantos chistes ha salpicado los diálogos: preparaos á reir, á sentir, á estudiar cuando tomeis un libro escrito por Cervantes, porque á vuestro pesar asomará á vuestros labios la risa y os sentireis conmovidos, pero no saqueis vuestro pañuelo para enjugar una lágrima porque no se humedecerán

vuestros ojos. Por eso la primera obra de Cervantes es el *Quijote* y despues de esta sus catorce novelas, es decir, las doce que llamó *ejemplares* y *El Curioso impertinente* y *La Tia fingida*, mientras que de estas á *La Galatea* que pertenece al género pastoril, y al *Persilis y Sigismunda* que es del género sério, hay una gran distancia. En nuestra humilde opinion, como en la de otros muchos, su mejor novela despues del *Quijote* es *El Curioso impertinente*, y de las demás, nos atreveremos á decir que tenemos por las mejores, primero *El Celoso estremeño* y despues *Rinconete y Cortadillo*, *La Tia fingida* y *La Ilustre Fregona*. *El Persilis*, á pesar de ser de todas la que está escrita con mas correcto estilo, es para nosotros la última, pues las bellezas de lenguage no suplen ni compensan la falta de concentracion en el interés que se divide y enfria en el intrincado y penoso laberinto de la accion. Si Cervantes no hubiese escrito mas que novelas festivas, difícilmente hubiera encontrado la crítica mas severa un lunar en sus obras, porque nada, nada hay que iguale á sus cuadros de costumbres tan naturales y animados, á la viveza y facilidad de sus narraciones, á la gracia de sus incansables diálogos, á la claridad y propiedad de sus descripciones ni á la verdad de sus tipos. ¿Qué podrá compararse con la pintura que al principio de *La Ilustre Fregona* hace de Carriazo? Nadie en tan pocas palabras ha contado las picarescas aventuras de un mozo ladino y travieso, de tal manera que se le vé bullir y agitarse y no se escapa uno siquiera de los rasgos característicos é interesantes detalles de la vida de un vagabundo atrevido, astuto, emprendedor y maestro en la ciencia de engañarlos á todos sin ser nunca engañado. Bellezas como esta pudiéramos citar muchas y analizarlas minuciosamente para hacerlas comprender mejor, pero necesitaríamos apartarnos de nuestro asunto, y ya hemos dicho que no tratábamos de criticar las obras de Cervantes, ni para esto nos sentimos con fuerzas, porque solo teñemos entusiasmo para admirarlo.

Algunas veces dormitaba el buen Homero, ha dicho Horacio, y Cervantes dormia cuando escribió sus comedias, dormitaba cuando escribió la *Galatea*, acababa de despertar cuando compuso el *Viaje al Parnaso*, y soñaba mientras nos pintó los *Trabajos de Pérsilis y Sigismunda.*

Las novelas son, pues, la gloria de Cervantes, y con ellas probó que era una preocupacion y nada mas la creencia de que nuestra lengua, si bien rotunda y grandilocuente, no era á propósito para tratar asuntos de mediana entonacion por ser corta y nada fértil. En este punto fué Cervantes el primero que salió del estrecho círculo en que hasta entonces se habian encerrado nuestros escritores, pero se salió sin estraviarse, sin tocar en las exageraciones de cultas formas y oscuridad de conceptos donde se perdió el génio atrevido de Góngora y sus imitadores: hacer que en la sencillez hubiese armonía, vigor, contrastes, interés y gracia, fué el problema literario que resolvió Cervantes, despejando la incógnita cuyo valor se habia buscado hasta entonces con tanto afan y tan vanamente como la cuadratura del círculo. Antes que el autor del *Quijote*, muchos habian intentado probar lo mismo con razonamientos juiciosos, pero esto no bastaba, era preciso presentar un ejemplo práctico para convencer, y las novelas ejemplares no dieron ya lugar á la duda. Por eso hemos indicado alguna vez que quizás no se ha llegado aun á comprender por todos lo que á Cervantes deben las letras españolas. Muchos despues de él, han escrito con mas pureza y correccion de estilo, aunque no con mas facilidad, soltura y donaire; pero sin ofender la memoria de estos, sin rebajar un átomo de su gloria, que es mucha, puede decirse que no se sabe hasta donde hubieran llegado á no encontrarse allanada la mayor parte del camino. Cervantes, como don Alfonso el Sabio y don Pedro el Cruel en otros ramos de la cultura, se adelantó á su siglo.

La aparicion de las novelas ejemplares dió lugar, como

el *Quijote*, á criticas, sátiras, disputas, murmuraciones y chismes en que tomaron parte todos los escritores sin esceptuar á Lope de Vega ni Góngora que por entonces se encontraba de prebendado en la catedral de Córdoba. Cervantes hizo como siempre, se defendió de los tiros de algunos, agradeció las alabanzas de todos, despreció las murmuraciones de muchos y se rió de no pocos. Empero es lo cierto que á pesar de los tiros de la envidia y rencores personales, fueron bien acojidas las novelas y se agotó la edicion en pocos dias.

La gloria de Cervantes iba, pues, en aumento y aun debia ser mayor: á pesar de las envidias y enemistades, no habia quien dejase de reconocerle las dotes de su privilegiado talento; empero tambien aumentaba su miseria al par de la gloria, y mientras resonaban los aplausos, veia el infeliz muy de cerca el hambre, la desnudez, y todas las desdichas que pueden perseguir al hombre.

El producto de la venta de las novelas, aunque aumentado con una decente cantidad que el conde de Lemos regaló á Cervantes, apenas bastó para cubrir atenciones pasadas, quedando las presentes casi en descubierto. Sin embargo, este desahogo le permitió algun sosiego de espíritu, y dejando las pocas agencias de negocios que tenia, se dedicó exclusivamente á escribir.

Con incansable ardor y con cuanta asiduidad le permitian su vejez y quebrantada salud, dió principio á su *Viaje al Parnaso*, en cuya obra se propuso hacer el elogio de los buenos poetas de su tiempo y la censura de los malos, recomendando á la vez, y como cosa que viene á cuento, sus méritos en la literatura y la milicia, desahogándose en algunas quejas por la ingratitud con que se le habia mirado.

El asunto era espinoso, y aunque debia aumentar el número de amigos de Cervantes, multiplicaria tambien el de sus enemigos, porque de estos serian todos los que no recibiesen alabanzas.

Nada arredró á nuestro poeta: trabajó sin descanso y al año siguiente vió la pública luz su *Viaje*.

El mundo literario se puso en conmocion, y como eran mas los malos poetas y muchos los que por tales se tenian y no habian sido nombrados por Cervantes, cayó un diluvio de invectivas, que no parecia sino que contra él se habian conjurado todos los habitantes de las negras regiones: y si la envidia y la traicion no fueran cualidades de los ruines y cobardes, tras de los versos hubiera tenido nuestro poeta que sacar la espada; pero no hubo quien se atreviese á llevar la cuestion á tal estremo, y contentáronse los descontentos con murmurar.

Con el *Viaje al Parnaso* acababa Cervantes de hacerse un hombre de mucha importancia literaria por mas que se empeñaron en desacreditarlo sus enemigos.

De estos, uno sobre todo ocupará nuestra atencion por el importante papel que representa en la vida literaria del glorioso manco.

Habia por entonces un fraile dominico familiar de la Inquisicion (santa aunque tenia de infernal las hogueras y tormentos) hombre de genio avieso y que tenia pretensiones de poeta por haber escrito y publicado un tomo de malas poesías místicas que no fué leido mas que de sus parientes y amigos. Esto, como presumirán nuestros lectores, no fué considerado por Cervantes como un título suficiente para estampar en su *Viaje* el nombre del dominico, á pesar de que este le habia enviado un ejemplar de sus poesías cuando supo que se ocupaba en escribir una obra donde se haria mencion de todos los poetas castellanos.

Tomó el fraile á ofensa mayor que desaire ú olvido la omision de su nombre, y pensó que de esto no era otra cosa la causa sino la envidia.

—Bien se comprende—dijo mientras hojeaba el *Viaje al Parnaso*, que descansaba sobre su abultado abdómen.—¿Como ha

de alabar mis versos quien los hace peores? Además habrá temido que su obra quede oscurecida si se generalizaba la lectura de la mia, como hubiera sucedido haciendo de ella los elogios que merece. Pero no ha de valerle la treta, su gloria se eclipsará, porque si no se comparan los versos se comparará la prosa, y el mejor parto de su ingenio quedará en el olvido. Arrojó el guante y yo lo recojo—añadió el reverendo, cuyo semblante se animó—*Forse altri canterá con miglior plettro*, ha dicho, como Ariosto, al final de su *Quijote*, y yo cantaré las hazañas del hidalgo manchego de tal manera, que el pobre manco se avergonzará de haber escrito su cuento. ¡Oh! quedaré vengado, noblemente vengado, le heriré por los mismos filos y sabrá apreciarme en lo que soy. ¡Yo despreciado por un criminal que ha pasado la mitad de su vida en las cárceles, por un andrajoso que vive poco menos que de limosna; yo, uno de los mas respetados padres de la órden de predicadores, mirado con desden por un rufian!... Pero no debo estrañarlo; ¿qué puede esperarse de quien está lisiado por la mano de Dios? Bien dice el refran.... ¡Oh!... ¡Y ni siquiera me ha respetado porque soy uno de los mas influyentes familiares del Santo Oficio!... Debe de estar loco, pero yo le curaré y tendrá que venir cuerdo á confesar su falta y demandar el perdon. ¡Qué sorprendido quedará cuando vea la segunda parte del *Quijote* y oiga decir por todos lados que es mejor que la primera!... Señor manco, habeis querido oscurecer mi nombre, pero yo borraré el vuestro con el mio.

Con tanto calor tomó el asunto el reverendo, que aquel mismo dia comenzó á escribir la segunda parte del *Quijote* y en poco tiempo le dió fin, apareciendo impresa en el mismo año en Tarragona con el nombre supuesto del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Entre tanto Cervantes acababa de escribir algunas comedias y se ocupaba en darles salida, mientras que continuaba tambien la segunda parte del *Quijote* que deseaba publicar muy

pronto porque le habia ofrecido pagársela bien el mismo que le compró la primera.

Despues de haber solicítado ínútilmente que le representasen sus comedias, tomó el arbitrio de darlas á la estampa, y aunque ningun librero queria comprárselas, al fin, despues de súplicas logró que se las tomase Juan de Villaroel no sin haber tenido el disgusto de oir que este le manifestó francamente que un autor de título le habia dicho que de su prosa podia esperarse mucho, pero de su verso nada; lo que esto debió hacerle sufrir se comprende; pero no tenia con qué comprar pan á su familia y se contentó con desahogarse en un prólogo escrito con tanta ingenuidad y discrecion que bien vale el dinero que recibió por todo el libro.

Estas comedias fueron ocho: *El Gallardo español*, *La Casa de los celos*, *Los Baños de Argel*, *El Rufian dichoso*, *La Gran Sultana*, *El Laberinto de amor*, *La Entretenida y Pedro de Urdemales*. Además añadió otros tantos entremeses que son: *El Juez de los divorcios*, *El Rufian viudo*, *La eleccion de los alcaldes de Daganzo*, *La Guarda cuidadosa*, *El Vizcaino fingido*, *El Retablo de las maravillas*, *La Cueva de Salamanca y El Viejo celoso*.

Estos entremeses, lo mismo que otro titulado *Los dos habladores*, que no fué conocido hasta despues de la muerte de Cervantes, son algo mejores que las comedias; pero ni de unos ni otras se puede hacer con justicia ningun elogio, y comprendemos que no quisiesen representárselas en los teatros de la córte, con doble razon teniendo las de Lope de Vega y otros escritores.

Pero Cervantes tuvo siempre la manía de hacer versos y hasta llegó á envanecerse con sus comedias, lo cual no le sucedió con su *Quijote* que era el que debia haberle llenado de orgullo; mas de sus obras no fué tan acertado crítico ni juez imparcial como de las agenas.

Pasaron algunos meses, y viendo el dominico que Cervan-

tes no se daba por entendido sobre la segunda parte del *Quijote*, pensó si no habria tenido noticia de ella, como así en efecto habia sucedido, y tomando un ejemplar lo remitió á nuestro manco con otro de las poesías para hacerle comprender de este modo quien era el verdadero autor.

Cervantes debia sufrir en los últimos años de su vida esta amargura, no porque le importase que otro hubiese continuado su obra, sino porque el fingido Avellaneda, no limitándose á seguir el argumento con mas ó menos gracia, atacó el amor propio literario, los servicios militares, la triste situacion y moralidad de nuestro poeta, llamándole manco, viejo, pobre, envidioso, mal contentadizo, murmurador y delincuente ó encarcelado.

Tal fué la que llamaba venganza noble el tristemente célebre autor de la segunda parte del *Quijote*: como la tomó Cervantes lo veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLVII.

Lo que contestó Cervantes al licenciado de Tordesillas.

Si quieres, lector, ven conmigo á la que fué calle de Francos y hoy se llama de Cervantes, y allí verás una casa que por casualidad no fué en otros tiempos demolida, y ahora se respeta porque en ella vivió y murió el *Príncipe de los Ingenios Españoles*, como lo dice una mezquina lápida que hay sobre su mas mezquina puerta y lo indica un busto en relieve que está cubierto de polvo y no tardará mucho en estar hecho pedazos porque nadie se acuerda de él. Siempre que yo, entusiasta de las glorias de mi patria y admirador y reverenciador de las virtudes y el talento, paso por aquel sitio, inclino respetuosamente la cabeza y aun me la descubro, y si sigo adelante, vuelvo á in-

clinarla á los pocos pasos porque encuentro la que fué morada de Lope de Vega, y andando algo mas y entrando en la que se llamó calle del Niño, tengo que dar una nueva muestra de respeto y admiracion porque sé que allí vivió don Francisco de Quevedo.

La casa en que vivió Cervantes es de apariencia pobre, y en aquel tiempo era de aspecto miserable porque todavía no se habian ejecutado en ella las obras que segun atestiguan documentos se hicieron despues. Entonces era propiedad de don Francisco Martinez, clérigo, el cual la dejó á su muerte á su hermano don Luis Antonio, cura de Majadahonda. Este otorgó testamento en 30 de setiembre de 1659, dejando por usufructuaria de dicha finca á su hermana doña Juana, y en este documento se encuentra la tasacion hecha por Tomás Roman maestro de obras, que en su declaracion dice: «Tasó unas casas que están en la calle del Leon, que hacen esquina á la de Francos y alindan con casas que dicen de Rueda por una parte, y por la dicha calle de Francos con cocheras de Juan de Estrimiana contador de S. M. las cuales tienen de delantera por la calle del Leon, 46 piés, y de fondo por la de Francos 56 piés y medio, y por la parte de atrás 56 piés, que multiplicado todo hace el referido sitio 2,881 piés superficiales inclusas medianerías, que á 8 reales cada pié montan 23,048 reales, y la fábrica de la dicha casa, á toda costa de materiales y manos 4,530 reales.» Despues en 1624, se apreció judicialmente y se vendió á Pedro Serrano, boticario de la calle de Leon, cuya botica puede casi asegurarse que es la misma que hoy se encuentra en dicho punto sin mas diferencia que la del lujo en el adorno, pues la de entonces no hubiera podido competir con la miserable tienda de un herbolario de nuestro tiempo.

En 20 de noviembre de 1667 compró el boticario la casa contigua de Estrimiana, y uniendo ambas, hizo obra en ellas el arquitecto Bernardino Sanchez.

Por muerte de Pedro Serrano, que otorgó testamento en veinticuatro de diciembre de 1700, heredó la casa doña Micaela Aguado su nieta.

En veinticuatro de julio de 1701 volvió á tasarse unida ya á la casa cochera del contador Estrimiana, por los maestros de obras Juan Fernandez Alonso y Francisco de Lara.

Casó despues doña Micaela Aguado con don Francisco Perez de la Herran, guarda joyas de S. M., y tuvieron entre otros hijos á don Manuel y doña Catalina.

La casa tocó en herencia al don Manuel, tambien guarda joyas, el cual casó con doña Petronila de Fuenlabrada, y no teniendo hijos, la heredó su referida hermana doña Catalina Perez de la Herran.

Acabó esta sus dias sin haberse casado, y siguiendo la caritativa costumbre de aquellos tiempos, bien entendida unas veces, y muy mal en otras ocasiones, dejó la casa á la Real Hermandad del Refugio.

Esta es, lector, la historia de la casa en que moró Miguel de Cervantes Saavedra los últimos años de su amarga vida. No he hecho una cosa nueva, pero sí conocida de pocos, y por esta razon nos hemos detenido en detalles que tenemos por de interés.

En ninguno de los documentos que hemos citado se espresa el número de habitaciones que tenia la casa, ni menos en cual viviese nuestro poeta; pero segun lo que este dice al final de su *Viaje al Parnaso*, deduce don Juan Antonio Pellicer que debió ser el cuarto bajo, por indicarlo asi la palabra lóbrego de los siguientes versos:

Fuíme con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho:
Que cansa, cuando es larga, una jornada.

Pero como se vé, esto no prueba que fuese el cuarto bajo, pues el principal podia tambien ser lóbrego, al menos en las

habitaciones interiores si estas no recibian bastante luz del patio por un defecto de construccion.

Tampoco se espresa el cuarto en la partida de profesion de hermano en la Orden Tercera, pues esta dice asi solamente:

«En dos de abril de mil seiscientos y diez y seis profesó, en su casa por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes, en la calle del Leon, en casa de don Francisco Martinez, clérigo, hermano de la Orden»

Pero admitiendo que era el cuarto bajo, que asi nos inclina á creerlo la estremada pobreza de Cervantes, entraremos á una habitacion húmeda y sombria, con ventana al patio.

Mira, lector, y verás una mesa de nogal donde hay muchos papeles y libros en desorden y un tintero grande de piedra.

¿Ves un hombre flaco, con la cabeza blanca, el rostro surcado de arrugas, encorbada la espalda y que á pesar de su vejez brillan como dos luces sus ojos? Es Miguel de Cervantes, el mismo de Lepanto y Argel y de la taberna de Manuela, el que por su patria peleó con tanto valor como ingenio tuvo para escribir, el que era tan rico de virtudes como pobre de caudal, el que llegó á la última miseria al llegar al apogeo de su gloria, el que no aduló para alcanzar un empleo y tendió la mano que le quedaba para recibir las limosnas del caritativo arzobispo de Toledo y del magnífico y liberal conde de Lemos.

Era uno de los primeros dias de enero del año de 1615 y acababan de dar las once.

La mañana estaba fria y el cielo encapotado por espesos nubarrones, por lo cual estaba mas que otras veces lóbrega la miserable habitacion del poeta.

Todo indicaba allí miseria: no habia mas muebles que la mesa de que hemos hablado, tres sillas y un armario de pino que disputaba la antigüedad al abuelo de Cervantes.

Este, medio liado en un ferreruelo de paño verde raido y agujereado en mil partes, solia temblar de frio; pero se res-

tregaba las manos, encogia las piernas, pensaba en *Don Quijote* y seguia trabajando con ardor.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores acababa de dejar abierto sobre la mesa un libro que habia hojeado y leido con afan mientras que unas veces palidecia, y otras se contraía su frente y algunas sonreía con amargura.

—Estos son los últimos consuelos y la recompensa que recibo del mundo, dijo con acento irónico.—¡Hasta las nobles acciones me echan en cara, se me acusa y vitupera por lo mismo que debieran alabarme!... ¡Oh!.., ¡Y esto hace el que debiera dar ejemplo de virtudes!... ¡Y no puedo reparar la ofensa porque es sagrado el ofensor! no puedo arrojarle al rostro toda la fealdad de su ruin proceder, porque tiene en sus manos una venganza terrible!... Bien hace en amenazarme porque así no olvidaré que hay calabozos y tormentos en la inquisicion para castigar las heregías que puedo cometer defendiendo mi honra: bien hace ¡vive el cielo! prosiguió el poeta, apretando los puños, porque si no me olvidaria de lo que ese hombre representa y solo me acordaria de lo que es. Manco me llama significando que me ha señalado Dios para que me distingan los hombres y no se fien de mí.... Si, Dios me ha señalado para que los hombres me distingan y respeten porque por Dios y por mi patria perdí una mano. Vitupera mi pobreza que es el testimonio de mi virtud, se burla de mi vejez que representa mis desgracias y recuerda mis prisiones cuando estas están pidiendo justicia y reparacion para mí. ¡Oh!... Bien merece el desprecio quien obra tan ruin y cobardemente: pero tambien merece castigo y ¡vive Dios! que viejo y todo como soy le daria una leccion tan dura como provechosa si la mano que me queda pudiese tocarle sin cometer un sacrilegio. Empero calma, toda mi calma necesito en esta ocasion. ¿No he sufrido y callado toda mi vida? Pues sufriré una vez mas, y si no callo, al menos seré cortés como él desvergonzado, y callando lo que siento diré lo que pueda

sin riesgo ni peligro, que la muerte llama á la puerta de mi aposento y quiero acabar en paz mi vida.

En efecto, Cervantes no podia hacer otra cosa, el defenderse, no mas que defenderse sin herir le hubiera costado muy caro porque su enemigo era familiar de la inquisicion.

Algunos momentos permaneció silencioso y meditabundo, y luego, volviendo á hojear el libro, que no era otro que el *Quijote* del fingido Avellaneda, y tomando la pluma, se dispuso á escribir mientras decia:

—El llanto sobre el difunto, como hubiera dicho el buen Sancho. Prólogo nuevo porque ya no sirve el que hice. Tente pluma y acuérdate que si no me respetó el alcalde de Argamasilla menos me respetará el santo oficio.

Sonrióse con visos de amargura, y comenzó de esta manera lo que debia ser y fué prólogo de la segunda parte del *Don Quijote*:

«Valame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona. Pues es verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer escepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haga.

Detúvose al llegar aquí Cervantes: sonrióse nuevamente y dijo:

—Con mas disimulo creo que no puedo decir lo que es y merece, diciendo que quiero callarlo. Ahora prosigamos por partes y con órden. Me llama viejo y manco con tono de desprecio.... Esto puedo contestarlo sin peligro:

Y continuó escribiendo lo siguiente:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano detener el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quién las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Lo que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra, y al desear la justa alabanza: y háse de advertir, que no se escribe con las canas sino con el entendimiento, el mal suele mejorarse con los años.»

Bien, repuso Cervantes, nada mas puedo decir,ni tampoco quiero, que todas las palabras están demás para contestar necedades. Pero tambien me acusa de envidioso y esto no puede quedar sin contestacion siquiera porque da á entender que miro con ojos de ruin envidia á Lope de Vega. ¡Oh!... ¡Envidioso el que nada ha deseado ni pedido, el que todo ha sacrificado por los demás! ¡Envidia á Lope de Vega cuando públicamente lo alabo y pregono su fama!... Bien quisiera yo contestar á esto algo que llegase al alma de mi enemigo, alguna verdad amarga, pero no puedo y habré de contentarme con rechazar la calumnia.

Meditó algunos segundos, y luego escribió:

«He sentido tambien que me llame envidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote y mas si tiene

por añadidura ser familiar del santo oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion contínua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmacion de esto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.»

Volvió á interrumpirse el poeta y se dilató su semblante hasta sonreir con la espresion medio picaresca medio desdeñosa y amarga que tanto le caracterizó.

—No puedo decir mas,—murmuró despues de algunos instantes—pero tengo para mí que ha de dolerle mas lo poquísimo que digo que si fuese mucho, y que no han de quedarle ganas de escribir mas libros.

En seguida, volviendo á tomar la pluma, continuó con los dos oportunos y graciosos cuentos que terminan el prólogo de la segunda parte del *Quijote* y que tan populares se hicieron.

—Basta—dijo—basta que aun es demasiado para quien tan ruinmente obra que ni aun contestacion merece. Para lo demás tendré ocasion en el capítulo que voy á comenzar.

Cervantes volvió á leer el prólogo, y sin aumentar nada lo guardó.

Poco á poco fué tomándose triste y meditabunda la espresion de su rostro, y al fin inclinó sobre el pecho la cabeza como á ello le obligase el peso de sus tristes ideas ó el de sus años y desgracias. A pesar de la templanza de sus sentidas razones, el infeliz habia sufrido mucho en aquellos momentos.

—Se acabó, se acabó—dijo despues de algunos momentos.—Presiento la muerte porque las esperanzas huyen y donde busco las flores de la ilusion encuentro solo espinas. Tras la aurora que sonrie viene el dia con su luz ardiente y luego la noche con sus tinieblas. Acabó la aurora de mi vida, se apaga el fuego de su sol y pronto la noche del sepulcro me envolverá en su fria oscuridad. Siempre he visto la muerte mas lejos que la infancia, y hace algunos dias que esta me parece mas cercana que la juventud.... es el presentimiento mortal que Dios levanta en el espíritu del hombre para que se arrepienta. Pero antes—añadió, tomando un legajo, y estrechándolo cariñosamente contra su pecho—antes de morir dejadme, Dios mio, que ponga fin á la obra que ha sido mi última ilusion.

Los papeles no eran otros que el manuscrito del *Persiles*.

Poco faltó al poeta para derramar lágrimas de ternura, pero se contuvo, dominóse, dejó los papeles, y tomando la pluma despues de meditar algunos instantes, y al proseguir el capítulo LIX del *Quijote*, que tenia comenzado, dijo.

—Ninguna ocasion mejor que esta.

Y escribió.

»Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique»....

La pluma corrió con rapidez mientras se animaba el semblante del poeta.

Media hora despues fué interrumpido por doña Catalina que entró diciendo:

—¿No quieres comer?

—¿Comer?.... bien—contestó distraidamente el poeta.

—Deja el trabajo, es preciso que descanses porque á tu edad....

—Si, es cierto.... á mi edad debe descansarse y.... pienso que pronto descansaré replicó Cervantes con acento irónico.

—Miguel....

—Con el *Persiles* me despediré del trabajo....

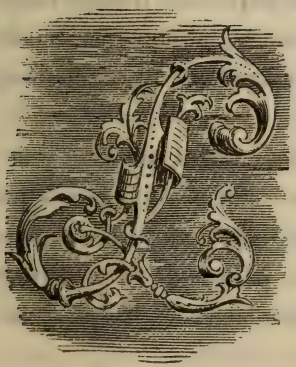
—Estás algo pálido.... ¿Te sientes indispuesto?

—No, sin duda.... el frio.... ¿Vamos á comer?

Doña Catalina exhaló un suspiro, y Cervantes sonrió alegremente como si fuera el hombre mas feliz del mundo.

CAPITULO XLVIII.

La última persecucion.



A segunda parte del *Quijote* se publicó al fin y fué recibida del público con tanto entusiasmo que en pocos dias se agotó la edicion. Creció la fama de Cervantes, y ya todos, amigos y enemigos hubieron de reconocerle un ingenio privilegiado.

El fingido Avellaneda fué el que con mas avidez leyó el celebrado libro, y devoró en silencio su despecho y amargura al ver que sus insultos y acusaciones habian sido contestados con una dignidad y prudencia que honraban á Cervantes. Sintió el escritor de Tordesillas mas vivos que nunca sus deseos de venganza, pero convencido de que su pluma no podia luchar con la del autor del verdadero *Quijote*, tomó otro ca-

mino, leyó cuidadosamente la segunda parte que se acababa de publicar, y despues de un exámen detenido y minucioso, exclamó con viva alegría al leer uno de los párrafos del capítulo XXXVI:

—¡Aquí está!... ¡Oh!... Esto no puede dejarse correr así, pues es peligroso. No me mueve la pasion, sino un deber de conciencia, y nadie pensará otra cosa. Es menester que el Santo Oficio revise esta obra. ¿A dónde iriamos á parar si se permitiese esparcir estos principios? ¿Qué seria de la religion, qué de la sociedad?

Las palabras peligrosas á que el reverendo se referia, eran las que Cervantes pone en boca de la duquesa cuando hablando con Sancho Panza sobre los azotes que este debia darse para desencantar á Dulcinea, le dice:

«Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.»

Ya hemos dicho que el fingido Avellaneda era familiar de la inquisicion, de manera que le costó poquísimo trabajo hacer que este tribunal se ocupase del *Quijote*, aunque ya estaba censurado, resultando como era de esperar que se condenasen las referidas palabras.

El Santo Oficio no hacia nunca las cosas á medías, y decretó la comparecencia de Cervantes, que era lo mismo que mandar encerrarlo en sus calabozos, pero afortunadamente lo supo el poeta con tiempo bastante para salír de la corte y acudir á su protector el cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general.

Este ilustre prelado, modelo de virtudes, acogió á Cervantes con su acostumbrada bondad y empleó toda su influencia y poder para evitar el golpe, consiguiéndolo con suma dificultad, pues á pesar de ser un príncipe de la Iglesia y ocupar el puesto de inquisidor general, no se le atendió á las primeras indicaciones y hubo de tocar cuantos resortes estaban á su alcance para anular lo de la comparecencia y que el tribunal

se contentase con señalar en el índice espurgatorio las palabras en cuestion.

Solo la inquisicion faltaba que hubiese perseguido á Cervantes, y al fin sucedió. Imposible es comprender lo que debió sufrir el desdichado viendose perseguido tan injustamente en los últimos dias de su existencia. Tal impresion le causó este acontecimiento, que le pareció que en pocos dias habian pasado muchos años, sintió menguar notablemente sus fuerzas y comprendió que acababa su vida.

—¿Donde está—se preguntó con amargura—el premio de todos mis sacrificios y honradez?... ¡Oh!... Al fin te he conocido, mundo ingrato, pero.... ¡ya es tarde!

Revolvió en su mente todo su triste pasado, miró el presente, y al pensar en lo porvenir levantó al cielo los ojos y murmuró:

—Allí está la verdadera vida, allí está la justicia.

Desde aquel dia se alteró notablemente la salud de Cervantes y se declaró una hidropesía.

Entonces trabajó mas que nunca: habia comprendido que aquella seria la última enfermedad, y no queria morir sin haber terminado el *Persilis*, en cuya novela, aunque sin razon bien fundada, tenia todas sus ilusiones. Ni los ruegos de su aflijida esposa, ni los consejos de sus amigos le hicieron desistir de su propósito: á todos contestaba con semblante risueño y mientras sonreia:

—La ociosidad es madre de malos pensamientos, y como el no abrigar ninguno me importa en los últimos dias de mi vida, quiero trabajar sin descanso. Dejadme pues, que lugar me queda para reposar en la sepultura.

La enfermedad aumentaba cada dia, siendo ineficaz la ciencia para atajarla; pero Cervantes se mostraba mas y mas alegre y decidor, como si en vez de acercarse al sepulcro se alejase de él.

Así caminaba á su fin el autor de *Don Quijote de la Mancha*

despues de una vida de amarguras cuyo solo relato hace estremecer.

Poco y triste es lo que nos queda que referir, pero los últimos momentos de Cervantes son los de mayor interés de su vida porque en ninguna ocasion como en ellos probó hasta donde llegaba su grandeza de alma.

Nada hubo que pudiera abatirlo: con todo luchó heróicamente: ni la miseria, ni las desgracias, ni la agonía. ¡Corazon sin igual! Hasta en los momentos en que sentia sobre su pecho la mano helada de la muerte, tuvo calma para su espíritu, serenidad para su frente, dulzura para su mirada y sonrisas para sus labios.

CAPITULO XLIX.

El último suspiro.

Todo pasa como el tiempo, todo concluye como la vida, se olvida todo, y lo que no se olvída enteramente, deja solo un recuerdo vago.

Sin sentir viene la vejez, la muerte llama, se despierta del sueño de las ilusiones, se mira atrás y al través del prisma de los años y con los ojos de la esperiencia se vé lo que pasó, se pregunta á la esperanza y se exhala un suspiro.

«Adios gracias; adios donaires; adios regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

Así terminó Cervantes el prólogo de los *Trabajos de Persi-*

lis y Sigismunda, escrito pocos dias antes de espirar. La despedida no podia ser mas tierna, no podia espresar mas. Todo habia concluido para él, pero su juventud, su vida bulliciosa la recordaba con la tranquilidad y dulzura del que tiene su conciencia limpia.

Aumentaba con rapidez la enfermedad del poeta, pero como si al perder el cuerpo sus fuerzas aumentasen las de su espíritu, mostrábase cada dia mas alegre, decidor y animoso, y consolaba á su familia anticipadamente para hacerle menos dolorosa su pérdida. A pesar de que casi no le permitia moverse la hinchazon producida por la enfermedad, se ocupaba de cuanto era menester para dejar sus negocios en buen órden, y trabajaba sin descanso para concluir el *Persilis*, y que el producto de la venta quedase á su familia para atender á las primeras y mas urgentes necesidades hasta tomar la corta renta de los bienes de Esquivias. Como siempre le habia sucedido, sus deberes fueron para el infeliz antes que su vida, el bienestar de los otros antes que el suyo. ¡Corazon grande y noble! Quince dias antes de morir hizo un viaje á Esquivias para dejar en perfecto arreglo los bienes de su esposa, y á pesar del estado doloroso de su salud, no le abandonaron los bríos ni la alegría que dejó ver en el encuentro que tuvo á su vuelta con un estudiante, y que con tanta gracia refiere en el prólogo del *Persilis y Sigismunda*.

Agravóse la enfermedad, los médicos anunciaron el próximo fin del paciente, y comprendiendo tambien él mismo que eran contadas las horas de su existencia, pidió confesarse, y el dia 18 de abril de 1616 recibió el Sacramento de la Extrema-Uncion.

El *Persilis* estaba concluido, y negociado el privilegio de la impresion, para la cual solo faltaba la dedicatoria.

Ni aun en el trance terrible de la muerte podia Cervantes dejar de ser agradecido: ya nada tenia que esperar de los hombres, pero aun queria dar muestras de que el recuerdo de los

beneficios que habia recibido no se apartaria de él sino con el alma, cuando fuese Dios servido llamarla á sí.

Al dia siguiente de haber recibido la Extrema-Uncion, dijo Cervantes á su esposa:

—Dame papel y una pluma.

—¿Vas á escribir? preguntó sorprendida doña Catalina.

—Sí.

—Imposible; apenas puedes moverte.

Así era: la hinchazon habia aumentado estraordinariamente, y el infeliz poeta, sentado en un sillon porque no podia acostarse, y medio envuelto en algunas mantas, tenia que hacer los mayores esfuerzos para moverse.

—Es preciso—repuso.

—Preciso no hay nada para tí mas que la salud.

—Me queda un deber que cumplir: nuestro generoso protector el conde de Lemos no ha llegado todavía, y ya por pronto que venga será tarde para que yo le vea y le muestre con palabras mi agradecimiento. Quiero escribirle diciéndole que muero sin olvidar sus beneficios y bendiciendo su nombre.

—Otro puede escribir lo que tú dictes....

—No, Catalina; no quedaria yo satisfecho si por mi mano no lo hiciese.

—¡Por Dios, Miguel!...

—Despues de la dedicatoria, te prometo no volver á ocuparme de nada, porque no quiero morir sin saber lo que son siquiera algunas horas de descanso, de ocio completo.

—¿Y esperas?...

—A la agonía; antes no he tenido ocasion.

—¡Ah!...

—No te aflijas, Catalina: quien mas pierde soy yo, y estoy alegre, y me rio. Deja el llanto para regar mi sepultura, y eso sin que te abandones á tu dolor....

—¡Miguel!...

—Dame la pluma, escribiré poco, pero quiero aprovechar

estos instantes en que está mi cabeza tan despejada como el dia que escribí el primer romance amoroso ó aquel en que intenté retratarte en Galatea. ¿Te acuerdas de aquel tiempo, Catalina? ¡Con cuánta rapidez han pasado los años! En medio de todas mis desgracias me consideraba yo entonces feliz con tu amor: no habia contratiempo que me arredrase. ¡Cuántas eran entonces las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu! ¡Cuánto he luchado con la adversidad!... ¡Oh!... Pero no me pesa, Catalina, no me pesa, porque ahora bajo al sepulcro con la conciencia tranquila, satisfecho de mi proceder, y esto vale mucho, merece el haber luchado.

Cervantes tuvo que detenerse, porque su trabajosa respiracion no le permitia hablar mucho tiempo.

Doña Catalina, sin poder articular una palabra, lloraba transida de dolor tanto mas profundo, cuanto mas reconocia la grandeza de alma de su esposo.

—El papel—volvió á decir el poeta;—quiero aprovechar estos momentos; quiero llevar mi gratitud mas allá de la muerte, mostrándola en mi agonía.

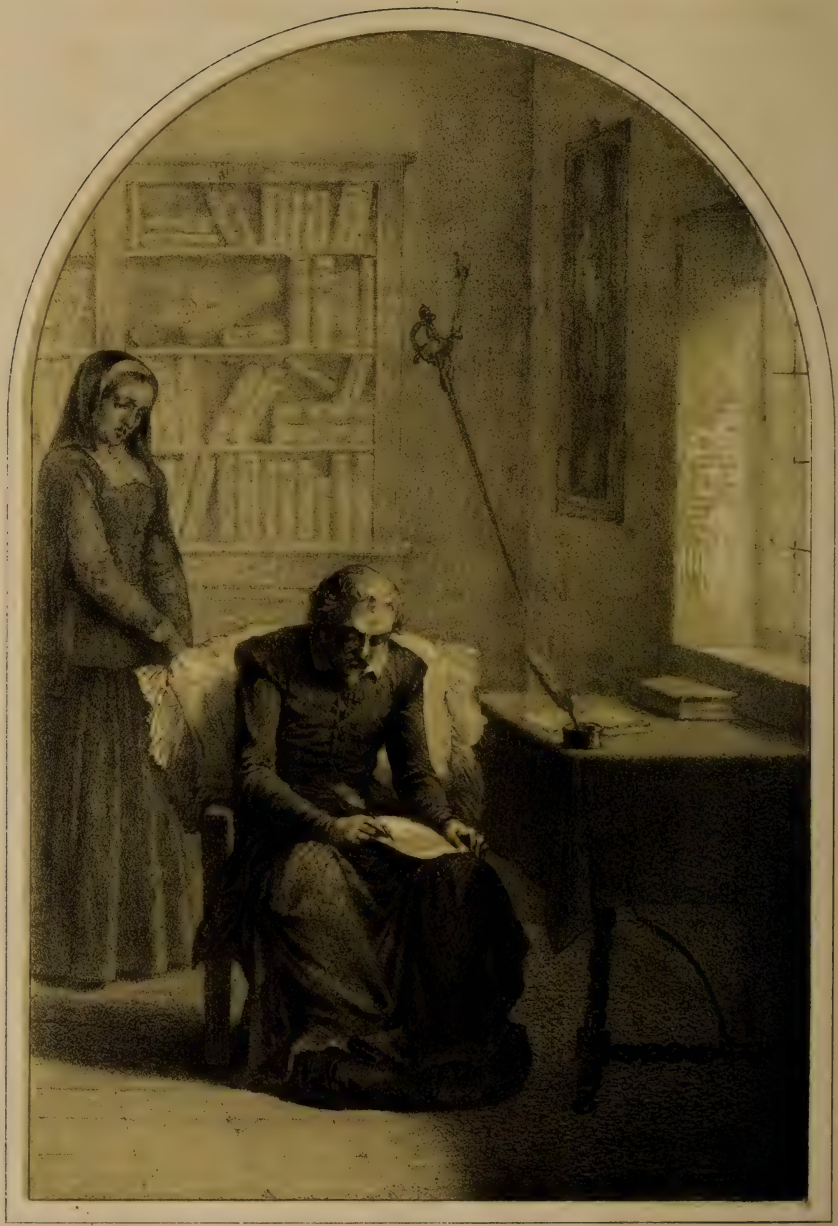
Dióle doña Catalina lo que habia pedido, y él, acomodándose para escribir en las rodillas, meditó algunos instantes y murmuró:

—¿Por qué he de entristecerlo? Yo tampoco estoy triste, ni tengo para qué estarlo. La ternura no está reñida con la alegría.

Por última vez se iluminaron sus ojos con el fuego de la inspiracion, entreabrióse su boca y todavía hubo para sus labios una sonrisa que nada tuvo que envidiar á las de su juventud.

Su mano insegura trazó al fin las primeras letras, diciendo así:

«Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*: quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con



Lit.ª Heraldica.

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo esta.

las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

«Puesto ya el pié en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.»

«Ayer me dieron la Extrema-Uncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á vuestra escelencia, que podria ser fuese tanto el contento de ver á vuestra escelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida»....

Con tan festiva ternura siguió Cervantes la carta dedicatoria sin interrumpirse mas que para tomar de vez en cuando aliento, concluyéndola al cabo de veinte minutos.

—Toma—dijo á su esposa, que permanecia en un rincon del aposento, derramando abundantes lágrimas;—que saquen una copia para la imprenta, y este guárdalo tú como recuerdo, por ser lo último que escribo.

Doña Catalina sintió que le faltaban las fuerzas, y con pasos vacilantes se acercó á su esposo.

—Miguel—murmuró con voz ahogada.

Pero no pudo proseguir; tomó el papel con mano temblorosa, y salió para caer desfallecida en el inmediato aposento.

Desde aquel instante reinó un silencio profundo en aquella morada de dolor y llanto.

A los cuatro dias, es decir, el 23 de abril de 1616, entró un sacerdote para dar al enfermo los últimos auxilios y consuelos de la religion.

—¿Quién es el paciente?—preguntó con dulzura.

—Miguel de Cervantes;—le contestaron.

—¡Miguel de Cervantes!—repitió el sacerdote con acento de admiracion y sorpresa.

Y esparció una mirada por el aposento desnudo de muebles, lóbrego y húmedo.

—¡Miguel de Cervantes!—volvió á decir.—¡El autor del *Quijote* en tal miseria!... ¡Ah!... Pero le queda el cielo para recompensa de sus virtudes.

Cervantes fijó una tierna mirada en el sacerdote, pronunció el nombre de su esposa y de su hija, é invocando el de Dios, dijo:

—Padre, la mano de la muerte comienza á helar mi corazon.... Fortificad mi fé con vuestras palabras, absolvedme y rogad al Eterno por mí.... ¡Bendito sea Dios, que me da una muerte tan dulce y tranquila!... La agonía no me hace sufrir.... se estinguen lentamente mis fuerzas sin causarme el mas leve dolor.... Soy feliz, padre.... la llama de mi fé arde mas viva que nunca.... Bendecidme en nombre de Dios, cuya grandeza, justicia y misericordia comprendo ahora como jamás comprendí.

El rostro del poeta se dilató con una dulzura que revelaba la tranquilidad del justo.

La voz del sacerdote, dulce, consoladora, se dejó oir en medio del silencio triste que reinaba en toda la casa.

Algunos minutos despues todo habia concluido. Miguel de Cervantes ya no existia.

Ayes y lamentos de dolor agudísimo se perdieron en el espacio tras el espíritu puro del poeta, que volaba á Dios para recibir el premio de sus virtudes.

Cervantes habia pedido ser enterrado en la iglesia de las monjas Trinitarias, donde habia profesado Isabel, único fruto de sus amores, y donde yacia el cuerpo de la infeliz Zoraida.

Al dia siguiente, el cadáver, conducido por cuatro hermanos de la órden Tercera y con el rostro descubierto, segun era costumbre de aquella sociedad, fué conducido á la última morada.

Cuando el fúnebre cortejo atravesaba la plaza del Arrabal para entrar en la calle de Toledo, se detuvieron á mirarlo algunos de los ociosos que á todas horas se encontraban allí.

Entre ellos habia un hombre como de cincuenta años ó mas, flaco, de mala catadura, y que procuraba recatarse el rostro con el embozo de su raido ferreruelo. Junto á él habia otros cuatro vestidos de negro, los cuales al verle se dijeron algunas palabras al oido, y se colocaron de manera que le tuviesen en medio.

—¿Quién es el difunto?—preguntó el hombre flaco á un menestral que tenia delante.

—El señor Miguel de Cervantes—le contestó el otro.

El de la cara sospechosa palideció, y como si le incomodase ver aquel triste espectáculo, dió un paso para irse.

—Con nosotros, señor bachiller Lagartija,—le dijo uno de los cuatro vestidos de negro, y que eran alguaciles.

El antiguo cómplice del vizconde intentó primero negar y luego defenderse; pero fué en vano.

—Mirad que os equivocais—dijo con impeturbable calma.

—Por eso no tengais cuidado, buen bachiller, que fácil os será deshacer la equivocacion.

—Bueno—repuso Lagartija—pues si tambien me conoceis no ignorareis que no soy hombre que me deje llevar á la cárcel sin haber mandado al otro mundo á quien primero se atreva á ponerme las manos encima.

Y esto diciendo, intentó sacar la espada.

Pero se le echaron encima los corchetes con tanta ligereza que en pocos momentos se encontró desarmado y sin poder moverse el asesino.

—¡Vive Dios!—dijo mientras le ataban los brazos.—Cuando vivo tuve siempre miedo á ese poeta, y ahora veo que con razon, pues despues de muerto ha sido la causa de que me echen mano estos tunantes. Vamos; alguna vez habia de suceder esto. Ya sé que me espera la horca como á mi camarada el sacristan.

Al año siguiente salieron los *Trabajos de Persilis y Sigismunda* en Madrid, Valencia, Barcelona y Bruselas, pero se

perdieron la segunda parte de *La Galatea*, *Las Semanas del Jardin* y el *Bernardo*, obras que, segun decia Cervantes en la dedicatoria del *Persilis*, se proponia concluir si por un milagro le restituia el cielo la vida.

Los restos del hombre con cuya gloria se envanece España se perdieron tambien, y hasta su nombre estuvo casi olvidado mas de un siglo, sin que nadie tratase de averiguar los principales sucesos de su amarga vida.

Nada mas podemos decirte, lector amigo, de Miguel de Cervantes Saavedra: como tú y todo español, veneramos su nombre y le hemos prestado el homenage de nuestra admiracion, intentando pintar sus virtudes.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

		PAGINAS.
XXII.	Donde volveremos á Portugal para dar cuenta de lo que allí sucedió.	3
XXIII.	El combate.	14
XXIV.	Donde prosegiremos como Dios nos dé á entender.	21
XXV.	Lo que sucedió á Cervantes á su llegada á Portugal.	29
XXVI.	Dos horas y dos años.	41
XXVII.	¡Hija mia!	46
XXVIII.	Lo que hizo Cervantes por su hija.	55
XXIX.	Donde hablaremos de muchas cosas.	70
XXX.	Lo que hizo Cervantes en Portugal.	76
XXXI.	Cómo se encontraba Zoraida.	82
XXXII.	Donde volveremos á ver al enamorado vizconde.	91
XXXIII.	De la entrevista que tuvieron Miguel de Cervantes y Zoraida.	98
XXXIV.	Cómo entró el vizconde en la celda de Zoraida y cómo salió.	107
XXXV.	De la entrevista de Cervantes y el vizconde.	121

PARTE TERCERA.

GLORIA Y MISERIA.

I.	Donde principia á darse á conocer la nueva vida de Cervantes.	137
II.	El ajuste.	148
III.	El señor Alvarado empieza á descubrir sus intentos.	155
IV.	Hidalguía del hidalgo.	165
V.	El hidalgo sigue sus planes.	174

		PÁGINAS.
VI.	El hidalgo se decide á seguir adelante sin reparo.	183
VII.	Preliminares.	189
VIII.	Mas preliminares.	197
IX.	Lo que era el Corral de la cruz.	206
X.	El diablo empieza á favorecer al señor Antonio.	213
XI.	Consecuencias de la debilidad de estómago de Crisóstomo.	220
XII.	El diablo sigue favoreciendo al señor Antonio.	235
XIII.	Primera nube conyugal.	243
XIV.	De cómo las casualidades iban ennegreciendo la nube conyugal.	252
XV.	De cómo el señor Antonio no perdia ninguna ocasion de adelantar en sus planes.	263
XVI.	De lo que sucedió á Inés y demás que se verá.	278
XVII.	La declaracion de amor.	286
XVIII.	De lo que determinó doña Catalina.	295
XIX.	Se aumentan los celos de doña Catalina.	303
XX.	Llegan los celos hasta la desesperacion.	312
XXI.	De cómo el hidalgo encontró en los pies el mejor razonamiento para justificar su conducta.	330
XXII.	De lo demás que sucedió hasta que Cervantes salió de Madrid.	336
XXIII.	Donde seguiremos cómo Dios nos dé á entender las desgracias del pobre manco.	346
XXIV.	Lo que hizo Cervantes á su vuelta á Madrid.	354
XXV.	Donde se verá que el arriero habia dado un buen consejo á Cervantes.	364
XXVI.	De cómo le hubiese valido mas á Cervantes tomar el consejo de Sancho, volviéndose á Madrid.	382
XXVII.	Donde se dirá lo que habia sido del señor Antonio.	389
XXVIII.	Donde volveremos á ver á Cervantes.	398
XXIX.	De cómo Cervantes dió principio á la famosa historia de don Quijote de la Mancha.	415
XXX.	Donde se verá el ingenioso medio de que se valió Cervantes para salir de su encierro.	422
XXX.	Vuelta de Cervantes á Madrid.	443
XXXI.	De cómo aumentaba el caudal de los amargos desengaños de Cervantes á medida que disminuia su dinero.	451

PAGINAS.

XXXII.	Que resultado dieron las pretensiones de Cervantes y como tuvieron principio otros sucesos de importancia.	461
XXXIII.	El sacrificio.	469
XXXIV.	Que sigue tratando del galan y los galanteos. .	473
XXXV.	Lo que le valió á Cervantes la dedicatoria. . .	484
XXXVI.	Otra ilusion desvanecida.	490
XXXVII.	Que trata del éxito, que tuvo el Quijote, y el efecto que produjo su publicacion.	502
XXXVIII.	Música y cuchilladas.	507
XXXIX.	Donde se dirá cual de los dos combatientes quedó vencido.	514
XL.	Lo que sucedió á consecuencia de la muerte de don Gaspar.	521
XLI.	Resultado de la causa.	530
XLII.	En que hablaremos todo lo menos posible, pero cuanto sea necesario.	544
XLIII.	Recuerdos y lágrimas.	551
XLIV.	Promesas.	559
XLV.	La última broma de Góngora.	568
XLVI.	Un poco sobre las obras de Cervantes, y el principio de una nueva intriga.	581
XLVII.	Lo que contestó Cervantes al licenciado de Tordesillas.	591
XLVIII.	La última persecucion.	601
XLIX.	El último suspiro.	603

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO II.

	PÁGINAS.
Portada.	1
Y luego arrojó al mar el hacha y desenvainó su larga tizona. .	19
—¡Que la misericordia del Señor te abra el cielo!.	53
—¡Mira!.... ¡Contempla tu obra!.	114
Miguel de Cervantes.	137
—Está en vuestras manos la honra de una doncella. . . .	215
Los últimos rayos del sol penetraban por la ventana. . . .	417
En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.	481
¡Socorredme!—dijo con voz desfallecida.	517
Lope de Vega.	578
Ayer me dieron la Extrema-Uncion y hoy escribo esta. . . .	609

303193
Author Ortega y Frías, Ramón LS
Title Cervantes. O 773ce
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED